

EL CAPITAL TECNOLÓGICO*

por Pablo Levín

Editorial Catálogos, 1997, Buenos Aires (Argentina).

0. PROLOGO

1. PARTE PRIMERA: La mercancía del capital. Ensayos introductorios.

1.0.0. Presentación del homo mercator.

1.0.1. Preludio en el mercado.

1.0.2. La riqueza y el poder... adquisitivo.

1.1.0. Mercancía y producto. La especie-mercancía.

1.1.1. Mercancía y capital. El género-mercancía.

1.2.0. Transiciones en la figura de la mercancía.

1.2.1. La especificidad de la mercancía.

1.2.2. La genericidad de la mercancía.

1.3.0. Crítica de la tercera mercancía.

2. PARTE SEGUNDA: Tesis en el marco del capital indiferenciado.

2.0.0. Valor y valor mercantil.

2.1.0. Valor de uso mercantil. La riqueza que cobra forma de mercancía.

2.2.0. El valor en su forma mercantil: ¿forma mercantil del valor o forma del valor mercantil?

3. PARTE TERCERA: Tesis en el marco del capital diferenciado.

3.0.0. Hipótesis marco. La forma del plusvalor diferencial.

3.1.0. La diferenciación del capital.

3.1.1. Capital potenciado, capital tecnológico.

3.2.0. El trabajo que produce valor diferencial. Sus determinaciones simples.

3.3.0. Breve interludio fenomenológico.

3.4.0. La mercancía del capital diferenciado.

* Nota: la versión on-line es una transcripción idéntica y completa del libro "El Capital Tecnológico", Ed. Catálogos, 1997, Buenos Aires (Argentina).

" EL CAPITAL TECNOLOGICO"

Pablo Levín

Adaptado de la Tesis Doctoral: "El valor de cambio o la forma del valor mercantil. La teoría del valor en el marco del capital tecnológico".

CENDES, Universidad Central de Venezuela. 1994.

PRÓLOGO

"El capital tecnológico" pone en movimiento conceptos centenarios de la economía política. Confrontándolos con ellos mismos ante las inéditas realidades del presente, procura nuevas claves para comprender la naturaleza histórica y los límites económicos de la civilización capitalista, para abordar en consecuencia las tareas del presente.

Las ideas básicas (las claves de esas claves) fueron primero bosquejadas por la Ilustración en el siglo XVIII, expuestas luego científicamente por la Economía Política en las últimas décadas de ese siglo y primeras del siguiente, y reformuladas en una perspectiva socialista por Carlos Marx en la segunda mitad del XIX. La crítica de la economía política iniciada por ese autor reveló que el desarrollo capitalista sería la condición del desarrollo del proletariado revolucionario y de su emancipación. ¿El siglo XX confirma o refuta las grandes tesis marxianas?

La pregunta misma, en esta forma dilemática, es falsa. Después de la muerte de Marx transcurrió un siglo de insólitos cataclismos que, con intensidad creciente, transformaron las estructuras de la sociedad capitalista y, con ellas, las condiciones de la civilización y el socialismo. A la nueva perspectiva corresponden una visión retrospectiva igualmente original, y exigencias renovadas y más rigurosas sobre los conceptos fundamentales. En estas exigencias se inscribe "El capital tecnológico".

Hay tres versiones de la obra, anteriores a la presente. La primera es la tesis presentada por el autor en el Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES) de la Universidad Central de Venezuela, con el título "El valor de cambio o la forma del valor mercantil", para optar al doctorado en Estudios del Desarrollo. Fue defendida el 30 de setiembre de 1994, recibiendo la Mención Honorífica y de Publicación. De esa primera versión se realizaron copias en mimeógrafo para el Jurado y unas más que el autor entregó a colegas y amigos.

La segunda es la Pre-edición, realizada por el Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas (CECE), de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, con el título: "El valor mercantil en la época del capital tecnológico". La obra se compuso en cuatro fascículos de los cuales se imprimieron cien ejemplares. El futuro libro se dedicó a los estudiantes de economía política. En noviembre de 1996 se hizo su presentación pública en el Centro de Estudiantes, a la que fueron especialmente invitados como comentaristas los profesores de la Universidad de Buenos Aires León Rozichner, Alejandro Horowicz y Eduardo Rinesi.

La tercera versión es la primera que se publica en forma de libro, con el título "Economía Política del Capital Tecnológico". El mismo fue editado por el Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES), de la Universidad Central de Venezuela, para su Serie Mención Publicación. La serie tiene la finalidad de estimular la investigación científica mediante la difusión de las tesis doctorales distinguidas por el jurado con dicha mención. Ahora bien, debido a disposiciones del editor, debió reducirse la extensión del texto a menos de la mitad. Se trata, por ende, de un compendio de la obra. Coincide aproximadamente con las partes Tercera y Cuarta de la presente edición.

"El capital tecnológico" es, pues, la primera publicación del texto completo. El mismo fue considerablemente revisado y mejorado con las críticas suscitadas por las dos primeras versiones. A algunos de los primeros lectores el autor les ha expresado su gratitud en el prólogo a la Pre-edición. Lo hace aquí, muy especialmente, a los organizadores y a los panelistas de la mencionada presentación realizada en el CECE. En particular, vuelve a agradecer a los licenciados en Economía Eduardo Crespo y Axel Kicillof, quienes persistieron en brindarle inestimable ayuda en la ímproba tarea de eliminar los defectos de esta obra, lo que hubieran conseguido en mayor grado de no ser por la cerril terquedad de su autor. No importa, porque el público conocerá bien pronto las primeras obras de estos jóvenes colegas.

Con relación a la tesis doctoral, los cambios son importantes, al punto que se puede decir que es otro texto; aunque, metafóricamente hablando, atañen al fenotipo. Gracias a las herramientas informáticas que facilitan extraordinariamente el procesamiento de textos y la administración de archivos, hoy es poco menos que inevitable que un texto continúe modificándose, especialmente mientras su autor, creyendo haber desbrozado terrenos vírgenes y abierto algunas perspectivas, sobrevive. Más todavía si, como es el caso, su época clama por el concepto, y él mismo se desenvuelve cotidianamente en un medio intelectual cargado de estímulos, donde padece el acoso de críticos que no por amistosos son menos exigentes. La diferencia más notable entre las dos versiones que llegan al público casi simultáneamente, "El capital tecnológico" y la "Economía política del capital tecnológico", es que ésta ha omitido la Introducción que, con inevitables correcciones, se ha conservado en la presente.

Tal Introducción es desmesuradamente extensa, ya que abarca la mitad de la obra. No cumple cabalmente el propósito propedéutico con que fue concebida, y por el que fue tolerada en sucesivas revisiones del texto. En efecto, varios lectores cultos y bien motivados han encontrado imprevistas dificultades en su lectura. Sin embargo, el autor quiso conservarla, por varias razones. Cree que contiene aportes originales, los cuales habilitan el desarrollo del argumento principal. Lo cierto es que se sugieren múltiples conexiones (no retomadas explícitamente en el texto central) entre conceptos elementales de la economía política, y con campos problemáticos y disciplinarios más extensos que los abarcados por la obra. Además, algunos de los lectores que expresaron su descontento testimoniaron también que un esfuerzo adicional puede no ser infructuoso. Con todo, si acaso un primer contacto con la obra le hace ver al lector el posible interés de una segunda lectura, puede ser conveniente en la primera pasar por alto la Introducción, para poner claro de entrada el resultado al que se apunta.

DEDICATORIA Y AGRADECIMIENTOS

Lector, si lo hubieras, acompáñame en este recorrido de gratitudes, que si fuera justo sería mucho más largo, por donde sabrás que si en esta obra hay algún mérito es por la mucha suerte que tuvo el autor en sus afectos y afinidades, y porque supo andar en buenas compañías, aunque a nadie culpa de sus desaciertos, ni cuenta con consenso alguno en materia de ideas, donde no hay otro compromiso que el de buscarlo sin concesiones.

Agradezco, pues

Al Cendes (Universidad Central de Venezuela), institución del saber, que brindó hospitalidad a emigrados sureños en los años malos;

A los autores a quienes más debo: Rousseau, Hegel, Marx;

A los adultos de quienes recibí mayor estímulo intelectual en mi juventud, Enrique Levín, Roberto Juarroz, José Luis Romero, Clement Moreau, Silvio Frondizi;

A los amigos a quienes más admiro por su inquebrantable fidelidad a la clase obrera, a la cual

pertenecen por vocación: Manuel Molina, Edgardo Scarlassa;

Al maestro a quien más debo en mi formación como economista, Julio H. G. Olivera;

A la amiga, colega y antigua compañera que, hace demasiado tiempo, me animó a emprender la presente obra: Graciela Gutman;

A Luis Levín, de quien recibí ayuda, consejo y enseñanzas inestimables;

A Rafael de la Cruz, tutor de esta tesis de la que no es culpable, quien me brindó certera orientación académica y oportuno apoyo;

A los colegas que generosamente leyeron y comentaron primeras versiones de este trabajo: Ruy de Villalobos, Gerardo de Jong, Jorge Gonzalez, Roxana Rubin, Sergio Salvatore, Laura Nasatsky;

A los miembros del tribunal ante el cual defendí el proyecto de tesis, de quienes recibí valiosos consejos para mejorar dicho proyecto: Heinz Sonntag, Lourdes Yero, Sergio Aranda, Bernard Mommer;

A los miembros del tribunal ante el cual defendí la tesis, Sergio Aranda, Domingo Maza Zabala, Héctor Silva Michelena, Francisco Mieres, cuyas valiosas recomendaciones fueron recogidas en la presente versión;

A los jóvenes colegas que leyeron y criticaron el texto original, y de quienes recibí inestimable ayuda en edición y administración de archivos, Gabriel Bezchinsky, Marisa Alvarez, Amelia Siso, Leandro Habersfeld, Axel Kicillof, Eduardo Crespo;

A Beatriz Valeiras, mi alter ego en la dirección del Centro de Estudios de la Planificación y el Desarrollo, que me reemplazó, con ventaja, durante mi larga dedicación al presente trabajo;

A mis hijos Santiago e Ingrid, Florencia y Fernando, Sofía, Natalia, a mi amada y amante esposa, Beatriz Rojas; y

A los estudiantes de Economía Política, a quienes está dedicado este trabajo. En particular, a los participantes en las históricas Asambleas de 1995 que, al debatir el programa de estudio de la Licenciatura, descubrieron que la ciencia es potencia emancipadora.

"I have long asserted, and I repeat once more, that my system is nothing other than Kantian... I have said that, not to hide behind a great authority... but to speak the truth, and to be just." ("Afirmé durante mucho tiempo, y repito aún, que mi sistema no es sino kantiano... He dicho esto, no para esconderme detrás de una gran autoridad... sólo para decir la verdad, y ser justo."). FICHTE, Johann Gottlieb, citado por SOLOMON, Robert C. (1983).

"En 1871 el doctor Nikolái Sieber, profesor de Economía Política de la Universidad de Kíev, había presentado ya... mi teoría del valor, del dinero y del capital, en sus lineamientos fundamentales, como desenvolvimiento necesario de la doctrina de Smith y Ricardo". MARX, K. "El Capital..", "Epílogo" a la Segunda Edición, 1873.

"No nos preguntamos si la teoría de la forma del valor y la teoría del valor (comprendida ésta en aquélla) ofrecen un fundamento adecuado para el análisis de las novísimas configuraciones de la producción y del "cambio económico contemporáneo". La cuestión que planteamos es otra: si las

formas y estructuras contemporáneas del capital plantean nuevos problemas y arrojan nuevas luces sobre el valor y la forma del valor y sobre la naturaleza de la mercancía. La pregunta acerca de la adecuación de la teoría del valor se invierte: lo que inquirimos es si el capital en su desarrollo -transformación, exacerbación, extinción-, se mantiene fiel a su concepto, si exige de su principio nuevas relaciones y contenidos y, en tal caso, cuáles son las transformaciones necesarias en la teoría para producir el fundamento que se reclama y vale como capacidad de transformación". Del "Proyecto de Tesis".

1. PARTE PRIMERA. LA MERCANCÍA DEL CAPITAL. ENSAYOS INTRODUCTORIOS.

Varios milenios anduvo la mercancía por el mundo hasta que, hace dos siglos apenas, merced a la mutación más profunda de la historia, nació el **homo mercator**. [1]

1.0.0. Presentación del **homo mercator**.

Lo mismo que todos sus variopintos antecesores precapitalistas, tan ubicuos en la historia como en la geografía (mercaderes de la antigüedad clásica mediterránea y de los reinos asiáticos, pueblos traficantes, corporaciones y ligas comerciales medioevales, cambistas y prestamistas cuasi sempiternos, contrabandistas y comerciantes intérlopes -piratas de ocasión-, banqueros cosmopolitas, "staplers", aldeanos feriantes, pulperos, lonjistas, mercachifles y buhoneros de toda laya), también el homo mercator va al mercado por dinero o con él, y en este trajinar que le convierte alternativa y sucesivamente en oferente y demandante es mediador del mismo vínculo productivo. Pero, a diferencia de todo otro dueño (o representante, corredor, consignatario) de mercancías, incluso de todo capitalista precapitalista, para el homo mercator, criatura y agente de la sociedad moderna, este vínculo es exclusivo, excluyente, universal. No es él, como aquéllos, el portador de la relación mercantil entre sociedades no mercantiles, "en el límite de las comunidades", sino que pertenece a una sociedad que es, ella misma, dice Smith, propiamente comercial. "Así, cada hombre vive del intercambio, o deviene en cierto modo un mercader, y la sociedad misma llega a ser lo que es propiamente **una sociedad de comerciantes**". [2]

El discurso ilustrado (desde Spinoza, quien reclama libertad para filosofar, hasta Quesnay y Gournier, que claman por la libertad de comprar y vender) se pone del lado del comerciante y el banquero -y del merchant adventurer, precursor del capitalista industrial- contra las restricciones medioevales; exculpa al homo mercator de la condena tomista, lo exime de los deberes de la solidaridad y la compasión, y lo declara, en fin, benefactor de la humanidad. Porque, sostiene la economía política en su versión smithiana, el instinto natural providencial del homo mercator, al impulsarlo a obtener el mayor beneficio individual, y a mantener ese impulso mediante la frugalidad (en oposición a la prodigalidad), que en un lenguaje ingenuo significa comportarse como capitalista), ennoblece el egoísmo individual trocándolo en altruismo. Guiado por un yo interior objetivo e "imparcial", protegido por el espíritu de competencia ("led by an invisible hand... without knowing it, without intending it"), sirve el interés de la sociedad ("the interest of society").

Contra el terror arcaico el hombre histórico interpuso su vínculo social extendido, la producción. No eliminó el terror sino que, alejándolo, creó el dominio de lo terrorífico y lo pobló de los poderes macabros: el natural y el espiritual, que desde entonces se confabulan en la trama del destino. El imperio de la mercancía dió pábulo a la ilusión del progreso entendido como el dominio humano sobre la naturaleza. Las mismas luces que disiparon la figura del dios antropomórfico proyectaron las sombras en las que todavía germina el hombre real. Es verdad y es mentira que el hombre ha trascendido de la naturaleza, que la ha creado, que la domina. Es mentira porque el hombre es una criatura natural, es verdad porque la naturaleza es el producto negativo del desarrollo humano. Han nacido a la vez el hombre y la naturaleza cuando el hombre se unió a sí mismo escindiéndose en amo y esclavo. El amo debió extirpar en el otro la otridad, cautivándolo, reduciéndolo a la condición de una bestia domesticada que ya no participa de la cualidad de lo terrorífico. Al reconocer a otro humano como objeto crea el primer objeto y éste es, antes que conocido, cognoscente.

Pues por más que sus necesidades y sus capacidades se desplegaron, ¡a la par!, en toda dirección y dimensión, su propio trabajo directo -dice Smith- apenas puede brindarle una porción mezquina de los objetos de sus deseos, igualmente múltiples y multifacéticos. Perdió su habilidad individual para desenvolverse y sobrevivir en un medio enteramente natural, y por eso parece como si su potencia laboral fuera a la zaga de su capacidad productiva, o ésta de aquélla, o como si sus capacidades y sus necesidades desarrolláranse la una en desmedro de la otra. La paradoja se disipa al revelarse el

carácter esencialmente social de ambas, en el concepto de división social del trabajo.

En virtud de ese principio -prosigue el mismo Smith-, el individuo "tiene ocasión casi permanente para la ayuda de sus semejantes". No la obtiene implorándoles su benevolencia, ni poniéndose a su amparo o apelando a su solidaridad, pues en vano -añade- esperaríase ese socorro únicamente de la solidaridad: más le valdrá que algunos de sus semejantes tengan un interés egoísta en favorecerle. ¿Cómo lograrlo? Ofreciendo a quienes pueden ayudarlo una ventaja que tampoco ellos podrían alcanzar por sí mismos. Toma y daca: "[for] it is not from the benevolence of the butcher, the brewer, or the baker that we expect our dinner, but from their regard to their own interest".[3]

Y la solución del problema del **valor en cuanto sustancia social** es curso y decurso práctico antes de ser discurso teórico. El valor constituye una esencia objetiva, un proceso de "abstracción real". La colmena mandevilleana ha encontrado la solución de este problema tan pronto como los hombres, rompiendo indiscriminadamente los lazos entrañables y las crueles cadenas que los unían, entregándose cada uno a su egoísmo abstracto en beneficio de todos ("Private Vices, Public Benefit"), pusieron sus productos en el mercado, se convirtieron en hombres mercantiles y entablaron unos con otros el vínculo precario y universal. Este nexo productivo corrompe y destruye sin consideración y, en definitiva, torna superfluo, todo lo que antes mantuvo la trama de los destinos humanos (jefes, lealtades, homenajes, cultos, costumbres, pactos territoriales, alianzas militares, obligaciones consuetudinarias, deberes vasalláticos, dominación personal, virtudes, patriotismo, comunidad, religere, lo noble y lo sagrado), y vuelve a unir el espíritu de la comunidad que desgarró, pero ahora como una fuerza indiferente, material. El valor es ese algo social general que cobra objetividad a través del imperio de su norma que, dice Marx, "sólo puede imponerse como ley promedial".[4]

"Su propio movimiento social posee para ellos la forma de un movimiento de cosas bajo cuyo control se encuentran, en lugar de controlarlas. Se requiere una producción de mercancías desarrollada de manera plena antes que brote, a partir de la experiencia misma, la comprensión científica de que los trabajos privados -ejercidos independientemente unos de otros pero sujetos a una interdependencia multilateral en cuanto ramas de la división social del trabajo que se originan naturalmente- son reducidos en todo momento a su medida de proporción social porque en las relaciones de intercambio entre sus productos, fortuitas y siempre fluctuantes, el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de los mismos se impone de modo irresistible como ley natural reguladora, tal como por ejemplo se impone la ley de la gravedad cuando a uno se le cae la casa encima". "El Capital", S. XXI, págs. 91/2.

En este punto hay una llamada y, en nota al pie, el célebre fragmento del joven Engels:

*«¿Qué pensar de una ley que sólo puede imponerse a través de revoluciones periódicas? No es sino una ley **natural**, fundada en la inconsciencia de quienes están sujetos a ella.» En la connotación de "natural" no hay que confundir el concepto de alienación en Hegel donde, explica Colletti, "significa simplemente la objetividad de la naturaleza, con el concepto bien distinto que encontramos en Marx, donde no se refiere a objetos de la naturaleza como tal sino a lo que ocurre a los productos del trabajo cuando (como resultado de relaciones sociales específicas) devienen mercancías o capital". COLLETTI, L. "Introducción" a los escritos juveniles de Marx (trad. ad hoc). (MARX, Karl, + COLLETTI, Lucio (Introd.) "Early writings. Critique of Hegel's doctrine of the state. Letters from the Franco-German yearbooks. On the Jewish question. Excerpts from James Mill. Elements of political economy. Economic and philosophical manuscripts. Concerning Feuerbach. And other writings", Vintage Books, New York, 1975. Pág. 16).*

Esta distinción específicamente mercantil se pone de relieve en el concepto del Das Kapital. El fragmento de Engels, fechado un cuarto de siglo antes de la publicación del Primer Tomo, cobra en

este contexto un significado que apenas despuntaba en el original. Lo mismo ocurre con los autores más diversos citados en la obra de Marx.

La consciencia **natural** "sabe algo" sobre la alienación del trabajo social en el valor mercantil, y tiene la solución de un problema que ni siquiera ha formulado. Pero esta consciencia es mercantil y, en su mundo desencantado, es presa de un hechizo.

1.0.1. Preludio en el mercado.

*"Así entra en la estrechez del escenario
la Creación entera en su amplia esfera,
y va con cuidadosa rapidez por el mundo,
del cielo hasta el infierno."*

Goethe, J.W. "Fausto. Preludio en el teatro".

"Ya comenzaban en el puchero humano de la Corte a hervir hombres y mujeres, unos hacia arriba, y otros hacia abajo, y otros de través... trabándose la batalla del día, cada uno con disinio y negocio diferente, y pretendiéndose engañar los unos a los otros, y levantándose una polvareda de embustes y mentiras, que no se descubría una brizna de verdad por un ojo de la cara..."

Velez de Guevara, L. "El Diablo Cojuelo".

¡La humanidad es posible! Debe su amenazada existencia, y sobre todo su realidad incipiente, virtual, **programática**, al Capitalismo.

Los capitalistas captan esta verdad a su manera. Teniéndose por acreedores eminentes de tan inmensa deuda, se apresuran a cobrarse con avidez y con creces lo que "tienen" por propio. Y suya sería la totalidad absoluta de las riquezas, si no les estuviera negada la más alta. Pues no podrán aspirar, bien lo saben, a la veneración que los pueblos reservan a sus sabios y a sus poetas, a los hombres virtuosos. Ellos confunden la dimensión infinita de esas venturas con sus propias groseras representaciones en las que la felicidad no se distingue de la saciedad, y porque sus peculiarísimas y pecuniarísimas aspiraciones son de tal carácter abstracto que jamás podrían ser colmadas.

Las grandes obras del capital son admirables, tanto como unilaterales, desmesuradas y monstruosas. Sus apologistas señalan hacia lo alto, para mostrar en sus elevados sitios a los grandes principios: la propiedad, la libertad, la democracia, el progreso. Y allí están y son, en verdad, principios elevados, pero si los ha puesto en vigencia no es porque los realizó sino porque lo hizo hasta el punto en que se volvió incompatible; consumó su negación radical trocándolos en esencial necesidad.

El capital lleva a cabo el despliegue más grandioso de las capacidades productivas, pero empuja a la humanidad al borde de la extinción. Convoca y aglomera masas humanas continentales; las condena a la más brutal carencia, y a todos los hombres a la vida privada, que es una vida de privaciones esenciales. Su acumulación voraginosa arranca rudamente al espíritu de su adormecimiento dogmático, desencadena las ciencias y las azuza en sus aplicaciones tecnológicas, vierte tesoros fabulosos en las aventuras del pensamiento devenidas empresas de capital, razón, logos, espíritu del capital, de suerte que las personas portadoras de potencias acumuladas por la humanidad para la creación de nuevas habilidades, deben actuar sus propias capacidades como propias del capital; y someterse sin derechos ni garantías formales a la autoridad más tenebrosa, la de las luces, al despotismo más cruel: el de la plutocracia sobre la ciencia.

Así, las abejas obreras de la ciencia del capital son ungidas y uncidas por el poder crematístico (concepto que une a Marx con Aristóteles, por encima de las cabezas de Hobbes y de Smith). Rebajados a un profesionalismo unilateral, los trabajadores de la ciencia -los "eurekos"- viven una vida espiritual escuálida, privada. Sus nombres innumerables, inscriptos sobre las grandes realizaciones humanas de la época, confirman una verdad eterna, que el espíritu nunca es superior a sus manifestaciones, y descubren una nueva: ¡que puede ser inferior! Pues si todo concepto debe encajar en una definición, sabio es -todavía- el hombre que sirve con devoción a sus semejantes, y en ello aúna el saber y la virtud; poeta es un trabajador que en su producción y por medio de ella es libre; y capitalista es...

Es el hombre **del** capital, o la persona que se comporta en su relación con el capital como poseedora y a la par como posea; ésto es esencial, aquéllo contingente: lo que transforma a hombre o mujer en un capitalista es la unión de su persona con el logos irrefrenable del capital, la comunión hipostática de su voluntad con la destinación expansiva de la sustancia dineraria. Es un maleficio que se apodera de su voluntad y la concentra en una adicción compulsiva, convierte a la persona en insaciable energúmeno, borra en su alma toda lealtad que no convenga a su fanatismo y no sirva a la finalidad excluyente, y le enceguece al punto que no podrá ya ver en el prójimo sino al enemigo inescrupuloso o al instrumento del que puede valerse astutamente.

Todo hombre o mujer que cayó bajo este hechizo diabólico anhela la salvación. El mismo deseo vehemente se abre paso en cada consciencia, convoca a todas las voluntades de la época y las proyecta hacia la figura fulgurante del capital. A los pies del ídolo que se fragmenta la sociedad se desgarran, los pueblos se disuelven en multitudes de individuos despavoridos, los guerreros se vuelven soldados mercenarios, las tripulaciones se entregan a degradantes disputas entre náufragos. Su precipitación por salvarse los reduce a la bestialidad y los arroja a la perdición; unos se identifican frenéticamente con una cabeza de la hidra, convirtiéndose en órgano, ojo, diente o lengua del monstruo, otros sueñan con el héroe legendario que de un solo golpe le cortó las cabezas. Presas de sus propias alucinaciones, los primeros lanzan denuestos contra los últimos y les persiguen acusándolos de amenazar su libre albedrío y... ¡de soñar!

*

La sociedad dominada por el capital es en verdad una comunidad fragmentada en una profusión de partículas societarias, tales que todas procuran pero ninguna logra erigirse en la partícula suprema. Pero estos islotes o continentes o burbujas, cada cual con su déspota, estos castillos con sus respectivos señores de tamaños y potencias entre gulliverianos y lilliputenses, rotuladas cada cual con su nombre o razón social, son las empresas de capital; ellas conservan su continuidad en (y por) medio de la discontinuidad de las partículas de capital, lábiles y evanescentes, abstractas, que constituyen su sustancia en movimiento espasmódico, del mismo modo que los océanos o las cataratas mantienen una identidad y un nombre propio que no compete a las moléculas o gotas anónimas que en ellos fluyen. No hay capital que no tenga como premisa la existencia de otros muchos capitales, ni empresa de capital de la que pueda decirse: «he aquí la sustantivación del predicado "capital", que vale como propio de la cabeza; porque es ésta la máxima o principal en grado superlativo; ésta es a toda otra empresa como es a todas las ciudades menores la urbe sede de la suprema autoridad de la nación». La multiplicidad pertenece a la esencia del capital, y afecta tanto a los capitales y a las empresas de capital, cuanto a las empresas capitales. Ellas son numerosas, mas no se les escapa por ello su elevada condición jerárquica, como no la pierden las ciudades capitales por haberlas muchas, de numerosos países, ni la ven menoscabada los pecados capitales por andar en tropel. Lejos de configurar una metonimia impertinente, el nombre "**Capitalismo**" cuadra mejor que cualquier otro al concepto de un sistema que tiene la repulsión de todas sus partes por fundamento de su unidad.

En cada una de esas múltiples ínsulas capitales hay personas capitales, principalísimas, que no reciben

órdenes sino que las imparten y detentan la potestad de designar ejecutores, de conferir y revocar mandatos. El Olimpo del capital donde ellas moran es un **locus** disperso y cambiante aunque inconfundible; comprende despachos, mansiones, "reposorts", entradas VIP, toda suerte de suculecias y primicias que, como sus dueños, se distinguen de sus semejantes no sólo ni tanto por su calidad suntuosa como porque por medio de su diferencia portan y anuncian el principio natural de que lo superior es por naturaleza para la superioridad. Representantes plenipotenciarios, virreyes del capital; exaltados a la dignidad de supremos asignadores de los recursos productivos de la sociedad; consagrados por la inescrutable providencia como máximos disponedores y dispensadores en última instancia de las capacidades colectivas de los hombres; investidos de honores y poderes consiguientes, no los amarran cadenas. Pero no son libres de ellas: condenados a interpretar la destinación del capital, no pueden errar o contrariarla sin derrumbarse al abismo espantoso de la igualación social.

Para quienes viven bajo el talión del capital la vida es un afanoso trajinar de la sima intolerable a la cima inalcanzable. Pujá feroz por la supervivencia incierta: ¡sabia disposición del orden establecido que favorece el surgimiento de los más aptos y asegura siempre el triunfo... de los triunfadores! Los beneficios del credo del capital no están reservados con exclusividad a los fundamentalistas que nacieron en la Fe: se extienden a los conversos y apelan a los hombres y mujeres genuinamente iluminados por la ambición personal. El "colonizado laureado" (Sartre) es portador de un mensaje que él mismo no puede descifrar, puesto que (por definición) no le es dado transponer la conciliación falsa, no mediada, de la universalidad con la dignidad. [5] La consagración de todos es imposible, pero esta imposibilidad no desmiente la igualdad de oportunidades que promete el sistema: pues a todo conquistado se le presenta al menos una ocasión de colaborar, a todo sumergido una de elevarse sobre otro, a todo indio social la de ingresar al noble cuerpo de los cipayos sociales, a todo objeto de explotación laboral la de devenir sujeto activo. Sin más requisito que la prueba iniciática de su advocación, sin aporte societario original en trabajo, dinero o especie, pueden ser ascendidos de simples personas a personificaciones del capital; integrar la gran clase capitalista con los capitalistas de gran clase. Y, junto a ellos (si no a su vera, a sus pies), alcanzar el elevado goce de pertenecer a la familia, tribu o secta adscripta a una razón social, forma vicaria pero privilegiada (en una sociedad desgarrada) de **religere**, de amor en comunidad: al referirse a **su** empresa estarán habilitados para hacerlo en la primera persona del plural aunque el suyo no pasará de ser un yo que repta bajo uno colectivo, jerárquico, donde el fetiche determina el lugar de cada quién, su grado de subordinación o empinadura.

No faltan en sus vidas la angustia y el sinsabor, pero no ignoran que más dolorosas que las suyas son las horas de los Prometeos y más sudorosas las jornadas de los Sísifos que, empujando su piedra, viven desviviéndose por sobrevivir, y más duras aún las semanas y las vidas de los que desde la intemperie social (la más atroz) claman hasta después de la esperanza por que se les conceda como gracia una cadena y una piedra. Ejecutivos, profesionales, humanos calificados o descalificados, obreros desocupados, hombres indeterminados (vale decir, sin condición ni nexos), marginales, carenciados, superfluos, hacinados, gentes sin tacha ni techo, sin nombre; poblaciones anómicas, familias desamparadas, todos libres e iguales. Libres por igual de escoger la casa de comercio o industria a la cual ofrecerse para ejercer y realizar en ella sus facultades humanas multilaterales y su libertad; y, en este mundo libre de hombres libres, lo es también ínsitamente el capital de aceptar, rechazar, escoger, condicionar o despedir las libertades que le son ofrendadas. Pero cuando las sucumbencias ofrecidas son aceptadas los sucumbentes pierden su condición de humanos libres porque en esa su casa deberán obediencia a normas que no hicieron y a jefes a los que no confirieron representación ni mandato.

Y poeta es el trabajador que en su trabajo y por medio de él es libre. Pero en el capital la poesía no libera, sólo suscita una añoranza dolorosa, casi insuportable, por la libertad futura. He aquí la leyenda del gran portón de entrada: "**Arbeit Macht Frei**".

La empresa de capital lleva dos máscaras, una de sumisión y otra de mando: de un lado el anhelante rostro de esclava complaciente y festiva, dispuesta a lucir, oler y moverse como lo quiera su cliente; de otro la facies de autoridad envarada, pronta a impartir órdenes, administrar penitencias, amonestar o preavisar, la que durante la jornada laboral representa a los acreedores frente a deudores de la carne y el espíritu, penados, penitentes. De un lado la lozanía, la gracia y las ventajas de los nobles productos; del otro, todo el inacabable tedio carcelario, [6]la autoridad cuartelaria. Jekyll y Hyde, figuras del anverso y del reverso, una para ofrecerse al mundo externo donde la empresa va como mercancía, otra para controlar los dominios intermedios donde anda como dinero y, finalmente, para supervisar y vigilar su recóndito mundo privado, donde Shylock devenido capataz debe poner en movimiento las capacidades que él o su mandante adquirió en usufructo temporal y que debe arrancar, antes de que expire el plazo, de los lomos y los cerebelos de sus reticentes portadores. Dos carátulas del capital, mercancía y dinero, y un proceso interior, que ya no es el de formas expresivas sino de contacto, contracción, secreción, sinapsis, actividad de miembros y órganos en acción, vigilancia de cautivos y cautivas, supervisión de las labores de los súbditos del reino de la necesidad, que, por serlo, son voluntarios mas no voluntariosos; no intentarán fugarse, pero no se les pierda de vista porque siempre están prontos a quedarse con algo de lo que ya no es suyo.

El poder directo que brota del capital queda encerrado en las propias entrañas de la empresa, tiene la forma y el significado de la autoridad interior. No corresponde a su concepto que escape al exterior pero sí que desborde de sus límites, y en esta transgresión desata una violencia terrorífica sobre víctimas inermes. Arbeit Macht Frei. El trabajo hace libre, tal el lema de Auschwitz, la poesía de la exterminación,

"as a nerve o' er which do creep
the else unfelt oppression of this earth" (Shelley).

La fuerza del sarcasmo proviene de una verdad cautiva, que una vez fue reclamo y promesa del capitalismo incipiente. Pero la dialéctica del opresor y el oprimido sólo revela la libertad de éste como negación, como libertad que aún debe mediar; y la única verdad del oprimido es su no-verdad, la no-realidad de su existencia: su libertad no es "de", ni "para", sino, ante todo, "contra". Pero, cuanto más burda es la mentira de los poderosos, mayor es la fascinación que ejerce sobre los miserables.

No solamente los fieles y los adictos oran en el ubicuo templo del comercio: las feromonas activas en los destellos del oro compelen a los contemporáneos todos, y hasta la paganía más empedernida es arrastrada en masa por el capital al ecuménico frenesí de sus ritos orgiásticos. Es la historia, por primera vez inmediata y directamente mundial. Nadie queda fuera del gran reparto concebido en celebración del capital, ni siquiera los condenados al papel de condenados. Es que el mundo del capital se distingue de cualquier otro igualmente formado por cazadores y piezas de caza en que éstas no huyen del predador sino que, obedientes a un impulso irresistible, se arrojan a sus fauces.

El ansia de capital hace presa por igual de poseedores y desposeídos, tornándolos en poseídos y posesos. Cada uno sueña su sueño de salvación. A humanos humillados y carentes les cabe concebir el mundo desde su sometimiento, figurarse con inefable regocijo un gran banquete donde ellos no son la res en el asador sino comensales de gran señorío, amos y príncipes; que, sin tener que servir ellos a nadie, ni rendir pleitesía, se hacen servir y adorar. Cábeles también esperar todo de un exorcismo que les libere, a ellos y a los suyos, del poder maligno. Pero, acaso, no satisfechos con estas compensaciones y consuelos siempre disponibles para los miserables, terminarán por entregarse a una desazón profunda. Entonces renunciarán a todo lo que no sea su mera realización como personas. Y permanecerán en esa ensoñación hasta el día que reconozcan que eso más elemental a lo que se resignarían es lo más alto y está en sus manos.

*

Pero, si el hombre individual apenas en sueños se aventura más allá de lo posible, la historia es la incesante conquista de lo imposible, o, lo que tanto vale, el progresivo despliegue de las capacidades del hombre. El capital es la instancia en que esa potenciación se exagera. Merced a su desarrollo, hazañas otrora imposibles son, hoy, obras factibles. Es técnicamente posible la transmutación de los elementos y es históricamente necesaria y posible la superación del capital. Antes de nuestra época los hombres se proponían, sin lograrlo, convertir materias viles en metales nobles, y lograban, sin proponérselo, transformar en oro sus propias relaciones productivas. Con esta mutación se produjeron muchas otras: un aura resplandeciente iluminó los destinos comunes de los hombres y elevó los frutos del trabajo humano a un estado de gracia; de pedestres y vecinales como lo fueron siempre, los volvió trascendentes y universales. Nada en el mundo se salvó de ser tocado y trastocado por el hechizo refulgente. El espíritu genérico cobró vida transmutado en venalidad generalizada, el mezquino egoísmo echó a valer como altruismo, materiales comunes y hombres rasos se trocaron en oro nobilísimo.

Grande y poderoso fue el demiurgo de tanto universo. Mas no fue dios, mesías, príncipe, filósofo, general, ni, en verdad, persona alguna. Fue un enjambre de cosas, animadas por un encantamiento insólito; un pronunciamiento de objetos conjurados contra sus sujetos respectivos. Precisamente de esto aquí se trata: **acerca de cómo un ser inerte y carente de voluntad se convierte en mercancía, y de cómo, al cobrar este carácter, se posesiona ferozmente del alma de su amo.**

*

Si lo que convierte un objeto cualquiera en una mercancía es la voluntad de su dueño de desprenderse de él a cambio de otro objeto en posesión de otra persona, es tautológico decir que el propietario de una mercancía es su oferente; en otras palabras, toda mercancía está en venta. Pero para que un objeto cobre la forma mercancía, no basta que sea a) propiedad exclusiva y socialmente reconocida de una persona, b) transferible a otra persona, c) ofrecido a cambio de otro bien.

El rasgo singularmente peculiar de esta sociedad es que en ella el efecto del rito iniciático fenece instantáneamente. Al ofrecer su mercancía, el hombre mercantil se presenta en sociedad como aspirante a ser admitido en ella, pero únicamente puede integrarla en calidad de portador del objeto: como representante de su representante. Nadie reparará en el candidato mismo sino cuando se sospeche en la cosa ofrecida una falsificación, o en la cosa vendida un vicio redhibitorio, e incluso entonces sólo como un atributo más de la mercadería. Constituida en tribunal supremo, la asamblea general de los hombres mercantiles, la fantasmagórica reunión en la que estas singularísimas criaturas de la evolución histórica entablan efectivamente su vínculo productivo y viven fugazmente los instantes de su vida social, se expedirá en cada caso.

Ese ruedo al que los propietarios de bienes en venta lanzan sus ofertas, ese juego temerario donde apuestan su condición social a la suerte de sus mercancías, ese ciego y disparatado tribunal inapelable que dictamina imperativamente y al azar si este individuo o aquel otro serán bienaventurados o execrados, es el Juicio de Dios, es la Ordalía, es, en definitiva, el mercado.

Unos serán acogidos en el dulce regazo de la comunidad, otros enviados a oprobioso destierro. El que las relaciones sociales vistan ropajes áureos significa que el vínculo social, que antes de prevalecer la relación mercantil siempre se dió por descontado, ahora se cuenta en metal precioso. El oro es aquí la prenda obligada de todo nexo social. Y porque también en ésta como en toda otra condición histórica el objeto primordial y la mayor necesidad del hombre es el prójimo, el oro se vuelve alucinante y se yergue como el objeto de la búsqueda más febril, el de la urgencia más apremiante y el de la pasión más abrasadora.

La buena venta es el cielo en la tierra. Virtudes y perfecciones son favorables a la mercancía que va camino del mercado, como lo son para el alma que sube al paraíso. Las prendas del espíritu no pueden simularse ante el Juez Supremo, aunque sí ser adquiridas a buen precio. Es al revés con la mercancía: ella no marcha a su destino último con dádivas ni dineros sino que va por ellos, pero lo mismo da que sus bondades y aptitudes provengan de la nobleza del producto o del engaño que simula cualidades y disimula defectos. El vendedor se conduce ante el comprador en ciernes, farisaicamente, como el apóstol esmeradísimo de la cualidad y la perfección. Mas no se piense que el universo de las mercancías es nada más que un baile rutilante de disfraces y apariencias. Ni que es únicamente, por el contrario, la tiniebla del dominio sobre los necesitados; ni, finalmente, sólo el tedio y la mutilación de las almas malogradas. En su sistema gobernado por quimeras automáticas, junto a las malas artes del fingimiento y la seducción, obra también el azar. Demasiado lo sabe el dueño de la mercancía, quien para ser hombre de bien debe serlo de bienes, pero sólo puede adquirirlos encomendándose a la buena suerte, fiando su hacienda al amparo de la justicia oculta en la arbitrariedad, al mérito revelado en la contingencia, a la misericordia ínsita en lo fortuito. Por algo considera a la par como dones de su persona el tener riqueza patrimonial y buena suerte, y les llama por el mismo nombre, Fortuna.

La mercancía es, pues, un ser inestable y veleidoso, y, empero, su dueño, ya por insensatez, ya por desesperación (o porque es un homo mercator, que no tiene otro nexo esencial), se pone enteramente en el poder de un objeto. Entonces la relación sujeto-objeto se subvierte: la voz del propietario debe servir a la palabra de su apoderada, el raciocinio a su razón, la voluntad a su capricho. Al hombre que se hace representar por un objeto, le sucede lo mismo que al ciudadano que confiere a otro su representación política sin imponerle un mandato, o si éste no es revocable ni **vinculante**: con una carcajada el que debía ser mandatario se transmuta en mandante del que debía ser su mandante.

Tales las dos pesadillas paralelas que se entrecruzan en las tribulaciones -vida, sueño y vigilia- del burgués: en el régimen político que él fabula como el dechado de la democracia, el ciudadano formal no es real, ya que no le es posible participar a la vez democráticamente de la soberanía y soberanamente de la democracia; y en el mercado, que se le antoja como la apoteosis de la libertad y la consagración de la justicia, su vida económica es un juego donde el juguete es él.

Esta inversión de representaciones y mandatos está mediada por el desdoblamiento de la mercancía en **mercancía y dinero**. En virtud de este desdoblamiento, "el poder social se convierte... en poder privado, perteneciente a un particular"; y el lenguaje, en el de la mercancía.^[7]

Así como no es concebible una mercancía que **no quiera** transmutarse en dinero, no lo es tampoco un dinero que (en cantidad adecuada) **no pueda** trocarse en mercancía. En el par mercancía-dinero considerado en reposo, el polo mercancía y el polo dinero (una potencia involuntaria generada por una voluntad impotente) tienen cada uno su verdad en el otro: mercancía es dinero, dinero es mercancía; pero sólo por medio de un predicado por el que también cada uno retorna a su identidad, la mercancía porque **no** es (aún) dinero, el dinero porque **no** es (ya) mercancía; mercancía es dinero ideal, dinero es mercancía realizada. Así, en reposo, tal devenir es un recíproco referirse, un mutuo traspasar. Pero reposo es mudanza virtual, y mudanza, reposo suprimido; y son, ambos, momentos de un tercero que, en reposo y movimiento, muta y permanece. Lo que ora es **una** mercancía particular (dinero potencial), ora **la** mercancía general (ungida como dinero), es el valor del producto mercantil, que reviste la forma iterativa de valor mercantil en la sucesión de sus existencias opuestas: forma mercantil, forma dineraria...

El anhelo de toda mercancía es trocarse en dinero. Pero, en el instante mismo en que lo alcanza (dinero ideal que se realiza, mercancía general que se particulariza), el espíritu que moró en ella la abandona y la mercancía, que ya no lo es, retorna a su condición de cuerpo inerte, se reduce a su materia. La hora de su consagración es la hora de su muerte.

*

¿Qué son entonces las mercancías? Son productos cambiables que se ofrecen, se demandan, se entregan y se reciben en recíproca compensación. Mas no basta ese toma y daca para que, al contrario, los productos intercambiables se transformen en mercancías. Para que la sociedad se determine como mercantil es preciso también que tal cambio de manos constituya el nexo productivo predominante, o, como lo presuponemos aquí, único. Esta singular configuración económica de la sociedad mercantil (los hombres sólo se ponen en contacto como productores al traficar sus productos) imprime a la mercancía su sello no menos peculiar, confiriéndole los caracteres propios de una determinada forma histórica del producto social: los de la **especie Mercancía**, en contraste con los del **género Producto**.

La economía política ignora esa distinción y, al desconocerla, permanece en la confusión de una sinécdoque ingenua, que toma especie por género y viceversa. La mercancía queda así groseramente reducida a producto. Pero Ricardo fue grande: su concepto de valor es la mayor contribución al conocimiento de sí de la época de la burguesía y la base de toda realización científica de la economía política. Su secreto está en que el Producto relevante queda delimitado por una consideración que atañe específicamente a la sociedad moderna. En efecto: la mayor parte de los productos, observa Ricardo, son reproducibles, y, por tanto, es en ellos, arguye, donde debe centrarse la atención de la economía política. Precisamente, una de las mayores limitaciones de la crítica marxiana (y una fuente principal del despiste generalizado de sus discípulos) es que este concepto ricardiano, que remite el valor de un producto a las condiciones de su reproducción, se enuncia muy claramente en el Tomo III del Das Kapital (como veremos), pero falta en el Tomo I, particularmente en la Sección Primera, donde ese concepto verdadero y necesario aparece lamentablemente confundido con el concepto falso que remite el valor de un producto a las condiciones (pretéritas) de su producción.

Ahora bien: un producto reproducible o "multiplicable" (revista o no esa forma histórica, la mercantil), presenta dos propiedades: la de ser útil y la de poseer valor. La primera, por cuanto es un bien, un algo que forma parte de la riqueza material de la sociedad; en la terminología de los economistas que Marx fue el primero en llamar "clásicos", un valor de uso. La segunda, porque es reproducible. Ambas propiedades se concretan como una cantidad de un algo homogéneo, aunque este algo es de naturaleza distinta en una y otra. El producto es un valor de uso porque está constituido con una cantidad determinada de bienes dotados de cierta cualidad útil; y posee valor en magnitud directamente proporcional a la cantidad de trabajo normal o promedialmente requerida para su reproducción. Es fácil acertar y comprobar que la mercancía tiene estas dos propiedades y, por ello, es igualmente fácil equivocarse y creer que ellas son específicas.

No lo son. Reducida a producto útil y reproducible, la mercancía pierde sus caracteres propios, extravía las determinaciones específicas por las cuales una cosa útil y valiosa cobra la forma mercantil. Es imposible reconocer cabalmente la naturaleza histórica de la mercancía y, por tanto, la del capital, si no se tiene claro **en qué difiere el producto en cuanto mercancía de la mercancía en cuanto producto**. Es imposible distinguir lo que la especie tiene de específico si a la par no se discierne qué tiene de genérico; si por ella y en ella no se especifica el género. Género que, sin embargo, con anterioridad a la especie, carece de realidad efectiva, de existencia independiente, de forma propia; que, por tanto, sólo podemos caracterizar a partir del análisis de la forma mercancía, análisis en el que se revelará como su propio aspecto genérico o concepto no desarrollado o, finalmente, como su contenido. Aquí el producto económico no es simplemente un universal, mediado por la negación de la(s) especie(s), ni una esencia conservada en el cambio, ni una forma general, es también un contenido que se expresa reveladora y exhaustivamente en sus formas desplegadas: el desarrollo de la forma de (plus)valor es idéntico a la dialéctica de la producción económica; es un contenido en desarrollo, que no encontrará reposo en la mercancía, el dinero, el capital, sino que avanzará por medio de estas transformaciones hacia su consumación.

El que sólo podamos determinar ese género por medio del análisis de la mercancía es un aserto que tiene su fundamento en la obra de Marx, quien no se limita a descubrirlo en la forma mercancía sino que sigue luego su desarrollo a través del desdoblamiento de la mercancía en **mercancía y dinero**, de la transformación del dinero en capital, del desarrollo de las formas del capital y de las condiciones de su extinción. Para nosotros, la mercancía analizada por Marx corresponde a lo que llamaremos capital no diferenciado, y nos proponemos exponer las propiedades de la mercancía que también, como la primera, es la mercancía del capital, pero del capital que llamaremos diferenciado.

*

Marx nos dice que la mercancía es la forma más general del capital y que por eso la investigación de éste **comienza** con el análisis de aquélla.

Nuestro fáustico viaje de reconocimiento del mundo del capital, tan somero como vertiginoso, nos recordó cómo, en efecto, capital se reduce a mercancía, y ésta a producto económico. Ahora deberíamos desandar ese camino, emprender el arduo y verdadero rumbo de la investigación que, se dice, tiene origen en lo abstracto y destino en lo concreto. Pero todo niño aprende (como Hansel y Grethel) que el regreso puede ser difícil, y (como Humpty Dumpty) que ciertas reconstrucciones son imposibles; procuremos partir de lo universal abstracto y comprenderemos que ese comienzo es vano: la mercancía no se deduce del producto, ni la especie del género.

Ahora bien, la consciencia inculta cree que sus representaciones inmediatas agotan el saber verdadero, y se equivoca. La consciencia especulativa critica ese error, pero cae en la ilusión de elevarse del puro saber abstracto al saber de lo concreto. La verdad juega con ambas consciencias: el comienzo no carece de determinaciones, sino que éstas son todavía vírgenes de concepto. Si el saber es antes abstracto y luego verdadero es porque el suyo es el mismo camino trajinado por la vida, que no es primero sólo acto actuado y luego sólo pensamiento pensado, pero tampoco a la vez acto pensado y pensamiento actuado, ni es realidad preexistente; es potencia muerta que clama y puja por su resurrección. El principio es inmanente al comienzo, y es su fundamento o su verdad, pero son diferentes, y ambos están mediados por el concepto.

Vida y muerte, los momentos esenciales de la vida, lo son también de la vida de las ideas. No son éstas (meramente) acción y efecto del pensar: son también y ante todo acción relacional (trabajo, en una estructura productiva; logos, en el diálogo, un principio necesario en un comienzo contingente y la mediación entre ambos). Cuando la producción y el producto social del pensamiento libre cobra la forma histórico-institucional de la ciencia (moderna), las ideas (en tanto acreditan su doble condición de ser verdaderas y originales), se inscriben en la clase de los productos sociales no reproducibles y, por tanto, carentes de valor. La idealidad de la sociedad moderna es que la libertad se realiza en el Estado, la idea en la ciencia, el trabajo en la sociedad civil, etc., pero la verdad de esta sociedad, que es la primera forma objetiva de existencia universal de la humanidad, es que en ella el hombre no alcanza su realización, sino que el homo mercator, que no reconoce la poesía, concibe (estoicamente) la libertad como libertad individual; la idea, como opinión; el **reconocimiento**, como trabajo social en su forma mercantilmente objetivada; y experimenta la liberación por medio del trabajo, como explotación, y la esencia social de la condición humana, como un mandato imperioso: el de prevalecer sobre el otro, y ser "ganador".

El carácter esencialmente mercantil de la idea en su forma social objetiva no le confiere la forma de mercancía sino que la excluye de ella. Son, si se quiere, antimermercancías, y entonces la forma de la riqueza en la época de la supremacía del capital, se reparte entre mercancías y antimermercancías.

La diferencia entre los productos intelectuales en su forma mercantil y las mercancías propiamente dichas no reside en que aquéllos carecen de valor, porque hay mercancías no reproducibles, carentes,

también, por ende, de valor. La diferencia está en el valor de uso mismo, que, a diferencia del valor de uso mercantil, carece de toda determinación cuantitativa, o es pura cualidad determinada (con prescindencia de su soporte material). En la ciencia moderna la idea encuentra el medio y la forma institucional adecuada a su propio concepto, que consiste en emanciparse a la par de su propia unilateralidad y de su propia inmediatez.[8]

Tampoco aquí se trata, pues, de un comienzo primero o absoluto. Sobre la mercancía presente en este comienzo, que remite como a su principio a un primer producto económico, es menester observar: que esta forma general del capital, precisamente por ser general, es simple, pero no es abstracta; que es por medio de un camino, pero no lo deja atrás sino que lo comprende; que, como abstracción, es una abstracción determinada: que es la mercancía del comienzo pero también la mercancía del capital del comienzo; que es únicamente por medio de esa negada determinación que ella es idónea como punto de partida; camino ya recorrido, principal y en parte todavía exclusivamente, por Carlos Marx. Y, finalmente, que ésa es la mercancía del capital que llamaremos capital no diferenciado. En este último aspecto estará circunscripto nuestro aporte. A la diferenciación del capital deberá corresponder otra mercancía: la mercancía del capital desarrollado. No es ya "la forma más general y abstracta del capital", sino también la forma general de su desarrollo y anulación.

*

Los productos que cobran forma específica en la relación mercantil están comprendidos, es obvio, en la noción de Producto, si se entiende como lo producido en general. Pero ese lato significado abarca también otras manifestaciones y resultados de la actividad humana como los dioses, las costumbres, las instituciones, las técnicas, el lenguaje, etc., de las que podemos apreciar incluso intuitivamente que no son productos del mismo género que los de la especie mercancía. En verdad, la extensión del concepto general de Producto envuelve la totalidad de los bienes que componen la riqueza social. E infinitamente más: comprende todas las cosas del universo determinadas como objetos, todas aquellas a las que podemos aludir.

Los hombres, cualquiera sea el grado de su desarrollo histórico, reproducen su vida social en y por medio de su vida material, y recíprocamente: el intercambio material y energético de cada individuo en la naturaleza es mediado por la relación que él entabla con sus semejantes, los que por ende se convertirán en su necesidad, su objeto principal, su medio universal, su finalidad suprema. La Producción es este nexo de intercambio [9] que entablan unos hombres con otros para realizar su esencia genérica y crear el mundo **humano**. Por eso el germen de la condición humana está activo cuando un antecesor se apodera de otro (no emparentado genéticamente), degradándolo a la condición bestial: el amo asoma por encima de su propia estatura natural en la que el vínculo humano estaba apesadado en el nexo brutalmente estrecho de la comunidad particular.

Pero no rompe ni traspone ese círculo, ni siquiera lo amplía; la comunidad puede valerse del insólito "instrumentum vocale", solamente a condición de devolver esos seres al reino animal negándoles la dignidad que seguirá reservando a los propios. Por eso la mayor limitación de la esclavitud reside en que por ser total la reducción de los sometidos no puede ser completo su sometimiento. Así también el paso decisivo en la odisea de la realización del hombre libre es la servidumbre: aquí el señor no se apodera toscamente del cuerpo del cautivo sino que se apropia de los servicios de la **persona** dependiente. Inexorablemente las contraprestaciones del noble señor se degradarán, de sagrados deberes a bendiciones bondadosas y favores graciables, tan envilecedoras para quien da como para quien recibe. Mas todavía el sometimiento no es completo: el siervo debe a su amo obediencia, consejo, afecto y lealtad, amén de las prestaciones prescriptas, pero su dependencia está todavía circunscripta a la individualidad natural de señores y vasallos, se remonta a sus respectivas deidades y

antepasados y se extiende a sus consanguíneos.

La universalidad objetiva de la condición humana viene de la mano de la relación mercantil. La condición y a la vez el resultado de la mercancía es la disolución tanto de las relaciones orgánicas de la comunidad inmediata -autoritarias, consuetudinarias, solidarias- como de toda servidumbre o dependencia personal. Ahora (Gessellschaft versus Gemeinschaft) la degradación del prójimo a un instrumento del egoísmo individual es mutua, refleja y equitativa; la dependencia entre individuos, por lo demás, aislados, es impersonal, recíproca, completa. En tanto la relación mercantil tiene como presupuesto la disolución de todo otro vínculo productivo, el individuo que no realiza su nexo-mercancía sufre un desgarramiento, es arrojado inerme del cenáculo de las personas por una fuerza impersonal que no sabe de compasión.

Esa universalidad (todavía en sí) del nexo social cobra la forma objetiva del valor mercantil y vive su existencia extrínseca. Con este andador la humanidad da sus primeros pasos, vacilantes, en la intemperie del universo: el imperio irrestricto de la necesidad anuncia la inmanencia, cuando no la inminencia, del reino de la libertad: del pleno desarrollo del individuo en la plétora de su vida relacional.

La esencia del producto de la actividad humana tal como se manifiesta a través de sus mudanzas -con diaphanidad creciente en sus formas históricas más desarrolladas, que revelan el secreto de las precedentes- no es sino la manifestación de la naturaleza del hombre, único ser por el cual y para el cual la naturaleza es naturaleza. Naturaleza que es idéntica a su potencia y al desarrollo de sus capacidades. Lo que el creyente proyecta en un ser ideal divinizado es un atisbo de sí. No es la confección de herramientas, de adornos, o el lenguaje, o el pensamiento, o la historia, o, en fin, el amor, lo que distingue al hombre, sino también y sobre todo el ser el creador del universo; éste es su producto único, total, del que todos los otros productos son momentos, manifestaciones y diferenciaciones.

Debido a que es una forma evolucionada del producto económico la mercancía torna comprensibles las configuraciones productivas que la precedieron, brinda vislumbre y anunciación de las que la sucederán, y muestra que entre unas y otras ella misma representa un estadio necesario y una figura incompleta. Y porque su lugar en este desarrollo consiste en ser la primera manifestación objetiva de la universalidad del nexo productivo, la mercancía es portadora de la primera revelación del concepto genérico de producto. La revelación está en el aura espiritual encandilante que por fuerza acompaña a la cruda materialidad de la relación mercantil. La esencia del sistema mercantil queda al descubierto en la **corrupción**: la salvación del alma y la buena venta son esperanzas paralelas aunque separadas por abismos insondables hasta que la unidad se impone en la grosera compraventa de favores celestiales o estatales. Entonces, la mercancía se espiritualiza y el espíritu se mercantiliza: la religión es la comunidad de las almas (persistencia fantasmal de la fenecida comunidad de las personas) y la mercancía es el restablecimiento de la comunión y con ella de la realidad de los productores, es religión social: **religere** que se presenta como objetividad puramente material, obra de una providencia secular, orgánica y mecánica, inexorable, a la par impersonal e indiferente a las personas.

La unidad "material", empero, sólo confirma y expresa la escisión, y es unilateral; degradado, el espíritu prevalece en su degradación: las necesidades del alma se muestran todavía suficientemente poderosas como para que la nueva deidad deba salir del sagrado bolsillo a socorrerla. Nuestra investigación en el desarrollo de las formas del capital nos mostrará otra unidad, también unilateral, pero esta vez posada del lado del "intelecto". Esa segunda unidad será la gran jugada en la cual se consumará, por decirlo de manera figurada, la astucia del espíritu: habiéndose rendido por fin incondicionalmente ante su archienemigo, el capital, renunciando a sí mismo por completo para entrar al servicio de las fuerzas productivas materiales, se ha dado a esta misión con tal denuedo y consecuencia que se ha desplegado inusitadamente y ha terminado apoderándose directamente de las fuerzas productivas. De modo que la tercera unidad, la real, requiere de él que retorne a sí mismo.

Lo que distingue al hombre de la figura divinizada en la que él ha proyectado su propia capacidad creadora es que, en tanto el Creador imaginario saca el mundo existente de la nada, el hacedor terreno (progenitor verdadero de su padre putativo), criatura de este mundo, emerge de ese caldo indistinto, abstracto, de la exterioridad indeterminada, y, a la par que descubre y despliega sus propias potencias genéricas, crea el mundo real a partir de lo meramente dado. Los milagros del Hechor Supremo se remontan al Milagro de la Creación misma, y acaso se reducen a esa **opera prima**. El hombre no concluye su creación en el primer día ni en los siete primeros, ni descansa, ni cesa en su realización de milagros, que se convierten hoy en un tipo especial de producción que prevalece sobre el trabajo reproductivo y lo dota cada día de poderes inverosímiles. Finalmente, como productores son semejantes; si el Artífice Supremo no logró la perfección de ésta, su criatura predilecta, el hombre no logró tampoco transmitir a la suya el secreto de su propia potencia que mora en la imperfección y consiste en el desarrollo.

Desde cierto punto de vista, la proposición: "las cosas en estado natural son productos humanos", es falsa o absurda. ¿Cómo atribuir a la acción humana hechos y fenómenos determinados como independientes de ella? Hay, se dirá, cosas naturales y cosas artificiales. A ello hay que responder que no sólo subsisten sin la mediación humana las cosas que podemos considerar naturales, también las artificiales (argumenta Ricardo contra Smith) contienen un algo en sí no mediado. Pero la cosa carente de toda mediación (por ende, desprovista de propiedades y cualidades, coseidad pura), es fantasmal. Lejos de ser para nosotros la realidad misma, es una abstracción; incluso un trozo de tierra virgen o un destello ignoto es un producto social concreto como lo son las palabras, los conceptos, las ideas mediante las cuales distinguimos cosas determinadas, etc., en un medio histórico-cultural. Por un lado, el mismo carácter milagroso de los milagros es un fenómeno estrictamente moderno, que (se sabe desde Comte) presupone una consciencia ilustrada; la Santa Iglesia, que otrora instituyó la intolerancia contra la razón, hoy es la primera en sospechar la falsedad de todo nuevo milagro. [10] Por otro lado, el fenómeno natural más remoto y más absolutamente libre de interferencia antrópica es el instante inicial del "Big Bang". Pero la Gran Explosión Inicial pudo ser concebida por una época que, horrorizada ante su propia potencia productiva, vivió bajo el terror de una gran explosión **final**.

Los productos naturales son, es verdad, los seres de la naturaleza: su existencia no brota de las manos y los cerebros de los hombres. Pero éstos, al entablar entre sí la relación productiva, mediante sus trabajos convierten las cosas en los soportes materiales de sus propias capacidades productivas, las constituyen en objetos. Unas, son directa y materialmente devoradas por el hombre en cuanto éste sigue siendo un agente natural que en una esfera creciente opera en su entorno material inmediato, a la par que sufre él mismo la transformación de sus necesidades y sus capacidades. [11] Otras, indirecta aunque también materialmente, al ser alcanzadas por efectos mediatos de ese proceso de intercambio energético y metabolismo social en permanente mutación. Y, finalmente, como objetos de apropiación conceptual del mundo por medio del conocimiento de sí y del mundo, que es reconocimiento de sí del mundo, en el que la historia (historiología) natural es producto social e historia social.

En toda producción, el trabajo humano es a la vez genérico y específico, natural y artificial, biológico y social, particular y general, material y espiritual, etc. Pues, obviamente, el individuo, en cualquier configuración histórica de la producción, es social y biológico, etc., y ejercita sus fuerzas naturales y espirituales de infinitas maneras. Para que en una determinada sociedad el trabajo realizado para otros se determine como trabajo, en oposición al que el individuo realiza para su provecho individual inmediato; o, específicamente, para que la actividad que lleva a cabo como producción constituya un tipo de trabajo netamente distinto del trabajo consuntivo, es necesario que el individuo como productor se desdoble en productor y trabajador, y como trabajador en productor y consumidor. Si los hombres unen sus trabajos y sus vidas en la producción, cualquiera sea la estructura de ésta, su

grado de desarrollo y su consiguiente forma histórica, entonces, con arreglo al concepto, la expresión "relaciones sociales de producción" es superflua, no añade ninguna nota a la palabra "producción", que denota "relación" y "social".

*

La mercancía es ("para nosotros") una estructura productiva, pero desde la experiencia abstracta del homo mercator no resulta evidente que en la producción el trabajador es para sí en su ser para otro, y, mucho menos, que lo es en su ser social. Antes bien, esa misma identidad se le presenta como una mediación extrínseca. Porque la producción mercantil es producción, la misma relación genérica, pero mediada por el mercado. Y sus intérpretes intelectuales, los economistas, desde los textos fundacionales, no han hecho más que retroceder en la comprensión de la naturaleza productiva del intercambio mercantil, y, por tanto, de la propia mercancía como forma histórica específica de la producción.

Precisamente el concepto smithiano de "labour commanded" es la falla por la que quebraría la economía política. Smith mismo no atina a exponer la dialéctica entre el trabajo social "comandado" por el vendedor de la mercancía y el trabajo representado en el valor de ésta, y sus discípulos consuman la separación entre valor y "labour commanded"; lo hacen o bien expulsando la noción del "labour commanded" del concepto de valor (como Ricardo), [12]o bien confundiendo todo, (como Malthus, Say, etc.). Las tradiciones doctrinarias nacidas de este retroceso mezclan el valor con su determinación mercantil, y serán siempre incapaces de distinguir precio y valor. Con la disolución de la escuela ricardiana y el encumbramiento por un siglo de doctrinas anacrónicamente preclásicas (conocidas, empero, como neoclásicas), el intercambio productivo se capta cada vez más limitadamente. Ya no se comprende como intercambio de trabajos (especializados, objetivados en productos), ni, por tanto, como intercambio de productos, sino abstractamente como intercambio de bienes. Pero, incluso mucho antes de la **jibarización** del objeto de la economía política, cuando todavía la filosofía del derecho investigaba la escisión de la sociedad moderna en sociedad civil y política, y la economía política descubría la diferencia entre poder de compra ("purchasing power") y poder político, la ciencia ignoraba lo que luego despuntaría en la crítica marxiana; que esas y todas las escisiones específicas del mundo moderno provienen de la estructura de la mercancía, donde la identidad inmediata de la relación productiva ha sido desgarrada y la unidad es mediada por las contraposiciones entre: trabajo y mercado, valores de uso y valor, valor y valor mercantil, valor mercantil y valor de cambio, transformación material y cambio formal, o compraventa.

Los momentos necesarios de toda producción: trabajo y relación social, están separados en las representaciones del homo mercator, en sus construcciones teóricas y connotaciones lingüísticas, así como están escindidos en su vida social. El trabajo se desenvuelve en la vida privada, y no es una relación social entre productores sino la actividad de conformación técnico-material del producto. Claro está que las limitaciones de la consciencia teórica del hombre mercantil tienen firme asiento en la estructura de su vida práctica. Así, para el productor de mercancías, su propia relación se presenta como si la producción se llevara a cabo en el aislamiento de su vida privada, en tanto que su relación social se agotara en la compraventa, y ésta no fuera una relación productiva. Esta obnubilación se debe, en principio, a que el carácter social del trabajo que produce mercancías está mediado (convalidado ex post) por la realización de las mercancías -o, dice Marx, no es directamente social-; las mismas ilusiones que brotan de la mercancía cobran objetividad en la mercancía desarrollada que es el capital, pues, como consecuencia de la forma mercantil del capital, la relación entre el capitalista y el trabajador asalariado en el proceso mismo de trabajo no es, de suyo, una relación productiva. El trabajador asalariado realiza esa actividad porque su necesidad lo ha entregado inerme al poder extorsivo del secuestrador de la producción (no sólo ni principalmente como patrimonio o instrumento, sino como nexo social). El asalariado trabaja para otro, un capitalista, pero en el marco

de un contrato privado, y colabora con otros, sus compañeros de trabajo, sin que esta relación, pletórica de virtualidades, sea por ahora más que la de unas mulas encadenadas a la misma vara.

El trabajo asalariado, que desgaja el alma del cuerpo y extermina en el individuo la alegría de poner en juego sus fuerzas, y de desarrollarlas en la plenitud de las relaciones humanas, es, ante todo, trabajo mercantil. Rotos los lazos orgánicos directos de la comunidad primordial, el productor mercantil se comportará frente a su trabajo como un condenado ante su pena. Vivirá su martirio sin comprender que no es "ganarás el pan con el sudor de tu frente" la maldición que pesa sobre su vida, sino que sea una maldición. Incluso mucho antes que sufriera la escisión como productor y cayera en desgracia, su trabajo debió presentar con harta frecuencia, de manera anticipada aunque todavía externa y contingente, el carácter de condena que luego cobrará todo trabajo para el productor escindido. Mientras se desempeña en su trabajo debe renunciar, dice Smith, a su comodidad, a su libertad, a su felicidad. La pérdida de la buena vida, la repetición cotidiana del mito arcaico de la expulsión y la condena, no se le presenta al hombre mercantil como el desgarramiento de su conexión esencial sino, en primer término, como condición para entablarla. Pero si como productor mercantil no es un productor directo, puesto que el nexo productivo sólo se realiza mediante la mutación formal de la mercancía, como trabajador asalariado no es siquiera directamente productor mercantil, sino que sólo puede concretar su propio lazo productivo (mercantil, contingente, condicionado) por medio del capitalista: éste no sólo se ha adueñado de las condiciones del trabajo, también detenta privativamente la facultad de entablar el nexo productivo. Tal es la condición social del asalariado: la patraña ideológica (la verdad nos hará libres, el trabajo da libertad) se desbarata cuando se niega a la especie (la verdad dogmática, el trabajo forzado) la dignidad del género. Pero no debemos concebir la historia como la (de la) caída y la resurrección del productor libre, porque éste no existe realmente antes del desarrollo de las configuraciones históricas de la producción, ni es una víctima de la historia. Es su criatura y su demiurgo.

"Las relaciones de dependencia personal (al comienzo sobre una base del todo natural) son las primeras formas sociales, en las que la productividad humana se desarrolla solamente en un ámbito restringido y en lugares aislados. La independencia personal fundada en la dependencia respecto a las cosas es la segunda forma importante en la que llega a constituirse un sistema de metabolismo social general, un sistema de relaciones universales, de necesidades universales y de capacidades universales. La libre individualidad, fundada en el desarrollo universal de los individuos y en la subordinación de su productividad colectiva, social, como patrimonio social, constituye el tercer estadio. El segundo crea las condiciones del tercero". MARX, Karl "Grundrisse...", S. XXI, p. 85.

No es el menor de los escándalos que atestan el entendimiento común el que la civilización, y, junto con ella, nuestro sentido civilizado de indignación ante la opresión y la desigualdad social, tenga su origen y fundamento necesario en la opresión y la desigualdad. Ni es poca cosa para la razón misma el que la "segunda forma", nacida del cataclismo que arrasó con los imperios y no dejó en pie ni siquiera las comunidades, habría de generar un poder infinitamente más grande que el de Roma; que un régimen fundado en la anulación de toda dependencia personal engendraría la sujeción más absoluta. Tampoco, finalmente, para la idea de la realización humana, el que la "tercera forma", en la que se cifra la esperanza de la humanidad real, requiera hoy todavía de la exacerbación del capital y su consiguiente y necesario desarrollo formal.

Toda producción es a la vez relación social, proceso de trabajo y fenómeno natural. Estos tres momentos siempre necesarios de la producción aparecen como elementos extrínsecos o "factores" no mediados, en el entendimiento obtuso característico (desde Say) de la economía vulgar que, incapaz de distinguir su especificidad histórica, los llamó (y sigue llamando) trabajo, tierra y... ¡capital!

Tales nociones económicas, las más abstractas, son las representaciones reflejas del homo mercator, aderezadas con una jerga de aspecto técnico y efecto legitimizante. En ese "argot de rufianes"

(expresión usada por Benjamin en alusión a los filósofos), fueron escamoteadas y permanecen mixtificadas las configuraciones históricas de la producción y las formas transicionales del capital, reducidas todas a su contenido común, que es ora una forma ideal, ora una esencia invariante: como el en sí del mundo humano que cobra realidad en las transformaciones de su desarrollo. La abstracción, pues, pasiva, en el letargo del concepto, no distingue en las categorías económicas sus momentos específicos, subespecíficos, y genéricos. La crematística "mainstream" profesionalizada, denominada "economía" a secas (del inglés "economics"), se tiene por concreta cuando es abstracta, jura que ha avanzado cuando ha retrocedido, mira a sus grandes maestros por encima del hombro cuando los tiene adelante, y ella misma es un anacronismo.

En el siglo XVIII, en contraste, la economía política naciente conserva todavía la memoria social de la comunidad extinguida. Para Quesnay las leyes de los hombres son de un orden inferior al de la ley natural, y aquéllas, en consecuencia, deben ser conformes a ésta. Smith descubre (contra Rousseau) que el hombre acorde con su naturaleza no es salvaje sino civilizado, y que el individuo empírico lleva en su interior un yo imparcial (¿inseparable hoy del superyo freudiano pero polarmente contrapuesto a él como la sociedad civil al Estado?), que opera como el sujeto interior que inspira en el individuo empírico una conducta en armonía con el bien o la ley natural, impulsándole a buscar su propio beneficio individual y convirtiéndole eo ipso en un benefactor objetivo, malgré lui. En el siglo XIX la economía política se jibariza y su objeto se fractura, repartiéndose en una multiplicidad de "ciencias sociales" fragmentarias. Ricardo desarrolla con precisión y rigor los conceptos económicos de sus predecesores, aportando su exposición más madura, a la par que rompe amarras con la filosofía empirista, pero sin superarla (Bentham ocupa el lugar de Hume), dejando a la economía política expuesta a la regresión que sufriría hasta nuestros días. La crítica marxiana ofrece por primera vez a la Economía Política la posibilidad de liberarse de esa metafísica secularizada sin recaer en la barbarie del prejuicio anticonceptual. La misión integradora de la noción empirista de naturaleza humana quedará a cargo de ese mismo concepto transformado críticamente por el aporte marxiano: la objetivación del trabajo social, la forma del valor, la génesis del dinero. Esta nueva perspectiva permanecerá ignorada hasta los tiempos de hoy.

*

La Economía Política fue superada por la crítica, pero -aún así- permanecerá inconclusa mientras subsista su objeto. La crítica la sometió a las más duras pruebas: la rechazó duramente, la transformó de modos diversos, profundizó en ella y la reivindicó elevándola a la altura de sus propias exigencias. Para ello debió exponerla nuevamente, **ab ovo**. Ahora, como producto positivo de la crítica, es prueba y señal de que ésta avanzó en su misión de separar el trigo científico de la paja ideológica.

Pero la crítica (interna) nunca es suficiente para evitar que la ilusión se reinstale adaptándose, proteica, reemplazándose a sí misma. Por eso toda pretensión -como la nuestra- de volver críticamente sobre el producto consagrado de la crítica cae bajo sospecha; porque incluso su encabezamiento, al amagar un despliegue de sucesiones infinitas de críticas, raya en lo grotesco. La intentona está descalificada de antemano: por fuerza deberá ser o regresiva o superflua. El sellado sarcófago donde reposan los restos del Maestro y su obra está en posesión de los guardianes de la ortodoxia. Mas volviéndose contra sí misma la crítica no hace más que cumplir su destinación irredenta, su ínsita condena a ser consecuente consigo misma. Anuncia que todavía es, que no porque sirvió a su cometido con estilo concluyente está concluida, ni por haber fructificado la flor de las cadenas se abroqueló en la macabra defensa del fruto que ya es pretérito. Si hay esa nota superflua en el rótulo "crítica de la crítica..", un gesto extravagante en su elevación a la enésima potencia, esa redundancia y ese ridículo aparecen ya en los frontispicios de la obra de Marx: en la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel, en el encabezamiento que enuncia el propósito de los Grundrisse, en el título de la Contribución, en el subtítulo de El Capital. O ¿acaso cabe una economía política acrítica? Y si no, ¿para qué el adjetivo calificativo, qué nota añade?

El predicado redundante es la abreviatura de una doble negación: la obra se proclama no acrítica, y con esto nos aclara que no es como otra, de la que cual toma distancia y con la que, sin embargo, traba una relación esencial, ya que determina en este vínculo su propia identidad. "Crítica" vale aquí no como "verdadera", sino como exorcista de una verdad cautiva, y portadora de un soplo liberador. Pero la crítica es autocrítica: perdió su ingenuidad cuando debió reventar las cucarachas de la ideología, desde que aprendió a buscarlas debajo de los lemas altruistas, de las máximas edificantes.

*

Pero el momento genérico es verdadero. Todo trabajo humano se entretreje en la tela de la producción social donde tiene como condición y como objeto el producto de otro trabajo humano. Y así como el Divino Hacedor debió utilizar arcilla de la propia Creación para labrar el rostro de Su criatura, el hombre utiliza en el presente sus productos pretéritos para la creación de sus productos actuales. A su vez el proceso de trabajo puede y suele considerarse reducido a una secuencia (programable) de operaciones que se ejecutan con arreglo a una técnica. Este trabajo está directa, cuando no inmediatamente, dirigido a la repetida obtención de productos cualitativamente idénticos. Presupone su propia técnica, y no versa sobre ella, ni enfrenta problemas no resueltos de antemano en el rango de las técnicas dadas. Presupone asimismo el grado de formación y de habilidad necesario en el propio trabajador y no le concierne la creación original de esa disposición, ni su consagración social, ni su difusión y multiplicación, ni, por último, su perfeccionamiento. Tampoco el mejoramiento del "medio natural" (que, por ejemplo, en lo que atañe a los recursos genéticos, no reposa única ni principalmente en el "mejoramiento" sino también en la administración del germoplasma, el "tesoro de la humanidad"). Es el primer tipo de trabajo, y sólo él, el que atañe a la teoría general del valor y, en este marco, al concepto genérico relevante de producto económico.

Claro está, esa noción unilateral y abstracta de trabajo social se mostrará insuficiente para dar cuenta de la naturaleza del capital en la época de su realización. El concepto de desarrollo capitalista centrado en el proceso de diferenciación del capital, el desarrollo de la forma del plusvalor que desemboca en la configuración del capitalismo presidida por la forma del capital tecnológico, forma culminante del proceso de diferenciación, tendrá nuevamente su comienzo en la forma del valor. Pero no será la misma.

[1] "Cuanto más lejos nos remontamos en la historia, tanto más aparece el individuo -y por consiguiente también el individuo productor- como dependiente y formando parte de un todo mayor: en primer lugar, y de una manera todavía enteramente natural, de la familia y de esa familia ampliada que es la tribu; más tarde, de las comunidades en sus diversas formas, resultado del antagonismo y de la fusión de las tribus... Solamente al llegar al siglo XVIII, con la «sociedad civil», las diferentes formas de conexión social aparecen ante el individuo como un simple medio para lograr sus fines privados, como una necesidad interior. Pero la época que genera este punto de vista, esta idea del individuo aislado, es precisamente aquella en la cual las relaciones sociales (universales según este punto de vista) han llegado al más alto grado de desarrollo alcanzado hasta el presente". "Grundrisse..", pág. 4.

[2] SMITH, A. (1776), trad. nos, sub. **ad hoc**. Confunde mercancía con "intercambio" (producción), pero reconoce una progresión: al extenderse el mercado, el hombre se desarrolla gradualmente conforme a su propia naturaleza inherentemente mercantil. La frase citada está al final del siguiente pasaje: "When the division of labour has been once thoroughly established, it is but a very small part of a man's wants which the produce of his own labour can supply. He supplies the far greater part of them by exchanging that surplus part or the produce of his own labour, which is over and above his own consumption, for such parts of the produce of other men's labour as he has occasion for. Every man thus lives by exchanging, or becomes in some measure a merchant, and the **society itself grows to be what is properly a commercial society**".

- [3] SMITH, Adam, "The Wealth of Nations. An inquiry into the nature and causes" (1776), SELIGMAN, Edwin: Introd., Dent & Sons, London, 1960. Las citas subsiguientes son de esta edición.
- [4] MARX, Karl "El Capital. Crítica de la Economía Política", pág. 125. Las citas de "El Capital" se toman de la edición en español a cargo de SCARON, Pedro Siglo XXI, Buenos Aires, 1975.
- [5] ..."desde París, Londres, Amsterdam, nosotros lanzábamos palabras: «¡Partenón! ¡Fraternidad!» y en alguna parte, en Africa, en Asia, otros labios se abrían: «¡...tenón! ¡... nidad!»". SARTRE, Jean Paul, "Prefacio" a "Les damnés de la terre", de Fanon, Frantz, 1961.
- [6] "La abstracción del trabajo le hace más mecánico, más embotado, sin espíritu. Lo espiritual, esta vida llena, consciente de sí, se convierte en un quehacer vacío; la fuerza del sí mismo, que consiste en la riqueza de lo abarcado, se pierde. Puede dejar parte del trabajo a la máquina; pero tanto más formal resulta su propio hacer. Su trabajo embotado le limita a un punto y es tanto más perfecto cuanto más limitado...". HEGEL, F. G. W. "La filosofía real", FCE, Méx., 1984, pág. 198, citado por SEBRELLI, J. J., "El vacilar de las cosas", Sudamericana, 3a. Ed., Bs. As., 1994.
- [7] MARX. K. "El Capital...", T. I, pág. 161.
- [8] Lo que no está plenamente vivo y participa incongruamente de la fealdad de la muerte, es "macabro". Y, en efecto, el mundo de los conceptos es un mundo mortuorio, y, al revés, la presencia de lo macabro -su prodromos es un estremecimiento anticipado en la consciencia instintiva, una súbita urgencia de rechazar una idea aún ignorada, acompañada de una aguda ansiedad- señala la proximidad de ideas con vida; mientras el buen entendimiento común sólo siente desdén y repugnancia por la carroña, el espíritu digno de tal nombre la busca con avidez y se alimenta con ella. Y aquí, precisamente, en el comienzo, todo depende de que encontremos la sustancia en el más suculento proceso de degradación, y seamos capaces de asirnos fuertemente a ella.
- [9] "Salvo en el caso de la indiferente moneda que la caridad cristiana deja caer en la palma del pobre, todo regalo verdadero es recíproco. El que da no se priva de lo que da. Dar y recibir son lo mismo". BORGES, J. L. "La cifra".
- [10] ALBERT, J.-P. "Les sciences face aux miracles", La Recherche, n 270, nov. 1994.
- [11] En el trabajo, dice Marx, el trabajador se objetiva y el objeto se subjetiva; en la producción, añadimos, el espíritu se naturaliza y la naturaleza se espiritualiza: lo segundo es la condición y el marco de lo primero).
- [12] La erradicación del vocablo smithiano alcanza incluso a obras que no pueden ser tachadas, ni mucho menos, de vulgares. El meritorio editor de Rubin, Donald Filtzer, asegura en el Prefacio a la versión inglesa de "A History of Economic Thought", que ha puesto el mayor esmero en la transcripción literal de citas originales, conservando términos y modos arcaicos, pero puntualiza: "There are certain exceptions, e.g., in the section on Adam Smith, we have replaced Smith's term «commandable labour» with the more modern «purchasable labour»." Hay que hacerse cargo de la desazón de un lector del excelente libro de Rubin que tratara, primero, de entender los reproches de Ricardo y Marx contra Smith, que confunde el trabajo representado en el valor de las mercancías con el trabajo que el capitalista puede exigir al obrero asalariado. Y, segundo, se preguntara si en el concepto smithiano había un grano de verdad, que sus críticos pasaron por alto.

1.0.1. Preludio en el mercado.

*"Así entra en la estrechez del escenario
la Creación entera en su amplia esfera,
y va con cuidadosa rapidez por el mundo,
del cielo hasta el infierno."*

Goethe, J.W. *"Fausto. Preludio en el teatro"*.

"Ya comenzaban en el puchero humano de la Corte a hervir hombres y mujeres, unos hacia arriba, y otros hacia abajo, y otros de través... trabándose la batalla del día, cada uno con disinio y negocio diferente, y pretendiéndose engañar los unos a los otros, y levantándose una polvareda de embustes y mentiras, que no se descubría una brizna de verdad por un ojo de la cara..."

Velez de Guevara, L. *"El Diablo Cojuelo"*.

¡La humanidad es posible! Debe su amenazada existencia, y sobre todo su realidad incipiente, virtual, **programática**, al Capitalismo.

Los capitalistas captan esta verdad a su manera. Teniéndose por acreedores eminentes de tan inmensa deuda, se apresuran a cobrarse con avidez y con creces lo que "tienen" por propio. Y suya sería la totalidad absoluta de las riquezas, si no les estuviera negada la más alta. Pues no podrán aspirar, bien lo saben, a la veneración que los pueblos reservan a sus sabios y a sus poetas, a los hombres virtuosos. Ellos confunden la dimensión infinita de esas venturas con sus propias groseras representaciones en las que la felicidad no se distingue de la saciedad, y porque sus peculiarísimas y pecuniarísimas aspiraciones son de tal carácter abstracto que jamás podrían ser colmadas.

Las grandes obras del capital son admirables, tanto como unilaterales, desmesuradas y monstruosas. Sus apologistas señalan hacia lo alto, para mostrar en sus elevados sitios a los grandes principios: la propiedad, la libertad, la democracia, el progreso. Y allí están y son, en verdad, principios elevados, pero si los ha puesto en vigencia no es porque los realizó sino porque lo hizo hasta el punto en que se volvió incompatible; consumó su negación radical trocándolos en esencial necesidad.

El capital lleva a cabo el despliegue más grandioso de las capacidades productivas, pero empuja a la humanidad al borde de la extinción. Convoca y aglomera masas humanas continentales; las condena a la más brutal carencia, y a todos los hombres a la vida privada, que es una vida de privaciones esenciales. Su acumulación voraginosa arranca rudamente al espíritu de su adormecimiento dogmático, desencadena las ciencias y las azuza en sus aplicaciones tecnológicas, vierte tesoros fabulosos en las aventuras del pensamiento devenidas empresas de capital, razón,

logos, espíritu del capital, de suerte que las personas portadoras de potencias acumuladas por la humanidad para la creación de nuevas habilidades, deben actuar sus propias capacidades como propias del capital; y someterse sin derechos ni garantías formales a la autoridad más tenebrosa, la de las luces, al despotismo más cruel: el de la plutocracia sobre la ciencia.

Así, las abejas obreras de la ciencia del capital son ungidas y uncidas por el poder crematístico (concepto que une a Marx con Aristóteles, por encima de las cabezas de Hobbes y de Smith). Rebajados a un profesionalismo unilateral, los trabajadores de la ciencia -los "eurekos"- viven una vida espiritual escuálida, privada. Sus nombres innumerables, inscriptos sobre las grandes realizaciones humanas de la época, confirman una verdad eterna, que el espíritu nunca es superior a sus manifestaciones, y descubren una nueva: ¡que puede ser inferior! Pues si todo concepto debe encajar en una definición, sabio es -todavía- el hombre que sirve con devoción a sus semejantes, y en ello aúna el saber y la virtud; poeta es un trabajador que en su producción y por medio de ella es libre; y capitalista es...

Es el hombre **del** capital, o la persona que se comporta en su relación con el capital como poseedora y a la par como poseesa; ésto es esencial, aquéllo contingente: lo que transforma a hombre o mujer en un capitalista es la unión de su persona con el logos irrefrenable del capital, la comunión hipostática de su voluntad con la destinación expansiva de la sustancia dineraria. Es un maleficio que se apodera de su voluntad y la concentra en una adicción compulsiva, convierte a la persona en insaciable energúmeno, borra en su alma toda lealtad que no convenga a su fanatismo y no sirva a la finalidad excluyente, y le enceguece al punto que no podrá ya ver en el prójimo sino al enemigo inescrupuloso o al instrumento del que puede valerse astutamente.

Todo hombre o mujer que cayó bajo este hechizo diabólico anhela la salvación. El mismo deseo vehemente se abre paso en cada consciencia, convoca a todas las voluntades de la época y las proyecta hacia la figura fulgurante del capital. A los pies del ídolo que se fragmenta la sociedad se desgarran, los pueblos se disuelven en multitudes de individuos despavoridos, los guerreros se vuelven soldados mercenarios, las tripulaciones se entregan a degradantes disputas entre naufragos. Su precipitación por salvarse los reduce a la bestialidad y los arroja a la perdición; unos se identifican frenéticamente con una cabeza de la hidra, convirtiéndose en órgano, ojo, diente o lengua del monstruo, otros sueñan con el héroe legendario que de un solo golpe le cortó las cabezas. Presas de sus propias alucinaciones, los primeros lanzan denuestos contra los últimos y les persiguen acusándolos de amenazar su libre albedrío y... ¡de soñar!

*

La sociedad dominada por el capital es en verdad una comunidad fragmentada en una profusión de partículas societarias, tales que todas procuran pero ninguna logra erigirse en la partícula suprema. Pero estos islotes o continentes o burbujas, cada cual con su déspota, estos castillos con sus respectivos señores de tamaños y potencias entre gulliverianos y lilliputenses, rotuladas cada cual con su nombre o razón social, son las empresas de capital; ellas conservan su continuidad en (y por) medio de la discontinuidad de las partículas de capital, lábiles y evanescentes, abstractas, que constituyen su sustancia en movimiento espasmódico, del mismo modo que los océanos o las cataratas mantienen una identidad y un nombre propio que no compete a las moléculas o gotas anónimas que en ellos fluyen. No hay capital que no tenga como premisa la existencia de otros muchos capitales, ni empresa de capital de la que pueda decirse: «he aquí la sustantivación del predicado "capital", que vale como propio de la cabeza; porque es ésta la máxima o principal en grado superlativo; ésta es a toda otra empresa como es a todas las ciudades menores la urbe sede de la suprema autoridad de la nación». La multiplicidad pertenece a la esencia del capital, y afecta tanto a los capitales y a las empresas de capital, cuanto a las empresas capitales. Ellas son

numerosas, mas no se les escapa por ello su elevada condición jerárquica, como no la pierden las ciudades capitales por haberlas muchas, de numerosos países, ni la ven menoscabada los pecados capitales por andar en tropel. Lejos de configurar una metonimia impertinente, el nombre "**Capitalismo**" cuadra mejor que cualquier otro al concepto de un sistema que tiene la repulsión de todas sus partes por fundamento de su unidad.

En cada una de esas múltiples ínsulas capitales hay personas capitales, principalísimas, que no reciben órdenes sino que las imparten y detentan la potestad de designar ejecutores, de conferir y revocar mandatos. El Olimpo del capital donde ellas moran es un **locus** disperso y cambiante aunque inconfundible; comprende despachos, mansiones, "reposorts", entradas VIP, toda suerte de suculencias y primicias que, como sus dueños, se distinguen de sus semejantes no sólo ni tanto por su calidad suntuosa como porque por medio de su diferencia portan y anuncian el principio natural de que lo superior es por naturaleza para la superioridad. Representantes plenipotenciarios, virreyes del capital; exaltados a la dignidad de supremos asignadores de los recursos productivos de la sociedad; consagrados por la inescrutable providencia como máximos disponedores y dispensadores en última instancia de las capacidades colectivas de los hombres; investidos de honores y poderes consiguientes, no los amarran cadenas. Pero no son libres de ellas: condenados a interpretar la destinación del capital, no pueden errar o contrariarla sin derrumbarse al abismo espantoso de la igualación social.

Para quienes viven bajo el talión del capital la vida es un afanoso trajinar de la cima intolerable a la cima inalcanzable. Puja feroz por la supervivencia incierta: ¿sabia disposición del orden establecido que favorece el surgimiento de los más aptos y asegura siempre el triunfo... de los triunfadores! Los beneficios del credo del capital no están reservados con exclusividad a los fundamentalistas que nacieron en la Fe: se extienden a los conversos y apelan a los hombres y mujeres genuinamente iluminados por la ambición personal. El "colonizado laureado" (Sartre) es portador de un mensaje que él mismo no puede descifrar, puesto que (por definición) no le es dado transponer la conciliación falsa, no mediada, de la universalidad con la dignidad. [5]La consagración de todos es imposible, pero esta imposibilidad no desmiente la igualdad de oportunidades que promete el sistema: pues a todo conquistado se le presenta al menos una ocasión de colaborar, a todo sumergido una de elevarse sobre otro, a todo indio social la de ingresar al noble cuerpo de los cipayos sociales, a todo objeto de explotación laboral la de devenir sujeto activo. Sin más requisito que la prueba iniciática de su advocación, sin aporte societario original en trabajo, dinero o especie, pueden ser ascendidos de simples personas a personificaciones del capital; integrar la gran clase capitalista con los capitalistas de gran clase. Y, junto a ellos (si no a su vera, a sus pies), alcanzar el elevado goce de pertenecer a la familia, tribu o secta adscripta a una razón social, forma vicaria pero privilegiada (en una sociedad desgarrada) de **religere**, de amor en comunidad: al referirse a **su** empresa estarán habilitados para hacerlo en la primera persona del plural aunque el suyo no pasará de ser un yo que reptaba bajo uno colectivo, jerárquico, donde el fetiche determina el lugar de cada quién, su grado de subordinación o empinadura.

No faltan en sus vidas la angustia y el sinsabor, pero no ignoran que más dolorosas que las suyas son las horas de los Prometeos y más sudorosas las jornadas de los Sísifos que, empujando su piedra, viven desviviéndose por sobrevivir, y más duras aún las semanas y las vidas de los que desde la intemperie social (la más atroz) claman hasta después de la esperanza por que se les conceda como gracia una cadena y una piedra. Ejecutivos, profesionales, humanos calificados o descalificados, obreros desocupados, hombres indeterminados (vale decir, sin condición ni nexo), marginales, carenciados, superfluos, hacinados, gentes sin tacha ni techo, sin nombre; poblaciones anómicas, familias desamparadas, todos libres e iguales. Libres por igual de escoger la casa de comercio o industria a la cual ofrecerse para ejercer y realizar en ella sus facultades humanas multilaterales y su libertad; y, en este mundo libre de hombres libres, lo es también ínsitamente el capital de aceptar, rechazar, escoger, condicionar o despedir las libertades que le son ofrendadas.

Pero cuando las sucumbencias ofrecidas son aceptadas los sucumbentes pierden su condición de humanos libres porque en esa su casa deberán obediencia a normas que no hicieron y a jefes a los que no confirieron representación ni mandato.

Y poeta es el trabajador que en su trabajo y por medio de él es libre. Pero en el capital la poesía no libera, sólo suscita una añoranza dolorosa, casi insoportable, por la libertad futura. He aquí la leyenda del gran portón de entrada: "**Arbeit Macht Frei**".

La empresa de capital lleva dos máscaras, una de sumisión y otra de mando: de un lado el anhelante rostro de esclava complaciente y festiva, dispuesta a lucir, oler y moverse como lo quiera su cliente; de otro la facies de autoridad envarada, pronta a impartir órdenes, administrar penitencias, amonestar o preavisar, la que durante la jornada laboral representa a los acreedores frente a deudores de la carne y el espíritu, penados, penitentes. De un lado la lozanía, la gracia y las ventajas de los nobles productos; del otro, todo el inacabable tedio carcelario, [6]la autoridad cuartelaria. Jekyll y Hyde, figuras del anverso y del reverso, una para ofrecerse al mundo externo donde la empresa va como mercancía, otra para controlar los dominios intermedios donde anda como dinero y, finalmente, para supervisar y vigilar su recóndito mundo privado, donde Shylock devenido capataz debe poner en movimiento las capacidades que él o su mandante adquirió en usufructo temporal y que debe arrancar, antes de que expire el plazo, de los lomos y los cerebelos de sus reticentes portadores. Dos carátulas del capital, mercancía y dinero, y un proceso interior, que ya no es el de formas expresivas sino de contacto, contracción, secreción, sinapsis, actividad de miembros y órganos en acción, vigilancia de cautivos y cautivas, supervisión de las labores de los súbditos del reino de la necesidad, que, por serlo, son voluntarios mas no voluntariosos; no intentarán fugarse, pero no se les pierda de vista porque siempre están prontos a quedarse con algo de lo que ya no es suyo.

El poder directo que brota del capital queda encerrado en las propias entrañas de la empresa, tiene la forma y el significado de la autoridad interior. No corresponde a su concepto que escape al exterior pero sí que desborde de sus límites, y en esta transgresión desata una violencia terrorífica sobre víctimas inermes. Arbeit Macht Frei. El trabajo hace libre, tal el lema de Auschwitz, la poesía de la exterminación,

"as a nerve o' er which do creep

the else unfelt oppression of this earth" (Shelley).

La fuerza del sarcasmo proviene de una verdad cautiva, que una vez fue reclamo y promesa del capitalismo incipiente. Pero la dialéctica del opresor y el oprimido sólo revela la libertad de éste como negación, como libertad que aún debe mediarse; y la única verdad del oprimido es su no-verdad, la no-realidad de su existencia: su libertad no es "de", ni "para", sino, ante todo, "contra". Pero, cuanto más burda es la mentira de los poderosos, mayor es la fascinación que ejerce sobre los miserables.

No solamente los fieles y los adictos oran en el ubicuo templo del comercio: las feromonas activas en los destellos del oro compelen a los contemporáneos todos, y hasta la paganía más empedernida es arrastrada en masa por el capital al ecuménico frenesí de sus ritos orgiásticos. Es la historia, por primera vez inmediata y directamente mundial. Nadie queda fuera del gran reparto concebido en

celebración del capital, ni siquiera los condenados al papel de condenados. Es que el mundo del capital se distingue de cualquier otro igualmente formado por cazadores y piezas de caza en que éstas no huyen del predador sino que, obedientes a un impulso irresistible, se arrojan a sus fauces.

El ansia de capital hace presa por igual de poseedores y desposeídos, tornándolos en poseídos y posesos. Cada uno sueña su sueño de salvación. A humanos humillados y carentes les cabe concebir el mundo desde su sometimiento, figurarse con inefable regocijo un gran banquete donde ellos no son la res en el asador sino comensales de gran señorío, amos y príncipes; que, sin tener que servir ellos a nadie, ni rendir pleitesía, se hacen servir y adorar. Cábeles también esperar todo de un exorcismo que les libere, a ellos y a los suyos, del poder maligno. Pero, acaso, no satisfechos con estas compensaciones y consuelos siempre disponibles para los miserables, terminarán por entregarse a una desazón profunda. Entonces renunciarán a todo lo que no sea su mera realización como personas. Y permanecerán en esa ensoñación hasta el día que reconozcan que eso más elemental a lo que se resignarían es lo más alto y está en sus manos.

*

Pero, si el hombre individual apenas en sueños se aventura más allá de lo posible, la historia es la incesante conquista de lo imposible, o, lo que tanto vale, el progresivo despliegue de las capacidades del hombre. El capital es la instancia en que esa potenciación se exagera. Merced a su desarrollo, hazañas otrora imposibles son, hoy, obras factibles. Es técnicamente posible la transmutación de los elementos y es históricamente necesaria y posible la superación del capital. Antes de nuestra época los hombres se proponían, sin lograrlo, convertir materias viles en metales nobles, y lograban, sin proponérselo, transformar en oro sus propias relaciones productivas. Con esta mutación se produjeron muchas otras: un aura resplandeciente iluminó los destinos comunes de los hombres y elevó los frutos del trabajo humano a un estado de gracia; de pedestres y vecinales como lo fueron siempre, los volvió trascendentes y universales. Nada en el mundo se salvó de ser tocado y trastocado por el hechizo refulgente. El espíritu genérico cobró vida transmutado en venalidad generalizada, el mezquino egoísmo echó a valer como altruismo, materiales comunes y hombres rasos se trocaron en oro nobilísimo.

Grande y poderoso fue el demiurgo de tanto universo. Mas no fue dios, mesías, príncipe, filósofo, general, ni, en verdad, persona alguna. Fue un enjambre de cosas, animadas por un encantamiento insólito; un pronunciamiento de objetos conjurados contra sus sujetos respectivos. Precisamente de esto aquí se trata: **acerca de cómo un ser inerte y carente de voluntad se convierte en mercancía, y de cómo, al cobrar este carácter, se posesiona ferozmente del alma de su amo.**

*

Si lo que convierte un objeto cualquiera en una mercancía es la voluntad de su dueño de desprenderse de él a cambio de otro objeto en posesión de otra persona, es tautológico decir que el propietario de una mercancía es su oferente; en otras palabras, toda mercancía está en venta. Pero para que un objeto cobre la forma mercancía, no basta que sea a) propiedad exclusiva y socialmente reconocida de una persona, b) transferible a otra persona, c) ofrecido a cambio de otro bien.

El rasgo singularmente peculiar de esta sociedad es que en ella el efecto del rito iniciático fenece instantáneamente. Al ofrecer su mercancía, el hombre mercantil se presenta en sociedad como aspirante a ser admitido en ella, pero únicamente puede integrarla en calidad de portador del objeto: como representante de su representante. Nadie reparará en el candidato mismo sino cuando se sospeche en la cosa ofrecida una falsificación, o en la cosa vendida un vicio redhibitorio, e incluso entonces sólo como un atributo más de la mercadería. Constituida en tribunal supremo, la asamblea general de los hombres mercantiles, la fantasmagórica reunión en la que estas singularísimas criaturas de la evolución histórica entablan efectivamente su vínculo productivo y viven fugazmente los instantes de su vida social, se expedirá en cada caso.

Ese ruedo al que los propietarios de bienes en venta lanzan sus ofertas, ese juego temerario donde apuestan su condición social a la suerte de sus mercancías, ese ciego y disparatado tribunal inapelable que dictamina imperativamente y al azar si este individuo o aquel otro serán bienaventurados o execrados, es el Juicio de Dios, es la Ordalía, es, en definitiva, el mercado.

Unos serán acogidos en el dulce regazo de la comunidad, otros enviados a oprobioso destierro. El que las relaciones sociales vistan ropajes áureos significa que el vínculo social, que antes de prevalecer la relación mercantil siempre se dió por descontado, ahora se cuenta en metal precioso. El oro es aquí la prenda obligada de todo nexo social. Y porque también en ésta como en toda otra condición histórica el objeto primordial y la mayor necesidad del hombre es el prójimo, el oro se vuelve alucinante y se yergue como el objeto de la búsqueda más febril, el de la urgencia más apremiante y el de la pasión más abrasadora.

La buena venta es el cielo en la tierra. Virtudes y perfecciones son favorables a la mercancía que va camino del mercado, como lo son para el alma que sube al paraíso. Las prendas del espíritu no pueden simularse ante el Juez Supremo, aunque sí ser adquiridas a buen precio. Es al revés con la mercancía: ella no marcha a su destino último con dádivas ni dineros sino que va por ellos, pero lo mismo da que sus bondades y aptitudes provengan de la nobleza del producto o del engaño que simula cualidades y disimula defectos. El vendedor se conduce ante el comprador en ciernes, farisaicamente, como el apóstol esmeradísimo de la cualidad y la perfección. Mas no se piense que el universo de las mercancías es nada más que un baile rutilante de disfraces y apariencias. Ni que es únicamente, por el contrario, la tiniebla del dominio sobre los necesitados; ni, finalmente, sólo el tedio y la mutilación de las almas malogradas. En su sistema gobernado por quimeras automáticas, junto a las malas artes del fingimiento y la seducción, obra también el azar. Demasiado lo sabe el dueño de la mercancía, quien para ser hombre de bien debe serlo de bienes, pero sólo puede adquirirlos encomendándose a la buena suerte, fiando su hacienda al amparo de la justicia oculta en la arbitrariedad, al mérito revelado en la contingencia, a la misericordia ínsita en lo fortuito. Por algo considera a la par como dones de su persona el tener riqueza patrimonial y buena suerte, y les llama por el mismo nombre, Fortuna.

La mercancía es, pues, un ser inestable y veleidoso, y, empero, su dueño, ya por insensatez, ya por desesperación (o porque es un homo mercator, que no tiene otro nexo esencial), se pone enteramente en el poder de un objeto. Entonces la relación sujeto-objeto se subvierte: la voz del propietario debe servir a la palabra de su apoderada, el raciocinio a su razón, la voluntad a su capricho. Al hombre que se hace representar por un objeto, le sucede lo mismo que al ciudadano que confiere a otro su representación política sin imponerle un mandato, o si éste no es revocable ni **vinculante**: con una carcajada el que debía ser mandatario se transmuta en mandante del que debía ser su mandante.

Tales las dos pesadillas paralelas que se entrecruzan en las tribulaciones -vida, sueño y vigilia- del burgués: en el régimen político que él fabula como el dechado de la democracia, el ciudadano formal no es real, ya que no le es posible participar a la vez democráticamente de la soberanía y soberanamente de la democracia; y en el mercado, que se le antoja como la apoteosis de la libertad y la consagración de la justicia, su vida económica es un juego donde el juguete es él.

Esta inversión de representaciones y mandatos está mediada por el desdoblamiento de la mercancía en **mercancía y dinero**. En virtud de este desdoblamiento, "el poder social se convierte... en poder privado, perteneciente a un particular"; y el lenguaje, en el de la mercancía.[7]

Así como no es concebible una mercancía que **no quiera** transmutarse en dinero, no lo es tampoco un dinero que (en cantidad adecuada) **no pueda** trocarse en mercancía. En el par mercancía-dinero considerado en reposo, el polo mercancía y el polo dinero (una potencia involuntaria generada por una voluntad impotente) tienen cada uno su verdad en el otro: mercancía es dinero, dinero es mercancía; pero sólo por medio de un predicado por el que también cada uno retorna a su identidad, la mercancía porque **no** es (aún) dinero, el dinero porque **no** es (ya) mercancía; mercancía es dinero ideal, dinero es mercancía realizada. Así, en reposo, tal devenir es un recíproco referirse, un mutuo traspasar. Pero reposo es mudanza virtual, y mudanza, reposo suprimido; y son, ambos, momentos de un tercero que, en reposo y movimiento, muta y permanece. Lo que ora es **una** mercancía particular (dinero potencial), ora **la** mercancía general (ungida como dinero), es el valor del producto mercantil, que reviste la forma iterativa de valor mercantil en la sucesión de sus existencias opuestas: forma mercantil, forma dineraria...

El anhelo de toda mercancía es trocarse en dinero. Pero, en el instante mismo en que lo alcanza (dinero ideal que se realiza, mercancía general que se particulariza), el espíritu que moró en ella la abandona y la mercancía, que ya no lo es, retorna a su condición de cuerpo inerte, se reduce a su materia. La hora de su consagración es la hora de su muerte.

*

¿Qué son entonces las mercancías? Son productos cambiables que se ofrecen, se demandan, se entregan y se reciben en recíproca compensación. Mas no basta ese toma y daca para que, al contrario, los productos intercambiables se transformen en mercancías. Para que la sociedad se determine como mercantil es preciso también que tal cambio de manos constituya el nexo productivo predominante, o, como lo presuponemos aquí, único. Esta singular configuración económica de la sociedad mercantil (los hombres sólo se ponen en contacto como productores al traficar sus productos) imprime a la mercancía su sello no menos peculiar, confiriéndole los caracteres propios de una determinada forma histórica del producto social: los de la **especie Mercancía**, en contraste con los del **género Producto**.

La economía política ignora esa distinción y, al desconocerla, permanece en la confusión de una sinécdoque ingenua, que toma especie por género y viceversa. La mercancía queda así groseramente reducida a producto. Pero Ricardo fue grande: su concepto de valor es la mayor contribución al conocimiento de sí de la época de la burguesía y la base de toda realización

científica de la economía política. Su secreto está en que el Producto relevante queda delimitado por una consideración que atañe específicamente a la sociedad moderna. En efecto: la mayor parte de los productos, observa Ricardo, son reproducibles, y, por tanto, es en ellos, arguye, donde debe centrarse la atención de la economía política. Precisamente, una de las mayores limitaciones de la crítica marxiana (y una fuente principal del despiste generalizado de sus discípulos) es que este concepto ricardiano, que remite el valor de un producto a las condiciones de su reproducción, se enuncia muy claramente en el Tomo III del Das Kapital (como veremos), pero falta en el Tomo I, particularmente en la Sección Primera, donde ese concepto verdadero y necesario aparece lamentablemente confundido con el concepto falso que remite el valor de un producto a las condiciones (pretéritas) de su producción.

Ahora bien: un producto reproducible o "multiplicable" (revista o no esa forma histórica, la mercantil), presenta dos propiedades: la de ser útil y la de poseer valor. La primera, por cuanto es un bien, un algo que forma parte de la riqueza material de la sociedad; en la terminología de los economistas que Marx fue el primero en llamar "clásicos", un valor de uso. La segunda, porque es reproducible. Ambas propiedades se concretan como una cantidad de un algo homogéneo, aunque este algo es de naturaleza distinta en una y otra. El producto es un valor de uso porque está constituido con una cantidad determinada de bienes dotados de cierta cualidad útil; y posee valor en magnitud directamente proporcional a la cantidad de trabajo normal o promedialmente requerida para su reproducción. Es fácil acertar y comprobar que la mercancía tiene estas dos propiedades y, por ello, es igualmente fácil equivocarse y creer que ellas son específicas.

No lo son. Reducida a producto útil y reproducible, la mercancía pierde sus caracteres propios, extravía las determinaciones específicas por las cuales una cosa útil y valiosa cobra la forma mercantil. Es imposible reconocer cabalmente la naturaleza histórica de la mercancía y, por tanto, la del capital, si no se tiene claro **en qué difiere el producto en cuanto mercancía de la mercancía en cuanto producto**. Es imposible distinguir lo que la especie tiene de específico si a la par no se discierne qué tiene de genérico; si por ella y en ella no se especifica el género. Género que, sin embargo, con anterioridad a la especie, carece de realidad efectiva, de existencia independiente, de forma propia; que, por tanto, sólo podemos caracterizar a partir del análisis de la forma mercancía, análisis en el que se revelará como su propio aspecto genérico o concepto no desarrollado o, finalmente, como su contenido. Aquí el producto económico no es simplemente un universal, mediado por la negación de la(s) especie(s), ni una esencia conservada en el cambio, ni una forma general, es también un contenido que se expresa reveladora y exhaustivamente en sus formas desplegadas: el desarrollo de la forma de (plus)valor es idéntico a la dialéctica de la producción económica; es un contenido en desarrollo, que no encontrará reposo en la mercancía, el dinero, el capital, sino que avanzará por medio de estas transformaciones hacia su consumación.

El que sólo podamos determinar ese género por medio del análisis de la mercancía es un aserto que tiene su fundamento en la obra de Marx, quien no se limita a descubrirlo en la forma mercancía sino que sigue luego su desarrollo a través del desdoblamiento de la mercancía en **mercancía y dinero**, de la transformación del dinero en capital, del desarrollo de las formas del capital y de las condiciones de su extinción. Para nosotros, la mercancía analizada por Marx corresponde a lo que llamaremos capital no diferenciado, y nos proponemos exponer las propiedades de la mercancía que también, como la primera, es la mercancía del capital, pero del capital que llamaremos diferenciado.

*

Marx nos dice que la mercancía es la forma más general del capital y que por eso la investigación de éste **comienza** con el análisis de aquélla.

Nuestro fáustico viaje de reconocimiento del mundo del capital, tan somero como vertiginoso, nos recordó cómo, en efecto, capital se reduce a mercancía, y ésta a producto económico. Ahora deberíamos desandar ese camino, emprender el arduo y verdadero rumbo de la investigación que, se dice, tiene origen en lo abstracto y destino en lo concreto. Pero todo niño aprende (como Hansel y Grethel) que el regreso puede ser difícil, y (como Humpty Dumpty) que ciertas reconstrucciones son imposibles; procuremos partir de lo universal abstracto y comprenderemos que ese comienzo es vano: la mercancía no se deduce del producto, ni la especie del género.

Ahora bien, la consciencia inculta cree que sus representaciones inmediatas agotan el saber verdadero, y se equivoca. La consciencia especulativa critica ese error, pero cae en la ilusión de elevarse del puro saber abstracto al saber de lo concreto. La verdad juega con ambas consciencias: el comienzo no carece de determinaciones, sino que éstas son todavía vírgenes de concepto. Si el saber es antes abstracto y luego verdadero es porque el suyo es el mismo camino trajinado por la vida, que no es primero sólo acto actuado y luego sólo pensamiento pensado, pero tampoco a la vez acto pensado y pensamiento actuado, ni es realidad preexistente; es potencia muerta que clama y puja por su resurrección. El principio es inmanente al comienzo, y es su fundamento o su verdad, pero son diferentes, y ambos están mediados por el concepto.

Vida y muerte, los momentos esenciales de la vida, lo son también de la vida de las ideas. No son éstas (meramente) acción y efecto del pensar: son también y ante todo acción relacional (trabajo, en una estructura productiva; logos, en el diálogo, un principio necesario en un comienzo contingente y la mediación entre ambos). Cuando la producción y el producto social del pensamiento libre cobra la forma histórico-institucional de la ciencia (moderna), las ideas (en tanto acreditan su doble condición de ser verdaderas y originales), se inscriben en la clase de los productos sociales no reproducibles y, por tanto, carentes de valor. La idealidad de la sociedad moderna es que la libertad se realiza en el Estado, la idea en la ciencia, el trabajo en la sociedad civil, etc., pero la verdad de esta sociedad, que es la primera forma objetiva de existencia universal de la humanidad, es que en ella el hombre no alcanza su realización, sino que el homo mercator, que no reconoce la poesía, concibe (estoicamente) la libertad como libertad individual; la idea, como opinión; el **reconocimiento**, como trabajo social en su forma mercantilmente objetivada; y experimenta la liberación por medio del trabajo, como explotación, y la esencia social de la condición humana, como un mandato imperioso: el de prevalecer sobre el otro, y ser "ganador".

El carácter esencialmente mercantil de la idea en su forma social objetiva no le confiere la forma de mercancía sino que la excluye de ella. Son, si se quiere, antimercancías, y entonces la forma de la riqueza en la época de la supremacía del capital, se reparte entre mercancías y antimercancías.

La diferencia entre los productos intelectuales en su forma mercantil y las mercancías propiamente dichas no reside en que aquéllos carecen de valor, porque hay mercancías no reproducibles, carentes, también, por ende, de valor. La diferencia está en el valor de uso mismo, que, a diferencia del valor de uso mercantil, carece de toda determinación cuantitativa, o es pura cualidad determinada (con prescindencia de su soporte material). En la ciencia moderna la idea encuentra el medio y la forma institucional adecuada a su propio concepto, que consiste en emanciparse a la par de su propia unilateralidad y de su propia inmediatez.[8]

Tampoco aquí se trata, pues, de un comienzo primero o absoluto. Sobre la mercancía presente en este comienzo, que remite como a su principio a un primer producto económico, es menester observar: que esta forma general del capital, precisamente por ser general, es simple, pero no es

abstracta; que es por medio de un camino, pero no lo deja atrás sino que lo comprende; que, como abstracción, es una abstracción determinada: que es la mercancía del comienzo pero también la mercancía del capital del comienzo; que es únicamente por medio de esa negada determinación que ella es idónea como punto de partida; camino ya recorrido, principal y en parte todavía exclusivamente, por Carlos Marx. Y, finalmente, que ésta es la mercancía del capital que llamaremos capital no diferenciado. En este último aspecto estará circunscripto nuestro aporte. A la diferenciación del capital deberá corresponder otra mercancía: la mercancía del capital desarrollado. No es ya "la forma más general y abstracta del capital", sino también la forma general de su desarrollo y anulación.

*

Los productos que cobran forma específica en la relación mercantil están comprendidos, es obvio, en la noción de Producto, si se entiende como lo producido en general. Pero ese lato significado abarca también otras manifestaciones y resultados de la actividad humana como los dioses, las costumbres, las instituciones, las técnicas, el lenguaje, etc., de las que podemos apreciar incluso intuitivamente que no son productos del mismo género que los de la especie mercancía. En verdad, la extensión del concepto general de Producto envuelve la totalidad de los bienes que componen la riqueza social. E infinitamente más: comprende todas las cosas del universo determinadas como objetos, todas aquellas a las que podemos aludir.

Los hombres, cualquiera sea el grado de su desarrollo histórico, reproducen su vida social en y por medio de su vida material, y recíprocamente: el intercambio material y energético de cada individuo en la naturaleza es mediado por la relación que él entabla con sus semejantes, los que por ende se convertirán en su necesidad, su objeto principal, su medio universal, su finalidad suprema. La Producción es este nexo de intercambio [9] que entablan unos hombres con otros para realizar su esencia genérica y crear el mundo **humano**. Por eso el germen de la condición humana está activo cuando un antecesor se apodera de otro (no emparentado genéticamente), degradándolo a la condición bestial: el amo asoma por encima de su propia estatura natural en la que el vínculo humano estaba apresado en el nexo brutalmente estrecho de la comunidad particular.

Pero no rompe ni traspone ese círculo, ni siquiera lo amplía; la comunidad puede valerse del insólito "instrumentum vocale", solamente a condición de devolver esos seres al reino animal negándoles la dignidad que seguirá reservando a los propios. Por eso la mayor limitación de la esclavitud reside en que por ser total la reducción de los sometidos no puede ser completo su sometimiento. Así también el paso decisivo en la odisea de la realización del hombre libre es la servidumbre: aquí el señor no se apodera toscamente del cuerpo del cautivo sino que se apropia de los servicios de la **persona** dependiente. Inexorablemente las contraprestaciones del noble señor se degradarán, de sagrados deberes a bendiciones bondadosas y favores graciables, tan envilecedoras para quien da como para quien recibe. Mas todavía el sometimiento no es completo: el siervo debe a su amo obediencia, consejo, afecto y lealtad, amén de las prestaciones prescriptas, pero su dependencia está todavía circunscripta a la individualidad natural de señores y vasallos, se remonta a sus respectivas deidades y antepasados y se extiende a sus consanguíneos.

La universalidad objetiva de la condición humana viene de la mano de la relación mercantil. La

condición y a la vez el resultado de la mercancía es la disolución tanto de las relaciones orgánicas de la comunidad inmediata -autoritarias, consuetudinarias, solidarias- como de toda servidumbre o dependencia personal. Ahora (Gessellschaft versus Gemeinschaft) la degradación del prójimo a un instrumento del egoísmo individual es mutua, refleja y equitativa; la dependencia entre individuos, por lo demás, aislados, es impersonal, recíproca, completa. En tanto la relación mercantil tiene como presupuesto la disolución de todo otro vínculo productivo, el individuo que no realiza su nexo-mercancía sufre un desgarramiento, es arrojado inerme del cenáculo de las personas por una fuerza impersonal que no sabe de compasión.

Esa universalidad (todavía en sí) del nexo social cobra la forma objetiva del valor mercantil y vive su existencia extrínseca. Con este andador la humanidad da sus primeros pasos, vacilantes, en la intemperie del universo: el imperio irrestricto de la necesidad anuncia la inmanencia, cuando no la inminencia, del reino de la libertad: del pleno desarrollo del individuo en la plétora de su vida relacional.

La esencia del producto de la actividad humana tal como se manifiesta a través de sus mudanzas -con diafanidad creciente en sus formas históricas más desarrolladas, que revelan el secreto de las precedentes- no es sino la manifestación de la naturaleza del hombre, único ser por el cual y para el cual la naturaleza es naturaleza. Naturaleza que es idéntica a su potencia y al desarrollo de sus capacidades. Lo que el creyente proyecta en un ser ideal divinizado es un atisbo de sí. No es la confección de herramientas, de adornos, o el lenguaje, o el pensamiento, o la historia, o, en fin, el amor, lo que distingue al hombre, sino también y sobre todo el ser el creador del universo; éste es su producto único, total, del que todos los otros productos son momentos, manifestaciones y diferenciaciones.

Debido a que es una forma evolucionada del producto económico la mercancía torna comprensibles las configuraciones productivas que la precedieron, brinda vislumbre y anunciación de las que la sucederán, y muestra que entre unas y otras ella misma representa un estadio necesario y una figura incompleta. Y porque su lugar en este desarrollo consiste en ser la primera manifestación objetiva de la universalidad del nexo productivo, la mercancía es portadora de la primera revelación del concepto genérico de producto. La revelación está en el aura espiritual encandilante que por fuerza acompaña a la cruda materialidad de la relación mercantil. La esencia del sistema mercantil queda al descubierto en la **corrupción**: la salvación del alma y la buena venta son esperanzas paralelas aunque separadas por abismos insondables hasta que la unidad se impone en la grosera compraventa de favores celestiales o estatales. Entonces, la mercancía se espiritualiza y el espíritu se mercantiliza: la religión es la comunidad de las almas (persistencia fantasmal de la fenecida comunidad de las personas) y la mercancía es el restablecimiento de la comunión y con ella de la realidad de los productores, es religión social: **religere** que se presenta como objetividad puramente material, obra de una providencia secular, orgánica y mecánica, inexorable, a la par impersonal e indiferente a las personas.

La unidad "material", empero, sólo confirma y expresa la escisión, y es unilateral; degradado, el espíritu prevalece en su degradación: las necesidades del alma se muestran todavía suficientemente poderosas como para que la nueva deidad deba salir del sagrado bolsillo a socorrerla. Nuestra investigación en el desarrollo de las formas del capital nos mostrará otra unidad, también unilateral, pero esta vez posada del lado del "intelecto". Esa segunda unidad será la gran jugada en la cual se consumará, por decirlo de manera figurada, la astucia del espíritu: habiéndose rendido por fin incondicionalmente ante su archienemigo, el capital, renunciando a sí mismo por completo para entrar al servicio de las fuerzas productivas materiales, se ha dado a esta misión con tal denuedo y consecuencia que se ha desplegado inusitadamente y ha terminado apoderándose directamente de las fuerzas productivas. De modo que la tercera unidad, la real, requiere de él que retorne a sí mismo.

Lo que distingue al hombre de la figura divinizada en la que él ha proyectado su propia capacidad creadora es que, en tanto el Creador imaginario saca el mundo existente de la nada, el hacedor terreno (progenitor verdadero de su padre putativo), criatura de este mundo, emerge de ese caldo indistinto, abstracto, de la exterioridad indeterminada, y, a la par que descubre y despliega sus propias potencias genéricas, crea el mundo real a partir de lo meramente dado. Los milagros del Hechor Supremo se remontan al Milagro de la Creación misma, y acaso se reducen a esa **opera prima**. El hombre no concluye su creación en el primer día ni en los siete primeros, ni descansa, ni cesa en su realización de milagros, que se convierten hoy en un tipo especial de producción que prevalece sobre el trabajo reproductivo y lo dota cada día de poderes inverosímiles. Finalmente, como productores son semejantes; si el Artífice Supremo no logró la perfección de ésta, su criatura predilecta, el hombre no logró tampoco transmitir a la suya el secreto de su propia potencia que mora en la imperfección y consiste en el desarrollo.

Desde cierto punto de vista, la proposición: "las cosas en estado natural son productos humanos", es falsa o absurda. ¿Cómo atribuir a la acción humana hechos y fenómenos determinados como independientes de ella? Hay, se dirá, cosas naturales y cosas artificiales. A ello hay que responder que no sólo subsisten sin la mediación humana las cosas que podemos considerar naturales, también las artificiales (argumenta Ricardo contra Smith) contienen un algo en sí no mediado. Pero la cosa carente de toda mediación (por ende, desprovista de propiedades y cualidades, coseidad pura), es fantasmal. Lejos de ser para nosotros la realidad misma, es una abstracción; incluso un trozo de tierra virgen o un destello ignoto es un producto social concreto como lo son las palabras, los conceptos, las ideas mediante las cuales distinguimos cosas determinadas, etc., en un medio histórico-cultural. Por un lado, el mismo carácter milagroso de los milagros es un fenómeno estrictamente moderno, que (se sabe desde Compté) presupone una consciencia ilustrada; la Santa Iglesia, que otrora instituyó la intolerancia contra la razón, hoy es la primera en sospechar la falsedad de todo nuevo milagro. [10] Por otro lado, el fenómeno natural más remoto y más absolutamente libre de interferencia antrópica es el instante inicial del "Big Bang". Pero la Gran Explosión Inicial pudo ser concebida por una época que, horrorizada ante su propia potencia productiva, vivió bajo el terror de una gran explosión **final**.

Los productos naturales son, es verdad, los seres de la naturaleza: su existencia no brota de las manos y los cerebros de los hombres. Pero éstos, al entablar entre sí la relación productiva, mediante sus trabajos convierten las cosas en los soportes materiales de sus propias capacidades productivas, las constituyen en objetos. Unas, son directa y materialmente devoradas por el hombre en cuanto éste sigue siendo un agente natural que en una esfera creciente opera en su entorno material inmediato, a la par que sufre él mismo la transformación de sus necesidades y sus capacidades. [11] Otras, indirecta aunque también materialmente, al ser alcanzadas por efectos mediatos de ese proceso de intercambio energético y metabolismo social en permanente mutación. Y, finalmente, como objetos de apropiación conceptual del mundo por medio del conocimiento de sí y del mundo, que es reconocimiento de sí del mundo, en el que la historia (historiología) natural es producto social e historia social.

En toda producción, el trabajo humano es a la vez genérico y específico, natural y artificial, biológico y social, particular y general, material y espiritual, etc. Pues, obviamente, el individuo, en cualquier configuración histórica de la producción, es social y biológico, etc., y ejerce sus fuerzas naturales y espirituales de infinitas maneras. Para que en una determinada sociedad el trabajo realizado para otros se determine como trabajo, en oposición al que el individuo realiza para su provecho individual inmediato; o, específicamente, para que la actividad que lleva a cabo como producción constituya un

tipo de trabajo netamente distinto del trabajo consuntivo, es necesario que el individuo como productor se desdoble en productor y trabajador, y como trabajador en productor y consumidor. Si los hombres unen sus trabajos y sus vidas en la producción, cualquiera sea la estructura de ésta, su grado de desarrollo y su consiguiente forma histórica, entonces, con arreglo al concepto, la expresión "relaciones sociales de producción" es superflua, no añade ninguna nota a la palabra "producción", que denota "relación" y "social".

*

La mercancía es ("para nosotros") una estructura productiva, pero desde la experiencia abstracta del homo mercator no resulta evidente que en la producción el trabajador es para sí en su ser para otro, y, mucho menos, que lo es en su ser social. Antes bien, esa misma identidad se le presenta como una mediación extrínseca. Porque la producción mercantil es producción, la misma relación genérica, pero mediada por el mercado. Y sus intérpretes intelectuales, los economistas, desde los textos fundacionales, no han hecho más que retroceder en la comprensión de la naturaleza productiva del intercambio mercantil, y, por tanto, de la propia mercancía como forma histórica específica de la producción.

Precisamente el concepto smithiano de "labour commanded" es la falla por la que quebraría la economía política. Smith mismo no atina a exponer la dialéctica entre el trabajo social "comandado" por el vendedor de la mercancía y el trabajo representado en el valor de ésta, y sus discípulos consuman la separación entre valor y "labour commanded"; lo hacen o bien expulsando la noción del "labour commanded" del concepto de valor (como Ricardo), [12]o bien confundiendo todo, (como Malthus, Say, etc.). Las tradiciones doctrinarias nacidas de este retroceso mezclan el valor con su determinación mercantil, y serán siempre incapaces de distinguir precio y valor. Con la disolución de la escuela ricardiana y el encumbramiento por un siglo de doctrinas anacrónicamente preclásicas (conocidas, empero, como neoclásicas), el intercambio productivo se capta cada vez más limitadamente. Ya no se comprende como intercambio de trabajos (especializados, objetivados en productos), ni, por tanto, como intercambio de productos, sino abstractamente como intercambio de bienes. Pero, incluso mucho antes de la **jibarización** del objeto de la economía política, cuando todavía la filosofía del derecho investigaba la escisión de la sociedad moderna en sociedad civil y política, y la economía política descubría la diferencia entre poder de compra ("purchasing power") y poder político, la ciencia ignoraba lo que luego despuntaría en la crítica marxiana; que esas y todas las escisiones específicas del mundo moderno provienen de la estructura de la mercancía, donde la identidad inmediata de la relación productiva ha sido desgarrada y la unidad es mediada por las contraposiciones entre: trabajo y mercado, valores de uso y valor, valor y valor mercantil, valor mercantil y valor de cambio, transformación material y cambio formal, o compraventa.

Los momentos necesarios de toda producción: trabajo y relación social, están separados en las representaciones del homo mercator, en sus construcciones teóricas y connotaciones lingüísticas, así como están escindidos en su vida social. El trabajo se desenvuelve en la vida privada, y no es una relación social entre productores sino la actividad de conformación técnico-material del producto. Claro está que las limitaciones de la consciencia teórica del hombre mercantil tienen firme asiento en la estructura de su vida práctica. Así, para el productor de mercancías, su propia relación se presenta como si la producción se llevara a cabo en el aislamiento de su vida privada, en tanto que su relación social se agotara en la compraventa, y ésta no fuera una relación productiva. Esta obnubilación se debe, en principio, a que el carácter social del trabajo que produce mercancías está mediado (convalidado ex post) por la realización de las mercancías -o, dice Marx, no es directamente social-; las mismas ilusiones que brotan de la mercancía cobran objetividad en la

mercancía desarrollada que es el capital, pues, como consecuencia de la forma mercantil del capital, la relación entre el capitalista y el trabajador asalariado en el proceso mismo de trabajo no es, de suyo, una relación productiva. El trabajador asalariado realiza esa actividad porque su necesidad lo ha entregado inerme al poder extorsivo del secuestrador de la producción (no sólo ni principalmente como patrimonio o instrumento, sino como nexo social). El asalariado trabaja para otro, un capitalista, pero en el marco de un contrato privado, y colabora con otros, sus compañeros de trabajo, sin que esta relación, pletórica de virtualidades, sea por ahora más que la de unas mulas encadenadas a la misma vara.

El trabajo asalariado, que desgaja el alma del cuerpo y extermina en el individuo la alegría de poner en juego sus fuerzas, y de desarrollarlas en la plenitud de las relaciones humanas, es, ante todo, trabajo mercantil. Rotos los lazos orgánicos directos de la comunidad primordial, el productor mercantil se comportará frente a su trabajo como un condenado ante su pena. Vivirá su martirio sin comprender que no es "ganarás el pan con el sudor de tu frente" la maldición que pesa sobre su vida, sino que sea una maldición. Incluso mucho antes que sufriera la escisión como productor y cayera en desgracia, su trabajo debió presentar con harta frecuencia, de manera anticipada aunque todavía externa y contingente, el carácter de condena que luego cobrará todo trabajo para el productor escindido. Mientras se desempeña en su trabajo debe renunciar, dice Smith, a su comodidad, a su libertad, a su felicidad. La pérdida de la buena vida, la repetición cotidiana del mito arcaico de la expulsión y la condena, no se le presenta al hombre mercantil como el desgarramiento de su conexión esencial sino, en primer término, como condición para entablarla. Pero si como productor mercantil no es un productor directo, puesto que el nexo productivo sólo se realiza mediante la mutación formal de la mercancía, como trabajador asalariado no es siquiera directamente productor mercantil, sino que sólo puede concretar su propio lazo productivo (mercantil, contingente, condicionado) por medio del capitalista: éste no sólo se ha adueñado de las condiciones del trabajo, también detenta privativamente la facultad de entablar el nexo productivo. Tal es la condición social del asalariado: la patraña ideológica (la verdad nos hará libres, el trabajo da libertad) se desbarata cuando se niega a la especie (la verdad dogmática, el trabajo forzado) la dignidad del género. Pero no debemos concebir la historia como la (de la) caída y la resurrección del productor libre, porque éste no existe realmente antes del desarrollo de las configuraciones históricas de la producción, ni es una víctima de la historia. Es su criatura y su demiurgo.

"Las relaciones de dependencia personal (al comienzo sobre una base del todo natural) son las primeras formas sociales, en las que la productividad humana se desarrolla solamente en un ámbito restringido y en lugares aislados. La independencia personal fundada en la dependencia respecto a las cosas es la segunda forma importante en la que llega a constituirse un sistema de metabolismo social general, un sistema de relaciones universales, de necesidades universales y de capacidades universales. La libre individualidad, fundada en el desarrollo universal de los individuos y en la subordinación de su productividad colectiva, social, como patrimonio social, constituye el tercer estadio. El segundo crea las condiciones del tercero". MARX, Karl "Grundrisse...", S. XXI, p. 85.

No es el menor de los escándalos que atestatan el entendimiento común el que la civilización, y, junto con ella, nuestro sentido civilizado de indignación ante la opresión y la desigualdad social, tenga su origen y fundamento necesario en la opresión y la desigualdad. Ni es poca cosa para la razón misma el que la "segunda forma", nacida del cataclismo que arrasó con los imperios y no dejó en pie ni siquiera las comunidades, habría de generar un poder infinitamente más grande que el de Roma; que un régimen fundado en la anulación de toda dependencia personal engendraría la sujeción más absoluta. Tampoco, finalmente, para la idea de la realización humana, el que la "tercera forma", en la que se cifra la esperanza de la humanidad real, requiera hoy todavía de la exacerbación del capital y su consiguiente y necesario desarrollo formal.

Toda producción es a la vez relación social, proceso de trabajo y fenómeno natural. Estos tres momentos siempre necesarios de la producción aparecen como elementos extrínsecos o "factores" no mediados, en el entendimiento obtuso característico (desde Say) de la economía vulgar que, incapaz de distinguir su especificidad histórica, los llamó (y sigue llamando) trabajo, tierra y... ¡capital!

Tales nociones económicas, las más abstractas, son las representaciones reflejas del homo mercator, aderezadas con una jerga de aspecto técnico y efecto legitimizante. En ese "argot de rufianes" (expresión usada por Benjamin en alusión a los filósofos), fueron escamoteadas y permanecen mixtificadas las configuraciones históricas de la producción y las formas transicionales del capital, reducidas todas a su contenido común, que es ora una forma ideal, ora una esencia invariante: como el en sí del mundo humano que cobra realidad en las transformaciones de su desarrollo. La abstracción, pues, pasiva, en el letargo del concepto, no distingue en las categorías económicas sus momentos específicos, subespecíficos, y genéricos. La crematística "mainstream" profesionalizada, denominada "economía" a secas (del inglés "economics"), se tiene por concreta cuando es abstracta, jura que ha avanzado cuando ha retrocedido, mira a sus grandes maestros por encima del hombro cuando los tiene adelante, y ella misma es un anacronismo.

En el siglo XVIII, en contraste, la economía política naciente conserva todavía la memoria social de la comunidad extinguida. Para Quesnay las leyes de los hombres son de un orden inferior al de la ley natural, y aquéllas, en consecuencia, deben ser conformes a ésta. Smith descubre (contra Rousseau) que el hombre acorde con su naturaleza no es salvaje sino civilizado, y que el individuo empírico lleva en su interior un yo imparcial (¿inseparable hoy del superyo freudiano pero polarmente contrapuesto a él como la sociedad civil al Estado?), que opera como el sujeto interior que inspira en el individuo empírico una conducta en armonía con el bien o la ley natural, impulsándole a buscar su propio beneficio individual y convirtiéndole eo ipso en un benefactor objetivo, malgré lui. En el siglo XIX la economía política se jibariza y su objeto se fractura, repartiéndose en una multiplicidad de "ciencias sociales" fragmentarias. Ricardo desarrolla con precisión y rigor los conceptos económicos de sus predecesores, aportando su exposición más madura, a la par que rompe amarras con la filosofía empirista, pero sin superarla (Bentham ocupa el lugar de Hume), dejando a la economía política expuesta a la regresión que sufriría hasta nuestros días. La crítica marxiana ofrece por primera vez a la Economía Política la posibilidad de liberarse de esa metafísica secularizada sin recaer en la barbarie del prejuicio anticonceptual. La misión integradora de la noción empirista de naturaleza humana quedará a cargo de ese mismo concepto transformado críticamente por el aporte marxiano: la objetivación del trabajo social, la forma del valor, la génesis del dinero. Esta nueva perspectiva permanecerá ignorada hasta los tiempos de hoy.

*

La Economía Política fue superada por la crítica, pero -aún así- permanecerá inconclusa mientras subsista su objeto. La crítica la sometió a las más duras pruebas: la rechazó duramente, la transformó de modos diversos, profundizó en ella y la reivindicó elevándola a la altura de sus propias exigencias. Para ello debió exponerla nuevamente, **ab ovo**. Ahora, como producto positivo de la crítica, es prueba y señal de que ésta avanzó en su misión de separar el trigo científico de la paja ideológica.

Pero la crítica (interna) nunca es suficiente para evitar que la ilusión se reinstale adaptándose, proteica, reemplazándose a sí misma. Por eso toda pretensión -como la nuestra- de volver

críticamente sobre el producto consagrado de la crítica cae bajo sospecha; porque incluso su encabezamiento, al amagar un despliegue de sucesiones infinitas de críticas, raya en lo grotesco. La intentona está descalificada de antemano: por fuerza deberá ser o regresiva o superflua. El sellado sarcófago donde reposan los restos del Maestro y su obra está en posesión de los guardianes de la ortodoxia. Mas volviéndose contra sí misma la crítica no hace más que cumplir su destinación irredenta, su ínsita condena a ser consecuyente consigo misma. Anuncia que todavía es, que no porque sirvió a su cometido con estilo concluyente está concluida, ni por haber fructificado la flor de las cadenas se abroqueló en la macabra defensa del fruto que ya es pretérito. Si hay esa nota superflua en el rótulo "crítica de la crítica..", un gesto extravagante en su elevación a la enésima potencia, esa redundancia y ese ridículo aparecen ya en los frontispicios de la obra de Marx: en la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel, en el encabezamiento que enuncia el propósito de los Grundrisse, en el título de la Contribución, en el subtítulo de El Capital. O ¿acaso cabe una economía política acrítica? Y si no, ¿para qué el adjetivo calificativo, qué nota añade?

El predicado redundante es la abreviatura de una doble negación: la obra se proclama no acrítica, y con esto nos aclara que no es como otra, de la que cual toma distancia y con la que, sin embargo, traba una relación esencial, ya que determina en este vínculo su propia identidad. "Crítica" vale aquí no como "verdadera", sino como exorcista de una verdad cautiva, y portadora de un soplo liberador. Pero la crítica es autocrítica: perdió su ingenuidad cuando debió reventar las cucarachas de la ideología, desde que aprendió a buscarlas debajo de los lemas altruistas, de las máximas edificantes.

*

Pero el momento genérico es verdadero. Todo trabajo humano se entreteje en la tela de la producción social donde tiene como condición y como objeto el producto de otro trabajo humano. Y así como el Divino Hacedor debió utilizar arcilla de la propia Creación para labrar el rostro de Su criatura, el hombre utiliza en el presente sus productos pretéritos para la creación de sus productos actuales. A su vez el proceso de trabajo puede y suele considerarse reducido a una secuencia (programable) de operaciones que se ejecutan con arreglo a una técnica. Este trabajo está directa, cuando no inmediatamente, dirigido a la repetida obtención de productos cualitativamente idénticos. Presupone su propia técnica, y no versa sobre ella, ni enfrenta problemas no resueltos de antemano en el rango de las técnicas dadas. Presupone asimismo el grado de formación y de habilidad necesario en el propio trabajador y no le concierne la creación original de esa disposición, ni su consagración social, ni su difusión y multiplicación, ni, por último, su perfeccionamiento. Tampoco el mejoramiento del "medio natural" (que, por ejemplo, en lo que atañe a los recursos genéticos, no reposa única ni principalmente en el "mejoramiento" sino también en la administración del germoplasma, el "tesoro de la humanidad"). Es el primer tipo de trabajo, y sólo él, el que atañe a la teoría general del valor y, en este marco, al concepto genérico relevante de producto económico.

Claro está, esa noción unilateral y abstracta de trabajo social se mostrará insuficiente para dar cuenta de la naturaleza del capital en la época de su realización. El concepto de desarrollo capitalista centrado en el proceso de diferenciación del capital, el desarrollo de la forma del plusvalor que desemboca en la configuración del capitalismo presidida por la forma del capital tecnológico, forma culminante del proceso de diferenciación, tendrá nuevamente su comienzo en la forma del valor. Pero no será la misma.

[1] "Cuanto más lejos nos remontamos en la historia, tanto más aparece el individuo -y por consiguiente también el individuo productor- como dependiente y formando parte de un todo mayor: en primer lugar, y de una manera todavía enteramente natural, de la familia y de esa familia ampliada que es la tribu; más tarde, de las comunidades en sus diversas formas, resultado del antagonismo y de la fusión de las tribus... Solamente al llegar al siglo XVIII, con la «sociedad civil», las diferentes formas de conexión social aparecen ante el individuo como un simple medio para lograr sus fines privados, como una necesidad interior. Pero la época que genera este punto de vista, esta idea del individuo aislado, es precisamente aquella en la cual las relaciones sociales (universales según este punto de vista) han llegado al más alto grado de desarrollo alcanzado hasta el presente". "Grundrisse..", pág. 4.

[2] SMITH, A. (1776), trad. nos, sub. **ad hoc**. Confunde mercancía con "intercambio" (producción), pero reconoce una progresión: al extenderse el mercado, el hombre se desarrolla gradualmente conforme a su propia naturaleza inherentemente mercantil. La frase citada está al final del siguiente pasaje: "When the division of labour has been once thoroughly established, it is but a very small part or a man's wants which the produce of his own labour can supply. He supplies the far greater part of them by exchanging that surplus part or the produce of his own labour, which is over and above his own consumption, for such parts of the produce of other men's labour as he has occasion for. Every man thus lives by exchanging, or becomes in some measure a merchant, and the **society itself grows to be what is properly a commercial society**".

[3] SMITH, Adam, "The Wealth of Nations. An inquiry into the nature and causes" (1776), SELIGMAN, Edwin: Introd., Dent & Sons, London, 1960. Las citas subsiguientes son de esta edición.

[4] MARX, Karl "El Capital. Crítica de la Economía Política", pág. 125. Las citas de "El Capital" se toman de la edición en español a cargo de SCARON, Pedro Siglo XXI, Buenos Aires, 1975.

[5] ..."desde París, Londres, Amsterdam, nosotros lanzábamos palabras: «¡Partenón! ¡Fraternidad!» y en alguna parte, en Africa, en Asia, otros labios se abrían: «¡...tenón! ¡... nidad!»". SARTRE, Jean Paul, "Prefacio" a "Les damnés de la terre", de Fanon, Frantz, 1961.

[6] "La abstracción del trabajo le hace más mecánico, más embotado, sin espíritu. Lo espiritual, esta vida llena, consciente de sí, se convierte en un quehacer vacío; la fuerza del sí mismo, que consiste en la riqueza de lo abarcado, se pierde. Puede dejar parte del trabajo a la máquina; pero tanto más formal resulta su propio hacer. Su trabajo embotado le limita a un punto y es tanto más perfecto cuanto más limitado...". HEGEL, F. G. W. "La filosofía real", FCE, Méx., 1984, pág. 198, citado por SEBRELI, J. J., "El vacilar de las cosas", Sudamericana, 3a. Ed., Bs. As., 1994.

[7] MARX. K. "El Capital...", T. I, pág. 161.

[8] Lo que no está plenamente vivo y participa incongruamente de la fealdad de la muerte, es "macabro". Y, en efecto, el mundo de los conceptos es un mundo mortuorio, y, al revés, la presencia de lo macabro -su prodromos es un estremecimiento anticipado en la consciencia instintiva, una súbita urgencia de rechazar una idea aún ignorada, acompañada de una aguda ansiedad- señala la proximidad de ideas con vida; mientras el buen entendimiento común sólo siente desdén y repugnancia por la carroña, el espíritu digno de tal nombre la busca con avidez y se alimenta con ella. Y aquí, precisamente, en el comienzo, todo depende de que encontremos la sustancia en el más suculento proceso de degradación, y seamos capaces de asirnos fuertemente a ella.

[9] "Salvo en el caso de la indiferente moneda que la caridad cristiana deja caer en la palma del pobre, todo regalo verdadero es recíproco. El que da no se priva de lo que da. Dar y recibir son lo mismo". BORGES, J. L. "La cifra".

[10] ALBERT, J.-P. "Les sciences face aux miracles", La Recherche, n 270, nov. 1994.

[11] En el trabajo, dice Marx, el trabajador se objetiva y el objeto se subjetiva; en la producción, añadimos, el espíritu se naturaliza y la naturaleza se espiritualiza: lo segundo es la condición y el marco de lo primero).

[12] La erradicación del vocablo smithiano alcanza incluso a obras que no pueden ser tachadas, ni mucho menos, de vulgares. El meritorio editor de Rubin, Donald Filtzer, asegura en el Prefacio a la versión inglesa de "A History of Economic Thought", que ha puesto el mayor esmero en la transcripción literal de citas originales, conservando términos y modos arcaicos, pero puntualiza: "There are certain exceptions, e.g., in the section on Adam Smith, we have replaced Smith's term «commandable labour» with the more modern «purchasable labour»." Hay que hacerse cargo de la desazón de un lector del excelente libro de Rubin que tratara, primero, de entender los reproches de Ricardo y Marx contra Smith, que confunde el trabajo representado en el valor de las mercancías con el trabajo que el capitalista puede exigir al obrero asalariado. Y, segundo, se preguntara si en el concepto smithiano había un grano de verdad, que sus críticos pasaron por alto.

1.0.2. La riqueza y el poder... adquisitivo.

La teoría del capital remite la escisión entre las esferas social y política a la naturaleza de la mercancía, e investiga las transiciones al socialismo ocultas en el desarrollo de las formas del capital. Para captar el movimiento y la mutación de esas formas históricas del ser social, es necesario **distinguir sus rasgos específicos de su naturaleza genérica**. En toda sociedad histórica los hombres entablan alguna forma de relación en la que se prestan asistencia recíproca, y la mercancía (capital elemental) es parte de una de esas formas, que tiene su contraparte necesaria en la figura del Estado Moderno. La evolución de la forma de este Estado Moderno no es sino consecuencia del desarrollo de las formas de la expansión del valor mercantil.

Así, una época del capitalismo (la de la transición al capital diferenciado) está marcada por la elevación de la asistencia social a la dignidad de una función esencial del Estado, o, en verdad, por la elevación del Estado a la dignidad de proveedor de la seguridad social, depositario del Bien público en el mundo de los bienes privados, garante de la seguridad en el reino de la inseguridad. Otra época (la del predominio inicial de la estructura del capital diferenciado) se caracteriza por la renuencia o franca renuncia del Estado a esa función, a la par que se acentúa y se torna inequívoca la desvinculación del sistema de representación política y, en definitiva, del mandato popular. La forma particular más característica del Estado Moderno, el Estado nacional, parece desvanecerse, subsumida por la nueva estructura inequívocamente jerárquica de la sociedad civil objetivamente universal. La necesidad de esa transición venía anunciada desde los orígenes del Estado nacional moderno, exteriormente, en la naturaleza internacional de las formas precapitalistas del capital e, interiormente, en la misma estructura que inicialmente dió cuenta del carácter particular y nacional del Estado capitalista: la temprana presencia y el creciente poder de las corporaciones monopólicas, poder que, en tanto reviste el carácter de político, equivale a la politización de la sociedad civil y a la consiguiente despoltización del Estado nacional.

*

El tema evoca los trabajos primeros de Carlos Marx, aún cuando cae fuera del propósito del presente trabajo la recensión de esas obras. Cuando el joven Marx escribe a su padre expresándole su entusiasmo por Hegel, nos ofrece un asombroso anticipo del **leitmotiv** de su obra de madurez, la búsqueda en lo existente de la transición oculta al ideal. Poco después sabrá descubrir la "esencia comunista" del hombre donde ella menos parece manifestarse, o donde únicamente se presenta como negada pero, precisamente en virtud de esa negación, como universal: en la relación mercantil. Y más tarde, en plena madurez, investigará el capital para descubrir en su desarrollo la condición del socialismo. Por de pronto, para admiración del joven, el filósofo (Hegel) ha convocado a los dioses a vivir en la Tierra y "ser su centro". El concepto de la identidad entre lo racional y lo real no se presta a ninguna ensoñación romántico-conservadora. La conciliación que descubre es a la vez el reconocimiento de su necesidad y la denuncia de su falta de realización, y de esta suerte rechaza la aceptación resignada de los males del presente, pero también la separación entre lo que es y lo que debe ser. Esa identidad es idéntica a la no identidad entre lo real y lo existente y a la gravidez de lo dado.

Para la teoría política del joven Marx el ideal está en el presente (igual que para la Fenomenología el saber en la consciencia natural) como potencialidad no realizada, como destino de un camino pero a la vez como necesidad de ese camino... A lo largo de su obra posterior encontraremos la misma singular impronta: el rechazo de toda idealización (de lo que es y de lo que debe ser) conjugado con la fe inquebrantable en la idealidad de lo existente. En esa idealidad (inmanencia) lo dado sufre la misma transfiguración que la materia en el idealismo: aquí, la preeminencia del espíritu no es la degradación de la cosa terrestre sino el reconocimiento de su espiritualidad; allí la experiencia inmediata -consciencia y voluntad- está preñada de realidad y es trascendente; en cuanto momentos del

desarrollo histórico los hechos de la vida empírica son episodios de la marcha de Dios sobre la Tierra. Así resultará que la propia "invisible hand", que sume al individuo en una inmediatez estrecha amputándole de la universalidad que le es esencial, proyecta frente a él, en el propio fruto "propio" de su empeño egoísta, la forma cabalmente material, objetiva y externa en la que esa su universalidad nace efectivamente al mundo. Así también se revelarán como otras tantas pruebas de la astucia de la razón (que aquí no es únicamente dicha o pensada o "natural", sino histórica, política, mediada por la lucha de clases) la religión, la propiedad privada y todas las proyecciones de la vida alienada. Se prefigura la transición oculta en el capital: el desarrollo y la apoteosis de todas las alienaciones, condición del socialismo.

Los escritos juveniles celebran el advenimiento del Estado Moderno, surgido del desarrollo que comienza con la Reforma y culmina - Revolución Francesa mediante- con la secularización del Estado, la "emancipación política"; la religión queda relegada a la esfera particular de lo sagrado y la ley, libre de la arbitrariedad irresponsable del monarca individual, funda su imperio en la razón universal. Pero: ¡la emancipación política no es la emancipación del hombre! Al contrario, el Estado Moderno conlleva la escisión de la vida social en esferas particulares en las que, separadamente, la libertad no se consume. El individuo se descompone en "judío y ciudadano, protestante y ciudadano", y esa escisión es apenas un aspecto "de la contradicción secular universal entre el Estado político y la sociedad civil" (CJ). [1] La emancipación del **citoyen** es tan ilusoria como la del **bourgeois**, y en esa "emancipación" el individuo queda impedido de realizar su libertad. Pues ni el ciudadano ha superado los intereses particulares de la religión o la vida material, ni el burgués ha logrado zafar de la sujeción a una voluntad arbitraria y ajena. Y sin embargo, la persona escindida cae en esa ilusión: cuando en verdad y a la par le ha sido arrebatada su esencia política y le han sido cercenados sus vínculos sociales, en ese doble exilio, abandonado a sí mismo, se tiene por libre.

El burgués, el hombre sumido en la esclavitud de la sociedad "civil", no es meramente el otro lado del ciudadano, es su consciencia degradada. Viéndose libre de toda dependencia personal, cae en la ilusión de ser una persona emancipada, y es verdad que sus movimientos son libres; pero en esa zafadura no realiza su libertad sino que se extravía, volviéndose "predicado de su predicado"; son su actividad, sus potencias, sus pulsiones y representaciones, sus objetos, los que por encantamiento maléfico se proyectan en los factores objetivos de su vida social alienada y los vuelven autónomos; esta libertad triste es en verdad "la perfección de su esclavitud y de su inhumanidad" (SF). El poder al que debe rendirse pertenece al ámbito de lo involuntario, y lo accidental, al de la fuerza impersonal y autónoma de la "mano invisible" smithiana: no es ya el despotismo de una arbitrariedad personal, amo o monarca, sino, por el contrario, el reino "natural" de una necesidad objetiva, donde, empero, la contingencia anónima no es menos insidiosa ni menos arbitraria. [2]

Ante el individuo recluso en su esfera privada la figura del Estado Moderno representa naturalmente el bien público. Pero, para el joven Marx, la racionalidad universal encarnada por el Estado Moderno no es sólo ni simplemente falsa. Es una ilusión práctica. El Estado es denunciado como servidor de un interés particular, pero a la vez reconocido como la instancia de la universalidad y la forma necesaria bajo la cual ese interés particular debe ocultarse. Las dos esferas se unen, aunque de modo perverso. Para prevalecer, la voluntad y el interés particulares y el egoísmo individual deben revestirse de la apariencia del altruismo universal, la voluntad general y el interés común. El cual, sin embargo, como interés real, no tiene realidad efectiva en el mundo escindido y es inmediatamente sólo un otro interés parcial. La persona escindida no puede realizar su libertad separadamente en sus partes o, lo que es lo mismo, la libertad no puede realizarse en el Estado Moderno o, finalmente, la democracia únicamente es en verdad -y sólo puede ser en realidad- la denuncia y la supresión de ese Estado.

Esa denuncia y esa supresión -prosigue- deben ser realizadas por una clase universal; una clase cuyo interés no sea un interés particular. La clase elevada por Hegel a ese papel es la burocracia, pero esta solución será rechazada por el joven Marx, quien descubrirá en ella una mixtificación más y una nueva intentona de intereses facciosos de hacerse con los atributos de universalidad del Estado. Investido de

la representación del bien común, el burócrata, sacerdote laico, ha entablado un pacto -en verdad, introspectivo, irresponsable- con la instancia suprema, por el que, a cambio de sus servicios al interés general, puede a su vez servirse del Estado. El burócrata es en virtud de ese oculto quid pro quo la superación perversa de la persona escindida: la identidad entre los extremos del concepto, entre lo singular y lo universal, ha sido lograda por él por duplicado, pues en su calidad de burgués tiene la investidura del ciudadano y como ciudadano tiene la calidad de un burgués.

Si el burócrata puede usurpar -con ventajas exclusivas- formas y símbolos de la voluntad general, es porque el Estado Moderno es la mixtificación de la soberanía popular refractada en la interfase entre una constitución real y otra oficial... Empero, la constitución formalmente existente que pasa por real es una mixtificación: la constitución real cobra vigencia como necesidad. Pero el grosero contraste entre la práctica efectiva del Estado Moderno y el espíritu de la constitución formal que en esa práctica es cotidianamente transgredido alimenta el cuestionamiento de los gobiernos pero no amenaza al Estado sino que le sirve para idealizar lo existente y ocultar la actualidad de lo real. El burócrata es cómplice, agente y parte interesada en ese escamoteo, por el que el Estado Moderno se convierte en una esfera de interés particular que vive en connivencia con intereses particulares de la sociedad "civil" a los que vende el falso ropaje de la universalidad legítima.

Descartado el burócrata como mesías de la salvación terrenal, denunciado su patrocinador filosófico como apóstata, queda abierto el camino para el nuevo mensaje del nuevo maestro y, principalmente, para el nuevo agente histórico del cambio social. La misión revolucionaria del proletariado es, sin duda, el más vigoroso elemento de continuidad en la obra de Marx. Pero obsérvese que se trata de la continuidad en la discontinuidad: privado de toda propiedad como no sea la de su propio pellejo, el obrero está libre de todo interés privado y encarna, eo ipso, directamente, el interés universal. Víctima de todas las alienaciones, su emancipación coincide inmediatamente con la superación de la alienación humana. Es en sí, por consiguiente, la constitución real. Aquí tenemos un fulgurante barrunto de lo que luego se llamará socialismo científico el cual se anunciará recién en el Manifiesto (1848), sin haber roto, ni aún entonces, el cascarón especulativo.

*

En el Estado Moderno la soberanía popular es la reverberación de un espejismo, pero es una forma objetiva, mientras en el otro extremo el pueblo mismo no es "pueblo organizado", ni "pueblo" siquiera, sino su disolución, la "masa" (Rousseau). Aquí la negación de la unidad política, allá (en la sociedad política) la posición de esa unidad como imposición. Los poderes que Hobbes confunde, y Smith distingue como poder político y poder de compra, o de comando de una porción del trabajo de los otros, tienen sus formas y sus esferas propias. La cohesión del conjunto parece estar a cargo del Estado, por representación del poder del todo social, por delegación expresa de atributos de las partes o como encarnación, mágica u objetiva, de un poder que no tiene realidad fuera del todo. De allí la magia de la forma Estado Moderno, en la que se renueva siempre sin cumplirse nunca la promesa secularizada de amor incondicionado.

Esta estructura se refleja en cada polo imprimiéndole una diferenciación interior. De un lado la multitud infinita de vidas privadas, la soberanía del homo mercator, el mercado, la división del trabajo; del otro, **otro** todo diferenciado, la soberanía política, la división de poderes (que se ramifica en alambicadas divisiones y subdivisiones de jurisdicción, competencia, responsabilidad, funciones, cometidos, jerarquías).

Estas dos esferas de la sociedad moderna, la soberanía y el mercado; la voluntad política común encarnada en el mandatario, y la igualdad de las partes que contratan; el yo común singular, y el yo singular múltiple, etc., guardan entre sí estas cuatro relaciones:

cada una de ellas es independiente y autónoma,

ambas forman una estructura polar,

la sociedad civil es gobernada por la sociedad política, y

el desarrollo del capital transforma la estructura.

Cada una de ellas es corroborada por la experiencia, y a quienes invocan a Smith al recordar que la primera es el supuesto de la economía política, hay que hacerles notar que el propio Smith investigaba esa esfera suponiendo expresamente una "sociedad bien gobernada". Pero, en definitiva, las tres primeras verdades son subsumidas en y por la verdad más profunda.

Para que el capital presente la forma dual mercancía-dinero, es necesario que la mercancía se desdoble en mercancía común y mercancía dineraria; para esto la expresión del valor debe escindirse en forma relativa y forma equivalencial, lo cual a su vez requiere que la mercancía presente una forma de valor en oposición a su forma natural. En ese despliegue de oposiciones se ocultan las diferencias históricas entre los contenidos genéricos y los rasgos específicamente mercantiles de la producción (valor y valor de cambio, producto y mercancía), y, con ello, confundidas las diferencias y las identidades, a) en los contenidos genéricos mismos: en el trabajo, la identidad entre el sujeto y el objeto; en la producción, la identidad entre el trabajador individual y su ser social; en el producto, objetivación del trabajador y objetivación del productor, y b) en las formas específicamente mercantiles del trabajo, la producción y el producto: transformación de los trabajos privados independientes en trabajos sociales interdependientes por medio de la metamorfosis de la mercancía.

Esta multitud de formas reificadas -culminación de la historia de la objetivación del sujeto en cuanto objetivación social- hace juego (l' un est le pendant de l' autre) con la universalización de las formas secularizadas de la alienación del espíritu -desenlace de la historia de la experiencia de la consciencia, en la que el desarrollo del objeto culmina en su subjetivación-, y estas dos historias, tales que cada una contiene la clave de la otra, descifradas en falso por un lado y por otro, respectivamente, en "La Riqueza de las Naciones" (1776) y en "La Fenomenología del Espíritu" (1807), discurren yuxtapuestas en un substrato común neutro y tranquilo. "Das Kapital" (1867) es el relámpago que estalla entre ambas.

*

Se ha querido contraponer la obra de juventud de Marx a su obra de madurez y a esa contraposición se ha contrapuesto la unidad de su obra. Son opiniones, que aplauden una parte de los trabajos con menoscabo de la otra, o se atienen unilateralmente al momento de la continuidad. Pero la idea de la especificidad histórica de la mercancía y el significado de ésta como génesis del dinero y el capital produce, sin duda, un disloque profundo en la concepción de Marx, y en la estructura de su obra, tal que la unidad entre sus trabajos de juventud y de madurez se realiza en ésta. La novedad (como enseña Isaak Rubin) está en la teoría de la forma del valor, prefigurada en los "Grundrisse", anunciada en la "Contribución..." (1859), desarrollada en "El Capital" y expandida en sus mayores alcances en los bosquejos programáticos realizados por el autor para la obra que dejaría inconclusa. Para nosotros es más fértil esta interpretación, la de la unidad sintética en la parte más avanzada; porque la fenomenología del valor de cambio mercantil descubierta por el Marx tardío rebasa el objeto delimitado de la economía política para restablecer en él, pero ahora como una relación intrínseca, la polaridad entre el Estado Moderno y la sociedad "civil".

El peculiarísimo **poder** del hombre mercantil solvente (en contraste con el poder político del hombre rico hobbesiano), es un poder social y recíproco entre los propietarios de mercancías, impersonal,

indirecto, condicionado; impersonal, pues tiene como premisa la previa disolución de toda dependencia, obligación o preferencia entre las personas; indirecto, doblemente, porque una persona se relaciona con otra por medio de una cosa y porque al relacionarse un homo mercator con otro se relacionan ambos con todos; condicionado, porque aun cuando entablan relaciones biunívocas directas la naturaleza social de esas relaciones está mediada por la metamorfosis de las mercancías: la venta puede darse o no darse.

El nexo productivo mercantil es aleatorio y evanescente. La mercancía individual es un esporo social, una relación productiva que pasa por un estadio de dormancia. Para que se configure una estructura productiva mercantil es menester que no exista entre los poseedores de mercancías otro vínculo social. El nexo se consume como consecuencia de la realización de la mercancía, y entretanto permanece en estado de virtualidad durante el ciclo completo del producto mercantil que comprende dos lapsos, el de la elaboración material de los bienes destinados a convertirse en mercancías y el de la circulación de los mismos revestidos ya de su forma mercantil o de producto social en potencia.

Pero el desarrollo de la forma del valor comprende una serie de dialécticas tales que cada una es a la par un desarrollo y una negación parcial de premisas elementales -y, en definitiva, del Estado Moderno y correlativamente de la sociedad "civil". Su exposición comprende la de la forma del valor o diferenciación de la mercancía que pasa a forma del plusvalor o diferenciación del capital. Aquí nos limitamos a indicar cómo en su forma más general y más abstracta la mercancía lleva en su entraña su propia negación.

Por de pronto, hay una negación extrínseca: en tanto mercancía es producto social en suspenso, mercancía y producto social son la negación recíproca, y la negación de esta negación es el vínculo de producción efectivo, que se consume con la realización de cada mercancía. En el trueque o la permuta no mediada por dinero el valor de uso de la mercancía sufre una transformación cualitativa (mediante su reemplazo), queda fuera de la circulación. Lo mismo ocurre con la venta seguida de compra por el mismo importe. En ambos casos las determinaciones formales de la mercancía se extinguen: ahora es un bien, un valor de uso listo para ser realizado como tal; mientras esto no ocurra, podrá tener un valor, de acuerdo con las condiciones de su reproducción, pero habrá perdido por completo toda forma mercantil de valor. No ocurre lo mismo con la forma dineraria que asume la mercancía como consecuencia inmediata de su venta. En la forma dineraria, ha perdido su forma útil, mas no así la forma del valor. En esta forma, empero, se encierra la negación intrínseca de la mercancía, la potencia que apunta más allá de esta limitada estructura productiva.

Marx enseña que ya la expresión más simple del valor de una mercancía es la negación inmediata de la expresión del valor de una segunda mercancía a la cual la primera confiere forma equivalencial. Ambas expresiones de valor están contenidas en una misma relación de valor, y sin embargo cada una es la negación de la otra. Pero aquí se trata de **una** mercancía, escogida arbitrariamente, con el resultado ya expuesto. Y una mercancía singular no es mercancía si no se ofrece a cambio de otra, a la que confiere la forma de la cambiabilidad absoluta, forma diametralmente opuesta a la forma de cambiabilidad condicionada o en suspenso específicamente propia de la mercancía. En la forma equivalencial en general la negación de la mercancía permanece todavía fluida, parcial y subordinada. La forma general del valor ofrece, empero, otras transiciones en el desarrollo de la negación de la forma mercantil, sin hacernos esperar para ello a la forma de valor capital, alias forma del plusvalor. En efecto, todas y cada una de las funciones del dinero son otros tantos momentos de esa negación que es a la vez su génesis y su unidad. La negación se presenta con inusitada violencia en la función del dinero en tanto medio de pago. La luminosa mercancía smithiana-ricardiana deja su lugar al lado tenebroso del **don** hobbesiano-maussiano: el vínculo abstractamente universal entre individuos igualmente abstractos es reemplazado abruptamente por un particularismo cerril, sumido en la inmediatez; la relación simétrica, impersonal, tranquila y evanescente por una obligación personal que perdura hasta la fecha de vencimiento y sólo puede redimirse con la suma de dinero pactada o con una libra de la carne de Antonio, a satisfacción de Shylock. La relación mercantil entre comprador y

vendedor es ahora una relación dineraria entre deudor y acreedor.

Ahora bien, por el flanco negativo de la mercancía asoma el Estado Moderno. En cuanto medida común de los valores mercantiles, función que brota directamente de la mercancía equivalencial general tan pronto ésta es unificada equivalente dinerario, la mercancía dineraria necesita que su propia medida natural en cuanto valor de uso sea establecida o confirmada con precisión y fijeza, por disposición del Soberano. Pero esto no es suficiente: la unidad de cuenta y el patrón de precios requieren una contrafigura material efectiva en el género consagrado como encarnación del dinero en su función de circulante. Nuevamente se presupone aquí la acción del Estado, para acuñar las piezas dinerarias destinadas a la circulación directa, para emitir la moneda signo que reemplazará al dinero en esa función, para supervisar la monetización de la deuda privada manteniéndola en los límites en que puede mediar la circulación del dinero sin perturbar su función de medida general de los valores mercantiles y, consiguientemente, el patrón de precios; para extender el ámbito del dinero indirecto a la función de medio de pago mediante la obligación legal de aceptar con poder liberatorio especies de moneda signo y otras formas de deuda. En la exposición marxiana del concepto de dinero, el Estado, sobre el que no se dice nada al tratar de la génesis del dinero en la naturaleza de la mercancía, irrumpe imprevista e intempestivamente en el desarrollo de las funciones del dinero, como si el autor, habiendo hecho caso omiso de él desde el comienzo de la obra en la que expone la génesis del dinero -ya sea la Contribución o Das Kapital- lo sacara sorpresivamente de la galera. Sea como fuere, lo que aquí aparece abruptamente está en el principio y estaba desde el comienzo ya que la mercancía tiene como premisa necesaria el Estado Moderno en oposición a la sociedad "civil". Aunque indudablemente merecía una reformulación, la Crítica de la Filosofía del Derecho está reivindicada y, más aún, presupuesta.

Si no alude al Estado, tampoco menta la sociedad "civil". Pues si la mercancía pertenece a la sociedad "civil", proporcionándole su estructura o "anatomía" (metáfora que Marx toma de Petty), aquélla no se reduce a ésta. En la sociedad dominada por la relación capital hay, pues, un tercer ámbito: además del político y el económico, el "social". (En primera aproximación concebimos gráficamente estas esferas como discretas; así, la Sociedad **at large** contiene la sociedad "civil", ésta el ámbito de lo "social", éste el "societario"; junto a cada uno de estos contenidos hay otro que se le contrapone). Abstracción hecha de sus respectivas diferenciaciones internas, Mercancía y Estado Moderno son extremos de una totalidad diferenciada, polos que tienen cada uno su esencia negativa en el otro, pero también la tiene en él mismo: ni la mercancía está unilateralmente sumida en el reino de la particularidad -propio de la sociedad "civil"- puesto que la mercancía es dinero en potencia, y el dinero es la realización del momento universal de la mercancía; ni el Estado puede permanecer en lo universal del bien social o el interés común (que aquí no se distinguen). La verdad de la persona escindida es su unidad, la verdad de su unidad es su escisión, en cada uno de sus lados -sociedad de las personas y sociedad en persona o personificada- es un ente ficticio, una sombra, la persona "física" es la negación de su dimensión universal, la persona "jurídica" es la negación del individuo, y es tan abstracta una como la otra; los factores de la escisión son como los extremos de un silogismo cuyo término medio debería ser el individuo pero éste, escindido en su ser social, es arrebatado por el movimiento extrínseco entre Escila y Caribdis, arrojado de uno al otro extremo tanto más irresistiblemente cuanto más procura completar la experiencia de su propia voluntad y su consciencia. Su desolación no brota de sus vidas tristemente separadas sino de su aspiración irrenunciable a la plenitud de la vida social, para lo cual se comporta ante el Estado como ante un ámbito más de interés particular, en tanto su visión de la política consiste en que la universalidad del Estado debe demostrarse palpablemente en la utilidad de sus prestaciones, utilidad sobre la que él naturalmente juzga desde el ángulo de su interés particular.

La selección "natural" acabó con el santo mártir que, cegado por una confusión funesta, se conducía como **citoyen** en su vida particular, y a la par favoreció la proliferación de los héroes triunfadores que supieron entregarse al comportamiento contrario (consagrándose éstos como "winners", denigrándose aquéllos como "losers"). Solamente así pudo resolverse el misterio del Estado Moderno, de un lado

Fin Absoluto y del otro Medio Universal. La solución la tiene y la aporta sin más el burgués individual; criatura de la mediación extrínseca, para quien su medio es su fin y su propia esencia social un medio de su medio, comprende el significado **negativo** de la libertad, pero sólo como negatividad, "libertad de" ("freedom from", según Fromm), el Estado. Claro está que no vive de la dádiva, ni de la violencia (ni de la solidaridad): la vida es **tit for tat**, y, como todas las cosas, los medios son materia de transacción: Estado que me legitima merece ser reconocido por mí como legítimo. En el camino inverso al de su disolución y degradación, el cuerpo social se restaura desde la corporación, el interés social desde el societario, la universalidad desde la legitimidad. Una vez que el burgués ha proyectado su vida interior en el espíritu universal objetivo, el interés general se presenta desdoblado como sujeto o finalidad en el Estado Moderno y como objeto o riqueza abstracta en la sociedad "civil", particularidad que se renueva y retorna a sí misma por medio de su elevación a la universalidad. Aquí se presenta otro misterio, más profundo, porque no concierne únicamente al Estado (éste, se sabe, no es más que el tautológico servidor del interés legítimo) sino también a la sociedad "civil", porque en ésta, que debería ser la ciudad de lo material y lo particular, la elevación de lo singular y lo particular a lo universal y, más aún, de lo privado a lo social, se pone de manera completamente natural: es mediada únicamente por el hecho más terrenal y prosaico, la venta de mercancías (realización del valor mercantil); en tanto que en aquél, que debería ser la sucursal divina de la ciudad celestial, la corrupción y el soborno pertenecen al concepto.

La universalidad del Estado Moderno es el anverso de su negación en el ámbito opuesto; la legitimidad recompone la forma necesaria del Estado hecho rehén de un interés particular. El político y el burócrata tienen antecesores, respectivamente, en la ciudad antigua y en las cortes del imperio y la monarquía. Hoy medran con la conciliación aparente entre la forma y el contenido del Estado, personificando la universalidad. El segundo ha logrado el monopolio de los sellos y formalidades simbólicas que certifican que algo particular es universal, el primero se ha munido de una representación formal que inviste a su persona del atributo simbólico del sujeto absoluto. Ambos -el rey republicano y el sacerdote laico- han logrado zanjar la distancia, y hasta la diferencia, entre el **citoyen** y el **bourgeois**, extirpando los escrúpulos del alma y amparándose en la inmanencia de la reconciliación por la que el Estado Moderno es la proyección necesaria de la sociedad que ha rechazado fuera de sí su esencia política.

El **bourgeois** (capitalista o proletario) se define como no político y el **citoyen** se determina de modo igualmente negativo como no propietario o, por ende, como proletario, y el proletario sólo es en sí **citoyen**, de modo que la democracia es el proletariado en cuanto es para sí lo que es en sí, lo contrario del ciudadano abstracto, del sufragio ritual que confiere una representación irresponsable. Ella es la anulación del proletario, del burgués, del capitalista, del ciudadano abstracto, de la mercancía, del dinero, del capital, de la sociedad "civil", del Estado Moderno. El obrero asalariado tiene el alma social escindida, lo mismo que su patrón, el empresario capitalista. La libertad del ciudadano es una mera tautología, o ser ciudadano es ser libre, pero la condición del obrero asalariado en cuanto **citoyen** es igualmente negativa, puesto que él es súbdito sin ser mandante. Como **bourgeois** expresa un interés particular que es también el de un propietario privado, y sólo como propietario privado se diferencia del burgués en que no es poseedor de capital ni dueño de mercancía alguna como no sea su capacidad laboral. Pero propietario no quiere decir poseedor, y para transferir la mercancía que vendió voluntariamente debe someter su voluntad al arbitrio del capital, a una norma que él no formuló y a una autoridad que no lo representa. El burgués es la negación de la política en la sociedad "civil"; y el proletario es, allí, lo mismo que el burgués, pero así como hay una ciudad política fuera de la sociedad "civil", dentro de ella está la cueva supervisada donde el obrero entrega al capitalista el valor de uso de la mercancía que debe transferirle.

"El consumo de la fuerza de trabajo, al igual que el de cualquier otra mercancía, se efectúa fuera del mercado o de la esfera de la circulación. Abandonamos, por tanto, esa ruidosa esfera instalada en la superficie y accesible a todos los ojos, para dirigirnos, junto al poseedor de dinero y al poseedor de fuerza de trabajo, siguiéndoles los pasos, hacia la

oculta sede de la producción, en cuyo dintel se lee: «No admittance except on business»..."

Hay que penetrar en ese tufo carcelario donde el obrero se purga de su alma social para comprender porqué el proletario es la negación de la democracia y la democracia es la negación del proletario.

*

Corresponde al concepto del Estado la no realidad de otro Estado, el ser único. La paz no es una mera yuxtaposición o indiferencia entre Estados simplemente coexistentes. La relación entre los Estados es la guerra o la alianza para la guerra. Se dice que hay alianzas permanentes y temporarias (Raymond Aron) pero en realidad sólo hay dos tipos de alianzas, la subordinación formal o la guerra diferida; en el primer caso, el Estado federal subordinado en una jerarquía de jurisdicciones, no es ya propiamente un Estado. Claro está que no se trata aquí del Estado en general sino del estado nacional, contrafigura de la sociedad "civil" y más específicamente del capital internacional. Se trata pues del apogeo del Estado Moderno en cuanto órgano diferenciado del cuerpo social, aunque precisamente en virtud de su diferenciación se encuentra en las antípodas de su propio concepto, el cual es condenado a una doble existencia. Por un lado, subsiste como ideal irrealizable para ser invocado en las solemnidades y actuado como soporte de la legitimidad del poder. Es el Estado Moderno, encarnación del interés universal, depositario y custodio del bien general y el bienestar común. Por otro, es la figura quimérica del capital público, empresa suprema, primus inter pares, que guarda con todo otro capital la misma relación que la mercancía dineraria con la mercancía común. El capital público es un híbrido que se excluye a sí mismo, pues la esencia relacional de todo capital es ser "uno entre muchos" (Marx, Rosdolski), y la del Estado es no tener ninguna; pero revela la ambición secreta de todo capital individual, que tiende con toda su fuerza a su concepto conceptualmente imposible y prácticamente improbable, el Estado sans phrase, supremo.

El Estado nacional "moderno" (uno entre muchos) puja por medio de guerras y alianzas por escalar en la jerarquía internacional donde se expresan los órdenes y los grados de los subsistemas económicos nacionales del capital. Si la guerra es continuación de la política (Clausewitz), en la época del capital, una y otra son instrumentos de los particularismos dominantes en la sociedad civil. Lo cierto es que en esa trama de imposiciones, extorsión y desigualdad, hay un momento de armonía, solidaridad e igualdad; el mismo que (en la etapa que luego llamaremos de transición a la estructura del capital diferenciado) es explotado por la ideología de las Naciones Unidas en favor de la institucionalización de las desigualdades bajo la forma -los formalismos- de la igualdad. Pero el estado nacional burgués es él mismo un burgués colectivo, inconfundiblemente bourgeois por su desmedido afán de acumular y prevalecer a expensas de los otros. En su vida exterior de abanderado de un particularismo, el Estado Moderno, devenido estado nacional, pierde el atributo esencial del Estado, la universalidad, al punto que su invocación, lejos de engrandecer su figura internacional, no hace sino degradar sus intervenciones al más grosero matonaje. Que, sin embargo, prefigura la verdad del Estado, la realidad de su universalidad y el anuncio de su extinción. Para ello es necesario el derrumbe del Estado ilusorio, el Estado nacional, ese híbrido lábil y autocontradictorio.

A medida que se acentúa la jerarquía en las estructuras de capital diferenciado, la violencia que emana de la sociedad civil y es ejecutada por el Estado Moderno no se disipa, ni mucho menos, pero queda dividida y a cargo de organismos de represión cada vez más especializados, a la par que la nueva hegemonía permite licenciar las estructuras de dominación extrínseca, de origen mercantil, colonial y nacional. Pero aquí se presentan diferencias. La forma Estado Moderno corresponde a la forma del plusvalor desarrollada que ha ejercido ya una acción deletérea sobre la malla social de relaciones directas de producción que la preceden (en las que se conserva la unidad inmediata entre los ámbitos económico, político y "social", y la familia es todavía una trama de parentesco compleja y extensa), basadas a su vez en la comunidad orgánica y la dependencia personal. La sociedad "civil", una

sociedad de individuos abstractos y recíprocamente indiferentes y extraños, ha nacido precisamente de esa disolución; la ajenidad recíproca que antes sólo cupo entre naciones extrañas y básicamente carentes de vinculación mutua, es ahora universal. El Estado Moderno proviene tanto de los restos fósiles del Estado inmediato (monarquía, imperio, cortes y parlamentos, derecho civil y público, administración tributaria y militar), como de su disolución.

La empresa de capital y el Estado nacional son las figuras contrapuestas de la sociedad civil y la sociedad política. En ambas la particularidad y la universalidad corresponden a la relación interior y a la exterior, mas de modo inverso. Pues lo mismo que el Estado nacional, la empresa de capital gobierna su ámbito, y, fuera de él, entabla relaciones de competencia en las que debe actuar como "una entre muchas" . [3] Pero, al revés que la empresa, persona jurídica del derecho comercial -sujeto abstracto de la sociedad "civil"-, la cual únicamente en la intemperie de su vida exterior puede dar a su producto específico la forma dineraria adecuada a su naturaleza de riqueza absoluta, el Estado nacional sólo reviste la forma de universalidad, acorde con su concepto, en su vida interior. Es una universalidad local, un círculo estrecho fuera del cual hay un algo más, un más allá (representado en la contabilidad nacional por la Cuenta Resto del Mundo). La contraposición entre los dos elementos del Estado moderno es intranquila y extrínseca, y su conciliación, nunca real, siempre forzada y temporaria, transforma el estado nacional en Nación estado, finalidad absoluta, Bien supremo, alucinación basada en una falacia (pars pro toto), evocación anacrónica de la patria estrecha capaz, sin embargo, de despertar los furios atávicos sobrevivientes en el espíritu obtuso. La universalidad del Estado Moderno es la negación de la universalidad de la sociedad "civil". Presentándose como si, por el contrario, la universalidad fuera su esencia, que subsiste por sí misma, el Estado Moderno logró capturar el poder de la identidad arcaica entre el bien común y el bien supremo. Dentro del círculo mágico que traza en los límites de su soberanía el Estado Moderno se presta a la ilusión de un poder impersonal y secular que vela por el Bien. El encanto se disipa en las fronteras de su jurisdicción territorial; nada queda de él fuera del circuito de su dinero ficticio (signo monetario y dinerario por medio del curso forzoso), etc. Como ser inmediato es una superchería ideológica, pero su existencia es contundente.

La proposición verdadera según la cual el Estado Moderno es una proyección de la sociedad "civil" debe matizarse para dar cuenta de las mudanzas y mutaciones que sufre esta relación pari passu con el desarrollo del capital. El mundo moderno nace en un polo del sistema colonial; allí la sociedad civil está al servicio del Estado para el poder y la gloria de la Nación: "la riqueza, dice Colbert, es el nervio de la guerra". [4] En el otro lado del sistema está la nación dominada, y, por cierto, toda una sociedad sometida, pero no hay una sociedad **civil** subordinada. La clase capitalista en ciernes con vocación de burguesía libre únicamente aceptará pagar sus impuestos a un Estado en el que ella esté representada, y su emancipación apuntará a la consolidación del Estado propio. Lo logrará en la medida del dinamismo de su sociedad "civil" y más particularmente del desarrollo capitalista y su peso en la economía internacional. (La revolución norteamericana independentista de 1776 es paradigmática pero, por su éxito ulterior en la consolidación de un nuevo Estado, singularmente atípica. Y es significativo que todavía a comienzos del siglo XIX Norteamérica llegara a ser vista como una pura sociedad "civil", sin Estado).

"El carácter nacional del sistema mercantilista no es ... una mera frase en la boca de sus portavoces. Bajo el pretexto de ocuparse solamente de la riqueza de la nación y de los recursos del estado, de hecho declaran que los intereses de la clase capitalista y el enriquecimiento en general son el fin último de aquél, y proclaman la sociedad burguesa contra el antiguo estado supraterrrenal. Pero al mismo tiempo existe la consciencia de que el desarrollo de los intereses del capital y de la clase capitalista, de la producción capitalista, se ha convertido en la base del poderío nacional y del predominio nacional en

la sociedad moderna". MARX, K. "El Capital..", Tomo III, Libro 3, pág. 999.

El desarrollo capitalista tiende a licenciar el sistema colonial pero no suprime la desigualdad entre las sociedades nacionales. Lejos de ello, cada fase de su progreso trastorna, recrea y acentúa el orden jerárquico de los subsistemas capitalistas nacionales, mofándose de todas las promesas ilustradas de civilización universal. Las colonias dejan de serlo pero la modernización de la sociedad local es tardía: conforme a su naturaleza, la sociedad "civil" tiende a proyectar la figura del Estado Moderno, pero éste es "secuestrado" por un subsistema nacional foráneo más poderoso. La sociedad "civil" cercenada del Estado propio ahógase en tensiones que ora apuntan a su superación por la vía de la lucha de clases, ora exacerbaban la exaltación ilusoria y regresiva de nacionalismos bárbaros, étnicos o culturales. La nación amputada queda sometida a una dialéctica en que la mimesis de particularismos extintos ofrece a las masas un espejismo de autoidentidad y un remedo de vida telúrica fundamentalista, que funde al Estado con una religión intolerante. El carácter moderno del Estado se disipa prematuramente; las masas viven la ilusión fugaz de ser "nuevamente" un pueblo. ("Nuevamente": la mixtificación del origen idealizado y el destino heroico es la pesadilla de la clase asalariada que siente su propio ser social como una carga abrumadora y se representa su propia esencia comunista como una potencia ajena y contraria a su naturaleza).

*

Ahora bien, la actividad del Estado se concreta en una pluralidad de "políticas" con predicados particulares -económica, de educación, etc., incluso "social"-, lográndose otro efecto ilusionista: se desvanece la antinomia entre la vida civil y la vida política; y también la división de la primera en sociedad "civil", subesfera del interés particular privado, y Familia, o subesfera del bienestar privado. La eliminación ilusoria de los antagonismos no oculta el drama social; la estratagema ideológica es otra, más eficaz: el mal se reconoce y se pone en el centro de la preocupación oficial manifiesta. La oportuna dramatización del "compromiso" de la autoridad recrea la ilusión, la **promesse de bonheur** (Adorno, Horkheimer), en suma, la legitimidad. El carácter específico del sufrimiento queda absorbido por su dimensión genérica y hace resplandecer la forma política de la universalidad.[\[5\]](#)

*

Marx unificó la ciencia del valor expuesta por Smith y Ricardo con la "ciencia de las contradicciones sociales" (Pierre Lantz) desarrollada por Hegel, y revolucionó ambas. Llevó el análisis de la forma más general del capital hasta la comprensión de la **no mercancía** a la luz de la mercancía. Concibió la mercancía (producción de productos para el intercambio que son a la vez productos del intercambio, trabajos privados que mutan en sociales ex post, mediante la transformación de los productos privados en sociales) contraponiéndola, ora a las relaciones de producción directas, basadas en la comunidad "natural" o en la dependencia personal, ora al tráfico directo de productos entre comunidades. Lo mismo que en Hegel y en Smith, el poder político queda expatriado del ámbito del intercambio material, arrojado como en Hegel al polo Estado, y reducido en el polo sociedad "civil", a mero "purchasing power" (Smith) o, en verdad, a "poder de acumulación" (Hilferding).

Smith queda corregido o completado por el hálito hegeliano: el poder deletéreo del intercambio económico proviene del desarrollo de su forma mercantil y dineraria; al disolver los lazos no mercantiles reduce la riqueza social a su momento de utilidad material, y el poder que la riqueza confiere, a poder de compra. Pero hasta aquí la cambiabilidad de la forma equivalencial es nuevamente el "purchasing power" smithiano. Así como Hegel había exiliado el poder político de la sociedad civil,

Smith lo había expulsado de la Razón, atribuyéndolo al error de quienes, como Hobbes, permanecían en la oscuridad sin comprender los males que acarrea la liberalidad. El cambio de perspectiva verificado apenas en medio siglo proviene de que Smith escribe en los albores de la revolución industrial. Con el incipiente desarrollo del capital industrial (prefigurado en las manufacturas) ha surgido en el mundo una nueva fuente y una nueva forma de poder, y "capitals are increased by parsimony, and diminished by prodigality and misconduct". El hombre pródigo disipa sus riquezas "like him who perverts the revenues of some pious foundation", se condena a la ruina, traiciona sus más altas responsabilidades morales y empobrece a su país. Se impone la condena de uno y la apología del otro: "Every prodigal appears to be a public enemy, and every frugal man a public benefactor". Smith había tropezado con la novedad del capitalismo sin comprender su novedad, como había redescubierto los factores de la mercancía, valor de uso y valor de cambio, sin percatarse de que éste era una forma específica de valor. Ricardo llevaría el concepto hasta los umbrales de la dialéctica de la forma del valor, que no logró transponer.

Esta dialéctica estará en juego en la obra de Marx como el concepto de la superación del capital mediante su desarrollo intrínseco. Es igualmente intrínseca la crítica de la economía política, que desarrolla ese concepto como concepto. El primer gran resultado (el "Manifiesto") anticipa el desarrollo y el fundamento ("Das Kapital"), que permanecerá inconcluso. Pues en punto a la forma del valor y el plusvalor Marx permanece muchos años en el horizonte de sus maestros, del que sólo despegará en su obra de madurez al obtener, "como desenvolvimiento necesario de la teoría de Ricardo", la teoría de las formas del plusvalor, y al descubrir en éstas nuevas fuentes de poder que brotan del polo de la sociedad moderna que es la negación del poder político.

La escisión es ahora tripartita: social, política y económica (Avineri), al punto que la naturaleza de los ámbitos político y económico nunca podrá agotarse en su relación recíproca ni comprenderse con prescindencia de la esfera "social". Más aún, la forma capitalista del intercambio **no** mercantil -y del poder político, por ende- se vuelve del todo indescifrable si se omite ese ámbito. La representación de una triple esfera recuerda los tres momentos del concepto hegeliano. Pero no hay una correspondencia simple, biunívoca, como sería si, por ejemplo, la sociedad "civil" comprendiera el ámbito de lo particular, el Estado el de lo universal. Ni es la "sociedad" lo particular (el interés contrapuesto a otro interés), la política lo individual (la elevación de la moralidad a la eticidad), la economía lo universal (el valor y su forma dineraria). El individuo (**citoyen**, **bourgeois**, pero también **pater familia**) se reparte entre distintas esferas y participa de los tres momentos, que, lo mismo que en el concepto, se penetran en estado de fluidez, se unen al rechazarse, se repelen al atraerse; la estructura tripartita de la sociedad histórica dominada por el capital es la abstracción de esa penetración fluida o la fijación de esos momentos tomados unilateralmente en sus respectivas objetivaciones.

*

La Política Social no es una "interfase" extrínseca entre los polos separados. Es, por un lado -en cuanto Política Social propiamente dicha, sustantivada como un ámbito de competencia estatal al que incumben determinadas "policies"-, una figura propia de una fase definida del desarrollo del capital contemporáneo, asociada con las políticas monetarias y fiscales de corte keynesiano por su raíz común en el agotamiento del proceso de acumulación global del capital no diferenciado. Es, por otro lado, un rasgo específico permanente del capitalismo y, finalmente, una relación que abarca el género al que pertenece tal especie, que desborda tanto de la estructura del capital cuanto de su forma mercantil general, y queda comprendida en el concepto de intercambio político, al que pertenece como tipo específico el "**don**" (Marcel Mauss), diametralmente contrapuesto a la mercancía. Resulta significativo que tanto los enemigos de la Política Social como sus partidarios tienden a caer en las mixtificaciones que confunden los rasgos genéricos del capital con las formas específicas del **don**: unos y otros han captado, cada uno a su manera, la identidad entre el fenómeno y la esencia, pero

ambos ingenuamente, como si ésta fuera una unidad inmediata. En el apogeo de las políticas de desregulación este diálogo entre sordos es un contenido principal en el escenario político; en este marco no es sorprendente que una palabra clave, usada por unos con sentido apologético y por otros con intención denigratoria, es la de Limosna. La noción de que la asistencia social es una limosna es a la vez verdadera y falsa. Verdadera, porque apunta a la percepción de relaciones históricamente inéditas que están configurándose en la estructura del capital, cambios en los que esta consciencia incipiente únicamente puede reconocer la reaparición de figuras arcaicas y pueriles. Falsa, primero, porque no sabe discriminar entre las formas elementales del tráfico político, ni entre éste y el mercantil, ni, menos aún, las transiciones entre ambos contenidos en el desarrollo de la forma mercantil.

Lo mismo que el intercambio mercantil, que excluye o proyecta fuera de sí todo contenido político, ninguno de estos intercambios no mercantiles -el **don** y la limosna- tiene como premisa la dependencia personal. La relación se entabla por medio de la transferencia de un producto material o un servicio. El carácter político de la limosna es residual. Es más manifiesto -aun cuando no explícito- en el caso del **don**, pues quien lo otorga procura o bien eximirse de obligaciones pretéritas o bien afianzar y extender su poder concitando alianzas y lealtades que se prolongan en el tiempo. En el primer caso el **don** restablece la igualdad entre sus participantes, en el segundo la pone en suspenso, dejando a uno de ellos en desventaja temporaria. Pero, en ambos, es una honra recíproca, basada en el reconocimiento del honor. En la limosna se presupone y se confirma la desigualdad, lo mismo que la deshonra y la incapacidad de retribución del inferior. El **don** suele recibirse, paradójicamente, con actitudes de desdeñosa altanería, con las que el agraciado expresa su voluntad y certeza de retribuir. (Menelao procura comprometer el apoyo de Aquiles para abatir a Troya regalándole una colección magnífica de armas, corceles de guerra y hermosas doncellas ricamente ataviadas, entre ellas la cautiva por la que habían disputado; Aquiles rechaza primero y recibe luego con desdén los presentes: es momento, dice, de guerra y no de futilidades). En contraste, la limosna es recibida con señales de sumisión y gratitud, dirigidas en parte a retroalimentar el comportamiento caritativo del dadivoso, pero también a subrayar que no habrá otra retribución; el deber de la gracia queda a cargo del Altísimo, ante quien el pordiosero ofrece interceder, además de la compensación de abreviar su propia presencia -agradecida pero desagradable- ante su benefactor. Para corresponder a sus conceptos respectivos, la limosna debe ser pequeña y el **don** grande, aunque no al punto de tornarse éste abrumador y aquélla miserable; porque la cuantía misma de su valor debe denigrar en el primer caso y honrar y obligar en el segundo. "Cuando la limosna es grande", dice el poema gauchesco, "hasta el santo desconfía". Las explicaciones de Hobbes, que escribe cuando todavía no se ha consumado la disolución universal de la sociedad orgánica, son insuperables. "Al suplicar a otro cualquier ayuda le honramos, demostrándole que creemos en su poder para asistirnos, y cuanto más difícil la ayuda, mayor es el honor". Asimismo, "hacer grandes regalos a un hombre es honrarle, porque es comprar su protección y reconocer su poder. Los regalos pequeños deshonran, porque no son sino limosnas...". Las riquezas se transforman en poder si son administradas con liberalidad, porque con ellas se consiguen sirvientes y se asegura la lealtad de los aliados. Por el contrario, las mismas riquezas, unidas a la parsimonia o a la mezquindad, ponen en peligro a su dueño, exponiéndole a la envidia. ("Also riches joined with liberality is Power, because it procureth friends and servants; without liberality not so, because in this case they defend not but expose men to envy as prey". Leviathan, Chap. XX).

La mercancía tiene como premisa y como resultado la anulación de los nexos del tráfico político y el desgajamiento de la trama social reproducida y desarrollada milenariamente sobre ese intercambio. [6] En la mercancía quedan rasgos de sus antecesores, los intercambios no mercantiles. En el **don**, en la gracia, en la merced, en la limosna, en el rescate, en la dote, etc., el valor de los productos que se intercambian es siempre pertinente, y tratándose de valor su cantidad es relevante; pero en ninguno de estos casos el intercambio es de productos de igual valor, ni se presupone la igualdad como regla práctica o de justicia, sino que **por su cuantía** el valor es de una cualidad u otra, adecuado o exagerado, espléndido o mezquino, generoso o tacaño, prudente o magnífico; según ese predicado abruma u obliga, redime o halaga, es denigrante u honroso.

La mercancía, "igualitaria y cínica por naturaleza", es portadora de la misma sustancia social genérica pero en la forma específica de valor mercantil, forma objetivada y autónoma de valor que reduce unilateralmente su cualidad al momento cuantitativo y por eso presupone y reproduce la igualdad social. Por obra y milagro del valor en su forma sustantivada específicamente mercantil que lo vuelve autónomo (sustancia social en su forma general objetivada) la sociedad "civil", producto ya de la división, se desmembra en dos órganos o sistemas de intercambio social: el económico y el "social".

[7] En este desgarramiento queda condenada la promesa de la Revolución Francesa, de traer el paraíso celestial a la patria terrestre. Promesa que hubiera dado la respuesta que luego seguirán buscando Hegel y Marx y por el que todavía en nuestros días clama la salvación humana: la conciliación del **homme** (representado aquí por el **homme privé**) y el **citoyen**. La Liberté no es realizable en esferas separadas, no es accesible al individuo abstracto, escindido; la Egalité se realiza a expensas de la Fraternité, y en su pugna revive el infierno hobbesiano, el bellum homine contra homines. Al producirse la transición de la producción de valor a la producción de plusvalor, de la forma del valor a la forma del plusvalor, se consuma la separación y se transforma la relación entre estos dos sistemas de intercambio volviéndose dominante el capital. Ya hemos señalado el momento intelectual de esta transición al referirnos a Smith y Hobbes.

*

Los mejores comentaristas de las obras de juventud de Marx (Avineri, O' Malley) encuentran en ellas un denso material que vale por sí mismo y es rico en pistas para comprender la totalidad de la obra. Este punto de vista es propicio para resaltar, en esa totalidad, la continuidad de propósitos y contenidos. Nosotros adoptamos el enfoque opuesto, que confirma esa unidad pero la muestra como un aspecto de un progreso dominado por la discontinuidad: leemos las obras de juventud desde la perspectiva ofrecida por las de madurez; los avances logrados a la luz de los descubrimientos anunciados recién en 1859 ("Contribución a la Crítica de la Economía Política"), y expuestos sistemáticamente en la obra principal. Se pone de manifiesto así lo que de otro modo pasa inadvertido en el examen más acucioso de los trabajos escritos en el período asombrosamente productivo comprendido entre 1843/6. Que la abrupta interrupción de los estudios filosóficos y el viraje que se verifica en la trayectoria de Marx desde que decide entregarse al estudio de la Economía Política, son el resultado necesario y principal de su crítica de la filosofía. Interrumpe esta tarea sencillamente porque está convencido de haber alcanzado un resultado final, un hito -no obstante su ribete un tanto tragicómico- en la más ambiciosa de las tareas intelectuales que puede concebir, y a la que no ha renunciado.

Porque, en efecto, el descubrimiento de su propia ignorancia en una materia distinta de la elegida y la decisión de lanzarse -con la arrasadora consecuencia característica de su personalidad- sobre ese flanco débil en su propia formación intelectual es un hecho de la experiencia del individuo contingente, no, por cierto, una verdad filosófica, y, sin embargo, resultará ser eso y más, la verdad de la filosofía y el principio de su realización. Pero esa verdad era insólita: la filosofía terminaba en un atolladero del que no podía elevarse mediante una crítica reducida a su momento inmanente, halándose de sus propias barbas.

Mediante la Crítica de la Filosofía del Derecho el joven Marx se propone llevar a cabo la crítica de la filosofía y de las instituciones. Debe esperar todo de la **conjunción** de estos dos propósitos puesto que, por un lado (dice en la "Crítica"), la misión de la filosofía es realizar la razón, y, por otro (escribe a Ruge), la esfera en que la razón debe realizarse es la de las instituciones políticas. (Que las dos finalidades se cumplen una en la otra, o la identidad está en ambas, es tautológico, al punto que su unidad se presta al juego de palabras: dado que la razón es la conciliación del ser con el deber ser,

debe ser el deber ser del ser en el ser). El lector desprevenido -vale decir, cargado de prevenciones acerca de lo que debe ver en estos textos- encuentra gran acopio de impugnaciones y vituperios que confunde con la sustancia de la crítica. No advierte que la crítica de la filosofía, víctima de su propio éxito, se refuta a sí misma. Si la acusación contra Hegel es que para él las instituciones de la Filosofía del Derecho no son sino accidentes de las categorías lógicas, entonces lo que queda demostrado es que sobre esta Filosofía no se puede realizar a la vez la crítica de las instituciones. Luego, no se justifican las munificencias gastadas contra esta obra menor y habría que emprenderla contra la "Fenomenología" (como en efecto hará pocos años más tarde), o la Gran Lógica ("La Ciencia de la Lógica"). El autor de la "Crítica" denuncia sin piedad la impostación metafísica en el discurso del filósofo, los efectos mixtificantes de la hipóstasis por la que categorías abstractas usurpan el lugar de los hombres reales; la falsedad de la historia en la que los protagonistas visibles no son más que encarnaciones de los conceptos reificados. La que presenta Hegel es una historia fabulada donde el Estado es en realidad la infinitud y la familia la finitud, etc. Sin embargo, no cabe duda que Marx, como lo subraya O' Malley, toma bien en serio el marco histórico institucional del que trata la "Filosofía del Derecho" y, más aún, adopta definitivamente los problemas que plantea y el modo en que los formula, y no los abandonará nunca.

Allí tenemos, pues, la esfera del derecho privado (la sociedad "civil"), la esfera del bienestar privado (la Familia), el sistema formado por estas dos esferas (el sistema de los intereses particulares), y el sistema político (la esfera del derecho público, el Estado). También la familia misma es aquí una estructura específicamente mercantil y capitalista, cargada con las contradicciones de la sociedad escindida (reducida a los lazos biológicos, es, empero, la encarnación de las virtudes morales y espirituales). Ahora bien, ninguna de estas esferas o sistemas se enfrenta al individuo, como si éste estuviera de un lado y, del otro, la sociedad, el Estado, etc. Antes bien, el individuo está en todas ellas y no está en ninguna pues, por un lado, como individuo abstracto únicamente determinado por la realización consciente de su libertad, de su vida social, es ciudadano, vive la vida política, la vida del Estado; en otro momento está unilateralmente determinado por y en su vida privada, dedicándose únicamente a sus propios asuntos ("minding his own business"). Su realidad humana no es de este mundo, su existencia mundanal no es humana. Pone sus intereses, derechos, responsabilidades, sensibilidades, etc., en esferas separadas, civil, familiar, política, privada, pública, etc. Surge, pues, el problema rousseauiano de cómo conciliar al individuo desgajado consigo mismo, su amor propio con su más elevado amor de sí, el interés privado con el público (nuevamente, el **homme privé** con el **citoyen**), problema que enlazará todo el resto de la obra, desde la cuestión (de la emancipación) de los judíos a la cuestión (de la emancipación) del proletariado, desde la crítica de la filosofía a la crítica de la economía política, desde la forma del plusvalor mercantil al socialismo científico, desde el Manifiesto al Das Kapital: desde los resultados al contenido y al movimiento interno por el que son resultados de (por y con) un desarrollo. Lo que sí es contingente y anecdótico es lo que viene después, el desarrollo trunco que no alcanza a reproducir el producto antes anticipado. Pero es más fácil iluminar el Manifiesto desde El Capital que concebir la forma del valor y sus consecuencias para la lucha de clases y la historia a partir de La Cuestión Judía o, incluso, del Manifiesto. ¡La obra mayor no fue concebida en vano!^[8]

Porque las revelaciones del desgarramiento del individuo y la corrupción del Estado se apoyan en una base todavía precaria que apunta más a un retroceso de la filosofía (del Derecho) y de las instituciones que a su superación. En efecto, frente al hombre y la sociedad parcelados se esgrime la unidad antropológica, la universalidad mítica. La Crítica descubre la misión histórica del proletariado, la clase de la sociedad "civil" que no es una clase del mundo de la riqueza porque no posee riqueza alguna; que, por estar libre de todo interés particular especial, sólo puede tener verdadero interés en la anulación de toda parcialidad; que, por sufrir todas las alienaciones, sólo puede emanciparse liberando a la sociedad de todas las alienaciones. Es, todavía, una anticipación meramente especulativa del proletariado y su misión histórica. La denuncia del escándalo del Estado (interés egoísta, escamoteado, exculpado y embellecido por la máscara del Bien Supremo) tiene sentido en cuanto

continuación y corolario de la denuncia del escándalo de la Religión (la realización ilusoria del hombre irrealizado, el "opio del pueblo"). Si el interés particular y la voluntad arbitraria posan con el ropaje de la universalidad, ello puede ser así porque la universalidad suprimida en la vida privada pugna sin embargo por expresarse.

Se ha hecho la acusación de una conducta abominable, de un hecho espantoso. Pero la crítica flaquea donde debiera rematar. Porque, ¿contra qué medir el abismo que separa los fragmentos del hombre parcelado, condenándolo a la perdición espiritual que le hace caer en las ilusiones de la religión y de la política abstractas, y, en suma, a una vida miserable? Aquí Marx apenas sobrepasa a Feuerbach: el hombre ha podido crear a Dios y, creándolo, demostró que es un **ser especie**. Aunque ("su ímpetu en tiniebla") permanece sumido en la ilusión que es a la vez la cadena y la rosa que la embellece y la torna soportable, en virtud de su naturaleza es capaz de aprehender conscientemente su esencia social. En cualquiera de las formas fenomenológicas de su ser social (¿Gemeinwesengestalten?), procurará desarrollar su individualidad, y ésta mostrará que es la de un zoon politikon, que únicamente puede desarrollarse en sociedad. Renace entonces la ilusión. Nuevamente el hombre proyecta sus potencialidades fuera de sí, y confunde a su criatura -esta vez no es Dios sino el Estado- con su propio ser irrealizado; la figura mística, aunque ahora secular, representa la realización de su propia función social. Tanto más esplendorosamente se le representa en el Estado la forma de la consumación de su propia naturaleza cuanto más denigrado y sufriente se halla su verdadero ser. Hé aquí entonces la medida del escándalo. El hombre en la sociedad "civil" es el burgués, alienado de su propia naturaleza, la parcelación del individuo es idéntica a la escisión de la sociedad y ambas son contrarias a la esencia humana.

Conforme con ésta, el individuo, un ser comunal, pertenece a la sociedad, el ser comunal. El hombre gira en torno de un centro ilusorio y ajeno hasta que se pone él mismo en su propio centro. La religión era únicamente un centro ilusorio, pero también lo es el Estado, la falsa encarnación del **Sumo Bien** posa junto a la religión como otro falso **religere**. ¿Se ha avanzado en algo? La crítica de la religión pasó a crítica del Estado, la de la filosofía a la de las instituciones. Cuando el joven Marx reprocha a Hegel reducir el concepto de las instituciones al concepto de concepto está confesando la limitación con la que tropieza la crítica. El luchador se retira, pero no está vencido. El resto de su obra estará dedicado a investigar en lo existente el fundamento de la realidad, en el capital la génesis de la "esencia comunista". Tal es la finalidad de la teoría del capital.

[1] Las siglas CJ, SF, aluden a "La cuestión judía", "La sagrada familia", respectivamente.

[2] Adviértase que, al subrayar la especificidad de la mercancía, arrancamos la locución smithian ("mano invisible") del contexto ingenuamente genérico en que permanecen las dos obras de Smith, donde forma parte de una concepción estoica de la armonía del universo natural y social. "Life according to nature was the basic tenet of Stoic ethics, and a Stoic idea of nature and the natural forms a major part of the «Theory of Moral Sentiments» and the «Wealth of Nations» alike". RAPHAEL, D. D., MACFIE, A. L. "Introducción" a SMITH, A. (1976).

[3] "Ningún productor, tanto industrial como agrícola, considerado aisladamente, produce valor o mercancía". MARX, Karl, "El Capital..", Tomo III, Libro III, pág. 821.

[4] Citado por LANTZ, Pierre, op. cit.

[5] Aquí nos ocupa solamente el problema general de la relación - específicamente capitalista- entre Estado y sociedad "civil". Transcribimos el párrafo de la Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho que más explícitamente se refiere al "gran problema de los tiempos modernos", **el de "la relación entre la industria, el mundo de la riqueza en general, con el mundo político"**:

"¿Bajo qué forma este problema comienza a preocupar a los alemanes? Bajo la forma de las tarifas

protectoras, el sistema de prohibiciones, la economía nacional. El chauvinismo alemán pasó de los hombres a las cosas, de suerte que una bella mañana se produjo la metamorfosis de nuestros caballeros del algodón y de nuestros héroes del hierro, que amanecieron convertidos en patriotas. Así fue como en Alemania el monopolio, que poseía la soberanía en el interior de la nación, ha sido investido de soberanía vis a vis otras naciones. En Alemania, por tanto, ahora comenzamos con lo que en Francia e Inglaterra es el resultado de un desarrollo. El viejo y decaído estado de cosas contra el cual esas naciones se alzan en revuelta teórica, estado que únicamente soportan como cadenas, es bienvenido en Alemania como el amanecer de un glorioso futuro que apenas sin atravesarse a pasar de una teoría astuta («listigen», en alusión a Friedrich List) a una práctica desalmada"...

[6] La "disolución del campesinado" está en la base del "Desarrollo del Capitalismo en Rusia" (Lenin) que, a fines del siglo pasado y comienzos del presente, se venía desarrollando en el agro de Europa oriental sobre una base servil. "La relativa especialización de las ciudades de Europa occidental en el comercio y la manufactura se logró, hasta cierto punto, por medio de la creación de un enorme excedente de productos alimenticios exportables en Europa oriental... mediante la creación de la agricultura servil en gran escala, es decir, mediante la prolongación local del feudalismo" HOBBSAWM, Eric "En torno a los orígenes de la revolución industrial", S. XXI, Mex., 4 ed., 1975. Con la minería colonial y la economía de las plantaciones brota la esclavitud capitalista; esclavitud en una escala sin precedentes en la que el impulso capitalista imprime una brutalidad implacable, desconocida (excepto en la minería de metales preciosos) en sistemas tributarios antiguos y precolombinos (como la mita y el yanacozgo) y, por cierto, en la esclavitud de tipo patriarcal. La explotación directa de trabajo forzado es aquí la condición y la consecuencia de la forma necesaria e invariablemente mercantil del capital.

[7] En el primero, el de las formas económicas, el obrero y su patrón son, ambos, bourgeois; en el segundo, uno es capitalista, el otro, proletario. En la sociedad civil, la relación entre ambos es una relación de explotación.

[8] ¡Pero los fundamentos ya estaban puestos en la "Contribución" de 1859!

1.1.0. Mercancía y producto. La especie-mercancía.

Marx se propuso llevar a cabo la crítica de la Economía Política. En las primeras páginas de "Das Kapital.." encontramos una síntesis de dicha crítica. Dice, luego de reconocer a la Economía Política clásica el mérito de haber "descubierto el contenido oculto" en las formas del valor:

*"Sólo que nunca llegó siquiera a plantear la pregunta de porqué ese contenido adopta dicha forma; de porqué, pues, el trabajo se representa **en el valor**, de a qué se debe que la medida del trabajo conforme a su duración se represente en la **magnitud de valor** alcanzada por el producto del trabajo". Añade, en nota al pie: "Una de las fallas fundamentales de la Economía Política clásica es que nunca logró desentrañar, partiendo del análisis de la mercancía y más específicamente del valor de la misma, la forma del valor, la forma misma que hace de él un valor de cambio. Precisamente en el caso de sus mejores expositores, como Smith y Ricardo, trata la forma de valor como cosa completamente indiferente, o incluso exterior a la naturaleza de la mercancía". Marx, Karl, op. cit. pág. 98 y Nota 32.*

Les acusa de escamotear la especificidad de la mercancía. Marx aborda este problema, y, al hacerlo, abre un nuevo horizonte científico, ya que descubre la clave de las formas del capital **en cuanto formas**. No hay que pasar por alto la importancia de este descubrimiento, que convierte a la Economía Política **a la vez** en la ciencia de la sociedad en su forma capitalista y en la fenomenología de la consciencia de clase. Pero nuestra crítica mostrará que la solución que ofrece Marx es incompleta; pues en el camino recorrido por el fundador de la crítica de la Economía Política falta una transición necesaria, se omite un eslabón, una forma del concepto, que llamaremos "valor mercantil", forma que ya estaba prefigurada en los "errores" de Smith.[\[1\]](#)

*

La primera parte de este trabajo se compone con los presentes ensayos introductorios. En la segunda parte extraemos consecuencias necesarias de la teoría marxiana de la forma del valor, consecuencias que -ellas mismas- nos llevan, en parte, más allá de Marx. Remiten a la comprobación elemental de que **la forma mercantil del valor es la forma del valor mercantil**. Se llega a ese resultado por medio de una crítica "transformativa" de la teoría marxiana de la forma del valor. En la exposición interpretativa de la teoría marxiana, el enfoque "neoclásico" queda incorporado -y superado- como un momento de la misma. La tercera parte inquiriere acerca de las transformaciones verificadas en las estructuras del capital desde la publicación del Das Kapital. Para ello, formulamos una hipótesis de trabajo acerca de la naturaleza y el desenlace de dichas transformaciones, y, en el marco de dicha hipótesis, planteamos y resolvemos el problema fundamental: ¿qué nuevas determinaciones presenta la mercancía como forma necesaria, general y abstracta del capital?

*

La mercancía es, de un lado, la forma más general del capital; de otro lado, una forma histórica particular del producto social. Es imposible reconocer cabalmente el carácter histórico de la mercancía y, por tanto, el del capital, si no se pone en claro en qué difiere **el producto en cuanto mercancía de la mercancía en cuanto producto**; no se puede **distinguir** lo que la especie tiene de específico si a la par no se discierne qué tiene de genérico.

Ciertamente, la **especie mercancía** no se deduce del **género producto**, ni éste de aquélla. Un análisis

comparativo de estructuras históricas de la producción muestra, primero, la diferencia entre la mercancía y otras formas del producto en las que éste deviene inmediatamente social, o cobra este carácter por medio de imposiciones tributarias colectivas o serviles o incluso el saqueo no institucionalizado; y, segundo, la diferencia entre la mercancía con formas no mercantiles del producto en las que éste no es directamente social sino que, como en la mercancía, adquiere ese carácter mediante el intercambio. Pero, al distinguir los atributos específicos de los genéricos, el análisis de la mercancía revela la génesis de esta forma y, con ello, despliega la pluralidad de sus niveles de genericidad, traza el perfil de las formas suprimidas y de las formas latentes; en definitiva, distingue los atributos específicos de los genéricos.

*

La teoría económica de Marx conserva su vigencia a fines del siglo XX, incluso después de la dramática débâcle de las ortodoxias construidas sobre su legado. La actualidad de la crítica de la Economía Política no es un hecho de opinión sino una necesidad teórica; ésta proviene de que la obra de Marx está en un peldaño por encima del siglo anterior y dos sobre el siguiente. El escalón anterior, ocupado por las modernas reformulaciones neorricardianas de la Economía Política clásica, ya había sido alcanzado por ésta cuando criticó las falacias mercantilistas (término acuñado por Smith), y descubrió que el antiguo principio del valor era relevante para comprender la sociedad moderna. La ciencia fundada por Smith penetró en las conexiones internas de la estructura productiva, elevándose sobre la economía vulgar, la cual, antes y después de los clásicos, es incapaz de sospechar y, más aún, de comprender, la realidad subyacente a las formas económicas manifiestas. La línea divisoria entre los dos primeros escalones, la frontera reiteradamente señalada por Marx entre la Economía Política científica, "esotérica", y las doctrinas "exotéricas", superficiales, es la teoría clásica del valor. Pero Marx no es únicamente un expositor de la teoría del valor-trabajo: es también, y principalmente, su crítico. Esta diferencia lo eleva a un tercer peldaño, donde aún hoy permanece sin compañía, en una posición que incluso sus discípulos han ignorado, [2]confundiéndola con la segunda.

Si la teoría del valor (trabajo) distingue a los "clásicos" de los economistas "vulgares", entre los cuales deberían comprenderse hoy globalmente neoclásicos y keynesianos, la segunda -la teoría marxiana de la forma del valor- distingue a Marx tanto de los antecesores clásicos cuanto de los sucesores cambridgeanos y ... marxistas.[3]

[Mercancía y Producto]

Las categorías específicas de la economía mercantil simple (mercancía, dinero) o capitalista (mercancía capacidad laboral, dinero crédito, capital ficticio) no pueden deducirse de sus conceptos universales. Se justifica el rechazo de Marx hacia la reducción de las formas históricas de la Producción a sus momentos comunes esenciales.[4]

Así, "es una tautología decir que la propiedad (la apropiación) es una condición de la Producción. Pero es ridículo saltar de ahí a una forma determinada de la propiedad, por ejemplo, la propiedad privada". (Y a esta última, añade, con su contrafigura necesaria, la **no propiedad**). En definitiva, "las llamadas **condiciones generales** de toda Producción no son más que esos momentos abstractos que no permiten comprender ningún nivel histórico concreto de la Producción".

Más aún, la exposición de los momentos más abstractos de la Producción y comunes a todas sus formas históricas, plasma la intención de escamotear la especificidad de estas formas. **Pero** es

igualmente indudable que no puede determinarse su especificidad sino en contraposición a su concepto genérico; sin el reconocimiento del concepto genérico de producción como momento necesario de conceptos como mercancía y capital. Ciertamente, toda la obra de madurez de Marx apunta contra la pretensión ideológica mixtificante de deducir la mercancía o la sociedad moderna de las determinaciones abstractas de la producción en general.^[5]

Los conceptos más simples de la Economía Política tienden a fundirse ideológicamente en su lado genérico, alimentando la ilusión de que en la pureza de la mercancía florece la vida natural del "buen salvaje". La estólida opinión para la cual las categorías propias de la Producción capitalista deben encontrarse en toda estructura económica menos evolucionada -ya que esta posición no concibe una más desarrollada- tiene su momento de verdad en la **dobles** reducción que la consciencia fetichizada efectúa, de la categoría específica (mercancía) a la genérica (producto), y de ésta a su soporte o substrato natural (objeto útil). La Economía Política clásica (esotérica) lleva a cabo la primera reducción y procura encarar los conceptos generales como objetos de una teoría autónoma, igualmente general; por su parte, la Economía Política vulgar (exotérica) desdeña los conceptos y permanece en esa certeza ingenua que toma por esencias las nociones abstractas e inmediatas de la empiria mercantil. Ambas confunden los rasgos específicos y los genéricos, y así escamotean la especificidad histórica de las categorías económicas. Los conceptos elementales y las categorías empíricas conviven sin salir de la abstracción, y, en verdad, sin tocarse.

Es indudable que Marx dedicó empeñosas y profundas reflexiones, como lo atestiguan los pasajes recién citados, a resolver el problema de cuál debe ser el comienzo de la Economía Política y cuál la estructura de su exposición; si ella debe partir de conceptos generales como el de Producción o de las formas específicas propias de la moderna "sociedad burguesa". Finalmente, su investigación del capital comienza por la **forma de mercancía**:

"La forma de valor asumida por el producto del trabajo es la forma más abstracta, pero también la más general, del modo de Producción burgués, que de tal manera queda caracterizado como tipo particular de Producción social y con esto, a la vez, como algo histórico. Si nos confundimos y la tomamos por la forma natural eterna de la Producción social, pasaremos también por alto, necesariamente, lo que hay de específico en la forma de valor, y por tanto en la forma de mercancía, desarrollada luego en la forma de dinero, la de capital, etc..". ("El Capital..", págs 98/9).

En su obra de madurez (desde los "Grundrisse..", en los que asomamos a la laboriosa gestación intelectual de este período en el que escribe la Contribución y El Capital, hasta las "Glosas a Wagner", su último escrito económico), Marx expone reiteradamente las razones y las consecuencias de su solución al problema del comienzo de la crítica de la Economía Política.

Para comprender cómo logra elevarse sobre este comienzo (y, a la par, por encima de la Economía Política), es preciso advertir que la mercancía que Marx toma como punto de partida es distinta de la que luego dirá en su propio lenguaje mercantil los secretos de la forma del valor, ya develados, por entonces, por el autor. Para nosotros, la génesis del dinero es esencialmente la génesis de la mercancía que, al sumirse en la experiencia de su propia concepción ("experiencia" que comparamos con la de la primera consciencia en la Fenomenología), pasa necesariamente a su figura desarrollada y, en verdad, a "la forma más general del capital". En este **nuevo** comienzo, la Economía Política ya está superada. No se produce únicamente una crítica (inmanente), sino también, y principalmente, un saber que se entrega a la ley del objeto.

"El Capital.." -lo mismo que la "Contribución.." - parte de la mercancía cual "aparece". Pero esta mercancía (tal como se presenta, o en su noción práctica, intuitiva, inculta, etc.) no es **inmediatamente** idéntica a la que luego mostrará ser la forma general del capital (la inmanencia del capital no es una intuición sino una elaboración teórica). Denominamos "primera mercancía" a la que

corresponde a su noción empírica, "segunda" a la que se reduce a su contenido de valor, y "tercera" a la que se desdobra en mercancía común y dineraria, de modo que pertenecen, respectivamente, a la Economía Política vulgar, a la Economía Política clásica y a la crítica marxiana.

El rechazo extrínseco de la Economía Política "vulgar" no es compatible con el método y propósito de la crítica marxiana y no permite completarla. Tampoco lo es el paso abrupto de una figura a la otra: de la unidad inmediata entre valor de cambio y valor, al concepto de valor "con prescindencia de su forma", y de éste a la forma del valor contenida en la relación de valor. Por el contrario, la primera mercancía -que hoy debemos tomar en la versión (mal) llamada "neoclásica"-, contiene transiciones necesarias que llevan a su unidad con la segunda mercancía en la que ambas se complementan; esta "segunda" (enriquecida) encierra el paso a la mercancía marxiana, la cual, sin embargo, surge de estas transiciones afectada a su vez por una transformación múltiple.

La mercancía en la segunda determinación ha rebasado su noción empírica, y es la mercancía de Smith y de Ricardo. Lo mismo que en la exposición de estos autores, en la de Marx esta mercancía muestra de inmediato que contiene dos "factores": el valor de uso y el valor de cambio. A partir de esta comprobación, todavía en la huella de sus predecesores, comienza preguntándose, como éstos, acerca de la naturaleza y la determinación cuantitativa del valor de cambio, y corrobora la teoría clásica, adoptándola como un segundo punto de partida.

Dedicaremos el resto de la presente introducción, primero, a identificar las tres fases que presenta la mercancía en correspondencia, respectivamente, con su noción empírica, con la teoría económica (positiva) y con la crítica de esta teoría; luego, a determinar los rasgos distintivos de estas figuras, a caracterizar el discurso teórico y doctrinario propio de cada una de ellas; y finalmente a completar el concepto de estas figuras a través de la secuencia de transiciones por las que ese concepto pasa de una a la otra.[6]

[Tres mercancías]

Hay, pues, tres mercancías, tres comienzos. La primera figura pertenece tanto a la consciencia empírica sumida en la inmediatez del mundo mercantil como a la Economía Política vulgar, que permanece en esta abstracción. Esta mercancía posee una estructura indiferenciada y simple: para su presentación no hay más que señalarla, o basta aludir a ella, pues es evidente. Los elementos que componen la **mercancía inmediata** están en una unidad igualmente inmediata (o, mejor, extrínseca o conjuntiva): la mercancía es un bien **que** se intercambia, su esencia es la utilidad.[7]

El primer paso desde esta noción, extremadamente modesto y sin embargo grávido de consecuencias, no es más que una reflexión de la consciencia común todavía en ella misma. La Economía Política debe dar este paso y éste debe necesariamente transformar su objeto en una segunda mercancía. Y, en efecto, la argumentación clásica no se detiene en la categoría empírica sino que profundiza en su naturaleza y contenido mediante la crítica -que no proseguirá consecuentemente- de su noción fijada en el entendimiento común y su lenguaje cotidiano.[8]

Todavía no ha sido superada la mercancía inmediata. Solamente se advierte en ella su estructura extrínseca. La consciencia común no reparó en las propiedades de la (su) mercancía pero ya las venía nombrando, y basta que le sean indicadas para que las reconozca. Ahora la mercancía no es únicamente un bien que se intercambia, es un bien que posee dos propiedades, la de ser útil y la de ser cambiante en determinadas proporciones por otros bienes. Esta diferencia que parece banal es, por el contrario, trascendente. Que un objeto se cambie por otro es algo que ocurre, un hecho observable, como lo es que se cambien determinadas cantidades de una cosa por otra; su cambiabilidad

cuantitativamente determinada, o, simplemente, el que sea cambiante, es una propiedad de la mercancía. El segundo "factor" de la mercancía-producto, su valor, debe ser revelado por medio del análisis del valor de cambio de las mercancías; análisis que reduce el valor de cambio a su contenido, el valor. La reducción se produce mediante la abstracción de la utilidad: ésta es "absolutamente esencial" (Ricardo), es una de las fuentes del valor de cambio, pero no entra en la determinación cuantitativa del valor. La relación (diferencia y unidad) entre los conceptos de valor y valor de cambio (el producto "positivo" de la crítica **avant la lettre**) es rigurosamente establecida, aunque no será mantenida con firmeza ni quedará fijada en la terminología.

La reducción del valor de cambio a valor es producida por Ricardo en el comienzo mismo de "Los Principios" (aunque seguirá usando un tanto indistintamente las palabras "valor" y "valor de cambio"). Transcribe el pasaje de Smith sobre los dos significados de la palabra "valor", y le basta la observación que añade Smith (muchas veces las cosas más útiles son las menos valiosas o carecen por completo de valor, y, al revés, las menos útiles son las más valiosas) para efectuar la reducción de valor de cambio a valor. Pero antes:

"Utility then is not the measure of exchangeable value, although it is absolutely essential to it"...

Esta conclusión es el primer paso decisivo en el concepto de valor, lo arranca de la ambigüedad letárgica que lo domina en el ejemplo smithiano de los bienes que son útiles pero no valiosos (agua, aire) o valiosos pero poco útiles (oro, diamante). Pues ahora es obvio que los bienes no son ni útiles ni valiosos si no están presentes en cantidades definidas. Ricardo distingue con más precisión que ambos, su antecesor y su crítico, los dos pasos en la reducción por la que se revela el valor como contenido del valor de cambio. Por de pronto, la proposición sobre el valor de uso en cuanto condición "absolutamente esencial" del valor de cambio se refiere a las cualidades útiles de la mercancía. Es una condición binaria, que se da o no se da, pero verificándose no afecta la determinación cuantitativa del valor de cambio. No ocurre lo mismo con la plétora o la poquedad, la profusión o la penuria:

"Possessing utility, commodities derive their exchangeable value from two sources: from their scarcity, and from the quantity of labour required to obtain them".

Aquí "utilidad" denota propiedades útiles: no afecta a la cosa que posee tales cualidades sino a éstas. Pero Marx puntualiza que el valor de uso debe concretarse en una cantidad de la cosa con cualidades útiles (v. infra, nuestra discusión sobre valor de uso mercantil). Pero ninguno ignora que la cosa útil puede ser abundante o escasa. El pasaje ricardiano anticipa la noción de "utilidad" sobre la que fundará su estilizado edificio la doctrina neoclásica, sin ser ella capaz de dar a su propia exposición el pleno significado que únicamente cobra en el contexto clásico. "Utilidad" connota aquí funciones de demanda de determinada clase de mercancías. Dada la cuantía de éstas, puede coincidir con la cantidad demandada al mismo precio (o valor de cambio, puesto que "precio" será luego, dirá Marx, el "nombre en dinero" del valor de cambio) y entonces se dirá de este precio que despeja o equilibra el mercado; o ser mayor, y se dirá que hay plétora (el precio es "bajo"); o menor, y se dirá que hay escasez (el precio es "alto"). La misma cantidad que ayer era escasa puede trocarse hoy en abundante, o viceversa, según cambie la cantidad demandada; o, lo que es lo mismo, conforme cambien las formas de las funciones de demanda individuales y/o sus parámetros respectivos. Pero apréciense cuán insensato es afirmar que ese cambio ocurre **porque** cambia la función. Los precios -nadie lo ignora- tienden generalmente al alza cuando la mercancía es escasa y al estiaje cuando redundante, pero a quien cree decir algo cuando explica el movimiento del valor de cambio por la escasez hay que preguntarle qué entiende por copia o mengua (riqueza o pobreza, prodigalidad o avaricia) en el marco específico de la producción mercantil. Según Ricardo, el valor de cambio de las mercancías reconoce también una segunda fuente, el valor.

En este punto todavía no está superada la primera mercancía. Ella habla un lenguaje que oculta su sentido en la tautología, pero no carece de él: ante la proposición sobre "las dos fuentes" arguye que, dados los datos y especificadas las funciones de demanda relevantes (inferidas à la Pareto de las funciones "de utilidad"), lo que **concretamente** determina el valor de cambio de una mercancía es su escasez. Adoptemos tal punto de vista: dejemos que el regateo entre compradores y vendedores haga lo suyo (y, si se lo encuentra conveniente, según el llamado supuesto de Edgeworth, que no se cierre transacción alguna fuera de los valores de cambio que igualan las cantidades ofrecidas y las cantidades demandadas de cada bien, de tal modo que ninguna persona verá frustrado su deseo de comprar o vender a las tasas de cambio vigentes). Mas hé aquí que tales valores de cambio, que resuelven el "equilibrio" del mercado, no satisfacen, en general, las condiciones del sistema. El problema del valor se plantea cuando el problema del valor de cambio ya está solucionado; donde la doctrina neoclásica concluye, la Economía Política clásica comienza... ¡dos siglos antes!

El concepto clásico de valor no pertenece al de producción -en sentido lato- sino, más determinadamente, al de reproducción. La Economía Política ingenua (que Marx llama "vulgar", en contraposición a la Economía Política científica) no sabe distinguir entre valor de cambio y valor. Para ella las mercancías poseen valor de cambio porque -y sólo porque- son escasas. ¿Qué decir de una teoría del valor que en lugar de explicar la relación entre el valor de cambio y el valor toma el primero como independiente del segundo? Como toda doctrina falsa, posee su momento de verdad; la ilusión proviene del corte arbitrario del objeto, pues analiza la mercancía tomándola unilateralmente en un plazo en el cual el movimiento de su valor de cambio no cae en el campo gravitatorio del valor. También tendría razón si aludiera -más allá de este ámbito circunscripto- a un tipo particular de mercancías; precisamente a aquellas no susceptibles de reposición ni multiplicación; en suma, a las mercancías no reproducibles.[\[9\]](#)

Pues cabe en el marco de la producción mercantil que un bien no reproducible revista la forma mercantil; tal mercancía particular carecerá de valor, y su valor de cambio estará determinado únicamente por su "escasez". Si los bienes mercancía o productos-mercancía son multiplicables pero no en la cantidad necesaria para eliminar la "escasez", seguirá operando ésta como única fuente del valor de cambio; estos productos no carecerán de valor, pero éste no entrará en la determinación tendencial de su valor de cambio. Si, por el contrario, considerando un plazo suficientemente prolongado, la reproducción elimina la "escasez" (las funciones de oferta son elásticas), los valores de cambio tienden a ser proporcionales a las relaciones de valor; **sólo en este caso** el movimiento del **valor de cambio** de una mercancía está determinado por el **valor** de la misma, pero éste, tanto como aquél, es independientemente del trabajo promedialmente utilizado para su obtención (y únicamente depende del social promedial necesario para su reproducción).

La teoría que desconoce el valor no es una teoría del valor; no merece ese nombre ni la dignidad que conlleva. La distinción entre valor y valor de cambio sencillamente carece de sentido para ella. La **teoría vulgar del valor** -propiamente dicha-, es la que sostiene que el valor de un producto es proporcional a la cantidad de trabajo que se aplicó para obtenerlo. Esta versión grosera de la teoría del "valor-trabajo" es falsa, y por ende lo es también ésta su distinción entre valor y valor de cambio. Pues así como el valor de cambio de una mercancía es independiente de que el trabajo aplicado en ella haya sido mucho, poco o ninguno, **lo es también el valor**. Lamentablemente, la polémica sobre el valor fue entablada entre dos doctrinas vulgares: una rechazaba el concepto falso de valor sin distinguirlo del verdadero, la otra afirmaba el principio falso. La polémica, hoy olvidada, revivirá como un campo de fuerza inusitadamente poderoso, porque está en el fundamento de la consciencia de la época. Hoy puede ayudar que observemos la frontera entre la doctrina vulgar y la ciencia. Las obras de los principales expositores del principio clásico no están enteramente de un lado de esta frontera, sino que ella, en parte, las penetra. De allí el cometido de su crítico. Pero, como argumentaremos luego, la misma frontera que debió quedar inequívocamente fuera de la obra crítica más importante, penetra también en ella. Por ahora, volvamos a Ricardo, y comprobemos a la par el

rigor del concepto y la imprecisión del léxico que procura exponerlo, dejando sobrado resquicio para la interpretación regresiva.

"There are some commodities, the [exchangeable, P.L.] value of which is determined by their scarcity alone. No labour can increase the quantity of such goods, and therefore their value [sic] cannot be lowered by an increased supply". Pero, añade,

"These commodities, however, form a very small part of the mass of commodities daily exchanged in the market. By far the greatest part of those goods which are the objects of desire are procured by labour; and they may be multiplied, not in one country alone, but in many, almost without any assignable limit, if we are disposed to bestow the labour necessary to obtain them".

La terminología flaquea, y ni siquiera en Marx se fijará con firmeza. Pero el distinguo (diferencia y relación) entre valor y valor de cambio está sólidamente establecido: el primero "gobierna" (dice Smith) el movimiento del segundo. Por esa razón profunda (y no por la circunstancia sólo contingente que él mismo aduce, su mayor peso en la mezcla de productos) **Ricardo considerará únicamente bienes reproducibles.**

*

En esta diferencia surgirá la segunda mercancía: la mercancía producto, la de Smith y de Ricardo. Ya no será un maná cualitativamente múltiple vertido por una Providencia extrínseca sobre una economía de intercambio. [10]La segunda mercancía no es únicamente un bien que se intercambia, sino que, ahora, el bien que se intercambia es un producto.

Pero la segunda mercancía no ha derrotado aún a la primera (no ha eliminado su unilateralidad). Por un lado corresponde a un concepto más desplegado, más rico en relaciones y diferencias, ya que contiene la determinación esencial de ser relación productiva, producto social. Esta mercancía contiene la anterior y es un algo dual, la reunión de dos seres: **es un bien, un algo útil, y es un valor, un producto reproducible.** Pero por otro lado es más pobre pues ha perdido la unidad inmediata y extrínseca de la primera mercancía y no ha recorrido aún el camino por el que alcanzará la unidad real, concreta y diferenciada. Y más pobre también porque la especificidad de la mercancía, presente aunque de manera ingenua (es decir, no contrastada con el género), en la primera mercancía, se pierde en la segunda: la mercancía producto será, a la postre, meramente producto (todavía los dos "factores" de la segunda mercancía están yuxtapuestos, no mediados).

Reducida a cosa útil y producto del trabajo, la mercancía en su segunda determinación no es aún una figura histórica específica del Producto social sino apenas su forma abstracta de Producto en general. Pero la yuxtaposición entre valor y valor de uso (utilidad) es esencial a la segunda mercancía ya que en la misma existencia separada de estos dos "factores", que marca la inferioridad de la nueva mercancía: en **la doble pérdida, de la unidad y de la especificidad**, radica también su mayor profundidad y el progreso decisivo hacia el concepto de la mercancía real. La primera mercancía sólo será superada cuando lo sea la segunda por la teoría de la forma del valor. Mientras, la mercancía clásica deja tranquila en su inmediatez a la primera mercancía, repartiendo con ella un reino escindido (para una es la coyuntura, el mercado; para la otra el largo plazo, el progreso, el desarrollo). No, por cierto, porque los dos "factores" subsistan de suyo en la mutua ajenidad. La mediación recíproca se conserva y, más aún, se consolida, anticipando que es en realidad más profunda que la relación meramente conjuntiva que se mostraba como inmediatez en la primera mercancía y como yuxtaposición (sincretismo) en la segunda. Pues si prescindimos de la separación de los "factores"

regresamos a la unidad simple inicial o a la primera mercancía.

En virtud de esa mediación todavía en ciernes la utilidad seguirá perteneciendo a la esencia de esta mercancía. Puesto que tanto el valor como el valor de uso se concretan necesariamente en una cosa cualitativa y cuantitativamente determinada, [11] esta cosa **poseerá** los dos "factores"; **será**, a la par, un valor de uso, un bien, y un valor.

"El cuerpo mismo de la mercancía..., dice Marx, es, pues, un valor de uso, o un bien". El valor de uso está determinado -en un marco histórico cultural- por las propiedades de esta cosa, y le es indiferente que el objeto posea valor o no lo posea. [12] Por el contrario, el valor no se sustenta por sí mismo, o tiene en el valor de uso el soporte material necesario: el primero no es si el segundo no es. Se justifica aquí la abstracción en la que permanece la «economía»: "El rasgo distintivo (the distinguishing mark) de una economía de intercambio es la ausencia de producción". Se convalida la doctrina vulgar; en especial, su tratamiento de la mercancía considerándola únicamente como un bien, un algo cuantitativamente limitado y dotado de cualidades útiles. Por su parte, el punto de vista clásico es insostenible: o recae en la consciencia ingenua donde se concilia cínicamente con la opinión vulgar, refugiándose en un sincretismo ambiguo, o bien permanece en las determinaciones genéricas, **igualmente** abstractas.

Los economistas clásicos (re)descubren y enuncian el principio del valor. Oculto tras sus formas dinerarias, el valor "gobierna" (Smith) o "regula" (Ricardo) los movimientos azarosos de los precios, afectados incesantemente por circunstancias accidentales. El descubrimiento de la ley, sin embargo, en vez de abrir para ellos las más amplias avenidas científicas, los pone en un callejón sin salida. Han reducido el precio a valor de cambio, el valor de cambio a valor, el valor a trabajo, la mercancía a producto (reproducibile) que se trafica, la especie, en fin, al género. Pero en tanto no es posible proceder en dirección contraria, la teoría clásica del valor-trabajo deviene un trasto embarazoso. No únicamente porque cayó tempranamente en manos de los socialistas, dispuestos a hacer de ella un instrumento **non sancto**; también porque no podía desarrollarse para aportar a la mejor orientación práctica para la gestión del capital y de la (su) cosa pública.[13]

La crítica marxiana de la Economía Política transforma una vez más el objeto de la Economía Política. La mercancía que prefigura el capital, es su forma más general, y, por tanto, el comienzo obligado de su exposición, no es la que está en el comienzo de "Das Kapital": esa mercancía es ya el primer resultado de la crítica transformativa [14] de la Economía Política. En esta mercancía -que determinamos como "tercera"- se recuperan y reconcilian la unidad de la primera y la diferencia de la segunda. Esa unidad es ahora una unidad diferenciada, una diferencia en la unidad, una estructura. (En tanto la segunda mercancía es la negación de la primera, la tercera mercancía es la negación de esa negación). Se recuperan los rasgos específicos de la primera mercancía y los genéricos de la segunda; ahora se reúnen, distinguiéndose, la especie y el género, y queda determinada la mercancía como forma histórica específica del producto y del tráfico de productos. La primera mercancía carecía de estructura, su esencia era la utilidad. Sin embargo, en ella se presentaba la diferencia entre la utilidad directa y la utilidad indirecta, entre el valor de uso y el valor de cambio. La segunda mercancía está compuesta -en principio- de "dos factores". El primero es la utilidad indirecta de la primera mercancía; no hay nada nuevo aquí. El segundo es el valor, algo que se presenta como valor de cambio pero es diferente de él.

La originalidad de Marx reside, pues, en la dialéctica por la que la mercancía pasa a su tercera figura, la cual se desdobra en mercancía común y mercancía dineraria, o mercancía y dinero. Si la segunda mercancía era la **mercancía-producto**, la tercera es el **producto-mercancía**. Los economistas clásicos realizaron la crítica de la primera mercancía mediante el análisis que distingue el valor del

valor de cambio, pero no llegaron a descubrir y desarrollar la dialéctica de su propia analítica ni en ella la transición al producto mercancía. La distinción crucial, entre valor y valor de cambio, no sólo no alcanza a fijarse en una terminología diferenciada y consistente (como tampoco cabalmente en Marx), sino que además se recae en la confusión entre valor relativo o relación de valor y valor de cambio. El paso decisivo lo realiza Marx al descubrir en la relación de valor las expresiones de valor de dos mercancías. La unidad de la primera mercancía se pierde en la segunda y se recupera en la tercera, aunque en ésta no es ya unidad inmediata e indiferenciada ni meramente la totalidad de una estructura relacional; la diferencia y la identidad de los dos "factores" componentes de la mercancía-producto reaparecen en el producto-mercancía, como la expresión del valor relativo de una mercancía en el valor de uso de su mercancía equivalencial. Marx nos dice que está exponiendo la génesis del dinero. Para nosotros, ante todo, está concibiendo la génesis de la mercancía, y es sólo la mercancía así concebida (mercancía común y mercancía dineraria, polarmente contrapuestas) la que verdaderamente constituye la forma más general de la sociedad "burguesa". Con la génesis de la mercancía trasponemos el umbral de la teoría marxiana del capital.

*

¿Le debemos **también** a Marx una filosofía de la historia? Es común entre sus partidarios responder afirmativa y enfáticamente. Hay sustento para esa interpretación, precisamente en los conceptos originales de Marx sobre la forma del valor, pero estos conceptos son, paradójicamente, los que la tradición del "materialismo histórico" ignora. Sin duda, la comprensión de la especificidad histórica de las categorías económicas de la época del capital es un aporte fundamental a la concepción de la historia que no es distinto, sin embargo, de la propia crítica de la Economía Política. En resumen, Marx no sostiene que la producción material determina la producción espiritual, como si la primera fuera la causa y la segunda la consecuencia, sino que la comprensión de la forma histórica específica de la producción material permite comprender la producción espiritual de una época. Así, por ejemplo, en la crítica de la teoría de la civilización, de Storch: "Si la producción material no se concibe por sí misma en su forma **histórica específica**, es imposible comprender qué hay de específico en la producción espiritual correspondiente a ella, y la influencia recíproca de una sobre la otra".[15]

Pero debemos fijar la atención en el célebre "Prefacio" a la "Contribución.." de 1959, abrevadero favorito de los partidarios del materialismo histórico abstracto, doctrina que ellos atribuyen a Marx. Nosotros creemos que Marx no eligió el Prefacio para exponer esa doctrina, ni otra. El propósito de esas valiosas páginas es otro; presentar la "Contribución..", poniéndola en el marco de la trayectoria del autor, pasada y futura. Lo importante es el anuncio de los grandes lineamientos del plan (como lo concebía entonces) de la obra a la que había de consagrar el resto de su vida.

El "fascículo" de 1859 había de ser una entrega anticipada de dos capítulos del opus mayor (la mercancía, y el dinero "o la circulación simple"), que, junto con un tercero (el capital en general), debían componer la primera sección (dedicada a investigar el capital), del libro primero ("las condiciones económicas de vida de las tres grandes clases en que se divide la moderna sociedad burguesa"). El libro segundo, compuesto también por tres capítulos, estaría dedicado al Estado.

"Estudio el sistema de la economía burguesa por este orden: capital, propiedad de la tierra, trabajo asalariado; Estado, comercio exterior, mercado mundial".

El plan -interpretamos- despliega la pista hallada años antes por medio de la juvenil "Crítica de la Filosofía del Derecho", ahora en versión madura y decantada: una vez más se apunta al Estado moderno como la forma política necesaria polarmente contrapuesta a la "sociedad civil", ahora subsumida por el capital y comprendida la naturaleza de éste. Del estudio del "sistema de la economía burguesa" se pasa al estudio del Estado (burgués, capitalista). La crítica transformativa de la

Economía Política, al revelar en su perspectiva histórica "las condiciones económicas de vida de las tres grandes clases en que se divide la moderna sociedad burguesa", muta en crítica del Estado. El plan mismo da cuenta del progreso logrado por el autor, que podemos medir con la Tesis XI sobre Feuerbach. Se anuncia una interpretación del mundo que será, ella misma, una guía para la acción.[\[16\]](#)

"Mis investigaciones me condujeron a la conclusión de que tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado, no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que, por el contrario, tienen sus raíces en las condiciones materiales de vida, cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el ejemplo de los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de "sociedad civil", y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política..."

Ofrece a continuación una reseña por demás escueta de estudios anteriores. Hay mucha tela que cortar en el Prefacio (puesto el texto en su contexto, que es la teoría de la forma capitalista del plusvalor), pero no encontramos en él, como se pretende, la comunicación de resultados originales: Marx está dando cuenta de los principales contenidos heredados por él, [\[17\]](#) que reseña en una síntesis por demás concisa. No expone estos conceptos -ya lo ha hecho en obras más tempranas, incluso varias que no procuró publicar, y volverá a hacerlo en el corpus de la obra que está anunciando-; ni explica cómo por medio de la crítica los arrancó del discurso inacabado o inconsecuente de los predecesores; ni es el "Prefacio" el lugar para hacerlo. Se limita a señalarlos.

Que el estado tiene "sus raíces" en la "sociedad civil" es, obviamente, un resultado que se encuentra en la Filosofía del Derecho. La nueva obra será la coronación de la crítica de Hegel interrumpida por el autor tres lustros antes; retomará la crítica desde un ángulo enteramente original que es, sin embargo, consecuencia de -y consecuente con- esa crítica: si la sociedad civil proyecta necesariamente su naturaleza específica en el estado, y si la Economía Política es la ciencia de la sociedad civil, entonces la crítica del estado debe fundarse en la crítica de la Economía Política. La llave de esta crítica es la particularidad histórica de la estructura productiva capitalista, su "forma **histórica específica**".

En particular, la determinación del carácter históricamente circunscripto de la "sociedad civil" formaba parte de la consciencia ya alcanzada por Hegel, de su concepto del mundo moderno. Asimismo la determinación de la consciencia por el ser social, y, más concretamente, por la clase social, la consciencia del campesino, el noble, el burgués, incluso el burócrata. [\[18\]](#) Y, ¿qué decir de la historicidad del pensamiento? El filósofo no puede saltar por encima de su época, su misión es interpretarla. La filosofía no es, pues, ajena al ideal de realización del hombre moderno: ser contemporáneo de sí mismo. He aquí cómo Federico Engels (tres décadas después de la publicación del Prefacio) rinde tributo a la herencia filosófica recibida por Marx, sintetizando la concepción de Hegel en la tesis: "todo lo real es racional y todo lo racional es real". Recuerda la distinción hegeliana entre lo existente y lo real, y cita: "la realidad, al desplegarse, se revela como necesidad"...

"Y así, prosigue Engels, en el curso del desarrollo, todo lo que un día fue real se torna irreal, pierde su necesidad, su razón de ser, su carácter racional, y el puesto de lo real que agoniza es ocupado por una realidad nueva y vital: pacíficamente, si lo caduco es lo bastante razonable para resignarse a desaparecer sin lucha; por la fuerza, si se rebela contra esa necesidad". ENGELS, Friedrich "Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana" (1888), La Rosa Blindada, Bs. As., 1975.

*

Marx reivindica la originalidad de su distinción entre trabajo concreto y trabajo abstracto. [19] Este punto -nos dice sin ambages- "es el eje en torno del cual gira la inteligencia de la Economía Política". Esta afirmación, sin apoyar ni desmentir nuestra interpretación, desplaza el problema fuera del campo de la forma del valor, circunscribiéndolo, en primera instancia, al concepto de valor en general ("con prescindencia de su forma").

Ahora bien, Marx hace la crítica de la Economía Política clásica. Para ello debe exponerla. Esa exposición lleva ya el sello de la crítica transformativa, pero permanece todavía dentro del horizonte clásico.

*

No se trata de bienes mediados por el trabajo, sin más. La palabra "producto" lleva la connotación más lata, la de ser originado o causado **por otro**; que comprende sin duda todas las mercancías, pero junto con ellas todo lo enunciable. Poco gana "Producto" si se le añade la nota "del trabajo", y a ésta la de "humano" y "social". Hay que ir más allá de estas vacuas nociones para concebir el Producto genérico del que la Mercancía es especie y forma específica.

El concepto abstracto de valor en general -lo mismo que los de trabajo, producción, producto, ingreso, ahorro, consumo- se determina para nosotros únicamente como contrapuesto al de su forma específicamente mercantil, a la que corresponde necesariamente una forma política igualmente diferenciada y específica. [20] Si decimos, con Marx, que la forma más desarrollada (la mercancía, el capital) arroja luz sobre las formas precedentes, debemos añadir en seguida que también proyecta sombras. Pues para hablar de una correlación entre formas del poder político -o de la religión, la ciencia, la familia, la propiedad- con las respectivas configuraciones históricas de la producción, es necesario tener en cuenta que, como categorías diferenciadas, ellas pertenecen al mundo moderno, a la estructura mercantil. Si esto es evidente para categorías tan específicas como precios nominales, acciones preferidas, encaje bancario, también es verdad para las categorías genéricas como trabajo, producción, intercambio, puesto que su genericidad las determina como momentos de toda condición humana, necesarios e infaltables, pero no necesariamente diferenciados como categorías económicas. La frontera entre producción y consumo se torna borrosa en una comunidad de parientes y allegados, y la producción misma no corresponde propiamente a su concepto antes del predominio universal de su forma mercantil. (Pues, recuérdese, "it is not from the benevolence of the butcher, the brewer, or the baker that we expect our dinner...").

Las categorías propias del mundo moderno permiten, ciertamente, distinguir otros tantos momentos relevantes en sociedades pretéritas, históricas, prehistóricas, y naturales -como la religión, el arte, la ciencia, la tecnología, el estado-, y correlacionar su desarrollo con el de los aspectos que podemos aislar -retrospectivamente- como propios del progreso técnico, pero no se sigue que las estructuras productivas correspondientes a los grados o fases de ese desarrollo son la esencia (subsistente en sí y para sí), o la infraestructura sustancial, no mediada, en tanto que las segundas son la supraestructura, lo no esencial.

*

Para la Economía Política vulgar la "frontera de la producción" es o bien natural o bien artificial y por ende convencional, y en ninguno de los dos casos está afectada por la forma histórica; para esa consciencia tanto el momento específico cuanto el genérico de la mercancía permanecen indistintos e igualmente abstractos. Embarazada de transiciones científicas y liberadoras que sólo puede capitalizar a medias, esa Economía Política permanece en su vulgaridad, limitándose a decir con una jerga de inspiración matemática las nociones no conceptualizadas de esa sabiduría silvestre y petulante que Kenneth Gailbraith denunció colgándole el mote que mejor le cuadra: "conventional wisdom", tan íntimamente familiarizada con las propiedades cotidianas de la mercancía. Pues si la naturaleza personificada pertenece al mito mágico religioso, la persona natural es el mito secular del hombre unilateralmente mercantil, que ha visto objetivarse, de modo fantasmal, su propia humanidad y, representándose como enteramente natural, la añora. Y esa representación se junta con las nociones espontáneas de la consciencia empírica, pero en un sincretismo sin unidad ni contraste, porque en ella se confunden y borran las diferencias que serán relevantes para la Economía Política. En esa perspectiva el trabajo es la actividad natural del hombre, el producto es la naturaleza materialmente modificada por esa actividad; se desvanece toda distinción históricamente específica.

Tal es la limitación que Paul Sweezy achaca a Adam Smith apoyándose en que éste considera el intercambio como atributo genérico del hombre. (Es Sweezy, no Smith, quien por "intercambio" entiende la especie y no el género). Es verdad, Smith sostiene que la inclinación al tráfico de objetos ("the propensity to truck, barter and exchange one thing for another") es expresión de la naturaleza humana (de una cierta inclinación, "of a certain propensity in human nature"). Lo corrobora la cita escogida por Sweezy: "nobody ever saw a dog make a fair and deliberate exchange of one bone for another with another dog".

Pero a la indistinción entre intercambio y mercancía no se le puede contraponer el desconocimiento de la universalidad del intercambio sin recaer en el mismo naturalismo -en la misma indistinción- que se quiere rechazar. Por de pronto tomemos en cuenta que Smith está hablando precisamente de los rasgos genéricos del comportamiento humano; no distingue, es verdad, lo genérico como genérico. Sweezy, en cambio, pretende determinar la especificidad de las formas modernas sin contrastarlas con los rasgos genéricos, y sin reconocerlos.[\[21\]](#)

Sólo si se comprende, en la perspectiva inaugurada por Marx, hasta qué punto el movimiento la consciencia que capta la naturaleza específica de la mercancía desencadena la fuerza emancipadora más potente, pueden admirarse en todo su esplendor los aportes de Adam Smith y David Ricardo a la especificación del género relevante. Smith quiere conciliar el principio de la división social del trabajo (en labores especializadas y complementarias) con el principio del valor. No lo logra, pero en su empeño deja planteado el problema fundamental de la Economía Política. Ricardo encuentra la clave para ir más allá de su maestro al circunscribir el género de producto humano relevante para determinar la especificidad de la mercancía, al producto social reproducible o "multiplicable".

*

Apréciense por lo siguiente cuán poco comprende Paul M. Sweezy a Smith (a quien ataca) y a Marx (a quien defiende). El hombre, hubiera podido decir Smith, parodiando a su contemporáneo americano Benjamin Franklin, y con tanta o más razón que él, es un animal que intercambia objetos. Pero, puesto que atribuye al hombre esta "propensión a traficar, trocar y cambiar una cosa por otra", entonces, evidentemente, razona Sweezy, Smith cae en el error de creer que la mercancía es inherente a la condición humana. Pero Smith está hablando del intercambio de objetos, y Sweezy de la mercancía. ¿Quién, entonces, confunde la forma específicamente mercantil del objeto de intercambio con el intercambio en general, sin atender a su forma mercantil? ¿Quién se equivoca pensando que la

mercancía es la forma eterna del intercambio de objetos?

"De este modo, arguye Sweezy creyendo razonar contra Smith, se liga inseparablemente el cambio a la división del trabajo y se les muestra como las columnas unidas que sostienen la sociedad civilizada. Las implicaciones de esta posición son claras: la producción de mercancías, que tiene sus raíces en la naturaleza humana, es la forma universal e inevitable de la vida económica [¿civilizada?]; la ciencia económica, es la ciencia de la producción de mercancías. Desde este punto de vista los problemas de la Economía Política tienen un carácter exclusivamente cuantitativo; empiezan con el valor de cambio, la relación cuantitativa básica entre las mercancías, que se establece a través del valor de cambio". SWEEZY, Paul "Teoría del desarrollo capitalista", Fondo de Cultura Económica, México, 1945. Pág. 34. (Inserción entre corchetes añadida por P. L.).

Así, Smith, quien no llegó a sentar la ciencia de la sociedad civil en el análisis acabado de la mercancía, es **acusado** de haberlo logrado, y ¡de reducir la Economía Política a "...la ciencia de la producción de mercancías"! Que esto sea una acusación es sorprendente porque el propio Sweezy -pocas páginas antes- compara el objeto genérico de la Economía Política clásica (la riqueza social, sus condiciones, las leyes de su producción y distribución), con el objeto específicamente particular de la investigación de Marx que es "poner al desnudo la ley económica del movimiento de la sociedad moderna" (pág. 22). El mismo Sweezy encuentra que "algunos de los resultados más interesantes obtenidos por Marx, provienen de la forma de considerar las mercancías" y afirma que el análisis de la mercancía pone la base necesaria para el Das Kapital (pág. 28).

*

Smith disuelve, es verdad, la forma específicamente mercantil del producto en ese concepto abstracto de producto intercambiable de trabajos especializados; no alcanza a comprender la historicidad concreta y formal de las estructuras económicas y, en ese sentido, capta la relación mercantil únicamente en su momento ahistórico. Lo mismo ocurre con los principios generales de los que parte su análisis, la división del trabajo y el intercambio en general. Pero Smith no afirma que la única relación de producción es el intercambio de productos, ni la mercancía la única forma de intercambio. En efecto,

"For some time after the discovery of America, the first inquiry of the Spaniards, when they arrived upon any unknown coast, used to be, if there was any gold or silver to be found in the neighborhood. By the information which they received, they judged whether it was worthwhile to make a settlement there, or if the country was worth the conquering. Plano Carpino, a monk, sent ambassador from the King of France to one of the sons of the famous Gengis Khan, says that the Tartars used frequently to ask him if there was plenty of sheep and oxen in the kingdom of France? Their inquiry had the same object with that of the Spaniards. They wanted to know if the country was rich enough to be worth the conquering". SMITH, Adam, SELIGMAN, Edwin (Introd.) "The wealth of nations [An inquiry into the nature and causes of..]" (1776), Dent & Sons, London, 1960. Pág. 376.

Es imposible comprender la originalidad del aporte de Marx si no se reconoce la herencia recibida por él. Puede apreciarse que para Smith (¿sigue en esto a Ferguson?) el individuo determinado como propietario de bienes traficables es una criatura histórica. Si dice que el intercambio es connatural al hombre, no se sigue que es un rasgo atávico. No concibe la historia como la monótona reiteración de la naturaleza humana, sino como su revelación y su despliegue. Marx nos ofrece una interpretación de la tesis de Hegel sobre la identidad entre lo racional y lo real, al decir que la forma históricamente desarrollada ilumina la verdad de la forma más incipiente.

Y si Sweezy (como en el pasaje transcripto) objeta que la Economía Política comience con el análisis del valor de cambio mercantil, adviértase que también escogen ese comienzo Ricardo y, mucho más decididamente, Marx; éste porque se propone determinar la especificidad histórica de esta configuración productiva. Es Sweezy, y no Smith ni Marx, quien, al confundir la mercancía con el "cambio", toma la mercancía como la forma eterna del "cambio". Asimismo, debido a que no distingue claramente entre el valor y su forma mercantil, se le escapa la impronta específicamente mercantil en el valor de uso de la mercancía, y únicamente lo reconoce como "rasgo universal de la existencia humana, presente en cada una y en todas las formas de sociedad" (pág. 38). Como tampoco distingue claramente entre valor y valor mercantil, ni acabadamente, al parecer, entre valor y valor de cambio, cree que "como valor, una mercancía es un rasgo de una forma histórica específica de sociedad". En definitiva, al no distinguir entre los momentos genérico y específico en la mercancía y, más determinadamente, entre valor de uso y valor de uso mercantil, valor y valor mercantil, Sweezy se cierra el camino para nuevos aportes y, de hecho, **retrocede** de la comprensión ya alcanzada por Marx.

*

Es indudable que la forma del valor expuesta en la Primera Sección de "El Capital.." tiene como premisa la disolución de todo otro vínculo productivo distinto del que entablan entre sí los propietarios de mercancías al realizar sus productos. Así, el carácter necesariamente exclusivo y excluyente del nexo mercantil es el supuesto necesario para investigar el capital **en general**.

"Si los objetos para el uso se convierten en mercancías, ello se debe únicamente a que son productos de trabajos privados ejercidos independientemente los unos de los otros... Como los productores no entran en contacto social hasta que intercambian los productos de sus trabajos, los atributos específicamente sociales de esos trabajos privados no se manifiestan sino en el marco de dicho intercambio" (pág. 89).

*"Aquí, las personas sólo existen unas para otras como representantes de la mercancía, y por ende como **poseedores de mercancías**." (págs. 103/4).*

*"Para que la enajenación sea recíproca, los hombres no necesitan más que enfrentarse implícitamente como propietarios privados de cosas enajenables, enfrentándose, **precisamente por eso**, como personas independientes entre sí. Tal relación de ajenidad recíproca, sin embargo, no existe entre los miembros de una entidad comunitaria de origen natural, ya tenga la forma de una familia patriarcal, de una comunidad índica antigua, de un estado inca, etc. El intercambio de mercancías comienza donde terminan las entidades comunitarias, en sus puntos de contacto con otras entidades comunitarias o con miembros de éstas. Pero no bien las cosas devienen mercancías en la vida exterior, también se vuelven tales, por reacción, en la vida interna de la comunidad" (pg. 107).*

"Sea como fuere, en el mercado únicamente se enfrenta el poseedor de mercancías al poseedor de mercancías, y el poder que ejercen estas personas, una sobre la otra, no es más que el poder de sus mercancías" (pág. 195).

Pero lo que es verdadero y necesario para el capital como configuración total de una estructura productiva no se ofrece a la observación y la experiencia local del capital empírico, por impetuosa e invariablemente que éste propenda a su concepto. El capital conforma su sistema productivo, sólo después de dominar implacablemente las formas de explotación precapitalistas subsumiéndolas, como hace en Sudamérica con las instituciones tributarias precolombinas (la mita, el yanaconazgo). Todavía

en pleno siglo XIX la escala y la intensidad de la explotación **capitalista** de la esclavitud en América y de la servidumbre en Europa oriental arrancan a grandes masas humanas de la inmediatez de sus vínculos milenarios y atestiguan la fuerza desgarradora y voraginosa y constrictiva del capital. Pero una vez que el capital ha puesto su primera cabecera de puente en Europa (primero en el sudeste y luego en el noroeste), su poder se proyecta hacia el resto del mundo de dos maneras complementarias, una por el efecto deletéreo que posee la relación mercantil-dineraria sobre las estructuras de producción directa; otra mediante la intensificación de estas estructuras hasta agotar su eficacia como sistemas de explotación capitalista, imprimiendo la impronta de la acumulación compulsiva de capital a las formas de "despotismo asiático" (denominación que Marx toma de Hegel), conformando los sistemas coloniales (el "viejo", o ibérico, o la administración en gran escala de una explotación no reproductiva, que abre el camino del "nuevo", u holando-franco-británico). La era de las luces es también la de las sombras; pero, finalmente, el mundo de los seres ctónicos, los dioses, los sacerdotes y los brujos es alcanzado por las luces, y -desde entonces- prevalecen los objetos embrujados.

[Noción de valor económico, con prescindencia de su forma: producto general **versus** producto en general]

Tan equivocado estaba, entonces, Smith al desconocer la especificidad de la mercancía, como sus críticos al desconocer la genericidad del intercambio de bienes. Si alguien duda acerca del carácter genérico del intercambio humano, no tiene más que preguntarse por qué el hombre es el único primate no especiado, a pesar de que su habitat es el más extenso. (Los lemúridos, por el contrario, primates que vivieron su historia natural en Madagascar, un habitat insular, se han dividido en cuatro o más especies). La arqueología reciente corrige la visión de que la primera ventaja adaptativa de la estación bípeda es la de facilitar la confección de herramientas. Incluso antes de estar anatómicamente preparados para el lenguaje articulado, nuestros remotos antepasados dejan pruebas de un proceso de intercambio sorprendente por su universalidad y extensión geográfica.[\[22\]](#)

[\[1\]](#) Equivale a decir que al propio Marx le cabe -todavía- el reproche que él mismo dirige a la Economía Política (clásica): "nunca logró desentrañar, partiendo del análisis de la mercancía y más específicamente del valor de la misma, la forma del valor, la forma misma que hace de él un valor de cambio". Volveremos sobre esta cuestión en la Parte Segunda.

[\[2\]](#) La más destacada excepción es la representada por RUBIN, Isaak Illich, "Ensayos sobre teoría marxista del valor" (aprox. 1920), Ediciones Pasado y Presente, 2da. Ed. en español, Mex. 1977. Rubin explica que la originalidad de Marx -su diferencia con los economistas clásicos- reside en su teoría de la Forma del Valor. Pero esta voz autorizada no tuvo eco en el "mainstream" **marxista**, que reseña la obra de su maltratado maestro haciendo circunstancial u omiso de la forma del valor. Una de las pocas obras contemporáneas temáticamente dedicada a la teoría dineraria de Marx: BRUNHOFF, Suzanne de "La monnaie chez Marx", Editions Sociales, Paris, 1976, estudio no carente de agudas percepciones, pasa por alto el análisis de la mercancía y la génesis del dinero. La autora no advierte que el problema que aborda, el de la genericidad o especificidad del dinero marxiano -por ende, su relevancia en la teoría del capital- no es sino consecuencia de otro necesariamente anterior, más fundamental, que ella ignora: el de la genericidad o especificidad de la mercancía.

[\[3\]](#) A estos últimos, en cuanto hacen mérito y gala de su conformidad con la doctrina, hay que reconocerles que las limitaciones que padecen no son sólo un castigo por su apartamiento del legado teórico recibido, sino también por su adhesión a él. Considérese la célebre fórmula lukacsiana sobre la ortodoxia marxista:

"Le marxisme orthodoxe ne signifie pas une adhésion sans critique aux résultats de la recherche de Marx, ne signifie pas une «foi» en une thèse ou en une autre, ni l'exégèse d'un livre «sacré». L'orthodoxie en matière de marxisme se réfère bien au contraire et exclusivement à la **méthode**". [Subrayado por G.L.] LUKÁCS, Georges, "Qu'est-ce le marxisme orthodoxe", en Lukács, Georges, + AXELOS, Kostas (Introd.) "Histoire et conscience de classe", Les Editions de Minuit, 1960. "Historia y consciencia de clase", Grijalbo, México, 1969.

En contra de esta afirmación -adoptada sin asomo de crítica por Paul Sweezy, quien cree, además, que "su actitud [de Marx] ante la Economía Política se formó y determinó mucho antes de que decidiera hacer de los estudios económicos su principal ocupación"- debemos hacernos cargo de la indignación con la que el propio Marx rechazaría esa ortodoxia consistente en la **ilusión** ya denunciada como tal por el viejo Hegel: la de un "organon" del saber anterior al saber, un instrumento a través del cual nos llegaría la verdad. Para alguien que comprende hoy la singular actualidad de "Das Kapital" **como punto de partida** para la ciencia del socialismo, la fidelidad atañe a al carácter inconcluso de la crítica marxiana; la única ortodoxia digna de tal maestro es la negación de toda ortodoxia.

[4] Ese rechazo, que empapa toda su obra de madurez (hasta las Glosas a Wagner, donde leemos "Yo no parto de conceptos"), se manifiesta y explica en los borradores de 1857/8, preparatorios de la Contribución. La vacua e insulsa exposición positiva de las "**condiciones generales** de toda Producción" no puede alcanzar sino el más pobre de los resultados.

[5] Poco antes de la publicación de la "Contribución..", al discutir el problema de por dónde debe comenzar la Economía Política, Marx desecha la solución de iniciar la exposición por el concepto de Producción (que adoptaba en sus primeros escritos) como punto de partida: "Está de moda incluir como capítulo previo a la economía [política, P. L.] Una parte general... [hace referencia a J. St. Mill]... en la que se trata de las condiciones generales de toda producción... las condiciones sin las cuales no es posible la producción. Es decir, que se limita solamente a indicar los momentos esenciales de toda producción. Se limita, en efecto, como veremos, a cierto número de determinaciones muy simples, estiradas bajo la forma de vulgares tautologías... [en definitiva] ... presentar a la producción, a diferencia de la distribución, etc., como regida por leyes eternas de la naturaleza, independientes de la historia, ocasión ésta que sirve para introducir subrepticamente las relaciones burguesas como leyes inmutables de la sociedad en abstracto..". MARX, K. "Grundrisse..", págs 5/6.

[6] Estos ensayos introductorios procuran conciliar un enfoque sistemático con uno monográfico. Pero no vemos un verdadero dilema entre estos dos enfoques, presentados como excluyentes y preconizados uno por Georgy Lukács (la dialéctica presidida por la categoría de la totalidad), otro por los maestros frankfurteanos (se rechaza el imperio de la totalidad porque en él acecha el imperialismo totalitario). El dilema se supera a partir de la diferencia entre el comienzo y el principio: la verdad admite grados, es ella misma múltiple debido a la multiplicidad de las experiencias y nociones válidas como otros tantos puntos de partida para acceder a la totalidad que es siempre susceptible de ser desarrollada y enriquecida. Cfr. LUKÁCS, G., AXELOS, Kostas (Introd.) "Histoire et conscience de classe", Les Editions de Minuit, 1960. "Historia y consciencia de clase", Grijalbo, México, 1969. ADORNO, Theodor W. "Terminología filosófica" (1973) 2 Tomos Taurus Ediciones, Madrid 1976.

[7] La llamada teoría neoclásica jura que realiza una proeza que sabemos imposible: deducir el comportamiento del consumidor de mercancías de supuestos **etológicos** (o praxiológicos) ahistóricos, universales y extremadamente rudimentarios, descriptos en el "mapa de indiferencia", a la manera de Pareto, etc. Argumentaremos luego que en un concepto más desarrollado esta ciencia interrumpida (que Alfred Marshall, como ya recordamos, fue uno de los primeros en llamar "Economía", en lugar de Economía Política), adquiere un significado del que carece fuera de ese marco que es, en primera instancia, el de la Economía Política; mas algo dice, sin duda, sobre la conducta de los hombres que se relacionan como poseedores de mercancías. Lo que no puede explicar es porqué no se comportan así todos los hombres en toda circunstancia, y, para el caso, también los peces, los pájaros y todas las criaturas naturales que, también, "maximizan con restricciones": sujetas a un "presupuesto" de orden físico, como la duración de la luz diurna, etc., deben satisfacer "necesidades" múltiples con recursos escasos.

[8] "The word value, it is to be observed, has two different meanings, and sometimes expresses the utility of some particular object, and sometimes the power of purchasing other goods which the possession of that object conveys. The one may be called value in use, the other, value in exchange". SMITH, Adam, "The Wealth of Nations [An Inquiry into the Nature and Causes thereof] (1776), SELIGMAN, Edwin (Introd.) Dent & Sons, London, 1960, pág. 25.

[9] Alguien propuso para la Economía Política el nombre de "cataléctica", o estudio del intercambio. ¿No es más adecuado este nombre para designar la doctrina económica basada unilateralmente en el valor de cambio, con omisión de su contenido de valor, que el de "economía neoclásica", consagrado, sin embargo, por el uso? (El autor de aquella propuesta fue Richard Whately; la menciona el traductor al español de Dobb.

[10] "El rasgo distintivo [the distinguishing mark] de una economía de intercambio es la ausencia de producción". Es evidente que el autor de este extraño aserto no distingue producción de trabajo; considera la primera con abstracción del segundo, reduciéndola al momento de la circulación. Es lógico entonces que, en

consecuencia, la mercancía no se comprenda como una relación productiva, que el valor de cambio se agote en la relación de cambio, y que se prescindiera por completo del trabajo en su determinación cuantitativa. "Esto es [explica]: los bienes disponibles en esta economía son producidos en cantidades fijas por fuerzas extrañas [by extraneous forces] que

luego las distribuyen de modo arbitrario y gratuito entre los

individuos de la economía". Y añade esta anunciación sorprendente:

cada individuo acude al mercado con una dotación de bienes que

manaron del cielo, cual el bíblico maná que descendió sobre los

Hijos de Dios. PATINKIN, Don "Money, Interest and Prices. An integration in Monetary and Value Theory", Second Edition, Harper and Row, Publishers, New York, 1965. (pág. 4, trad. nos.). Esta doctrina comprende solamente la primera mercancía, e incluso esa cataléctica es ingenua y limitada, porque no sabe que es una figura apariencial, un comienzo.

[11] "Toda cosa útil ... ha de considerarse desde un punto de vista doble: según su **cualidad** y con arreglo a su **cantidad**". Marx, op. cit. Discutiremos en su lugar el problema de su determinabilidad cuantitativa, es decir: el de cuál es la cantidad relevante en la concreción de un valor de uso mercantil. No será la cantidad **inmediata**, puesto que la mercancía no posee una utilidad **inmediata** para su dueño. Dice Marx (citando en su apoyo al propio Aristóteles): "En la producción de **mercancías**, el **valor de uso** no es, en general, la cosa qu' on aime pour elle-même. Si aquí se producen valores de uso es únicamente porque son **sustrato material, portadores de valor de cambio** [sic]

[12] Esta indiferencia presupone la diferencia entre consumo y producción. Sólo con esta condición histórica la siguiente afirmación de Marx tiene sentido; y sólo si, luego de distinguir **en general** el trabajo productivo del consuntivo, prescindimos de éste, es verdadera:

"Este carácter suyo [el de la mercancía en cuanto es un valor de uso, un bien P. L.] o depende de que la apropiación de sus propiedades útiles cueste al hombre mucho o poco trabajo".

[13] LANTZ, Pierre, **op. cit.**, reseña la polémica entre Ricardo y Malthus, en la que se pone de manifiesto lo que el economista profesional de nuestros días (**mutatis mutandi**) intuye astutamente: la superioridad teórica de Ricardo frente a Malthus no lo pone inequívoca y claramente en ventaja para comprender y discutir problemas locales de subsistema y coyuntura.

[14] "Crítica transformativa", en el sentido de Ludwig Feuerbach.

Cfr. AVINERI, Shlomo, op. cit.

[15] MARX, K. "Historia crítica...", pág. 240, sub. por Marx.

[16] La originalidad y la fuerza de la nueva perspectiva histórica abierta por Marx brotan esencialmente de su comprensión más profunda del capitalismo, lograda mediante la crítica de la Economía Política. Estamos al tanto de la opinión contraria, expuesta por voces autorizadas, que atribuye a Marx una concepción positiva de la historia, el materialismo histórico. Cfr. ANDERSON, Perry "Transiciones de la antigüedad al feudalismo" (1974), Siglo XXI, 1987. POULANTZAS, Nicos "Poder político y clases sociales en el estado capitalista" (1968) XXI, Mex., 1969.

[17] El mismo Prefacio ubica el lapso relevante antes del primer encuentro entre el autor y Federico Engels, quien a la sazón "había llegado por distinto camino... al mismo resultado que yo".

[18] Cfr. AVINERI, Shlomo "Hegel's Theory of the Modern State" Cambridge University Press, London 1972.

[19] "He sido el primero en exponer críticamente esa naturaleza bifacética del trabajo contenido en la mercancía", sostiene, y remite a La Contribución de 1859, donde, en efecto, dice: "Labour which creates exchange value is thus **abstract general labour**" ("Critique...", pág. 29). (Subrayado por K.M.).

[20] La crítica de Smith a Hobbes es crucial para la comprensión de la naturaleza de la relación mercantil. Cfr. LANTZ, Pierre, "Valeur et richesse", Editions Anthropos, Paris, 1977. Creemos que en el presente estudio aportamos al significado de esa crítica, al ponerla de lleno en el marco del análisis de la forma del valor (cosa que no hace Lantz), y al contrastar la mercancía con su antípoda, el **don** (en el sentido de Marcel Mauss). Los autores que tratan de las instituciones vinculadas con el **don** no lo ubican en ese marco. Cfr. SAHLINS, Marshall "Economía de la Edad de Piedra", Akal Editor, Madrid, 1983. ("Stone Age Economics", Aldine de Gruyter, New York, 1972). CRONK, Lee, "Strings Attached", **The Sciences**, New York Academy of Sciences, May/June 1989.

[21] La raíz de esta falla está en que Sweezy, el destacado economista marxista, no ha captado la teoría económica de Marx en su fundamento mismo, cual es su concepto de mercancía. Dice que hay "notables diferencias entre Marx y los representantes de la tradición clásica y neoclásica", pero no atina a dar con ellas ni,

por ende, con la clave de la historicidad de las categorías económicas, en la forma del valor. En su "Teoría del desarrollo capitalista", puede apreciarse el papel meramente adventicio de la teoría dineraria de Marx y, consecuentemente, pese a las declaraciones en contrario, cómo queda reducida la obra de Marx, el crítico de la Economía Política clásica, a la de un economista clásico tardío. Esa limitación empaña los méritos de esta obra de Sweezy (no conocemos una reseña mejor del debate sobre las crisis y el derrumbe). Incluso en sus mejores representantes, el marxismo canónico no llega a comprender qué diferencia a Marx de Smith y Ricardo; ora desdeña las diferencias trascendentes -teoría de la forma del valor **versus** teoría del valor-trabajo en su versión ingenua o clásica-, ora atribuye a Marx contra los clásicos los propios productos de éstos.

[22] Cfr. ALCOCK, John "Animal Behavior. An Evolutionary Approach", Sinauer Ass. Inc. Pub., Sunderland Mass., 1979. CHILDE, Gordon "What happened in history" (1942), Pellican, London, 1965. DE BEAUNE, Sophie A., and WHITE, Randall "Ice Age Lamps" **Scientific American**, Vol 266, Number 3, March 1993. GHIGLIERI, M. P. "Ecología de los chimpancés", **Investigación y Ciencia**, versión en español de Scientific American, Ago. 1985. GOUYON, Pierre-Henry, et. al. "Le sexe, pour qoui faire?", La Recherche No. 250, Vol 24, Janvier 1993. LAITMAN, Jeffrey T. "El origen del lenguaje articulado", **Mundo Científico**, versión en español de La Recherche, Vol. 6, No. 64. MICHOD, Richard. E. "What's Love Got to Do With It? The Solution of One of Evolution's Greatest Riddles", **The Sciences**, New York Academy of Sciences, May/June 1989. OWEN LOVEJOY, C. "Evolución de la marcha humana", **Investigación y Ciencia**, versión en español de Scientific American, No. 148, Ene. 1989. RUMPLER, Yves, MEIER, Bernhard, RAKOTOSAMIMANANA, Berthe "El descubrimiento de un nuevo primate", **Mundo Científico**, versión en español de **La Recherche**, Vol. 8, No. 85. TRINKAUS, Erik, Howells, William W. "Neandertales", **Investigación y Ciencia**, versión en español de Scientific American, No. 41, feb. 1980. TRINKAUS, Erik "Los Neandertales", **Mundo Científico**, versión en español de La Recherche, Vol. 6, No. 63. WALKER, A., and TEAFORD, Mark "The Hunt for Proconsul", **Scientific American**, January 1989. WHITE, Randall "Visual Thinking in the Ice Age", **Scientific American**, July 1989. WHITE, Randall "Dark Caves, Bright Visions: Life in Ice Age Europe", American Museum of Natural History - Norton & Co., 1986. WHITE, Randall "Toward a Contextual Understanding of the Earliest Body Ornaments", en TRINKAUS, Erik "Patterns and Processes in Later Pleistocene Human Emergence", Cambridge University Press, 1990.

1.1.1. Mercancía y capital. El género mercancía.

La primera mercancía es un bien que se intercambia, carece de estructura (o su unidad es inmediata; su relación con el dinero - aquí sólo un medio que facilita convenientemente la circulación de estos bienes- es extrínseca). Si la primera mercancía tiene unidad pero carece de estructura, la segunda posee estructura pero carece de unidad. En ésta también se pierde todo rasgo específico, de modo que la especie aparece reducida al género. Si la primera es un fenómeno sin esencia, la segunda es un contenido yuxtapuesto a una forma: hay una estructura, pero más bien es una composición, porque la segunda mercancía contiene dos "factores": el valor de uso y el valor. Su mediación es extrínseca y se reduce a lo siguiente: la relación entre el valor de dos mercancías se presenta como la igualdad cuantitativa entre dos colecciones de objetos, tales que cada una de ellas puede ser homogénea u heterogénea, pero debe necesariamente ser cualitativamente distinta de la otra. La segunda mercancía surge del análisis de la primera, y la síntesis da lugar a una tercera mercancía, la cual contiene todas las determinaciones de las anteriores, subsumidas en su estructura real. Ahora la mercancía es **el par** mercancía-dinero (m-d), o la mercancía se desdobra en mercancía común y mercancía dineraria. El par m-d es una forma especiada de la Producción (estructura universal propia de toda sociedad humana); el mismo par m-d, con determinaciones únicamente adicionales, es el género o la forma general del capital: la mercancía es ahora capital-mercancía y el dinero es capital-dinero. Esta mercancía, y no otra, es la forma general del capital.

*

Ahora bien -y hé aquí un punto central de nuestra Tesis-, el proceso de especiación o diferenciación del capital (que es idéntico al desarrollo de las formas del plusvalor), conforma una nueva estructura de la que la mercancía sigue siendo la forma más general, pero donde, a la vez que el carácter mercantil del capital se exacerba hasta el límite, la mercancía misma presenta nuevas determinaciones que anuncian su agotamiento y extinción.

Tal y como el desarrollo de la forma del valor es idéntico al proceso por el que la mercancía se escinde en mercancía común y mercancía dineraria, así también el desarrollo de la forma del plusvalor (desarrollo capitalista) es, esencialmente, un proceso de diferenciación del capital: la transformación del capital en capital diferenciado, su desdoblamiento en capital simple y capital potenciado (o tecnológico).

Tal es el fundamento real de las nuevas leyes de la economía (que ya no reposan en la "tendencia a la igualación de las tasas de ganancia"); de las nuevas leyes de la política (dado que la sociedad "moderna" -civil, política- queda subsumida por el nuevo modo de poder que desborda de la empresa gigante de capital potenciado), y, por consiguiente, de los nuevos alcances del reclamo de representación y mandato populares (la democracia queda vacía de contenido al circunscribirse a un poder negativo o meramente local), que deben a la vez concretarse en la apropiación **mediada** de las propias fuerzas o capacidades o virtudes productivas y desbordar de los límites mezquinamente estrechos de los viejos estados nacionales, y, principalmente, de la inédita estructura de la clase trabajadora y sus nuevas miserias y potencias, materiales y espirituales.

*

Marx expone las determinaciones específicas y genéricas de la mercancía, aunque sin distinguir firmemente unas de otras. **"La igualdad de trabajos toto coelo diversos sólo puede consistir en una abstracción de su desigualdad real, en la reducción al carácter común que poseen en cuanto **gasto de fuerza humana de trabajo, trabajo** abstractamente **humano**"** (pág. 90). Pero no se limita a

decirnos que el valor representa trabajo abstracto, nos dice también que el valor de la mercancía cobra en ella existencia objetiva y se expresa (en un equivalente) como "**propiedad natural** de carácter social". Dice también -y aquí se subraya la forma específicamente mercantil del producto- que los creadores de mercancías son productores mediatos, o trabajadores privados e independientes; que, en consecuencia, sus trabajos deben adquirir el carácter de trabajos sociales mediante un proceso diferente de su ejecución (id. est., del propio proceso de trabajo); que esta transformación cobra realidad por medio de la realización de la mercancía, etcétera.

En la crítica de la economía política realizada por Marx debemos identificar dos pasos: la reducción de las formas mercantiles (específicas) a sus contenidos (genéricos), y la reconstrucción conceptual de la génesis de esas formas en su "transformación" o "transfiguración" (especiación del contenido). Tanto la teoría de la forma del valor cuanto la teoría de la forma del plusvalor deben realizar esas dos fases. "Das Kapital" es una obra inconclusa: en la Primera Sección del Primer Tomo (crítica de la mercancía) el procedimiento -los dos pasos- es acabado y completo. En el resto de la obra escrita (crítica del capital) se completa el primer paso, la indicación del contenido: la mercancía se convierte en capital cuando la "fuerza de trabajo" se transforma en mercancía (Sección II del Tomo I, id. est., cap. IV). En el resto de la obra se desarrolla el segundo paso, que el autor, empero, no alcanza a completar (puede interpretarse el plan de la obra, que debía llegar hasta la Concurrencia, el Comercio Exterior y el Estado, como prueba del propósito de realizarlo).

*

Pero, ¿qué significado tiene la investigación realizada por Marx sobre la "transformación de valores en precios de producción"? ¿No es éste, precisamente, el paso a la forma? Hay que observar que la primera transición a la forma del valor es la génesis del dinero; que, de suyo, los "precios de producción" no son precios empíricos; que, tanto en la forma del valor cuanto en la forma del plusvalor, más notoriamente en esta última, si los precios son valores, los valores no son precios empíricos, ¡ni siquiera precios!

No son precios empíricos porque, sencillamente, su determinación es apenas una de las improntas del capital sobre la relación entre el valor y el valor mercantil: los "precios de producción" muestran uno de los aspectos en que la relación capital modifica el "gobierno" del valor de las mercancías sobre el movimiento de los precios. En virtud de las determinaciones propias y específicas del capital, cuando la ley (clásica) del valor (trabajo) deja de operar sobre el movimiento de los precios, éstos no serán, en general, equiproporcionales respecto de los valores de las mercancías respectivas. La ley general del valor sufre una transformación al pasar de ley del valor **de cambio** de la mercancía simple a ley del valor **de cambio** de la mercancía capital o capital mercancía. La diferencia entre los precios (relativos) de producción de las mercancías y sus correspondientes relaciones de valor únicamente refleja una de las determinaciones propias de la estructura del capital, a saber, la discrepancia entre las composiciones orgánicas sectoriales. La exposición habitual de los "precios de producción" hace abstracción de otras determinaciones, no menos sustanciales (diferencias en las velocidades de rotación del capital, etc.).

Se ha objetado la transformación expuesta por Marx aduciendo (Borkiewics, neomarxistas, neorricardianos) que -en tal exposición- los "precios de producción" no entran, a su vez, en las composiciones orgánicas. Esa objeción es injusta o irrelevante, porque el propósito principal de la "transformación" expuesta por Marx no es "resolver" la transformación, mostrando su resultado final, sino, en primer lugar, "exponer" su naturaleza: mostrar cómo resulta refractada la ley clásica en el **medium** del capital, cómo la igualación de las tasas de ganancia conserva y a la vez modifica la determinación del valor de cambio por el valor. Lo único que se logra, si se reemplaza esa exposición por un procedimiento distinto, consistente en plantear y resolver un sistema de ecuaciones de cambio (suprimiendo un "precio" para igualar el número de incógnitas al número de ecuaciones), es una

"transformación" que no es más completa sino menos, porque no es transformación: es otra respuesta a otra pregunta, la determinación de los valores de cambio de equilibrio; no muestra la relación entre valor y valor de cambio.

En segundo lugar, aunque no en importancia, la solución de Marx al llamado "problema de la transformación" habilita, ni más ni menos, el concepto de una economía política científica. Aunque, en verdad, el fundamento de esta posibilidad está sentado ya en la teoría de la forma del valor. Esto es claramente así, si se reconoce que la ciencia social permanecerá en pañales mientras no pueda superar la dicotomía entre doctrinas exotéricas (Say, Carey, Bastiat, Senior, y asimismo Jevons, Menger, Walras, Marshall, Hicks, Fisher, etc.) y doctrinas esotéricas (Ricardo, Sraffa, Robinson, los "marxistas" canónicos). [1] Pero esta misión del concepto de la transformación de valores en precios es inseparable de la génesis del dinero.

Empero, por razones que están fuera del alcance de quienes realizan esa impugnación, y, en rigor, en un sentido inmanente al enfoque merxiano, la "transformación" ofrecida por Marx es, en efecto, incompleta, porque, como él mismo aclara, hace abstracción de la rotación del capital; recíprocamente, también es incompleta la exposición de Marx de esta última transformación, porque cuando analiza las diferencias en el valor de cambio resultantes de la disparidad de períodos de rotación, vuelve a hacer una abstracción, esta vez de las composiciones orgánicas del capital. Si optáramos por tomar en cuenta simultáneamente estas dos determinaciones, llegaríamos a que su efecto conjunto en los precios de producción de una rama queda determinado cualitativamente en dos casos: cuando a la vez se dan las composiciones orgánicas más altas y las velocidades más reducidas (entonces las mercancías se venden por encima de su valor) o en el caso opuesto, cuando las composiciones orgánicas son menores que las medias y las velocidades de rotación mayores. En estos dos casos, el efecto de las dos transformaciones es concurrente y el resultado, cualitativamente (con prescindencia de los datos numéricos) inequívoco. En los dos casos opuestos el efecto conjunto de ambas determinaciones dependerá de los valores particulares pertinentes. Pero la transformación sigue siendo "incompleta" en el sentido indicado, porque todavía omite otras determinaciones que entran en la transformación: las diferentes proporciones sectoriales de las formas del capital (según envuelvan o no procesos de valorización, como el capital industrial vis-à-vis capital comercial o bancario), las diferencias sectoriales en la marcha del "progreso técnico": el ritmo de innovación, el cambiante grado de complementariedad de las técnicas y las tecnologías, la velocidad de difusión de las nuevas técnicas, las -igualmente variables- restricciones naturales al grado en que las distintas mercancías son reproducibles, las rentas territoriales diferenciales, la incidencia de los impuestos...

Los "precios transformados" no son ni pueden ser los nombres dinerarios de los valores de las mercancías, como tampoco de sus valores transformados, o valores de cambio acordes a la ley del valor transformada, porque esta "transformación" transcurre en el marco de los esquemas de reproducción del capital y, más sustancialmente, está contenida en la investigación del proceso de valorización del capital. Precisaremos el alcance de esta observación si retornamos por un instante a la forma del valor en general, y, más particularmente, a su comienzo en el análisis de la mercancía. Encontramos allí, en un tramo perfectamente delimitado de ese análisis, la exposición del valor "con prescindencia de su forma". Ocupa unas pocas páginas, al cabo de las cuales, con el aviso explícito de que "ahora no tenemos más remedio que retornar a esa forma", es presentada la forma (mercantil) del valor. Pues bien, el proceso de reproducción del capital es a la teoría (especial) de la forma del capital lo que el proceso de creación del valor a la teoría (general) de la forma del valor. Y es evidente que, ni en uno ni en otro, tiene cabida todavía la forma dineraria del valor. Los "precios" de producción no son, pues, el nombre dinerario del valor del capital mercancía, sino únicamente el primer pasaje a la forma (mercantil) del capital.

*

En cuanto a la unidad de las funciones del dinero, o el dinero concebido en la totalidad de sus determinaciones esenciales, tal como es presentado en la Primera Sección del Capital, no vuelve a ser expuesto en el resto de la obra escrita (ni siquiera en la Sección V del Tomo III), aunque apunta a ella claramente la parte del plan de la obra que acabamos de recordar (Concurrencia, Comercio Exterior, Estado). Allí debería restablecerse la unidad del concepto, perdida durante el análisis del capital. El abundante añadido de nuevas determinaciones dinerarias (dinero-crédito, capital accionario) únicamente nos anticipa que la unidad a la que debe retornarse no es, sin embargo, la de la Primera Sección, sino una más compleja. En el resto de la obra (escrita) la teoría de la forma del plusvalor no llega a la unidad de forma y contenido alcanzada en (por) la teoría general de la forma del valor. Es indudable que el estado inconcluso de Das Kapital contribuyó a la regresión ricardiana sufrida por la obra de Marx en sus discípulos y, en particular, al abandono de la teoría dineraria de Marx.

[Brevísima reseña de los aportes de Marx]

Los economistas clásicos analizaron la mercancía pero no llegaron a descubrir la dialéctica involucrada en su propio análisis. Marx descubre y libera esa dialéctica. Mientras su exposición no ha traspuesto aún el horizonte de sus predecesores, realiza contribuciones a la teoría clásica del valor trabajo, y, sin detenerse en esto, valiéndose de esos aportes, la supera. Su contribución en el propio marco de la teoría clásica se centra en la caracterización del trabajo que crea valor. Los dos "factores" que contiene la mercancía, el valor de uso y el valor, son producto de momentos distintos y contrapuestos del mismo trabajo; el trabajo que produce mercancías es la unidad de ambos, el momento material y el social. El valor de uso es el resultado de su determinación material; y el valor, por su parte, es el fruto de su determinación social. El trabajo que produce mercancías no es un trabajo directamente social, y únicamente se eleva a este carácter por un proceso que lo despoja de toda determinación material, borrando las determinaciones técnicas y las circunstancias individuales de todo trabajo, fundiéndolo por medio de esta negación en un universal absolutamente homogéneo. Pero este proceso de desmaterialización del trabajo que lo despoja de toda singularidad y de toda particularidad, reduciéndolo a trabajo en general, es a la vez una consecuencia y una condición, ambas necesarias, de la naturaleza de la mercancía. En efecto, las mercancías, en cuanto productos, deben medirse como piezas o alícuotas del producto social y, en cuanto productos que se intercambian como equivalentes, deben compararse como cantidades de producto social; por ende, como productos del trabajo social. No de trabajos cualitativamente distintos, sino de cantidades de trabajo social general.

Sólo como productos (objetivaciones) de este trabajo las mercancías devienen cualitativamente idénticas y, por tanto, conmensurables. En el concepto de valor Marx camina sobre las pisadas de una larga serie de predecesores, que él remonta a Aristóteles. La mayor originalidad de la contribución de Marx consiste en el pasaje a la forma del valor y el desarrollo de ésta. Los elementos de la transición, los necesarios para concebir este pasaje son recibidos. (Sabido es que él declara enfáticamente lo contrario, llegando a sostener que "la inteligencia de la economía política" gira en torno a la distinción entre trabajo concreto y trabajo abstracto). En efecto, la mercancía (en su figura segunda, o clásica) es, a la vez, un producto útil y un producto valioso. El valor de cambio es la relación extrínseca entre los dos "factores" de la mercancía: el valor relativo se presenta como un par de cantidades de dos objetos materialmente distintos que, sin embargo, son manifestaciones de una misma cualidad social y portadores de una cantidad igual (o comparable) de sustancia social, o valor. La relación de valor no está ausente, ni mucho menos, en la exposición de Smith o de Ricardo. (Ricardo llega a analizar la insensibilidad de esta relación ante variaciones de igual signo y proporción en los valores respectivos). Pero Marx descubre que la relación de valor de dos mercancías contiene las expresiones de los valores de éstas. De las dos expresiones de valor contenidas en una relación de valor toma una, y en ella realiza el descubrimiento de una nueva estructura: la mercancía que expresa su valor relativo lo hace proyectando su propio valor en el valor de uso de la otra mercancía. Lo inédito de este avance no está en la novedad del descubrimiento mismo de la expresión del valor -"descubrimiento" que los clásicos

tuvieron siempre, literalmente, al alcance de la mano, e incluso ocasionalmente llegan a mencionar de modo explícito-, sino en la comprensión de que este descubrimiento está preñado de consecuencias.

Pues la expresión del valor de una mercancía configura una relación polar, en la que dos mercancías desempeñan respectivamente las funciones relativa y equivalencial. Los que antes eran "factores" (extrínsecos) de una mercancía son ahora los momentos esenciales y recíprocamente necesarios de una estructura relacional. A la vez, en esta nueva relación se revela por primera vez la naturaleza del dinero. En efecto, la relación dineraria, que, fuera del marco marxiano (es decir, tanto en clásicos cuanto en neoclásicos, neorricardianos, neomarxistas y, **a fortiori**, keynesianos) nunca dejó ni dejará de ser meramente extrínseca, aparece aquí propiamente en su génesis, como inmanente a la mercancía. Esa cosa revestida de un aura refulgente ante la cual ninguna mercancía se resiste, todo el poder social que de ella emana y se comunica a cualquier persona que llegue a poseerla, tiene el más humilde, terrenal y cotidiano de todos los orígenes, es concebida y vuelta a concebir en la misma entraña de donde sale hasta la más miserable de todas las mercancías. El dinero es, sin duda, un fetiche, pero el secreto de su fetichismo se guarda en la naturaleza de la mercancía. El desarrollo de la forma equivalencial, desde el equivalente simple hasta el equivalente general ungido como dinero, no es sino una consecuencia del desarrollo de la forma relativa del valor.

Por su parte, el equivalente dinerario es dinero en su primera función, la de ser medida **general** de los valores de las mercancías; pero el dinero en ésta su primera función no es aún dinero. Tampoco es dinero el medio de circulación, que, por el contrario, incluso si es el dinero mismo el que circula, no es más que un medio de circulación del dinero. Como medida de los valores el dinero es ideal; como medio de circulación es dinero que se idealiza, sea porque la suya es apenas una figura evanescente, sea porque otra figura lo representa. Por eso, el dinero en cuanto dinero no es el que circula como moneda sino el que en los límites de la circulación mercantil cobra autonomía como riqueza social general en su figura suprema y autónoma sustraída de la circulación (tesoro), o como poder cancelatorio final (medio de pago), o, finalmente, como dinero que recupera la unidad inmediata de todas sus determinaciones esenciales (dinero mundial).

De esta breve reseña de la forma del valor debemos retener que su desarrollo es resultado del desarrollo de la forma relativa del valor. Con esto transponemos el umbral de la forma del plusvalor: el dinero se transforma en capital porque y en tanto la fuerza de trabajo se transforma en mercancía.

*

Las limitaciones de la crítica a la segunda mercancía permanecerán como defectos de la tercera. Recordemos que Marx llama trabajo "concreto" al que produce valores de uso, y trabajo "abstracto" al que produce valor. En efecto, el trabajo que produce mercancías, considerado en su momento técnico o material, posee todas las determinaciones que hacen de él un trabajo cualitativamente distinto de cualquier otro, un eslabón en la división social del trabajo; y, en su momento social, pierde todas las determinaciones que lo diferencian, para conservar únicamente aquellas que lo igualan a cualquier otro trabajo en cuanto trabajo idénticamente social. Pero esta terminología es unilateral, ya que ambos predicados, "concreto" y "abstracto", aluden únicamente a la materialidad del proceso laboral.

Pero si nos referimos al momento social del trabajo por el que éste se transforma en producción, los mismos términos, "concreto" y "abstracto", se invierten: el trabajo que produce mercancías, en tanto lo consideramos en su aspecto técnico material, no es aún producción, es el proceso de un trabajador aislado que no ha entablado aún el vínculo productivo; así, pues, el trabajo que produce valores de uso **inmediatos** es trabajo abstracto. Por el contrario, en esta misma estructura productiva, el vínculo social de la producción consiste precisamente en la producción de valor, de modo que es específicamente en la producción de sustancia social general, riqueza general absoluta, o valor, que el

trabajo deviene producción, o trabajo concretamente social.

Consideremos el "doble carácter" del trabajo en la producción, pero no ahora en el sentido de Marx, sino en su determinación transpuesta, igualmente unilateral, ya que ella ayudará a comprender el aporte de Marx al concepto fundamental de "sustancia social". En cuanto el trabajo que crea valor es trabajo social ejecutado por un individuo, es trabajo concreto considerado en esa plenitud de relaciones por las que el trabajo individual constituye una parte de la producción social, y es trabajo abstracto en cuanto proceso laboral inmediato del individuo considerado aisladamente, con prescindencia de sus lazos productivos. Ahora el trabajo abstracto produce valores de uso inmediatos y el trabajo concreto produce valor, riqueza pura o absoluta, pero no por ser trabajo en general sino porque es trabajo **general**. Esta distinción es esencial, porque lo que convierte a dos productos materialmente distintos en cantidades comparables de una misma sustancia social y, por tanto, en valores, no es la igualdad de los trabajos que ellos representan sino la unidad de esos trabajos en una totalidad diferenciada; no es por la negación de sus determinaciones sino por medio de la plenitud de sus atributos y propiedades que esos trabajos conforman una estructura productiva. Los trabajos representados en el valor son a la par abstractos y concretos; son, si se quiere, materialmente abstractos porque se igualan, socialmente concretos porque se articulan en un todo. Precisamente en esa relación el trabajo deviene trabajo general, trabajo que crea valor.

Establecer que hay relación entre valor y trabajo es el paso primero y fundamental para la comprensión de la naturaleza del valor. Algo más se avanza al aclarar que la relación no consiste en una unidad inmediata sino en una mediación, tal que el valor se reduce a trabajo y representa trabajo, en tanto que el trabajo crea valor. En efecto, como puntualiza reiteradamente Marx, el trabajo crea valor pero no es valor, y el valor producido por el trabajo no es trabajo. El trabajo queda así como la esencia del valor, indiferente a si éste es o no es, en tanto que el valor (reductible a..., representación de... trabajo), sólo es si el trabajo es. Pero la relación queda únicamente indicada como contingente y extrínseca. No se alcanza a comprender la relación entre trabajo y valor, de la que capta la identidad mas no aún la diferencia. (La relación "positiva" es la que recibe toda la atención en la exposición clásica y en la crítica clásica, en desmedro de la contraposición entre valor y trabajo; la atención es solicitada hacia los problemas de la exposición del trabajo como "sustancia" del valor, tales como distinguir qué trabajo es relevante, o corregir la confusión en que incurre Smith entre el valor del "trabajo" y el valor creado por el trabajo). Es preciso que demos el paso que falta.

[Notas adicionales. Sir William Petty, o la ley del valor como principio praxiológico]

William Petty no ofrece referencias que ayuden a reconstruir el linaje de sus opiniones. (Su idea del valor, sugiere Pierre Lantz, pudo haber sido recibida de Hobbes). En Petty encontramos un compendio anticipado de desarrollos, virtudes y falencias que tendrá la teoría en los cuatro siglos subsiguientes, incluso hoy. Petty apela al concepto de valor para solucionar problemas admirablemente diversos: desde una fórmula práctica para establecer con precisión cómo y cuánto debe castigarse a un ladrón callejero (rechaza la pena capital y otros castigos improductivos, pero se declara partidario del trabajo penal y, con una fórmula que dos siglos después debió lucir como un preanuncio sorprendente de la situación del proletariado industrial, determina con exactitud la cantidad de años de trabajo forzado suficiente para resarcir a la sociedad del delito y desalentar al delincuente; que será igual a tantos años o meses como resulten del cociente entre los necesarios para reproducir los productos robados y la esperanza estadística que tiene el ladrón en la práctica corriente de su oficio, de ser aprehendido), hasta la fundamentación de esta y cualquier otra aplicación particular del principio según el cual todos los ingresos de la sociedad provienen del trabajo.

Su tesis es que las diversas categorías de ingreso de la sociedad se originan en el trabajo. Arguye que este principio es válido para aquéllas que, como el interés y la renta, no tienen en el trabajo su causa evidente. La renta en trigo de una tierra agrícola es el exceso de su producto anual sobre los gastos, pagados en trigo; en tanto que la medida del valor dinerario de ese excedente es igual al ingreso en plata, deducidos los gastos en este metal, de un minero que dedicó a este trabajo el mismo tiempo que

el agricultor al suyo. (Aquí no sólo hay un anticipo de Quesnay, también una superación).

La noción misma de valor en tanto y en cuanto reducido a cantidad de trabajo -como de una misma persona- es presentada con un ejemplo (que recuerda la explicación simplificada de Ricardo a su corresponsal el señor Trower: si un hombre en una semana puede hacer cuatro sombreros o una chaqueta, y un ladrón le roba la chaqueta, se verá exactamente cuatro veces más perjudicado que si le hubiera robado un sombrero):

*"Si un hombre puede traer a Londres una onza de plata extraída de las minas del Potosí, y en el mismo tiempo puede producir un bushel de cereal, luego uno es el precio natural del otro; si, en minas nuevas o más accesibles, un hombre puede obtener dos onzas de plata tan fácilmente como antes una, **caeteris paribus**, el trigo estará tan barato a diez chelines ahora como a cinco otrora". ("If a man can bring to London an ounce of Silver out of the earth in Peru, in the same time that he can produce a bushel of Corn, then one is the natural price of the other; now if by reason of new and more easie Mines a man can get two ounces of Silver as easily as formerly he did one, then Corn will be as cheap at ten shillings the bushel, as it was before at five shillings **caeteris paribus**").*

Un producto local dado requiere, amén del trabajo corriente, una cierta cantidad de gastos y mejoras que también pueden computarse en cantidades de trabajo. "Ahora bien, la piedra de toque para probar si es mejor usar esas mejoras o no, es examinar si no es menos trabajo traer estas cosas desde lugares donde las brinda la naturaleza, o se logran con menos cultivo."

Petty sale al paso de una objeción, según la cual estas computaciones son difíciles cuando no imposibles; a lo que responde concediendo que lo son; pero, arguye, hasta tanto alguien se tome el trabajo de hacerlas o encargárselas, el comercio será -lo mismo que el sacudir y tirar los dados-, un arte por demás conjetural para merecer meditación, a la vez que demasiado abusivo y pecaminoso para mejorar el comercio y traer ventaja al Estado. (Veremos en seguida en el aporte de Smith, cómo y porqué se supera el momento accidental, aleatorio, o, en definitiva, "conjetural", del arte comercial, alcanzándose el resultado ya conocido por Petty).

Como sus mejores sucesores, Petty diferencia el valor del valor de cambio. Debe distinguirse, nos dice, cuándo un producto tórnase más caro o más barato en su valor natural, de cuándo lo que varía es su valor artificial o su precio político, este último porque "la comparación se hace entre un bien naturalmente útil con algo que es, de suyo, innecesario" (la plata). Pero esa distinción versa limitadamente sobre la medida estimativa del valor, y no sobre su determinación cuantitativa como una sustancia social objetivada y autónoma.

Empero, en la "anticipación juiciosa y computación precisa" que hacen a la excelencia en el arte de comerciar, al conocimiento de las causas permanentes del valor verdadero o natural, debe añadirse el de las causas extrínsecas o contingentes, que operan directamente sobre cada mercancía y sobre sus sustitutos y sucedáneos. Se vislumbra en su edición precoz el problema que abordará Smith: el de la medida real del valor de cambio y el principio que regula sus altibajos. Pero el aporte sustancial de Smith reside más en la nueva profundidad de su formulación del problema que en la solución desmañada e incompleta que alcanzó.

[Smith o la determinación histórica del trabajo generador de valor]

"El trabajo anual de cada nación es el fondo original que la provee de cuanto es necesario y conveniente para la vida; los bienes que consume anualmente consisten siempre o en el producto directo de ese trabajo o en el adquirido a cambio de él a otras naciones". ("The annual labour of every nation is the fund which originally supplies it with all the necessaries and conveniences of life which it

annually consumes, and which consist allways either in the immediate produce of that labour, or in what is purchased with that produce from other nations") [SMITH, Adam: "Wealth..", pág. 1]

Las objeciones que despierta este pasaje deben matizarse en el contexto de la obra. Sacudida la rama para descargarla de los frutos falsos, lo que queda de verdad es apenas un truismo: que los hombres se proveen de cuanto les resulta necesario y conveniente por medio de su propio trabajo -comprendido el efectuado por sus semejantes-. Es falso que estén constreñidos a los frutos del trabajo del año en curso, o impedidos de dedicar esfuerzos y esmeros hoy a la subsistencia futura. Inclúyase en el bien material del presente la certeza de tenerlo mañana, y seguirá siendo falso que sólo proviene del trabajo corriente o reciente. Tampoco es verdad que el hombre pueda vivir humanamente del producto inmediato de su trabajo (que, en su inmediatez, sería el efecto directo de su cuerpo); mas, según el pasaje que comentamos, en el agregado de las naciones no quedaría otro que ese producto directo, animal. Hallaremos luego que este momento etológico va de polizante en el concepto de valor expuesto por Marx, donde aparece como coseidad muda y nuda, reducción a proceso material sin otro predicado, actividad fisiológica, intercambio energético ("desgaste de músculos y nervios").

El texto transcrito es el párrafo inicial de "La riqueza...". Trata de la Nación, ese ámbito todavía (siglo XVIII) grandioso, resultado de la irrupción irresistible del comercio en las rivalidades políticas "y" militares (o político-militares, ya que la locución conjuntiva presupone el estado moderno, entonces todavía nonato), desencadenadas por la prolongada agonía del antiguo imperio; las consiguientes alianzas absolutistas de las burguesías nacientes con la corona, en sus pleitos con la nobleza terrateniente feudal; la consecuente expansión de libertades civiles e igualdad social desde la ciudad comercial al hinterland agrario; y, de rebote, la libertad de contratar implacablemente impuesta a los gremios urbanos por la competencia de los incontrolables sistemas rurales de confección domiciliaria -"putting out" system-, los cuales, al explotar mano de obra todavía servil, carcomían insidiosamente la base de la pirámide feudal y realimentaban el elan igualitario y emancipador emanante de las ciudades libres. A la sazón, el capital -que medraba hasta entonces mediando extrínsecamente entre sistemas de producción particulares- apenas comenzaba a engullirse las capacidades productivas de la humanidad.[\[2\]](#)

Pero para Smith y su siglo la Nación (y no ya, como en sus predecesores mercantilistas, el Estado, según apunta Lantz) debe desempeñar en la economía el papel de sujeto trascendente. Pero Smith presupone siempre la Nación "bien gobernada". Puesto que las naciones se proveen por medio de su trabajo, la disponibilidad de bienes por habitante o, lo que es lo mismo, la abundancia o escasez de su producto, depende de la "habilidad, destreza y buen juicio" ("skill, dexterity and judgement") con que en general se aplica el trabajo y, también, de la proporción entre los que están empleados productivamente y los que no trabajan. La mayor diferencia entre las naciones en cuanto a la escasez o la abundancia de su producto por habitante depende principalmente de la primera de esas razones. En las naciones más civilizadas e industriales hay muchos habitantes que no trabajan y sin embargo consumen diez y hasta cien veces más que los trabajadores, pero, aún así, el producto es tan cuantioso que todos, hasta los trabajadores - "incluso los de rango inferior y más pobres"- disponen de más bienes necesarios y convenientes (creemos que aquí "greater share" vale como "ración" y no como "porción") que los que puede adquirir "cualquier salvaje", aunque fuera un rey.

Todos estos beneficios "parecen" provenir y ser efecto de la división del trabajo, de la subdivisión (reducción) y combinación de diversas operaciones simples. Pero, argumentará, la división del trabajo no es tanto la causa de los mayores poderes productivos del trabajo, como su efecto; la propensión natural de los hombres al intercambio recíproco se manifiesta gradual pero incesantemente en una expansión de los confines de la reciprocidad y por ende en el aumento del poder de cambio; id est, en un crecimiento del mercado, en una multiplicación de las relaciones sociales y de las ocasiones, oportunidades y conveniencias para la subdivisión social del trabajo, la cual a su vez redundará en la mayor capacidad productiva de los trabajos; éstos, especializados, simplificados, resultan auxiliados

-cada vez más y mejor- por máquinas y herramientas. (Igualmente adecuadas y especializadas, en ellas se prolonga la subdivisión del trabajo social).

El trabajo productivo posee determinaciones materiales y sociales. En el análisis de Smith se hace presente la distinción entre trabajo material ("work") y trabajo social ("labour"), que luego Marx designará, respectivamente, como "concreto" y "abstracto". Podemos desentrañarla fácilmente en el siguiente pasaje: "The great increase of the quantity of work which, in consequence of the division of labour, the same number of people are capable of performing, [3] is owing to three different circumstances...", a saber, mayor destreza de cada trabajador, eliminación de tiempos perdidos al pasar de una tarea a otra, invención de máquinas que acortan el trabajo.

Estos efectos se entrelazan. Pasar de una tarea a otra lleva menos tiempo porque las tareas se separan en operaciones simples y el trabajador realiza siempre la misma. Logra la mayor destreza al concentrar atención y empeño en la repetición de una única tarea simplificada, desarrollando en ella toda su capacidad laboral. Se consume de este modo el refuerzo recíproco entre las tres "circunstancias": en naciones civilizadas y laboriosas los trabajadores son más especializados, efectúan labores más simples y, por ende, tienen mayores oportunidades de idear nuevos ingenios -mecánicos o de otra índole- para potenciar aún más los poderes productivos del trabajo, en su doble dimensión, cuantitativa y cualitativa. Smith quiere indagar en la naturaleza de las capacidades productivas del hombre y no lo logra tanto cuando describe magistralmente cómo la división del trabajo produce la exaltación de esos poderes, como cuando muestra cómo redundan en su menoscabo. Pues la repetición maníaca de una única operación es, en verdad, un lecho de Procusto para el desarrollo del trabajador. Surge la paradoja espantosa de que el incremento de los poderes productivos del trabajo se apoya en la mutilación de las capacidades laborales. En el Libro V de la "Riqueza..." Smith volverá sobre el efecto mutilante de la fragmentación del proceso laboral por la que el trabajador se ve maníacamente constreñido a repetir una misma operación parcial.

En el párrafo siguiente se anticipan las denuncias estremecedoras que un siglo después aparecerán en capítulos como el VIII o el XIII del Tomo I de "Das Kapital":

"In the progress of the division of labour, the employment of the far greater part of those who live by labour, that is, of the great body of the people, comes to be confined to a few very simple operations, frequently to one or two. But the understandings of the greater part of men are necessarily formed by their ordinary employments. The man whose whole life is spent in performing a few simple operations, of which the effects are perhaps always the same, or very nearly the same, has no occasion to exert his understanding or to exercise his invention in finding out expedients for removing difficulties which never occur. He naturally loses, therefore, the habit of such exertion, and generally becomes as stupid and ignorant as it is possible for a human creature to become. The torpor of his mind renders him not only incapable of relishing or bearing a part in any rational conversation, but of conceiving any generous, noble, or tender sentiment, and consequently of forming any just judgement concerning many even of the ordinary duties of private life. Of the great and extensive interests of his country he is altogether incapable of judging, and unless very particular pains have been taken to render him otherwise, he is equally incapable of defending his country in war. The uniformity of his stationary life naturally corrupts the courage of his mind, and makes him regard with abhorrence the irregular, uncertain and adventurous life of a soldier. It corrupts even the activity of his body, and renders him incapable of exerting his strength with vigour and perseverance in any other employment than that to which he has been bred. His dexterity at his own particular trade seems, in this manner, to be acquired at the expense of his intellectual, social, and martial virtues. But in every improved and civilized society this is the state into which the labouring poor, that is,

the great body of the people, must necessarily fall unless...". ¿Y qué más puede decir? Unless... "government takes some (?) pains to prevent it". ["Riqueza...", vol. II, pág. 265].

Smith alude al "grande aumento de trabajo que las mismas personas pueden llevar a cabo, también como consecuencia de la división del trabajo". Pero unos países se adelantan y otros quedan rezagados en este progreso: el trabajador de la nación "adelantada" ha ganado capacidad productiva pero perdió la habilidad para resolver innumerables problemas. El trabajador de la nación "atrasada" conserva esas habilidades pero su capacidad productiva es inferior. En las primeras, **un hombre hace el trabajo que en naciones atrasadas hacen muchos**, en tanto que en las segundas **un hombre hace el trabajo que en naciones avanzadas hacen muchos**. No hace falta que nos detengamos en la ambigüedad de la palabra "trabajo". En unas naciones, argumenta Smith, se ha producido una mayor subdivisión en las artes y en los oficios. Ella ayudó al mayor incremento de los poderes productivos del trabajo. Como consecuencia y expresión de estas ventajas, un hombre realiza los trabajos (las obras, los productos) para los cuales se requieren muchos hombres en una nación más atrasada. ("This great increase of the quantity of work which, in consequence of the division of labour, the same number of people are capable of performing..."). Como consecuencia de la misma especialización, son necesarios muchos hombres de la nación avanzada para llevar a cabo las tareas que realiza uno solo en la nación atrasada. ("This separation, too, is generally carried furthest in those countries which enjoy the highest degree of industry and improvement; what is the work of one man in a rude state of society being generally that of several in an improved one"). En la nación adelantada el trabajador tiene una sola habilidad y por lo demás es torpe y hasta estúpido, mientras en la nación atrasada el trabajador posee habilidades múltiples y proteicas; pero el trabajador especializado, carente de aptitudes en lo que no sea su especialidad, tiene una capacidad productiva superior. Así, mientras el intercambio es acorde con la naturaleza humana y el hombre civilizado se desarrolla en la plenitud de sus potencialidades universales con la expansión del mercado y el progreso de las artes, en cambio, este mismo progreso redundará en desmedro de la naturaleza humana de los trabajadores: "of those who live by labour, that is, of the great body of the people". Aquí el defecto mismo de Smith, la indistinción de la forma específica de las categorías mercantiles, lo salva de encerrar las contradicciones mismas de la sociedad en un horizonte burgués, como la distribución, la igualdad de oportunidades, y lo pone en contacto con la genericidad comprometida... "unless...", añade con embarazo "government takes some pains to prevent it".

Si, aproximadamente, "labour" equivale a "trabajo", y "work" a "tarea" o "labor", al vertirse la expresión smithiana: "division of labour" como "división del trabajo", no solamente se traduce, sino que también se corrige. (Reivindiquemos, pues, junto a otros, el idioma de Jovellanos, Ustariz, Campomanes). Es el trabajo particular o materialmente determinado el que puede escindirse en dos o más labores cualitativamente distintas y complementarias; en cambio, el trabajo social tal como se representa en el valor y en el valor mercantil sólo puede dividirse en tiempos de trabajo cualitativamente idénticos. Pero hay una ambigüedad en este concepto. [4]Smith encuentra en la división social del trabajo el fundamento económico de la civilización moderna, pero no acierta a distinguir en aquella los momentos específicos de los genéricos. La ecuménica división del trabajo que articula en una misma estructura productiva a los hombres de todos los rincones del universo puede observarse inmediatamente en el mundo diminuto del galpón manufacturero. Tampoco hay diferencia esencial entre las relaciones laborales directas en que entran los trabajadores con sus compañeros y sus patronos, con las que estos últimos, en tanto hombres mercantiles, entablan entre sí. Por un lado, la misma división social del trabajo que diferencia y articula el mundo se verifica en el taller; por otro lado el propietario de mercancías "comanda" directamente una cierta porción del trabajo social encarnado en productos materiales. De donde resulta que la insistencia de Smith en la correlación entre división de trabajo y mercado, en vez de servir para determinar la especificidad mercantil de ésta, borra la de aquél. La división social del trabajo y la división del trabajo social son correlativas pero distintas, y no hay una correspondencia acabada entre la división técnica del trabajo privado y la estructura de la producción. (Ilustra esta diferencia el caso de empresas que se "desintegran verticalmente", y sus anteriores departamentos cobran autonomía como nuevas empresas que

comercian entre ellas, todo en ausencia de otros cambios).

En la agricultura, de acuerdo con Smith, la división y subdivisión de las tareas tropieza con obstáculos naturales y progresa apenas, por eso hay mayor atraso aquí que en las manufacturas.. Las naciones más avanzadas lo son tanto en la agricultura cuanto en la manufactura, pero **más**. (Las ventajas comparativas "ricardianas" deben, en justicia, llamarse "smithianas", aunque, en abono de esto, pueden citarse pasajes más concluyentes). Este menor progreso es resultado de los obstáculos que se interponen en la agricultura a la subdivisión de labores, debidos, a su vez, a la naturaleza estacional de las tareas culturales. La ocasión para realizar las labores especializadas se repite todos los años, mas no se presenta de modo continuo. "The nature of agriculture, indeed, does not admit of so many subdivisions of labour, nor of so complete a separation of one business from another, as manufactures. It is impossible to separate so entirely the business of the grazier from that of the corn-farmer as the trade of the carpenter is commonly separated from that of the smith. The spinner is almost always a distinct person from the weaver; but the ploughman, the harrower, the sower of the seed, and the reaper of the corn, are often the same. The occasions for those different sorts of labour returning with the different seasons of the year, it is impossible that one man should be constantly employed in any of them. This impossibility of making so complete and entire a separation of all the different branches of labour employed in agriculture is perhaps the reason why the improvement of the productive powers of labour in this art does not always keep pace with their improvement in manufactures".

Grandes son las ventajas, concluye Smith, que obtiene la humanidad de la división de las labores productivas. El animal que quiere obtener de otro, o de su amo, un servicio, procura llamar su atención, ganar su favor. Pero ¡cuán brutalmente limitado se vería el mundo de un hombre que pudiera contar sólo con la ayuda que otros le dispensan sin otro motivo que el de otorgarle favores! Ciertamente, en ocasiones el hombre recurre también a esas artes, acude a la lisonja, etc. "He has no time, however, to do this upon every occasion. In civilized societies he stands at all times in need of the cooperation and assistance of great multitudes, while his whole life is scarce sufficient to gain the friendship of a few persons". Y sigue:

"But man has almost constant occasion for the help of his brethren, and it is in vain for him to expect it from their benevolence only. He will be more likely to prevail if he can interest their self-love in his favour, and show them that it is for their own advantage to do for him what he requires of them...Give me that which I want, and you shall have this which you want. .. and it is in this manner that we obtain from one another the far greater part of those good offices which we stand in need of".

"We address ourselves, not to their humanity, but to their self-love, and never talk to them of our necessities but of their advantages. Nobody but a beggar chooses to depend chiefly upon the benevolence of his fellow citizens. Even a beggar does not depend upon it entirely". Puesto que por medio del cambio logramos la mayor parte de los buenos oficios mutuos de los que hemos menester, es esta disposición al intercambio la que ocasiona la división del trabajo. (Smith no concibe la producción fundada en el trabajo directamente social, que confunde con el intercambio de mercancías).

Entre cazadores o pastores, prosigue Smith, un determinado trabajador es el más diestro en la confección de arcos y flechas. Los cambia por ganado y venados, y obtiene más de éstos que si él los apresara o criara. Se convierte en una especie de armero. En pos de esta ventaja, todo hombre se ve impulsado a aplicarse a una ocupación particular, y a cultivar unilateralmente su talento comparativamente descollante. No es tan grande la diferencia en los talentos individuales naturales, sí en los cultivados. Las diferencias, concluye, no son sólo la causa sino, más aún, la consecuencia, de la división del trabajo. En contraste con los animales, los hombres son mutuamente útiles porque cultivan habilidades diversas y complementarias.

Cuando prevalece plenamente la división del trabajo, es apenas una porción diminuta de las

necesidades las que un hombre satisface con su propio trabajo. Obtiene sus restantes provisiones cambiando el excedente de su producto sobre su propio consumo. Cada hombre deviene (en cierto modo) un comerciante; y, en consecuencia, la sociedad, una sociedad comercial. En sus remotos orígenes este intercambio se ve seguramente entorpecido y trabado por una situación triangular: el carnicero, el cervecero y el panadero tienen más carne, cerveza y pan, respectivamente, que la que pueden consumir, pero el carnicero quiere cerveza, el cervecero pan, el panadero carne. El dinero acrecienta más aún el círculo virtuoso de la acción recíproca entre la división de las labores productivas y el intercambio de los productos. Todo hombre prudente habrá procurado no caer en esa situación embarazosa, manteniendo para ello en sus activos una mercancía que probablemente ningún hombre habría de rehusar. Su aceptación generalizada la convierte en instrumento de comercio: ganado, sal, conchas, cuero y pieles, metales nobles, éstos primero en barras sin acuñar, luego en unidades con peso y pureza establecidos. Smith encuentra ejemplos ilustrativos en Homero: el escudo de Diomedes valía 9 bueyes, el de Glauco cien. (Nótese que confunde medio de cambio con medida de los valores, moneda con dinero). Pero si el intercambio generalizado, tan conveniente, es consecuencia de la división de las labores productivas, el origen y desarrollo de éstas no se explica por sí mismo, ni como el logro de humana sabiduría empeñada en lograrla. Es la consecuencia necesaria, aunque muy lenta y gradual, de una cierta inclinación propia de la naturaleza humana que no tiene como finalidad deliberada tan extendido beneficio; la propensión a trocar e intercambiar una cosa por otra:

"It is the necessary, though very slow and gradual consequence of a certain propensity in human nature which has in view no such extense utility; the propensity to truck, barter and exchange one thing for another".

Smith no es Marx, y no hay en él más que un atisbo de comprensión sobre la historicidad de las formas económicas. Pero no hay en él un burdo naturalismo en el que quedan borradas las determinaciones históricas. Sweezy es injusto con Smith y, lo que es peor, compromete el éxito de la crítica, cuando le atribuye tal posición. El pasaje que cita parece, sin embargo, corroborar esta interpretación equivocada. "Nadie jamás ha visto un perro en trato deliberado y equitativo con un semejante para trocar un hueso a cambio de otro", ni decir esto es mío, esto tuyo, estoy dispuesto a dar esto a cambio de aquello: "Nobody ever saw a dog make a fair and deliberate exchange of one bone for another with another dog".

Mucho más recupera de Smith la interpretación de Pierre Lantz ("Valeur..."). Reconoce mayor profundidad en el concepto smithiano, al subrayar que él distingue y, en verdad, contraponen, naturaleza humana y hombre en estado natural. En el estadio social "más rudo", dice Smith, la naturaleza humana no se ha manifestado aún; permanece incipiente. La naturaleza humana se expresa cada vez más acabadamente con el progreso hacia la civilización. Gracias a la división social de las labores se multiplican las artes y se ponen de manifiesto las potencias creadoras del hombre. Pero, a la par de ese mismo desarrollo, junto al creciente despliegue de las capacidades que fructifican en una profusión de riquezas, el trabajo humano se empobrece y la naturaleza del hombre sufre una degradación. (Para corroborar esta dimensión negativa de Smith hay que pasar al libro V de la "Riqueza", donde resonancias rousseauianas desembocan en una vigorosa anticipación del capítulo VIII, Tomo I, de "Das Kapital").

[Marx. Desarrollo formal de la mercancía. El valor de cambio y la expresión del valor contenida en la relación de cambio.]

"What are the rules which men naturally observe in exchanging them [goods of all kinds] either for money or for one another, I shall now proceed to examine. These rules determine what may be called the relative or exchangeable value of goods". "The Wealth..", pág. 24.

"The word value, it is to be observed, has two different meanings, and sometimes expresses

*the utility of some particular object, and sometimes the power of purchasing other goods which the possession of that object conveys. The one may be called **value in use**, the other, **value in exchange**". Ibid. pág. 25.*

La dialéctica de la forma del valor o "la forma que hace de él un valor de cambio", fundamento y **a la vez** remate de su crítica de la economía política, germina y madura en los escritos de juventud de Marx, pero recién es expuesto en los estadios tardíos de su carrera, primero en la "Contribución a la crítica de la Economía Política" (1859) y recién tres lustros más tarde en "El Capital. Crítica de la Economía Política".

Aquí nos limitaremos a recordar los pasos principales de esa exposición. Marx analiza la mercancía y distingue en ella dos aspectos, el valor de uso y el valor de cambio, luego verifica que el valor de cambio no es sino la forma en que se manifiesta el valor. A partir de esto concluye que la mercancía es, en verdad, valor de uso y **valor**, y procede al estudio de éste. Pasa a exponerlo, y lo hace, en un tramo del texto nítidamente delimitado, con prescindencia de la forma en que se manifiesta. **Sólo luego de esta exposición retoma la investigación de la forma del valor**, y funda en ella su tesis sobre la génesis del dinero.

El estudio de la mercancía no es sino el comienzo de la crítica del capital, pero es un comienzo que contiene el principio: en los umbrales de la crítica, la economía política es superada desde el vamos al disiparse el secreto de la expresión del valor contenida en la relación de cambio: queda develada la génesis del dinero, y explicado por qué este problema estaba fuera del alcance de la economía política, tanto que hasta sus mejores representantes científicos fracasaron al abordarlo. Según Marx, ni siquiera se lo plantearon.

Marx no reclama primacía por haber "efectuado la derivación del valor", ni por haber explicado que los movimientos del valor de cambio son gobernados por la ley del valor, méritos que atribuye sin salvedad ni reticencia a la economía clásica. Tampoco es ni cree ser el primero en haber estudiado las "vicisitudes" de la forma del valor. ¿Cuál es, entonces, su aporte, cuál la fuente de su originalidad?

"La ortodoxia en el marxismo está en el método", sostiene Lukács. ¿Atribuye a Marx un método distinto del científico? ¿O acaso la pretensión absurda de anteponer a la ciencia un dogma? Marx abraza, ciertamente, con pasión, la causa del proletariado, el partido del socialismo, pero esto sólo tiene interés y vigencia en cuanto es ya el **resultado** de la ciencia; no es un punto de vista particular sino la victoriosa superación de todo punto de vista particular, de modo que no hallamos otra cosa que recíproca implicación entre los predicados polares de su socialismo, "científico" y "revolucionario". El método de Marx, dice Lukács, es la dialéctica. Pero la dialéctica -el pensamiento y la praxis conformes a ella- excluye la necesidad (y la posibilidad) de un método externo a su propio movimiento y anterior a él. No exige otra ortodoxia que la heterodoxia más radical.

Sweezy concuerda con el aserto de Lukács, y añade otras notas al método de Marx: además de dialéctico y materialista, es histórico y, como el de los economistas clásicos, abstracto-deductivo, y procede por aproximaciones sucesivas. Pero falta decir que no es la ortodoxia de esos métodos ni la reunión de esas ortodoxias, sino su crítica. La obra de Marx es a la vez una crítica a Hegel y a Ricardo, y por tanto, ineludiblemente, lleva la impronta de los métodos de estos autores, mucho más profundamente que lo que el propio Marx reconoce cuando los hace aparecer como concesiones terminológicas circunstanciales, caprichos estilísticos. [5] Pero Marx advierte al lector que se engaña si cree observar en su obra alguna "construcción apriorística". Su método renuncia a todo elemento especulativo, y este rechazo es a la par condición y resultado de su entrega sin condiciones al objeto del que "debe apropiarse pormenorizadamente". Su dialéctica es la de Hegel pero al revés, "su antítesis". También es la antítesis del método de la escuela clásica, pero no su antítesis extrínseca, sino su crítica inmanente. En el epílogo a la segunda edición, Marx cita con aprobación al economista ruso

Nikolái Sieber: "El método de Marx es el método deductivo de toda la escuela inglesa, cuyos defectos y ventajas son comunes a los mejores economistas teóricos", y añade que las teorías de "El Capital" son, fundamentalmente, el "desenvolvimiento necesario de la doctrina de Smith-Ricardo". La crítica de la filosofía y de la ciencia se apodera de éstas, de sus objetos, problemas, métodos, vocabularios, toma como propias sus exigencias, etc., pero no puede ante ellas más -ni menos- que conservarlas, transformarlas y -finalmente- trascenderlas, pero eso a fuerza de entregarse por entero a esos métodos, de modo que lo nuevo producido es un resultado de la crítica y no un elemento introducido, anterior a ella. No puede tener entonces más alta virtud que la de ser **consecuente**: la crítica se semeja a la teoría criticada y se diferencia de ella, lo primero porque su método es igual, ¡lo segundo porque es **más** igual!

He aquí la respuesta que se desprende de nuestra tesis: el fundamento de la crítica marxiana y, lo que es más importante, del camino por ella abierto, no reside en un método general de investigación sino en una teoría particular sobre la forma específica del valor que toma cuerpo en la mercancía. La economía crítica (científica) supera desde el vamos a la economía apologética (ideológica) en y por su capacidad de mantenerse a la vez en la diferencia y la unidad entre valor y valor de cambio.^[6]

Esta inequívoca frontera se borra sin dejar casi huellas en la versión exotérica administrada por la ortodoxia. ^[7]Otra consecuencia de la tesis es que si ese empobrecimiento de la razón revolucionaria marca a los discípulos como indignos del maestro, coge también a éste en cortedad o falencia; o que la tergiversación se remonta a la exposición original de la crítica; o que el verdadero reproche a los epígonos no es el de haber retrocedido sino primero -y principalmente- el de no haber avanzado; o que sólo merece ser discípulo del maestro de la crítica el crítico del maestro. Sin esa crítica el post-marxismo está condenado a ser lo que es, pre-marxismo. La clase obrera paga un alto precio por no haber realizado en su momento la tarea intelectual que aún tiene por delante, cobrar el legado teórico del autor de El Capital. Sería nefasto si no acertara con el modo de apropiarse de este patrimonio: a la herencia de la crítica se accede por la crítica de la herencia.

^[1] Siguiendo a Marx, llamamos doctrinas "exotéricas" a las que inquietan sobre las articulaciones formales del sistema mercantil, y "esotéricas" a las que investigan esas mismas articulaciones comprendiéndolas en la totalidad concreta del sistema productivo. Las primeras comprenden tanto las doctrinas mercantilistas, cuanto las posteriormente conocidas como "neoclásicas" y "keynesianas": ellas confunden las articulaciones del valor con su forma dineraria y mercantil en general, y toman ingenuamente el valor en sus figuras mercantiles como si éstas fueran su esencia social última. Las segundas no ignoran la circulación de los productos en su forma mercantil, pero consideran el trabajo y el proceso técnico de transformación material como la esencia de la producción: el valor gobierna la tendencia de los precios. La teoría de Marx supera esta dicotomía y, por ende, alcanza un lugar único.

Si el objeto de la Economía Política es propiamente, en general, la historicidad de las formas mercantiles del valor, y, de un modo más determinado, la génesis y el desarrollo de las figuras capitalistas del plusvalor, entonces desde el siglo XVI hasta hasta ahora esta ciencia, en tanto representada por esas doctrinas, no se ha hecho cargo cabalmente de su objeto sino que ha rondado en torno a él, acometiéndolo desde diversos flancos. Según este criterio: el del aspecto parcial del objeto que cada una logra captar (que es, para nosotros, la sociedad civil polarmente contrapuesta al Estado moderno y dominada por el capital), las grandes escuelas de la Economía Política caen en tres grandes familias. Para caracterizarlas es relevante el concepto que cada una alcanza de la mercancía. Todas expresan (cada cual a su modo) la noción de que la mercancía articula la estructura productiva y da cuenta de su unidad. Pero la mercancía misma presenta tres figuras fenomenológicas y esas doctrinas son, respectivamente, sus ciencias teóricas. Para una la esencia de la relación productiva es el mercado, para otra la división del trabajo, la tercera comprende la reproducción del capital como la unidad de ambos momentos: la metamorfosis social de los productos y su conformación técnico material. De hecho, que estas tres grandes doctrinas remiten al sistema capitalista como un todo

diferenciado. Las dos primeras son versiones abstractas de la tercera, representada por la teoría crítica de la forma de valor desarrollada y expuesta por Carlos Marx.

[2] En los albores del capitalismo industrial esas capacidades aún virtuales -desprendiéndose de su particularismo para devenir privadas y elevarse a universales- despuntaban aisladamente como "riqueza de las naciones" en tanto que hoy, por obra y gracia del capital durante doscientos años más, cuando la humanidad se apresta a prescindir de esos andadores ya inservibles: de las naciones (y, con ellas, del mismo Capital y hasta de la Producción en el sentido que todavía hoy conserva), la exacerbación anacrónica de desvaídos nacionalismos es un síntoma de la barbarie que acompaña el ocaso necesario de las potencias nacionales y un anuncio de la amenaza inminente y espantosa de su reemplazo por las corporaciones transnacionales, patrias últimas y únicas verdaderas naciones del capital.

Hoy, el nacionalismo anacrónico del mundo transnacionalizado es la protesta regresiva contra ese reemplazo, es el espíritu objetivo de un pueblo fantasmal, la proyección macabra de una multitud inerme en la muda de piel ya reseca del capital, su anhelo de libertad refractado en la añoranza de reconciliación con lo universal del individuo inacabado y no cabalmente contemporáneo de sí mismo, social y político a medias y exiliado de la economía, el "hombre inconcluso, águila vacía" del canto nerudiano, que concibe un universal tan abstracto como es todavía él, donde no distingue la nación del estado y descrece del momento universal de éste y por eso reclama un Estado separado que exprese su particularismo. Pero se produce una ilusión: el particularismo exacerbado de los irlandeces no deja ver el de Inglaterra, ni el de los vascos el de España, etc.: involuntariamente, la rebelión particularista hace brillar todavía fulgores de universalidad en el Estado moderno.

[3] En español la palabra "trabajo" suele denotar la acción de trabajar, más que su efecto o producto. El sentido del pasaje es que con la misma labor se logra una obra mayor.

[4] Tendremos ocasión de discutir más adelante las secuelas de esta confusión subsistentes en la obra de Marx: él ha sido el primero en comprender y explicar que la mercancía es la forma específica de la estructura productiva del capitalismo, pero no fija una terminología apropiada y recae con harta frecuencia en el olvido de esta distinción. Lo que en el maestro es consecuencia inacabada, en los discípulos se convierte en dogma: un gran maestro no puede tener discípulos dignos de él, sólo críticos. La línea divisoria, siempre nítida y válida, no es otra que la teoría de la forma del valor.

[5] "... dijimos, **recurriendo a la terminología en boga**, que la mercancía es valor de uso y valor de cambio...". "El Capital", pág. 74. "Me declaré abiertamente, pues, discípulo de aquel gran pensador [se refiere a Hegel] y llegué incluso a **coquetear aquí y allá**, en el capítulo acerca de la teoría del valor, **con el modo de expresión** que le es tan peculiar." "El Capital", Epílogo a la Segunda Edición; subrayados y aclaración entre corchetes, P.L.

[6] Marx reconoce que la economía política "ha analizado, aunque de manera incompleta, el valor y la magnitud de valor y descubierto el contenido oculto en esas formas. Sólo que nunca llegó siquiera a plantear la pregunta de por qué ese contenido adopta dicha forma; de por qué, pues, el trabajo se representa **en el valor**, de a qué se debe que la medida del trabajo conforme a su duración se represente en la **magnitud de valor** alcanzada por el producto del trabajo". "El Capital", pág. 98. Subrayado por Marx.

[7] Bajo el manto de la apología "explica" a una generación tras otra que Marx es un economista clásico, "enseña" a eludir los párrafos intrincados y los incordios esotéricos que son plaga en la obra de Marx, iniciándolos en la regresión ricardiana con la que el "marxismo" se postulará al status de respetabilidad académica a cambio de amputar el hilo y el filo de su vocación revolucionaria.

1.2.0. Transiciones en la figura de la mercancía.

La expresión "sociedad civil" cayó en desuso y se recuerda apenas como una voz arcaica que designaba un ámbito diferenciado de la sociedad escindida, el reino del interés particular. La opinión contemporánea ha dejado de mentar la sociedad civil y en efecto hoy no se la percibe como ámbito separado ni, por tanto, en forma alguna; ciertamente no porque la sociedad haya superado su escisión sino porque, por el contrario, ésta se ahondó al punto de trasponerse el umbral de la unidad. La verdad de la época se trasluce en una falacia del tipo "pars pro toto", la sociedad civil pasa por la sociedad misma y en el mundo social no hay más: únicamente su diferenciación interna carga con la unidad de la sociedad escindida.

¿Qué fue del Estado? Ora denunciado por sus abusos, ora acusado por su desertión, presenta cada vez más la forma de un divorcio entre su existencia "pervertida" y su idealidad abstracta. Cuando el secuestro de la universalidad por un interés particular deja de ser un escándalo el Estado pierde también su poder de legitimizar el poder. El desencanto no libera las fuerzas políticas sino que las sume en un profundo hastío, causa y consecuencia a la par de que la lucha de clases se ha dirimido abrumadoramente a favor del capital. Señal de que el aura que antes revestía de majestad el gesto autoritario se ha disipado por la omnipresencia del poder que mana, ahora directamente (sin revestirse de la forma de la universalidad) de la sociedad civil sumida en la ajenidad más pavorosa, la interior. Se anuncia la barbarie específica propia y peculiar de la época de la culminación del proceso de diferenciación del capital.

En un mundo cosificado y desespiritualizado la reducción de la vida social al logos objetivo de la acumulación del capital se ha consumado en la vida práctica. Hoy nadie puede dudar que el poder irrestricto del capital domina la nueva escena. Enhorabuena, si en su seno y por medio de su desarrollo prosigue el proceso de transformación oculta que culminará en su mismo apogeo. Pero, ¿qué hay de verdad en ello? ¿Existió verdaderamente el mentado Viejo Topo y, en tal caso, sobrevive? Es sabido que Marx planteó este problema y buscó la clave en la crítica de la Economía Política. Que concibió el plan de su obra como un camino al cabo del cual debía encontrarse nuevamente con el Estado, concepto cuyo desarrollo había retomado, desplazándolo hacia la crítica de la Economía Política que debía ser, en su culminación, una crítica del Estado.

No es tan sabido -ya que las enseñanzas de Isaak Rubin fueron víctimas de la conspiración del silencio- que la teoría de la forma del valor, que Marx esboza en los Grundrisse y expone en la Contribución y en El Capital, supera radicalmente todos los escritos económicos previos tanto de sus predecesores clásicos cuanto -añadimos- del propio Marx. Poco o nada se ha reflexionado sobre la validez de la obra de Marx en sus propios términos, de acuerdo con sus propias exigencias y con arreglo a su propio programa. Mas he aquí que debido precisamente al carácter inconcluso de la crítica de la Economía Política hasta donde la expone Marx, la teoría de la "sociedad civil" permanece incompleta e irrealizada. Pues mientras se limite a la mercancía, el dinero y, el capital, y, en suma, a la sociedad "civil", y, por ende, al quedar omitida de su concepto la relación esencial de la sociedad "civil" con el Estado moderno, la Economía Política es incapaz de determinar su objeto y de comprenderse a sí misma. Finalmente, la pregunta acerca de las transiciones ocultas en el capital se vuelca nuevamente sobre los desarrollos verificados en la estructura del capital desde la publicación del primer tomo de El Capital y de la consiguiente transformación de la sociedad.

Y lo primero que se replantea es el comienzo: la mercancía considerada como forma general del capital **diferenciado** no es la misma que Marx estudia como la forma simple del capital en general o del capital **no diferenciado**. También aquí el secreto de la relación más simple está en su forma más desarrollada.

La mercancía es una estructura compleja en la que el análisis desentraña las determinaciones de sus

órdenes simples. (Esa instancia analítica coincide con un doble movimiento que parte de una representación en la que nada falta para llegar a otra en la que se ha cancelado todo un mundo pletórico de determinaciones, la vida en su plenitud, de modo que el saber perdió su esencial riqueza para caer en la abstracción. Pero el saber debe mudar y ahora lo que para el primer saber era real y verdadero es la máxima abstracción y aún la abstracción misma; los datos de la primera verdad eran un sueño insustancial de determinaciones yuxtapuestas, entreveradas y, en verdad, recíprocamente ajenas, una conjunción extrínseca y accidental, un falso concreto. Por el contrario, en este tramo o segmento del camino del saber las abstracciones a las que se llega son momentos sintéticos en los que primero se prefigura el saber más verdadero).

La Economía Política clásica alcanza la dignidad de una ciencia cuando descubre y formula los principios simples y universales de la sociedad moderna por medio de su **reducción** a un orden genérico. Lo hace al centrar su interés en la producción por medio del intercambio, haciendo abstracción de toda otra actividad o relación social. Pero cuando la teoría delimita este campo que ella tiene como su objeto, lo encuentra ya recortado en el mundo empírico como resultado de un proceso histórico. Ese orden universal, el económico, es, pues, idéntico a la sociedad civil, uno de los ámbitos en que se escinde la sociedad moderna. Universal y, sin embargo, específico.

*"El **proceso de trabajo**, tal como lo hemos presentado en sus elementos más simples y **abstractos**, es una actividad orientada a un fin, el de la producción de valores de uso, apropiación de lo natural para las necesidades humanas, condición general del metabolismo entre el hombre y la naturaleza, eterna condición natural de la vida humana y por tanto independiente de toda forma de esa vida y común, por el contrario, a todas sus formas de sociedad". MARX, K., "El Capital.." Siglo XXI, pág. 223. Asimismo:*

*"El capital no ha inventado el **plustrabajo**. Dondequiera que una parte de la sociedad ejerce el monopolio de los medios de producción, el trabajador, libre o no, se ve obligado a añadir al tiempo de trabajo necesario para su propia subsistencia, tiempo de trabajo excedentario, y producir así los medios de subsistencia para el propietario de los medios de producción...". Ibidem, pág. 282.*

Al exponer la **ley** del movimiento autónomo que anima al sistema productivo y garantiza su ajuste armonioso, los economistas fundan en ella su apología del ethos del capital, justifican en el **intêret de tous** la legitimidad del egoísmo individual, establecen la identidad entre la razón en general y toda conducta individual guiada unilateralmente por el afán de incrementar sin límites la riqueza privada, y dan pábulo a una visión optimista del progreso humano. La felicidad humana deja de ser un espejismo inalcanzable pues no depende, al fin y al cabo, del amor por el prójimo, la solidaridad, el valor cívico, el cultivo del espíritu y la individualidad universal -virtudes todas ellas tan desmerecidas en la sociedad civil-, sino, por el contrario, del afán implacable del individuo en pos de su riqueza personal. ¡Sea el burgués como es, que bien está!

Hegel expresa su admiración por la Economía Política al reconocerle la hazaña de comprender la plenitud de un universo innumerable de experiencias y observaciones en unas pocas leyes simples y universales. Por eso ve en ella el surgimiento de una nueva ciencia, criatura propiamente de la edad moderna ya que toma por objeto la sociedad "civil". Sin retacear ese reconocimiento y aquella admiración, reprocha a la Economía Política, empero, el permanecer en el nivel del entendimiento y mostrarse incapaz de superarlo. Ofrece así un anticipo insólito -y esencialmente completo- de la crítica de la Economía Política marxiana. Crítica que será la continuación necesaria de la dirigida contra el mismo Hegel por el joven Marx, porque, en definitiva, la "Crítica de la Filosofía del Derecho", si bien confirma el descubrimiento hegeliano de que la especificidad del Estado moderno proviene de la naturaleza de la sociedad civil, confronta ese descubrimiento con la pasividad con la que el filósofo toma -y deja- la "teoría de la sociedad civil", y denuncia la consecuencia de esa inconsecuencia en la teoría política y en la filosofía del derecho: el recurso a la "sofistería", la elevación mixtificante del

espíritu social al concepto hipostasiado de Concepto.

El joven Marx avisa una nueva perspectiva, y no se da tiempo para completar la recién emprendida crítica de la Filosofía del Derecho, que debía serlo también, en su proyecto, de la Filosofía y de las instituciones, y se entrega al estudio de la Economía Política. En los escritos económicos de Marx debemos hacer una distinción (**malgré** Shlomo Avineri) entre la obra de juventud y la de madurez. La intención de interpretar a Ricardo en clave vigorosamente radical está presente desde los comienzos, pero recién en la "Contribución.." del año 1859, la crítica de la Economía Política se eleva de la teoría de la sociedad "civil" a la teoría que trata de la superación del capital mediante la investigación de su desarrollo, transformándose de ciencia de la burguesía en ciencia del proletariado. El **principio** del socialismo científico, idéntico a la teoría crítica del capital, se halla en la Contribución y El Capital, y no antes.[\[1\]](#)

Marx inicia su obra de madurez cuando resuelve exponer la crítica de la Economía Política a partir del análisis de la mercancía, análisis que, subraya, presupone siempre el predominio del capital; en otras palabras, se trata del análisis de la mercancía del capital. Encontramos dos justificaciones de este comienzo (más allá de la prueba mayor de su acierto, que es la estructura de la obra mayor y, en definitiva, la teoría misma del capital): primera, que la mercancía es la forma más general y abstracta del capital; segunda, que el hombre moderno es, ante todo, homo mercator, y la mercancía es la forma necesaria y universal de su experiencia social inmediata (o no mediada por la reflexión). Las dos explicaciones son concurrentes y complementarias, pero "mercancía" en la segunda es la mercancía "como aparece", mientras que en la primera es la mercancía que, acorde con su concepto, se desdobra en mercancía común o relativa y mercancía dineraria.

La teoría del capital remite la escisión entre las esferas social y política a la naturaleza de la mercancía, e investiga las transiciones al socialismo ocultas en el desarrollo de las formas del capital. La línea divisoria entre Marx y los economistas está en el reconocimiento del carácter específico del capital como configuración histórica de la estructura productiva y, más sustancialmente, de la naturaleza histórica de la mercancía, la figura más simple, abstracta y general del capital pero a la vez la forma más concreta hasta el presente del producto económico en tanto producto humano universal. Pero esta mercancía desarrollada, desdoblada en la forma m-d, ya no es la del punto de partida; ésta está en el comienzo y aquélla es un resultado. No se parte del principio sino que se llega a él.

*

El joven Marx llegó a quejarse jocosamente de que sus esfuerzos por alejarse de Hegel lo unían más entrañablemente a su filosofía. El mismo duelo irresuelto marca todavía la obra de madurez. Por un lado, encontramos testimonios inequívocos del rechazo, expresado con singular énfasis en épocas alejadas, desde los Grundrisse hasta las Glosas a Wagner, pasando por el Prólogo a la primera edición alemana de El Capital. Por otro lado, encontramos pruebas implícitas pero no por eso menos elocuentes de la filosofía hegeliana en la teoría de la forma del valor y en la trabajada estructura del plan proyectado para toda la obra. Podríamos equivocarnos y sostener que Marx usa a Hegel contra Ricardo y a Ricardo contra Hegel, sin superar realmente a uno ni a otro. Si así fuera, cuando Marx acusa a Proudhon de posar como filósofo ante los economistas y como economista ante los filósofos estaría revelando el secreto de su propia obra.[\[2\]](#)

También nos equivocaríamos si contra esta acusación de superchería opusiéramos el reparo de que hay una diferencia entre ambas críticas marxianas, la de la filosofía especulativa y la de la Economía Política clásica. La dirigida contra Hegel es la denuncia de una mixtificación; consiste en pretender que el concepto simple y abstracto extrae de sí mismo la concepción de un todo concreto desarrollado

(como el barón von Münchhausen, el mamarracho hipostático que sale del pantano halando de sus propias barbas). La dirigida contra Ricardo, por el contrario, advierte acerca del carácter inconcluso de una obra que reconoce científica. Marx fustiga a los economistas clásicos porque éstos, al estudiar la mercancía y el dinero, no supieron comprender el fenómeno en cuanto fenómeno, no fueron capaces de remontarse desde el contenido hasta su forma necesaria. Pero lo hace a partir de la exposición y la adopción de los resultados alcanzados por estos mismos autores. Su crítica es severa pero intrínseca y transformativa. Les reconoce el mérito de haber reducido la forma del valor a su contenido, revelando así la articulación interna y la ley general del sistema económico en la sociedad moderna, y sólo les reprocha no haberse atendido rigurosamente a los principios descubiertos y expuestos por ellos mismos. En un caso, el rechazo extrínseco, lapidario y sin atenuantes, apenas matizado con una aceptación reticente y circunstancial de la jerga. En el otro, la minuciosa recensión, la aceptación plena y sin reparo del contenido, consecuente a tal punto que lo desborda.

Erramos, en efecto, si permanecemos en esa interpretación. Basta para salir de ella recordar que en la aceptación del contenido fundamental de la Economía Política Marx permanece fiel a la sustancia y a la letra de la Filosofía del Derecho, en la que Hegel realiza la misma celebración de esa ciencia que califica como la más propia de la época moderna y a la que consagra como la "teoría de la sociedad civil". Pero pasa de esta fidelidad, si se quiere, pasiva, a una adhesión activa cuando (décadas más tarde) emprende *El Capital* como una investigación que (por medio de una sucesión de transiciones eslabonadas: del valor a su expresión, del equivalente simple al dinero, del dinero al capital, del en sí del valor a su para sí, etc.) ha de elevarse de esa "sociedad civil" al Estado, para rematar en una concepción científica de las condiciones históricas en que la superación del capital mediada por transiciones que, sostiene, pertenecen al desarrollo necesario del propio capital, tórnase real. El autor no sabe de antemano cuáles son esas condiciones, porque si así fuera se limitaría a anunciarlas y el intrincado desarrollo de su obra sería superfluo. Pero tampoco las ignora, ni se limita a entreverlas en barruntos intuitivos, sino que el principio que se obtendrá como resultado está claramente anticipado y expuesto en el comienzo, y da cuenta precisamente de la elaboración de este comienzo y del plan de la obra en su conjunto y en su detalle. El concepto envuelve el objeto y capta sus relaciones antes de apropiarse de él. Este autor, que durante toda su carrera tanto denuesto ha lanzado contra el método especulativo, no se ha limitado a rechazarlo sino que lo ha superado, desplegándolo en el todo y el detalle de su investigación del capital.

El momento genético especulativo resalta de entrada en la Primera Sección: la transición de la mercancía primera o inmediata a la mercancía diferenciada se realiza por medio de la génesis del dinero, la cual es, a la par, la consecuencia necesaria de la naturaleza de la mercancía y la condición de su desarrollo.

Hay dos ubicaciones desde las que resulta inalcanzable el aporte original de Marx. Una, la que rechaza lisa y llanamente ese momento especulativo; otra la que -llamándolo dialéctico- lo "eleva" (degrada) a método, vaciándolo del contenido particular distinto que exige la dialéctica. Dos lectores que respectivamente adoptan estos puntos de vista advertirán, ambos, que Marx adhiere a la teoría clásica del valor trabajo, y podrán apreciar el trayecto de la exposición de lo simple a lo desarrollado, de lo abstracto a lo concreto. Pero al segundo se le escapará (como a Wagner) la diferencia entre este paso de Marx y un método especulativo abstracto, y al primero se le esfumará (como a Paul Sweezy, a Maurice Dobb, a Ronald Meek, a Ernest Mandel) la diferencia esencial entre la teoría marxiana de la forma del valor y la teoría clásica del valor trabajo.^[3]

*

Debemos interpretar que arranca de la noción intuitiva de mercancía y procede a la crítica o al desarrollo de su concepto; pero su análisis sigue los pasos de Smith y de Ricardo, identifica los "factores" de la mercancía, el valor de uso y el valor de cambio, y penetra en la naturaleza y determinación cuantitativa del valor, que resulta representar cantidades determinadas de trabajo

social. Si esto fuera todo, podría afirmarse, como lo hace Sweezy, que el método de Marx es el abstracto deductivo de los economistas clásicos ingleses, que procede por aproximaciones sucesivas. Añádase a esto que también es materialista, histórico y dialéctico, y se concluirá con Lukács y con Sweezy que el sello distintivo de Marx -por tanto, de la ortodoxia- está en el método. (A lo que se podría todavía añadir calificativos como riguroso, científico, filosófico, etc.). No es que no se diga nada, pero es demasiado y demasiado poco; porque la dialéctica es dialéctica del concepto (cfr. VÁSQUEZ, Eduardo "Ensayos sobre dialéctica") y la esencia del concepto es su determinidad. El movimiento que importa es el que esos autores omiten, ora porque lo ignoran, ora porque creen comprenderlo en la calificación de dialéctico. Movimiento que no es otro que **el de una de las dos expresiones de valor contenidas en la relación de valor.**

Dos seres inmediatos y recíprocamente externos no son por un lado el fruto y por otro la semilla. Ni el género, verdadero sujeto, se objetiva en el individuo, ni es éste el ser real y aquél una sombra en su pensamiento y nada fuera de él. La forma mercantil del valor revela la naturaleza del dinero como consecuencia de la naturaleza de la mercancía. Se trata ni más ni menos que de la génesis del concepto de mercancía, y en ningún momento se confunde la serie que va de las formas inmaduras a las diferenciadas con una secuencia cronológica natural ni histórica.[4] (La forma simple del valor presupone la mercancía como relación productiva excluyente, la forma total o desarrollada es la expresión del valor de la mercancía dineraria, la forma de equivalente general es la propia de la comunidad de las mercancías comunes). El todo desarrollado no se deduce de sus elementos, de sus estructuras más simples. La elaboración de su concepto tiene a la par como condición y como resultado la comprensión de cómo y porqué a cada fase del desarrollo corresponde una forma que al alcanzar su perfección ha de desmoronarse realizándose en otra.

*"La anatomía del hombre es una clave para la anatomía del mono. Por el contrario, [?] los indicios de las formas superiores en las especies animales inferiores pueden ser comprendidos sólo cuando se conoce la forma superior. La economía burguesa suministra así la clave de la economía antigua, etc. Pero no ciertamente al modo de los economistas, que cancelan todas las diferencias históricas y ven la forma burguesa en todas las formas de la sociedad. Se puede comprender el tributo, el diezmo, etc., cuando se conoce la renta [capitalista] del suelo. Pero no hay por qué identificarlos... En consecuencia, si es verdad que las categorías de la economía burguesa poseen cierto grado de validez para todas las otras formas de sociedad, esto debe ser tomado **cum grano salis**". No como el coronel Torrens, quien "descubre en la piedra del salvaje ... **el origen del capital**". El Capital, pág. 223. "La definición de Aristóteles [el hombre, animal político] es, en realidad, la de que el hombre es por naturaleza un miembro de la ciudad [griega clásica]. Esa definición es tan característica de la Antigüedad clásica como lo es de la yanquidad la definición de [Benjamin] Franklin, según la cual el hombre es por naturaleza un fabricante de instrumentos". "El Capital", pág. 397. (Los añadidos entre corchetes son nuestros, P.L.)[5]*

[El momento biológico en abstracto]

El primer término del falso silogismo de las categorías económicas es la sociedad animal. Ella presenta una profusión de conductas "«altruistas»" y de relaciones de "«reciprocidad»". Los etólogos trabajan en la dilucidación del significado biológico de los comportamientos "«altruistas»". Adoptemos su punto de vista y consideremos un animal que se alimenta con el cuerpo de su víctima. Obviamente, el depredador sobrevive y la presa sucumbe, pero este desenlace no da cuenta del éxito adaptativo de uno y otro individuo, [6] que se cifra y dirime en la supervivencia de sus respectivos descendientes y otros conespecíficos portadores de una parte de su misma dotación genética.

En ciertas circunstancias (v. gr. un rebaño huyendo de una jauría), la muerte de un individuo adulto puede brindarles a sus hijos o a congéneres de linaje próximo, la oportunidad de evitar el acoso de un depredador (en el mismo ejemplo, al demorar a los perseguidores). El altruista o el héroe sacrifican su vida y al hacerlo optimizan su egoísmo genético ("variable objetivo", en sentido figurado). Los etólogos inquieran acerca del valor adaptativo de una conducta heroica o altruista y descubren la vara con que ha de medirse el éxito biológico en general. Los rasgos hereditarios del individuo exitoso le sobreviven en su prole pero también -y éste es el punto- en la de sus "«parientes»" consanguíneos.[7]

Así, pues, en un comienzo era el sexo, el vínculo primordial, entrañablemente estrecho y eternamente renovado, la relación productiva en ciernes. Un individuo favorece sistemáticamente, por medio de una actividad determinada, la supervivencia de otro individuo y mantiene esta conducta en ausencia de retribución, es decir, sin que para su continuación o repetición de actos con probabilidad significativa de tener igual efecto esta conducta requiera ser realimentada por una actividad del segundo individuo favorable a la supervivencia individual del primero. Así, pues, la relación productiva primordial no es todavía producción porque no es recíproca. Pero en esa unilateralidad en la que es menos que producción, es también más, porque en su actividad dirigida a otro el individuo realiza inmediatamente su finalidad: al llevarla a cabo para otro el agente activo la realiza para sí. Comprende una gran diversidad de conductas en todo el reino animal. Los peldaños de esta relación en la escala zoológica comprenden la inseminación y la concepción, la cópula, el cortejo, el "«regalo nupcial»" de arañas e insectos machos a su pareja sexual, el desove y el cuidado de los huevos inseminados de padres ovíparos, la parición en madres vivíparas, la alimentación y protección de las crías de pichones y cachorros, el amamantamiento ... A esta escala que llega a los mamíferos pertenecen el altruismo y la heroicidad de centinelas y "«kamikases»" que se arriesgan o sacrifican para proteger su grupo (cardumen, bandada, horda, majada, piara, jauría) con probabilidad de estar compuesto con descendientes, hermanos o primos, portadores de igual simiente e incluso especímenes no consanguíneos pero "«inversores»" comprometidos en el mismo linaje. Tales muestras de "«altruismo»" heroico serían entonces la expresión de un **egoísmo** genético consecuente. Que, sin menoscabo de la valía del valeroso, perpetúa su figura.

El egoísmo genético es altruismo particular.[8] Este ser viviente abstracto, un organismo biológico sin más determinación que la de ser multicelular y sexuado, alcanzará aún más plenamente la finalidad de su egoísmo genético individual mediante la conducta opuesta al altruismo particular, a saber, el altruismo incondicionado universal. Pero el altruismo incondicionado tendría sentido adaptativo para un individuo únicamente si todos sus conespecíficos lo practicaran. (Si el imperativo de la razón kantiana garantizara la observación del precepto moral). Para alcanzar el beneficio infinito de esa virtualidad una especie biológica deberá emprender el largo camino evolutivo que en la nuestra desembocó en la antropogénesis para encontrar en ella un nuevo punto de partida; larga secuencia de pasos intermedios consistentes cada uno en una compleja interacción entre nuevas transformaciones biológicas, ambientales y sociales.

La adopción de la vía sexual y consiguientemente del altruismo particular es, en retrospectiva, la superación del egoísmo absoluto o inmediato. Ahora, el desarrollo de este nuevo principio tiende también a su superación.[9]

La extensión del altruismo particular a conespecíficos no emparentados se ve facilitada por ciertas transformaciones anatómicas necesarias para la perfección del egoísmo genético exclusivo, el principio trascendido. Son las que permiten el reconocimiento de hijos, pareja sexual, "«parientes»"

directos (hermanos, primos, sobrinos, nietos); de conespecíficos asociados al individuo por haber "«invertido»" en la misma prole (la pareja identificada, consuegros, yernos, nueras, abuelos, "«tíos políticos»", etc.) y, finalmente, de individuos aliados o subordinados. En suma, de "«parientes»", "«familiares»", "«amigos»" y "«servidores»" (VI, Hobbes); palabras que, en este contexto, se despojan de su connotación antropomórfica y se toman en su acepción más abstracta. El reconocimiento primordial, el de especímenes "«familiares»" y "«parientes»", tiene como contraparte la sistemática agresión contra rivales y extraños en general, y, en particular, toda la gama de la discriminación contra crías ajenas: desde el rechazo y la negación de alimento (focas hembras) hasta el filicidio (leones machos). Cada individuo trabaja para otro espécimen no "«pariente»" y al hacerlo niega su egoísmo genético pero lo afirma (niega esa primera negación) porque y en tanto el otro trabaja para él. El egoísmo genético, que se había desarrollado como altruismo particular (aves, mamíferos), sufre una nueva transformación hacia la reciprocidad (egoísmo mediado por el altruismo condicional). La nueva extensión de la actividad dirigida a un otro no "«pariente»" se fijará como conducta específica en función de la probabilidad de que el individuo favorezca con ella la supervivencia de sus propios "«parientes»". Esta probabilidad puede verse favorecida en ciertos comportamientos colectivos en los que la reunión y la acción conjunta de un número umbral de individuos favorece la probabilidad de supervivencia de ellos y sus descendientes. Una jauría de hienas puede sitiar a una leona y arrancarle la presa, poniéndola en fuga (cooperación). Un cardumen puede ofrecer a los peces más próximos a un depredador posibilidades de ocultamiento mediante rápidas maniobras de permuta y transposición con otros individuos que navegan en cursos algo más alejados, complicando y eventualmente frustrando al cazador en la delicada maniobra de la persecución y ataque. La simple reunión y mera proximidad o contigüidad de numerosos individuos en determinadas circunstancias puede mejorar la probabilidad de reproducción (inseminación, apareamiento, cortejo), alimentación o defensa. Este condicionamiento recíproco, todavía extrínseco y fortuito, constituye el campo en el que por medio de nuevas adaptaciones orgánicas se desarrollará la reciprocidad (v. infra). Para ello es necesario que el espécimen singular desarrolle una escala de aptitudes que se elevan en complejidad desde la capacidad de identificar otros individuos, llevar un registro de sus acciones, evaluar sus conductas, distinguir y anticipar sus reacciones ante la propia acción, intuir sus intenciones, sopesar su lealtad...

Su "«lealtad»"... Estos conceptos presentan dificultades debidas a que el lenguaje está cargado de connotaciones antropomórficas en general y propias del capital en particular, así como la terminología económica incluye vocablos que retienen significados biológicos ("circulación", etc.). Indicamos con comillas dobles algunas de las palabras que corresponden a categorías sociales o económicas tomadas en su acepción etológica. En el caso del comportamiento de un animal hacia sus "«parientes»", reteníamos la identidad de esta estructura con la familia humana a la vez que recordábamos -o anticipábamos- la diferencia. Ahora bien, si el animal se conduce como un **pater familias** burgués, ¿porqué no ha de cavilar propiamente como un **homo oeconomicus** a la hora de sopesar los términos de sus dilemas evolutivos? Pues incluso aunque carezca de la facultad de aplicar las tan aceptadas técnicas de la ingeniería de proyectos (la tasa interna de retorno, el valor actual neto, la relación beneficio-costos), y si, en cambio de ello, sus apuestas evolutivas son ciegas y aleatorias, cada adaptación o "«inversión»" que realiza una especie en una opción evolutiva determinada será "«castigada»" con un "«costo»" energético y de especialización u oportunidad y "«premiada»" con un "«beneficio»" evolutivo. O bien, la convalidación evolutiva de esta conducta requiere y confirma su ventaja individual en términos promediales y probabilísticos. Parece inevitable añadir que el éxito de una adaptación exige -y demuestra- un aumento proporcionalmente mayor, o una disminución proporcionalmente menor, de los beneficios que de los costos, una relación entre los primeros y los segundos más que unitaria, pero de inmediato surge que ese corolario es o una tautología o un sinsentido. Lo primero si el beneficio es la supervivencia y el costo la extinción, lo segundo si la referencia a un coeficiente unitario implica a) que por un lado los costos y por el otro los beneficios anteriores y posteriores a la adaptación y al cambio ambiental son directamente comparables, y b) que costos y beneficios son idénticos en sus cualidades y conmensurables (como cuantos de trabajo mecánico, energía, ajustados por probabilidad), y/o c) que los costos, por su lado, y los beneficios, por el suyo, son magnitudes cardinales.

Esta cuestión evoca las cavilaciones Edgeworth, Slutsky, etc. sobre el carácter cardinal u ordinal de las utilidades. Independientemente del (negado) acierto de las soluciones que estos autores ofrecen y otros muchos acogen como verdaderas, cabe preguntar si pertenecen a la ciencia que estudia las formas históricas modernas de la producción humana. La pregunta no merece respuesta, pues es retórica.

[El **don** o la reciprocidad personal diferida]

En la obra de Marx la naturaleza de la mercancía se centra en el carácter indirecto de su producción. Su especificidad la contrapone, como forma de producto que es objeto de intercambio, a las formas de producción directa y no como mercancía a otras formas de intercambio de productos. Empero, esta afirmación debe matizarse recordando que Marx hace referencia a formas de intercambio no mercantiles. En el Capítulo II de El Capital advierte contra el error de confundir el intercambio de mercancías con el intercambio directo de productos. En el mismo contexto alude al intercambio de productos entre comunidades. Comencemos, pues, por seguir a Marx en la caracterización de la mercancía considerada como producción indirecta. Luego presentaremos la noción de **don** (en el sentido de Marcel Mauss), y mostraremos que este concepto, al contraponerse al de Mercancía, lo complementa.

Los Grundrisse ofrecen una exposición de las configuraciones históricas de la producción tal como las concebía Marx poco antes de 1959, año en que publicó la Contribución, que contiene la primera exposición de su teoría de la forma del valor, donde anticipa sus principales descubrimientos sobre la naturaleza específica de la mercancía, que expondrá años después en la Primera Sección de su Das Kapital. Encontramos tres grandes estructuras de la producción humana. La **Forma I** es la producción basada en la dependencia personal, que ha sobrepasado ya el círculo más estrecho de la comunidad primordial fundada en la relación biológica. La esfera de la producción permanece restringida al ámbito del poder personal y extendida por medio del dominio indirecto. La **Forma II** prescinde de la dependencia personal y la reemplaza por la dependencia de las personas respecto de las cosas. La esfera de la producción se torna universal, desbordando los límites de toda sociedad particular. Esta forma es la que prevalece en la presente época histórica. La **Forma III** es la asociación de personas libres, y pertenece al futuro, ya que se tornará posible y a la par necesaria como consecuencia del desarrollo de la **Forma II**.

La **Forma II** es la relación mercantil. Se contrapone a la **Forma I** pues en esta última el trabajo es directamente social y en aquélla sólo lo es de modo indirecto. Este carácter es allí incondicionado y **ex ante**, aquí condicionado y **ex post**. La producción es directa donde coincide de inmediato con la ejecución del trabajo y éste es, por tanto, inmediatamente social. En la producción mercantil, por el contrario, no basta que la labor productiva se lleve a cabo materialmente para que el trabajo cobre realidad en cuanto social.

*

A partir de cierta fase evolutiva en una población de animales la reciprocidad involucra reconocimientos biunívocos entre grupos e individuos. La reciprocidad es compatible con la igualdad pero **no la presupone ni excluye la dominación**. Una forma elemental de reciprocidad entre individuos emparentados y no emparentados es el harén de un macho dominante con varios machos serviles de jerarquías inferiores que esperan su oportunidad de reemplazarlo o de copular oportunísticamente; otra estructura se caracteriza por la formación de bandas de individuos del mismo sexo que favorecen las actividades sexuales de sus miembros defendiéndolos de la agresión de patotas rivales (mandriles); otra es la cooperación, eventualmente estacional para la caza y la defensa de presas mayores contra rivales conoespecíficos o no (leonas), o la integración de patrullas para la

defensa territorial (hembras gorila).[\[10\]](#)

Lo distintivo de esta conducta no se cifra única ni principalmente en la cooperación grupal ni en la solidaridad activa de un individuo con otros a los que alimenta, protege, defiende, desparasita o ayuda de modos diversos; tampoco en que el individuo puede llegar a favorecer a especímenes conespecíficos no emparentados y por tanto la supervivencia de linajes distintos del propio. En ausencia de reciprocidad, esa extensión es aleatoria e indiscriminada (como cuando el defensor "heroico" salva del ataque de depredadores a un grupo de conespecíficos con el que la probabilidad de parentesco genético es significativa). En la reciprocidad la conducta solidaria pierde ambos caracteres, deja de ser accidental o fortuita y se torna discriminada. No presupone una solidaridad universal: el individuo ayudará a determinados congéneres y rehusará ponerse en trabajos y riesgos en favor de otros. Discriminará de acuerdo con su esperanza en obtener de su favorecido una contraprestación retributiva oportuna y adecuada, preservando la finalidad biológica primigenia. Pero esta diferenciación requiere una inteligencia evolucionada. Las adaptaciones biológicas que pusieron el sello del género humano en nuestros antepasados remotos nos especializan biológicamente para la reciprocidad y por tanto para el intercambio. Las mismas aptitudes que perfeccionan la solidaridad genética particular (identificar las crías propias y los parientes) permiten trascender la solidaridad genética particular.

*

Marx encuentra en la figura histórica más desarrollada el secreto de la más incipiente. [\[11\]](#)El análisis de la mercancía revela en ella su significado adaptativo: **es la primera forma evolutiva de la condición humana en la que la producción es objetivamente universal.** En este desborde de todo localismo insiste elocuentemente Smith y, vigorosamente, Marx. Si contraponemos, empero, la mercancía con el intercambio de productos no mercantil, como el don, vislumbramos la huella que viene desde el mundo animal, a través de la evolución de la reciprocidad entre conespecíficos no emparentados genéticamente. Debemos celebrar el éxito adaptativo de nuestros antepasados, pero también algunos de sus fracasos inmediatos: nuestra peculiar evolución se vio favorecida por nuestra relativa incapacidad (propia de los primates pero no, p. ej., de los ratones) para distinguir el propio linaje, y por la habilidad de aquellas hembras primigenias que aprendieron a engañar al dueño del harén ocultándole la filiación de los cachorros de otros padres.

Una facultad de los individuos necesaria para la reciprocidad es la de distinguir la identidad de sus conespecíficos, evaluar sus acciones y reacciones... ¡y recordarlas! Para ello hace falta un talento sutil y siempre raro. El macho dominante en una sociedad de primates, lo mismo que el jefe político o militar en una sociedad humana, cifra su éxito en la aptitud para distinguir entre sus subordinados los amigos de los enemigos. Nuestras capacidades adaptadas para la relación productiva primigenia nos hacen propensos al agradecimiento y a la venganza, nos mueven a procurar la lealtad de otros y a precavernos de sus ofensas. Hobbes habla del hombre rico que mediante dádivas y favores logra amigos leales y servidores fieles.

Tiene que haber a la vez proximidad y distancia entre individuos que entran en una relación de reciprocidad. En el **don**, el donatario se compromete a una prestación adecuada, pero la difiere; en prenda de su compromiso debe ponerse en manos del donante (o pone en sus manos una prenda), pero es él quien se queda con el bien que lo obliga. La tensión se resuelve transfiriendo al objeto la identidad y el poder del donante, reforzado y asistido por la protección de individuos superiores y poderosos, vivos o muertos; en virtud de esta protección, la identidad y el poder del donante se revisten del carácter de lo mágico.

En la relación de reciprocidad de prestaciones **humanas** que conocemos como **don**, los objetos del

intercambio no son seres inertes y meramente materiales sino corporizaciones diversas del alma de los participantes y de los espíritus de sus parientes fallecidos y de ciertas fuerzas (naturales) de carácter más general en cuanto su personalidad es más difusa (deidades ctónicas). El intercambio entre los hombres forma parte de sus respectivas transacciones con espíritus y poderes que se tienen y son tenidos como partes interesadas. El regateo entre los participantes vivos se entrelaza con el rito que apunta a fuerzas propicias o maléficas. La contraprestación por la que el donatario se libera no es la cancelación de una deuda sino más, el libramiento de un hechizo. En la trama de obligaciones mutuas que se concreta en el otorgamiento del **don** y su posterior anulación, opera la eficacia mágica.

La unidad natural-social se transforma en social-natural. El principio de reciprocidad, que niega y conserva el del parentesco biológico, está a su vez superado en la unificación difusa del mundo que se produce en el elemento mágico. La circunstancia que concita la necesidad del elemento mágico es que, en cuanto a su concepto, el **don** se entabla entre individuos no emparentados. El horror ante el extranjero se atempera incorporándolo y tocándolo, convirtiéndolo en una especie de pariente mediante un pacto solemne, incluyéndolo en un ritual, intercambiando prendas que los aliados llevarán sobre sus cuerpos, armas, herramientas, animales, talismanes, hijos, mujeres y otros bienes propicios para sellar el vínculo fraterno. El pensamiento sobrenatural tiene todavía el sello del pensamiento natural. La magia es un barrunto de la unidad del mundo como actividad humana. Esta totalidad es difusa, directa, indiferenciada. Propios y extraños traban vínculos de lealtad recíproca, y los parientes más poderosos de los aliados, principalmente los muertos, se corporizan en los objetos entregados para velar por los intereses familiares y supervisar los actos y acaso las intenciones del donatario. En una sola trama se entrelazan propios y ajenos, muertos y vivos, animales, cosas y personas, poderes humanos, fuerzas naturales, poderes y fuerzas sobrenaturales. A la vez, pertenece a la esencia del rito mágico -y del mágico religioso- el que los participantes no lo distinguan de las artes prácticas, como las relativas a la medicina y a la caza (hacer, hecho, hechizo). En un comienzo era el verbo. [12]La magia tiene su elemento en esta confusión y en ella florece "el espíritu del **don**".

"La magia es el campo de la producción pura, **ex nihilo**... El arte de los magos sugiere los medios, amplía las virtudes de las cosas, anticipa los efectos... La historia de las técnicas nos enseña que entre ellas y la magia hay unos lazos genealógicos". MAUSS, M. "Historia y fuente de la magia", pág. 149. La magia, añade, ha brindado sostén a la técnica "prestando su autoridad y eficacia en los ensayos prácticos pero tímidos que hubieran sido un fracaso sin ella". El rito mágico es a su vez una técnica para fijar y transmitir las artes prácticas y encierra un reservorio de experiencias y principios, "un tesoro de ideas". En particular, "algunas técnicas de objetivo complejo, de acción insegura y de método delicado como son la farmacia, la medicina, la cirugía, la metalurgia y la esmaltación (estas dos últimas, herederas de la alquimia) no hubieran podido sobrevivir sin el apoyo de la magia".

En las instituciones propias del **don**, la contraprestación se demora y, con ello, el nexo social se prolonga en el tiempo y se extiende en el espacio, pero siempre en los límites biológicos del reconocimiento entre donante y donatario. Estos límites fueron ampliándose por medio de adaptaciones biológicas y culturales, hasta que una forma de intercambio radicalmente opuesta al **don** los hizo estallar definitivamente, tornando inútiles y superfluos sus elaborados perfeccionamientos milenarios (biológicos y culturales). La mercancía pone y presupone (premisa y resultado) la eliminación de todo otro nexo social, de toda relación directa de producción o de dominación, de todo fetichismo que no sea objetivo.

Como forma específica del intercambio, la mercancía es, en todo, lo contrario del **don**; éste es una relación particular y personal, aquella universal e impersonal; mientras la esencia del **don** es la prolongación en el tiempo del nexo social, la mercancía es una relación productiva evanescente; en tanto en el **don** se exige una prolongada demora en la devolución, la mercancía requiere una contraprestación instantánea o -en su defecto, con igual inmediatez- la documentación formal de la obligación contraída. En la estructura del **don** la riqueza es poder, a condición que se provea con

liberalidad. La mercancía es "purchasing power", y ésto únicamente en su contrafigura dineraria.[\[13\]](#)

Smith tiene razón contra Hobbes si se trata de la mercancía, de la sociedad civil, desencantada y contrapuesta al Estado; y Hobbes contra Smith si se trata del intercambio de dones, donde tal contraposición es incipiente o nula. Smith confunde en un masacote indistinto el trabajo general, productor de valor mercantil, con el trabajo humano en general, la mercancía con el producto, el intercambio de bienes con el mercado, la gestión del empresario de la manufactura capitalista escocesa dieciochesca con pulsiones inherentes a la naturaleza humana, el comportamiento social del propietario de mercancías con la propensión a trocar una cosa por otra que supone esencial a nuestra especie biológica. Mas a la vez este naturalismo es desbordado por un atisbo de comprensión sobre el salto adaptativo (discontinuidad en la continuidad) que el intercambio de productos generalizado representa en la historia natural. La división universal del trabajo social es la sociedad universal, que ha roto los estrechos límites naturales del parentesco y el **don**.[\[14\]](#)

*

En efecto, para comprender acabadamente la historicidad de las categorías mercantiles hay que tomar la mercancía en su figura más desarrollada, como mercancía del capital. Y no del capital en general, sino del capital, a su vez, histórico, sometido por su propia ley a un desarrollo transformativo.

La Economía Política ordinaria (sea en su forma "vulgar" o neoclásica), que desconoce esa estructura y ese desarrollo, y capta la mercancía apenas como bien que se intercambia, no alcanza a comprender esa historicidad, ni siquiera reducida al aspecto desvanecidamente lógico (abstracto) de "especificidad". Sin embargo, la mercancía, incluso para el punto de vista ingenuo que la toma en su primera determinación, muestra su diferencia específica, en contraste con otras formas de intercambio de bienes, por simple comparación extrínseca. Mientras, v. gr. el **don** (en el sentido de Marcel Mauss) obliga al donatario a una contraprestación futura e indeterminada, entablándose por consiguiente un vínculo de lealtad o gratitud que perdura en el tiempo, la mercancía **al contado** es un nexo impersonal, evanescente. "Lealtad", en el contexto de la mercancía, no tiene el sentido de comunión o fidelidad a una persona sino de respeto a una norma supuestamente universal, no de honor sino de honorabilidad u honradez. Al igual que en la mercancía, en el **don**, el "potlach", la dote (en el marco de las instituciones regulatorias de la exogamia), y otras formas de intercambio, se sobrentiende que toda transferencia de bienes entra en una malla de relaciones quid pro quo entre individuos no consanguíneos que prolongan las relaciones más arcaicas de ayuda incondicional (como el cuidado parental de cachorros y pichones); las cuales, en el desarrollo mercantil, corresponderán respectivamente a las esferas circunscriptas de la producción y el consumo. (El ámbito del "altruismo particular", la familia, contrapuesto al "egoísmo universal", la sociedad civil). Incluso en su primera determinación la mercancía se destaca de todas las formaciones económicas anteriores porque su esencia es la universalidad basada en la ajenidad e indiferencia recíprocas entre los hombres mercantiles. Se ha extinguido el maná mágico que antes conectaba el **don** con el mundo de los espíritus de los vivos y especialmente de los muertos (SAHLINS, M. op. cit.). Pero la materialidad de la relación mercantil se acentúa en la condición de que la contraprestación debe ser instantánea y estipulada con precisión contractualmente, ex ante. La mercancía deviene, dice Marx, un jeroglífico social, pero en esta determinación es, todavía, algo completamente natural, práctico, simplificado. La relación con extraños -cuando no con extranjeros-, que era excepcional, deviene la norma, y ello requiere que el individuo se revista de una identidad jurídica, igualmente universal, de una **personalidad impersonal**. Surge el hombre escindido de la sociedad moderna, doblemente unilateral (bourgeois, citoyen), el "individuo dieciochesco" ("Grundrisse.."): los lazos que implican dependencia personal o incluso la vida común entre individuos no emparentados que se reconocen y guardan memoria de sus relaciones particulares deben desvanecerse para que predomine la relación mercantil.

(El desarrollo del capital tomará a su cargo la disolución de las relaciones precapitalistas, aunque antes de eliminar la servidumbre y la esclavitud deba valerse de ellas con crueldad feroz y en una escala sin precedentes).

La mercancía en su primera determinación tiene, pues, cierta estructura, posee características que la distinguen inequívocamente de otros arreglos históricos de la circulación de bienes. Tiene precondiciones, antecedentes, diferencias, estructuras, etc., pero no encierra su propia génesis: ella es, tal cual se nos da, un hecho de la vida empírica. No ha devenido, es. Y tal es su noción: no se llegó a ella por un camino mediado por la razón, sólo se la "sabe". Y esto que se sabe es lo que está en el comienzo.

[1] ¡Ni siquiera en "El Manifiesto.."! Adviértase que aludimos al **principio**, que, sostenemos, es la teoría marxiana del capital.

[2] Tal el tono que cultivan, y la conclusión que merodean, autores varios como PAPAIANOU, Kostas ("De Marx et du marxisme") y DENNIS, Henri ("L' «Economie» de Marx, histoire d' un échec"). Estos dos estudios en particular obligan a reconocer que los pocos adversarios de Marx que se han propuesto al parecer seriamente penetrar en su obra, aunque hayan quedado lejos de lograrlo, proyectan otra imagen intelectual de su "víctima". Indudablemente más fértil y vigorosa que la pueril apología que se figura un coloso con el mundo sobre su cabeza. Al brindar pormenores de debilidades y falencias que ellos descubren en obras de Carlos Marx, estos autores aportan a una crítica que, sin embargo, queda fuera del alcance de simples adversarios, incluso de los más dignos, si no cumplen con la exigencia que esta obra impone a toda obra crítica, la de ser immanente. En algo hay que corregirlos: la verdadera y auténtica **"histoire d' un échec"** es la suya!

[3] En las Glosas a Wagner, Marx rechaza indignado la interpretación que le atribuye, partir del concepto de valor. Yo no parto de ese concepto, dice, ni de ningún otro. "Parto de la mercancía...".

[4] No se trata, pues, tampoco de un método unilateralmente determinado como genético. Apréciese la diferencia con la definición ofrecida por Victor Karady en su presentación de las obras de Marcel Mauss: "El método genético se basa en la hipótesis que el hecho complejo es deducible del simple, el superior del inferior y (lo que viene a ser lo mismo en la óptica evolucionista) el posterior del precedente".

[5] Esto equivale a advertir contra la colocación de las categorías económicas según su grado de genericidad en un juego de cajas chinas. O bien, que silogismos como los siguientes:

La sociedad animal está basada en la reciprocidad;
la sociedad humana es una sociedad animal; luego,
la sociedad humana está basada en la reciprocidad, o:

La sociedad mercantil es una sociedad escindida;
la sociedad capitalista es una sociedad mercantil; luego,
la sociedad capitalista es una sociedad escindida,

son **a la vez** verdaderos y falsos. Verdaderos en el momento de la identidad de las categorías que llevan el mismo nombre, falsos en el de su diferencia, que proviene precisamente del desarrollo.

[6] La especie que apostó (en sentido figurado) por la reproducción sexual debió anotar en sus costos la mayor inversión energética del individuo singular y la menor proporción de genes propios en su prole; en los beneficios, el "pool" de genes sanos que reúne la pareja, y la mayor adaptabilidad de los descendientes debida a la incrementada variabilidad genética. El beneficio para la población es, en suma, su diversidad biológica. "Como subrayó J.B.S. Haldane, genetista británico, la selección sólo se dejará sentir en la generación siguiente cuando influya en los rasgos sometidos a control genético y sean, pues, heredables". GRANT, Peter R. "La selección natural y los pinzones de Darwin" **Investigación y Ciencia**, versión en español de Scientific American No. 183, Dic. 1991. No se trata, pues, del "triunfo de los más aptos". La frase -y, con ella, la noción

de fitness- fue acuñada por Herbert Spencer y convertida por él en la pieza clave de un artificio mixtificante que simula cimentar la integración del saber humano calzando las ciencias sociales dentro de las naturales. El profesor Peter R. Grant comenta irónicamente que estas expresiones de cuño spenceriano sólo dicen que los sobrevivientes sobreviven. La mezcólanza spenceriana -tautología mera y huera- brinda a la par una representación mercantilizada de la selección natural y una justificación naturalista de la jerarquía social existente. Esta última resulta de la ley universal natural que impone y asegura el éxito de los más aptos (los que ganan son exitosos y éstos gananciosos); el saber humano unificado culmina finalmente en el corolario social-darwinista: todo favor a los inferiores es vano, ya que difiere su extinción y retrasa el progreso.

[7] El enigma del altruismo se resuelve en un truismo: un individuo que se sacrifica por otro no se sacrifica si el otro no es otro; pues si incurre en costo o sacrificio de su vida para favorecer la supervivencia de un conoespecífico a expensas de la propia, su éxito adaptativo depende únicamente de **cuán semejante es el semejante singular favorecido**, y, dados los grados de afinidad, de cuántas veces se multiplica su apuesta genética en la pluralidad de individuos que sobreviven gracias al inmolado.

[8] Usamos ex profeso las expresiones escogidas por el autor de la Filosofía del Derecho para referirse a los principios que dominan los tres grandes ámbitos resultantes de la escisión de la sociedad moderna: el altruismo particular, el egoísmo universal y el altruismo universal. El primero es el amor, el segundo los negocios, el tercero la política. En cuanto ámbitos del amor, los negocios y la política corresponden, respectivamente, a la Familia entendida como institución del Estado moderno, a la "sociedad civil", y al Estado. El nexa social reposa en el egoísmo universal y en cambio el vínculo del amor es tan ajeno al **bourgeois** como al **citoyen**. El altruismo únicamente tiene cabida como idealidad abstracta. Falta la reciprocidad, al parecer tan olvidada por el filósofo como subsumida por la relación mercantil.

[9] Un camino evolutivo distinto es el perfeccionamiento del altruismo particular mediante transformaciones orgánicas que no tienden a trascender la cooperación entre parientes sino que la fijan eliminando la capacidad de reproducción de algunos de éstos, convirtiéndolos en clones estériles como las obreras del panal.

[10] Cfr. ALCOCK, John "Animal Behavior. An Evolutionary Approach", Sinauer Ass. Inc. Pub., Sunderland Mass., 1979. GHIGLIERI, M. P. "Ecología de los chimpancés", **Investigación y Ciencia**, versión en español de Scientific American, Ago. 1985. OWEN LOVEJOY, C. "Evolución de la marcha humana", **Investigación y Ciencia**, versión en español de Scientific American No. 148, Ene. 1989. TRINKAUS, Erik, HOWELLS, William W. "Neandertales", **Investigación y Ciencia**, versión en español de Scientific American No. 41, feb. 1980.

[11] Durkheim encuentra interés en la sociedad primitiva para comprender el presente, y es indudable que ambos enfoques son complementarios.

[12] Obsérvese el sentido teológico de "Verbo" y el doble sentido de la palabra inglesa "spell".

[13] Encontramos una excelente discusión sobre la crítica de Smith a Hobbes en LANTZ, Pierre "Valeur et richesse", Anthropos, Paris, 1977. Para Hobbes "riches joined with liberality is Power, because it procureth friends and servants: without liberality not so, because in this case they defend not but expose men to envy as prey" ("Leviathan" I, 10). Para Smith, en cambio, la riqueza no ofrece a su poseedor poder político, civil ni militar, sino apenas poder para la adquisición de bienes. "The power which ... this possession immediately and directly conveys to him, is the power of purchasing, a certain command over all the labour, or over all the products of labour, which is then in the market". ("The Wealth of Nations", pág. 26). Pero el vocero de la mercancía no puede sino serlo del capital: "Capitals are increased by parsimony, and diminished by prodigality and misconduct". Y compara: "That portion of his revenue which a rich man annually spends is in most cases consumed by idle guests and menial servants, who leave nothing behind them in return for their consumption. That portion which he annually saves, as for the sake of the profit it is immediately employed as a capital, is consumed in the same manner, and nearly in the same time too, but by a different set of people, by labourers, manufacturers, and artificers, who reproduce with a profit the value of their annual consumption...". (Op. cit. págs. 301 y sgtes.).

[14] Sólo después de haber publicado el primer tomo de "El Capital..", Marx comprendió el papel de la afinidad genética en los orígenes de la estructura social. En el Primer Tomo leemos: "Dentro de una familia, y luego de un desarrollo posterior, dentro de una tribu, surge una división natural del trabajo a partir de las diferencias de sexo y edad, o sea sobre una base estrictamente **fisiológica**". (El Capital, pág. 428). Una nota de pie de página inicialada por Engels nos ofrece el vislumbre de la dirección en que se desarrollarían las ideas de Marx: "Estudios posteriores sobre la situación del hombre primitivo, muy sistemáticos y profundos, llevaron al autor a la conclusión de que originariamente no fue la familia la que se desarrolló hasta convertirse en tribu sino que, a la inversa, fue la tribu la forma natural y primitiva de la asociación humana fundada en la consanguinidad, de tal modo que sólo más tarde, cuando comenzaron a disolverse los vínculos tribales y a partir de esa disolución, se desarrollaron las variadísimas formas de la familia".

1.2.1. La especificidad de la mercancía.

Retomamos el problema de la especificidad de la mercancía, pero, ahora, desde otro ángulo: mientras antes contraponíamos la mercancía con otras formas de intercambio del producto social -como el **don** maussiano-, aquí la especificidad de la forma mercantil surgirá del análisis de esta forma. Las premisas de la estructura mercantil que estaban en discusión, ahora se presuponen; el abordaje es intrínseco y progresivo tanto **vis à vis** conceptos y categorías elementales de la Economía Política cuanto en su relación con la única investigación original conocida hasta hoy sobre las **formas** capitalistas del valor y el plusvalor **en tanto que formas**. Es evidente que aludimos al "Das Kapital"; las pocas obras posteriores que tratan de la forma del valor no sobrepasan el horizonte de esa exposición (como en el caso de los "Ensayos..." de Isaak Rubin) o, mucho más frecuentemente, no vuelven a alcanzarlo.

Esa obra ofrece la comprensión acabada de cómo y porqué el dinero es una consecuencia necesaria de la naturaleza específica de la mercancía, al explicar que la génesis del dinero coincide con la forma del valor mercantil y el desarrollo de esta forma y, en verdad, es idéntica al desdoblamiento necesario que sufre la mercancía en la expresión de su valor. En virtud de su génesis, el dinero no se presenta como una cosa (Gegenstand) sino también como un desarrollo procesual y un algo resultante (Enstandenes). No es, pues, "dinero" clásico o neoclásico, que se confunde con moneda. Antes de abordar las metamorfosis del capital, es decir, la mercancía y el dinero en cuanto capital, Marx estudia el capital en cuanto mercancía, o la mercancía "como la forma más general y más abstracta del régimen burgués de producción". Desde el comienzo, en la teoría de la forma del valor (la cual tiene su significado en una fenomenología que se levanta de la experiencia de la consciencia del valor mercantil a la del plusvalor capital, y a la par progresa de la economía política como "teoría de la sociedad civil" y de la consciencia de clase meramente social a la consciencia de la acción histórica), la obra de Marx se eleva sobre la de sus predecesores más destacados, Ricardo y Hegel.

Marx ofrece una exposición elaborada y explícita de los aportes de Ricardo; esa exposición le lleva "más allá de Ricardo" y abre una nueva perspectiva teórica en la que la Economía Política es **virtualmente** superada. En contraste, el tratamiento de Hegel permanece fragmentario e incompleto. Pero la crítica a Ricardo únicamente podía completarse a través de una crítica a Hegel, de modo que -para nosotros- el carácter inconcluso de ésta dejó abierta la brecha por donde se produjo la regresión ricardiana en la escuela fundada por Marx.

A lo dicho se objetará que Marx salda sus cuentas con Ricardo ya desde el primer capítulo del Das Kapital. Y debemos conceder que el propio autor lo proclama así, de modo explícito y hasta contundente: reconoce a los economistas clásicos el mérito de haber descubierto la naturaleza y la determinación cuantitativa del valor de las mercancías, y, por ende, el contenido de las formas mercantiles del valor, pero les critica que no fueron capaces de explicar cómo y porqué ese contenido encuentra expresión necesaria en esas formas específicamente históricas (mercantil y dineraria). En efecto, la teoría de la forma del valor -expuesta en la Contribución y en la Primera Sección del Das Kapital-, anticipa la esencia de la crítica de la economía política. Pero, primero, Marx no se detiene allí sino que -como es evidente- dedica gran parte del resto de la obra a consolidar la crítica a Ricardo, incluso a replantear y resolver problemas encarados -y sólo en parte resueltos- por éste (como los más célebres: el valor de la mercancía "fuerza de trabajo", la "transformación de valores en precios de producción", la renta capitalista de la tierra); y, segundo, esa crítica retorna a un terreno todavía ricardiano (el análisis del plusvalor con prescindencia de su forma, como en el caso de los ejemplos recién mencionados). En la economía política limitadamente burguesa no está la forma en cuanto forma: las mercancías, en tanto y en cuanto son reproducibles por medio del trabajo, poseen valor, y el valor de las mercancías "gobierna" el valor de las mismas. Pero la forma mercantil misma que el producto posee es inherente a la naturaleza genérica del producto y no a su naturaleza mercantil específica. Esta limitación no alcanza a ser superada por Marx.

El gran aporte de la crítica marxiana consiste en haber descubierto la especificidad de la forma mercantil. Su falla es que, habiendo determinado la historicidad de la forma mercantil del valor, no alcanzó a comprender que esa historicidad compromete radicalmente la estructura del valor mercantil. La limitación se traslada, inevitablemente, a su exposición de la "forma o expresión" del valor, donde procura -infructuosamente- poner en relación directa el valor genérico de la mercancía con la forma específicamente mercantil de ese valor, y frustra la principal consecución de la teoría del capital: descubrir en la ley del desarrollo del capitalismo -y, por ende, del Estado Moderno-, las condiciones de la extinción del capital y del Estado. Tal es, para nosotros, la misión de la crítica de la economía política, y es idéntica a la finalidad perseguida por Marx a lo largo de su carrera intelectual. En nuestra interpretación, equivale a fundar una fenomenología de la consciencia social, en la que lo relevante no es el enfoque de clases sino que el desarrollo de la consciencia del proletariado encuentra un fundamento y una guía en la crítica de la economía política. En tanto la forma específicamente mercantil del valor remite a la forma específicamente capitalista del poder político, y recíprocamente: guarda con ella una relación polar; la primera, empero, encierra el principio de la segunda.

Lo cierto es que en el centro de la compleja relación entre las obras de Marx y de Hegel está el Estado Moderno. Sabemos que Marx se había propuesto encararlo sistemáticamente en sus trabajos de madurez, pues en el plan trazado por él para su obra mayor le reservaba un libro completo. Hubiera resurgido, entonces, en el contexto de la teoría del desarrollo del capital, la Crítica de la Filosofía del Derecho iniciada en los comienzos de su carrera. Cuando reconocemos hasta qué punto es profunda la **discontinuidad** entre el Marx incipiente y el Marx maduro, se pone cabalmente de manifiesto la **unidad** de su desarrollo; únicamente teniendo en cuenta esa diferencia y esa transformación (Avineri enfatiza la continuidad y no parece advertir el "breakthrough" que significa la teoría de la forma del valor), las partes se iluminan recíprocamente para nosotros. En ese marco la porción reducida pero fundamental de esa gran concepción que el autor alcanzó a plasmar, en gran parte como una imponente y abigarrada colección de apuntes de trabajo, nos ofrece un vislumbre de lo que, con arreglo a ella misma, debió ser esa obra, que quedó inconclusa.

En nuestra interpretación, el resultado principal al que arriba el joven Marx es la necesidad de realizar la (profundización y superación crítica de la) Economía Política para completar la crítica de la Filosofía del Derecho -y de la Filosofía misma-; pues de otro modo sería imposible desmitificar la figura **del Estado** y "liberar al hombre de ese monstruo". Es un rasgo de la personalidad de Marx el que, una vez bosquejada la estrategia, se entregara a ella en cuerpo y alma. La medida de sus realizaciones en el campo de la Crítica de la Economía Política debe ser buscada en el descubrimiento del principio mismo de esta crítica, el cual parte de un resultado que no fue alcanzado por el discípulo (Marx) sino por el maestro (Hegel), pero que sólo aquél supo transformar en un verdadero descubrimiento.

En efecto, según la Filosofía del Derecho, el Estado Moderno es la realización del **altruismo** universal únicamente porque y en tanto expresión necesaria de la "sociedad civil", concebida ésta como el imperio del **egoísmo** universal. (En el seno mismo de la sociedad escindida, se conserva la Familia, reducida al ámbito estrecho y separado en el que medra el altruismo **particular**, a la par contraponiéndose a esa escisión y completándola). Así, en tanto el Estado Moderno no se explica por sí mismo sino por la naturaleza de su figura contrapuesta, la sociedad civil, la comprensión cabal de ésta remite a su contrafigura necesaria e inmanente **en cuanto tal contrafigura**. Ahora bien, cábele a la Economía Política el reclamo de no haber alcanzado sus propias consecuencias: el de no haber logrado captar la unidad esencial propia de la sociedad moderna como totalidad escindida.

Y tal es precisamente el reproche de Hegel a la Economía Política; reclamo presidido por la admiración que profesa el filósofo ante la obra de Adam Smith y sus colegas, en quienes reconoce a los fundadores de la novísima ciencia propia del mundo moderno. Ellos han realizado -sostiene- la proeza intelectual de reducir la innumerable diversidad empírica de la vida moderna a un principio

universal y sencillo. Alude a la ley clásica del valor trabajo. La Economía Política, dice, es la ciencia **de la sociedad civil**: he aquí su grandeza, pero a la vez su miseria, porque ninguno de los extremos de la sociedad moderna se comprende por sí mismo. La Economía Política no puede apropiarse del objeto que sin embargo tiene por propio -uno de esos polos- si se limita a su figura abstracta (desentendiéndose de las relaciones esenciales de este objeto); o, lo que es lo mismo, no alcanzarían un saber científico. Aquí se esboza un anticipo de la crítica marxiana de la Economía Política, todavía en una forma incipiente y abstracta que, sin embargo, abarca globalmente el campo completo al que apunta pero no alcanza la obra inconclusa de Marx.

Pero a su vez la Filosofía del Derecho moderno no puede prescindir de esa ciencia sino que tiene que encontrar en ella la causa misma del Estado Moderno. Le cabe a la propia Filosofía del Derecho el reclamo de no haberla emprendido, habiéndola comprendido: en definitiva, el de no haber sido consecuente con el **descubrimiento** realizado por Hegel de esta tarea a la que Marx dará luego el nombre de Crítica de la Economía Política, a cuyo **desarrollo** consagrará su propia obra.

Ya lo dijimos, se trata de una interpretación. Reconocer ese descubrimiento realizado a medias por Hegel y hacerse cargo de él, tomándole la posta, es -sostenemos- el resultado principal de la Crítica de la Filosofía del Derecho, y, más aún, el de toda la obra de juventud de Marx. Mantenemos esta interpretación no obstante reconocer que la conclusión explícita en la Crítica de la Filosofía del Derecho es otra: el joven Marx le echa en cara a Hegel el haber inventado un Estado ideal, supraterráneo, que nada tiene que ver con el Estado empírico. No es el de Hegel un descubrimiento sino un invento nefario, un artificio tramposo al servicio de una mixtificación, porque el filósofo pretende hacer pasar lo imaginado por lo verdadero, encubrir la grosera realidad del Estado material -fuente de opresión, desamparo e injusticia- con la adormecedora y alucinada fantasía del ente idealizado que se tiene por la quintaesencia del Espíritu. O, ¿acaso no resulta palmario que, lejos de ser la encarnación del interés general, el Estado existente es casi siempre el instrumento del interés particular más mezquino?

Tal es, en efecto, la reiterada comprobación de la experiencia: un interés particular logra apoderarse del Estado para arrogarse legitimidad invistiéndose de la forma del interés general. Esa comprobación y la denuncia de la falsa representación -la mayor estafa que pueda concebirse-, empero, no refuta nuestra interpretación sino que la corrobora. Pues **el interés particular no podría invocar esa fementida representación, bañándose en santidad una vez y otra, ni podría esa ilusión sobrevivir al mentís invariable, contundente y recurrente de la experiencia, si el encarnar la forma misma del altruismo universal no fuera inmanente a la forma misma del Estado Moderno e inherente a su naturaleza; si este Estado no fuera la encarnación de una ínsita promesa que renace de su monótono y reiterado incumplimiento**. Ello indica que ambos momentos procesuales y recíprocamente necesarios, por un lado la forma propiamente específica del Estado Moderno por la que éste **necesariamente** se presenta como la encarnación del interés universal, por otro el secuestro práctico de esa forma por el interés egoísta, provienen igualmente de la naturaleza específica de la sociedad civil.

Así, pues, para nosotros, el libro titulado "El Capital.." tiene de suyo el significado de una investigación sobre la sociedad civil que no se detiene en ella y es, más determinadamente, **una fenomenología de la conciencia social del desarrollo y la historicidad del capital**. Una señal de este carácter, fortuita pero elocuente, es la que ya apuntamos: según el plan concebido por el autor, la obra debía culminar en un libro sobre el Estado y en otro sobre el comercio internacional. (Desde la primera sección del primer tomo, el dinero es ya dinero mundial, pero el Estado Moderno es Estado nacional, todavía un contrasentido en su propio concepto).

Se comprende así tanto el porqué de la omisión del Estado en la teoría de la forma del valor como su relevancia en la teoría de la forma del plusvalor. Ciertamente en el comienzo del Das Kapital las formas dinerarias apuntan al marco estatal, conditio sine qua non de esas formas (piénsese en la

fijación de un equivalente general como dinero, en la acuñación de la moneda, en la emisión de moneda estatal, en la imposición del curso legal del dinero y del curso forzoso de la moneda, etcétera). Pero las funciones diferenciadas del dinero se despliegan en el ámbito estrecho del subsistema capitalista nacional, mientras que en el mercado mundial prevalece, todavía, el dinero como dinero en su unidad inmediata. (Bretton Woods, el hito que marca la separación de las funciones del dinero mundial, anuncia que, *pari passu*, el Estado Moderno pierde su carácter nacional; nos preguntamos si no pierde con él su carácter de Moderno; o, lo que es lo mismo, si el contrasentido del Estado nacional no tiene como sucesor un nuevo contrasentido, el de la sociedad civil "global"). **No** es, entonces, el Estado Moderno la causa del dinero. Al revés, tanto el aura refulgente del poder monetario como la forma de la universalidad con la que se atavía la majestad del poder político en el Estado Moderno, tienen su génesis en la mercancía pedestre, humilde, opaca y cotidiana.

*

Queda, pues, marcado el camino por una doble pista: a) la génesis del Estado debe buscarse en la naturaleza de la sociedad civil, b) la sociedad civil está esencialmente constituida por la estructura mercantil. Ahora bien, el análisis de la mercancía que lleva a cabo Marx no conduce **directamente** a la sociedad política sino que desemboca -antes- en otro resultado: el dinero. Quedará a cargo de la teoría dineraria de Marx el pasaje de la génesis del dinero a la génesis del Estado Moderno. Se trata de un largo camino, sólo en parte recorrido en el *Das Kapital*, la porción escrita de la obra proyectada. Si la totalidad se prefigura en cada una de las partes, esto se verifica en el caso de la Primera Sección del Primer Tomo, dedicada precisamente a La Mercancía. La teoría de la mercancía alcanza allí un desarrollo que es a la vez exhaustivo e incompleto. Completo porque la mercancía aparece desde un comienzo como la forma más general del capital, de modo que su estudio es a la par el del capital en abstracto. Incompleto por una razón fortuita y otra esencial: porque el autor no alcanzó a exponer toda su obra y debido a que la mercancía que él investiga corresponde al desarrollo alcanzado por el capital en la época. En nuestra terminología, que justificaremos oportunamente, investigó **la mercancía del capital no diferenciado**. Pero su resultado principal, el descubrimiento de la forma del valor (con la que venían tropezando los economistas sin comprenderla como forma fenoménica) inaugura la comprensión del capital en su campo histórico completo. La teoría de la forma del valor, o de la especificidad de la mercancía en su tránsito hacia sus estructuras más concretas, es el momento clave de una novísima fenomenología de la consciencia social de una clase que sólo reconoce su propia naturaleza, su desarrollo y su potencia, proyectadas en el capital, como figura alucinante, transfigurada.

El capital es, en general, mercancía. De suyo la mercancía es un ser inestable, lábil y contradictorio; su realidad remite siempre fuera de ella. Asimismo es su propietario un individuo abstractamente singular; libre de libertad (o abstractamente libre), sin otro nexo de solidaridad, responsabilidad u obediencia, o sin otra vinculación con el interés general, como no sea su desvinculación, la negación de toda lealtad o finalidad que sobrepase en nobleza y elevación al interés más unilateralmente egoísta. Pero, mediante esa negación y debido a su carácter absoluto e incondicional y a su misma universalidad, nace el interés común como concretamente general, cobra objetividad y universalidad. (El individuo abstractamente singular cesa de ser él mismo, tiene su verdad y su realidad fuera de él, en su relación; es inmediatamente un ser aislado, un ser que no es; pero es únicamente en su relación y por medio de ella; es unilateralmente individual, particular y privado; es, en fin, la negación del interés común y general, pero en virtud de esa negación, que es su medio, es existente, y es su vínculo objetivo, universal).

Hé aquí, entonces, la mercancía. Constituye la esencia de la "sociedad civil"; a su vez la esencia de la mercancía es la negación universal de todo altruismo y es esta naturaleza fundamental de la "sociedad

civil" la que proyecta en el otro polo de la sociedad escindida -el Estado Moderno- la figura objetiva del altruismo universal. El hombre sumido en la particularidad tiene una realidad que trasciende su existencia inmediata, pero su realidad es virtual, y es ilusoria en tanto no se comprende como virtualidad. El hombre escindido no se realiza: el **citoyen** puesto en contraposición al **bourgeois**, es un sueño; no un ideal sino una idealización, que brota como necesidad verdaderamente material de la reproducción de las relaciones mercantiles. Por eso la comprobación de que el Estado, y con él la forma del interés común y general, son secuestradas una y otra vez por intereses particulares, no desmiente la objetividad de esa forma sino que la confirma y demuestra su carácter necesario.

Marx descubre en la mercancía la clave para comprender la naturaleza del capital. No menoscaba la originalidad de este descubrimiento el hecho de que tanto Smith como Ricardo comienzan su exposición de la Economía Política analizando la mercancía. Pues ambos malogran las posibilidades de este hallazgo, sin sospecharlas. Una cosa es saber usar la llave de una puerta, y otra es descubrir que se trata de una llave maestra que las abre todas. Smith, de hecho, no tarda en confundir la mercancía con el capital. Ricardo retrocede ante las determinaciones impuestas a la mercancía por el capital. El primero no comprende la diferencia, al segundo se le escapa la unidad. Uno no sospecha, el otro no resuelve, el problema de la transformación de los valores de la mercancía capital en precios de producción. Pues ni siquiera Ricardo sabe detenerse en la diferencia entre valor y expresión del valor, ni barrunta -por tanto- el desarrollo de la forma del valor y la génesis del dinero. El dinero aparece en los clásicos, lo mismo que en sus sucesores desposeídos, los neoclásicos, meramente como un medio de circulación extrínseco, un **invento** práctico, un arbitrio técnico que facilita el intercambio de las mercancías. La función esencial del dinero como medida general de los valores mercantiles no es del todo desconocida para ellos, pero lo es el fundamento de la unidad de las funciones del dinero. En síntesis: únicamente en Marx se desarrolla el concepto de génesis del dinero y, consiguientemente, de "dinero en cuanto dinero".

El dinero es la medida de los valores de las mercancías, dice Smith, pero, puntualiza, la **"verdadera"** medida de los valores ("the true measure of value") es el trabajo. A Smith se le reprocha, desde Ricardo y Marx, el uso de expresiones sincréticas, ambiguas. Con el tiempo, esta impugnación cobra entidad, azuzada por la "cultura de masas", favorable a un enfoque unilateralmente analítico. De suyo, el efecto de esta presión sobre el concepto **en la instancia de su unidad** es devastador. En la época de la guerra fría, el "prejuicio antiespeculativo" (Adorno) hace sus mayores estragos entre los marxistas occidentales empeñados en lograr honorabilidad académica entre colegas del mainstream ideológico.

Ese empeño da cuenta de la regresión ricardiana sufrida por la economía marxista, y compromete los aportes de sus mejores representantes. Ronald Meek (op.cit. pág. 51) encuentra una cierta ambigüedad en la expresión smithiana "medida de los valores", que unas veces alude a la conmensurabilidad de las mercancías y otras al valor en cuanto substancia social objetivada. Pero no advierte que esta "dualidad" de denotación corresponde a los momentos genérico y específico del valor mercantil.

*

Das Kapital comienza, pues, por el estudio de la Mercancía porque ella es la forma más general del capital. El resto de la obra confirmará cuán acertada fue la elección del punto de partida. Para el autor, la mercancía del comienzo apunta más allá de sí misma, es capital en potencia, o la investigación de su naturaleza alcanza los umbrales del estudio del capital, y los traspone. Pero en el análisis de la mercancía esto es así, todavía, para el autor y únicamente para él. [1]

La mercancía misma, tal como ella "aparece", vale decir, tomada cual corresponde a su modo de existencia inmediato, como experiencia de la vida práctica, es sencillamente un objeto que se intercambia o, si se quiere, un objeto de intercambio. En tanto nos atenemos a la mercancía en ésta su **primera** determinación y sin otra nota que la de **bien cambiante**, su comprensión se agota en el análisis de una economía "pura" de cambio. Hé aquí una ciencia desencaminada: hace abstracción de su propio objeto para concentrarse en aspectos limitados que, como las sombras platónicas, se tornan ininteligibles mientras se mantienen abstraídos de sus relaciones relevantes. En tan estrecha perspectiva la esencia de una economía de cambio no es la Producción y su forma históricamente determinada sino, sorprendentemente, ¡la ausencia de producción! ¿Qué les cabe intercambiar entonces a los "individuos" de este mundo enrarecido? Respuesta: el maná milagroso.

"The distinguishing mark of an exchange economy is the absence of production. That is, the goods available in this economy are produced in fixed quantities by extraneous forces which then arbitrarily and gratuitously distribute them among the individuals of the economy. Correspondingly, the sole economic problem of an exchange economy is the optimal redistribution of these goods among the various individuals. This is not quite as restrictive as it first sounds; for included among these goods are the personal services of the individuals themselves, and -in view of the possibility of leisure- the amount of these services can vary.

For simplicity, it is assumed that time in this economy is divided onto discrete, uniform intervals called the «week». Each individual begins Monday morning of any given week with an initial collection of goods which, like the manna of the Children of Israel, has descended upon him «from the heavens» during the preceeding night." Patinkin, Don: "Money, Interest and Prices. An Integration of Monetary and Value Theory", 2nd. Ed. Harper & Row, Pub., New York, 1965.

Esta es, pues, la perspectiva que debemos trascender, no por cierto negándola extrínsecamente sino, para empezar, adoptándola; porque, como veremos, será "útil" a pesar de su carácter abstracto y en virtud de él, aunque únicamente en un marco que el economista ingenuo ignora. Pasamos, pues, al análisis de la mercancía en su **primera** determinación, la de un bien que se intercambia en ciertas proporciones por otros bienes cualitativamente diferentes. En esta abstracción la relación de intercambio de productos no se comprende como momento de la relación productiva, apenas como un puro intercambio.

*

La mercancía en su modo de existencia inmediato, en cuanto cosa útil que es objeto de intercambio, es la mercancía inmediata de la experiencia incauta. No es, empero, propiamente inmediata, porque en esta mercancía fue eliminada la ciega contingencia del mundo empírico al que ella pertenece y donde se comporta como un ser siempre aleatorio y singular. Es la mercancía de la economía neoclásica, mercancía, por tanto, ya mediada no solamente por una negación primordial que atañe al lenguaje mismo, sino también por una abstracción necesaria o científica, la que la economía política lleva a cabo a su manera mediante oportunos supuestos ad hoc. El análisis vulgar no es vulgar porque procede mediante abstracciones sino porque permanece presa de ellas. Porque no solamente es abstracta su teoría; también lo es su aplicación.

*

Las mercancías se intercambian -obviamente- en proporciones determinadas; oferentes y demandantes deben ponerse de acuerdo sobre las razones de cambio, que llamaremos "precios relativos" y hemos de suponer uniformes para cada par de (clases de) bienes. Tomaremos el supuesto de uniformidad en

su sentido fuerte, que excluye operaciones de bienes iguales a precios diferentes no solamente en forma simultánea sino también sucesiva en el lapso de una misma rueda de mercado. Se supone asimismo que hay por lo menos un conjunto de precios relativos que satisface las condiciones de equilibrio del mercado, vale decir, tales que si ellos están vigentes se igualan las cantidades ofrecida y demandada de cada tipo de bien. Ciertamente, los compradores demandarían cantidades no mayores (y en general menores) a precios más altos y viceversa (supuesto de "no inferioridad") pero, por hipótesis, únicamente se cierran operaciones a precios relativos de equilibrio.

Aquí tales precios dependen únicamente de las preferencias de todos los individuos y de sus respectivas colecciones iniciales. No es así en el mundo práctico, donde el equilibrio del mercado está supeditado, además, a circunstancias aleatorias como la realización de operaciones aisladas a precios relativos diferentes de los que satisfacen el equilibrio de conjunto; el mercado empírico tiende a vaciarse a través de aproximaciones por prueba y error, pero cada "tanteo" altera los datos iniciales y, en consecuencia, los precios de equilibrio; esto es así debido a que antes de alcanzar la igualdad hubo transacciones y por ende alguna redistribución material de los bienes iniciales. Para eliminar esta "distorsión", los economistas neoclásicos acuden al artificio de suponer que un operador externo al sistema toma a su cargo la función de presidir el proceso de prueba y error proponiendo a gritos listas de precios ("prix criés au hasard") hasta comprobar que uno de esos conjuntos despeja los mercados. Al concluir este "tatônement", sólo entonces, el "jefe de registro" declara vinculantes los contratos de compraventa pactados, y se cierran todas las operaciones.

Esos economistas encaran sus obstáculos con rudeza: para comprender la mercancía y el mercado eliminan su carácter mercantil; para explicar la riqueza inicial, anterior a la apertura del mercado, apelan a lo sobrenatural; para explicar el propio sistema de intercambio, dan intervención a un agente ajeno al sistema. La explicación arroja una figura tan extraña a la mercancía como las intervenciones suprasociales que se invocan: la de una mercancía que no es mercancía, sólo un bien cambiante al que se han añadido condiciones no mercantiles (la libertad abstracta de los contratos privados es reemplazada por un mecanismo de negociación colectiva, directamente social), quitándole a la vez todas las determinaciones específicas que convierten a un objeto de intercambio social en una mercancía (se borra la contingencia azarosa del producto cuyo carácter social es apenas virtual, de la oferta que tanto puede ser aceptada como quedar "fría"; en definitiva, la tribulación esencial de la mercancía en general y de toda mercancía singular).

Esto no significa que (por hipótesis) los precios relativos de este "modelo de economía de cambio" puro son tales que las cantidades dadas y fijas de bienes iniciales se transan en su totalidad: los individuos pueden reservar una parte de sus inventarios iniciales para destinarla a su propio sostén o disfrute. Dadas sus existencias iniciales, el **homo mercator** decide a la vez la cantidad de cada bien que reserva para su propio disfrute y la cantidad del mismo bien que ofrece en el mercado, o ambas cantidades se determinan simultáneamente, dados estos parámetros: las preferencias de cada individuo, y las cantidades totales dadas de cada bien y su distribución inicial (incluidos los "saldos monetarios" y activos financieros varios). En otras palabras, los individuos realizan, además de las operaciones de compraventa bilaterales, o verdaderas, otras que las cuentas sociales convencionales definen con la expresión absurda de "transacciones unilaterales", y que en el presente contexto (patinkiniano) sirven para comprender en un todo único inmediato la circulación y el autoconsumo. Como es obvio, la proposición sobre la igualdad de las cantidades ofrecidas y las demandadas alude a las transacciones propiamente dichas, realizadas en el mercado; las ofertas y demandas a las que se refiere la definición de equilibrio son "netas", aunque su igualdad implica lógicamente la igualdad de las ofertas y demandas "totales". La riqueza social graciosamente provista por la Providencia se descompone en dos partes, la de las transacciones unilaterales y la de las transacciones propiamente dichas. En la primera, la igualdad de las cantidades ofrecidas y demandadas de cada bien es una identidad absoluta, independiente de los precios relativos que fija el mercado; en la segunda, la igualdad de las cantidades ofrecidas y demandadas se cumple por definición, debido a que los precios relativos se suponen de equilibrio.

El aire a tautología proviene de la consideración unilateral de la "mercancía", tomada sólo en una de sus determinaciones, la de cosa útil que es objeto de intercambio. Dícese de las cantidades ofrecidas y demandadas que ellas (dadas las colecciones iniciales) "dependen" de la estructura de los gustos, pero ésta no tiene otra expresión que ese comportamiento. Dícese de los precios relativos que igualan esas cantidades, que son de equilibrio, y si éstos están vigentes aquéllas se igualan. Si no hay demandas u ofertas insatisfechas a los precios relativos dados, luego éstos verifican las condiciones de equilibrio. En suma, quien quiera comprar o vender tales cantidades a tales precios relativos puede (¡y debe!) hacerlo... Esta mercancía inmediata, la más material y, a la par, la más abstracta -mal que le pese a la economía ingenua, que ya cree ser concreta-, es superada por la mercancía de los economistas clásicos: por la mercancía en su **segunda** determinación, mediada por el trabajo. No trata únicamente de -y con- objetos que se intercambian, sino que los objetos (relevantes) del intercambio son, además, y en primer término, productos sociales. (La **tercera** mercancía será la negación-mediación del carácter social del producto mercantil).

*

En la **primera** mercancía se disipa la esencia social de los productos humanos y hasta su mismo carácter de productos; las propiedades específicas de la mercancía se borran y únicamente quedan las más abstractas. El resultado de esta reducción es la mercancía neoclásica. En ella las propiedades específicas de la mercancía quedan ocultas por un truco ideológico tan grosero como osado y contundente. Consiste en arrancar de la mercancía clásica la condición genérica de ser producto del trabajo, desbaratando el triunfo de la ciencia ilustrada sobre las doctrinas mercantilistas. El imperio científico de los economistas clásicos, que no llegaron a distinguir lo históricamente específico en la estructura productiva del mundo moderno, ofrecía un flanco sorprendentemente vulnerable. Por eso el triunfo de la regresión es tan contundente. El discurso se quiebra y reina la oscuridad.

*

Al cierre del mercado, el individuo, **homo mercator**, sabe que su nexo social se mantendrá en estado latente y su renovación está condicionada a los azares de la Fortuna que quieran favorecer su próxima venta. Volverá al aislamiento de su vida privada, pero no para entregarse a la holganza ni a la desesperación. Ni dedicará su momentánea reclusión social a la invocación de poderes milagrosos. No sabemos si su espíritu emprendedor y su alma práctica recibe la inspiración de la fe en lo sobrenatural, ya que esas cuestiones son exclusivas de su fuero más íntimo, pero él es un hombre práctico y comprende que si hay milagros éstos son excepcionales.

Bien podían decir los economistas que la colección de bienes con los que él se presentó en el mercado le había caído del cielo. Lo mismo da que lo digan, puesto que sólo a él incumbe conocer los afanes y desvelos laborales requeridos para poner en el mercado un producto semanal. [2] Ahora el **homo mercator** debe actuar en el papel de **homo laborans**, ya sea en persona, ya por algún astuto arbitrio que le permita apoderarse del trabajo de otros y de una buena parte del producto de ese trabajo. Porque sigue siendo el mismo hombre mercantil, pero ya vendió su mercancía, y debe hacerse de otra para regresar al lugar de sus relaciones (sociales) de producción. De esta suerte, vuelve a considerar esa colección de bienes que llevó al mercado y se pregunta si le conviene programar su trabajo semanal para repetirla o para obtener una distinta. En el lenguaje desprovisto de poesía del economista, ese punto pertenece al cuadrante NE de un sistema de coordenadas cartesianas y por él pasan dos líneas relevantes: el segmento de presupuesto y la línea de transformación material o de rendimientos laborales, que representaremos también como un segmento. Retrocedemos al Smith

anterior a la "Riqueza..": el **homo mercator** es un trabajador que se comporta en respuesta al "encouragement to the labourer".

El cuidado de nuestro **homo mercator** al concluir sus transacciones es comparar su colección final con su colección inicial. Los supuestos garantizan que la colección final será para él igual o mejor, pero nunca peor. Pues si las dos colecciones coincidieran, o, lo que es lo mismo, si, visto los precios fijados por el mercado, hubiera decidido abstenerse de participar en el intercambio, estaría poniendo de manifiesto con su conducta que para él el punto de satisfacción más alto al que puede acceder, desplazándose por su línea de presupuesto, coincide con su situación inicial. Si las dos colecciones son distintas, es un truismo de perogrullo que el individuo ha preferido la segunda a la primera. (También se puede decir que las preferencias del individuo están representadas por innumerables curvas de utilidad, continuas y convexas al origen, tales que cada una es el lugar geométrico de todas las colecciones de bienes que ofrecen al individuo idéntico nivel de utilidad, y que, por tanto, le resultan indiferentes; la línea de presupuesto corta y sobrepasa sucesivas curvas y alcanza la más alta entre las asequibles, en un punto de tangencia que representa la colección óptima. En jerga marginalista la colección favorita está representada por el punto de tangencia entre el segmento presupuestario y la función de utilidad más alta entre las asequibles; o es la que el individuo espera le depare la máxima "ofelinidad", palabra felizmente en desuso, que denotaba algo así como "cantidad de placer").

Cerró, pues, el mercado. Ahora el individuo debe desempeñarse como trabajador. Aquí todavía se supone que es él mismo, el hombre mercantil, quien se afana y fatiga en su función laboral, y por ello este análisis es extremadamente abstracto, ya que su objeto es la producción de mercancías simples, sin las determinaciones del capital. Pero la verdad de la mercancía no se pierde con el paso al capital. El productor mercantil individual es siempre la identidad entre el **homo mercator** y el **homo laborans**, y esa verdad se mantiene aunque uno y otro sean personas distintas e incluso socialmente contrapuestas. Ahora bien, aplicando trabajo (suyo o dirigido por él) durante una semana a diversas actividades, puede obtener una de las diversas colecciones de productos representadas en una función de transformación. Podría suponérsela continua y cóncava al origen aunque no pronunciadamente curva, esto último con el propósito de enfatizar la tendencia a la especialización; pero, para nuestro propósito, consideramos únicamente dos tipos de bienes producidos, y tomamos la línea de rendimientos en la forma particular de una recta que denota rendimientos constantes. Si participa en el mercado para convertirse en productor, alcanzará un segmento de presupuesto que tiene la inclinación de los precios relativos de cierre. El segmento de las colecciones asequibles por intercambio pasa por el segmento de las asequibles por trabajo directo; por un único punto de éste si tiene una inclinación distinta o por todas si tiene la misma. El productor de mercancías escogerá el punto de su línea de rendimientos que pertenezca al segmento de presupuesto más elevado (el cual, a su vez, para la doctrina, le permitirá tocar la curva de "satisfacción", "utilidad", etc., más alta).

Recapitulando, suponemos rendimientos físicos constantes para ambos productos, en el rango de opciones que el individuo en cuanto trabajador posee durante el lapso dado, una "semana". Esto equivale a trazar el tramo relevante de la línea de rendimiento como un segmento de recta; si ésta posee la misma pendiente que los precios relativos, o, en otras palabras, si la línea de rendimiento coincide con el segmento presupuestario, podrá alcanzar mayor el nivel de satisfacción obteniendo para autoconsumo la colección exacta de bienes que le resulta directamente más útil (o apetecible), sin participar en el intercambio y en rigor, por tanto, sin producir, o bien produciendo cualquier otra mezcla y recomponiéndola mediante el intercambio. Para los precios relativos dados, tanto le dará alcanzar su colección favorita al modo de Robinsón, directamente, por medio de un trabajo consuntivo diversificado, o bien adoptar cualquier otro grado de diversificación, incluso la especialización exclusiva, y luego componer esa misma colección mediante el intercambio.

Pero, en general las inclinaciones de ambas rectas son significativamente diferentes. Debido a esta

discrepancia, si la pendiente de los precios es menor (mayor) que la de la línea de rendimiento, luego el trabajador se va a especializar en el producto representado en la ordenada (abscisa). El segmento presupuestario que representa las combinaciones de ambos bienes a la que puede acceder por medio del intercambio, tendrá un punto común con la línea de rendimiento y los restantes estarán por encima de esta línea, de modo que el individuo podrá elevarse a un nivel de satisfacción que le sería inalcanzable en ausencia de intercambio. La diferencia entre las pendientes de ambas rectas significa que, por medio del intercambio (como explica Smith), el individuo logra un aumento en su ingreso real: sin trabajar más ni reducir el consumo de uno de los dos bienes, puede aumentar el consumo del otro. El resultado alcanzado está en el campo de la experiencia individual inmediata donde es fácilmente "verificable". Por eso el argumento de las ventajas del intercambio ha dado pábulo a una de las más persistentes fantasías económicas: ¡el intercambio es fuente directa de riquezas! Los bienes manados del cielo dados están, y -por hipótesis- el trabajo productivo no puede aumentarlos. Mas hete aquí que tan pronto como los individuos intercambian los dones que respectivamente les tocaron en gracia, se acrece la riqueza de todos y cada uno.

El que las ventajas absolutas no jueguen aquí ningún papel no significa que para el individuo es indiferente poseer ventajas absolutas o carecer de ellas. Pues independientemente de las ventajas comparativas, con intercambio o sin él, siempre tendrá acceso a niveles de satisfacción más altos (bajos) cuando es mayor (menor) el rendimiento de su trabajo.

La ventaja de especialización del trabajador ante una configuración dada de precios relativos concuerda con la noción clásica de ventaja comparativa. Su principio es independiente de la relación de intercambio. Podemos dar el paso decisivo hacia el concepto clásico de "valor-trabajo" sin perder este talante neoclásico. Más aún, sin transgredir las premisas del análisis marginalista, porque éste se atiene al modo de existencia inmediato de la mercancía y es acorde con la primera consciencia práctica de la propia mercancía. El individuo espera con certeza (aunque puede equivocarse) que en la próxima rueda de mercado regirán los mismos precios que en la pasada, representados en la inclinación de la última línea de presupuesto. Si coinciden, la situación óptima alcanzada mediante el intercambio hubiera sido también asequible para él manteniéndose aislado, sin participar en el intercambio, y le resultará indiferente procurar nuevamente ese óptimo mediante el intercambio, partiendo de cualquier otra situación inicial sobre su línea de rendimientos, o bien directamente mediante una reprogramación adecuada de su trabajo. Pero, en general, los dos segmentos tendrían pendientes significativamente diferentes y se cortarían en el punto que representaba la situación inicial en la última rueda del mercado. Si es necesario, el **homo mercator** programará su trabajo para alcanzar la línea de presupuesto más alta y luego desplazarse por ella para alcanzar la colección óptima. Alcanzará la línea de presupuesto más alta mediante una especialización completa, como **homo laborans**, en el bien que representamos en las ordenadas si la pendiente de los precios es menor que la del segmento de transformación, o en el bien representado en las abscisas si la pendiente es mayor. Para decidir acerca de mantener su especialización o cambiarla, el individuo compara las pendientes de los precios relativos y sus respectivas líneas de rendimiento.

Había programado su trabajo la semana anterior suponiendo que se repetirían los precios históricos. Si no fue así, esperará, por ejemplo, que se repitan en la próxima rueda los nuevos precios. Pero estos precios fueron distintos de los esperados y acaso deba reconsiderar su orientación laboral. Lo relevante para decidir acerca de una nueva programación de su trabajo no es la magnitud de las variaciones de los precios. Si las pendientes esperadas fueron mayores (o menores) que las pendientes de las respectivas líneas de rendimiento, y, a pesar de haber cambiado, siguen siendo mayores (o menores), esas variaciones no tendrán ninguna consecuencia en su conducta laboral, aunque sí la tuvieron en su comportamiento en el mercado. Si, en cambio, la inclinación de los precios era mayor (menor) que la inclinación de su línea de rendimientos, y pasa a ser menor (mayor), el individuo que antes se había especializado en la producción de un bien, se especializará en la producción de otro. **La transición de la primera mercancía a la segunda está precisamente en esta conducta del individuo.**[\[3\]](#)

Ahora consideremos el conjunto de los individuos. El mercado cerró completamente despejado, y dadas las estructuras de los gustos, los precios que aseguran este resultado dependieron exclusivamente de las colecciones iniciales de los individuos (es decir, en ausencia de inventarios anteriores y activos financieros, de uno solo de los infinitos puntos de cada uno de sus respectivos segmentos de rendimientos). Para decirlo más enfáticamente, fueron completamente independientes de las inclinaciones de esos segmentos. Pero esa independencia es una ilusión que proviene de que la observación, restringida a una única rueda de mercado, es incompleta. Tomemos varias ruedas sucesivas, y comprobaremos que cuando la inclinación de los precios relativos se aleja de la inclinación media de los segmentos de transformación, aumenta la oferta de los productos encarecidos y merma la de los abaratados. Es parte de la "ley de la oferta y la demanda", enunciada en la Edad Media, que, incluso en el punto de vista estrechamente limitado de la primera mercancía, no se puede ignorar.

Hemos encontrado los principios elementales de la economía política clásica ocultos en la formulación neoclásica más ingenua: los individuos tienden a especializarse de acuerdo con los precios de mercado, y, en tanto éstos están gobernados por los valores, esa especialización es acorde con las ventajas comparativas individuales. Estas ventajas en general tienden a acentuarse debido a que la especialización, dice Smith, favorece el perfeccionamiento de las técnicas laborales. Así, a la par que cada individuo se esmera en alcanzar la más alta línea de presupuesto y en ella el nivel de mayor satisfacción, y como consecuencia del comportamiento egoísta individual, todos y cada uno se benefician de la división social del trabajo acorde con esa especialización.

La abstracción neoclásica circunscribe estrechamente la conducta humana a un aspecto que no sobrepasa el orden puramente natural. ¡Ni, en verdad, lo alcanza! El hombre económico es equiparado a un organismo que procura la satisfacción máxima asequible de sus necesidades múltiples, dada la variedad cualitativa y la restricción cuantitativa de los medios disponibles. La estructura de sus preferencias está fija y ya no depende de la vida social y la acción recíproca entre los individuos. Desde este punto de vista, también podría decirse de un animal, que maximiza con constricciones. (Alcanza diaria o semanalmente un óptimo nutritivo escogiendo entre diversas colecciones de bienes, con la restricción temporal de las horas diurnas, tomando en cuenta, inter alia, que la apropiación de una unidad de cada tipo de alimento requiere un tiempo medio no nulo). Tal conducta es, dicese, racional, de modo que la racionalidad humana, aquí del todo extrínseca, no se distingue de la atribuible a una lombriz. El hombre natural imaginario que se mueve sin sobrepasar la curva de obtención de productos de su trabajo inmediato, propia todavía de la animalidad, es esencialmente idéntico al **homo mercator**, quien no sólo conserva la curva de transformación heredada de su antecesor el sapiens sapiens, ni se ha limitado a empujarla alejándola del origen, merced a su progresiva habilidad laboral, sino que desde ella aprendió a desplazarse por una línea de presupuesto que le permite elevarse por encima de la curva de transformación ancestral mejorada, y alcanzar niveles de satisfacción que esa curva no tocaría. El individuo "dieciochesco" procurará correr su línea de rendimiento pero no podrá sobrepasarla de otro modo que por medio del mercado, y únicamente participa en el mercado para sobrepasar su línea de rendimiento.

Para acentuar el toque smithiano, la diferencia de pendientes impulsa a la especialización, la cual a su vez (al facilitar el perfeccionamiento de las labores) tendería a acentuar la diferencia de pendientes por desplazamiento de su línea de rendimiento en el sentido de uno de los ejes y, de mantenerse constante la tangente de los precios, permitiría alcanzar un segmento de presupuesto aún más alto. Ahora bien, si al aludir a ese comportamiento usamos la palabra "ventaja", y le acoplamos la nota de "comparativa", y decimos que el individuo posee **ventaja comparativa**, la nota añadida parece completamente superflua ya que una ventaja es siempre comparativa. La expresión clásica contrapone "comparativas" a "absolutas", distinción que únicamente cobra sentido al comparar valores relativos

individuales (pendiente del segmento de rendimientos) con valores relativos sociales. El resultado de sus ventajas relativas será la especialización, y el resultado de sus ventajas absolutas es que su trabajo individual producirá más valor por unidad de tiempo que la media social. Cada individuo es un tomador de precios y lo es dos veces, una como trabajador que opta entre especializaciones alternativas (o grados de diversificación) para alcanzar el segmento de presupuesto más alto entre los asequibles, y otra como consumidor que con la restricción de su presupuesto escoge su colección de bienes preferida. Dadas sus cantidades iniciales, sus capacidades laborales y sus preferencias, el **homo mercator** guía su conducta únicamente en función de los precios. En cuanto productor, no se especializa directamente según su ventaja comparativa real: la diferencia de inclinación entre su segmento de rendimientos individual y el segmento de transformación promedial social, sino por una ventaja comparativa falsa: la diferencia de inclinación entre su segmento de rendimientos y la línea de precios. En otras palabras, sólo reacciona ante la variación de los precios de mercado, y su especialización lo orienta hacia el aprovechamiento de sus ventajas comparativas únicamente como consecuencia de que los precios de mercado tienden a ser equiproporcionales respecto de los valores relativos.

El ajuste clásico requiere que cuando los precios de mercado se alejan de esa equiproporcionalidad, los individuos para quienes cambió el signo de la diferencia entre las tangentes de los dos segmentos relevantes, el de presupuesto y el de rendimientos, cambien de especialidad, volcándose a la producción del bien que se encarece. Pero requiere también una cierta dispersión en las ventajas comparativas, y que los individuos para quienes las diferencias de tangente no cambian de signo permanezcan indiferentes a la variación de precios, para evitar una reacción exagerada y desestabilizadora, como la de la tripulación que procura vanamente equilibrar un barco escorado desplazándose masivamente de banda en banda, de estribor a babor, y viceversa, en vez de distribuirse equilibradamente.

Los productores mercantiles tienden a migrar hacia las especialidades en productos que se cambian por encima de su valor, y a abandonar los productos que se venden por debajo de su valor. Pero no es lo mismo sostener que como consecuencia de este ajuste los precios relativos se igualan a los valores relativos, que decir que cuando los precios se alejan de la equiproporcionalidad el ajuste evita un mayor alejamiento. La primera proposición implica la segunda, pero sólo ésta se verifica en nuestro ejemplo; pues en las proximidades de la configuración en que los precios concuerdan con los valores, puede haber individuos para quienes la variación adicional que debieran sufrir los precios para alcanzar esa igualdad no alcanza el umbral de un cambio de signo en sus diferencias de inclinación. En este caso el ajuste clásico asegura la estabilidad global del sistema productivo, con excepción de la local. Una disparidad pequeña entre valores y precios es insuficiente para desencadenar un ajuste correctivo.

El individuo dedica la totalidad de su jornada de trabajo a la obtención de alguna de las combinaciones de productos que indica la línea de rendimiento, y cualquier otra posibilidad (que no la alcance o que la sobrepase) está fuera del campo del análisis. Se atiene a una jornada de duración e intensidad convencionales (como que este trabajador es ya, todavía en secreto, un obrero asalariado). El significado de esta línea es, entonces, el de numerosas colecciones -en la representación, en número infinito- heterogéneas, materialmente distintas, que constituyen una misma cuantía de producto individual; o son las diversas formas materiales que puede presentar el producto de una jornada de trabajo de este individuo, de modo que todas y cada una representan la misma cantidad de su trabajo. Cada componente de una colección puede aumentar únicamente a expensas de otros, pero si la capacidad productiva del trabajo varía pueden cambiar unas en el mismo sentido sin que otras lo hagan en sentido contrario. La jornada (en general, su tiempo) de trabajo es, por consiguiente, para el mismo individuo, la medida común a la que se reducen todos sus productos posibles, cualquiera sea su composición material. En virtud de esa reducción poseen valor individual.

Hemos deslizado un supuesto que conviene hacer explícito: el individuo no reacciona si la inclinación

de los precios pasa a ser igual a la inclinación de los rendimientos, moviéndose a partir de una situación en la que eran distintos. Este supuesto ad hoc elimina la indeterminación en el caso de indiferencia debida a la igualdad entre la pendiente de los trabajos y la pendiente de los precios; basta que haya habido un día en el pasado en el que esa igualdad no se verificaba. Este supuesto, que podemos llamar de inercia, nos permite subrayar dos umbrales de respuesta que operan en distintos tramos de la variación de los precios. Para fijar la distinción podemos llamarlos "binario" e "inercial". El individuo no reaccionará ante un cambio, por importante que sea, de la pendiente diferencial (umbral binario), a menos que cambie de signo. Tampoco reaccionará si la nueva diferencia, cambiada de signo, no sobrepasa un mínimo (umbral inercial). El primer umbral queda determinado con toda precisión por las pendientes de las dos líneas. El segundo puede tener varios componentes (paramétricos) tales como el friccional (la mayor o menor dificultad para cambiar de trabajo) o las expectativas (el trabajador cree que cambios pequeños no persistirán en el tiempo). Para nuestro propósito no interesa qué es el umbral inercial sino qué NO es. Y bien, NO es una preferencia por una determinada modalidad técnica del trabajo. En otras palabras, al trabajador cuyos productos están determinados como bienes para el intercambio tanto le da hacer una labor u otra; para él es subjetivamente indistinto aplicar su trabajo en una u otra línea, de manera que al formular su plan de producción no pesarán en su decisión apegos ni rechazos hacia determinadas tareas, sino que se guiará únicamente por la diferencia (suficiente) entre las inclinaciones de las líneas de trabajos y precios.

*

La primera mercancía es limitada y defectuosa, y así debe ser también la doctrina que, encerrada en esta figura, negándose con terquedad a trascenderla, se empecina sin embargo en construir una Economía Política con este fundamento tan endeble. No es difícil, ni importante, descubrir sus defectos; antes bien hay que admirar la precisión y el ingenio, ya que no el rigor, ni el concepto, de su construcción. Y antes que cuestionar sus fundamentos (utilitaristas), hay que preguntar, aceptándolos, si hace mella en la Economía Política iniciada por los autores llamados clásicos. La misma mercancía en su primera forma nos ha dado la respuesta, al mostrarnos que ella encierra necesariamente el pasaje a una figura más acorde con ella misma.

La **segunda** mercancía es la mercancía mediada por el trabajo, o el valor mercantil con prescindencia de su forma. En su relación con la teoría clásica, la doctrina neoclásica es a la vez predecesora y sucesora, posterior en la cronología oficial y anterior en el orden de las ideas. En tanto por esta doble relación es apenas un anacronismo, por su desdén auténticamente bárbaro hacia el concepto clásico de valor es una regresión. Pero mantengamos firme la noción de la **primera** mercancía en el marco clásico donde pone y presupone un significado, y el análisis neoclásico tendrá a la vez su legitimidad y su anulación como momento de la Economía Política o, al menos, surgirá el carácter complementario de ambos enfoques. Pues la noción clásica de que los productos tienen valor porque son reproducibles deja un espacio bien definido en el que tiene confirmación, exclusividad, y pleno imperio, la ley neoclásica, la cual hace caso omiso de la reproducción de las mercancías en la determinación de sus "precios" de equilibrio y las toma unilateralmente en el horizonte restringido de la rueda del mercado, donde son por cierto sólo bienes dados, no reproducibles. Y si la reproducción de los productos no es la condición de su valor, omitir el trabajo es una abstracción válida y hasta necesaria. La doctrina neoclásica tiene la solución de un problema que no conoce como problema, al comprobar que en el mercado mismo está excluida la producción de valor aunque no la determinación de los precios, que sin embargo son la expresión dineraria del valor. Mas le reconoceríamos una profundidad que no tiene si le atribuyéramos una reflexión en sus propios conceptos elementales, como valor y expresión del valor, moneda y dinero.

Claramente, el equilibrio del mercado es necesario pero insuficiente para "asegurar" el equilibrio del sistema. Donde la teoría vulgar se ufana y queda exhausta, la ciencia encuentra un punto de partida.

Vemos recortarse los dos momentos tan distintos como recíprocamente necesarios del automatismo mercantil: el equilibrio de los mercados y el equilibrio del sistema. Ahora bien, si el primero (comprendido en el segundo) se presupone, el equilibrio del sistema productivo queda reducido a la llamada ley clásica del valor-trabajo. En tanto este punto de vista excluye el anterior, es igualmente unilateral: lo que antes se ignoraba, la unidad de los trabajos individuales en el sistema productivo como un todo articulado, ahora se conoce, y se sabe cómo se reproduce el todo articulado -la producción-, mediante sus partes constitutivas -los trabajos individuales-. La unilateralidad clásica no es igual a la unilateralidad neoclásica; en tanto ésta es regresiva (rechaza fuera de sí lo abstraído y lo pierde), aquélla es progresiva (incorpora lo anulado como abstracción determinada); mientras para el análisis neoclásico el valor mercantil se agota en el valor de cambio unívocamente determinado por la "ley de la oferta y la demanda", la teoría clásica no prescinde de los precios de mercado pero pregunta -y responde- cuál es el principio que los gobierna. La **primera** mercancía está en la **segunda**, meramente conciliada: ora eliminada, ora conservada, pero no **acabadamente** superada. No ha desaparecido la **primera** mercancía, tampoco ha sido superada, simplemente subsiste junto a la **segunda**; el intercambio de productos **también** es un intercambio de bienes. Pero los bienes ofrecidos a cambio de otros cualitativamente distintos no son ahora una milagrosa emanación del divino arbitrio providencial: son los frutos (esenciales) del humano quehacer.

La mercancía anterior tenía su verdad en la divina providencia que era, ella misma, indescifrable. La mercancía en su **primera** determinación era de suyo incompleta, no porque estuviera ausente en ella la noción práctica de que las mercancías son, en general, productos del trabajo, sino porque esta circunstancia no era **relevante** para comprender la naturaleza del valor y su determinación cuantitativa. Tampoco estaba ausente ni inactiva la intuición de que la relación mercantil es una relación de intercambio, pero no se comprendía que por medio del cambio los hombres, determinados como poseedores de mercancías, entablan una relación productiva. Encontramos en la **primera** mercancía la transición a la **segunda** al comprobar que los individuos se especializan según sus ventajas comparativas únicamente debido a la simpatía entre los **precios** relativos y los **valores** relativos correspondientes, tal que aquéllos tienden a conformarse a éstos. Las dos proposiciones, que los individuos toman como señales únicamente los precios empíricos, y que sus relaciones económicas responden a la ley clásica, se concilian fácilmente en el enunciado general de esta ley, puesto que, según ella, el valor relativo de las mercancías gobierna sus precios relativos y el valor de una mercancía está determinado por la cantidad de trabajo promedialmente necesaria para reproducirla. Si el precio de un bien con relación a otro -su valor de cambio- fuera mayor que la relación entre el valor del primero y el valor del segundo -su valor relativo-, se activaría un proceso de ajuste que reduciría -y eventualmente anularía- esa diferencia.

*

Imaginemos el diálogo entre dos doctrinarios, un neoclásico y un clásico; éste último lleva la peor parte y sufre lo que él debe sentir como una injusticia, porque sabe que su razón es superior pero no puede valerse de ella, acaso por las limitaciones de su interlocutor, acaso porque él mismo no ha avanzado en la labor que transforma intuiciones en conceptos y, en definitiva, no es capaz de un desarrollo consecuente con sus propios postulados. «Las mercancías tienen precio porque son escasas», dice el primero, y el segundo responde: «Al contrario, son escasas porque tienen precio.»

Cada uno tacha al otro de metafísico. El neoclásico dirá que el valor-trabajo es una entidad semejante al flogisto, un artificio pre-científico. El sobreviviente de la escuela clásica retrucará que es su contrincante, y no él, quien pretende aferrarse a una alquimia oscurantista, ya que adhiere a la ilusión que la utilidad de los bienes constituye la medida universal del valor. Argüirá que los neoclásicos procuran en vano ocultar su fundamento utilitarista, que, sin embargo, compromete la coherencia

conceptual e incluso lógica y hasta matemática de sus modelos. [4] Ambos tienen razón desde su punto de vista limitado, y ambos ignoran que la solución de la controversia entre la primera mercancía y la segunda mercancía está en la tercera.

*

CLASICO: «Nuestra discrepancia proviene de que tú no distingues entre valor y precio, entre valor relativo y valor de cambio, entre relación de valor y precio relativo, entre equilibrio del mercado y equilibrio del sistema productivo. Ahora bien, si lo que quieres decir es que las mercancías **tienen precio porque son escasas**, te equivocas, ya que la proposición verdadera es la contraria: **son escasas porque tienen precio**. Pues tanto tú como yo entendemos que una mercancía es escasa cuando -¡y sólo cuando!- dado su precio, la cantidad demandada es mayor que la cantidad ofrecida de la misma mercancía; y que es abundante cuando, siempre a un precio dado, la cantidad ofrecida es mayor que la cantidad demandada. No veo en qué otro sentido puedes aludir a la escasez de mercancías en general. Se da el caso particular de algunos productos, como ciertas materias primas, cuya escasez o abundancia naturales en las zonas de explotación determina mayores o menores requerimientos de trabajo para obtenerlas y entonces podemos decir que "tienen (más) valor porque son escasos"; pero aquí el sentido es claramente distinto y hasta opuesto al de tu proposición.»

NEOCLASICO: «Comenzaste con una lista de distinciones conceptuales que, evidentemente, no vienen al caso, y luego me demostraste exactamente lo contrario de lo que te proponías. Pues, en efecto, decir que un bien es escaso cuando la demanda no se satisface a un precio dado, equivale a afirmar que los compradores estarán dispuestos a pagar más por un bien cuando éste es escaso, y empujarán el precio al alza, de modo que el precio resultante estará determinado por la escasez.»

CLASICO: «Tienes razón cuando sostienes que la escasez (abundancia) de una mercancía impulsa su precio al alza (a la baja), pero no la tienes cuando crees que esta observación corrobora tu doctrina. Mi tesis es que la escasez (abundancia) presupone el precio, y tú me ayudaste a completarla, señalando una consecuencia de esta tesis, de la que se sigue que el precio no presupone la escasez o la abundancia. Acabas de confirmarlo al sostener que tanto puede haber abundancia como escasez, pero si el precio es de equilibrio no habrá ni una ni otra. Reafirmo entonces que la escasez o la abundancia de una mercancía presuponen su precio, y que, por el contrario, el que una mercancía posea precio, no depende de su abundancia o escasez.»

NEOCLASICO: «Reconozco en lo que dices un hábil juego de palabras. Fuera del punto de equilibrio el precio se mueve de acuerdo con el principio de escasez, y de esto se sigue que el precio responde a ese principio; pero tú llegas a la conclusión contraria puesto que, dices, ¡cuando esa causa operó deja de operar! Si levanto esta silla la fuerza de gravedad la volvería a atraer al piso, pero tú dirías que mientras está apoyada queda libre de la atracción de la Tierra. Y nada me has aclarado con tus distinciones metafísicas, como valor y valor de cambio.»

CLASICO: «Esa distinción es central. Tu escuela identifica el despeje del mercado con el equilibrio del sistema, y por tanto tiene que explicar cómo el precio tiende a eliminar las "demandas netas", mientras que la mía incluye ese problema en otro más fundamental, el de cómo sucesivos precios de equilibrio del mercado satisfacen la ley del valor. Mucho antes que tus maestros, David Ricardo sostenía que el valor de cambio de las mercancías tiene dos fuentes, y una de ellas es la escasez. Algunas mercancías son bienes no reproducibles, de modo que únicamente su escasez determina su valor de cambio. Tu doctrina sólo conoce, y ello imperfectamente, la teoría particular del valor de cambio de estos bienes no reproducibles (como la obra de arte original) o no multiplicables más allá de cierta escala (como un vino muy especial), o, sencillamente, de bienes que no lo son en el (corto) plazo considerado. Pero la ciencia económica no se limita a estos casos particulares, y la mayor parte

de las mercancías son productos reproducibles, de modo que su valor de cambio tiende a escapar a la influencia de la escasez, para depender de la cantidad de trabajo necesaria para reproducirlas.»

NEOCLASICO: «Conozco ese argumento. Dirás que si al cambiarse las mercancías de un género por mercancías de otro género no se cambian en promedio cantidades iguales de trabajo social, habrá una reasignación de trabajo hacia aquellas ramas que entregaban productos que requieren una cantidad de trabajo mayor, por otros que requieren una cantidad de trabajo menor, hasta que esas diferencias desaparezcan. Aquí yo podría valerme de tu argumento anterior: al igualarse las cantidades de trabajo, los precios relativos serían idénticos a los valores relativos, y entonces la ley del valor dejaría de operar. Pero no llego a eso, porque esa igualdad es impertinente, y no conozco fuerza alguna en la economía que tienda a ese resultado. El precio de equilibrio ya está explicado, y si luego se añade que al intercambiar las mercancías se cambian productos distintos de un mismo trabajo social, debiera haber alguna razón, y no la hay, para reconocer al trabajo un privilegio exclusivo en cuanto circunstancia o esencia común a los productos por ser **factor** de la producción, pues cabe el mismo honor a otros **factores** (como la tierra, la energía, el conocimiento, el capital), y con mayor derecho puede reclamarlo la esencia común a todas las cosas, la coseidad (el Ser indeterminado que, como demuestra Hegel, es lo mismo que la Nada). El trabajo, lejos de ofrecer la homogeneidad necesaria para que opere como medida general y común a todos los productos, presenta una diversidad por lo menos tan grande como ellos. Veo claramente que no has solucionado el problema, lo que has hecho fue trasladarlo de la mercancía al trabajo, que es lo mismo que esconder los residuos debajo de la alfombra.»

CLASICO: «Comprendo tu punto de vista, y me admira que puedas resumir el mío con tanta solvencia. Lo repites, pero no lo comprendes. Acepto tu parábola de la aceleración de la gravedad y te respondo con un ejemplo muy semejante. Imagínate un astro suficientemente próximo al nuestro para sea visible a simple vista. Si observamos una pequeña parte de su trayectoria puede parecernos que ella es recta, pero considerada en su totalidad es elíptica. Lo mismo pasa con nuestras observaciones sobre el movimiento de los precios. Tu doctrina se refiere al movimiento de los precios que tiende a igualar las cantidades ofrecidas y demandadas de un producto dado, y para esto es pertinente tomar la órbita como recta; la mía pone el énfasis en el movimiento de esos precios de equilibrio de mercado hacia un equilibrio que también es estructural. Yo no discrepo con los resultados generales de tu análisis que, a veces, me parecen estimulantes y hasta enriquecedores, e incluso puedo incorporar todo lo esencial de tu doctrina en la mía, pero no creo que tú puedas hacer lo mismo. Para tí el concepto clásico del valor es artificial y arbitrario, lo primero porque crea una entidad imaginaria que es el trabajo social homogéneo, lo segundo porque confiere al "factor" trabajo un privilegio que niega a los otros "factores". Creo ver en esto el obstáculo que te impide comprender el concepto de valor, porque para tí el trabajo no es sino un "factor" de la producción. Pero la noción de "factores de la producción" extrínsecos sí es un artificio (que proviene de Jean Baptiste Say y la disolución de la escuela clásica). También esto es un abandono de los progresos de la teoría del valor y un retroceso a la doctrina de los costos de producción mercantilista. ¿Acaso, por ejemplo, el capital, está determinado ex ante?»

NEOCLASICO «Sin embargo precisamente la dificultad con la cual tropieza la teoría de Ricardo y que él mismo plantea es que la relación de cambio de equilibrio en una economía desarrollada no iguala cantidades de trabajo sino cantidades de capital. Los marxistas pretenden que sólo Marx resolvió ese problema con lo que ellos llaman "la transformación de valores en precios de producción". Evidentemente, cada vez son necesarios mayores artilugios para defender contra viento y marea la insostenible doctrina del flogisto económico, y ni los mismos clásicos y neorricardianos, como el propio Piero Sraffa, que tu mencionas, mantienen las distinciones metafísicas, que unos abandonan antes (como Smith), otros después (como Ricardo), y renuncian prudentemente a la pretensión de fundar toda la ciencia económica en la teoría del valor trabajo. Un refugio es la búsqueda empecinada de una mercancía de valor invariable que opere de patrón de valor. Se llega a tal mercancía con un cúmulo de supuestos tan enredecidos que demuestran lo contrario de lo que se

quiere, y es que el sistema funciona sin un patrón semejante. Otra estratagema para salvar el dogma es, desde Smith, remitir la vigencia de la ley del valor a un estadio remoto y primitivo del desarrollo económico en el que todas las técnicas productivas principales permanecen sin mayores cambios durante largo tiempo, y están al acceso de cada individuo, ya que no requieren considerables inversiones ni esfuerzos de aprendizaje. Además, todos los individuos se conocían y cada uno sabía lo que hacía el otro. Es fácil comprobar que tal estadio es, nuevamente, un invento, un artificio analítico. Pero, en todo caso, si así fuera, nos interesaría tan poco la teoría del valor para comprender el capitalismo moderno como puede interesarnos el arte de los brujos convocadores de lluvia para desarrollar la meteorología y la bioclimatología. Incluso si el principio es pertinente para comprender el sistema económico como un todo (supuesto no concedido), pero es únicamente relevante para ese todo, y no para las partes, tal que no se presta a la evidencia ni atañe a la experiencia, entonces podemos y debemos prescindir de él, no nos sirve a los economistas, y menos aún a nuestros clientes y comitentes, aunque puede ser interesante para personas que se ocupan de filosofía o cosas así. Mientras vuestra teoría se refugia en la ruda y primitiva sociedad de los comienzos, vosotros mismos debéis refugiaros en los ámbitos académicos.»

(... Al llegar a este punto, resuenan en este diálogo los ecos de otro no menos triste, pero mercedamente más célebre, y más espiritual, entre el jamego del Quijote y el corcel del Cid Campeador. Metafísico estáis, dice Babieca. Y responde Rocinante: es que no como).

Lo que escapa a la comprensión de ambas doctrinas es el proceso específicamente mercantil de la objetivación social del trabajo productivo, por el cual el carácter social del trabajo que produce mercancías cobra una forma material que es específicamente mercantil. Ese proceso será investigado por la teoría de la forma del valor, desarrollada por Marx como crítica de la Economía Política clásica.

*

Las transiciones contenidas en la mercancía nos llevan a los umbrales del dinero o la negación de la mercancía: la mercancía en su tercera determinación. Recapitulemos las progresiones por las que la **primera** mercancía, bien objeto de intercambio, pasa a la **segunda**, producto del trabajo y objeto de intercambio, y ésta a la **tercera** mercancía, la cual se desdobra en mercancía y dinero. La dos mercancías anteriores reunían los elementos de su transformación sin contenerlos en su concepto, de modo que meramente coexistían el trabajo y el intercambio sociales en la primera y el trabajo individual y el trabajo social en la segunda como otras tantas conexiones meramente extrínsecas en las cuales hay, empero, una necesidad interior que será la transición de la segunda a la tercera mercancía, pues la distinción clásica entre valor y valor de cambio no es solamente una diferencia sino una unidad diferenciada. Marx descubre el paso del **valor** a la **forma** de valor en las dos expresiones de valor encerradas en una **relación** de valor, donde la expresión de valor de una de ambas mercancías convierte a la otra en equivalente, confiriéndole la representación de su valor. Llega a ese descubrimiento por un atajo, en el que luego criticaremos la omisión de mediaciones necesarias. Pero el resultado (que esa crítica corrobora y completa) es una negación parcial del carácter mercantil de determinada mercancía a la que otra convierte en expresión de su valor, pues la forma de equivalente es idéntica a la forma de la cambiabilidad absoluta. La negación proviene de la propia naturaleza de la mercancía y la confirma, de donde la mercancía es mercancía por medio de su propia negación.

La mercancía singular es afectada por la negación de su misma naturaleza mercantil, a saber, del carácter condicional y aleatorio de su realización. Pues no obstante ser producto social del trabajo y producto del trabajo social, tanto el carácter social de una mercancía en cuanto producto cuanto la transformación del trabajo privado del que es producto directo en trabajo social, todo ello es virtual, azaroso, tanto puede darse como no darse. Para que una mercancía se realice es necesaria la concurrencia de dos voluntades, pero una, la del propietario de la mercancía ya está expresada y

confirmada en la misma forma mercantil de su producto, de modo que el carácter esencialmente aleatorio y contingente de la realización de la mercancía queda por completo acaparado por la forma relativa y negado de plano en el otro polo de la expresión del valor, donde por medio de esta negación se ha consumado la génesis del dinero. El resultado de tal proyección no es dinero real o general, el cual no brota de inmediato de la forma del valor sino de su desarrollo; es dinero germinal, "equivalente simple, sencillo o eventual". La tercera mercancía, la mercancía **real** es, pues, la primera negación de la mercancía.

Es también una crítica de las formas anteriores y, en primera instancia, su refutación. Pues las transiciones que expusimos meramente reunían las figuras sucesivas, dejándolas intactas, sin transformación. Ahora, retrospectivamente desde la mercancía que se desdobra en dos figuras tales que una es portadora de la negación, resulta que la primera mercancía era ajena a esa negación. (Más precisamente: ajena a la determinación de esa negación. La virtualidad no estaba, como en la tercera mercancía, a la vez puesta y negada, sino únicamente omitida; la negación indeterminada de la especificidad de la relación mercantil acudía en auxilio de la determinación calculística del equilibrio del sistema). En la necesidad analítica de anular el carácter mercantil de la mercancía para comprenderla, balbuceaba confusa la verdad más profunda de que la mercancía conlleva su negación. Desde la perspectiva anterior ya su figura era inestable y debía pasar a otra por necesidad interna, era una abstracción **abstracta**, pero ahora se muestra en ella tan incompleta la mercancía como producto, cuanto el producto como mercancía.

La incompreensión de la mercancía como producto es palmaria en la primera transición, donde el salto es a la par que un avance un retroceso, o donde lo que se añade para conformar una nueva unidad diferenciada había sido previamente abstraído o sustraído de una unidad primordial, aún más elemental e inmediata como consciencia que la primera mercancía. La economía neoclásica desbarata los avances de la Economía Política en la comprensión de la mercancía en esta segunda determinación. En cambio, el producto como mercancía es la tercera mercancía, y no pertenece a las figuras anteriores. (Recuérdese que para Marx la Economía Política clásica había logrado desentrañar el contenido de la forma del valor, mas no había logrado remontarse de este contenido a esa forma en cuanto forma necesaria). La primera mercancía proviene, entonces, a la par, de dos abstracciones indeterminadas, del ofuscamiento de su carácter de producto, y de la obnubilación de su forma esencialmente mercantil. En contraste con la mercancía ingenua, la mercancía en su primera determinación debía reafirmar su diferencia mediante una verdad limitada: las condiciones de equilibrio del mercado se agotan en las funciones de utilidad de individuos sin historia o recaídos en la historia natural (con sus inventarios de bienes "iniciales"). Para sostenerla fue menester a modo de suposición una petición de principio: dado por lo menos un conjunto de "precios" que satisface la condición del equilibrio, no se cierra ningún trato a un precio distinto; pues, evidentemente, en este contexto, si se verificaran operaciones "erróneas" cambiarían los parámetros aleatoriamente, una vez y otra, y el sistema resultaría indeterminado. Mediante este artificio el "tatônnement" del mercado empírico se traslada a un mecanismo imaginario en el que los contratos de compraventa únicamente son vinculantes si se pactan a precios de equilibrio global. Pero si las mercancías se negociaran con tal condición, no serían mercancías, o toda mercancía revestiría **unilateralmente** la forma equivalencial, lo cual es absurdo. El "jefe de registro" suprasocial, lo mismo que el supuesto de un equilibrio único y fuertemente estable, cumplieron su cometido, y, como el andador de los primeros pasos, llegó el instante de desecharlos. Asimismo debemos prescindir de las funciones de utilidad representables en "mapas de indiferencia", determinadas de una manera exógena, supuesto éste más acorde con la representación de una conducta biológica -hereditaria o aprendida- que con la interacción espiritual propia de una cultura humana, funciones por otra parte especulativas e intrascendentes ya que no tienen otra manifestación que la conducta observable de los individuos. (Y, evidentemente, tampoco tenemos porqué restringirnos a premisas francamente enrarecidas, como la de que esas funciones son suaves, continuas, convexas al origen, doblemente derivables, y sobre todo juiciosas, "well behaved").

La primera mercancía quedará cabalmente trascendida -conservada pero esta vez con una

transformación-, y apenas como momento analítico subsistirá en la génesis de la forma mercantil del valor. Antes el precio estaba condicionado y precedido por la escasez, ahora, por el contrario, la escasez presupone un precio. La noción general de escasez o abundancia relacionada con una necesidad social pierde su vaguedad y cobra un sentido económico preciso y específico en el mercado, donde únicamente para un conjunto de precios dados hay (plétora o) escasez. Decir que, dado un conjunto de todos los precios, hay abundancia en un mercado, es lo mismo que afirmar que hay individuos deseosos de comprar tal mercancía a tal precio y no encuentran vendedor. La escasez o abundancia que empuja un precio al alza o a la baja presupone este precio. Para la primera mercancía, empero, esto únicamente significa que a la afirmación de que los precios provienen de la escasez se añade que, si luego la escasez (el exceso o el defecto) subsiste, el precio seguirá moviéndose. La segunda mercancía sobrepasa desde el vamos ese horizonte estrecho en el que no cabe otra influencia sobre el valor de cambio que la oferta y la demanda.

Dada la utilidad de las mercancías, dice Ricardo, su valor de cambio tiene dos fuentes: su escasez y la cantidad de trabajo necesaria para producirlas. La conjunción copulativa "y" ("and") deja subsistir la ambigüedad. Pero Ricardo zafa de la varadura teórica con un argumento eminentemente práctico. Es verdad que hay mercancías no reproducibles, cuyo valor de cambio proviene únicamente de su escasez. Pero esas mercancías, arguye, son excepcionales, y la inmensa mayoría de las mercancías son reproducibles, de modo que, prosigue, debemos (olvidarlas y) concentrar nuestra atención en las restantes. Se ha pasado a la mercancía determinada como producto reproducible, y el valor de cambio entre dos mercancías cualesquiera tiende en el tiempo, conforme con la ley clásica, a su valor recíproco o relación de valor. La transición a la tercera figura de la mercancía estará contenida precisamente, **según Marx**, en esta relación de valor, en la que ha sido desestimado el desvío del valor de cambio, de modo que éste coincide con aquélla. Sólo en esta nueva abstracción cada una de ambas expresiones de valor contenidas en la relación de valor es precisamente expresión de algo que en su doble determinación, cualitativa y cuantitativa, no es más ni menos que su valor.

En general, la igualdad cuantitativa entre las dos relaciones (de cambio y de valor) no se verifica. La ley clásica predice el movimiento del valor de cambio cuando éste difiere de la relación de valor. Ello implica, primero, que, si coinciden no opera ningún proceso de reasignación de trabajo; y, segundo, que este equilibrio es globalmente estable: si las relaciones de precios no son equiproporcionales respecto de las respectivas relaciones de valor, las anteriores tenderán a éstas o los valores "gobiernan" (Smith) el movimiento de los precios. (Este concepto no implica una estabilidad "fuerte" en las proximidades del punto de equilibrio; ni excluye su incesante mudanza, como la de un blanco móvil. No discutimos aquí el problema de la transformación de la ley del valor en ley del plusvalor, pero podemos referirnos a él valiéndonos de la misma representación de un blanco, sólo que la puntería no se corrige por la movilidad sino también por la balística y por la refracción de la luz al penetrar en un medio de mayor densidad).

Al intercambiarse dos mercancías y verificarse su tasa de cambio, ésta en general difiere de su relación de valor. Esta observación elemental pone de manifiesto que la **expresión** de valor no está contenida en una **relación** de valor (ni esta última contiene dos expresiones de valor), puesto que el valor de una mercancía expresado en una "equivalente" no coincide generalmente con él en su cuantía, aunque es cualitativamente idéntico. Llegamos a dos resultados distintos y excluyentes: el valor de la mercancía es condicional; es incondicional, absoluto.

*

El carácter condicional de su cambiabilidad pertenece a la propia naturaleza específica de la mercancía, producto social que ha cobrado una forma histórica singular tal que la mercancía individual, en cuanto producto social, es virtual. La venta de la mercancía es la confirmación y la

consagración de su carácter social como producto. Asimismo, el trabajo que realiza el individuo productor de mercancías es sólo virtualmente social. Así como cada sociedad histórica desarrolla una estructura productiva específica en la que los hombres unen sus trabajos, en una sociedad donde los productos sólo cobran carácter social al intercambiarse, el proceso de producción no puede ser sino la unidad diferenciada de dos procesos, el del trabajo material que da a los bienes su forma material y el de circulación donde los productos cobran su forma social específica. Esa unidad se consume por medio de la realización de las mercancías, que es -a la vez que la consagración como producto social del bien material que la encarna-, la transformación (ex post) del trabajo privado de su productor en trabajo social. Cada mercancía individual es, por así decirlo, una postulación, un reclamo de reconocimiento como producto social. Su forma de producto realizado es la de su negación y únicamente es social por medio de la negación determinada de esta negación.

*

La mercancía posee valor únicamente porque y en tanto ella representa la cantidad de trabajo social general promedialmente necesaria para reproducirla, y ese valor, en consecuencia, tanto en su cualidad como en su cantidad, es por completo independiente del hecho o el grado en que se realice.

Pero también es independiente del trabajo que contiene, si por tal se entiende el trabajo individual, medido en tiempo, aplicado en su confección; no porque despreciamos el peso, en general insignificante, de ese trabajo individual sobre el promedio social, sino porque el promedio social relevante no es del trabajo ya realizado sino del necesario para producir nuevamente una mercadería materialmente idéntica a la dada. Tanto los economistas clásicos como Marx confunden reiteradamente su propio concepto de valor con expresiones como trabajo "contenido" o, de modo más explícito y más impropio, como trabajo "pretérito". En algunos pasajes estos términos pueden tomarse como un nombre propio abreviado, casi un sobrenombre para un concepto que ya fue desarrollado y no es posible exponer cada vez que es mentado. Pero este quid pro quo nubla tanto la comprensión del valor como de su forma mercantil en general y de la valorización del capital en particular.

El trabajo que produce mercancías crea valor y "conserva" el valor de sus condiciones o medios (instrumentos y objetos), y el valor del producto mercancía se descompone en un producto de valor y un valor conservado. El primero, creado ab ovo, suele designarse como valor añadido (value added). Marx posterga el tratamiento de este efecto conservador del trabajo y no lo considera al exponer la forma del valor y su desarrollo. Lo hace en el marco del proceso de valorización del capital, donde cobra relevancia la distinción entre capital constante y capital variable; recuérdese que el trabajador asalariado conserva el valor del primero, recrea el valor del segundo y crea un plusvalor. Así, el proceso de trabajo capitalista es, dice Marx, una combinación de trabajo "pretérito" o muerto y trabajo vivo, ambos representados en el valor del producto, pero el segundo únicamente en una parte de él, el producto de valor. Pero estas dos partes **no son propias de la mercancía como capital sino del capital como mercancía**; su lugar está -por ende- en el estudio general de la mercancía. No como capital constante y variable, ni como capital; pero es indudable que no se trata aquí (tampoco allí) de contraponer trabajo **vivo** y trabajo **muerto**, ni trabajo "presente" y "pretérito", porque el trabajo que el valor representa no es el empleado hoy ni ayer en la producción sino el necesario para la reproducción, y la misma condición atañe tanto al trabajo que crea valor como al valor conservado por este mismo trabajo.

No es verdad que el productor de mercancías utiliza insumos que a su vez son mercancías; en esta hipótesis (sintetizada en el célebre título de Sraffa, "Production of Commodities by Means of Commodities") hay una verdad y un error, porque la mercancía es la forma social general de los bienes que se adquieren, pero los medios de trabajo que se adquieren como mercancías no son utilizados como mercancías sino que deben perder esa forma para ser utilizados. Una nueva mercancía

surge del proceso de trabajo, portadora de los dos componentes de su valor, ambos por completo independientes de las condiciones particulares de su producción. Esta mercancía fue producto de un trabajo aplicado, a su vez, a uno o más productos de trabajos previos de otros productores, o, lo que para este punto tanto da, es producto de trabajos sucesivos de un mismo hombre, mas si así no fuese, y si esta mercancía singular hubiera manado del cielo como la mercancía en su primera determinación, sin que su forma útil hubiera costado el más mínimo esfuerzo, o si, como en el cuento fantástico de la hilandera prodigiosa, fuera el regalo de un duende que gratuitamente accionó los telares durante toda la noche (fuera del tiempo laboral), el resultado sería el mismo, y su valor representaría (estaría determinado por) la cantidad de trabajo promedialmente necesaria para su reproducción en las condiciones sociales vigentes. Sraffa aporta al estudio de la mercancía en cuanto producto (genérico), pero ignora las determinaciones (específicas) del producto en cuanto mercancía.

Tanto Ricardo como Marx confunden la naturaleza del valor mercantil al tratar el caso de mercancías sin valor. Ricardo opta por ignorar los productos no reproducibles que -cree- representan una porción insignificante de los productos de una sociedad moderna. No había alcanzado, como alcanzaría Marx, la comprensión de la forma de valor por la que productos carentes de valor pueden presentarse en forma de mercancías y tener un precio. Pero Marx retrocede en este punto con respecto a Ricardo cuando identifica el caso de productos que no tienen valor porque son irreproducibles, con la opinión de que esos bienes no son productos del trabajo. No logra superar por completo el concepto clásico porque no lo ha comprendido por completo. Los bienes que poseen valor son productos, pero de esto no se sigue que los bienes que son productos del trabajo poseen valor. El ejemplo ricardiano de la obra de arte, producto del trabajo humano que, sin embargo, carece de valor porque es irreproducible, ilustra esta posibilidad, pero sugiere que se trata de un caso excepcional.

En este punto el concepto ricardiano no es captado por Marx en el Tomo I de "El Capital..", **aunque sí, y con creces, en el Tomo III**; para él, precisamente en la parte de su obra que trata del valor y su forma, carecen de valor las mercancías que toman cuerpo en bienes materiales **que no son fruto del trabajo humano**. "Una cosa puede ser valor de uso y no ser valor. Es éste el caso cuando su utilidad para el hombre no ha sido mediada por el trabajo. Ocurre con el aire, la tierra virgen, las praderas y los bosques naturales, etc...".^[5]

Es indudable que el individuo humano marcha sobre los hombros de sus antepasados y su riqueza se nutre de los frutos omnipresentes de la acumulación milenaria de los trabajos de generaciones. La tierra libre de mejoras es útil para la agricultura porque hay una acumulación previa de conocimientos, estructuras productivas, germoplasma mejorado, técnicas de cultivo o crianza, aperos e implementos. La utilidad de un bien, dice Marx, es un hecho histórico. El trabajo del género humano, y también el que específicamente produce mercancías, se vale de instrumentos y se aplica a objetos en los que realiza el propósito de modificar su forma útil. Para convertir el objeto del trabajo en un bien útil no siempre es necesaria su transformación material. Milenios antes de que la humanidad aprendiera a programar el curso de un vehículo con instrumentos magnéticos, ópticos o electrónicos, algunos de nuestros antecesores realizaban prolongados viajes afinando su instinto natural de orientación con un cúmulo de observaciones sobre el sol, la dirección de los vientos, la topografía, el cielo, proyectando significados y mensajes en las figuras de animales y dioses imaginadas en el firmamento, y transformando constelaciones de estrellas en instrumentos de predicción y navegación. Cualquiera sea su soporte material, los contenidos de una cultura son productos del trabajo humano, que a su vez son objeto de transformaciones constantes y requieren un trabajo incesantemente renovado para su mantenimiento y su apropiación. Un invento o un descubrimiento no son reproducibles, o únicamente pueden serlo si se pierden; pero, a diferencia de los productos portadores de valor, su pérdida no es una consecuencia de la apropiación final de sus cualidades útiles sino que es -nada más, nada menos- una catástrofe.

[1] El descubrimiento en el que reposa la Economía Política, fundamento incluso de la reducción precios-valor-trabajo, es el reconocimiento (que despunta en Quesnay, Turgot) de que la teoría del valor, herencia del pensamiento occidental antiguo y medioeval, es relevante para la comprensión **del plusvalor**. La transición del concepto de mercancía al de capital, que constituye la trama de Das Kapital, es un desarrollo admirablemente más avanzado. Ronald Meek llama la atención sobre el progreso logrado por el propio Smith comparando sus "Glasgow Lectures" con "La riqueza..". En las Conferencias no hay todavía distinción entre trabajadores y capitalistas, y el movimiento de la división sectorial de la producción está totalmente a cargo del trabajador individual que se orienta hacia uno u otro oficio según el "encouragement to the labourer". En la Riqueza no se alcanza a determinar el concepto de tasa de ganancia, pero ya el ajuste del sistema resulta del cálculo del empresario capitalista en pos de la mayor ganancia.

[2] El artificio analítico consistente en dividir el tiempo en "semanas" discretas, con un pasado que se concreta en la dotación inicial de bienes y un futuro representado en la forma de expectativas, suele atribuirse a John Hicks y es semejante a la noción del corto plazo. Dice el mismo Hicks: "What in Keynes corresponds to my week is his short perior". Sin embargo, por la distinción entre el corto plazo (los productos son irreproducibles) y el largo plazo ambos están en deuda con Alfred Marshall, y éste con Ricardo. Pero en éste está el concepto de valor, que en aquéllos se ha perdido: en el corto plazo los productos son irreproducibles, en el largo plazo son reproducibles.

[3] Aquí puede ser oportuna una aclaración. El lector no habituado a las funciones "neoclásicas" de forma matemática (las cuales, mediante la metáfora de un orden físico, brindan precisión al momento analítico del concepto, sin producir significado alguno fuera de él), puede comprender perfectamente la transición a la segunda mercancía sin necesidad de recluirse en la caverna platónica. Solamente es menester que reflexione sobre el sencillo ejemplo que antes tomamos de Ricardo: si en el mismo tiempo de igual trabajo (omitiendo el valor de sus insumos) puedo elaborar cuatro sombreros o una chaqueta, y en el mercado se cambian a razón de cinco sombreros por una chaqueta, me conviene más producir la mercancía: "una chaqueta" que la mercancía: "cuatro sombreros".

[4] Debo esta observación al economista Ricardo Ares.

[5] Volveremos sobre este pasaje. En esta transcripción, como en las anteriores y las subsiguientes, eliminamos el subrayado que aparece en la edición de Siglo XXI. El énfasis que omitimos no aparece en la versión alemana que citamos.

1.2.2. La genericidad de la mercancía.

Entre los productos o servicios del trabajo el economista ingenuo incluye el ocio. Lo que de este modo pierde en sentido lo gana en "generalidad" y en elegancia. (Representado en dos dimensiones, el segmento de transformación material es reemplazado por el triángulo que él forma con los ejes de coordenadas; la función de producción no dará únicamente una línea sino que su campo de determinación abarcará además las superficies que están debajo de la frontera de transformación). El trabajador en su trabajo renuncia a la felicidad y a la libertad, de donde el ocio, idéntico a estos elevados bienes, debe tenerse como el producto útil de un trabajo particular, el no trabajo. Admiraremos en este concepto la intuición metateórica del trabajo en su determinación capitalista, la cual impone al trabajador esa renuncia a cambio de su supervivencia, o de conservar, negándola, su esencia social. Pero la Economía Política vulgar ignora la distinción entre las funciones de trabajo de un robinson partenogenético y las funciones de **producción** o de trabajo para otros. Adoptemos su punto de vista y representemos con supuestos habituales unas funciones individuales de rendimiento laboral semanal para la obtención de productos que devienen sociales por medio del intercambio específicamente mercantil. Admitamos que un trabajador cultiva esta particular especialidad, respondiendo a una vocación que despierta cuando se han anulado otras facultades, pero, ¿quién demandaría tan peregrino producto? En general, el trabajador mercantil no se comporta ante su propio trabajo como si éste fuera el sacrificio del ocio y la libertad, sino que lo considera como condición o, más propiamente, como un medio, para acceder a ellos. También es para él un medio el producto inmediato de su trabajo, y lo es su trabajo y es, para él, él mismo un instrumento. La naturaleza de la mercancía exige del productor en cuanto trabajador la indiferencia subjetiva ante la modalidad técnica de su trabajo, y del trabajador en cuanto productor la misma indiferencia ante la particularidad material de su producto que, dice Marx, debe ser para él un no valor de uso.

«La indiferencia frente a un género determinado de trabajo [1] supone una totalidad muy desarrollada de géneros reales de trabajos, ninguno de los cuales predomina sobre los demás... Por otra parte, esta abstracción del trabajo en general no es solamente el resultado intelectual de una totalidad concreta de trabajos. La indiferencia por un trabajo particular corresponde a una forma de sociedad en la cual los individuos pueden pasar fácilmente de un trabajo a otro y en la que el género determinado de trabajo es para ellos fortuito y, por lo tanto, indiferente» MARX, Karl, "Grundrisse..", cit. por ROSDOLSKY, Roman, op. cit. pág. 208, quien añade: "Pero solamente en la sociedad capitalista desarrollada puede encontrarse un estado semejante ... Lo que dice aquí Marx acerca de la categoría del trabajo también vale, naturalmente, para la categoría del valor... También esta categoría posee una «existencia antediluviana», también ella ha existido históricamente antes de la producción capitalista, aunque en una forma sólo inmadura, embrionaria...". Rosdolsky reseña a Marx y, como él, destaca un aspecto de la historicidad de las categorías económicas, en el que las formas más desarrolladas revelan la realidad de formas anteriores más abstractas. Así, "la categoría de capital no puede desarrollarse sin la de la mercancía, la del valor y la del dinero; pero ... esas categorías generales sólo pueden formarse del todo basándose en el capital y en su modo de producción" (ROSDOLSKY, op. cit., pág. 203). Nuestro argumento va más allá, y, por de pronto, distingue en las categorías económicas grados de genericidad que corresponden a otros tantos estadios en el desarrollo de la estructura productiva, desde una economía etológica o praxiológica, de energía laboral, hasta una economía de tiempos de trabajo, de allí a una economía del valor y sus formas mercantiles y capitalistas. Y distingue también grados de especificidad, puesto que la mercancía del capital no es sólo mercancía y la mercancía del capital diferenciado no es sólo la mercancía del capital. La mercancía es, pues, una forma económica específicamente particular del producto social general del capital; a la vez, encontramos que la forma históricamente desarrollada no contiene el momento de su especificidad directamente contrapuesto al momento abstractamente genérico, sino que éste ha sido afectado también por la diferenciación: valor

mercantil representa trabajo humano, pero el valor, en cuanto representación de trabajo humano, no es valor mercantil.

El productor de mercancías se comporta ante su propio trabajo tomándolo como un instrumento de suyo externo e indiferente, sin otro requisito que su adecuación, un puro medio. Si la subordinación a un fin es (tautológicamente) el predicado de todo medio, la calificación enfática de éste como "puro" puntualiza que la subsunción es aquí el resultado de una reducción subjetiva que borra en la consciencia del individuo las determinaciones particulares de toda modalidad materialmente determinada, de los diversos modos de aplicación técnicamente eficiente de su trabajo para la obtención de productos materialmente diversos, agotándolos en sus determinaciones comunes. Pero esa indiferencia es únicamente "subjetiva"; para decirlo metafóricamente, no son las funciones individuales de utilidad sino las de producción las que encaminan al trabajador hacia una rama u otra de la actividad productiva. Aunque tanto le dé aplicar su trabajo a tal o cual operación o proceso, el individuo no deja librado a la inercia o al azar su entrada a una u otra rama de producción. Podemos representarnos su decisión como una secuencia en la que considera alternativas en pares sucesivos. Para escoger entre dos aplicaciones de su trabajo compara la relación entre los precios que él espera tendrán vigencia en el mercado de sus productos, con la inclinación de su correspondiente segmento de transformación material (si la línea de transformación es curva, con la tangente en un punto); si la pendiente de la relación de precios es menor que la relación entre los precios del mismo par de bienes, tenderá a especializarse en el producto representado en el eje de las ordenadas.

*

La primera mercancía encerraba ella misma la transición: de inmediato se presentan todas las figuras analíticas propias de la Economía Política ("clásica"): la división social del trabajo, las ventajas comparativas, la especialización, el valor de uso, el valor de cambio, el valor, la estabilidad del equilibrio del sistema. Así como Cristo anunciaba el fin del mundo, Adam Smith proclamaba su comienzo; no instaba a sus contemporáneos a preparar sus almas para comparecer ante el Juez Supremo, sino que les enseñaba a guiarse por su propio juicio para comprender las ventajas de la sociedad moderna y observar el comportamiento moral que, con certeza, les permitiría gozar de los arreglos y principios ventajosos que brindaba este nuevo mundo. La nueva ciencia, la Economía Política, debía exponer tales ventajas partiendo del principio fundamental, la división social del trabajo. La comprensión de sus consecuencias ayudaría al hombre moderno a actuar del modo más conducente en pos de su propia felicidad y prosperidad. Al trabajar unos para otros los hombres responden a la naturaleza humana y progresan hasta alcanzar la civilización; en la sociedad moderna, el hombre deja de ser natural al conciliarse con su propia naturaleza. Esa naturaleza es para Smith la de la sociedad civil, en la cual la violencia arbitraria se torna intolerable, y la solidaridad altruista superflua, cuando no prácticamente contraproducente. El hombre moderno debe vivir conforme a su esencia, desprendiéndose de las muletillas y artificios a los que acudieron sus antepasados para configurar y mantener una estructura productiva: la cooperación solidaria, la dominación y la dependencia personales, la usurpación de posiciones, riquezas y privilegios (por nobles y cortesanos parásitos). Merced a la división del trabajo mercantil, el individuo trabaja para los otros naturalmente, sin amo y sin amor. Pues así como no necesita de un señor que le imponga trabajos o tributos, tampoco es menester que ame al prójimo para quien produce, ni siquiera que lo identifique y pueda distinguirlo. Tan indiferente como son la materialidad de su trabajo y su producto, es la persona del prójimo para quien trabaja, quien a su vez disfrutará del producto ignorando igualmente la singularidad y la circunstancia de su productor. No habrá entre ellos otro contacto que el que entablan como hombres mercantiles, vendedor y comprador, relación en la que, para cada uno, su contraparte es un congénere genérico de rasgos tan cambiantes como ignotos. Pero aunque trabaja para un otro indistinto y abstractamente universal, el productor mercantil pondrá cuidado y diligencia en su labor

productiva. En compensación, sin que sus proveedores le teman, lo amen, le deban gratitud, abriguen hacia él impulsos compasivos, obedezcan sus órdenes, respondan a máximas morales, a deberes éticos, ni a sentimientos de solidaridad fraternal, etc., el individuo mercantil podrá gozar de la colaboración de multitudes de trabajadores que en los ámbitos geográficos más propicios han cultivado con el mayor esmero y aplicado con el mismo tesón las más diversas artes. ¡Ningún rey salvaje tuvo ese poder!

*

Al desarrollo del poder adquisitivo corresponde el de los poderes productivos del trabajo. Smith atribuye los mayores aumentos de este poder a la división del trabajo, de la que parecen ser un efecto o consecuencia. Luego mostrará que ese efecto no es inmediato ni simple, ni es, esa causa, originaria, ya que todo remite a un principio más fundamental.

Comienza con la descripción de las manifestaciones y modos de operar de la división del trabajo. Ella conjuga dos procesos opuestos y complementarios, la división de tareas y la composición de operaciones.

Consiste el primero en que las labores complejas se subdividen reduciéndose cada una a numerosas operaciones simples. Las artes y los oficios se multiplican y simplifican en consecuencia. Este primer lado de la división del trabajo explica por sí mismo el efecto señalado sobre los poderes productivos del trabajo. Consideremos el trabajador individual, dedicado acaso de por vida -como consecuencia de la división de tareas- a la repetición de una única operación sencilla; aplicándose con ahínco, puede desarrollar una destreza especializada y acercarse a la perfección de su habilidad unilateral, obteniendo la mayor cantidad posible de productos por unidad de trabajo.

Ese efecto sobre el poder productivo del trabajo es triple, o se ejerce por medio de tres circunstancias que favorecen el gran incremento de esa capacidad: obliga a cada trabajador particular a concentrar su atención y energía en la operación que ejecuta, permitiéndole cultivar su talento en esa única dirección, perfeccionándose hasta el límite de las posibilidades; elimina o reduce el cambio de tareas y así también las consiguientes interrupciones, vacilaciones, discontinuidades y pérdidas de tiempo propias de la sucesión de labores; y facilita la invención de máquinas que facilitan y abrevian las tareas propias de cada labor.

Evidentemente, como el trabajador individual puede multiplicar repetidas veces su productividad en una tarea parcial si se limita a ella, también puede multiplicar la suya un conjunto numeroso de obreros entre los cuales se ha establecido una división y reducción de tareas complejas. Pero es necesario que estos numerosos trabajadores junten sus artes y combinen adecuadamente sus trabajos especializados para lograr la composición de sus productos parciales. La división del trabajo implica a la vez la subdivisión de las tareas y la combinación de las operaciones.

Pero una vez disuelta -en virtud de la división de las tareas- la unidad primaria del trabajo social, hasta entonces de carácter inmediato y local, propia del estado incipiente y rudimentario del desarrollo histórico, ¿cómo reúnen sus artes multitudes de trabajadores especializados que laboran en los más remotos rincones del mundo, cómo entablan la necesaria relación productiva, de cooperación y asistencia recíproca, en definitiva, cómo se logra esta doble recomposición, a la vez de los trabajos y de los productos?

Dos condiciones deben verificarse para evitar que la división del trabajo desemboque en la disolución del vínculo social: que los productores trabajen unos para otros y que conserven o incrementen la

variedad de sus consumos, es decir, que, a la par que se reducen a la especialización laboral unilateral, tiendan a ampliar y enriquecer la multilateralidad de su consumo. Las dos condiciones se logran, nos dice Smith, por medio del intercambio de bienes.

En efecto, mediante el cambio cada hombre logra la asistencia permanente de sus congéneres sin necesidad de arriesgarse ni gastar sus energías forzándolos o concitando su benevolencia o solidaridad, y accede a un cúmulo de riquezas que de otro modo estaría fuera de su alcance. Así, por medio de la división de trabajo, el poder de cambio o adquisición es la fuente originaria del incremento de los poderes productivos.

El intercambio de bienes redunda, pues, en infinitos beneficios para la especie humana. Ningún animal incurre en esta práctica, que distingue con exclusividad a los seres humanos; éstos, empero, cuando intercambian sus productos, no lo hacen debido a que sabiamente prevén, comprenden y por tanto deliberadamente promueven esas ventajas para ellos y sus semejantes. Por el contrario, el intercambio de bienes es "la consecuencia necesaria, aunque muy lenta y gradual, de una cierta inclinación en la naturaleza humana, la propensión a trocar una cosa por otra, que no apunta a un beneficio de tan grandes alcances".

*

He aquí la división smithiana del trabajo, que conjuga la división privada del trabajo, la división social del trabajo y la división del trabajo social. Smith no hace esta triple distinción de modo explícito, pero alude ora a la división del trabajo privado en el taller o el mismo ramo (para confeccionar abrigos de lana, alfileres, etc., trabajadores especializados en oficios diversos unen sus artes, "join their different arts"); ora a la articulación de procesos productivos que, desde los rincones más remotos, "from the remotest corners of the world", vuelcan sus frutos en el mercado mundial, ofreciendo a todo trabajador individual, hasta al más modesto, el disfrute de bienes y riquezas que no podría reproducir con su trabajo directo. "If we examine, I say, all these things [all those different conveniences], and consider what a variety of labor is employed about each of them, we shall be sensible that, without the assistance and cooperation of many thousands, the very meanest person in a civilized country could not be provided, even accordingly to what we very falsely imagine the easy and simple manner in which he is commonly accomodated".

El desarrollo de la división del trabajo smithiana reconoce dos condiciones. Una es la propia división del trabajo, que, al reducir los procesos laborales complejos a tareas y operaciones simples y repetitivas, favorece el perfeccionamiento del trabajo especializado. Otra es el intercambio de productos, en el cual la especialización del trabajo y la diversificación de los objetos de disfrute individual se concilian y median recíprocamente. Pues si la división del trabajo es su propia causa, lo es por medio del intercambio de productos, que permite y estimula el perfeccionamiento del trabajador especializado. El individuo será entonces tanto más rico y más poderoso cuanto mayor es el ámbito del intercambio, a mayor amplitud del mercado corresponde una acrecentada división del trabajo. "As it is the power of exchanging that gives occasion to the division of labour, so the extent of this division must always be limited by the extent of the market." A su vez, el poder de intercambio permite y estimula la especialización del trabajador. "And thus the certainty of being able to echange all that surplus part of the produce of his own labour, which is over and above his own consumption, for that part of the produce of other men's labour as he has occasion for, encourages every man to apply himself to a particular occupation, and to cultivate and bring to perfection whatever talent or genius he may possess for that particular species of business". Así, según Smith, las divisiones del trabajo, que tantos beneficios y tantas ventajas brindan a la civilización, son consecuencia del intercambio de productos.

"This division of labour, from which so many advantages are derived, is not originally the

effect of any human wisdom, which foresees and intends that general opulence to which it gives occasion. It is the necessary, though very slow and gradual consequence of a certain propensity in human nature which has in view no such extensive utility; the propensity to truck, barter and exchange one thing for another" ("The Wealth of Nations", ed. cit., pág. 10).

*

El productor individual es ahora un trabajador especializado. Entre las opciones que le presenta su dominio técnico, ha escogido una, guiado por un criterio unilateral: compara la inclinación de sus segmentos de transformación material con la de los correspondientes precios relativos.

[2]Ateniéndose a esta única consideración, su comportamiento laboral se subordina a la razón productiva (la simple mercancía es la prefiguración todavía abstracta de la subsunción del trabajo por el capital). Puesto que todos los productos de su dominio técnico representan el mismo tiempo de trabajo -una semana-, tienen el mismo valor individual o **subjetivo**. (Nótese que no usamos "valor subjetivo" en el sentido vulgar de un valor que se cree determinado cualitativa y cuantitativamente por el deseo o la apetencia hedonística). Son, dice Marx, valores de uso, pero valores de uso para otros, o no valores de uso (directo) para su propietario. "Comandan", dice Smith, trabajo de terceros. Sólo se distinguen para su propietario por la cuantía de trabajo de otros, de trabajo social, que representan. Para nosotros, la expresión smithiana "trabajo comandado" lleva aquí esta connotación: el productor especializado que cambia su mercancía en su valor social, la cambia por encima de su valor individual. El beneficio que ofrece al individuo el intercambio de bienes producidos en el marco de la división social del trabajo, prosigue Smith, es que obtiene a cambio de su producto de una semana de trabajo un producto o conjunto de productos que no podría reproducir en una semana. Pero la subjetividad anulada en el producto material toma venganza reivindicándose en su naturaleza social. El individuo mide el valor social de los bienes que adquiere (demanda) con la vara del valor individual del producto que vende (ofrece) y cada uno parece beneficiarse en beneficio de los demás, cada individuo traza (el tramo significativo de) su segmento de balance o presupuesto por encima de su segmento de transformación material.

Así, mientras para el hombre determinado como trabajador las diversas modalidades técnicas de su propio trabajo son subjetivamente indiferentes, el trabajador en cuanto productor es igualmente insensible ante la materialidad de su producto; los frutos asequibles en su dominio técnico son para él indistintos. Para el trabajador, en su unilateralidad robinsoniana, la identidad de los trabajos deja subsistir la utilidad de los productos, materialmente determinados en calidad y cantidad como única distinción relevante; para el productor, la diversidad cualitativa de sus productos se anula en cuanto valen para él sólo como otras tantas representaciones de su propio trabajo, y reaparece en tanto representan cantidades distintas de su propio trabajo según las relaciones de cambio que observa o espera en el mercado. Sus productos salen de esa indistinción como encarnaciones de cantidades diferentes de su propio trabajo. En tanto **para el productor en cuanto trabajador** el trabajo mismo era un puro medio para obtener un producto inmediato, y éste era el fin, **para el trabajador en cuanto productor** el producto inmediato, que representa su trabajo de una semana, es un puro medio para obtener otro producto, materialmente distinto, que representa para él una cantidad significativamente mayor de su mismo trabajo; o, lo que es lo mismo, con el trabajo de una semana adquiere un bien que no podría reproducir en una semana. Tal es la ventaja de la división smithiana del trabajo social **cum** intercambio entre trabajadores especializados. Ventaja verdaderamente insólita, que dará pábulo a las más pertinaces y descabelladas ilusiones, pues cada producto individual es mayor que él mismo. ¡La riqueza brota del intercambio!

Esta ilusión pertenece a la forma necesaria de la consciencia mercantil. El productor individual, que

comparó la inclinación de su segmento de transformación material con el precio relativo de los productos correspondientes, **sabe algo**, puesto que considera relevante la diferencia entre las pendientes de una y otra función, pero no alcanza a comprender el significado de su diferencia e ignora el de su identidad cualitativa. No se reconoce a sí mismo en su propio nexo social. No sabe que la relación entre los precios de dos productos es la expresión necesaria del correspondiente segmento de transformación técnica promedial social. Los precios relativos son para él un hecho externo, manifestación de fuerzas del todo extrañas.

Al compararlos resolvió un cúmulo de problemas, aunque sin haber llegado a plantearlos. Su producto, en cuanto valor, es, con relación a cualquier otro producto propio o ajeno, a la par cualitativamente idéntico y cuantitativamente comparable: dados dos productos particulares, sólo cabe que uno de ellos sea menor, mayor o igual que el otro. Ahora bien, para captar la identidad cualitativa de todos los productos debió primero representárselos **habitualmente** como cantidades ciertas de trabajo para luego considerarlos como otras tantas representaciones de ciertas cantidades de trabajo. Mas la reducción de los productos materialmente distintos a trabajos cualitativamente idénticos, que sólo se distinguen por su cantidad, no resuelve el problema de la homogeneidad -y conmensurabilidad- de los productos; no hace sino trasladarlo al de la igualdad cualitativa de los trabajos. Y no son éstos menos heterogéneos que aquéllos.

El problema es entonces la reducción de trabajos singulares a particulares y de trabajos particulares a trabajo universal. No es la "abstracción mental", la operación del lenguaje que fija la representación de los trabajos en un signo universal y sin embargo arbitrario, arbitrario y sin embargo universal, como el sustantivo "trabajo", o cualquier otro. En tanto se trata de una reducción en la consciencia, es ésta una consciencia cognitiva pero también perceptiva, volitiva, emotiva, práctica; y el resultado no debe ser únicamente una abstracción mental ni un trabajo espectral, determinado como no determinado, sino, por el contrario, un proceso puramente laboral, trabajo directamente general o, si todo trabajo en general es una actividad encaminada a un fin y, por tanto, la condición de un resultado, aquí el fin, lo condicionado, se vuelve incondicionado y condicionante. El homo mercator en tanto productor, **debe**, en suma, transformar su necesidad contingente y extrínseca en vida conceptual (sus trabajos innumerables y circunstanciales en una actividad genérica, trascendente, incondicionada, absoluta), no porque en sus relaciones más elementales reposa el germen de su desarrollo (ni porque el desarrollo es inmanente a su forma e igualmente necesario, ni siquiera porque podemos descubrir esa necesidad en la serie de transiciones en que se expresa, se despliega, se transforma el ser indiferenciado del comienzo y se eleva hacia la plenitud de su realidad, etc.), sino simplemente porque debe hacerlo en retrospectiva, para él o para nosotros que procuramos comprender ese resultado como resultado.

Sabemos que el productor empírico ha solucionado el problema; no es, pues, nuestro cometido el hallarle respuesta sino también y principalmente explicar cómo dió con ella. Y bien, el individuo conoce el resultado de la objetivación del trabajo en la expresión valor, pero al revés, no propiamente como resultado sino **tomándolo** (puesto que, en efecto, es "tomador" de precios) como ser irreductible, no condicionado sino condicionante; incapaz de reconocer en la forma universal de su relación productiva la objetivación de su esencia social, sólo encuentra en ella un significado subjetivo particular. Al comportarse de acuerdo con sus ventajas "comparativas", compara sus capacidades laborales con las productividades sociales, erigiendo las primeras en el patrón de las segundas; y escoge la especialización que le permite alcanzar el segmento de presupuesto más elevado, donde un punto toca su segmento (en general, una línea) de transformación y todos los otros representan colecciones de bienes que él no podría reproducir en una semana y que sin embargo puede cambiar, para su mayor beneficio, por el producto de sólo una semana de trabajo. Va al mercado con su producto individual, y regresa del mercado con un producto que tiene para él un valor individual incrementado. ¡La ilusión se confirma!

*

Recordemos -excusándonos de la reiteración- algunas referencias clásicas al valor individual de los productos de un individuo aislado. Si un hombre, dice Petty, necesita un cierto tiempo de trabajo para cultivar un bushel de trigo en las proximidades de Londres, y el mismo trabajo para arrancar una onza de plata de las entrañas de la tierra en el lejano Potosí, y transportarla hasta Londres, luego, un bushel de trigo debería valer lo mismo que una onza de plata. Y un ladrón debería ser obligado a trabajar lo necesario para la restitución de los bienes sustraídos por él. La misma explicación es la que ofrecía David Ricardo a su corresponsal, Mr. Trower, aclarándole de una manera accesible la noción de valor (v. supra). Marx lanzó pullas hirientes contra las "robinsonadas", mofándose de los infructuosos devaneos de los economistas que creen deducir las relaciones del mundo moderno de sus elucubraciones sobre el individuo aislado. El individuo aislado no es el **prius** de la relación productiva sino, antes bien, un resultado ("dieciocheco") del desarrollo de su forma mercantil. Dada tal premisa histórica el individuo aislado es, en definitiva, un artificio analítico, una abstracción determinada que, sin embargo, tiene sentido, porque, por sencillas que sean las relaciones de Robinsón con los productos de su trabajo "quedan contenidas en ellas todas las determinaciones esenciales del valor". Y porque, añadimos, el valor subjetivo es un momento necesario del comportamiento del productor social.

El hombre específicamente mercantil debe subjetivar el valor (social) de los productos que pueblan el mundo de las mercancías, proyectando en ellos la escala de sus valores individuales. Su dominio técnico es siempre flexible pero hay productos que no tienen cabida en él. Con relación a estos productos su etología será la del "consumidor" de la economía ordinaria y, en lo que a él respecta, la determinación cuantitativa del valor de cambio **social** brotará con dogmática y unilateral exclusividad de la primera fuente ricardiana. ("Possessing utility, commodities derive their exchangeable value from two sources, from their scarcity and from the quantity of labour required to obtain them"). Si su dominio técnico comprende varios productos y se conduce como "productor" (clásico), con arreglo a su ventaja comparativa, aportará mediante este comportamiento a la estabilidad del sistema productivo, participando en el ajuste clásico; cuando los precios relativos satisfacen las condiciones de equilibrio del mercado pero no coinciden con las respectivas relaciones de valor, algunos productores encontrarán que cambia para ellos el orden de sus ventajas comparativas y reprogramarán su trabajo en consecuencia. El productor individual es insensible en tanto trabajador a toda variación **subliminal** de la diferencia entre, por un lado, los precios relativos esperados y, por otro, las correspondientes relaciones de valor individual. La estabilidad del equilibrio mercantil se vería comprometida si en la sociedad no hubiera dispersión en las inclinaciones de los segmentos de transformación individuales, o si la población fuera excesivamente heterogénea, porque en el primer caso la reacción ante una discrepancia entre relaciones de valor y de precio podría ser exagerada (como en un barco en el que toda la tripulación corre de una borda a la otra, de babor a estribor), y en el segundo caso la reacción podría ser insuficiente (el barco no zozobra pero navega escorado).

*

Al comportarse con arreglo a su ventaja comparativa, el productor individual ha encontrado solución a un cúmulo de problemas que ni siquiera se ha planteado y que sólo pudo resolver siguiendo un orden particular. En promedio, una unidad material de su producto requiere para su reproducción una cantidad de trabajo social determinada, cantidad igual, mayor o menor que la requerida por nuestro individuo. Ahora bien, debido a que **requiere** de una cierta cantidad de trabajo, también **representa** una cierta cantidad de trabajo. Pero no es lo mismo "requerir" que "representar", y los dos trabajos representados, respectivamente, en el valor y en el valor individual, llegan a revestirse de una forma adecuada a su significación por caminos distintos y como consecuencia de procesos a la vez distintos y complementarios. Si atendemos a su diferencia, observamos que proviene de la naturaleza histórica específica de la mercancía en cuanto producto, tal como la concibe Marx: del carácter privado (sólo

condicional e indirectamente productivo) del trabajo que produce mercancías.

La relación productiva entre los hombres mercantiles es una relación de ajenidad e indiferencia personal. La producción de mercancías es la acción recíproca entre la totalidad de los productores de mercancías que se entabla por medio de sus relaciones biunívocas en el mercado. La totalidad de las relaciones entre todos, tomados de a dos, cobra la forma de una inmensa población de contratos privados en la que cada uno de ellos se pacta libremente, pero donde a cada parte, a través de la otra, como nexo impersonal entre personas jurídicas, se le imponen las determinaciones del todo.

La dependencia personal no está superada pero sí anulada por el carácter impersonal e intermitente de la relación mercantil, que, como argumenta Smith contra Hobbes, excluye todo poder personal que no sea poder de compra, "purchasing power"; el poder hobbessiano, el poder político fundado en la riqueza, se proyecta fuera de la sociedad civil y se encarna en el Estado capitalista. Creer que, por el contrario, la mercancía es la encarnación de la violencia, es olvidar la especificidad de la mercancía y desconocer la violencia en su forma peculiarmente mercantil.

*

El trabajador **individual** es su propia medida del mundo. [3]El trabajo deviene substancia en el valor. En el valor **individual**, porque el trabajo es sujeto, no (sólo) como actividad y representación, sino también y fundamentalmente como objetivación. En el valor **mercantil**, porque el trabajo, que ya devino en él un algo materializado, es acogido como objeto subjetivado en el nexo productivo y en la conducta económica del individuo mercantil. El trabajo es en el valor -tanto en el valor individual cuanto en el valor mercantil-, como es (genéricamente) en sí mismo: "en el trabajo el sujeto se objetiva y el objeto se subjetiva" (Grundrisse). Pero es propio del valor **mercantil** que en él los dos momentos, subjetivo y objetivo, del trabajo que deviene substancia en el valor, caen, el primero, enteramente en el trabajo individual y, el segundo, en el social.

El programador del trabajo mercantil no es, pues, un yo social, general, "de tous", sino únicamente un yo particular, privado (individual o colectivo). Para el individuo mercantil su propio nexo social es un hecho exterior, su vínculo productivo una apuesta azarosa. En su consciencia la naturaleza del valor se presenta invertida; si primero comprendemos (siguiendo la "Contribución.." y el "Das Kapital") la génesis de la forma del valor mercantil, y luego nos ubicamos en la perspectiva de la consciencia empírica del hombre mercantil y reflexionamos sobre esta experiencia, recorreremos en orden inverso la serie de las mediaciones entre el valor y su forma mercantil, sólo que en ese orden invertido las mediaciones no son tales sino niveles o instancias, la razón no encuentra una ilación sino que se fragmenta. El representante teórico de la consciencia mercantil distingue diferencias en la secuencia de transiciones, y se las representa como niveles del ser social. Para él, el agente individual de la producción mercantil es un "tomador" de precios, y éstos encuentran su determinación cuantitativa en el mercado. Por otro lado, es un "formador" de precios al actuar de dos maneras: en el mercado mismo cuando invariablemente regatea con empecinamiento y por principio; en el trabajo cuando se comporta de acuerdo con sus ventajas comparativas. Pero el hombre mercantil vive en una comunidad cosificada, en una religión donde la comunidad de los espíritus anima a los productos, seres inanimados; su vida social y su mundo privado, sus actividades productivas y consuntivas, su trabajo y su nexo productivo, están escindidos y contrapuestos, su **re-ligere** ocurre para él de modo extrínseco y objetivo; su actividad tiene un impacto indirecto, impersonal e insensible, y es sólo a partir de su papel pasivo como "tomador" de precios que actúa como hombre que lleva a cabo una práctica que es la realización de su voluntad. Hay, pues, dos verdades complementarias pero separadas que resultan, una de los "experimentos individuales", otra de los "experimentos de mercado" (Patinkin, op. cit.): los precios son, en los últimos, las variables dependientes, en los primeros son las variables

independientes. Esta consciencia es ideológica, no porque no corresponde adecuadamente a un objeto supuesto fuera de toda representación, ni únicamente porque resulta "falsa" o "limitada" al compararse con otro saber que se reputa verdadero; sino también y principalmente porque en tanto "falsa" o "limitada", forma parte necesaria e inseparable de esta relación productiva.

*

El trabajo representado en el valor **individual** tiene como premisa el valor, y el trabajo social representado en el valor tiene como premisa el valor individual del producto. O el valor individual y el valor son recíprocamente necesarios. El productor individual espera un precio y tal es el carácter peculiar de su azaroso nexo productivo, que apuesta su ser social a cara o cruz cada vez que realiza un producto. Cuando el productor mercantil acude con su mercancía al mercado, el valor social de cada pieza de su producto encuentra una forma objetiva consolidada y consagrada.

Es el precio, que, empero, debe ser retrotraído a su significación en un precio relativo. La consciencia individual debe procesar esta relación sin comprenderla, debe desandar el paso decisivo de la génesis del dinero sin que esto le ayude a desentrañar el significado social de la forma del valor; no llegará a reconocerse en su propia esencia social que aparece para él como un algo proveniente del exterior que debe interpretar según las pautas interiores provenientes de su propio dominio técnico; debe ubicar el dato -que tiene la forma de una categoría económica específica que ha "tomado" una determinación cuantitativa-, en el marco de su significación praxiológica, para aparecer en ella como un ser inmediato, obvio, irreductible, prácticamente significativo. Para ello debe desandar en sentido contrario la génesis de esa forma que, por esa rememoración que sería -y es, de suyo- el primer paso hacia la crítica, en lugar de tornársele transparente, se opaca para él. El productor individual debe, pues, limitarse a **subjetivar** el trabajo social representado en la forma general del valor para regular su propio comportamiento laboral; a reprogramar sus tareas en el marco de la división social del trabajo, ya fuera diversificándose, ya especializándose en esta o aquella rama u oficio.

*

Para comparar cantidades de su propio trabajo con cantidades del trabajo de otros, el individuo tiene que representárselas primero como reducidas a una misma magnitud. [4] Pero esa magnitud no es el valor ni es el valor mercantil, ni es la cantidad de trabajo social representada en uno y otro, puesto que no los conoce. Tampoco compara directamente el tiempo de trabajo que él necesita para obtener su producto individual con el trabajo socialmente promedial necesario para reproducir el mismo resultado. Pero resuelve su problema del modo más sencillo, sin dejarse ganar por la quimera especulativa que ha extraviado a grandes economistas en la búsqueda infructuosa de un patrón de valor invariable. El hombre mercantil se vale de su experiencia pedestre en la porción del mundo sensible para él, donde compara las pendientes de su segmento de balance y del segmento de transformación, que, o bien coinciden en un punto, y son distintas, o en todos, y son iguales. Si su diferencia no sobrepasara un umbral friccional, la mejor combinación de productos que podría adquirir el individuo sería igualmente asequible para él mediante su propio trabajo, y sería para él indiferente participar en el mercado o convertirse en Robinsón. En virtud de la diferencia, la mercancía neoclásica -intercambio de bienes entre propietarios privados- debe **de acuerdo con ella misma** pasar, vía la especialización del trabajador, a la división smithiana del trabajo social y, en definitiva, a la mercancía genuina y plenamente clásica -intercambio de productos socialmente reproducibles de trabajos independientes y privados, entre propietarios privados-.

Valor y valor mercantil son determinaciones de una misma magnitud, el tiempo de trabajo social. El valor **mercantil** de una mercancía se expresa como una cierta cantidad de otra mercancía materialmente distinta o de dinero. La expresión del valor mercantil no es, pues, expresión **directa** del valor. El valor individual, por último, representa también trabajo, pero únicamente trabajo individual. En tanto portadora de valor y de valor individual, la mercancía no es conmensurable consigo misma, pero el productor mercantil compara las razones entre los valores individuales de sus mercancías (las relaciones de valor individuales) con las razones entre sus correspondientes valores mercantiles (expresadas como precios relativos), y conforme a su comportamiento ante esa comparación, los precios relativos y las relaciones de valor tienden a ser equiproporcionales y, por consiguiente, los valores mercantiles a coincidir con los valores respectivos. Tal es la ley del valor mercantil o ley fundamental de la Economía Política, que dice que el movimiento de los precios se rige por el principio del valor.

Para el productor de una mercancía el cociente entre el valor individual -en su dominio técnico- de la mercancía que espera adquirir y el valor individual de su mercancía debe ser mayor que el cociente entre el precio de la mercancía que compra y el precio de la que vende. De inmediato se pone de manifiesto la diferencia estructural entre la mercancía en general y la mercancía en tanto forma general del capital. Con arreglo a la ley del valor mercantil, la división social del trabajo se conforma según las ventajas **comparativas** de los productores de mercancías. Pero por la misma ley, los productores de capital mercancía, o de mercancías portadoras de las determinaciones del capital, deberán conducirse con arreglo a sus ventajas **absolutas**. Esta diferencia es la más elemental, es decir, proviene de las determinaciones del capital en cuanto capital, más generales que las dependientes de estructuras particulares del capital (como las involucradas en las "transformaciones" provenientes de diferencias en las estructuras sectoriales del capital); en otras palabras, subsiste incluso en ausencia de las circunstancias por las que la relación entre los "precios de producción" de las mercancías es distinta de las respectivas relaciones de valor. (Esta diferencia entre la mercancía y la mercancía del capital no se pone palmariamente de manifiesto sino en el sistema capitalista maduro, cuando la diferenciación del capital disuelve los subsistemas capitalistas nacionales y crea una gigantesca masa de desocupados permanentes al margen del "ejército industrial de reserva"). En un caso como en otro, al cambiarse las mercancías conforme a la ley del valor mercantil, se cambian en sus valores.

En la expresión dineraria del valor mercantil, el trabajo social se reviste de una forma objetiva, y, con la condición de la realización de la mercancía, **deviene** "substancia" social objetivada, no aún del valor sino, sin otra mediación, del valor mercantil. En primera instancia (con prescindencia de aquellas discrepancias entre valores mercantiles y valores que provienen de la estructura particular del capital), el dueño de la mercancía no "comanda" más que su propia mercancía, llevándola al mercado; pero una vez realizada, la mercancía es dinero y su dueño "comanda" valor mercantil, cualitativamente idéntico al valor, y, por tanto, representación de trabajo social. Y sólo por la interacción del conjunto de los hombres mercantiles y la reconfiguración permanente de la división social del trabajo, la cantidad de trabajo social "comandado" por la mercancía realizada, como "substancia" social objetivada, coincidirá tendencialmente con la cantidad de trabajo social representada en el valor de la mercancía. La discrepancia entre valor y valor mercantil está mediada por dos procesos complementarios pero distintos: el ajuste de los precios a la condición de los mercados y el ajuste "clásico" de la estructura productiva. La unidad de ambos está mediada por la forma mercantil del valor, que no es sino la forma del valor mercantil. La ley del valor versa sobre la unidad de ambos ajustes, por la que tendencialmente, sobre la base de la identidad cualitativa entre el valor mercantil y el valor, se elimina su diferencia cuantitativa.

*

Suzanne de Brunhoff es uno de los pocos autores que han escrito sobre la teoría dineraria de Marx ("La monnaie...", op. cit.). Su léxico no fija la distinción entre dinero y moneda ("monnaie" vale en

ciertos contextos como medio de circulación o medio de compra, en otros casos como dinero). Dos cuestiones ocupan el centro de esta obra: a) la reiterada y enfática insistencia en la tesis marxiana de la unidad de las funciones dinerarias, unidad que reposa en la función del dinero como medida general de los valores, y b) la discusión acerca de si la teoría dineraria de la primera sección del primer tomo del *Das Kapital* (cap. III) es una teoría general del dinero o una teoría acerca de una estructura dineraria particular. Ambas cuestiones son clave para la comprensión de la estructura del *Das Kapital*, problema que acosa en todo momento a "La monnaie...". Su insistencia en la unidad de las funciones del dinero ofrece una perspectiva crítica que supera los estudios más reconocidos sobre la estructura del *Das Kapital*, como el de Zeleny. op. cit., Rosdolsky, op. cit. No obstante, una muestra de lo limitadamente que comprende la autora tanto el concepto marxiano de dinero como la estructura de la obra *Das Kapital*, es que suscribe acríticamente la falsa reconvencción que algunos marxistas (desde Paul Sweezy hasta nada menos que Rosa Luxemburgo) han hecho a Marx de haber "olvidado" el dinero en sus esquemas de reproducción, al reducir analíticamente la división capitalista del trabajo a dos sectores, uno que produce los bienes que componen la canasta salarial, y otro que produce los elementos materiales que forman parte del capital constante. El dinero, arguye Brunhoff, no se produce en ninguno de esos dos sectores, ni en el de bienes de consumo (salariales y suntuarios) ni en el de medios de trabajo. Es necesario, pues considerar un tercer sector, que produce la mercancía dineraria. Evidentemente, no se detuvo a reflexionar que tanto la distinción entre capital "constante" y capital "variable", cuanto los célebres "esquemas de reproducción" pertenecen al análisis del plusvalor **con abstracción de su forma**. Sin dejarse intimidar por la autoridad de sus predecesores, la autora debió advertir que no se trata de dilucidar si la producción de mercancía dineraria pertenece a una rama u otra de los esquemas de reproducción (o, como propone, debe habilitarse una tercera), sino que la forma del valor no tiene cabida en los esquemas de reproducción ni la tiene, por tanto, el dinero mismo.

La posición de la autora sobre a) es meritoria en tanto procura rescatar una tesis marxiana fundamental en la que no repararon los marxistas, pero parte de la tesis tomándola como comienzo, cual verdad evidente: no llega a ella como resultado para proseguir; menciona la génesis del dinero (que, indica citando a Marx, proviene de la propia naturaleza de la mercancía), pero no la expone (id. est., el desdoblamiento de la mercancía en formas relativa y equivalencial, el desarrollo de la forma del valor como consecuencia del desarrollo de su forma relativa), ni, menos aún, la critica; y, en consecuencia, su afirmación verdadera sobre la unidad de las funciones queda sólo como una afirmación. En el caso del punto b) debería exponer la teoría de la forma del capital y, en particular, la estructura del *Das Kapital*, para discutir la relación entre el dinero crédito de la sección V del tomo III y el dinero de la sección I del tomo I; relación que debiera remitir a la "génesis del dinero"; por ende, a la naturaleza misma de la mercancía.

S. de B. quiere presentar la teoría marxiana del dinero. Esta teoría no interesa en y por sí misma, sino "en raison de son articulation avec la théorie du mode de production capitaliste". Esta articulación, nos dice[5], es propia del capital. Las formas específicas de dinero propias del capital estarán comprendidas en la forma general. Y lo mismo sucederá con las leyes **generales** de la circulación monetaria, que comprenderán las formas particulares de la moneda y tendrán vigencia "dans le mode de production capitaliste ou` pourtant existe une circulation monétaire **spécifique**, celle de la monnaie de crédit" (pág. 15). Sub. por S. de B.

Si el capital es "inseparable" del dinero no lo es éste de aquél, pues sería una **étrange manière d' être** la de un género inseparable de una especie suya; pero nada tiene de extraño que una especie posea los rasgos de su género, ni por tanto que una forma específica sea idéntica y, a la vez, distinta de una genérica.

Así, el objeto de la teoría general del dinero que precede al estudio del capital no es en Marx, ni debe ser, la forma específica de dinero más adecuada al concepto del capital, o propia del capitalismo

desarrollado. Sería un error, insiste, esperar que el problema del dinero se resuelva en la teoría del capital. [6]"Un autre aspect de la même erreur consiste à exposer de façon partielle, incomplète, les fonctions de la monnaie analysées par Marx dans le chapitre III de la première section du **Capital**, alors que seule la totalité de l'exposé constitue la théorie de la monnaie".

Pero apenas dos páginas antes nos decía que "le problème de la monnaie" es el de su peculiar articulación con el capital, etc. Este problema no puede ser resuelto fuera de la teoría del capital.

Estos tropiezos se disiparían si la autora dijera, simplemente, citando a Marx, que éste comienza su estudio del capital (y "El Capital..") por la forma más abstracta y general de éste, la mercancía. El análisis de la mercancía pronto pone de manifiesto que ésta necesariamente se desdobra en mercancía y dinero. Sin embargo la autora pasa por alto ese desdoblamiento y su libro paga un precio por ello.

Nuestra discusión anterior muestra que no se puede comprender la particularidad de las estructuras del capital y especialmente su desarrollo e historicidad sin distinguir en las categorías económicas los aspectos específicos de los genéricos. La indistinción condena los mejores esfuerzos a un embrollo.

*

Marx critica la teoría clásica en procura del resultado que ella no pudo alcanzar, a saber, el pasaje del valor a la forma del valor y, por tanto, la comprensión de la génesis del dinero. Los dos momentos principales de este desarrollo son: la reducción de valor de cambio a valor, y el descubrimiento de la expresión de valor contenida en la relación de valor. Son dos pasajes, de la forma al contenido y del contenido a la forma. Mediante el primero accede a la exposición del valor que hace caso omiso de su forma ("El desenvolvimiento de la investigación volverá a conducirnos al valor de cambio como modo de expresión o forma de manifestación necesaria del valor, al que por de pronto, sin embargo, se ha de considerar independientemente de esa forma" *Das Kapital*, pág. 47). Esta exposición (síntesis de los fundamentos clásicos) prepara el pasaje siguiente, que es el regreso a la forma ("Habíamos partido, en realidad, del valor de cambio o de la relación de intercambio entre las mercancías, para descubrir el valor de las misma, oculto en esa relación. Es menester, ahora, que volvamos a esa forma en que se manifiesta el valor" *Das Kapital*, págs. 58/9). Huelga decir que el "regreso" a la forma no es un mero regreso, sino que se partió de una unidad indiferente y se arribó al fenómeno comprendido como tal, a la expresión del valor en tanto expresión necesaria.

La segunda progresión debería desembocar en la forma del valor. Marx encuentra la transición de la mercancía determinada como producto al producto determinado como mercancía en la expresión de valor de una mercancía que se encierra en su relación de valor con otra mercancía. El valor de una mercancía se expresa como una cantidad de valor de uso de otra mercancía. Esta transición despega del suelo clásico y abre todo el nuevo horizonte conquistado por Marx, donde su primera tarea es "llevar a cabo lo que la economía burguesa ni siquiera intentó, a saber, dilucidar la génesis de esa forma dineraria siguiendo, para ello, el desarrollo de la expresión del valor contenida en la relación de valor existente entre las mercancías; desde su forma más simple y opaca hasta la deslumbrante forma de dinero. Con lo cual, al mismo tiempo, el enigma del dinero se desvanece." (*Das Kapital*, pág. 59).

Lo hace en tres pasos ("Glosas a Wagner"): primero considera la mercancía en su noción ingenua, observa que ella se presenta como un ser que encierra una dualidad de factores, pero en seguida sobrepasa la exterioridad recíproca aparente de estos momentos determinando la primera mercancía como una unidad diferenciada; su carácter dual no es la yuxtaposición de seres subsistentes sino que el valor de cambio tiene en el valor de uso su soporte material necesario. En este resultado (en el que queda superada la exterioridad recíproca de los "factores") surge el problema que dará paso a la

segunda mercancía. Las mercancías se entregan unas a cambio de otras porque en su materialidad son cualitativamente distintas; y al cambiarse en proporciones determinadas una mercancía por otra, ambas tienen, esto es tautológico, el mismo valor de cambio (en verdad, el mismo valor mercantil). Pero, ¿se cambian en esa determinada proporción porque es la relación entre sus respectivos valores de cambio, o sus valores de cambio quedan determinados al cambiarse las mercancías en una determinada proporción?

La pregunta atañe a la forma mercancía del producto social y, por ende, no remite al valor como representación del trabajo social en general sino, más concretamente, a la distinción entre su momento genérico y su momento específicamente mercantil.

Esa distinción no pertenece al producto y a su forma sino también, y más esencialmente, al trabajo humano mismo. El trabajador genérico está determinado como trabajador en tanto es indiferente ante las modalidades técnicas de su trabajo en diversas aplicaciones, de modo que los diversos conjuntos de productos asequibles en su dominio técnico en un lapso dado (una jornada, una luna) son para él otras tantas representaciones de un mismo trabajo (cualitativa y cuantitativamente idéntico).

*

La contraposición (por la que su trabajo es para él un medio indiferente) debe ser tal para el propio trabajador, y para esto es necesario que el resultado del trabajo sea el propósito de una voluntad consciente. (Necesario, mas no suficiente, como no lo es, por tanto, la distinción que hace Marx cuando compara el trabajo del albañil con el trabajo de la abeja y encuentra la diferencia en el plan que el primero concibe en su cabeza). En el objeto de la voluntad el organismo se pone como sujeto separándose de sí mismo, por un desdoblamiento en el que su trabajo es la condición y el medio de su finalidad, y reencontrándose en esa finalidad alcanzada. Mediante esa abstracción descubrimos en toda categoría económica, despojándola de su especificidad como lo hace inconscientemente la economía acrítica que, en la primera mercancía, elimina la substancia del valor y en la segunda elimina la forma, un contenido más abstracto, que ya no pertenece a una sociedad humana determinada, sino a todas; luego uno biológico, una esencia humana que no es humana. El trabajo humano representado en el valor es trabajo **general**, pero él mismo es a la par su propio **prius**: trabajo **en** general, actividad biológica, "desgaste de músculos y de nervios". Pero de comprobar que el trabajo humano remite a su contenido elemental, no se sigue que el trabajo que produce valor no es sino actividad biológica.

Marx deja subsistir el momento abstractamente natural en su opinión según la cual, puesto que las mercancías en cuanto productos del trabajo son conmensurables en trabajo, y a su vez los trabajos son manifestaciones de un intercambio metabólico esencial, luego, dicho con nuestras palabras pero confirmado en un cotejo con las suyas, la esencia del valor es la energía biológica (noción que se conjuga con los afanes y fatigas de la actividad laboral smithiana). Podemos interpretar que en esta reducción de la diversidad de los trabajos productivos a una energía cualitativamente idéntica opera el supuesto económico según el cual la intensidad de los trabajos en sus distintas aplicaciones técnicas o modalidades "concretas" tiende a igualarse, conforme a un patrón convencional. Pero si esto resuelve un problema, el de justificar una reducción que va más allá del contenido común de las mercancías en el igual carácter **social** del trabajo necesario para reproducirlas, al poner de manifiesto en ese contenido uno más elemental y más abstracto plantea otro problema, el de la abstracción relevante o el concepto genérico.

Los Gründrisse atestiguan el descubrimiento de que la Economía Política no puede partir de conceptos genéricos como Producción, Trabajo, Valor. Las Glosas a Wagner corroboran hasta qué punto fue decisiva para el autor la escogencia de la mercancía como comienzo. Ambas obras, una escrita en la juventud y otra próximo al final de su vida, ninguna escrita o revisada para publicar,

exageran esta posición, que, felizmente, no es desarrollada unilateralmente en el *Das Kapital*, donde el momento específico se determina en contraposición al momento genérico (vgr., en el célebre apartado "El fetichismo de la mercancía y su secreto"). Se parte de la mercancía; en nuestra exposición, de la secuencia de las tres mercancías. No se arranca, es verdad, de los conceptos genéricos. **Se los concibe.**

Son abstracciones determinadas, resultado del análisis de las categorías mercantiles. En ellas el análisis pone de manifiesto un contenido que encierra contenidos más elementales: la economía mercantil es una economía de valor, la economía de valor es una economía de trabajo, la economía praxiológica o laboral es una economía etológica o biológico-energética. Los niveles más generales son en todos los casos más abstractos y más extensos, de modo que no toda economía biológica es economía laboral ni toda economía laboral es economía de valor ni toda economía de valor es mercantil, etc. Hay una economía energética atinente a las conductas y adaptaciones orgánicas de los especímenes vivos, que mejoran la probabilidad de supervivencia de su dotación genética. ¡En un principio era el sexo! En la reproducción sexual cada hijo hereda únicamente la mitad de su ADN cromosómico de cada progenitor (no así el ADN protoplasmático, que se transmite por vía materna), de modo que el espécimen singular pierde la paternidad exclusiva propia de la reproducción directa, asexual; nadie ignora que esa pérdida tiene sus compensaciones, incluso adaptativas.[7]

Hay también una economía de trabajo que ya no es (sólo) de energía ni (aún) de producción; no es sólo intercambio energético o metabolismo pues el trabajo y el producto han salido de la unidad inmediata primordial y el trabajo se materializa en un protoproducto subsistente. [8] Un nuevo trabajo, del mismo individuo o de otro, puede volver a aplicarse al objeto en el que quedaron resguardados los efectos útiles del trabajo anterior, ora para cambiar su forma material y espaciotemporal (también la defensa y el transporte son transformaciones), ora para que el "trabajador" finalice su unión con el producto, devorándolo. El protoproducto es un fruto del trabajo que se distingue del trabajo mismo como efecto materializado subsistente, pero carece de la universalidad del producto social, y tanto el trabajo como su fruto son de modo esencial (aun cuando no único) una relación entre especímenes singulares ("individuos") que en esa relación mejoran la esperanza (estadística) de propagar sus genes respectivos favoreciendo su progenie y la de sus consanguíneos próximos probables (incluidas las respectivas parejas sexuales procedentes de otros linajes).

El protoproducto es la diferenciación todavía natural en la conducta del ave predatora que no se apodera directamente de su presa, comiéndosela, sino que la transporta en su pico (o la deglute y luego la regurgita) para alimentar a sus crías (y eventualmente al otro miembro de la pareja, que no participa en la búsqueda de alimentos sino que empolla, abriga o protege la progenie). Por de pronto, esta economía energética, que se optimiza por medio de conductas individuales complejas, desde la ponderación entre los riesgos de permanecer en un refugio sin alimento o exponerse a salir de él, o la fulminante y circunstanciada evaluación del beneficio y el costo de consumir energía para huir o atacar, hasta la cooperación circunstancial con potenciales rivales del mismo sexo (que también es cooperación potencial con rivales circunstanciales), todo ello es la prolongación y la réplica de la actividad orgánica de los seres vivos que no tienen esa conducta externa pero realizan la función (que sólo evaden los virus) de hacer acopio de energía para sus progenies. Aun cuando no hay una verdadera sociedad natural, hay escalones naturales hacia el mundo social, y, por de pronto, una economía energética, una economía de trabajo, una economía de protoproductos. Marx cita con aprobación a Benjamin Franklin, quien dice que el hombre es un animal que hace herramientas, pero añadamos que un "toolmaking animal" no es un hombre. (Lo contrario es sostenido por Feuerbach: "Hacer es un concepto fundamentalmente humano. La naturaleza procrea, produce, y el hombre hace. Hacer es algo que puedo omitir, es un hacer intencional, premeditado, exterior, es un hacer en que no participa directamente mi propio ser intrínseco...").

En el protoproducto no es posible distinguir el uso directamente consuntivo del uso indirecto, o productivo, sencillamente porque en las conductas y relaciones animales no se puede distinguir la producción (trabajo de y para otros o relación social mediada por el trabajo y trabajo mediado por las relaciones sociales) del consumo (trabajo de apropiación individual). El protoproducto es un órgano no somático que media una "sociedad" todavía orgánica, una comunidad de especímenes que "invierte" en una progenie común (individuos de un mismo linaje genético y sus parejas sexuales exogámicas). Es un objeto que tiende a favorecer la prevalencia de los rasgos hereditarios del individuo, bien aumentando su propia probabilidad de sobrevivencia, bien la de sus parientes (que comparten algunos de sus genes). Se han descrito diversas situaciones en las que el espécimen individual puede hacer más por su propia supervivencia genética mediante la solidaridad e incluso el sacrificio "altruista" que mediante una conducta que optimiza el egoísmo individual, entendiéndose por "altruismo" el limitado al linaje próximo (ALCOCK, John "Animal Behavior, An Evolutionary Approach"). En consecuencia, a la obvia condición de que el protoproducto debe ser útil, debemos añadir la de que sea un bien transferible. Ahora bien, ninguna de las dos condiciones exige un soporte material no somático (fuera del cuerpo del individuo portador del protoproducto). Un bien útil y transmisible puede tener, por cierto, la forma de un alimento, pero también la de una atención no sexual (despiojar, abrigar, proteger), una señal de alerta (este fruto es venenoso, hay un enemigo en las proximidades, surge una súbita oportunidad de caza); en este caso es un protoproducto inmaterial, un "servicio" cuyo efecto beneficioso para otros brota directamente del trabajo que le da su forma útil a la vez que lo transfiere o lo transmite. Ciertos cambios anatómicos bien definidos brindan testimonio paleontológico de las transformaciones adaptativas que culminaron en la atropogénesis: un mayor desarrollo encefálico, una configuración ósteomuscular adaptada a la marcha bípeda, un notable descenso de la glotis junto con el agrandamiento de la cavidad laríngea superior (la base de una especialización en el lenguaje articulado); todos ellos se conjugan con el desarrollo de la habilidad manual para confeccionar protoproductos materiales, para portar las crías y transportar bienes, y, por ende, con el desarrollo de un medio cultural en el que se elaboran y transmiten protoproductos no materiales.

Son éstos últimos los que tanto prácticamente cuanto por su concepto están destinados a trasponer primero las fronteras estrechamente animales de la relación protoproductiva para trascender la relación de linaje genético y presentar el elemento universal de la producción como relación social y del producto como mediación genérica. El concepto de Producción es el concepto de concepto en cuanto su elemento es la universalidad y es él el elemento de la universalidad; o producción es comunidad de los trabajos, pero la comunidad de los trabajos tiene su medio en la comunidad de las consciencias, en el discurso universal de los lenguajes particulares. Este sentido universal ínsito en la relación humana se desarrolla por su negación, por el intercambio de productos (producción extendida) y por la guerra, y es tan contrario al estrecho particularismo todavía telúrico en que se inicia la antropogénesis como al sentido común que la acompaña, que no es todavía la consciencia de la comunidad universal sino su aparecer como particularismo, su primera afirmación como intolerancia. Es el balbuceo primigenio, irrepetible, que jamás debe ser confundido con el abandono brutal de la universalidad del discurso; la humanización coincide con la historia y el secreto de la libertad es que el hombre puede perder su humanidad pero no puede renunciar a ella.[\[9\]](#)

No es propósito ni cometido nuestro presentar una exposición del valor en general, menos aún de sus determinaciones biológicas elementales, que bosquejamos "en passant", únicamente para subrayar la especificidad de la forma mercantil y, en particular, del propio valor mercantil y sus componentes más abstractos, el valor genérico, la economía de trabajo, la economía energética. Consideradas retrospectivamente esas categorías biológicas, etológicas, praxiológicas, antropológicas, son las más abstractas, y pareciera que el itinerario que une la evolución natural y la historia humana procede también desde lo más abstracto, elevándose a su desarrollo más concreto; pero esa apariencia proviene únicamente de que tal es la relación que guardan dentro del propio concepto de la Economía Política. La crítica de la Economía Política pone de manifiesto otra secuencia que, también, va de lo

abstracto a lo concreto, y también al cabo de este desarrollo se muestra la instancia primera y más simple como un momento de la última y más desarrollada; la diferencia entre las dos series es que en una, la del valor con prescindencia de su forma, la categoría más abstracta pertenece a lo más universal, en tanto en la segunda, la de la forma del valor, lo más abstracto y más pobre corresponde a la forma específica, históricamente determinada, pero únicamente en su manera de aparecer.^[10]

Antes que a la producción mercantil, primera forma histórica objetivamente universal de producción, el principio clásico del valor trabajo perteneció a la producción directa premercantil. Su principio es el valor genérico, y cada porción del producto, en tanto representa la cantidad de trabajo social medio requerida para reproducirlo, es portadora de un valor genérico y es en su materialidad útil encarnación directa de valor. (Carece de una expresión proyectada fuera de su propio cuerpo material y que debe tomar en éste una forma objetiva). Es la extensión social del principio praxiológico de economía de esfuerzo individual (en el ejemplo ya recordado de Ricardo, si a un individuo le lleva igual trabajo confeccionar una chaqueta que cuatro sombreros, la pérdida de una chaqueta lo perjudicará cuatro veces más que la pérdida de un sombrero). Pero los trabajos individuales se reúnen en la producción, y el principio de todo trabajo social se convierte en la ley que preside la totalidad articulada de los trabajos productivos. Esta articulación, por la que el valor praxiológico (principio de racionalidad energética en la conducta de un individuo abstracto) deviene valor **en general** que es valor **general**, valor social, se concibe fácilmente en un grupo humano reducido que no ha traspuesto la escala del reconocimiento entre especímenes singulares pero ya ha desbordado la comunidad biológica centrada en el parentesco genético y en la extensión de esta comunidad a través del intercambio intercomunitario (donde el que la circulación de bienes es correlativa a la exogamia instituída).

Argumentábamos que la mercancía es una forma histórica particular del producto social, distinta del producto inmediato, y distinta también de la mercancía incipiente que madura largamente "como los dioses de Epicuro, dice Marx, en los poros del mundo antiguo". Ahora debemos añadir que bajo esta forma la producción es, por primera vez, verdaderamente humana, universal. El protoproducto apuntaba a la producción al transponer la frontera de los linajes genéticos, pero esa producción era todavía circunscripta y extrínseca (aunque desde un comienzo el intercambio humano abarca distintas comunidades y territorios de extensión continental).

*

Las "sociedades" animales no desbordan del exclusivismo genético. Colmenas y hormigueros, maravillas para legos y entomólogos, pueden estar formados por unos pocos individuos fértiles, asistidos por un ejército de clones estériles, como si todos ellos formaran parte de un único cuerpo con órganos autónomos. En algunas aves, hermanos y primos cercanos de los padres cooperan en el cuidado de las crías; éstos, al ayudar a la supervivencia de sus hermanos y sobrinos, mejoran la esperanza de propagación de sus propios genes. (Incluso en familias humanas puede ser más cierto el parentesco del tío materno con su sobrino que el del padre con el hijo). El sacrificio nupcial canibalístico en ciertas especies de insectos favorece con la muerte del macho su propia supervivencia genética, al brindar el sacrificio de su cadáver inmolado para la alimentación de la pareja y los embriones. Algunas arañas han puesto en escena una versión moderada de este don extremo: un protoproducto ofrecido en el cortejo, la "prenda nupcial". El vigía altruista, ave o mamífero, que salva a sus compañeros de manada o bandada al anunciar con su huida ostensible o grito de alarma la proximidad de un predador, se expone más que los otros a ser víctima de éste, pero el sacrificio altruista es su acto supremo de egoísmo genético si es suficientemente alta la probabilidad de parentesco entre los especímenes que logran sobrevivir gracias al sacrificio del vigía. Una población de mamíferos puede prescindir de una porción importante de sus machos sin menoscabo de su capacidad de crecimiento, y los machos pueden optimizar su probabilidad de éxito genético exponiéndose a morir en batalla si de ese modo mejoran la probabilidad de supervivencia de las

hembras y las crías de su mismo linaje. Entre algunos mamíferos las hembras en celo suelen ser codiciadas por varios rivales; los machos mandriles adultos forman pandillas belicosas y, para lograr la copulación, el mejor macho dominante necesita de la ayuda de guardaespaldas dispuestos a mantener a raya a sus enemigos; todo macho se expone a dos peligros, el de malgastar su apoyo a un falso amigo sin lograr la reciprocidad debida cuando él, a su vez, necesita de la ayuda de sus aliados, y el de ser traicionado por el brusco cambio de bando de algunos de sus acólitos en el momento crítico de la confrontación; en consecuencia, el éxito genético de un espécimen dependerá de su talento para inspirar temor a sus rivales y confianza en sus aliados, y especialmente para distinguir y sopesar en las manifestaciones de lealtad de sus amigos la más sutil y temprana señal de flaqueza.

La cooperación en la pareja sexual y entre consanguíneos potencia su capacidad conjunta para propagar sus genes comunes. El espécimen altruista satisface directamente su propia "finalidad" biológica al alimentar o defender a conespecíficos del mismo linaje. La "sociedad" animal -su cohesión, su duración, su crecimiento- no sobrepasa el límite del reconocimiento entre los especímenes, la memoria del individuo donante para distinguir a sus donatarios y su poder para exigir la contraprestación o para someter a un cierto número de sus congéneres. El hombre rompe ese límite biológico, para comenzar, mediante adaptaciones que le permiten extender la esfera de la cooperación, la dominación y el intercambio. Cualquiera sea su grado de desarrollo histórico, entabla una relación que es entera y exclusivamente humana, la producción. Esta relación es la reunión y la articulación de los trabajos que unos individuos realizan para otros con los que no tienen vínculos de parentesco. Las formas institucionales de la familia humana extienden el radio de acción de la producción primordial, todavía biológica, brindando certeza y precisión en las relaciones de parentesco próximo, extendiendo el nexo familiar mediante la fijación de grados de consanguinidad, y regulando el enriquecimiento del patrimonio genético a través de instituciones tales como la exogamia.

El individuo puja y labora por su propio éxito genético y sirve bien su finalidad cuando ayuda a su pareja o a sus propios consanguíneos (e individuos que aportan a la progenie común), pero en ciertas circunstancias puede aún mejorar la probabilidad de propagación de sus propios genes si también colabora con conespecíficos no consanguíneos. Estas circunstancias, entre las que se destacan la dominación, la cooperación y el intercambio de bienes (servicios y productos materializados), **[11] tienen su principio común en la reciprocidad.** Surge una nueva totalidad, la producción en germen, como una conjunción de trabajos en mutua posición, órganos de un todo orgánico, trabajadores que participan en una relación multitudinaria y virtualmente universal. La producción es acción recíproca entre todos los trabajadores -individuales o grupales-, pero la acción recíproca entre todos los especímenes conespecíficos no es producción. (En efecto, cada individuo biológico entabla con la totalidad de sus conespecíficos una interacción ambiental, aún únicamente natural o extrínseca, donde los especímenes no emparentados son, recíprocamente, por un lado, competidores y rivales por recursos, territorios y oportunidades de fertilización, pero son, a la vez, para cada uno de ellos, en el caso de organismos sexuados, el reservorio de variabilidad genética que preservará a su propio linaje de la extinción).

En la producción cada trabajador -individual o colectivo- desempeña dos papeles, el de dador y el de receptor, y al trabajar para otros **no consanguíneos** los trabajadores devienen productores. La producción tiene su momento elemental (nace en él, vuelve a él y se recrea en él), en la reciprocidad bipartita. Una de las partes cede a la otra algo que para la primera es prescindible o inútil y para la segunda útil o imprescindible. La reciprocidad se verifica cuando ambas partes permutan sus papeles de donante y donataria, de modo que cada cual entregó un algo a cambio de otro algo más favorable a su éxito biológico. Que algo sea superfluo para un productor y necesario para otro puede deberse, bien a contingencias singulares, irrepetibles y fortuitas, bien a que para el primero el bien que ofrece es más fácilmente reproducible que el que demanda.

Pero que el individuo se conduce de tan distinta manera ante distintos bienes según los considere más fácil o difícilmente reproducibles es un principio praxiológico elemental que antes de expresarse en el intercambio de mercancías o de productos o de la relación productiva en general, en la que cobra vigencia la reciprocidad en un marco smithiano de división social del trabajo, remite al comportamiento humano en los más remotos albores de la antropogénesis. Las adaptaciones orgánicas que permitieron a nuestros remotos antepasados extender el radio de acción social de su producción incipiente contribuyeron a ese resultado, al dotarlo de una mayor aptitud para portar sus crías y sus productos. Pero esa capacidad es limitada (en la migración de recolectores y cazadores antiguos, según Marshall Sahlins, las bestias de transporte son las hembras, revividas como "mujeres de carga" en el relato de García Marquez, puesto que el hombre marcha libre de todo impedimento que no sean las armas, siempre presto para hacer frente a un enemigo en asecho o aprovechar una repentina oportunidad de caza) y cada vez que retoma la marcha se vé ante el dilema de cargar con sus bienes o desprenderse de ellos. Es indudable que esta opción no se reduce fácilmente a una comparación de los tiempos de trabajo promediales para la reproducción. Los productos se reproducen en circunstancias azarosas y cambiantes, y a la hora de elegir la impedimenta "**pesarán**" en la decisión la jerarquía de las necesidades y la certeza de su atención oportuna. Algunas armas son fácilmente reproducibles pero es necesario disponer de ellas en el momento preciso; puede ser tan laboriosa como incierta la obtención de nuevos alimentos en las próximas jornadas, pero no es menos difícil la conservación de los restos de la caza reciente ni menos embarazoso cargar con ellos. De suyo, las condiciones de la producción cambian con la estacionalidad y con el territorio que atraviesa el grupo nómada, y la experiencia enseña que lo que hoy es abundante o fácilmente reproducible mañana será escaso e irreproducible.

Tomenos un ejemplo opuesto: cuatro mil años antes que el señor Thomas Alva Edison registrara el célebre invento del filamento incandescente, las tinieblas nocturnas cedían reluctantes ante la trémula llama de las lámparas de piedra. Las hubo de diversos tipos y grados de elaboración, pero todas fueron susceptibles de usarse reiteradamente tantas veces como se quisiera, sin que el uso las desgastara sensiblemente. Arqueólogos que repitieron las técnicas de elaboración de las lámparas de piedra arcaicas sugieren que las más simples y fáciles de confeccionar con materiales que se hallaban en gran abundancia, se descartaban después de utilizarse apenas unas pocas veces.[\[12\]](#)

Ayudar a un consanguíneo y mejorar sus posibilidades de procreación tiene sentido adaptativo para un espécimen biológico incluso en ausencia de contraprestación. Pero, en ausencia de parentesco genético, dar ayuda sirve al individuo si, a cambio de darla, la recibe. "A cambio" tiene aquí un significado volitivo, aunque simplemente la circunstancia de proximidad puede favorecer la probabilidad de beneficio recíproco. Si todos los especímenes de una especie biológica adhirieran a la moral kantiana, encontrarían en ella el fundamento racional para aplicar los preceptos cristianos y, en definitiva, dedicarían sus vidas a hacer el bien al prójimo. Una lectura de Smith no dejaría de ser edificante, especialmente si enseña las ventajas de la división social del trabajo. Pero el individuo que aplica unilateralmente esos preceptos corre el peligro de comprobar su escaso valor adaptativo, al menos mientras no esté garantizada su vigencia universal. La reciprocidad «individual» biunívoca libera la protoproducción de los límites de la consanguinidad y favorece la adaptación evolutiva del espécimen singular: ayuda a otro linaje, pero al hacerlo mejora las probabilidades de perpetuar el propio. El virtual productor se expone -lo mismo que el altruista biológico- a malgastar su sacrificio ayudando a un congénere no consanguíneo, pero ahora el peligro es que la parte favorecida no cumpla con la contraprestación. Si tal contingencia se presenta, el individuo no retribuido y desairado habrá perdido su oportunidad o su energía inútilmente y, para colmo, favorecido a un posible competidor o rival. Si el otro es un aliado merece confianza y lealtad, si es un traidor debe ser eliminado o ignorado y rehusársele toda nueva ayuda. Entre conespecíficos no emparentados desaparece la abstracción del tiempo y el espacio (la contigüidad, o simultaneidad o yuxtaposición **indiferentes**), y el individuo observa, recuerda, interpreta y sopesa astutamente indicios sutiles que orientan su vida de sociedad incipiente entre los dos extremos de la identidad activa, el

reconocimiento y la lucha. A su vez, permanece al acecho de la oportunidad y recurre a la simulación para ocultar su propia intención de beneficiarse sin retribuir, al punto que el afán por cumplir despierta a la par la confianza y la sospecha. (Mucho antes, en términos evolutivos, de su papel en la génesis de la sociedad y la producción, la simulación contribuye a la extensión y continuidad de los grupos de primates consanguíneos; la historia natural de la simulación en la conformación de grupos sociales fundados en el harén, se conjuga con la biología de la antropogénesis; comprende conductas oportunistas en machos subdominantes y comportamientos no menos complejos en las hembras, desde el ocultamiento ante el dueño del harén de la filiación de sus hijos de otros padres hasta la adaptación biológica social gracias a la cual la atracción que ejerce la hembra sobre el macho no se limita al período de celo).

La verdadera esclavitud no puede desarrollarse como vínculo biológico. El amo puede apetecer a su esclava y disponer de ella como medio de su goce, mas al preñarla con su simiente la incorpora a su identidad biológica y ella ganará escalones de reconocimiento o caerá ante su dueño en una sumisión más abyecta, pero habrá dejado de ser esclava. La familia puede encerrar la dominación más despótica, incluso la más despiadada, pero la esclavitud rebasa la familia y su esencia es el trabajo para el amo no emparentado. En el vínculo de dominación cobra existencia universal la condición humana mediante la negación de la persona. No a pesar de esa negación, sino en virtud de ella, el hombre subordinado no se pertenece, es para otro que es verdaderamente otro porque no es consanguíneo, su abnegación es a la par su nexo social objetivo e inmediatamente la condición absoluta de su sobrevivencia; en tanto que el amo, persona incompleta pues es unilateralmente para sí, se vé cercenado en su realidad social porque debe apropiarse de la esencia social del otro, arrancarle su trabajo. Grillos, cadenas, látigos y amenazas de castigo y de muerte, sujetan el cuerpo y la volición del esclavo al deseo del amo. Entre un hombre dotado de un poder de disposición unilateral sobre otro, y un hombre que al optar por la vida biológica descubre en la voluntad ajena el germen de su propia libertad únicamente como negación, no hay intercambio de prestaciones ni reciprocidad en un sentido recto (el amo tiene el poder de quitar la vida o castigar al esclavo, y le ofrece la vida a cambio de su sometimiento). Pero esta negación de la reciprocidad la supone y la conserva. Pues la voluntad del señor debe suplir inmediatamente la de otro humano reduciéndolo a la condición de bestia domada y una vigilancia directa sólo puede ser efectiva en un radio de acción limitadísimo, que no puede extender sino por medio de un tejido de relaciones de reciprocidad personal, siempre restringido por el alcance de la memoria del donante y su poder de exigir del donatario la contraprestación adecuada y oportuna. El intercambio de bienes se desarrolla en esta trama de reciprocidad personal que es la disolución del límite animal del protoproducto entre consanguíneos pero que encuentra otro límite todavía biológico en la capacidad de los individuos de distinguir y recordar la singularidad y las circunstancias de los conespecíficos.

Este límite es flexible y se expande por medio de las alianzas políticas. La reciprocidad personal sigue siendo como la determinábamos, una reciprocidad entre congéneres singulares próximos que tienen la capacidad de reconocerse mutuamente, de evaluar sus prestaciones y de exigir las contraprestaciones correspondientes. Pero los sujetos que se reconocen y se alían son dominantes en sus respectivas comunidades, la alianza de dos jefes es la alianza entre dos pueblos; y la reciprocidad entre consanguíneos deja de ser inesencial como lo era en el grupo primario.

En la verdadera esclavitud asoma, pues, la universalidad que cobrará forma abstracta y general en la mercancía; por otro lado, sólo es posible la verdadera esclavitud, con la mediación de la mercancía o la mercancía desarrollada, el capital. La humanidad debió ver con horror cómo el capital naciente desarrolló la esclavitud en una escala hasta entonces desconocida, y suspira con alivio al comprobar que el logos de la máxima tasa de ganancia asequible a la empresa singular favorece sistemáticamente la opción en favor del trabajo asalariado. Esto es así en cierta fase delimitada del desarrollo capitalista, caracterizada por la forma de civilización que hemos conocido como sociedad moderna. Pero donde el propio desarrollo del capital deja de ser, a la vez, el desarrollo de la sociedad civil, y de las consiguientes exigencias formales de la democracia abstracta, la lógica del capital se revela como la

lógica del exterminio.

*

Hegel descubre la dialéctica de la relación entre el amo y el esclavo y es indudable que en ella encontramos una anticipación abarcadora, aunque a la par la más abstracta, del espíritu del *Das Kapital*. Pero es preciso advertir, y Hegel no lo hace, que esa relación es apenas un ejemplo ilustrativo particular del pasaje a la universalidad en la producción o la antropogénesis. Donde el amo es un consanguíneo, el esclavo no pasa a la universalidad con su trabajo; su trabajo es un protoproducto, un producto que no traspasa el ámbito inmediato de la relación familiar en la cual tanto el altruismo como la esclavitud son altruismo y esclavitud meramente particulares, y ese altruismo es egoísmo genético exclusivo, y esa esclavitud inmediata no puede tener más que un alcance circunstancial y un radio de acción estrecho. Cuando la alianza política es una reciprocidad entre amos, el radio de acción de la relación productiva se expande, calzando las botas de las siete leguas. Las personas que entablan el vínculo de reciprocidad personal son personas generales; su vínculo es un vínculo entre pueblos enteros que van a la guerra contra el enemigo común o reúnen sus trabajos en un todo articulado para la caza mayor. La cooperación entre pueblos puede ser un episodio contingente y no repetirse. O un vínculo permanente pero discontinuo, vgr. estacional, como en el caso de la transición de la caza mayor a la ganadería en el ejemplo de los "cometas del desierto", o continua, como en las civilizaciones "hidráulicas". [13]

La reciprocidad humana comprende el intercambio de productos, y el intercambio de productos es el paso de una economía energética a una economía laboral, la cual implica una diferenciación entre trabajo consuntivo y trabajo productivo. En efecto, la comunidad primordial es un roblinson (por cierto, un roblinson colectivo, formado por parientes biológicos). Por "Producción" entendemos siempre producción humana, pero a esto añadimos la nota de "social", pues al romper los límites de la subsistencia familiar la producción abandona su unidad indiferente (reunión y articulación de los trabajos individuales), y el trabajo humano se desdobra en trabajo consuntivo y trabajo productivo. El deslinde es tanto más nítido cuanto más unilateralmente especializado es el trabajo productivo ("división social del trabajo" smithiana) y cuanto más neta es la distinción social entre **propios** y ajenos en la estructura productiva. El carácter del trabajo está condicionado por el destino del producto. En consecuencia, puede permanecer indeterminado durante el proceso laboral e incluso después (si el producto material durable espera o cambia su destino), o dedicarse una parte a la producción y otra al consumo, de modo que el trabajo productivo y el trabajo consuntivo se distinguen únicamente como porciones abstractas del trabajo realizado. Aunque para el trabajador hay ciertas aplicaciones técnicas de su capacidad laboral únicamente asociadas con la producción, y otras, sin duda, con el consumo, también las hay que pueden presentar uno u otro carácter y ello claramente depende de que trabaje directamente para **propios** o terceros. En el consumo individual el trabajador se apodera de las cualidades útiles de algunos bienes, y es indudable que todo consumo requiere algún trabajo; pero también la apropiación por el individuo de bienes producidos es un momento necesario y esencial de todo proceso laboral y de todo trabajo humano. De modo que el carácter de productivo o consuntivo de la actividad laboral no depende de la naturaleza del bien del que el individuo se apropia mediante su trabajo, ni importa que en esta determinación se comporte ante su trabajo mismo como ante un medio. Su producto material inmediato es para **propios** o extraños; en el primer caso su trabajo es consumo; en el segundo, producción. (En la contabilidad social "standard" -donde los conceptos son convencionales y las convenciones conceptos- los bienes se distinguen escatológicamente según el uso al que se los destina, como "intermedios" o "finales", de donde la finalidad suprema de la producción es el consumo último, que resulta ser la comulgación de la Familia, el Estado y... el Activo Fijo).

*

NOTAS

La "Fenomenología del Espíritu" había sido concebida como la primera parte del Sistema de la Filosofía. En ella, "el método adoptado" por Hegel (tal como él mismo lo explica luego en la Enciclopedia) fue comenzar con la certeza [de lo] sensible, o la consciencia inmediata, la primera y más simple forma del saber, y mostrar cómo, desde esa figura elemental y con arreglo a su propia necesidad, la consciencia trabaja en el largo y doloroso camino que la eleva a la Filosofía.

(La demostración de la necesidad no es la prueba lógica ni el enunciado de una ley empírica, porque el pasaje de una figura a otra más desarrollada se aclara retrospectivamente; la inmanencia de la forma más desarrollada en la forma más simple se presupone en el comienzo, de modo que si esa necesidad se hace pasar por predicción o por ley universal su demostración es o un ejercicio inútil o una estafa; pero aquí la necesidad demostrada es idéntica a la comprensión de la figura menos diferenciada: como un ser incompleto, en desacuerdo consigo mismo, que únicamente puede -pudo- alcanzar su realidad en plenitud mediante la progresión transformativa por la que pasa -pasó- a otra figura; pero en esta progresión no habrá alcanzado la perfección ni el reposo, sino que con la transición se pondrá en evidencia una nueva pauta de la nueva figura que ella no cumple y la torna otra de sí misma, por lo que al pasar a ser ella se transforma. Pero esta progresión carece de sentido por sí misma, como si pudiera tratarse de una dialéctica del concepto en general que no sería sino la hipóstasis ilusoria del concepto general, o como si el desarrollo dependiera de un "debe" por el que toda figura es imperfecta y ha de pasar a otra).

Hay algo más que una semejanza formal con la Fenomenología en "el método adoptado" por Marx (en la "Contribución.." de 1859, luego en "El Capital.."), consistente en partir de la mercancía y mostrar cómo la forma más elemental y abstracta (a la vez general y necesaria) de la producción "burguesa" (que en Marx todavía equivale a capitalista) se desdobra en mercancía común y mercancía equivalencial que se fija como equivalente general; cómo el dinero se convierte en capital; cómo el valor se expresa en el precio y el plusvalor por un lado en la tasa de ganancia, pero por otro en tasa de interés, margen de comercio y renta fundiaria. La plusvalía se presenta primero como un resultado insólito y milagroso porque -no en principio sino al principio- ella presupone su propia imposibilidad; la explicación de su naturaleza y determinidad cuantitativa debe presuponer la mercancía en cuanto intercambio de productos de igual valor. Pero ya se nos había dicho desde el comienzo que la mercancía era, en realidad, capital, o tenía su realidad en el capital. Así, pues, el capital deberá demostrar, primero, que es compatible con la mercancía, que no necesita transgredir su esencia; y corroborar, después, que el capital es, en su forma, mercancía, y más determinadamente mercancía desdoblada en mercancía relativa y equivalencial, común y dineraria, y, efectivamente, es así como aparece el capital cuando se pasa del contenido del plusvalor a su forma; pero es así también como se presenta en la vida cotidiana, como capital empírico, que cobra sucesivamente una y otra forma, que es ya dinero, ya mercancía, para retornar a su forma primigenia, "dinero en cuanto dinero".

En la Fenomenología, el filósofo, quien ya ha recorrido ese camino, adopta el punto de vista de la consciencia vulgar, se mueve entre las opciones asequibles a esa misma consciencia, y, entonces, se produce el milagro: ¡la consciencia finita hace la experiencia que trasciende su norma sin transgredirla! Ella no llega a ese desenlace por azar, tampoco por la ayuda del filósofo; el resultado que alcanza no es contingente sino necesario, pero esa su necesidad (o destino) de la que surge una nueva verdad, era inmanente a la consciencia del comienzo; tenía un contenido que, sin embargo, no sabía, luego ella no era cabalmente ella misma. Pudo haber permanecido plegada en su primera ilusión junto a su no ser sin tocarlo, no enajenándose sino meramente ajena a sí misma; y en cuanto consciencia particular -individual o colectiva-, esa ilusión replegada que logra no progresar ni realizarse, sufriría la desgracia más propiamente humana cual es la de envejecer sin madurar.

El filósofo puede "mostrar" esta experiencia no solamente porque su propia consciencia particular ya salió de su singularidad y su particularidad sino también porque procede de ellas y las conserva (como momentos de una totalidad y es en ese sentido "absoluta"); porque ya sabe el resultado pero a la par también el camino que lleva o, mejor, **conduce** a él; y porque puede adoptar sin perderse en la finitud un punto de vista, una opinión, y mantener a la vez la relación y la diferencia entre la consciencia limitada y esa misma consciencia plenamente realizada. Pero la "experiencia de la consciencia" se "muestra" en la exposición del filósofo, y en esa exposición se suceden contenidos asincrónicos con esa consciencia: ora la anticipación del resultado, ora la comprensión retrospectiva de la figura limitada de la consciencia que todavía ha de ser superada. Es entonces cuando el filósofo, dirigiéndose al público, representado por el lector (¿el Emilio?), y actuando él en el papel del saber consumado, toma la palabra en primera persona **del plural**, y dice "para nosotros y solamente para nosotros". El lector es ya una consciencia comprometida con el concepto, en lucha con su finitud. El filósofo representa ante él un saber incondicionado en mayor grado que el alcanzado aún por su consciencia fenomenológica en pleno trabajo; que ella ya barrunta pero desconocerá hasta que recorra un camino. Finalmente esa consciencia será otra únicamente por haberse mantenido fiel a sí misma, sufrirá la pérdida de su verdad primitiva a la que tan tenazmente se aferró; y gozará de un saber más maduro, que deberá también sobrepasar, elevándose en su propio medio, irrenunciable: la comunidad de las consciencias.

Desde el comienzo la consciencia fenomenológica es, entanto individual, a la par social; esto se tornará evidente cuando, a poco andar, se encontrará ante otra consciencia, reclamará el **reconocimiento** y alcanzará la autoconsciencia, pero, antes aún, incluso en su primer berrido filosófico (la figura de la certeza de lo sensorial), está ya más allá de sí misma como consciencia aislada porque procura decir **el esto**, y **decir** es pasar al elemento universal del lenguaje. Pero esta consciencia social es sólo abstractamente social, desde el principio hasta el fin, o esta historia de la consciencia no llega a ser cabalmente consciencia de la historia.

(El autoproducto completo, final y supremo del concepto en cuanto totalidad autocontenida del mundo concebido en cuanto concebible, el conocimiento que elimina todas las ilusiones de las figuras limitadas del saber, tiene su verdad en esas formas incipientes y limitadas. Asimismo el secreto del propio concepto de concepto en cuanto espíritu se encuentra en la obra de juventud del mismo autor como religión, sentimiento de unidad, espíritu de la época; en una palabra, lo incondicionado -absoluto, infinito, etc.- es únicamente por medio de lo condicionado, pero resulta también él mismo condicionado, no ha perdido la potencia de la negación. El filósofo que se había propuesto el salvataje de la verdad en la ilusión, sucumbe en la ilusión suprema del espíritu absoluto; pero se vale de este Dios secular para exponer la esencia del espíritu en cuanto totalidad. No hay que recordar en contra suyo sino a la vez en su homenaje que él mismo sostuvo que un filósofo no puede saltar sobre su época, y él mismo formuló el lema que hoy todavía es la aspiración más elevada que podemos concebir: ser contemporáneos de nosotros mismos.)

En El Capital la consciencia fenomenológica tiene un contenido; ya no es la consciencia de una relación social sino también la de su historicidad, que se eleva desde las categorías económicas a la consciencia del proletariado, trabajando su progreso a través de transiciones tales como: noción empírica de la mercancía; descubrimiento de su contenido, exposición del mismo (el valor con omisión de la forma); pasaje a la expresión del valor o regreso a la forma que es ahora forma en cuanto forma necesaria; desarrollo de la expresión del valor o génesis del dinero; fetichismo de la mercancía o descubrimiento-encubrimiento de la mercancía en su propio lenguaje; dinero o diferenciación de la mercancía y funciones del dinero o diferenciación del dinero; dinero en cuanto dinero y dinero que se convierte en capital; forma general del capital, contenido de la forma general del capital o fuente y determinación cuantitativa del plusvalor capitalista...[14]

El sujeto mismo es más determinado, ya que El Capital no trata de la experiencia de la consciencia en general sino que apunta al espíritu de una clase histórica determinada, el proletariado. La diferencia específica está en la cuidadosa y articulada demostración -que atraviesa toda la obra- de la historicidad de las categorías económicas. Pero esas categorías viven una doble existencia, teórica y empírica; y comprender su historicidad es lo mismo que captar en el concepto las categorías empíricas.

Adviértase hasta qué punto es distinto sostener que las categorías económicas en cuanto categorías empíricas son un momento necesario de las relaciones de producción, de creer que éstas pertenecen al mundo de los hechos absolutamente no pensados e indiferentes a ser pensados. Si dijéramos que hay una economía en sí en el mundo de los hechos, y una economía para sí en el mundo de las ideas, que éstas son universales y por tanto eternas pero que los hechos fluyen en la historia, y si en base a esta dicotomía acusáramos a los economistas de reducir los hechos a las ideas, de inmediato se pondría en evidencia lo absurdo de esa acusación que no dice lo que cree decir.

*

Enzo Paci cita extensamente y con aprobación a Antonio Labriola quien, dice, «ve con absoluta claridad el error categorial de la economía como ciencia». El pecado "categorial" denunciado consistiría en desconocer que la "economía misma" es un "ordenamiento precategoryal", que es un "**ordenamiento de hecho**, temporal, material, histórico", en tanto que las categorías económicas pasan por ser eternas y ahistóricas. He aquí una parte de la cita:

«Como doctrina [la economía categorial, P.L.] separó, distinguió, analizó los elementos y las formas del proceso de la producción, circulación y distribución, reduciéndolo todo a categorías; dinero, dinero-capital, interés, utilidad, renta de la tierra, salario y así sucesivamente. Corrió segura...: trabajó sobre dos supuestos que poco o nada se preocupó por defender, tan evidentes parecían ser: es decir, que el orden social que ilustraba era el orden natural; que la propiedad privada de los medios de producción era sólo lo mismo que la libertad humana...»...

«Aquí estamos en la concepción orgánica de la historia. Aquí están la unidad y la totalidad de la vida social que se tiene ante la mente. Está aquí la **economía misma** (pretendo decir el **ordenamiento de hecho** y no de la ciencia en torno al mismo) que se resuelve en el fluir de un proceso, para aparecer después en tantos estadios morfológicos...».

«No se trata, en resumen, de extender el llamado factor económico, abstractamente aislado, a todo el resto, como se imaginan los adversarios; se trata, en lugar de ello y antes que nada, de concebir históricamente la economía, o de explicar el resto de las mutaciones históricas por sus mutaciones».

«Antes que la ciencia, resume Enzo Paci, está el **ordenamiento** de hecho temporal, material, histórico. Este ordenamiento de hecho es **precategoryal** respecto a la economía que es **categorial**. La Economía [Política] como ciencia está condicionada por el ordenamiento de hecho y no viceversa».

En abono de su tesis, transcribe también la siguiente frase de Merleau Pontí:

«La historia nunca trasciende, por principio, de la economía»,
 Prosigue Paci: «Se trata, como se ha visto también en Labriola, de la estructura precategoryal de la economía y no de una Economía Política como ciencia que pretenda ser independiente de la situación temporal e histórica precategoryal: por esta razón Marx critica la Economía Política burguesa.» Marx, según este autor, coge en falta a los economistas porque éstos pretenden conocer por medio de categorías, y no advierten que la economía categorial es ahistórica y no puede captar el carácter histórico de la economía misma, que es precategoryal. «Evidentemente, aclara (?) Paci, también en

cuanto a la Economía [Política, P. L.] es necesario volver a la raíz y ver cómo, de esta raíz, que es el hombre entero, nacen relaciones económicas diversas en diversas situaciones».[15]

Nada tiene esto que ver con la crítica de la Economía Política excepto que ésta consiste, precisamente, en elogiar lo que Paci rechaza y rechazar lo que Paci propone. La crítica se inició reconociendo que los economistas clásicos habían realizado la proeza de reducir la multiplicidad de las observaciones y las experiencias de la sociedad civil a un reducido número de principios simples. Los mismos fueron formulados y articulados mediante conceptos que provienen de las categorías prácticas de la vida económica (ley del valor). Pero la crítica les echó en cara que en ese concepto que ellos descubren y exponen como el contenido de la relación económica con abstracción de su expresión, se borra la impronta específicamente histórica de esas categorías, de las que supieron partir pero a las que no supieron regresar. Más determinadamente, Marx mismo resume su crítica diciendo que los economistas no han sabido plantear, ni menos aún resolver, la génesis del dinero; ni, habiendo reducido los precios a valores, han sabido explicar porqué ese contenido presenta necesariamente esa forma específica.

Pero Paci cita a favor de su interpretación la posición de Marx contra Proudhon de 1846/7. La Miseria de la Filosofía, dice Paci, es la crítica a la "metafísica de la Economía Política"; por esto debe entenderse, dice Paci, «la crítica a las categorías de la Economía [¿Política?], necesariamente abstractas, transformadas en falsa concreción. Las categorías no son razón pura y no son independientes de las relaciones reales sino que las relaciones reales, a su vez, son relaciones humanas y precategóricas o, para expresarnos con los términos marxistas, son el movimiento mismo de la vida en cuanto movimiento y movida: **das bewege und dasbewegende Leben**. En esta vida tienen origen, con operaciones humanas, las categorías. La Economía [Política] debe volver a encontrar la fundación de las categorías en los hombres: sus verdaderos "materiales" no son los dogmas de los economistas, sino el operar de los hombres».

Paci no advierte que Marx, precisamente donde lo cita, está reivindicando contra Proudhon la Economía Política que él -Paci- llama categorial: «El material de los economistas es la vida moviente y movida, los materiales de Proudhon son los dogmas de los economistas». Marx no dice que la vida humana es precategóricas si por esto se entiende un puro ser y hacer no mediado en el que hubiera que buscar las raíces de la relación humana. Pero la Miseria está escrita tres lustros antes de que su autor acertara finalmente con la clave definitiva de la crítica de la Economía Política que es, precisamente, la adopción del punto de vista "categóricas" para ponerlo críticamente ante su propia pauta. Tal es, precisamente, el procedimiento desarrollado por Marx en su teoría de las formas del valor y es, en este sentido, una fenomenología de cuño hegeliano, y no una fenomenología en el sentido "ante litteram" que le atribuye Paci. [16] En cambio, la pretendida crítica que toma como su cometido el de desgarrar el velo ideológico que recubre el contenido de las formas sociales sucumbe, si cree arrancarlo mediante la sola indicación de su contenido antropológico, en una nueva ilusión y, sin duda, en una ideología contrapuesta y complementaria: la de una infraestructura económica abstractamente material.

Cuando, en verdad, se trataría de explicar cómo y porqué esta configuración histórica específica de la producción, el capital, luce necesariamente ora como puro espiritualidad, ora como pura materialidad; como un conjunto de objetos inertes, desprovistos de voluntad, o como una sociedad en la que esos mismos objetos entablan entre sí los más intrincados diálogos y se traban en implacables duelos o se asocian para acometer empresas desorbitadas y grandiosas.

En la involución que sufre la obra de Marx en manos de sus apóstatas, se destaca la regresión ricardiana que sufre la Economía Política marxista. La confusión (señalada por Rodolfo Banfi, op. cit.) entre el problema marxiano de la transformación de los valores en precios de producción y la

reducción ricardiana de los precios empíricos a valores obnubila los aportes de Marx. Como el nuevo rico que viajó por el mundo y sólo captó que la gente habla idiomas extraños, el apólogo despistado por una interpretación empobrecedora nos dirá que el contenido fundamental del denso apartado del primer capítulo de *El Capital* titulado "El Fetichismo de la Mercancía y su Secreto" es la demostración de que en el fondo trata de relaciones sociales, y asignará a la crítica de la Economía Política la misión ya realizada por la misma Economía Política (clásica). En efecto,

«La crítica de la Economía Política tiene la tarea de descubrir **lo que se esconde tras** el carácter enigmático de ese fetichismo». (Paci, op. cit., pág. 336).

*

La Fenomenología del proletariado comienza con la experiencia de la consciencia mercantil. La trama de la exposición deberá ser tal que cuando la mercancía dice su verdad en su propio lenguaje, el lector puede decodificar su discurso porque conoce su significado y comprende en su necesidad tanto su contenido de verdad como su ilusión. El Emilio es, nuevamente, la consciencia empírica, pero ha desaparecido el filósofo omnisciente.

Volvamos a la explicación que ofreció David Ricardo al señor Trower (v. supra). Si el trabajador espera que en la próxima rueda de mercado los sombreros y las chaquetas se van a cambiar a razón de 5 a 1, o más, optará por especializarse en la confección de chaquetas. En este contexto, la distinción patinkiniana (Patinkin, Don, op. cit.) entre "experimentos individuales" y "experimentos de mercado", donde los precios de equilibrio de mercado pasan de ser parámetros a variables dependientes, tiene sentido y vigencia como una distinción adicional entre el análisis de las opciones laborales del productor individual y la determinación del sistema productivo. Ahora bien, el comportamiento del trabajador, acorde con el análisis neoclásico, es congruente también con la pauta smithiana (lo cual no implica que, recíprocamente, la teoría clásica convalida los supuestos y conceptos neoclásicos, tema ajeno a nuestra presente discusión): la división social del trabajo permite a cada individuo, en su doble condición de trabajador y consumidor, procurar su máximo "bienestar" [17] desplazándose por una recta de presupuesto que lógicamente no estará por debajo de su línea de transformación o de rendimientos laborales y, en general, estará por encima. Bastará para ello una diferencia umbral entre la pendiente de su línea de rendimientos -en el tramo relevante- y la relación entre los precios esperados. Ahora bien, podemos licenciar los supuestos walrasiano-paretianos; no solamente son innecesarios, son también embarazosos según las propias pautas de esa doctrina, para las cuales la intervención de un árbitro suprasocial, equivale a un arbitrio "artificial" -de suyo un menoscabo para la teoría-, y expone toda la construcción doctrinaria a la descalificación dado que sus mercancías (que sólo se cambian a precios de equilibrio) no son ni siquiera mercancías. (Es el reproche que dirige Marx a Owen, mutatis mutandi, cfr. "El Capital", Tomo I, sección primera, cap. III, primera nota al pie). El individuo, "tomador" de precios, se comportará laboralmente según sus ventajas comparativas (como una pequeña nación robinsoniana para la doctrina neoclásica, que únicamente capta el concepto clásico en el ejemplo ricardiano del comercio entre Gran Bretaña y Portugal).

[1] No hay que confundir el **momento** genérico, del que tratamos en este apartado (contraponiéndolo al carácter histórico específico del trabajo mercantil), con los géneros de labores en el sentido de las diversas modalidades técnico-materiales de los distintos trabajos ("varieties of labour", en Smith, "trabajos concretos", en el Das Kapital), como tampoco la variedad de "géneros" (en el sentido habitual de telas o mercaderías) que presenta el conjunto social de todas las mercancías, con su carácter genérico, común a todas ellas y a todo otro producto humano.

[2] La economía ordinaria halla el fundamento del comercio internacional en la llamada "ley de las ventajas comparativas"; sabe que esa expresión lleva el sello de David Ricardo, pero ignora que el concepto que ella convoca remite a la teoría fundamental del valor de la que ha querido y creído prescindir. (Un botón de muestra: "Actual trading follows the **Law of Comparative Advantage**", CAMPBELL, John M., op. cit., pág. 112).

[3] Al exponer la Fenomenología de Hegel, Hyppolite ubica la llamada tesis de Protágoras, "el hombre es la medida de todas las cosas", precisamente en "El Lado del Sujeto de la Certeza Sensible". (HYPPOLITE, op. cit., pág. 87, cita la Tesis en la versión recogida por Platón. El traductor español del libro de Hyppolite transcribe este pasaje de la versión castellana del "Teeteto", Aguilar, Bs. As., 1969: "El hombre es la medida de todas las cosas, de las que son como medida de su ser y de las que no son como medida de su no-ser").

[4] "**Magnitud** es el concepto abstracto nacido de un conjunto homogéneo, entre cuyos elementos no sólo está definida la **igualdad** sino también la **suma**. A lo mismo equivale esta otra definición: Magnitudes son los entes abstractos entre los que está definida la igualdad y la suma. Cada uno de los estados de la magnitud se llama **cantidad** de esa magnitud". REY PASTOR, J. "Elementos de Análisis Algebraico", 2da. Ed., Madrid 1922, pág. 195.

[5] En el pasaje pertinente hay que salvar cierta confusión:

"Etant, selon Marx, «un rapport social de production», la monnaie dans le système capitaliste fait partie des rapports capitalistes de production. Cependant elle y participe á sa façon, en subsistant sous la forme de monnaie, et le problème monétaire consiste justement á savoir ce que signifie cette étrange manière d' être de la monnaie, inseparable et distincte des autres relations caracteristiques du capitalisme".

[6] "On se trompe par exemple ... en considérant la première section du **Capital** comme la constitution d' une «problématique» ..., le problème de la monnaie ne devant alors être résolu qu' ultérieurement...".

[7] MICHOD, Richard. E. "What's Love Got to Do With It? The Solution of One of Evolution's Greatest Riddles" **The Sciences**, New York Academy of Sciences, May/June 1989.

[8] "Economía de tiempo: a esto se reduce finalmente toda economía" MARX. K "Grundrisse..", pág. 101.

[9] "Puesto que el sentido común invoca al sentimiento, su oráculo interior, rompe todo contacto con quien no está de acuerdo con él; está así constreñido a explicar que no tiene nada más que decir, a quien no encuentra ni siente en sí mismo la misma verdad; en otros términos, **pisotea la raíz de la humanidad**, pues la naturaleza de la humanidad es tender al acuerdo mutuo; su existencia está solamente en la comunidad instituida de las consciencias. Lo que es antihumano, lo que es solamente animal, es encerrarse en el sentimiento y no poder comunicarse más que por el sentimiento" Hegel, Phénoménologie, cit. por Hyppolite, sub por nos.).

[10] Es la mercancía inmediata, y ella es es verdaderamente el punto de partida de la Economía Política. Por eso aclara Marx ("Glosas a Wagner") que el punto de partida del Das Kapital no es el concepto de valor sino la mercancía, y, en efecto, la obra parte de la noción ingenua de mercancía, pero de inmediato realiza en ella la reducción clásica, revelando su contenido genérico de valor. Luego procede al análisis clásico del valor con prescindencia de su forma, y se eleva sobre el horizonte ricardiano al descubrir (v. infra) la transición hacia la

expresión del valor en cuanto forma necesaria del valor. Ahora bien, la mercancía concreta es, a la vez, forma y contenido, especie y género, y su génesis no posee únicamente un significado histórico sino también uno evolutivo, natural. Debemos preguntarnos entonces qué representa la mercancía como adaptación puramente natural.

[11] El economista silvestre gusta de los latiguillos insulsos. La expresión "bienes y servicios", vale tanto como "perros y galgos".

[12] "Open-circuit and simple closed-circuit lamps probably were lit only a few times before being discarded. They are so easy to manufacture that there would have existed little incentive to carry them from site to site; we found that we could make a decent lamp in about half an hour". DE BEAUNE, Sophie A., and WHITE, Randall "Ice Age Lamps" **Scientific American**, Vol 266, Number 3, March 1993. La decisión de descartarla conlleva la esperanza de encontrar materiales adecuados en el lugar y el momento en que se necesite una nueva lámpara y que su abandono no comprometa la conservación del fuego.

[13] LEGGE, Anthony J., ROWLEY-CONWY, Peter A. "Caza de gacelas en la Siria de la edad de piedra", **Investigación y Ciencia**, versión en español de Scientific American No. 133, Oct. 1987. WITTFOGEL, Karl A. "Despotismo oriental. Estudio comparativo del poder totalitario", Ediciones Guadarrama, Madrid, 1966.

[14] Asimismo: mercancía fuerza de trabajo y formas del salario; reproducción del capital -capital variable y constante-; rotación o articulación de las metamorfosis del capital -capital fijo y circulante-; transformaciones del valor en precios de producción; juego las leyes de la acumulación capitalista; tendencia general al descenso de la tasa de la ganancia y efectos contrarrestantes; dinero mercancía y dinero crédito; formas del plusvalor, formas del capital, capital industrial, capital comercial, capital a préstamo; crisis y fluctuaciones; renta capitalista de la tierra; clases sociales...

[15] PACI, Enzo "Función de las ciencias y significado del Hombre" (1963), Fondo de Cultura Económica, México, 1968, págs. 246/7, y pág. 263. Las obras citadas por Paci son: LABRIOLA, Antonio "Le concezione materialistica della storia", Bari, 1938, y PONTI "Phénoménologie de la Perception", Paris, 1945.

[16] Pues, dice, "tomar las cosas en su raíz y descubrir al hombre que es la raíz de sí mismo significa, por lo tanto, descubrir lo que la ideología esconde: se trata de un análisis desocultante que es, **ante litteram**, un análisis fenomenológico". PACI, Op. cit. pág. 306.

[17] Por cierto, la noción de niveles de utilidad en que se apoya este argumento es o bien explicación vacua (la tautología es de la forma: si escoge una determinada colección de bienes es porque la prefiere a otra), o bien falsa (las utilidades son homogéneas y sumables). La noción misma de "utilidad" es una confusión sincrética entre satisfacción y apetencia (Dobb). Obviamos estos reparos fundamentales porque en este punto nuestro argumento es que, incluso aceptando los supuestos neoclásicos, éstos, primero, no justifican el abandono de los conceptos "clásicos"; segundo, los enriquecen; y, tercero, encuentran un contexto en el que cobran un sentido en el que son superados.

1.3.0. Crítica de la tercera mercancía.

Con arreglo a su propósito el Das Kapital contiene el paso teórico decisivo que hubo de abrir la época histórica de la transición al socialismo; en él los puntos de vista limitados de la clase que había transformado el mundo y creado las condiciones de la liberación humana, debían ser conjugados en una nueva síntesis y puestos a disposición de otra nueva clase, la destinada a realizar esa liberación emancipándose ella misma; síntesis superadora de teoría y praxis, de filosofía y ciencia, de ilustración y romanticismo, de pasión y razón, de claridad y profundidad, de idealismo y realismo, capaz de infundir la consciencia revolucionaria del proletariado en el espíritu de la época.

La fuerza inédita de la crítica de la Economía Política, destinada a desencadenar tales efectos, no podía residir sino en la totalidad de la obra misma, en el despliegue completo de su discurso. Pero a su vez esa unidad reposa en unos pocos pasajes donde el autor zafa del horizonte de sus predecesores. De hecho, estos trozos singulares ocupan un lugar notablemente reducido en la exposición del argumento de la obra, al punto que su aspecto engañosamente modesto, unido a la mayor brillantez de otros movimientos y los reclamos de reconocimiento del propio autor por hallazgos indudablemente de menor significación, han ayudado a que pasara desapercibido.

*

La crítica que procura partir del Das Kapital e ir más allá ha de ser ante todo inmanente. Debe comprobar hasta qué punto esta gran obra es acorde con ella misma o con su objeto. Nuestro cometido, que se limita a la teoría marxiana de la mercancía y el dinero, no se desentiende, sin embargo, de la pauta propia, a la que ella debe conformarse en su totalidad. Ahora bien, el propósito del Das Kapital, interpretamos, es descubrir la transición al socialismo oculta en el desarrollo del capital. [1] Adoptamos este objeto, tomándolo como propio, y preguntamos: **¿en qué y cómo sirve al mismo la teoría de la forma del valor?**

Hay textos marxianos ricos en definiciones y sugerencias sobre la idea de que el propósito de Das Kapital es descubrir las transiciones al socialismo ocultas en el desarrollo del capital. Entre ellos se destaca el importante pasaje, que citaremos extensamente, sobre los grandes estadios histórico sociales de la producción. Así,

"El carácter social de la actividad, así como la forma social del producto y la participación del individuo en la producción, se presentan aquí [en la mercancía en cuanto nexo social, P.L.] como algo ajeno y con carácter de cosa frente a los individuos; no como su estar recíprocamente relacionados, sino como su estar subordinados a relaciones que subsisten independientemente de ellos y nacen del choque de los individuos recíprocamente indiferentes. El intercambio general de las actividades y de los productos, que se ha convertido en condición de vida para cada individuo particular y su conexión recíproca ... se presenta ante ellos mismos como algo ajeno, independiente, como una cosa... Cuanto menor es la fuerza social del medio de cambio, cuanto más está ligado todavía a la naturaleza del producto inmediato del trabajo y a las necesidades de aquellos que intercambian, tanto mayor debe ser la fuerza de la comunidad que vincula a los individuos, la relación patriarcal, la comunidad antigua, el feudalismo y la corporación... Cada individuo posee el poder social bajo la forma [dineraria, P.L.] de una cosa. Arránquese a la cosa este poder social y habrá que otorgárselo a las personas sobre las personas. Las relaciones de dependencia personal (al comienzo sobre una base del todo natural) son las primeras formas sociales en las que la productividad humana se desarrolla solamente en

*un ámbito restringido y en lugares aislados. La independencia personal fundada en la dependencia respecto a las cosas es la segunda forma importante en la que llega a constituirse un sistema de metabolismo social general, un sistema de relaciones universales, de necesidades universales y de capacidades universales. La libre individualidad, fundada en el desarrollo universal de los individuos y en la subordinación de su productividad colectiva, social, como patrimonio social, constituye el tercer estadio. **El segundo crea las condiciones del tercero.** Tanto las condiciones patriarcales como las antiguas (y también las feudales) se disgregan con el desarrollo del comercio, del lujo, del dinero, del valor de cambio, en la misma medida en que a la par va creciendo la sociedad moderna." "Grundrisse..", págs 84/5.*

*"Pero en el ámbito de la sociedad burguesa fundada en el valor de cambio se generan tanto relaciones de producción como (sic) comerciales que son **otras tantas minas para hacerlas estallar**"...*

*"Por otra parte, **si la sociedad tal cual es no contuviera, ocultas, las condiciones materiales de producción y de circulación para una sociedad sin clases, todas las tentativas de hacerla estallar serían otras tantas quijotadas**". MARX, K., "Grundrisse..", págs. 84 y sgtes. Sub. Nos.*

¡¡"El segundo crea las condiciones del tercero"!!

El "segundo estadio" es, indudablemente, el capital, que tiene su forma más general y más abstracta en la mercancía, el sistema de la "independencia personal fundada en la dependencia respecto a las cosas". Tomamos "forma" en el sentido de "expresión" o manifestación sensible o "modo de existencia", que coincide con el uso que encontramos en "El Capital". Pero precisamos que esa "forma" es fenoménica, o corresponde a un grado de desarrollo de la consciencia, en el que una forma (se) sigue a (de) otra. Cada estadio o forma tiene su "ley" que, para ella, es lo eterno e invariante; que es ya su "contenido", ya el principio que la gobierna. Este uso terminológico es adecuado a nuestro objeto y se presta a la "commensurabilidad" teórica requerida por la crítica. Pero advertimos que contrasta diametralmente con el uso clásico donde "Forma" no es la expresión sensible (mediada por una consciencia) de un contenido "suprasensible", sino que es, por el contrario, este mismo contenido: el mundo del Ser, el dominio de las Formas, tiene su proyección en los fenómenos sensibles de la experiencia cotidiana, que son como las sombras proyectadas sobre el fondo de la caverna en la parábola platónica. Las Formas pertenecen al mundo del Ser que es real porque es inalterable y eterno. "And this idea -that reality does not change- has reigned supreme throughout Philosophy, from the very first philosophers in Greece to modern times". SOLOMON, Robert C. "In the Spirit of Hegel", Oxford University Press, New York, 1983. Acaso no se ha invertido el mundo mismo, ni siquiera la filosofía, pero el uso terminológico es otro.

La propia exposición marxiana del desarrollo de la forma mercantil del valor muestra en ella una negatividad tan potente, universal y necesaria, que ofrece una anticipación abstracta del elemento superador ínsito en el desarrollo del capital. El ciclo de las metamorfosis de la mercancía simple (simbolizado en M-D-M), ilustra la forma de la circulación mercantil así como también la posibilidad -aquí, todavía, subraya Marx, sólo es posibilidad- de la crisis de realización. También en las funciones del "dinero en cuanto dinero" señala otras tantas incipientes negaciones parciales de la mercancía que brotan por imperio de su propia naturaleza. [2]La forma necesaria del valor mercantil -como se subrayará en la exposición que ofreceremos más adelante-, envuelve ya la primera negación de la esencia de la mercancía. Indudablemente no basta la forma mercantil del valor (que culmina en el dinero y el despliegue de las funciones dinerarias) para dar cuenta de las condiciones concretas de la anulación y superación del capital; es inútil buscar la limitación del capital y la necesidad de su superación en esas categorías liminales aún abstractas, que sólo conllevan la transición de la forma del

valor a la del plusvalor, "la transformación del dinero en capital", pero no su figura concreta, su desarrollo y las condiciones de su superación.

*

¿Cuál es -cuál debe ser- la contribución de la teoría general de la forma del valor a la finalidad del Das Kapital? ¿Cuál la relación entre la teoría de la forma del valor y la teoría de la forma del plusvalor, entre la mercancía y el capital?

Repetidamente hemos recordado un lado de esta relación: la mercancía es la forma abstracta del capital; es, en ese sentido, capital en general. He aquí el otro: el capital es (en virtud de la transformación mediada por el dinero) la forma concreta de la mercancía. La mercancía misma es, en su concepto, una abstracción del capital; ella es hasta hoy o capital en germen cuando es apenas incipiente, fronterizo, precapitalista, no predominante, o bien un aspecto de la relación capital, pero nunca un sistema productivo mercantil no capitalista.

Así como la mercancía precede al capital, así también -por un tiempo- ha de sucederlo (como la huella de nacimiento de una relación humana más desarrollada); empero, en virtud de las transformaciones que hoy se operan **en el capital que determinaremos como diferenciado**, la mercancía supérstite no será capital incipiente, no cargará ya con la negatividad universal y arrasadora del capital; la estructura mercantil estará (totalmente) aliviada de (la totalidad del) peso y la tensión de las transfiguraciones que hoy todavía debe sufrir el trabajo mercantil para devenir universalmente social; la elevada dignidad de su carácter humano no será ya producto del tránsito sórdido fetichizado constitutivo del mundo social en su forma capitalista, sino que será la premisa de todo trabajo individual. No es solamente, como puede verlo un economista de hoy, que lo que en el capital es **ex post**, mediado por el cambio, devendrá incondicionado, absoluto, **ex ante**; sino que el significado mismo de la necesidad individual habrá retornado propiamente a su concepto, elevándose, y el trabajo no estará ya subordinado a la necesidad como un medio para satisfacerla, sino que el individuo plenamente maduro no reconocerá otra necesidad que la de realizar sus capacidades humanas.

Fichte había sostenido que el Estado, una vez cumplida su misión, esencialmente educativa, se extinguiría gradualmente. Marx, después de seguir de cerca las dramáticas alternativas de la historia de (y en) la comuna de París, evocó el mismo destino para el Estado transicional que surgiría de la necesaria destrucción revolucionaria del Estado burgués; a su vez, "el triunfo del socialismo, dice Rosa Luxemburgo, es la derrota de la economía", la anulación del automatismo de la "ley natural social" capitalista. Ambas "extinciones", la de la economía y la de la política, serán los dos lados de una misma moneda. Cuando la sociedad, surgida de la época del capital como una plenitud múltiple y universal, "retorne" a su unidad, ambos resultarán superfluos, languidecerá el Estado, se desvanecerá el capital. Alucinaciones ideológicas que tiranizaron el espíritu de la época y fueron denunciadas por la crítica, volveránse de pronto a la par objetivas y triviales. Pues distingamos entre mercancía vulgar y mercancía común; entonces la mercancía del capital agónico será meramente mercancía vulgar, nexo conveniente y práctico, particular, local.

La posibilidad teórica de reservar un papel a la mercancía para simplificar la administración de "la cosa" social en el marco del capital agónico, cuando el proletariado surgido de la diferenciación del capital haya tomado firmemente el control de sus propias fuerzas productivas, no tiene nada que ver con una reivindicación del "socialismo proudhoniano, de moda ahora [a la sazón] en Francia, que pretende dejar en pie la producción privada, organizando, sin embargo, el cambio de los productos privados; que se queda con la mercancía pero rechaza el dinero. El comunismo debe, ante todo, deshacerse de este «hermano postizo»".[\[3\]](#)

*

Hemos argumentado antes y subrayamos aquí que, considerada como capital en general, la mercancía está en su tercera figura, que envuelve la génesis del dinero. En esta determinación -y únicamente en ella- **la mercancía es capital en general, y el capital es mercancía general.**

La vara para medir la teoría marxiana de la forma del valor debe ser el patrón propio de la obra, la mediación de su finalidad, su estructura y, por tanto, sus fases o secuencias necesarias. La dialéctica de la mercancía debe poner en marcha esa secuencia de objetivos mediante el suyo propio, a saber, el de poner de relieve la naturaleza histórica de la mercancía. Tal dialéctica diferencia y articula los momentos necesarios de la forma mercantil, pone en movimiento las contraposiciones que la tornan a la postre un ser incompleto y lábil, que debe pasar a otro; su dualismo de más próxima relevancia para el presente problema es el doble y contrapuesto grado de genericidad de la mercancía en tanto que categoría económica puesto que ella es género del capital y especie particular del producto social. Ambas articulaciones de la mercancía, con la categoría más abstractamente antropológica y con la más propia de la economía política, con el producto humano en general y con su forma específicamente capitalista, fueron descubiertas y expuestas por Marx. El cometido de la teoría de la forma del valor es el de comprender la mercancía por ambos lados, el de su especificidad y el de su universalidad; como forma histórica particular de producto, como forma general del capital; **su misión es unir ambos aspectos, su cometido es la mediación (articulaciones, transiciones, transformaciones) entre el valor de la mercancía y las formas fenoménicas del capital.** El proyecto del Das Kapital traza el camino formado con tales mediaciones.

Ese camino es **poderosamente** parecido -no sólo ni principalmente por su forma- al "camino de la desesperación" (que es el de la Fenomenología); en él, el papel de la teoría de la forma es brindar la unidad mediada de toda la obra (el dinero se transforma en capital, el valor en precios de producción, los precios de producción en precios empíricos); más determinadamente, su función en todo ese desarrollo es tomar a su cargo la remisión iterativa a los conceptos fundamentales, a los que nunca deja "tranquilos", sea haciéndolos comparecer ante las renovadas exigencias de una forma concreta desarrollada que clama por la conciliación con su propio concepto, sea enriqueciéndose con relaciones, aclaraciones, y, en definitiva, nuevos desarrollos, **que son siempre los suyos.**

De un lado producto, del otro capital, la mercancía es portadora de una doble genericidad, negativa (superada) y positiva (virtual). La primera debe exponerse en la teoría de la forma del valor: la mercancía es producto por la negación de su carácter específico, pero precisamente mediante esa negación que determina su género se distinguen sus caracteres específicos. En cuanto a la genericidad positiva, ésta sólo ha de enunciarse, y diferirse su justificación y fundamentación para desarrollarla al pasar de la forma del valor a la forma del plusvalor, y a la figura más concreta del capital y sus formas.

*

Es indudable que la teoría marxiana de la forma del valor determina de modo concluyente la especificidad (y, en este sentido restringido, la historicidad) de la forma misma del valor.

El autor del Das Kapital destaca que es precisamente en la comprensión de la forma del valor donde la crítica de la Economía Política se torna netamente superadora. Ofrece prueba contundente de este logro al "llevar a cabo una tarea que la Economía [Política] burguesa ni siquiera intentó, a saber, la de dilucidar la génesis de esa forma dineraria, siguiendo, para ello, el desarrollo de la expresión del valor contenida en la relación de valor existente entre las mercancías: desde su forma más simple y opaca

hasta la deslumbrante forma del dinero" (op. cit. pág. 59). Con la develación del secreto del dinero la crítica marxiana debió dar licencia definitiva a los predecesores burgueses. Marx reconoce que la Economía Política clásica ha logrado analizar -aunque, puntualiza, de manera incompleta, aludiendo a que no llegó a su propio concepto del doble carácter del trabajo- el contenido y la determinación cuantitativa del valor "pero nunca logró desentrañar, partiendo del análisis de la mercancía y más específicamente del valor de la misma, la forma del valor, la forma misma que hace de él un valor de cambio" (op. cit., pág. 98).

*

Pero lo que hasta aquí era indudable, que la teoría marxiana de la forma del valor determina de modo concluyente la especificidad de la mercancía, se torna problemático tan pronto tomamos en cuenta que (como ya hemos argüido), el carácter histórico específico de la forma del valor:

a) no queda completamente determinado sino por contraste con su concepto más genérico y abstracto, el de valor **sans phrase**; más determinadamente, mediante la identificación de formas diversas y grados de genericidad en el principio del valor; y,

b) no agota la particularidad de esta estructura histórica, la cual compromete todos sus momentos esenciales.

La enumeración de éstos comprende categorías particulares tomadas en sentido amplio, [4]pero más propiamente categorías económicas genéricas (valor, y asimismo producción, trabajo, diversificación, especialización, ventajas absolutas y comparativas, producto, riqueza, utilidad, intercambio) en las que también -como en la categoría producto social- se contraponen la forma mercantil a la genérica, la histórica a la ahistórica, la particular a la abstractamente universal, tal que su diferencia específica se determina en su elemento, la contraposición.

*

Marx ha formulado la teoría de la forma del valor, por medio del desarrollo superador (crítica) de la teoría clásica del valor trabajo. Parte de su contribución original comprende el desarrollo interno de esa teoría, y permanece en su horizonte; tal acontece con el concepto del doble carácter del trabajo (concreto, abstracto) y su correspondencia con el doble ser de la mercancía (utilidad, valor). Pero no se detiene allí: la dilucidación de la génesis del dinero y, consiguientemente, la exposición del fetichismo de la mercancía, trascienden el dominio clásico precisamente en el punto en que pasa de la relación de valor a su expresión específicamente mercantil.

Hé aquí el fragmento de la exposición marxiana donde se efectúa el paso de la relación de valor a la expresión del valor:

"La más simple relación de valor es, obviamente (sic), la que existe entre una mercancía y otra mercancía determinada de especie diferente, sea cual fuere." Añade:

"La relación de valor entre dos mercancías, pues, **proporciona** la expresión más simple del valor de una mercancía". ("Das Wertverhältnis zweier Waren **liefert** daher dein einfaschten Wertausdruck für eine Ware.") Marx, Carlos, op. cit., pág. 59 (28). Sub. nos.

*

Pero confrontados con ésta su propia exigencia, los conceptos marxianos muestran ambigüedades subsistentes, incongruencias; en ellas la crítica de la Economía Política aguarda consumarse. La mayor se verifica precisamente en el punto donde parece lograr el despegue del horizonte clásico; y lo logra, pero de modo incompleto.

En efecto, tanto Smith como Ricardo estudiaron la relación de valor, y para ninguno de ellos era ajena la afinidad tendencial de los precios relativos y los valores relativos correspondientes, tal que éstos "gobiernan", dice Smith, el (sentido del) movimiento de aquéllos. No lograron, sin embargo, pasar del contenido del valor a su forma, ni comprender, por ende, la identidad y la diferencia entre el valor y sus manifestaciones, o la forma en cuanto forma. Les estaba vedado alcanzar el mundo aportado más tarde por la crítica marxiana, el universo teórico que se abre con la comprensión de la génesis y la naturaleza del dinero, del valor mismo como sustancia social, del fetichismo de las formas mercantiles, de la unidad de las funciones del dinero, de la transformación del dinero en capital y, esencialmente, del capital mismo. Donde los fundadores no vieron más que los conceptos abstractos valor absoluto y relativo, Carlos Marx descubre y desarrolla la dialéctica de la forma del valor.

Para ello debe remontarse del "valor con prescindencia de su forma" a la expresión del valor. Lo hace partiendo de la relación de valor entre dos mercancías, observando que una relación de valor "proporciona" dos expresiones de valor, de las que Marx comprende que hay que considerar exclusivamente una; pues hé aquí que, en tanto la relación de valor no se altera por la permutación de sus términos, los cuales son tan idénticos como lo son las funciones que desempeñan, en la expresión del valor de **una** mercancía -por el contrario- se expresa mucho más que la identidad cuali y cuantitativa entre dos mercancías tomadas unilateralmente como valores. La identidad funcional de ambos términos desaparece, la permutabilidad se trueca en **polaridad**, las dos mercancías aparecen desempeñando funciones complementarias pero diferentes, opuestas aunque recíprocamente necesarias, y, finalmente, el valor de uso sale de la indiferente abstracción a la que estaba relegado en la relación de valor (donde, sin embargo, la identidad entre las dos mercancías en tanto valores no se afirma como algo pura e inequívocamente social **sólo** por medio de la negación de su materialidad sino también por la afirmación de su diferencia material en tanto valores de uso).

*

Pero si reflexionamos sobre la transición del valor en general a la forma particular del valor mercantil debemos reconocer que esa transición no es lógicamente necesaria, ¡ni siquiera posible!

Marx argumenta reiteradamente, en épocas y obras que abarcan desde los "Grundrisse.." hasta las "Glosas..", que del género no se puede deducir la especie, de la fisiología del mono la del hombre, del hombre negro la esclavitud, del judío la usura, del metal áureo el dinero, de la máquina de coser el capital, del concepto de valor su forma mercantil, etc. (Vgr.: "pues es tan imposible pasar directamente del trabajo al capital como pasar directamente de las diversas razas humanas al banquero o de la naturaleza a la máquina de vapor", cit. por ROSDOLSKY, Roman, op. cit., pág. 219). Esta misma imposibilidad cierra el pasaje especulativo del producto a la mercancía. ¿Cómo entonces Marx encuentra en la relación de valor, momento genérico del valor de cambio mercantil, la transición a la expresión del valor, forma eminentemente mercantil? Si el valor de la mercancía no es sino representación del trabajo abstractamente humano, medido en tiempo (o incluso reducido a mero "desgaste de músculos y nervios"), luego la relación de valor entre dos mercancías **no** "proporciona" una expresión de valor específicamente mercantil.

De acuerdo con esto, así como era extrínseca la primera transición, lo es también la segunda. En consecuencia, la teoría de la forma del valor, incluso si es **esencialmente** verdadera, ¡es infundada!

*

La mercancía producida por una transición incompleta tiene una figura igualmente incompleta; o pasaron a ella sin salir de su crudeza, o bien simplemente se extraviaron, las nociones que por medio de ese pasaje deben proseguir hacia sus conceptos elementales. Ejemplo de lo primero, en los hechos, es que la distinción esencial entre valor y valor de cambio no llega a fijarse de modo firme, conceptual y terminológico, ni siquiera en el texto de Marx, donde esta distinción es la premisa principal de su teoría de la forma del valor; ejemplo de lo segundo, la noción smithiana de "labour commanded" es desdeñada por Ricardo y por Marx, para su mal.

Interpretamos que "commanded" (literalmente, comandado) tiene aquí la connotación de "logrado a pedido o solicitud", etc., o, más específicamente, de un requerimiento **mediado por la libre voluntad de las partes**. Como lo explica Smith repetidamente (vgr. en su argumento contra Hobbes, que comentamos más arriba), no se trata de un poder de mando sobre trabajadores y/o de un derecho de disposición sobre productos o bienes de terceros, [5] sino que a los propietarios de mercancías, éstas les confieren "poder" en un sentido distinto, en verdad opuesto; es un poder recíproco, indirecto, voluntario, igualitario. No es, propiamente, "power", como el basado en una jerarquía de mando, en la amenaza, la imposición, el dominio o la dependencia personal: es "purchasing power", poder de compra.

*

Mutatis mutandi, encontramos el síntoma en Marx de la misma enfermedad que Ricardo denuncia en Smith y el mismo Marx en Ricardo: las distinciones conceptuales más críticas, no son fijadas con firmeza ni desarrolladas consecuentemente. [6] Tal ocurre con la distinción entre valor de cambio y valor. La gran víctima es el concepto fundamental de que el trabajo representado en el valor de las mercancías es el necesario para reproducirlas. La verdad del valor se confunde permanentemente con la falsa noción de que el trabajo representado en el valor de las mercancías es el que se aplicó en su producción. Una vez perdida la distinción cualitativa, y a falta de diferenciación terminológica, queda instalada la confusión entre la "cantidad de trabajo incorporado" en la producción de la mercancía en tanto producción material y la "cantidad de trabajo incorporado" en la misma producción en tanto ésta es producción de valor. En el texto del Das Kapital hay expresiones desafortunadas que, faltas de aclaración oportuna, refuerzan la doctrina vicaria. Se dice, por ejemplo, que el tejedor "teje" valor, y el hilandero "hila" el mismo valor, y es verdad, y está bien dicho, pero queda por aclarar que el "trabajo incorporado" en el valor de una cantidad dada de hilado o de tela no es igual al trabajo que se aplicó en su confección.

Locuciones como "trabajo pretérito", "muerto", incluso "aplicado", etc., utilizadas profusamente por Marx, refuerzan la falsa noción, y comprometen la comprensión de que el trabajo productivo no crea valor en proporción a la cantidad en que se aplicó en ella sino en razón de la cantidad necesaria para reproducirla. La comparación cuantitativa presupone la reducción de todos los trabajos a trabajo homogéneo, simple, promedial, de modo que el trabajo social constituye una magnitud. Pero la diferencia no es únicamente cuantitativa, y la insistencia de Marx en el carácter abstracto del trabajo que crea valor obnubila la comprensión de que el trabajo "pretérito" y el trabajo "necesario", ambos considerados con abstracción de sus modalidades materiales y de las diferencias individuales, son

también cualitativamente distintos. El primero es una entidad teórica, un artificio estadístico, en tanto el segundo es el que, dice Marx, "ha cobrado forma objetiva" y constituye, en la sociedad capitalista, "la substancia social".

En toda la importante Primera Sección del Tomo I la noción vicaria invade el discurso del valor. V. gr., el valor de una chaqueta se duplica "si el tiempo de trabajo necesario para la producción de la chaqueta se duplica, por ejemplo, debido a una mala zafra lanera" (pág. 66). Asimismo: "Una cosa puede ser valor de uso y no ser valor. Es ésta el caso cuando su utilidad para el hombre no ha sido mediada por el trabajo. Ocurre ello con el aire, la tierra virgen, las praderas y bosques naturales, etc." (pág. 50).

El concepto verdadero de que el valor de un producto está determinado por las condiciones de su **reproducción** es (casi, ya que hay una referencia "en passant" en el Capítulo III, que comentaremos más abajo) ignorado por Marx en su exposición general de la teoría de la forma del valor, sin justificación alguna, y **formulado por él con toda claridad** recién en la importante Sección V del Tomo III. Una implicación, sin duda, en el marco general del capital, es la desvalorización del capital fijo por impacto de la innovación técnica sobre su reproducción. [7] Volveremos sobre este problema fundamental en la sección siguiente.

*

En la exposición marxiana de la forma del valor hemos identificado tres estadios: comienza por la mercancía que "aparece", donde la forma mercantil no está determinada como forma de un contenido sino únicamente como unidad inmediata, cual nos es dada; esta primera mercancía recibe una atención extremadamente somera, y se pasa sin más a la mercancía clásica, la que Smith y luego Ricardo distinguen como un ser dual; es valor de uso y es valor de cambio, facetas que Marx inicialmente denomina "factores" de la mercancía (die swei Faktoren der Ware). La primera transición es exotérica y, por ende, incompleta; lo es hoy para nosotros, retrospectivamente, a la luz de un siglo de análisis neoclásico, cuyos frutos -magros de suyo- cobran sentido en el marco clásico, al que enriquecen. [8]

Marx -a quien obviamente no cabe achacar el no haber entrevisto el impulso que todavía encerraba la economía "vulgar"- clausura de modo concluyente el exoterismo de la primera mercancía (vulgar) para pasar a la segunda (clásica): los dos aspectos de la mercancía no son, como en el primer comienzo, propiamente "factores", esencias subsistentes, no mediadas, sino que uno, el valor de uso, es el cuerpo material del otro, el valor de cambio: su condición material necesaria.

La mercancía, ser escindido, bifacético, pasa a ser unidad de sus dos aspectos contrapuestos. Para aludir a esa unidad que luego explicará su teoría de la forma del valor, Marx apela por de pronto a una **metáfora** que toma de la filosofía alemana del siglo (precedente). Debió escoger entre el talante ilustrado y el romántico, entre expresiones vinculadas al principio de la negación [9] y palabras convocadas desde los reinos oscuros del espiritualismo y la magia: el valor, alma social de la mercancía, cobra materialidad, **toma cuerpo**, en su valor de uso. Con la realización de la mercancía, el "espíritu" que lleva oculto "transmigra", se "reencarna", sufre una "metamorfosis". Esa "masa espectral" que no tiene sino una estancia provisoria en el cuerpo material, valor de uso, de una mercancía singular, es su valor.

Pero en cuanto valor, de acuerdo con el concepto clásico interpretado por Marx, la mercancía representa una determinada cantidad de trabajo social. Marx subraya el carácter abstracto de este trabajo: así como en el valor mismo han quedado borradas todas las diferencias materiales entre las mercancías, también en los trabajos representados en él se han desvanecido determinaciones y diferencias materiales. Sea cual fuere su sustancia común, las mercancías se igualan de hecho, y expresan su identidad sustancial al cambiarse unas por otras como valores idénticos. Esta identidad se afirma a despecho de su diversidad material y, en verdad, por medio de ésta.

*

El cambio implica la igualdad, y ésta la conmensurabilidad; las mercancías, al cambiarse, revelan su esencia común. Marx recuerda y celebra esta afirmación de Aristóteles, y adhiere a ella. Pero es imposible, prosigue Aristóteles, que cosas diversas sean idénticas, de donde la igualación de las mercancías violenta su naturaleza y no puede ser sino un arbitrio práctico.

"Pero que bajo la forma de los valores mercantiles todos los trabajos se expresan como trabajo humano igual, y por tanto como equivalentes (sic), era un resultado que no podía alcanzar Aristóteles partiendo de la forma misma del valor, porque la sociedad griega se fundaba en el trabajo esclavo y por consiguiente su base natural en la desigualdad de los hombres y de sus fuerzas de trabajo (sic). El secreto de la expresión de valor, la igualdad y la validez igual (sic) de todos los trabajos por el ser humano en general, y en la medida en que lo son, sólo podía ser descifrado cuando el concepto de la igualdad humana poseyera ya la firmeza de un prejuicio popular... El genio de Aristóteles brilla precisamente por descubrir en la expresión del valor de las mercancías una relación de igualdad...". Marx, Karl, op. cit., págs. 73/4. Añade: "Sólo la limitación histórica de la sociedad en que vivía le impidió averiguar en qué consistía, «en verdad», esta relación de igualdad".

La igualdad que se expresa en la relación de cambio entre dos mercancías revela que ellas participan de una esencia común, que Aristóteles no alcanza a determinar, aunque sí a reconocer su inmanencia o necesidad. Según Marx tal esencia no puede ser otra que la cualidad de las mercancías en cuanto valores, fundamento de su conmensurabilidad. Sin embargo, sólo una época como la del capitalismo histórico, que ha conocido la relación mercantil plenamente desarrollada, puede captar ese concepto y, en retrospectiva, admirar la proeza intelectual del estagirita que dos milenios antes, cuando aún no era posible captar el concepto de valor, había anticipado admirablemente la teoría **de la forma del valor**, que lo implica. Pues Aristóteles llega a enunciar "con claridad que la forma dineraria de la mercancía no es más que la figura ulteriormente desarrollada de la forma simple del valor, esto es, de la expresión que adopta el valor de una mercancía en otra mercancía cualquiera" (op. cit. pág. 72/3). Rige el valor como principio práctico del intercambio mercantil (incipiente o simple, id. est., no capitalista), pero la consciencia teórica de la época no alcanza a su concepto debido a que la producción (¿mercantil?) se apoya sobre la esclavitud...

Una sociedad que tiene su "base natural en la desigualdad de los hombres" no alcanza a comprender "que bajo la forma de los valores mercantiles todos los trabajos se expresan como trabajo humano igual". Casi sobrepasando la restricción insalvable que a todo hombre le impone su contemporaneidad, Aristóteles pudo remontarse a la expresión del contenido ignoto y comprender la identidad entre los dos estadios extremos de su desarrollo, desde su forma más simple hasta su forma dineraria.

Parécenos, empero, que si en la observación de que la relación de valor: **5 lechos = una casa** "no difiere" de la relación de valor **5 lechos = suma determinada de dinero**, Marx atribuye a Aristóteles un atisbo esotérico de su propia teoría de la forma del valor, entonces debiera reconocer el mismo mérito a la economía "vulgar" e incluso al **slang** propio de la vida empírica de la relación mercantil, puesto que la reflexión acerca de la identidad implícita en la relación de cambio pertenece a las circunstancias prácticas y cotidianas del comercio. Bien entendido, y en un todo de acuerdo con la

principal conclusión de la Sección Primera de "Das Kapital", no es lo mismo a) "descubrir en la expresión del valor de las mercancías una relación de igualdad", y averiguar luego el contenido encerrado en esta expresión, a saber, el valor propio o intrínseco de ambas mercancías, determinar su naturaleza y su cuantía como lo realmente idéntico en ambas, y comprender que ese valor representa trabajo y qué trabajo, que b) descubrir que la relación de valor entre dos mercancías "proporciona" o "encierra" la expresión (simple) de valor de una de ellas.

Esta distinción -entre reducir (analíticamente) la expresión del valor a su contenido para explicar su naturaleza y remontarse desde ese contenido para comprender (sintéticamente) su expresión como forma necesaria- encierra toda la distancia lograda por Marx respecto de sus predecesores clásicos; pero él mismo parece olvidarla en su admiración por el remoto antecesor, "el gran investigador que analizó por vez primera la forma del valor". Lo más sorprendente -y arbitrario- de esta referencia a Aristóteles, es que Marx remite a él para aclarar las propiedades segunda y tercera de la forma equivalencial.[\[10\]](#)

Hay una verdad en estos anacronismos. Cuando Marx cree que Aristóteles está exponiendo una versión de la teoría de la forma de valor (avant la lettre), cae en desacuerdo con su propia teoría, según la cual -recordemos- "la relación de valor entre dos mercancías, ... **proporciona** la expresión más simple del valor de una mercancía". Pero a través de la discordancia contenida en el interludio aristotélico atisba más allá de su propia concepción limitada, cuando, luego de repetir una vez más que la forma simple del valor de una mercancía está contenida en la relación de valor entre esa mercancía y una materialmente distinta, añade: "**...o en la relación de cambio con la misma**". [\[11\]](#) Pero si hemos de atenernos a la propia teoría marxiana, lo mismo que a la ricardiana, nunca es lo mismo "relación de valor" que "relación de intercambio"; ni siquiera cuando coinciden cuantitativamente, sea por efecto de la ley clásica, sea por una circunstancia del todo fortuita; por causalidad, o por casualidad.

*

Surgen los dilemas que tienen respuesta en la figura de la tercera mercancía, descubierta por Marx pero expuesta por él de manera incompleta. Podemos descomponer el pasaje que acabamos de transcribir en dos asertos. Primero: «la expresión de valor de una mercancía está contenida en la relación de valor con otra mercancía», y segundo: «la expresión de valor de una mercancía está contenida en la relación de intercambio con otra mercancía de diferente clase». Ninguno de ambos tiene el significado de una proposición teórica, uno porque es falso, el otro porque es trivial. La falsedad de la primera proposición surge -lo hemos argumentado ya- del carácter no mediado de la relación de valor (el género abstracto no "contiene" ni "proporciona" los caracteres determinados específicos). En cuanto a la segunda es, desde luego, fuera tautología afirmar que las mercancías tienen la propiedad de cambiarse con arreglo a su valor de cambio, o que el valor de cambio, que no es sino la proporción en que se cambian unas mercancías por otras, expresa o encierra dicha proporción. (Si la relación de cambio de una mercancía con otra es la expresión de valor de la primera, no tiene sentido alguno decir que la expresión de valor está contenida en la relación de cambio, en ella misma).

Marx no afirma, ni mucho menos, que el valor, es decir, que el **contenido** que se expresa en la forma del valor, **contiene** esta forma; dice que la relación entre los contenidos (idénticos) de valor de dos mercancías "proporciona" o "contiene" la expresión de valor **de una** mercancía. Pero esta afirmación

es desmentida por el mismo Marx cuando caracteriza el papel de la mercancía que expresa su valor en otra mercancía como un papel activo. Esto se pone de relieve en la forma más simple del valor: la mercancía activa expresa su valor en una otra mercancía que queda por completo separada del resto del universo de las mercancías. Pertenece a la naturaleza de la mercancía la necesidad de expresar su valor de modo proyectivo, en un equivalente; pero una vez que el carácter mercantil de su valor ha satisfecho el requisito de designar un equivalente -en este caso, un equivalente singular-, este nexo particular la liga exclusivamente con la mercancía equivalencial. Si una tercera mercancía posee el mismo valor que la primera, la relación de valor entre ambas es una relación de igualdad que podría expresarse de modo transitivo en un equivalente común a ellas, pero **no** "proporciona" ninguna expresión de valor.

*

Consideremos ahora este otro par de proposiciones:

a) el valor de una mercancía depende de su realización; y b) el valor de una mercancía es por completo independiente de su realización.

La primera es falsa y la segunda verdadera. Empero, hay argumentos en favor de la proposición **falsa**. La mercancía, producto social que se intercambia, es también producto del intercambio, dado que únicamente en virtud del cambio y como consecuencia de él cobra realidad su carácter social. Asimismo, hace a la esencia de la mercancía el carácter fortuito y aleatorio de la realización de la mercancía individual. Su valor de uso es pregonado por el vendedor, pero en tanto valor de uso social es todavía meramente hipotético, sujeto a convalidación. Su valor mismo está igualmente supeditado a la venta, el cambio de forma o forma necesaria de consagración de este producto, de confirmación de su carácter social que, en correspondencia con su forma mercantil, es meramente virtual. La mercancía posee valor en cuanto y por cuanto representa trabajo social, pero el trabajo que produce mercancías es trabajo privado, y únicamente por medio de la realización de la mercancía, y como consecuencia de ella se transforma en trabajo social. La mercancía es una forma histórica particular del producto social, y de la relación productiva, pero cada mercancía deviene plenamente un producto social en el momento mismo en que pierde esa forma, que es el momento de su realización, no antes. Si el valor de la mercancía no se realiza, en ese caso la mercancía no poseía valor alguno. O bien se consagra como producto de valor, **ex post**. En definitiva, **¡L.Q.Q.D.!**

Así como hay argumentos en favor de la proposición falsa, los hay en contra de la verdadera. Son semejantes en su contenido a los anteriores, pero surgen de las dificultades que presenta el razonamiento verdadero, que es este: el valor de una mercancía depende únicamente de las condiciones sociales promediales de su reproducción. La mercancía toma cuerpo en un valor de uso determinado cualitativa y cuantitativamente. La cantidad de trabajo que representa en tanto que valor, es la necesaria para reproducir una cantidad igual de un valor de uso igual. Esta condición es independiente de la realización de la mercancía, **¡L.Q.Q.D.!** Pero, si la mercancía es invendible, o únicamente puede venderse por debajo de su valor, una parte del trabajo que ella contiene se aplicó en vano, "no cuenta" como trabajo que produce valor.

*

Topamos aquí con la ambigüedad principal, madre de otras, que presenta el concepto de valor en su formulación marxiana. En la literatura marxista hay una explicación que luce insatisfactoria ante sí misma: la ambivalencia se traslada al trabajo representado en el valor, en su nota o determinación en cuanto "socialmente necesario".

Rosdolsky encuentra, por un lado, en pasajes harto frecuentados de *Das Kapital*, una connotación del término "valor" que califica de "tecnológica". De acuerdo con ella, lo que determina la cuantía del valor es "el tiempo de trabajo socialmente necesario" ... "el requerido para producir algún valor de uso cualquiera en las condiciones normales de producción vigentes en una sociedad y con el grado social medio de destreza e intensidad de trabajo" ... "y es sólo ... el tiempo de trabajo socialmente menester para la producción de un valor de uso, lo que determina la magnitud de su valor". Prosigue Rosdolsky:

"Una y otra vez volveremos a encontrarnos, en *El Capital* y en otras obras de Marx, con esta interpretación «tecnológica» del concepto del tiempo de trabajo socialmente necesario. Pero junto a ella se encuentra también otra interpretación, según la cual sólo podría considerarse como «socialmente necesario» al trabajo que correspondiese a la necesidad social colectiva de un valor de uso determinado".

No había tal ambigüedad en la distinción ricardiana entre las dos fuentes ("two sources") del valor de cambio de las mercancías. Ganamos poco y nada al remitir la escasez o abundancia de mercancías en el mercado a la escasez o abundancia de trabajo social aplicado a producirlas. El trabajo comandado smithiano ("labour commanded"), expulsado del discurso de Ricardo y Marx, ¿anda de polizonte en el *Das Kapital*?

*

Marx fue el primero en exponer el concepto de que el valor deviene sustancia social; suyo es el descubrimiento de la génesis (necesaria) del dinero en la naturaleza de la mercancía, asimismo de la dialéctica que va de la forma del valor a la forma del plusvalor, de la historicidad de la mercancía y el dinero a la del capital, de la transición del valor mercantil al plusvalor capitalista...

No podríamos ofrecer una lista ni razonablemente completa de los aportes originales legados por Marx, que culminan en la idea programática e imperiosamente vigente de que el socialismo, superación del capital, debe buscar su fundamento en el desarrollo del capitalismo. La crítica a Marx no puede tener otra inspiración ni otra necesidad que esa idea. Nos hemos limitado a enumerar los aportes más directamente propios de la teoría de la forma del valor. Deliberadamente omitimos la distinción entre trabajo abstracto y concreto, para mencionarla aparte, a) porque está subsumida en la génesis del dinero, y b) porque objetamos (v. supra) la formulación de Marx, por considerarla incompleta frente a las exigencias de la propia teoría marxiana de la forma del valor. [\[12\]](#)

Por cierto, la comprobación de que el problema de la expresión del valor fue resuelto no levanta la acusación de que no fue planteado; cualquier economista, lo mismo que todo homunculus oeconomicus vulgaris, que no ha reflexionado sobre la singularidad de esta estructura social, sabe que las mercancías se cambian por dinero y que la cantidad que se pide por ellas es su precio. Lo sabe y lo dice.

No dice, en cambio, que el valor mercantil es una sustancia objetiva. Pero apuntan a esa verdad sus intuiciones yuxtapuestas, aproximadas y recurrentes sobre la sociedad mercantil, que frecuentan contenidos como los siguientes: que el sistema económico se articula en una totalidad interactiva por medio de fuerzas de suyo disgregadoras; que sus fundamentos son la desconfianza mutua, la indiferencia recíproca, la ajenidad universal, el egoísmo individual; que sobre la base del rechazo generalizado entre los productores individuales se conforma una estructura productiva dotada de estabilidad; que el capitalismo ha sufrido cataclismos catastróficos, pero sus estallidos se han

verificado como otras tantas crisis más que como derrumbe; que, en definitiva, la sociedad se mantiene unida por el mercado, donde cada mercancía comparece ante una providencia impersonal inapelable que dictamina: "esta sí", o "esta no".

[1]

[2] En la función de atesoramiento, que envuelve la posibilidad de una interrupción del ciclo de las mercancías, en la de medio de pago, de la que derivan mecanismos que no solamente permiten la sobreproducción sino que, una vez instalada, empujan compulsivamente a exacerbarla.

[3] Carta de Marx a Weydemeyer del 01/02/1859. "El Capital", FCE, Apéndice, pág. 875. Al socialismo ahistórico ("utópico", quijotesco) apunta la teoría de la forma del valor en la "Contribución.." y a fortiori en la Sección I Tomo I de "El Capital". No hay ahorro de invectivas y denuosos, pero la separación no siempre es completa, como lo podemos ver incluso en el pasaje citado. Pese al uso terminológico de Marx pero en un todo de acuerdo con el espíritu de su razonamiento, la producción mercantil no es privada; esa producción es la unidad del proceso de trabajo, que es privado, y el proceso de circulación, que es social. Discutimos el papel del mercado en la transición del capital diferenciado a la superación del capital, en Levín, P. "Socialist Planning. In Defence **from** Defence", inédito, (diskette 3.5").

[4] "El señor Proudhon confunde las ideas y las cosas. Los hombres jamás renuncian a lo que han conquistado, pero esto no quiere decir que no renuncien nunca a la forma social bajo la cual han adquirido determinadas fuerzas productivas... Para no verse privados del resultado obtenido, para no perder los frutos de la civilización, los hombres se ven constreñidos, desde el momento en que el tipo de su comercio no corresponde ya a las fuerzas productivas adquiridas, a cambiar todas sus formas sociales tradicionales. Utilizo aquí la palabra comercio en el sentido más amplio, del mismo modo que empleamos en alemán el vocablo Verkehr" MARX, Karl, "Miseria.." Siglo XXI, Bs. As. 1971, pág. 172. Agradezco la cita a la Lic. Amelia María Siso.

[5] He aquí un ejemplo sorprendente de cómo la interpretación contemporánea ha borrado las huellas terminológicas de esta noción fundamental. El traductor inglés de la "Historia.." de Rubin se tomó el trabajo de reemplazar las citas en ruso de autores británicos por los pasajes originales, pero ".. in the section on Adam Smith we have replaced Smith's term «commandable labour» with the more modern «purchasable labour»".

Por nuestra parte, nos referimos al concepto de "labour commanded" tal como lo encontramos en Smith en el marco de su análisis del intercambio, vale decir, de la mercancía en general. El dueño de la mercancía se comporta ante ésta tomándola como lo que únicamente es para él, vale decir, un medio de cambio; y únicamente por este medio, en el marco del intercambio **cum** división social del trabajo, se apropia "labour commanded", trabajo de terceros, corporizado en bienes. Fredric Morton Eden utiliza una expresión semejante, "the command of labour", con un significado esencialmente distinto, aludiendo al poder de los ricos de disponer de trabajo mediante el mando sobre los trabajadores. El texto que comentamos es citado por Marx en op. cit., Tomo I, Vol 3, pág. 763/4. Dice Marx sobre este autor: "Eden, anotémoslo de pasada, es el único discípulo de Adam Smith que durante el siglo XVIII efectuó algunas contribuciones de importancia". Agradezco esta referencia bibliográfica al doctor Sergio Salvatore. Más adelante, en el curso de nuestra propia exposición, retomaremos el desarrollo del concepto smithiano de "commanded labour", que extenderemos a "commanded value". Usaremos la palabra española: "reclamado". De paso, la palabra inglesa "commodity" es menos apropiada que "mercancía" para connotar la especificidad de ésta. Así, pues, "faire valoir notre merchandise".

[6] Hay, empero, un uso progresivo de términos ad hoc en las sucesivas ediciones del Primer Tomo.

[7] Sobre la vigencia de la cuestión y la acentuación de este efecto por la tecnología de nuestros días cfr. LEONTIEF, Wassili, 1985.

[8] Una posibilidad adicional, que no exploraremos en este trabajo, es la incorporación de momentos "neoclásicos" en el análisis unilateral del mercado, como la distinción entre equilibrios temporario y pleno.

[9] Puesto que la teoría parte de lo que en la empiria es un resultado, aparece con la apariencia de la hipóstasis del concepto, vgr.: la identidad enteramente social de las mercancías está mediada por la negación de su diversidad material, que es a la par negación de su materialidad misma, y negación de esa negación, puesto que en la primera negación la diversidad material se mantiene determinada.

[10] A saber: "el hecho de que el trabajo concreto se convierta en la forma en que se manifiesta su contrario, el

trabajo abstractamente humano", y "que el trabajo privado adopta la forma de su contrario, el trabajo bajo la forma directamente social". Tampoco tendría verosimilitud atribuirle al filósofo antiguo una anticipación de la primera de esas propiedades, "que el valor de uso se convierte en la forma en que se manifiesta su contrario, el valor", porque esta primera propiedad de la forma equivalente, tanto como las propiedades segunda y tercera, presupone el concepto de valor.

[11] Hé aquí la cita completa: "la forma simple de valor de una mercancía está contenida en su relación de valor con otra mercancía de diferente clase o en la relación de intercambio con la misma" ("...oder im Austauschverhältnis mit derselben"). (Op. cit., pág. 74.)

[12] Estamos al tanto de la opinión contraria del propio autor: "Lo mejor de mi libro es: **1º**: (en esto descansa toda la comprensión de los hechos) el doble carácter del trabajo, que se pone de relieve ya en el primer capítulo, según que se exprese en valor de uso o valor de cambio; **2º**: el estudio de la plusvalía independientemente de sus formas específicas, como son la ganancia, el interés, la renta del suelo, etc.". Pero a continuación añade: "El modo como la Economía [Política] clásica estudia las formas específicas, confundiéndolas constantemente con la forma general, es una «olla podrida» [en castellano en el original según nota del editor]". Carta de Marx a Engels, 24/08/1867. "El Capital", FCE, Apéndice, pág. 902. En un destacado lugar de "El Capital" asienta igualmente que "este punto es el eje (dieser Punkt der Springpunkt ist) en torno al cual gira la comprensión de la Economía Política". "El Capital", Siglo XXI, pág. 51. Alude a "la dualidad del trabajo representado en las mercancías". Marx ha sentado los fundamentos de la crítica de la Economía Política, ¡pero no ha logrado liberarla totalmente de la "olla podrida"!

2.1.0. Valor y valor mercantil en el marco del capital no diferenciado.

La clave de la discusión que sigue es que el concepto fundamental de la Economía Política es el de Mercancía (en tanto forma general del Capital).[1]

Ahora bien, antes de ser concepto, la mercancía es asunto de un saber ingenuo, el cual tiene a su objeto por algo externo y no se sabe en él. El concepto científico está latente -como virtualidad- en esa consciencia fenoménica (que es en sí sin ser aún para sí); en la noción inmediata de Mercancía, intuitiva, connatural a la experiencia empírica del homo mercator. El momento reflexivo de este saber incipiente renace en cada mutación formal de la mercancía y al instante muere de muerte natural en la renovada ilusión de que el objeto es una cosa unilateralmente externa; y hay, claro está, un objeto, pero esta primera consciencia ignora que en él toma cuerpo, y cobra objetividad, su propia naturaleza social.[2]

La primera consciencia mercantil permanece en la certeza de la identidad inmediata entre la mercancía individual y la cosa material que la encarna. Pero así como esa certeza es incommovible, es igualmente insostenible. Pues, por de pronto, la mismísima mercancía, que ha dado pábulo y ocasión a la certeza de su amo, no corrobora su opinión. Porque la misma identidad que la liga de modo entrañable con su forma material, la compele a despojarse de esa forma; y sólo vive para refutar aquella certeza. Por su lado, la cosa material también se muestra reacia a confirmar esa representación, y la rechaza de plano cuando la mercancía que moró en ella transmigra a otro cuerpo, cualitativamente distinto.

La primera consciencia comprende esto a su manera: la mercancía, al realizarse, no sufre una metamorfosis, un cambio de forma; sólo un cambio de mano, o, si se quiere, de amo. Evidentemente, ser valiosas es un predicado de las mercancías, y ser ricos, una propiedad de sus propietarios; por ende, razona, el valor es inmanente a la cosa, la utilidad a las personas; puesto que son las mercancías -las cosas mismas- las que se relacionan como valores de cambio, se sigue que la relación, el valor de cambio, es un atributo suyo en tanto cosas. Pero en esta figuración invertida, que procede de la propia naturaleza de la mercancía y corresponde a sus formas específicas necesarias, se (im)pone la distinción que anticipa el concepto: el valor de uso se distingue del valor de cambio. Esta distinción es atribuida por Ricardo a Smith y por Smith al lenguaje corriente. La encontramos formulada de manera inequívoca en documentos de los mundos chino y griego antiguos.

"¿De dónde proceden, entonces, las ilusiones del sistema monetarista? Este no veía al oro y la plata, en cuanto dinero, como representantes de una relación social de producción, sino bajo la forma de objetos naturales adornados de insólitos atributos sociales. Y cuando se trata del capital, ¿no se vuelve palpable el fetichismo de la economía moderna, esa misma economía que, dándose importancia, mira con engreimiento y desdén al mercantilismo? ¿Hace acaso mucho tiempo que se disipó la ilusión fisiocrática de que la renta del suelo surgía de la tierra, no de la sociedad?"

"Sin embargo, para no anticiparnos, baste aquí con un ejemplo referente a la propia forma de mercancía. Si las mercancías pudieran hablar, lo harían de esta manera: Puede ser que a los hombres les interese nuestro valor de uso. No nos incumbe en cuanto cosas. Lo que nos concierne en cuanto cosas es nuestro valor. Nuestro propio movimiento como cosas mercantiles lo demuestra. Solamente nos vinculamos entre nosotras en cuanto valores de cambio...". MARX, Karl "El Capital. Crítica de la Economía Política", Tomo I, SXXI, pág. 101.

Para indicar el contenido de la primera consciencia de la mercancía, y de las doctrinas que la preservan de la crítica transformativa (convalidando, desde la ciencia contra la ciencia, la niebla ideológica que repetidamente envuelve las estructuras del capital desde el siglo XVI hasta la actualidad), nada más contundente que su lado negativo: su carencia conceptual le impide distinguir entre valor y valor de cambio. En este sentido la economía "neo-clásica" (denominación probablemente acuñada por Alfred Marshall) es eminentemente pre-clásica. La verdad de la doctrina oficial de este siglo, era harto conocida por autores como Dudley North, Thomas Mun, por supuesto John Locke e incluso "el viejo Barbon": [3] si, dado un conjunto de precios, las mercancías se ofrecen en cantidades distintas de las demandadas, los precios pertinentes se moverán en un sentido definido; a la baja si son mayores, al alza si son menores.

La "ley" mercantilista de la oferta y la demanda viene también del mundo antiguo, pero cobra originalidad en la economía política (moderna, o smithiana), al ser puesta en su concepto y, allí, despojada de su unilateralidad (que, anacrónicamente, reivindicarán Böhm Bawerk, et. al.). En este contexto histórico -en correspondencia con el carácter ecuménico, universal y excluyente, de la relación mercantil en sus determinaciones capitalistas-, la mercancía se hace cargo de la articulación de la estructura productiva como un todo. Esta es, sin duda, la expresión intelectual de la génesis y estructuración del sistema capitalista industrial, a la vez que la legitimación del comercio, contra la condena de la teología medioeval y sus ecos luteranos. Esta connotación totalizante es conservada en las doctrinas neo-mercantilistas que, con la "revolución marginalista", brotan de las ruinas de la escuela ricardiana y de la hecatombe producida por la edición del primer tomo del Das Kapital.

Hay una segunda consciencia teórica de la mercancía. Para ella la relación entre la mercancía y su soporte material es el valor. La identidad que la primera consciencia tenía por verdadera, y su propia experiencia refutaba, se confirma, pero ahora se aclara que no es inmediata, sino que está mediada por el valor: el principio de economía de trabajo "gobierna" (afirma Smith) el sentido del movimiento de los precios. Este pasaje ha **creado** un nuevo objeto: en la segunda mercancía saldrá a la luz el significado que se ocultaba en la primera. La exposición científica de esta segunda consciencia fue realizada por los autores "clásicos" (denominación original de Marx), inaugurando de este modo, en las últimas décadas del siglo XVIII y primeras del XIX, la economía política. Esta ciencia es hija del mundo moderno y propagadora de las Luces de Occidente; [4] pero anotemos que, si su aporte específico se fundó en la conciliación de dos doctrinas, la del valor mercantil y la del valor, ambas fueron heredadas. La primera, directamente de las doctrinas "mercantilistas" (denominación original de Smith); la segunda, de la antigua filosofía griega (Aristóteles) a través de la teología medioeval (Santo Tomás), para lo cual debió ser expurgada de admoniciones condenatorias contra el comercio. Fundada en el reconocimiento de que el viejo principio de la economía del trabajo es relevante para comprender la naturaleza, la forma y las leyes del valor de cambio de las mercancías en su forma dineraria, la Economía Política nace como la ciencia de una de las partes de la sociedad moderna: la sociedad civil.

Pero debido a que la Economía Política nace como la consciencia científica de sí misma de la clase capitalista en su época burguesa, su mandato intelectual es autoexcluyente (esquizofrenizante): debe a la vez descubrir y encubrir, concebir e idealizar, razonar y racionalizar, promover la civilización y la barbarie, emitir luz y tiniebla.[5]

La economía política vulgar (denominación, también ésta, de Marx), que renuncia a enfrentar estas tensiones y toma el partido de conservar las formas capitalistas de la producción, se adapta maravillosamente a la profesionalización de las funciones relativas a la gestión formal del capital. Los logros científicos de la economía política en su época clásica son desdeñados y soslayados, y su versión crítica, tal como aparece expuesta paradigmáticamente en el Das Kapital, rechazada con

horror. El regreso a concepciones constreñidas a la primera mercancía, en sus dos versiones, la "neoclásica" y la "keynesiana", juntamente con la **jibarización** del objeto de la economía política, dejan abandonado el campo de la economía política como un todo, y una tierra de nadie es colonizada por una multitud informe de "ciencias sociales", carentes de concepto, que se reparten los membra disecta de la economía política.

Y así como el objeto de la economía política vulgar está circunscripto esencialmente a la esfera de la circulación mercantil, así también su dimensión práctica está limitada al ámbito de la gestión manipuladora del capital. En estas aplicaciones exhibe y desarrolla su utilidad práctica, la cual convalida y legitima su misión conservadora. Ocurre con la ciencia fenoménica de la mercancía lo mismo que con la física: a la consciencia mercantil no le incumben los cataclismos cósmicos ni la empresa imposible; no le conmueve, por lo tanto, la física einsteniana, de modo que sus representaciones y nociones prácticas son tranquilamente acordes con un mundo newtoniano. No es intelectualmente contemporánea de sí misma; por eso puede decir que la teoría de la relatividad es una cuestión filosófica, lo cual, en su lenguaje, luce como un denuesto. Pero hay una diferencia: la nueva física anuncia un nuevo milenio capitalista, y la vieja economía política, que aporta a la génesis y a la naturaleza histórica del capital, incuba la consciencia de su ocaso.[6]

Así, pues, tenemos dos figuras fenoménicas de la mercancía (dos consciencias, dos grados del concepto), y tienen, cada una, su expresión doctrinaria. En ambas el sentido tendencial del movimiento de los precios recibe una atención central. En la primera, puesto que su horizonte se cierra en el ámbito de la circulación, el asunto que le preocupa es el movimiento de los precios hacia los valores que igualan las cantidades ofrecidas y demandadas de las mercancías respectivas. Para la segunda, se trata también del mismo movimiento, el de los precios empíricos hacia una configuración que despeja los mercados, pero ella se pregunta además y principalmente cuál es, a su vez, el movimiento de esa configuración de los precios (en ruedas consecutivas). Aquélla debiera subsumirse en ésta, pero la Economía Política, para su mal, en lugar de integrar la primera mercancía en su propio concepto, hace caso omiso de ella. Una queda del lado de la forma, la otra del contenido, y ambas son unilaterales, abstractas: si la primera mercancía no es producto, la segunda es producto, pero no es cabalmente mercancía; por eso, en tanto objeto de valor, la segunda mercancía, puro contenido genérico, es muda. Y para salir de esta abstracción, la segunda mercancía debe expresarse como sólo puede hacerlo, por medio de la primera, y en el lenguaje de ésta.[7]

Esta expresión supera la unilateralidad de ambas figuras de la mercancía y en ella surgirá el concepto de la tercera mercancía: si la primera era la representación de una experiencia sin reflexión, y la segunda de un concepto inacabado, la tercera será el fruto de la crítica. La ciencia, sin embargo, no puede permanecer en la crítica, y el concepto recibido debe desarrollarse.

[1] No estamos afirmando que este concepto, ni otro alguno que pudiera representarse como algo inmediato (es decir, como no-concepto), es el suelo o el punto de partida de la ciencia. Sostenemos lo contrario: que el desarrollo del concepto de mercancía (aquí "desarrollo" es una nota superflua, pero de intención aclaratoria o enfática) fundamenta la unidad de la Economía Política, su verdad. Podemos comprobarlo en la propia estructura del *Das Kapital*: a pesar de las intenciones de su autor, que se propuso comenzar con una exposición exhaustiva de la mercancía en la primera sección del Tomo I, la misma se corrige y se enriquece en la teoría del capital; por ejemplo, la conservación del valor en el proceso productivo debe esperar hasta el análisis del papel de los componentes variable y constante del capital en el proceso de valorización del capital; otras determinaciones esenciales de la mercancía, no sólo el dinero-crédito y la tasa de interés sino incluso el concepto de que el valor está determinado por la reproducción, se presentan en el Tomo III.

[2] En este aspecto, la mercancía de Marx es semejante al Dios de Feuerbach: así como el Ser Supremo es

una proyección de la riqueza espiritual del hombre sumido en la miseria terrestre, así también la Mercancía (a fortiori, la mercancía en tanto dinero) es una proyección materializada de la esencia social del hombre mercantil.

[3] No se piense que fueron los primeros. Unos 500 años antes de nuestra era (anticipándose en dos milenios a la pretendida "revolución marginalista" de fines del siglo XIX) encontramos una exposición magistral de la noción de la mercancía en su primera determinación. El "Libro de Guan Zi" describe el movimiento de los precios con la metáfora del péndulo. Advierte contra la pretensión de frustrar ese movimiento equilibratorio, propicio a la armonía social. Cfr. Hu Jichuang "Chinese Economic Thought before the Seventeenth Century", Foreign Languages Press, Beijing, 1984. Agradezco esta referencia al profesor Li Yiping, del Instituto de Estudios Económicos de la Academia de Ciencias Sociales, República Popular China.

[4] Sus intercambios con la Filosofía y las Ciencias de la Ilustración están fuera de nuestro cometido, aunque no dejamos de advertir que el rubro "clásicos" no debe encubrir la distinción entre Smith y Ricardo y sus conexiones respectivas: Jeremy Bentham vis à vis David Hume. Hay una ruptura involutiva, y en ella son la sombra y el olvido, no ya las luces, los portadores del momento de la continuidad; por ejemplo, la célebre fórmula benthamiana: la mayor felicidad para el mayor número de personas, pertenece en realidad a Francis Hutcheson -maestro de Hume y de Smith-, para quien la mejor acción moral es aquella que procura la mayor felicidad al mayor número: "procures the greatest happiness for the greatest numbers". HUTHESON, Francis, "Inquiry concerning Moral Good and Evil", cit. por RAPHAEL, D. D. & MACFIE, A. L. (1976), pág. 12. Fórmula que, arrancada de su contexto: una fina mezcla de estoicismo clásico y cristianismo medioeval en la que se gesta el concepto de la economía política, es del todo vacua o ambigua. Bentham probablemente la copió -vacía del espíritu original- de un contemporáneo de Smith: Joseph Priestley, "Essay on Government". Ver CREEDY, John (1992).

Un siglo después, la funesta influencia de Bentham marca las obras de Marshall y Edgeworth, príncipes a la sazón de la doctrina. No deja de ser significativo que estas dos personalidades tan diversas, uno afín a los teoremas, el otro a las máximas, provienen del campo de la filosofía moral; como Smith, pero: **mutatis mutandi!** Cfr. CREEDY, John, (1992).

[5] En lo que va de nuestro siglo ni siquiera los críticos que más profundamente comprendieron esta escisión fueron inmunes a ella. Adorno y Horkheimer creyeron exponer la "Dialéctica de la Ilustración", pero ignoraron que esta dialéctica es propiamente la de la mercancía.

La sociedad capitalista es una configuración polar, en la que se contraponen la sociedad capitalista moderna y la sociedad capitalista no moderna. (Ello se refleja un tanto insulsamente en la jerga de cuño latinoamericano como "centro/periferia"). La primera, escindida en sociedad civil y Estado moderno, es, a su vez, también, una estructura polar. (En la Filosofía del Derecho había una tercera esfera, la familia). La economía política nace como la ciencia de la sociedad civil, y encuentra -o, más característicamente, elude- nuevos problemas, pari passu con el desarrollo capitalista y las consiguientes transformaciones de la estructura internacional del capital. Hoy su principal problema teórico es el destino de la civilización capitalista. La agenda histórica de los años 60 estaba presidida por la revolución, y también lo está hoy: si no por su inminencia, por su inmanencia.

[6] Para no llevar demasiado lejos la comparación, reconocemos que en Economía Política Einstein nace un siglo antes que Newton, y todo parece suceder en retro. Hace cuatro décadas, relata el profesor Lincoln Wolfenstein, del Departamento de Física de la Universidad Carnegie Mellon, parecía que ya quedaba poco por saber en el campo de la física. Hoy, dice, enseño física, y casi todo lo que enseñé fue descubierto en los últimos 40 años. ¡Sólo cuatro de las diecisiete partículas elementales, añade, se conocían entonces! Ver Scientific American, March, 1993.

[7] "Como vemos, todo lo que antes nos había dicho el análisis del valor mercantil nos lo dice ahora el propio lienzo, no bien entabla relación con otra mercancía, la chaqueta. Sólo que el lienzo revela sus pensamientos en el único idioma que domina, el lenguaje de las mercancías. Para decir que su propio valor lo crea el trabajo, en su condición abstracta de trabajo humano, dice que la chaqueta, en la medida en que vale lo mismo que él y, por tanto, en cuanto es valor, está constituida por el mismo trabajo que el lienzo. Para decir que su sublime objetividad de valor difiere de su tieso cuerpo de lienzo, dice que el valor posee el aspecto de una chaqueta y que por tanto él mismo, en cuanto cosa que es valor, se parece a la chaqueta como una gota de agua a otra." MARX, Karl, op. cit., pág. 64.

"Si digo que la chaqueta, los botines, etc., se vinculan con el lienzo como con la encarnación general de trabajo humano abstracto, salta a la vista la insensatez de tal modo de expresarse. Pero cuando los productores de chaquetas, botines, etc., refieren esas mercancías al lienzo -o al oro y la plata, lo que en nada modifica la cosa- como equivalente general, la relación entre sus trabajos privados y el trabajo social en su conjunto se les presenta exactamente bajo esa forma insensata.

Formas semejantes constituyen precisamente las categorías de la economía política burguesa. Se trata de formas del pensar socialmente válidas, y por tanto objetivas, para las relaciones de producción que caracterizan ese modo de producción social históricamente determinado: la producción de mercancías. Todo el misticismo del mundo de las mercancías, toda la magia y la fantasmagoría que nimban los productos del trabajo fundados en la producción de mercancías, se esfuma de inmediato cuando emprendemos el camino hacia otras formas de producción". Marx, Karl, op. cit., pág. 93.

2.1.1. Valor de uso mercantil. La riqueza que cobra forma de mercancía.

En tanto valores de uso, las mercancías despliegan una variedad alucinante de formas lábiles que fenecen y se repiten en vertiginosa mundanza. Ora conforman conjuntos innumerables y diversos de figuras detenidas en hierática pose; ora constituyen una comunidad a la par discontinua y confluyente sólo apoyada en la fugacidad sutil e incesantemente renovada del ejemplar individual. Cual las estrellas en el firmamento, son más que las que podemos ver y nombrar.

En tanto la materia que circula en el mercado muda y muta, cada mercancía individual expone en el instante una forma material definida, y en ella se concreta su identidad. [1] Al hacerse presente, es un bien, una cosa sensible y provechosa. Conforme a este principio (que ninguna mercancía carece del momento de la corporeidad), para cada una la totalidad de las restantes se reparte en dos clases, las materialmente idénticas a ella y las que no lo son. Con las unas y las otras permanece ligada por múltiples lazos, invisibles y evanescentes; por hilos, empero, que no por deleznable son menos objetivos ni menos esenciales, necesarios y complementarios.

Pues una mercancía no es tal en su aislamiento ni en su singularidad: ella es, únicamente, por medio de la totalidad de esas sus relaciones; las que, a su vez, comprenden los dos tipos distintos y recíprocamente mediados. Ser que lleva en su esencia un nexo dual, la mercancía debe analizarse como lo que necesariamente es: una entre muchas, y desde este doble punto de vista, ejemplar o colección de una clase particular de artículos y caso o ejemplo de mercancía en general; por un lado, un conjunto que constituye una parte integral de una cohorte cuantitativamente mayor y cualitativamente homogénea, y, por otro, un miembro integrante de un organismo materialmente multiforme.

Ahora bien, en virtud de la primera de esas relaciones, cualquier mercancía, incluso la cosa más groseramente pedestre e inmediata, es investida de representaciones trascendentes y, en su desempeño, no contenta con la sola semejanza corporal o la coincidencia meramente externa, manifiesta una invariable solidaridad con su clase, guarda con las restantes crías de su misma camada una afinidad intensamente vigente, mantiene con sus hermanas una comunicación instantánea, secreta e incesante. Pero está en la naturaleza de la mercancía que esa fraternal relación de concurrencia se "trueque" de inmediato en la contraposición más inclemente, la rivalidad más amarga.

La "pluralidad de capitales" [2] pertenece a la esencia mercantil del capital. Cada mercancía es una entre muchas; entre muchas materialmente iguales y entre otras muchas diferentes. Su relación con las iguales es de competencia; por esta relación, la mercancía, valor de uso particular, deviene portadora de las determinaciones propias de un **valor de uso mercantil**. La relación con las materialmente distintas es el **valor de cambio**; mediante su pertenencia al mundo que le es heterogéneo, la mercancía demuestra palmariamente su identidad esencial con todas las otras mercancías, identidad que es indiferente a sus cualidades útiles pero que sólo se expresa cuando éstas discrepan de las propias. Y, como se sabe, desde Marx, únicamente por la dialéctica entre las dos relaciones devendrá verdaderamente mercancía, desdoblándose en mercancía y dinero.

[El valor de uso mercantil]

Homo homini lupus! Nada caracteriza mejor la relación mercantil en general y la competencia mercantil en particular que la célebre locución. Lejos de ser un vínculo de amor fraternal, de cooperación solidaria, la mercancía es una relación de rivalidad y disputa. Lo que mantiene unido el

fragmentado universo del capital es el mutuo rechazo de las mercancías, sus partículas elementales. El **dorado** sueño de todo propietario de una mercancía -convertirla en oro- plasma en una sola fantasía suprema: tener tienda propia y ver pasar desde ella el cortejo fúnebre de su principal competidor. Pero si por esa relación los hombres mercantiles se matan, también por ella cobran vida. Vida y muerte que no son del cuerpo terreno del individuo sino de su alma social; que no se dan ni se quitan por amor o por odio sino por indiferencia recíproca entre personas mutuamente ajenas.

Pero la misma competencia mercantil se nos muestra aquí en un aspecto, en apariencia, distinto de la rivalidad, y hasta opuesto a ella, y sólo a este aspecto debemos atenernos ahora. Es el de la concurrencia. Consiste en que a cada artículo mercantil le es conferida por los que le son materialmente idénticos una doble representación: como ejemplar dotado de las propiedades provechosas características de su clase, y como una alícuota determinada de esta comunidad material homogénea. Para fijar la idea, sea la mercancía **nA**, formada por **n** unidades **A** (v. gr. kg., m³) del bien llamado «a». Aunque no fijamos **n** (racional positivo), ni indicamos en qué unidades adecuadas y convencionalmente aceptadas se cuenta una colección de «a», ni, finalmente, especificamos las propiedades utilizables de este bien, presuponemos determinadas esas cualidades y esa cantidad. Sólo en virtud de ambas determinaciones es **nA** un valor de uso (pues tan esencial es para ello la cantidad **n** de unidades **A** disponibles como las cualidades útiles de «a»); las mercancías «a» son idénticas entre sí y distintas de toda otra.[3]

La homogeneidad aquí supuesta se refiere solamente a la materialidad del cuerpo de los artículos concurrentes. No importa que un valor de uso formado por **n** unidades **A** del bien «a» preste varios servicios simultáneos (conservar calor y pudor), alternativos (semilla, forraje o alimento humano directo), sucesivos (leche, ternero, carne), etc., ni que sus propiedades varíen con la escala (terapéuticas, alimenticias, tóxicas). No importa tampoco que las colecciones de diferente tamaño del mismo bien difieran en grado u orden de utilidad. Así, v. gr., dadas las cualidades de «a», la utilidad de **2nA** es distinta y, en general, mayor (supuesto neoclásico usual de "no inferioridad"), que la de **nA**, en tanto que la utilidad de una (unidad) **A** representativa de **2nA** es distinta y, en general, menor que una **A** de **nA**. Y, puesto que una cuantía determinada de un algo útil es un valor de uso, y, dado que nuestra mercancía, lo mismo que cualquier otra, se identifica por medio de un valor de uso y coincide con él, surgen, sin más, dos conclusiones inmediatamente evidentes: primero, que precisamente este valor de uso **nA**, constituido por esta cantidad **n** de esta materia «a» y dotada de las propiedades útiles consiguientes a esta composición, da cuenta de la condición de que la mercancía debe ser un artículo útil y coincide con el valor de uso de esta mercancía; segundo, que, considerada en cuanto valor de uso, la mercancía es un ser suficiente, trivial.

Ambas conclusiones son falsas. Si parecen verdaderas -y hasta obvias, lindantes con la tautología-, esa falsa apariencia proviene de que la mercancía debe presentarse necesariamente como una cantidad dada de un objeto útil, [4] como un algo apto, por la conjunción de sus cualidades y su cantidad, para prestar un servicio. La cosa grave y carnal en que la mercancía se manifiesta como algo material le brinda cuerpo y forma, ambos necesarios; será para ella una encarnación, una instancia transmigratoria; una proyección sensible. Mas, cojamos una mercancía, detengámosla en su circulación, aislémosla de sus relaciones, examinémosla... De acuerdo con el "principio", será esto o aquello, un valor de uso, pero el valor de uso que representa la mercancía no es, de suyo, mercancía, ni siquiera valor de uso mercantil. Tal el lado negativo del mismo "principio", que lo completa. (Que se verifica también, para dar otro ejemplo, con algo tanto más inconciliablemente opuesto a la mercancía cuanto más acabadamente cobra forma mercantil, la obra de arte: deja de serlo si es reducida a su materialidad de tinta seca, pintura, tela o vibración, pero cesa también si ella le falta). El análisis del valor de uso de la mercancía pierde irremisiblemente el rumbo si pretende partir de su existencia como objeto inmediato...

*

El lector reconocerá en el argumento que acabamos de presentar el mismo giro retórico utilizado por Marx para referirse al valor de las mercancías: "En contradicción directa con la objetividad sensorialmente grosera del cuerpo de las mercancías, ni un sólo átomo de sustancia natural forma parte de su objetividad en cuanto valores. De ahí que por más que se de vuelta y se manipule una mercancía cualquiera, resultará inasequible en cuanto cosa que es valor". MARX, K., "El Capital..", pág 58. Pero: Marx no advierte que en la abstracta inmediatez material de la mercancía individual **es igualmente "inasible" su carácter de valor de uso.**

Debemos declarar, para evitar todo malentendido, que no adherimos a la acusación dirigida muchas veces contra Marx, a la que él mismo responde, por si fuera necesario, en las "Glosas a Wagner", según la cual su teoría ignora o menoscaba el valor de uso. Tampoco sostenemos que desconoce o calla la naturaleza específicamente mercantil del valor de uso de la mercancía. Es indudable que Marx menta repetidamente el carácter elusivo del valor de uso de la mercancía. [5] Pero no integra esta comprobación de la naturaleza específicamente mercantil en su análisis de la "forma del valor", es decir, no extrae la conclusión que creemos necesaria: que la mercancía en cuanto valor de uso es un valor de uso mercantil.

Conviene a su exposición que ésta se limite a la perspectiva de la primera mercancía.

*

Pues, por un lado, el **quantum** de un objeto útil que identifica la mercancía **nA** y, por otro, la cuantía de «a» relevante en la determinación de la mercancía **nA** como valor de uso, son, en general, cantidades distintas. En efecto, **n**, la cantidad de «a» medida en unidades **A**, que posee y ofrece su propietario, es una fracción -en principio, diminuta- de la suma (**N + n**) de las **A** que todos los propietarios de «a» tratan (ofrecen) como mercancía. El valor de uso de **nA** será mayor, en general, caeteris paribus (dada **NA**, la cantidad ofrecida por los competidores), si **n** se duplica, y esto tiende a reforzar la engañosa inmediatez del valor de uso mercantil, que parece reducido al cuerpo material de la correspondiente mercancía. La falsedad de esta apariencia resalta destacadamente incluso en el marco acrítico de la economía política vulgar, incapaz de distinguir la utilidad de los bienes en sentido lato del valor de uso en cuanto momento necesario de la mercancía, puesto que no es necesario ir más allá de esa insulsa doctrina para comprender incluso que, dado **n = cte**, el grado de utilidad del valor de uso **nA** será mayor (en general) si es **N** menor, es decir, si **nA** representa una porción más grande de una suma menor, y viceversa. No es la menor de las paradojas que acosan a la mercancía el que su materialidad no sea sino su aspecto más abstracto.

Por otro lado, **nA** es menor o igual que las existencias totales de «a» en posesión del mismo propietario, que comprenden, amén de su oferta **nA**, también las **dA** (con **d** = nulo o racional positivo) que posee sin ofrecer en venta, de modo que suman (**d + n**), en tanto que las existencias de la sociedad, en el instante considerado, suman (**D + d + N + n**) **A**. Para nuestro propietario, entre las dos partes de su patrimonio constituidas por «a», **dA** y **nA**, cualitativamente idénticas y cuantitativamente complementarias hay diferencias esenciales. [6] Pues ambas partes de su propiedad son para él valores de uso en sentido recto, pero **dA**, la porción de la que no es oferente, es (para él) un valor de uso en general con la condición de que sea un valor de uso particular, en tanto que **nA**, la parte de la que es oferente, es -también- un valor de uso en general, pero con la condición contraria, a

saber, que sea dice Marx, "un no-valor de uso", o no sea para él, pero sí para otro, un valor de uso particular. Su particularidad no debe ser más que una condición y un medio por el que su (toda) particularidad es superada; o debe ser sólo la mediación negativa por la cual el valor de uso en general sublima como valor de uso general: el valor mercantil se torna efectivo mediante la abstracción (determinada, objetiva) del valor de uso. Negada, pues, su particularidad, el valor de uso se habrá elevado a espíritu social vuelto substancia, una hazaña absolutamente imposible para un mero bien material, valor de uso sans phrase, pero elemental rutina e innata aptitud para el valor de uso mercantil.

Los dos valores de uso, el valor de uso particular y el valor de uso general, son cuantitativamente complementarios, de modo que el hombre o mujer mercantil, propietario o propietaria de ambas porciones puede, ad libitum, acrecer la una a expensas de la otra. (Su trabajo, asimismo, puede ser consuntivo o mercantil: la lavandera aporta al producto social cuando lava para otros, y no lo hace el ama de casa cuando realiza la misma faena). Si hacemos caso omiso de siniestros, pérdidas, robos, donaciones gratuitas, deterioro y desgaste por el uso, etc., para atenernos al carácter complementario de las partes en que se desdobra en valor de uso mercantil (dado $d + n = cte$, no puede acrecentarse ni reducirse una de sus partes si a la vez la otra no sufre la misma variación absoluta con signo opuesto), queda en evidencia que estas partes son recíprocamente excluyentes o contrapuestas; contraposición no atenuada por la posibilidad de que cada elemento **A** de la colección ($d + n$) **A** caiga indiferentemente en una parte u otra, ya que en ello sólo se verifica la condición de que ese conjunto es homogéneo y sus elementos, por tanto, son indistintos, intercambiables. Obviamente, se trata aquí de objetos que son intercambiables porque son iguales, a diferencia de las mercancías, que son intercambiables porque son valores de uso distintos. La misma indiferencia puede recaer sobre la colección **nA** como parte de $(n + N)$ **A**, en caso que el artículo de nuestro propietario se comercialice con pérdida de identidad del vendedor; ello no vulnera el concepto de mercancía sino que, por el contrario, torna patente la naturaleza porcionaria y social del bien mercantil.

Pero nos encontramos aquí con otra paradoja, que se resuelve en la estructura interna del valor de uso mercantil. Su carácter **porcionario** coincide con su naturaleza social [7] y, sin embargo, es un valor de uso privado, lo contrario de un valor de uso social. El valor de uso mercantil se desdobra necesariamente en valor de uso particular y valor de uso general. Este desdoblamiento repercute en cada uno de sus extremos: el valor de uso particular no es, propiamente -desde que su determinación cuantitativa remite a una totalidad que lo trasciende-, un valor de uso inmediato para su dueño ni es, en absoluto, un valor de uso para otros, en tanto que, por el contrario, el valor de uso general lo es para su propietario sólo si se convalida como valor de uso particular para terceros. Ya en esta condición se vislumbra que aquella mediación por la que el valor de uso particular participa del carácter de valor de uso mercantil propia de su opuesto, el valor de uso general, es, a su vez, mediada por éste.

Sabemos que el valor de uso particular **dA** es, a la vez, un valor de uso porcionario; no sólo por ser parte de $(n + d)$ **A** sino, también, por serlo del total social $(N + n + D + d)$ **A**; no de una colección homogénea de valores de uso materialmente idénticos pertenecientes a la misma persona, sino también de la totalidad de las unidades de «a» en posesión de la totalidad de los contemporáneos vinculados por la misma relación mercantil. Es evidentemente la relación entre sus amos la establecida entre las mercancías, que son, de suyo, objetos recíprocamente indiferentes y externos; pero también lo son sus poseedores (estos hombres, determinados como mercantiles), puesto que, precisamente, el nexo mercantil consiste en una relación de mutua indiferencia y ajenidad a la vez que una mediación universal. Aquí nuestro propietario del valor de uso particular porcionario **dA** y de la mercancía **nA** sólo se relaciona con sus semejantes en su calidad de oferente y eventual vendedor de lo que para él

es, aun cuando únicamente en potencia, un valor de uso general. Una vez que su mercancía, eliminada su forma relativa, se revistió por fin de su forma dineraria, de su figura de riqueza absoluta o de valor de uso general consagrado, su nexo mercantil ya ha sido consumado, y dispondrá ahora él del poder consagratorio por el que todo hombre mercantil viene al mercado. Tanto **dA** como **nA** adquieren el carácter de valores de uso porcionarios a través de ese nexo que, por estar sujeto a una condición, es, mientras ella no se verifique, ideal o virtual.

Así como hay oposición entre el valor de uso particular y el valor de uso general, hay también una identidad: su común impronta mercantil, o el modo por el que a su naturaleza porcionaria genérica se añade como determinación adicional su mediación recíproca. El carácter mediato común a ambos valores de uso incide en ellos sobre aspectos distintos y contrapuestos. En el valor de uso particular, recae únicamente sobre su momento cuantitativo. En el valor de uso general, cae también sobre su momento cualitativo, que consiste -lo señalamos ya- en la negación objetiva de toda cualidad particular.

El modo de ser porcionario del valor de uso mercantil es propio y exclusivo de la mercancía, pero la totalidad de la riqueza de la sociedad mercantil y, por ende, de la sociedad capitalista, incluso el cúmulo de los bienes que en esa sociedad no se revisten de la forma de mercancía, participa de ese modo. Poco añadiría al presente resultado (la especificidad del valor de uso mercantil **vis à vis** el valor de uso porcionario en general, y el carácter mercantil del valor de uso **dA** pese a que él, a diferencia de **nA**, no sustenta ninguna determinación formal) un análisis más detallado de la composición de **(n + d) A**. Por eso, aquí, hemos omitido otros aspectos de esa estructura, ciertamente significativos en el marco más concreto de la teoría del capital; no tuvimos en cuenta la parte del patrimonio individual compuesto de «a» que constituye una oferta latente, condicionada o diferida, sea por razones especulativas (stocks de oportunidad), sea por circunstancias técnicas (stocks de seguridad, de precaución, indivisibilidades, materias en proceso de elaboración). Tampoco la parte de **nA** que es la oferta anticipada de una mercancía que aún no ha sido conformada en su corporalidad. (En una concesión al lenguaje corriente, diríamos: "producción futura"; pero, en rigor, toda mercancía es, precisamente, "producción futura", puesto que la producción mercantil sólo se consume en la venta, con la anulación de la forma mercancía del producto).

Comoquiera que sea, sólo una parte de la riqueza de la sociedad capitalista cobra en un instante dado la forma mercancía, [8]en tanto que otra parte no presenta esta forma: esta última se encuentra en las esferas del consumo y de la transformación material; aquélla en la esfera de la circulación (donde se presenta en la figura adecuada a su carácter social en potencia, pronta a realizarse). Cada unidad **nA** -partida, lote, o espécimen-, de la mercancía «a» está vinculada a todas las demás, como porción del conjunto relevante en el que se concreta «a» como valor de uso genérico.

Contrariamente, en la segunda mercancía el valor de uso está puesto en su dimensión genérica abstracta. El valor de uso específicamente mercantil cae enteramente en la primera figura de la mercancía, para la cual ésta es un bien no reproducible; su cantidad puede aumentar si **dA** se reduce **pro tanto**, y viceversa (de modo que la "función de oferta" correspondiente a la mercancía en su primera determinación no es necesariamente de elasticidad nula). Separada de sus relaciones con otros valores de uso cualitativamente idénticos (y ni hablar de otras que mantiene con sucedáneos, sustitutos, complementarios, insumos y productos), la mercancía **nA** no sería mercancía; pero seguiría siendo **nA**: el mismo objeto material, la misma colección formada por las mismas **n** unidades **A** de «a». Esta fantasmal indiferencia de la materia, este demencial autismo de la cosa, hace pasar por verdadera y hasta por evidente la falsa identidad entre el valor de uso **nA**, valor de uso **sans phrase**, y la mercancía **nA** en cuanto valor de uso; abona la confusión entre un bien carente de determinación formal y uno materialmente idéntico pero que se presenta en la forma mercantil; y, fatalmente, da pábulo a la pertinaz tradición interpretativa que prolonga la insensibilidad de la Economía Política, incluso después de la crítica marxiana, ante la diferencia entre el valor de uso en general y el afectado

por la forma específicamente mercantil, el **valor de uso mercantil**.

La utilidad de un bien material, cualquiera sea su forma económica, depende de sus cualidades y de su cantidad; y, debido a que **nA** es una mercancía, un no valor de uso directo y un valor de uso general únicamente en potencia, que sólo cobrará determinación cuantitativa como valor mercantil, entonces su concreción como valor de uso no está dada inmediata y exhaustivamente por la cantidad **n**. Como queda indicado, el valor de uso mercantil es siempre virtual y social; la cantidad relevante por la que «a» se concreta como valor de uso, es: $(n + N + d + D) A$; finalmente, la determinación cuantitativa por la que **nA** es un valor de uso mercantil no es cardinal sino también porcionaria. No obstante el aspecto de cosa prosaica y terrenal que su contundente corporeidad le confiere, en ese mismo ser sensible portador de la relación mercantil, que funge, por tanto, como soporte corporal de una forma económica, hay más que cuanto en ella encuentra la percepción.

Así, **nA**, una mercancía entre muchas, se presenta identificada con un bien material, pero comprobamos que no es reductible a él, ni siquiera como valor de uso; que, por ende, esa cosa inmediata en la que la mercancía necesariamente toma cuerpo no es sino una abstracción, un aspecto aislado de un ser más complejo cuya esencia relacional desborda esa inmediatez y trasciende esa materialidad. Que, en efecto, posee las determinaciones propias del valor de uso porcionario: en su momento cuantitativo **nA** no es un valor de uso inmediato, sólo es valor de uso por medio de su comunidad con las existencias sociales totales de «a» y su estructura relevante. Pero en esas mediaciones por las que **nA** es un valor de uso mercantil se presenta también una diferencia. La diferencia (y, con ella, la especificidad de la mercancía) no brota de la naturaleza porcionaria propia del valor de uso mercantil -puesto que este carácter es inespecífico respecto de la forma mercantil-; surge del cómo y el porqué este valor de uso deviene porcionario.

La mediación del mercado afecta por igual, en conjunto y separadamente, a: $(d + n) A$, y a todas sus partes. En virtud de esa mediación, se verifican múltiples desdoblamientos (que no atañen aún a la expresión del valor, y que han pasado desapercibidos debido a la indistinción del modo específico del valor de uso mercantil). El valor de uso **nA** es porcionario en un doble sentido: como parte integrante del patrimonio en «a» de su dueño, formado por $(n + d) A$; y como porción de la riqueza social, la cual tiene, por ser mercantil, una doble existencia: extrínseca, en la que se compone de una suma inventarial de elementos materiales; e intrínseca, en la que una parte de ese inventario presenta la forma mercantil, que en tal configuración económica es la forma social de la riqueza. Debido a la unilateral materialidad del primer conjunto, constituye una riqueza meramente ideal; y, no obstante que el carácter social del segundo conjunto es sólo virtual, precisamente esa virtualidad es necesaria para que constituya la riqueza real en su determinación mercantil. A su vez, la fracción del valor de uso mercantil que no posee forma de mercancía, **dA**, es también porcionaria por partida doble, porque ella misma pertenece directamente al patrimonio individual privado $(d + n) A$ y porque pertenece también al conjunto mayor, al gran total de riqueza social en «a». Los bienes que componen la riqueza de la sociedad capitalista se encuentran en tres esferas distintas, el consumo, la producción material, y la circulación; sólo en esta última se presentan en la forma de mercancías, pero todos poseen carácter de bienes de uso mercantiles. Por esa misma mediación que le brinda determinación cuantitativa, toda mercancía en cuanto valor de uso debe presentar este modo de ser trascendente o mediato.

*

[1] La mercancía es siempre venal y lo es generalmente su cuerpo, su soporte material, pero no siempre. Su casuística ofrece modalidades que se diferencian y combinan. En un caso, la transferencia de su propiedad está condicionada a un pago futuro; entretando, el vendedor es acreedor y el comprador, deudor. En otro caso, el vendedor cede la posesión y el usufructo de su valor de uso por un lapso contractualmente estipulado, sin

transferir su propiedad; aquí uno es locador, el otro, locatario. El objeto de compraventa puede consistir en un derecho al uso de un objeto no venal, un símbolo, una información, un proceso; el locador es ahora licenciador, el comprador, licenciataria. La mercancía misma puede consistir en un servicio, tal que su efecto útil modifica un bien material o una capacidad que previamente poseía el comprador, convertido ahora en prestatario, o provee directamente a su disfrute.

[2] Pluralidad por la que "el capital se repele necesariamente a sí mismo"; por ello "es una quimera un capital universal, un capital que no tenga frente a sí mismo capitales ajenos con los cuales intercambiar..."

"(En la competencia esta tendencia interna del capital [por la cual «desmesuradamente procura plusproducción, plusproductividad, plusconsumo, etc.»] se presenta como coerción a que lo somete el capital ajeno y que lo impele ... con un continuo **¡marche, marche!...**)".

"(... Por definición, la competencia no es otra cosa que la naturaleza interna del capital, su determinación esencial, que se presenta y realiza como la acción recíproca de los diversos capitales entre sí; la tendencia interna como necesidad exterior.)"

"(... El capital existe y sólo puede existir como muchos capitales; por consiguiente su autodeterminación se presenta como acción recíproca de los mismos entre sí.)" MARX, Karl, "Grundrisse.." pág. 366.

[3] "Toda cosa útil, como el hierro, papel, etc., ha de considerarse desde un punto de vista doble: según su cualidad y con arreglo a su cantidad... Al considerar los valores de uso se presupone siempre su carácter determinado cuantitativo, tal como docena de relojes, vara de lienzo, tonelada de hierro, etc.". MARX, op. cit, págs. 43/4. Intercalada entre estos dos pasajes que acabamos de volcar hay una aclaración sobre la historicidad de los valores de uso. Lo que a una época se le aparece como la aptitud de un bien para satisfacer una necesidad, es el resultado del desarrollo de la capacidad humana de reconocer y aprovechar las propiedades de la materia. La observación evoca una reflexión de corte feuerbachiano: el hombre se representa su propio producto proyectando en él sus propias capacidades y perfecciones, ¡y atribuye a su producto la aptitud de satisfacer necesidades humanas!

[4] Recuérdese la famosa frase de Montchrestien: "On dit que personne ne perd jamais sans qu'un autre gagne. Ceci est vrai et est confirmé dans le royaume du commerce plus que partout ailleurs".

[5] Alude a él, v. gr., en este fragmento: "Pero que sea útil para otros, que ... satisfaga necesidades ajenas, es algo que sólo el cambio puede demostrar" MARX, K. op. cit, pág. 105.

[6] Omitimos aquí la existencia de mercancías en elaboración o en ciernes, retenidas por razones técnicas o especulativas. La porción de su producto que posee un uso directo para el hombre mercantil tiene un interés analítico, y pertenece al concepto, por eso debemos considerarla siquiera muy someramente, aunque la división social del trabajo, consecuencia y premisa de la forma mercantil de la producción capitalista, la reduce a una cantidad insignificante. Debido, precisamente, al carácter unilateralmente especializado del productor determinado como homo mercator, para la mayor parte de los tipos de bienes que componen su patrimonio individual es: $d = 0$. Pero, en un momento dado, sólo una porción de la riqueza de la sociedad dominada por el régimen capitalista de producción, presenta la forma mercantil.

[7] "Todo el lienzo puesto en el mercado cuenta como **un** artículo único; cada pieza, sólo como una parte alícuota". MARX, Karl, Cap. III, Tomo I, Op. cit. Agradezco esta cita al economista Eduardo Crespo.

[8] Esto refuta la afirmación inicial del Das Kapital si la forma de mercancía es lo único específico de la mercancía como producto; pero la confirma si todos los momentos de la mercancía son específicos. No es verdad que todos los elementos que componen la riqueza de la sociedad capitalista presentan la forma mercancía; sí es verdad que toda la riqueza de esta sociedad participa de la naturaleza de la mercancía; pues cada uno de sus elementos componentes forman parte del valor de uso mercantil.

2.2.0. El valor en su forma mercantil: ¿forma mercantil del valor o forma del valor mercantil?

Smith descubre que la teoría del valor es relevante para comprender la moderna sociedad civil, y ofrece la primera gran síntesis de la Economía Política al conciliar el principio del valor con la observación cotidiana de que los precios empíricos no concuerdan con ese principio. La solución es que éste gobierna el movimiento de aquéllos, y tal es la ley general del valor. Pero ni Smith ni Ricardo, su gran discípulo crítico, pudieron conservar la verdad de la teoría ante la comprobación de que las mercancías del capital no se cambian ni siquiera tendencialmente con arreglo a sus valores: eliminado el efecto de circunstancias fortuitas, al intercambiarse las mercancías del capital no se igualan las cantidades de trabajo social requeridas para reproducirlas sino las cantidades de capital requeridas para su producción. La igualación de las tasas de ganancia establece un principio distinto que se impone sobre la ley del valor, derogándola: la crítica de Ricardo a Smith permanece inconclusa e inconsecuente, y la escuela clásica se derrumba por las brechas dejadas por los maestros. La crítica marxiana transforma y recupera la Economía Política científica por medio de una nueva síntesis. Continúa y profundiza la obra de Smith y Ricardo a partir del punto en que ellos la abandonaron. Otra vez más, descubre la vigencia de la ley del valor en la sociedad que ya no es solamente moderna, sino, más concretamente, capitalista. Y, nuevamente, después de la muerte de Marx, la tarea de la mediación teórica se interrumpirá en la obra de los discípulos, esta vez por más de un siglo.

Marx expone la transformación de valores en precios, primero, en el marco general de la estructura mercantil ("El Capital.", Sección Primera, Tomo I). En esta transición general casi ignorada hay que buscar el significado y el fundamento de la extensamente comentada transformación de valores en "precios" de producción, que es la misma transición pero refractada en el medio estructural más determinado del capital, la cual suele exponerse soslayando ese significado y sin la necesaria comprensión de ese fundamento. Sostenemos, apartándonos de la exposición de Marx donde encontramos que no es acorde con su espíritu y su objeto, que ninguna transformación de los valores en precios convierte el precio de las mercancías en la expresión **directa** del valor de las mismas; el precio es el resultado final de una serie de transformaciones mediadas todas ellas por la transubstanciación del valor en valor mercantil.

Que la representación (cualitativa) del valor de una mercancía en su forma dineraria sea la representación (cuantitativa) de un valor mayor o menor, según las circunstancias del mercado, no es -dice Marx- un defecto de esta forma, sino precisamente la virtud que permite al dinero cumplir su función de medida del valor. Pero, si esto es así, argumentaremos, el dinero no es **directamente** la medida general del valor, sino la medida general del valor **mercantil**. [1] El precio no es inmediatamente el "nombre en dinero del valor de las mercancías"; lo es, inmediatamente, de sus valores mercantiles.

*

El valor mercantil se expresa directamente en los precios de las mercancías y se mueve en el campo gravitatorio de la relación de valor o valor relativo. Omitimos las transformaciones que provienen de la estructura particular del capital (composición orgánica, configuración temporal).

Un acierto mayor de Marx fue descubrir el secreto de la expresión del valor de las mercancías en la "forma simple" del valor. Esto se pone más aún de relieve si se libera esta verdad del error; si se comprende que la expresión simple del valor de una mercancía es la expresión simple de su valor mercantil. Por de pronto, toda expresión de valor mercantil excluye la expresión del valor de la

mercancía equivalencial, limitándola a la función de equivalente, y excluye de la forma equivalencial todas las otras mercancías **materialmente** diferentes de las dos involucradas. Esto significa que la forma "total o desarrollada" (en la terminología de Marx) carece de sentido como expresión del valor mercantil. [2] Tampoco las formas general y dineraria del valor mercantil permiten apreciar el carácter excluyente de la forma equivalencial porque en estas formas más desarrolladas tal exclusión es una premisa cumplida.

Consideremos la "forma simple de valor" que será, para nosotros, la forma simple de valor mercantil. Sabemos, gracias a Marx, que la célebre mercancía "20 varas de lienzo" -lo mismo que cualquier otra- debe responder a su mandato categórico designando un equivalente simple, pero ahora no lo será de su valor sino de su valor **mercantil**. Cabe que resulte escogida como equivalente particular de **estas** "20 varas de lienzo", la igualmente recordada "1 levita". La mercancía en su forma relativa puede convertir en su equivalente simple a cualquier otra mercancía -de materia no idénticamente lenceril-, como puede ser, alternativamente, "1 curiara", "5 sacos de yuca", "2 levitas". Si, ex hypothesis, las formas **mercantiles** o valores de cambio

20 varas de lienzo = 1 levita,
 20 varas de lienzo = 10 sacos de yuca,
 40 varas de lienzo = 1 curiara,

coinciden con los valores relativos, o, lo que es lo mismo, con las relaciones de valor entre las mercancías respectivas, entonces las expresiones de valor mercantil:

20 varas de lienzo = 1 levita,
 20 varas de lienzo = 5 sacos de yuca,
 20 varas de lienzo = 1 curiara,

son iguales a la relación de valor respectiva o al valor relativo del lienzo en la primera, a la mitad en la segunda, y al doble en la tercera.

La relación de valor es hasta aquí "para nosotros y solamente para nosotros". La expresión mercantil de valor: «"20 varas de lienzo" = "2 levitas"» no está encerrada en la relación de valor: «"20 varas de lienzo" = "1 levita"», ni es puesta por ella. **Pero** la relación de valor no es **solamente** "para nosotros", porque ella "proporciona" el límite hacia el cual gravita (caeteris paribus, merced al ajuste clásico) la expresión del valor **mercantil** o, lo que (sostenemos) es lo mismo: el valor relativo **mercantil**. En otras palabras, las relaciones de valor o valores relativos de las mercancías, aunque carentes de expresión inmediata, constituyen, empero, una estructura real, y ella se manifiesta empíricamente en el movimiento tendencial de las relaciones de valor **mercantil** (a las que "gobierna"). En general, las diferencias (supraliminales en cuantía y persistencia) entre el valor de una mercancía y su valor mercantil tienden a ser eliminadas merced al ajuste clásico en la estructura material de la producción. (Obviamente, la llamada ley de la oferta y la demanda, expuesta exhaustivamente en lo esencial milenios antes de Smith, esgrimida de modo irrelevante y anacrónico por Böhm Bawerk contra Marx, etc., está necesariamente subsumida en la ley del valor, la ley fundamental de la Economía Política). Reducido al momento puramente extrínseco de la forma del valor mercantil (o de la forma no comprendida como tal), el concepto de expresión simple del valor mercantil corresponde al análisis del "equilibrio parcial". Esta abstracción es adecuada para destacar la esencial diferencia entre valor y valor mercantil; pero la identidad -no menos esencial- y la ley de su relación dinámica remiten, ambas, a toda la estructura de la producción y a la forma dineraria desarrollada del valor mercantil.

La relación de valor entre dos mercancías no es, pues, un vínculo directo entre ellas ni entre sus propietarios, ni tiene más significado que la identidad de ambas en cuanto valores, identidad que proviene de la circunstancia común de ser (contemporáneamente) reproducibles y a la condición por

la cual para obtenerse un nuevo ejemplar de una u otra se necesita la misma cantidad de trabajo social promedial. La relación de valor entre dos mercancías no proporciona ninguna expresión de valor mercantil.[3]

La relación de valor no proporciona una expresión de valor, sólo rige la dirección general del movimiento del valor mercantil. Pero toda mercancía debe, necesariamente, por imperio de su propia naturaleza, expresar su valor mercantil como una cantidad de otra mercancía, cualitativamente distinta.

*

Comparemos el concepto de valor específicamente mercantil que acabamos de enunciar con el que recibimos de Marx, quien, a pesar de haberse propuesto determinar la diferencia específica de la relación mercantil, no logra distinguir consecuentemente el valor de la mercancía como producto, del valor mercantil del producto como mercancía. Transcribimos a continuación, casi completo, un largo párrafo del Cap. III, Tomo I. Los números entre corchete corresponden a nuestras notas.

"El precio es la denominación dineraria del trabajo objetivado en la mercancía {1}. La equivalencia entre la mercancía y la cantidad de dinero cuyo nombre es el precio de aquélla es, por consiguiente, una tautología, ya que la expresión relativa del valor de una mercancía es siempre y en general expresión de la equivalencia entre dos mercancías {2}. Pero si el precio, en cuanto exponente de la magnitud de valor de la mercancía, es exponente de la relación de intercambio que media entre ella y el dinero, de esto no se desprende, a la inversa, que el exponente de su relación de intercambio con el dinero sea necesariamente exponente de su magnitud de valor {3}. Supongamos que en 1 quarter de trigo y en dos libras esterlinas (aproximadamente 1/2 onza de oro) se representa una magnitud igual de trabajo socialmente necesario. Las £ 2 son expresión dineraria de la magnitud de valor que presenta el quarter de trigo, o sea su precio. Ahora bien, si las circunstancias permiten cotizarlo a £ 3 u obligan a tasarlo a £ 1, tendremos que £ 1 y £ 3 serán expresiones demasiado pequeñas o demasiado grandes de la magnitud de valor alcanzada por el trigo, pero no por ello dejarán de ser precios del mismo, ya que en primer término son sus formas de valor, dinero, y en segundo lugar exponentes de su relación de intercambio con el dinero {4}. Caso de mantenerse inalteradas las condiciones de producción, o la fuerza productiva del trabajo, para la reproducción del quarter de trigo será necesario ahora emplear tanto tiempo de trabajo social como antes. Esta circunstancia no depende de la voluntad de quien produce el trigo, ni de los demás poseedores de mercancías. La magnitud de valor de la mercancía expresa, pues, una relación necesaria e inmanente al proceso de formación de la mercancía con el tiempo necesario de trabajo. Al transformarse en precio la magnitud del valor, esta relación necesaria se pone de manifiesto como relación de intercambio de una mercancía con la mercancía dineraria, existente al margen de ella. Pero en esta relación tanto puede expresarse la magnitud del valor de la mercancía, como el más o el menos por el que en determinadas circunstancias puede enajenarse {5}. Por lo tanto, en la forma misma del precio está implicada la posibilidad de una incongruencia cuantitativa, de una divergencia entre el precio y la magnitud del valor. No se trata, en modo alguno, de un defecto de esta forma, sino que al contrario es eso lo que la adecua a un modo de producción en el cual la norma sólo puede imponerse como ley promedial que, en medio de la carencia de normas, actúa ciegamente {6}".

"La forma del precio, sin embargo, no sólo admite la posibilidad de una incongruencia cuantitativa entre magnitud del valor y precio, o sea entre la magnitud del valor y su propia expresión dineraria, sino que además puede albergar una contradicción cualitativa, de modo que, aunque el dinero sólo sea la forma del valor que revisten las mercancías, el precio deje de ser en general la expresión del valor... Es posible, pues, que una cosa tenga formalmente precio sin tener valor {7}...". (Págs. 124/5.)

"La división del trabajo convierte en mercancía el producto del trabajo, y con ello torna en necesaria la transformación del mismo en dinero. A la vez, hace que sea fortuito el que se logre o no esa transustanciación. Aquí, no obstante, hemos de analizar el fenómeno en estado puro, presuponiendo por ende su transcurso normal. Por lo demás, si dicho fenómeno tiene lugar, pura y simplemente, si la mercancía no es invendible, pues, se opera siempre el cambio de forma de la misma, por más que, apartándose de la norma, en ese cambio formal puede haberse perdido o agregado sustancia, esto es, magnitud de valor" {8}. (Pág 132).

{1} "EL PRECIO ES LA DENOMINACION DINERARIA DEL TRABAJO OBJETIVADO EN LA MERCANCIA".

Es claro por la explicación de Marx que no se refiere al trabajo material objetivado en el valor de uso de la mercancía sino al trabajo social materializado en su valor. Volvemos sobre esta objetivación en el apartado siguiente (v. infra). Pero la frase de Marx que acabamos de transcribir contiene o bien una proposición verdadera, o bien una falsa.

Verdadera: «el precio es la denominación dineraria de la mercancía en cuanto valor **mercantil**».

Falsa: «el precio es la denominación dineraria del valor de la mercancía».

La proposición verdadera, de suyo, linda con la tautología; pero posee un contenido cuando se la contrapone a la proposición falsa.

{2} "LA EQUIVALENCIA ENTRE LA MERCANCIA Y LA CANTIDAD DE DINERO CUYO NOMBRE ES EL PRECIO DE AQUELLA ES, POR CONSIGUIENTE, UNA TAUTOLOGIA, YA QUE LA EXPRESION RELATIVA DEL VALOR DE UNA MERCANCIA ES SIEMPRE Y EN GENERAL EXPRESION DE LA EQUIVALENCIA ENTRE DOS MERCANCIAS".

Si por "equivalencia" entre la mercancía y la cantidad de dinero nombrada en su precio entendemos que ésta es la forma de equivalente de aquella, según la terminología acuñada por Marx, es, en efecto, una tautología. Si tomamos, en cambio, "equivalencia" en sentido recto, como «igual valor», entonces la proposición es falsa si apunta al valor de la mercancía, verdadera si alude a su valor **mercantil**.

Pero Marx se refiere a la equivalencia entre el valor de la mercancía y el valor representado por esa suma de dinero. "De otro modo, corrobora en nota al pie, deberíamos admitir que «un valor vale más que un valor igual»". (MARX cita a LE TROSNE, "De l' intérêt social"). Ningún valor vale, debemos admitirlo; pero toda mercancía posee un valor mercantil, aun cuando alguna puede carecer de valor. El valor mercantil es cualitativamente igual al valor en general, mientras que en cantidad el valor de una mercancía es igual o distinto de su valor mercantil.

{3} "PERO SI EL PRECIO, EN CUANTO EXPONENTE DE LA MAGNITUD DE VALOR DE LA MERCANCÍA, ES EXPONENTE DE LA RELACION DE INTERCAMBIO QUE MEDIA ENTRE ELLA Y EL DINERO, DE ESTO NO SE DESPRENDE, A LA INVERSA, QUE EL EXPONENTE DE SU RELACION DE INTERCAMBIO CON EL DINERO SEA

NECESARIAMENTE EXPONENTE DE SU MAGNITUD DE VALOR".

En otras palabras, el precio de la mercancía, exponente de su valor mercantil, no es el exponente de la magnitud de su valor (que es, empero, el centro gravitatorio al que tiende el valor mercantil).

{4} "SUPONGAMOS QUE EN 1 QUARTER DE TRIGO Y EN DOS LIBRAS ESTERLINAS (APROXIMADAMENTE 1/2 ONZA DE ORO) SE REPRESENTA UNA MAGNITUD IGUAL DE TRABAJO SOCIALMENTE NECESARIO. LAS £ 2 SON EXPRESION DINERARIA DE LA MAGNITUD DE VALOR QUE PRESENTA EL QUARTER DE TRIGO, O SEA SU PRECIO. AHORA BIEN, SI LAS CIRCUNSTANCIAS PERMITEN COTIZARLO A £ 3 U OBLIGAN A TASARLO A £ 1, TENDREMOS QUE £ 1 Y £ 3 SERAN EXPRESIONES DEMASIADO PEQUEÑAS O DEMASIADO GRANDES DE LA MAGNITUD DE VALOR ALCANZADA POR EL TRIGO, PERO NO POR ELLO DEJARAN DE SER PRECIOS DEL MISMO, YA QUE EN PRIMER TERMINO SON SUS FORMAS DE VALOR, DINERO, Y EN SEGUNDO LUGAR EXPONENTES DE SU RELACION DE INTERCAMBIO CON EL DINERO".

Si suponemos que el valor **mercantil** coincide con la magnitud del **valor** de la mercancía -con su valor inmanente, prescindiendo de toda determinación formal-, entonces el precio, exponente del valor mercantil, lo es también, indirectamente, del valor. El nexo entre el valor relativo de la mercancía y su forma equivalencial (dineraria u otra) es **necesariamente** mediado por el valor mercantil.

(De otro modo, la igualdad entre valor y valor mercantil deja de ser una hipótesis oportuna, que simplifica el análisis de la mercancía, y en cambio implica su anulación. Aquí le cabe a Marx el argumento que él usa contra Owen, en la primera nota del Cap. III.)

Esa instancia mediatriz: el valor **mercantil**, sintetiza la identidad-diferencia entre el valor de la mercancía considerada como producto y el valor del producto determinado como mercancía. Por de pronto, el valor "positivo" (en el sentido de Ricardo) de la mercancía es "para nosotros", pero el precio empírico vigente, en general, no coincidirá con el precio representativo del valor; mas no podemos decir, con Marx: "si las circunstancias permiten cotizar" el trigo por encima o por debajo del precio representativo de su valor, entonces los precios de mercado, sin dejar de ser los precios de esta mercancía, "serán expresiones demasiado pequeñas o demasiado grandes de la magnitud de valor alcanzada por el trigo...". Por el contrario -sostenemos-, los precios empíricos no son nunca expresiones del valor, ni siquiera cuando son iguales al él, pues en todos los casos son únicamente expresión del valor mercantil.

Pero Marx añade: "... ya que en primer término son sus formas de valor, dinero, y en segundo lugar exponentes de su relación de intercambio con el dinero". Sostenemos, por el contrario, que los precios nunca son **en primer término** formas del valor sino, siempre, expresiones del valor mercantil, y únicamente en cuanto y en tanto expresiones del valor mercantil, figuraciones ideales de su relación de intercambio con el dinero.

De este aserto -los precios no son la forma del valor- no se sigue que el valor relativo existe **únicamente** "para nosotros". El valor es, como dice Smith, **regulador**. Los precios, que no son la expresión del valor, son, empero, gobernados (formal y cuantitativamente) por el valor relativo, y el valor **mercantil**, que tiene expresión en el precio, se conforma tendencialmente al valor de las mercancías. Cuando su discrepancia sobrepasa un umbral friccional, se dispara el proceso de ajuste clásico. A su vez el valor relativo de las mercancías, que no tiene expresión en los precios de las mismas, se manifiesta en la tendencia de los precios relativos, en virtud de la ley clásica.

{5} "CASO DE MANTENERSE INALTERADAS LAS CONDICIONES DE PRODUCCION, O LA FUERZA PRODUCTIVA DEL TRABAJO, PARA LA REPRODUCCION DEL QUARTER DE

TRIGO SERA NECESARIO AHORA EMPLEAR TANTO TIEMPO DE TRABAJO SOCIAL COMO ANTES. ESTA CIRCUNSTANCIA NO DEPENDE DE LA VOLUNTAD DE QUIEN PRODUCE EL TRIGO, NI DE LOS DEMAS POSEEDORES DE MERCANCIAS. LA MAGNITUD DE VALOR DE LA MERCANCIA EXPRESA, PUES, UNA RELACION NECESARIA E INMANENTE AL PROCESO DE FORMACION DE LA MERCANCIA CON EL TIEMPO NECESARIO DE TRABAJO. AL TRANSFORMARSE EN PRECIO LA MAGNITUD DEL VALOR, ESTA RELACION NECESARIA SE PONE DE MANIFIESTO COMO RELACION DE INTERCAMBIO DE UNA MERCANCIA CON LA MERCANCIA DINERARIA, EXISTENTE AL MARGEN DE ELLA. PERO EN ESTA RELACION TANTO PUEDE EXPRESARSE LA MAGNITUD DEL VALOR DE LA MERCANCIA, COMO EL MAS O EL MENOS POR EL QUE EN DETERMINADAS CIRCUNSTANCIAS PUEDE ENAJENARSE".

La capacidad productiva del trabajo cambia con intensidad y frecuencia que varían en el tiempo y entre las ramas de la transformación material. *Pari passu* con esa diferencia cambiante, las relaciones de valor que regulan los movimientos de los precios y las estructuras productivas ("proportionate production") constituye un centro gravitatorio cambiante.

En consecuencia, la magnitud de valor de la mercancía **no** expresa relación alguna, sino únicamente la cantidad de trabajo socialmente requerida para su re-producción. Encontramos aquí la primera mención ("en passant") del término "**reproducción**". Volveremos sobre esto.

¿Se transforma en precio la magnitud de valor? Una vez más, a condición de entender que se trata del valor **mercantil**. La mercancía que desempeña el papel de equivalente dinerario existe al margen de la mercancía común (relativa) para la cual ella es dinero, pero en su calidad de mercancía dineraria no existe al margen de la mercancía común. Para comprender esto no hay más que remontarse a la explicación de Marx sobre la pasividad de la forma equivalencial y de su desarrollo.

No podemos seguir a Marx cuando afirma que en el precio "tanto puede expresarse la magnitud del valor de la mercancía, como el más o el menos por el que en determinadas circunstancias puede enajenarse". Es verdad que esta cita refuta la absurda acusación de Böhm Bawerk, que sirvió de modelo a la lamentable pléyade de cultores del marginalismo que no hicieron más que repetirla, según la cual Marx ignoró la ley de la oferta y la demanda. (O, según Niehans, le puso mala cara, "[he]... scorned supply and demand"). Pero la primera parte de la afirmación es falsa; y, en cambio, decir que el precio de una mercancía expresa la condición en la que se cotiza es propiamente una vacua tautología.

{6} "POR LO TANTO, EN LA FORMA MISMA DEL PRECIO ESTA IMPLICADA LA POSIBILIDAD DE UNA INCONGRUENCIA CUANTITATIVA, DE UNA DIVERGENCIA ENTRE EL PRECIO Y LA MAGNITUD DEL VALOR. NO SE TRATA, EN MODO ALGUNO, DE UN DEFECTO DE ESTA FORMA, SINO QUE AL CONTRARIO ES ESO LO QUE LA ADECUA A UN MODO DE PRODUCCION EN EL CUAL LA NORMA SOLO PUEDE IMPONERSE COMO LEY PROMEDIAL QUE, EN MEDIO DE LA CARENCIA DE NORMAS, ACTUA CIEGAMENTE".

Sin duda, la forma precio implica la diferencia cuantitativa entre el valor de una mercancía y su valor mercantil. Gracias a esta diferencia el valor "regulador" (Smith) opera en la producción de mercancías, como "ley promedial que... actúa ciegamente".

No tiene sentido hablar de discrepancia o identidad cuantitativas entre el valor y el precio, ya que una cuantía de trabajo y una cantidad de dinero son colecciones de naturaleza disímil. Para referirnos a la concordancia o discrepancia entre magnitudes de valor y precios -recíprocamente inconmensurables- tenemos que comparar los valores relativos con los correspondientes precios relativos, y diremos (con un embarazoso circunloquio parafrástico, en aras de la precisión) que hay discrepancia cuando no hay

equiproporcionalidad.

{7} "LA FORMA DEL PRECIO, SIN EMBARGO, NO SOLO ADMITE LA POSIBILIDAD DE UNA INCONGRUENCIA CUANTITATIVA ENTRE MAGNITUD DEL VALOR Y PRECIO, O SEA ENTRE LA MAGNITUD DEL VALOR Y SU PROPIA EXPRESION DINERARIA, SINO QUE ADEMAS PUEDE ALBERGAR UNA CONTRADICCION CUALITATIVA, DE MODO QUE, AUNQUE EL DINERO SOLO SEA LA FORMA DEL VALOR QUE REVISTEN LAS MERCANCIAS, EL PRECIO DEJE DE SER EN GENERAL LA EXPRESION DEL VALOR... ES POSIBLE, PUES, QUE UNA COSA TENGA FORMALMENTE PRECIO SIN TENER VALOR..."

Cabe recordar las "dos fuentes" ricardianas del valor de cambio de las mercancías: el mercado y el valor. Todas las mercancías tienen precio; sólo carecen de valor las no reproducibles. Marx pone como ejemplos de valores de uso que no encarnan ningún valor, ciertos bienes que para él no son fruto del trabajo humano. "Una cosa puede ser valor de uso y no ser [¿poseer? P.L.] valor. Es éste el caso cuando su utilidad para el hombre no ha sido mediada por el trabajo. Ocurre ello con el aire, la tierra virgen, las praderas y bosques naturales, etc." (Pág. 50). Sin embargo, es indudable que la utilidad de esos valores de uso proviene del trabajo humano, aún cuando carezcan de valor de cambio e incluso de valor. Bienes carentes de valor son, por ejemplo, los que constituyen el germoplasma de animales y plantas domésticos, de microorganismos mejorados, etcétera, **tesoros de la humanidad** obtenidos a partir de especies naturales mediante trabajo social, multitudinario, acumulado durante milenios. Marx, en cambio, no mantiene con firmeza el concepto de que el valor se funda en la reproducción: lo menciona en {5} y parece olvidarlo en {8}.

{8} "LA DIVISION DEL TRABAJO CONVIERTE EN MERCANCIA EL PRODUCTO DEL TRABAJO, Y CON ELLO TORNA EN NECESARIA LA TRANSFORMACION DEL MISMO EN DINERO. A LA VEZ, HACE QUE SEA FORTUITO EL QUE SE LOGRE O NO ESA TRANSUSTANCIACION. AQUÍ, NO OBSTANTE, HEMOS DE ANALIZAR EL FENOMENO EN ESTADO PURO, PRESUPONIENDO POR ENDE SU TRANCURSO NORMAL. POR LO DEMAS, SI DICHO FENOMENO TIENE LUGAR, PURA Y SIMPLEMENTE, SI LA MERCANCIA NO ES INVENDIBLE, PUES, SE OPERA SIEMPRE EL CAMBIO DE FORMA DE LA MISMA, POR MAS QUE, APARTANDOSE DE LA NORMA, EN ESE CAMBIO FORMAL PUEDE HABERSE PERDIDO O AGREGADO SUSTANCIA, ESTO ES, MAGNITUD DE VALOR".

La división del trabajo **no** convierte el producto en mercancía; la forma específicamente mercantil de la organización del trabajo social, "se genera necesariamente en el cambio de valores de cambio". "Grundrisse..", pág. 100.

De manera que la discrepancia entre los valores absolutos de la misma mercancía, su valor inmanente o propio y su valor **mercantil**, no es la excepción a la norma, sino la norma misma, y es precisamente merced a esa discrepancia que sobre la determinación aleatoria y fortuita del valor mercantil se impone tendencialmente la medida universal del valor. Esto es así porque y sólo porque la mercancía se desdobra en mercancía común y mercancía dineraria. Si la mercancía es invendible ello demuestra que carece de valor de uso mercantil y de valor mercantil, pero el hecho y la circunstancia de la realización de una mercancía singular no afecta para nada su valor de uso, que depende de su cualidad útil y de la utilidad concretada en su cantidad inmediata, ni su valor, que depende única y exclusivamente de los requerimientos "**totales**" (Leontieff) de trabajo social para su reproducción. Y si no es invendible, o, lo cual es lo mismo, si se opera el cambio de forma por el que cobra objetividad como valor en valor mercantil, y si la cuantía del valor mercantil difiere de la cuantía de valor propio de la mercancía, no podemos decir con Marx que "en ese cambio formal puede haberse perdido o agregado sustancia, esto es, magnitud de valor" porque, primero, la magnitud de valor de la

mercancía individual es independiente de las condiciones fortuitas en que se cotiza y realiza, y, segundo, en la producción de mercancías el valor de éstas no es sustancia social objetiva sino por medio del valor mercantil, que tampoco lo es inmediatamente, sino por medio de la realización de la mercancía, su transformación en dinero.

*

O bien, la diferencia entre el valor de la mercancía como producto y el valor del producto como mercancía -o valor mercantil-, no es meramente una diferencia de género y especie sino que el valor mercantil, que pertenece a un orden social invertido, es él mismo un valor invertido: el valor mercantil no se realiza porque es valor sino que es valor porque se realiza; su causa, por la que deviene valor reflejo, es su propia expresión como precio o su propia realización como suma de dinero, y, aún en su consumación como precio realizado o dinero efectivo, no es el valor regulador sino que es regulado por el valor. A la vez el valor mismo no es directamente regulador ni tampoco es únicamente "para nosotros" sino que, como valor regulador, mediado por el valor mercantil, es la unidad de sus momentos genéricos y específicamente mercantiles.

El valor mercantil (en sí y para sí) corresponde a la mercancía clásica pero su concepto pertenece a la teoría de la forma del valor. (Teoría de cuño imperecederamente marxiano, de la cual, empero, Marx mismo sólo dejó una exposición defectuosa). Pues no es secreto para ningún autor clásico que todo mercado presenta siempre la posibilidad de que una mercancía se cambie por otra de valor disímil. Ninguno ignora que las mercancías se cambian por dinero y que las cantidades de dinero que se pide u ofrece por una mercancía constituyen su precio y su precio de realización cuando coinciden, y que, como dice Smith, el valor de las mercancías gobierna el movimiento de sus precios. Las ilusiones del sistema mercantil -que confunde la riqueza con su forma mercantil equivalencial- se disipan cuando se reconoce -con Smith- que los bienes útiles y convenientes para la vida provienen del trabajo social, pero la ilusión no fue superada; la confusión subsiste, ahora encubierta, disfrazada de su contrario, porque si antes la riqueza únicamente tenía realidad en el dinero, ahora el producto reviste inmediatamente la forma equivalencial; el hombre mercantil, por mediación de su mercancía, dispone de trabajo de terceros, o el trabajo de otros en tanto se materializa en bienes ofrecidos en el mercado, es trabajo a disposición ("labour commanded"). La mercancía es poder adquisitivo, y éste es poder de disposición sobre una porción del trabajo social. Sin embargo el concepto de valor smithiano fracasa en su cometido de explicar la articulación de la sociedad civil y es precisamente en ese fracaso donde encontramos la pista del eslabón faltante para completar la concepción de la unidad diferenciada de las objetivaciones del trabajo social en el valor mercantil, unidad captada de manera incompleta en Ricardo e incluso en Marx debido a que solucionan el problema abordándolo desde un ángulo distinto del encarado por Smith, sin haberse detenido a comprender ni a resolver los tropiezos de su predecesor.

*

La principal dificultad que presenta el concepto de valor específicamente mercantil es su indeterminidad cuantitativa "para nosotros". Marx no pierde contacto explícito y continuo con la costa firme del valor trabajo, como si le fuera en ello permanecer fuera de la estólida charca de los Jean Baptiste Say, Coronel Torrens, etc. Su exposición de las transubstanciaciones del valor en sus formas mercantiles y capitalistas sufre por ese apego que, sin embargo, garantiza la sustancial unidad de todo el desarrollo. Marx se adentra, primero en unas pocas páginas (47/59 "El Capital..", Tomo I) en el análisis del valor con prescindencia de su forma, y luego, largamente (casi sin interrupción, desde la Sección Tercera, inclusive, hasta el final del Tomo I), en el análisis del plusvalor, con igual

abstracción de sus determinaciones formales. Pero sus incursiones en el término opuesto, el polo de la forma sabida como forma; dicho más enfáticamente: con abstracción **determinada** del contenido de valor, son raras, agudísimas y someras. Entre ellas se destaca su magistral tratamiento de las leyes del mundo invertido, donde el dinero ha sido reemplazado en su función de medio de circulación por una moneda signo. [4](Otras incursiones en las formas autónomas, o sombras platónicas, del capital: dinero crédito, capital ficticio, inexistencia de la tasa de interés "natural", precio de la tierra, capital comercial y a préstamo).

Un mayor reconocimiento del momento de objetivación o autonomía formal del capital es necesario para desarrollar en todo su alcance la teoría marxiana de las formas del valor y alcanzar el concepto concreto de las formas empíricas del capital. El reconocimiento de la forma tornará flexible la estructura de la exposición, de modo que se accede al concepto desde cualquier coyuntura, perspectiva, experiencia; críticamente, desde cualquier posición. Se pone de manifiesto una combinación poderosa entre el enfoque sistemático (la razón presidida, como dice Lukacs, por la categoría de la totalidad), y el "monográfico". Este último es propugnado por Adorno y Horkheimer como antídoto contra la pretensión de un camino único, que atribuyen a una arrogancia de corte totalitario. Pero "la seriedad y la necesidad del concepto" (Hegel) son tan irrenunciables la exigencia de una multilateral plasticidad, y su carácter no es menos intrínseco: el concepto permanece abierto a toda opinión, a las nociones irreflexivas, a la experiencia contingente, sin renunciar nunca a sobrepasarlas. De estas condiciones sine qua non participa en concepto de capital, en tanto concepto. En particular, la exposición rigurosa del proceso de rotación de capital necesita estar precedida por la explicación del proceso de reproducción, pero esta última requiere una presentación previa de los momentos necesarios de las metamorfosis formales del capital. En efecto, así como antes se enriqueció el concepto de la mercancía por medio del análisis más detenido de su primera figura, de la misma manera es necesario partir del análisis completo de los aspectos esenciales de la primera forma fenomenológica del capital (que es la del capital en el ciclo de sus metamorfosis mercantiles) para pasar al plusvalor específicamente capitalista. Marx tiene dificultad para explicar la ganancia por el plusvalor, y, por consiguiente, para exponer el concepto de plusvalor en sus determinaciones específicamente capitalistas, porque ha pasado abruptamente al problema de la naturaleza y la determinación cuantitativa del plusvalor sin haber determinado previamente la tasa de ganancia capitalista. Se repite aquí el problema que encontrábamos -y resolvimos- en el pasaje a la segunda mercancía. En efecto, Marx procura exponer la transición al capital (para él, "la transformación del dinero en capital", título del Cap. IV), a partir de la "fórmula general del capital", $D - M - D'$. Pero esta fórmula es demasiado abstracta para determinar la tasa de la ganancia, "factor" del primer capital como el valor de cambio lo era de la primera mercancía; y, por consiguiente, la figura del primer capital no se ha puesto en contraposición consigo misma al punto de revelar la transición necesaria del capital que devenga ganancia al capital que produce plusvalor. [5]

*

Reconsideremos la afirmación de Marx: "El precio es la denominación dineraria del trabajo objetivado en la mercancía".

La comentábamos en el apartado anterior (v. supra {1}). "Es obvio -decíamos- que no se refiere al trabajo material objetivado en el valor de uso de la mercancía sino al trabajo social materializado en su valor". Aún más arriba observábamos que los términos "concreto" y "abstracto" utilizados por Marx al tratar el doble carácter del trabajo califican únicamente a la materialidad del mismo; que, para aludir a su aspecto social, deben permutarse. Pero el trabajo que produce mercancías, para constituir lo que

Marx denomina una sustancia social, atraviesa sucesivas transformaciones que conforman esa sustancia como la unidad objetiva de una secuencia procesual.[6]

Ningún trabajador se aliena plenamente en la materialidad de su producto; su ser social no se agota en su momento natural. Pero el trabajador que produce mercancías no entra en una relación productiva -que es siempre social, cualquiera fuera su forma histórica- directamente cuando trabaja, sino que sólo la entabla el hombre mercantil en el mercado, donde acude con el fruto de su trabajo -o con su fruto del trabajo de otros-. [7]

La realidad del sujeto que se objetiva en la materialidad del producto es su relación productiva. Su actividad laboral es la expresión de ese nexo social, pero el trabajador mercantil permanece inmediatamente aislado, separado de su esencia. La labor material se efectúa en la esfera privada y la unidad del proceso de producción mercantil se completa con la circulación, al margen del trabajo mismo. De esta suerte, la objetivación del trabajo social ejecutado como su antítesis, el trabajo privado, debe proseguir -"ex post"- en la circulación, y sólo en ella se acusará el carácter social del producto individual. [8] El ser social del trabajador mercantil entra en contradicción con su trabajo material. El desarrollo de la mercancía es el desarrollo de esta contradicción, específicamente mercantil. (No así la contraposición valor de uso/valor, de naturaleza genérica).

También la subjetividad del producto es incompleta y refleja la misma contradicción entre valor de uso y valor **de cambio** que se expresa y desarrolla en la forma del valor y se resuelve en la circulación. El valor es la negación del valor de uso y la forma del valor mercantil es la forma mercantil de esa negación. No es, por lo demás, de suyo, propiamente, una objetivación, porque el sujeto no se ha objetivado. Ningún trabajo humano se expresa completamente en su momento material; el sujeto no realiza su esencia social en la pura materialidad de su producto, pero esa materialidad no es abstracta sino que su determinación pertenece siempre a una estructura productiva, a un nexo social, cualquiera fuera su grado de desarrollo y consiguiente determinación formal. Particularmente en la producción de mercancías el vínculo social necesario y propio de toda condición humana -la producción- no es inmediato; el trabajador individual aquí es un individuo sin vínculo inmediato que "aparece como desprendido de los lazos naturales... que en épocas históricas precedentes hacen de él una parte integrante de un conglomerado humano determinado y circumscripto". ("Grundrisse..", pág. 3). El homo mercator, individuo "autónomo", al ponerse en contradicción genérica con la materialidad de su trabajo, entra en conflicto específico con el carácter privado, abstractamente social, del mismo. También él debe objetivarse en su producto como sujeto social; en otras palabras, su producto debe ser social. Pero en la sociedad mercantil, esta fase de la objetivación del trabajo social es -tiene su lugar- en la circulación de mercancías. En esta instancia se completa la producción mercantil, unidad de dos procesos, el de trabajo y el de circulación; éste era la negación del proceso de trabajo (negación que tiene su caricatura en la metáfora de los bienes que "manan del cielo", y su resolución en la unidad de la estructura productiva, negación de **esta** negación), pero en ella "proseguía su objetivación hasta existir como dinero, como dinero tangible". El azaroso camino entre ese origen y ese destino está mediado por el valor mercantil.

[Trabajo genérico y trabajo mercantil]

Consideremos la "sociedad civil" como uno de los tres ámbitos en que se escinde la sociedad mercantil "moderna"; [9] ésta, a su vez, se divide en esfera del trabajo y esfera del intercambio. El homo mercator -encarnación unilateralmente abstracta del valor mercantil- desertó de las tensiones del hombre moderno, y se ha recogido en uno de sus extremos, de modo que incluso su cáscara de

ciudadano no es más que una forma adecuada y necesaria de expresión de su alma burguesa. Por eso deja de ser contemporáneo de sí mismo, no vive desgarrado entre su ser "bourgeois" y su ser "citoyen", y logra la proeza imposible de conciliar el particularismo subjetivo y la universalidad cosificada; el egoísmo moral y el altruismo objetivado. La naturaleza de su legitimidad se acusa en que la legitimidad de su naturaleza adopta y debe adoptar la forma de su opuesto. El Estado moderno es (la forma y la consecuencia de) esta amputación.

El **contenido** genérico y específico del Estado es lo contrario de todo altruismo; pero su **forma** es propiamente la del altruismo **universal** y esta forma es el disfraz con el que necesariamente se reviste y prospera todo interés particular. [10] En un discurso ilustrado este quid pro quo refutaría todas las correspondencias ilusorias entre lo "particular" y lo "privado", lo público y lo social, el Estado (capitalista) y la voluntad o el interés común o general, etc. Pero la crítica que desmiente, explicándolas, las apariencias ideológicas del Estado, no las disipa; porque ellas pertenecen a la estructura de la relación mercantil. Y el "lobbyman" del interés particular no se engaña: las esferas de la sociedad moderna (que eran tres en la Filosofía del Derecho) son dos, la pública y la privada. A la esfera privada pertenece la vida del individuo en el disfrute de los bienes que son de su propiedad exclusiva. Estos bienes fueron adquiridos, en general, como mercancías, pero es precisamente en el ámbito privado donde han dejado de serlo. Son riqueza en su forma material, valores de uso, bienes que sirven ya como medios de disfrute, ya como medios de trabajo; destinos excluyentes en la producción mercantil y, a fortiori, en la capitalista. El enriquecimiento del bourgeois es la miseria del citoyen.

A la vez que el egoísmo **efectivo** de unos pocos se reviste de la forma del interés de todos, el elemento de la universalidad, licenciado por la consciencia moral y convertido en un formalismo de la vida política o en una formalidad burocrática de la vida del Estado, toma cuerpo en la mercancía. La objetivación del trabajo social en la forma mercantil del valor es una materialización del espíritu social y una espiritualización de la materia. No son los hombres los que pueden cooperar y acudir en auxilio recíproco, son los productos materializados los que poseen la propiedad de ser útiles o convenientes para satisfacer las necesidades múltiples de los individuos. La hipóstasis del concepto se despoja de toda figuración antropomórfica y se torna secular, terrestre, cotidiana.

Tan pronto reconocemos el carácter ilusorio -y sin embargo objetivo- de la representación del Estado moderno como la esfera autónoma -encarnación de uno de los tres momentos del concepto-, advertimos que, arrancado el Estado de su hipóstasis espiritual, [11] subsiste en la suya (que es de naturaleza "natural-social") la sociedad civil. No se halla ésta de un lado y el altruismo universal del otro, sino que el altruismo es privado, e idéntico al egoísmo universal; la escisión parte la sociedad civil entre, por un lado, el "altruismo particular" (el egoísmo etológico-cultural, genético-institucionalizado, la sociedad primordial) y, por otro, el ámbito donde el hombre mercantil programa y dispone la ejecución del trabajo privado, virtualmente social. El capital volverá a rebanar la unidad inmediata de la vida social escindiendo nuevamente al hombre mercantil pero esta vez en la esencia más íntima, en su mismo patrimonio material-social medido y nombrado en la unidad de cuenta del patrón de precios. Una parte de su identidad será jurídicamente su persona "física", y estará orientada hacia su vida recoletamente animal-espiritual. La otra será la empresa, que echará a andar como un ente impersonal con todos los atributos de una persona jurídica, derechos, obligaciones, patrimonio. Pero aquí no nos ocupamos de la mercancía en cuanto capital, sino apenas del capital en cuanto mercancía.

El hombre mercantil (hombre moderno reducido a burgués mediante la abstracción objetiva de su ser político) anda en dos mundos: uno, el mercado; el otro, su vida privada. En el primero es poseedor de valores de uso generales, indirectos y condicionales. Procurará desprenderse de sus mercancías a cambio de la colección de valores de uso directos preferida entre todas las asequibles, representadas

(por comodidad, en dos dimensiones) por su segmento de presupuesto, el cual tiene la inclinación de los precios relativos vigentes. El segundo ámbito: el de su relación privada, directa (vis à vis el mercado, vínculo social general indirecto), es también el del trabajo que él ejecuta u ordena. Esta esfera se divide a su vez en dos, la del trabajo directamente consuntivo y la del trabajo mercantil. [12] Hay entre ambos identidad y diferencia. Uno está dirigido a la producción, aunque ésta, por ser mercantil, es indirecta y condicional, y consiste en desplegarse como agente natural en un medio material apropiado para conformar el soporte objetivo de una futura mercancía, virtualidad social a la segunda potencia. El otro se aplica a la apropiación individual de las cualidades directamente útiles del objeto. Si ambos son consumo de objetos producidos y en general reproducibles, ambos son también producción del sujeto (MARX, K. "Grundrisse..", Cuad. I). La mercancía conserva esa identidad pero la arranca de su inmediatez y exagera la diferencia. Cuando decimos "trabajo", sin calificación, sobreentendemos que no es consuntivo, pero tampoco **directamente** productivo, sino **mercantil**. Obviamente, la expresión "objetivación del trabajo" se refiere al trabajo (al comienzo sólo virtualmente) social; específicamente, al trabajo mercantil.

Esto no significa que la utilidad de un medio de disfrute es independiente de la cuantía del trabajo consuntivo (más genéricamente, del esfuerzo, "toil and trouble") en que debe incurrir el consumidor para apropiarse realmente del objeto que trajo del mercado. [13] De hecho, ese trabajo únicamente queda excluido de las determinaciones del valor porque éste se determinará como específicamente subsumido por el valor mercantil. (Nos remitimos a la discusión anterior sobre el papel del valor individual en el proceso de objetivación social del trabajo mercantil). Por el contrario, en ausencia de las determinaciones formales de la mercancía, la línea divisoria entre trabajo consuntivo y trabajo productivo se torna borrosa: el trabajo (para individuos no emparentados genéticamente con el trabajador en un marco de reconocimiento cultural e institucional) es directamente social; hay una unidad inmediata entre los trabajos de los individuos y su "metabolismo social". De modo que, aunque sólo fuera por esta diferencia, el trabajo mercantil incluso en su momento genérico posee una determinación específicamente mercantil como negación del trabajo consuntivo. (Este momento de la negatividad es captado por Smith cuando hace la afirmación que Ricardo y Marx han de desaprobado: cantidades iguales de su propio trabajo tienen igual valor para el trabajador. "In his ordinary state of health, strength and spirits; in the ordinary degree of his skill and dexterity, he must always lay down the same portion of his ease, his liberty, and his happiness." "The Wealth..", pág. 28.).

Marx presenta la diferencia positiva entre trabajo humano y trabajo animal como abstraída de la producción. "Concebimos el trabajo bajo una forma en la cual pertenece exclusivamente al hombre. Una araña ejecuta operaciones que recuerdan las de un tejedor, y una abeja avergonzaría... a más de un maestro albañil. Pero lo que distingue ventajosamente al peor maestro albañil de la mejor abeja es que el primero ha modelado la celdilla en su cabeza antes de contruirla..." (MARX, K. "El Capital..", Tomo I, pág. 216). Otras veces, recordando a Benjamin Franklin, concibe al hombre "as a toolmaking animal" o, en general: "Los productos... no sólo son resultado, sino a la vez condición del trabajo humano". (Ibid., 220). [14]

Distinguimos nítidamente el trabajo consuntivo, en contraposición al trabajo humano en general, o productivo propiamente dicho, en una estructura de relaciones de reciprocidad laboral entre individuos con baja probabilidad de parentesco recíproco. Pero la universalidad de la relación **productiva** no cobra real objetividad sino con el desarrollo capitalista de la relación mercantil. El trabajo considerado como una actividad conscientemente encaminada a un fin, queda sumergido en la noción abstractamente etológica, de la cual no logra rescatarlo la concepción del hombre como hacedor de sus instrumentos. La forma específicamente mercantil de la producción aclara y profundiza el concepto genérico Producción.

"El trabajo parece ser una categoría totalmente simple. También la representación del trabajo en su universalidad -como trabajo en general- es muy antigua. Y sin embargo, considerado en esta simplicidad desde el punto de vista económico, el «trabajo» es una categoría tan moderna como las abstracciones que dan origen a esta abstracción simple. El monetarismo, pone todavía, de un modo completamente objetivo, la riqueza en el dinero, como cosa exterior a sí misma. Frente a este punto de vista se dió un gran progreso cuando el sistema manufacturero o comercial transfirió la fuente de la riqueza del objeto a la actividad subjetiva, al trabajo... Un inmenso progreso se dio cuando Adam Smith rechazó todo carácter determinado de la actividad creadora de riqueza...". "Grundrisse..", págs. 24/5.

*

La producción mercantil es unidad de trabajo y circulación, de elaboración y realización del producto social (realidad relacional, relación real), de la transformación material y la metamorfosis formal -es decir, social- de la mercancía. Pero esa unidad es, por de pronto, "para nosotros".

Centremos la atención, como Ricardo, en las mercancías "multiplicables": su producción, en tanto es creación de valor, cuenta siempre como reproducción, aún cuando su escala cambiante no cese nunca de poner en juego el ajuste clásico. Un nuevo ejemplar o partida de un producto materialmente normalizado se obtiene por la repetición de un trabajo técnicamente determinado (conforme a un patrón o "standard" ingenieril). El trabajo humano en general, incluso el que produce mercancías, tiene siempre un momento material en el que el trabajador opera como un agente natural en un medio natural, pero nunca se agota en ese momento ni es su medio enteramente natural (no mediado); las condiciones técnicas concretamente determinadas del trabajo que produce mercancías comprenden procesos naturales, dice Marx, pero también procesos automáticos, controlados, en paralelo o secuencia; así, el tiempo de transformación técnico-material puede incluir, además del tiempo de trabajo, un lapso en el que no se requiere intervención humana directa.

"El trabajo es, en primer lugar, un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en que el hombre media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza. El hombre se enfrenta a la materia natural misma como un poder natural". MARX, K. "El Capital.." Tomo I, pág. 215.

El tiempo de producción de la mercancía comprende el tiempo de su conformación o gestación material, que concluye al presentarse (ataviada con sus determinaciones formales) en el mercado, **más** el tiempo de circulación, que culmina con su coronación dineraria: el instante de su consagración es el de su muerte. Se extingue la forma relativa de su valor mercantil, cuando su cuerpo, yerto de vida social, queda fuera del mercado y es conducido a desempeñar su función de cosa útil; y el alma que albergaba transmigró a la materia finalmente adecuada para revestir ahora la forma absoluta de su valor mercantil. Con la nulidad de esta mercancía común, un valor mercantil abandonó su forma relativa de producto sólo virtualmente social y condicionalmente cambiante, y se trocó en riqueza absoluta, cambiabilidad incondicional, dinero.

*

"Lo que interesa ante todo, en la práctica, a quienes intercambian mercancías, es saber cuánto producto ajeno obtendrán por el producto propio". MARX, Karl "El Capital.."

Tomo I, pág. 91.

Cada mercancía presupone la relación mercantil y la recrea. Lo que interesa a su dueño, homo mercator, dada su dotación ("stock") de mercancías, es conseguir por la suya el mayor precio y por la ajena el más bajo; determinados todos los precios, cerrar sus transacciones quedándose con la colección de bienes preferida entre las representadas por su recta de balance (saldos líquidos incluidos); dada su expectativa más cierta sobre la próxima evolución de los precios relativos, tomar en cuenta la gama de sus opciones técnicas y elegir su nueva posición en la división social del trabajo, id est, su táctica y estrategia de diversificación o especialización (cum integración vertical); y, finalmente, dada su programación laboral, esmerarse en alcanzar su frontera de transformación o sobrepasarla, y conformar la materialidad de su mercancía.

La mercancía no es "para nosotros" **sólo** lo que es para su poseedor, ni es para él lo que es para nosotros. Ella posee un alma social: su valor, y su valor de realización es cualitativamente idéntico al valor -constituido por la misma sustancia-, pero es, en general, distinto en cantidad. El valor de realización, que quedará comprendido en el valor mercantil como su momento objetivo, es, entretanto, su "en sí y para sí". Al realizarse la mercancía, el trabajo privado (individual o colectivo) dispuesto por el hombre mercantil (ejecutado o dirigido por él), ha dado forma material a una mercancía en la cual una determinada cantidad de trabajo social pasa a su forma objetiva, anticipada idealmente en el precio, nombre dinerario del valor **mercantil**, y concretada como suma de dinero (u obligación exigible).

Entre el valor de la mercancía (cuyo contenido y determinación cuantitativa radica en la cuantía promedio de trabajo social necesaria para reproducir un ejemplar materialmente idéntico) y su "forma o expresión" (Marx) en una cantidad -imaginaria o efectiva- de equivalente dinerario, el mundo social sufre, en el valor **mercantil**, una inversión. La cantidad de valor mercantil expresado o realizado coincide inmediata y enteramente con su forma. La mercancía tiene valor porque es reproducible, pero se reproduce porque tiene valor mercantil. Mientras la cantidad de valor de una mercancía es independiente de sus condiciones de venta, su valor mercantil es inmediatamente la cantidad de valor realizado. Empero, no es este momento objetivo del valor mercantil determinado como cantidad absoluta el que, contraponiéndose a su momento subjetivo, entra en el campo gravitacional del valor, ni el que, como existencia inmediata y sensible de las determinaciones esenciales del valor se manifiesta ante el individuo mercantil como un parámetro de su comportamiento económico. Esta determinación proviene de aún otra diferencia entre el valor mercantil y el valor a secas -"inmanente", o "regulador"- . El valor relativo **es** porque también el valor ("absoluto") es; en cambio, el valor mercantil relativo tiene su condición y su primera existencia como expresión o forma relativa del valor mercantil, el cual sólo encontrará su determinación como cantidad absoluta al entrar en el campo gravitacional del valor relativo.

La exposición de la secuencia de las objetivaciones del trabajo podría comenzar por cualquiera de sus extremos: el valor objetivo o el valor subjetivo, determinados, el primero en la esfera social por la mediación del valor mercantil, y el segundo en el ámbito de la experiencia individual como memoria, consciencia y juicio práctico. Porque cada uno presupone el otro, y ambos, lo mismo que esa instancia mediadora -el valor mercantil-, son otras tantas diferenciaciones del valor genérico. Pero el único de los tres momentos que conserva vivo y activo el principio praxiológico ancestral, el que puede reconocer la noción intuitiva de valor, es el valor individual. Esto es así porque en la producción de mercancías el valor social dejó de ser subjetivo y el valor subjetivo dejó de ser directamente social. Tal lo acontecido con el homo mercator, nacido del desprendimiento por el cual el hombre perdió la subjetividad del valor social, y:

"aparece como desprendido de los lazos naturales... que en épocas históricas precedentes

hacen de él una parte integrante de un conglomerado humano determinado y circunscripto". MARX, K. (cit. supra).

El individuo homo mercator conoce los precios vigentes y tiene expectativas ciertas sobre su evolución para programar su trabajo; considera los productos de su dominio técnico como otras tantas representaciones materiales de cantidades iguales de su propio trabajo; compara -en tramos relevantes- las pendientes de sus líneas de transformación con los precios relativos respectivos; elige la actividad laboral que le permite acceder a la recta de balance más elevada, se especializa como trabajador, reconsidera sus expectativas y eventualmente reprograma su trabajo... Ya nos hemos encontrado en otro contexto con este comportamiento del individuo mercantil, la primera interfase entre el valor objetivo y el valor subjetivo, que en la producción mercantil queda reducido al ámbito inmediato del valor individual.

El mismo individuo mercantil actúa como programador del trabajo que se aplicará a la producción de mercancías comparando la tasa de sustitución técnica (inclinación del segmento de transformación o rendimiento laboral en el tramo relevante) con los precios relativos esperados de los bienes comprendidos en su dominio técnico. La primera pendiente representa el valor relativo de esos bienes en el ámbito individual. La segunda es la representación de la tasa de transformación social, a la cual tiende, merced al ajuste clásico por medio del cual se impone la ley del valor. Para hacer esta comparación, el individuo se representa el valor relativo social como si perteneciera al ámbito del valor individual. Mientras el trabajo productivo da su primer paso en el proceso de objetivación, que lo elevará de trabajo individual a trabajo social en su forma transfigurada de valor, en la consciencia del hombre mercantil el mismo proceso ocurre en sentido inverso.

Esta inversión hace mofa de la tesis antigua según la cual el hombre es la medida de todas las cosas, porque aquí la sociedad se ha pulverizado y se halla representada por el espécimen mercantil, y es, él mismo para él, individuo condenado a la vida virtual, la medida del mundo. Con esta representación, el hombre práctico, determinado como homo mercator subespecie empresario capitalista, la emprende contra Smith, contra Engels y -por extensión- contra Marx, dispuesto a enmendarles la plana. En el caso de Smith, confirma la vigencia del valor **subjetivo**: el individuo debe ponderar sobre la base de su propia experiencia la diferente proporción entre la cantidad de trabajos requeridos para obtener los bienes que ofrece y demanda, pero corrige a Smith porque muestra que para ello no es necesario comparar las cantidades de los trabajos requeridos sino únicamente sus proporciones, el valor relativo individual con el precio relativo, indicador del valor relativo social (o, simplemente, valor relativo). Reivindica a Smith contra Engels al confirmar que la ley del valor no opera fundándose únicamente en la inconsciencia de las personas sometidas a su imperio, y también a Engels contra Smith al demostrar que esa consciencia es necesaria y necesariamente parcial e invertida.

*

La riqueza de la sociedad mercantil -y de la sociedad capitalista, en consecuencia- no es social sino privada, y en tanto se compone de valores de uso directos su forma social es la mercancía pero sólo como negación; en esta sociedad la forma de existencia de los valores de uso directos es la negación de su forma mercantil. Se los encuentra en las esferas del consumo y del trabajo mercantil. La forma directa e incondicionalmente social de la riqueza mercantil es el dinero, figura abstracta de riqueza potencial, o de potencia social. Ambas formas de riqueza efectiva, el valor de uso directo y el dinero, se oponen a la mercancía, riqueza condicional, y sólo son mercancía precisamente por medio de esa oposición. (La mercancía es la negación del carácter social de la riqueza; el dinero, negación de esa negación, es a la vez negación de su carácter material; el valor de uso directo, nueva negación de la negación, es a la par la negación de su universalidad, etc.). Si por mercancía entendemos

mercancía común, entonces la conocida afirmación que encontramos tanto al comienzo de la "Contribución.." como del "El Capital.." es insostenible. Si comprendemos, en cambio, la mercancía como la unión de esos tres momentos de la riqueza social material en su forma mercantil, entonces la riqueza social conformada como mercancía y a fortiori determinada como capital se presenta como "un enorme cúmulo de mercancías". [15]

En esa unidad la mercancía común pertenece únicamente al dominio de la circulación en el que la mercancía triádica media consigo misma como riqueza, donde su atavío formal y la confirmación efectiva de su carácter social son las condiciones consecutivas que la transforman en un valor de uso concreto para su dueño. Ahora bien, tanto en la historia como con arreglo a su concepto, el sistema de la producción de mercancías es el capitalista. Marx explica que este ciclo de la mercancía se conserva pero se subvierte en el capital. La fórmula M-D-M es reemplazada por (subsumida en) la fórmula general del capital: D-M-D(1+d), donde D = dinero, M = mercancía, $d > 0$. (Sección II, Tomo I). Los extremos son ahora cualitativamente idénticos y la finalidad del ciclo no puede ser otra que aumentar la diferencia cuantitativa entre el dinero inicial y el dinero "final"; la medida de todas las cosas (según Protágoras en versión mercantil) es la plusvalía empírica. La mercancía halla su verdad en su propia negación.

*

El valor mercantil en estado naciente es valor de cambio, pero el valor de cambio de una mercancía no es idéntico a la forma relativa de su valor mercantil.

Pues la proporción de cambio 20 varas de lienzo = 1 levita no nos dice si, o bien la proporción en que se cambia lienzo por levita es, efectivamente, = 1/20, o bien si tal proporción 1/20 es consecuencia inerte e indiferente de la propiedad transitiva de las igualdades entre cada una de ambas mercancías y, respectivamente, una tercera, en cuanto valores mercantiles.

En otras palabras, sean dos mercancías comunes; su valor de cambio recíproco no implica una expresión de valor mercantil entre las dos mercancías involucradas, sino que cada una de ellas ha convertido a otra, acaso una tercera, en equivalente de su valor mercantil. Si el valor de cambio se expresa como precio relativo entre las dos primeras mercancías, ese equivalente tercero es común y de carácter dinerario. Pero, comoquiera que sea, estas formas mercantiles del valor son derivadas de la expresión activa del valor mercantil por la que toda mercancía, por naturaleza, engendra un equivalente. La expresión mercantil del valor es la premisa de la relación de cambio (o del precio relativo), y ésta es consecuencia de aquélla. Son formas mercantiles del valor, pero no son la expresión activa y directa del valor mercantil, y no puede decirse que ésta está contenida en el valor de cambio o en el precio relativo.

Tampoco puede decirse que la expresión del valor mercantil entre dos mercancías se halla contenida en su relación de valor. Más enfáticamente: **la relación de valor entre dos mercancías no contiene ninguna expresión de valor**. La mercancía individual es una entre muchas, cualitativamente iguales a ella unas y desiguales otras, y, si suponemos que toda mercancía posee precio, valor de cambio, valor mercantil y valor, con todas las que son cualitativamente distintas tiene precio relativo, valor de cambio y relación de valor. Y con todas está trabada en un proceso de acciones y efectos recíprocos. Pero con una sola excepción todas estas relaciones son extrínsecas e indirectas, y la excepción es aquella mercancía que incorpora a su estructura triádica particular y designa como el equivalente de su valor mercantil.

La forma relativa del valor mercantil es la forma en que debe presentarse toda mercancía común. Despojémosla de esta forma, y no será más que un valor de uso genérico. [16] Puesta en su forma

relativa, ella dice el nombre y la cantidad de la mercancía -cualitativamente diversa- por la que se ofrece. Al pronunciar esa definición la mercancía individual nace a la vida y convierte a otra mercancía en su equivalente particular. Cuando el equivalente de la mercancía común es el equivalente común de las mercancías, queda excluido de la expresión relativa de su propio valor mercantil. Entonces deviene equivalente dinerario, dinero. (O, no es menester transición alguna del equivalente general de los valores mercantiles al dinero, ya que aquél y éste son idénticos).

La mercancía equivalente, como cualquier mercancía, toma cuerpo en una figura material determinada como cualidad y cantidad. Cuando otra mercancía la convierte en su equivalente, aquélla confiere a una cantidad dada de ésta, medida en unidades físicas adecuadas y convencionales, la representación de la medida de su propio valor mercantil.

"20 varas de lienzo = 1 levita", no es ya el valor de cambio entre las dos mercancías -mera proporción de cambio, relación exotérica, roles recíprocos permutables- sino una estructura de carácter polar, donde ninguno de los términos preexiste ni subsiste a su relación con el otro; es, por ende, una mediación mutua, excluyente e irreversible. "20 varas de lienzo = 1 levita" es ahora la proclama inaugural de la mercancía 20 varas de lienzo: presentación en sociedad, locución iniciática, pregón. Sin ahorrar elogios sobre sus cualidades útiles, virtudes y perfecciones lenceriles, manifiesta, primero, que ella, "20 varas de lienzo", es un objeto de naturaleza mercantil: lo dice señalando a la levita como un ser particular cualitativamente diverso de ella que participa de la misma esencia y la representa; segundo, que la cuantía de su valor mercantil equivale al de "1 levita". En definitiva, que ha convertido a la materia levita en la forma material de su propio valor mercantil y que la cantidad 1 (una) levita es -todavía según el oferente- la medida de su valor mercantil.

El pregón es vinculante de hecho -cuando no de derecho- pero únicamente para el propietario de la mercancía común. No lo es para el dueño de la mercancía equivalencial. La voluntad del primero es necesaria y suficiente para convertir su mercancía en mercancía, y para convertir la otra mercancía en la forma equivalencial del valor mercantil de la primera, pero no es, ni mucho menos, suficiente para realizar el cambio. El dueño de la mercancía común quiere pero no puede por sí mismo realizar su mercancía; el dueño del equivalente puede cerrar el trato, y para ello basta su voluntad unilateral. En un polo de la estructura productiva el valor mercantil es relativo, en el otro, absoluto.

La mercancía se ha dividido en mercancía común y mercancía dineraria. El hombre mercantil que actúa en el rol de vendedor pasará más tarde, si tiene suerte ("fortuna"), a desempeñar el papel opuesto. Mientras no lo logre, carece del poder que (contra Hobbes) le atribuye Smith, quien nunca alcanza a distinguir la mercancía del dinero ni éste de la moneda. Marx en cambio descubre y analiza el valor en su forma en cuanto forma, pero no distingue la expresión inmediata del valor mercantil de la forma del valor, ni comprende que ésta está mediada por aquélla. Una consecuencia del carácter incompleto de su teoría es el menoscabo de conclusiones verdaderas y fundamentales, que expone de modo abrupto y extrínseco. Un ejemplo de la omisión de las mediaciones específicas: la función del dinero como medida general de los valores mercantiles es presentada como la de medida general de los valores, sin advertir que esta última no es una función del dinero (a menos que se reivindicuen los bonos horarios owenianos de los que Marx se burla). Pero la consecuencia más relevante para la presente disertación es que la identidad entre la forma equivalencial y la cambiabilidad directa es enunciada intempestivamente después de haberse expuesto la génesis del dinero. Permanecen contiguos pero yuxtapuestos el falso razonamiento que deduce la forma de valor de la relación de valor, y el reconocimiento de la autonomía hipostática del movimiento de las formas, los desvíos del valor de cambio (diferencias entre valor de cambio relativo y valor relativo) en la coyuntura del mercado, las circunstancias aleatorias, la inversión de las leyes de la circulación de la moneda, cuando la línea general del argumento tendría que ir "de lo abstracto a lo concreto", y captar la mediación de lo necesario por lo contingente; en suma, la expresión del valor mediada por la expresión del valor mercantil.

La identidad entre la forma equivalencial y la cambiabilidad incondicional de la mercancía equivalente, es la consecuencia necesaria del carácter aleatorio y condicional de la cambiabilidad de la mercancía. La génesis del dinero reside precisamente en el poder de ser directamente cambiante del equivalente. Todo equivalente de valor mercantil -cualquiera sea su grado de desarrollo-, es absolutamente cambiante, y por eso en él se consuma la génesis del dinero. Ello confirma la tesis marxiana de que todo el secreto de las formas del valor se encierra en la expresión simple. El equivalente simple posee la determinación esencial del dinero pero sólo es dinero germinal, singular, circunstancial. No es, pues, propiamente, dinero. Pero se trata de ver de dónde proviene éste su atributo esencial, el de ser absolutamente cambiante.

*

En los siguientes pasajes se aprecia nuestra deuda con Marx, pero también los puntos en que nuestro argumento se aparta de su exposición acercándose -pretendemos- a su espíritu.

"Pero las dos mercancías cualitativamente equiparadas no desempeñan el mismo papel. Sólo se expresa el valor del lienzo. ¿Y cómo? Relacionándolo con la chaqueta en calidad de «equivalente» suyo u objeto «intercambiable» por ella. En esta relación, la chaqueta cuenta como forma de existencia del valor, como cosa que es [¿tiene?] valor, pues sólo en cuanto tal es lo mismo que el lienzo". MARX, K. "El Capital..", Tomo I, Cap. I, pág. 61.

La expresión de valor está puesta en la "relación de valor", que es una igualdad; en consecuencia, la forma del valor es su expresión no mediada por el valor mercantil, pero esta consecuencia es el resultado de una abstracción analítica. Tal suposición es innecesaria y oscurece el problema: la forma del valor mercantil es la expresión de las determinaciones esenciales de la mercancía, no solamente de su esencia de valor. Si "la chaqueta cuenta como forma de existencia del valor" cuando el valor mercantil coincide con el valor, es porque y sólo porque «la chaqueta cuenta como forma de existencia del valor mercantil» cuando discrepan. En efecto:

"El lienzo, pues, expresa efectivamente su propio carácter de ser valor en el hecho de que la chaqueta sea intercambiable directamente por él"... "El hecho de que una clase de mercancía... sirva de equivalente a otra clase de mercancía... en modo alguno significa que esté dada la proporción según la cual se pueden intercambiar...". MARX, K. "El Capital..", Tomo I, Cap. I, pág. 68.

El carácter de ser valor de la mercancía es su condición genérica de ser producto reproducible, pero no es ese carácter lo que expresa el lienzo «en el hecho de que la chaqueta sea directamente intercambiable por él». Pues, aunque toda mercancía lleva impresa la impronta de una forma histórica específica del valor, no todas las mercancías poseen valor. Al expresar su naturaleza mercantil en un equivalente, algunas mercancías, ya que no todas son reproducibles -o "multiplicables" (Ricardo) en la escala demandada al precio acorde con el valor-, expresan **también** «su carácter de ser valor», en la dirección tendencial de su precio, el nombre dinerario de su valor mercantil, en tanto en ese movimiento se verifica -en principio- la ley clásica.

"Una mercancía, el lienzo [ahora equivalente general P. L.] reviste, pues, la forma de intercambiabilidad directa por todas las demás mercancías, o la forma directamente social, porque, y en cuanto, todas las demás no revisten dicha forma". "En realidad," continúa en nota al pie, "la forma de intercambiabilidad directa general de ningún modo revela a

simple vista que se trata de una forma mercantil antitética, tan inseparable de la forma de intercambiabilidad no directa como el carácter positivo de un polo magnético lo es del carácter negativo del otro polo. Cabría imaginarse, por consiguiente, que se podría grabar en todas las mercancías, a la vez, la impronta de ser directamente cambiables, tal como cabría conjeturar que es posible convertir a todo católico en el papa." MARX, K. "El Capital..", Cap I, Tomo I, pág. 84.

Nuestra interpretación crítica ofrece -pretendemos- un marco en el que este pasaje exhibe su pleno significado.

*

"Esa cristalización que es el dinero constituye un producto necesario del proceso de intercambio, en el cual se equiparan de manera efectiva y recíproca los diversos productos del trabajo y, por consiguiente, se transforman realmente en mercancías. La expansión y profundización históricas del intercambio desarrollan la antítesis, latente en la naturaleza de la mercancía, entre valor de uso y valor. La necesidad de dar una expresión exterior a esa antítesis, con vistas al intercambio, contribuye a que se establezca una forma autónoma del valor mercantil, y no reposa ni cesa hasta que se alcanza definitivamente la misma mediante el desdoblamiento de la mercancía en mercancía y dinero." MARX, K. "El Capital..", Tomo I, Cap. II, pág. 106. Sub. nos.

Empero, la "antítesis" entre valor y valor de uso pertenece a las determinaciones genéricas -no específicamente mercantiles- de la mercancía, que, únicamente en cuanto tales, están **«latentes en la naturaleza de la mercancía»**: el valor es la sustancia o naturaleza cualitativa del valor mercantil y el campo gravitarorio de sus movimientos; y el valor de uso, mediado por su carácter de valor de uso indirecto para su poseedor y por la condición de ser un valor de uso para otro, es el momento genérico (antropológico) del valor de uso mercantil. **«La expansión y profundización históricas del intercambio desarrollan la antítesis»** que conforma esta estructura productiva específicamente mercantil. [17] Resultado y condición de este desarrollo es, sin duda, ¡¡ **«que se establezca una forma autónoma del valor mercantil»** !!

Hasta donde podemos advertir, el uso en el Das Kapital del adjetivo "mercantil", calificativo de "valor", que generalmente no aparece en la primera edición y sólo de modo asistemático en las ediciones tercera y cuarta, sugiere que el autor elaboraba el concepto en el sentido de la interpretación que proponemos. Sin embargo, Marx no llegó a fijar firmemente la distinción entre valor y valor mercantil que, sin embargo, es del todo acorde con su teoría, e inexcusable para su exposición.

*

"Estas cosas, el oro y la plata, tal como surgen de las entrañas de la tierra, son al propio tiempo la encarnación directa de todo trabajo humano. De allí la magia del dinero. El comportamiento puramente atomístico de los hombres en su proceso social de producción y por consiguiente la figura de cosa que revisten sus propias relaciones de producción -figura que no depende de su control, de sus acciones individuales conscientes- se manifiesta ante todo en que los productos de su trabajo adoptan en general la forma de mercancías. El enigma que encierra el fetiche del dinero no es más, pues, que el enigma,

ahora visible y deslumbrante, que encierra el fetiche de la mercancía." MARX, K. "El Capital..", Tomo I, Cap. II, pág. 113.

Pero la primera aseveración, tomada literalmente, es inaceptable: el metal precioso únicamente sería "la encarnación directa de todo trabajo humano" si todo trabajo humano (como en el caso del Rey Midas) se aplicara exclusiva y unilateralmente a obtener oro y plata. La "magia del dinero" proviene, en efecto, de que el cuerpo útil de la mercancía equivalencial en general y de la dineraria en particular es encarnación del valor mercantil. No es encarnación directa del **valor** sino únicamente por esa mediación. Considérese la crítica de Marx a Owen:

"Preguntarse porqué el dinero no representa de manera directa el tiempo mismo de trabajo... viene a ser lo mismo, simplemente, que preguntarse porqué, sobre la base de la producción mercantil, los productos del trabajo tienen que representarse como mercancías, ya que la representación de la mercancía lleva implícito su desdoblamiento en mercancía y mercancía dineraria" MARX, K. "El Capital..", Tomo I, Cap. III, pág. 115., np. 1.

"Al igual que la forma relativa de valor en general, el precio expresa el valor de una mercancía... estableciendo que determinada cantidad de equivalente [áureo] es directamente cambiable [por ella], pero en modo alguno que, a la inversa [ella] sea a su vez directamente cambiable por el oro." MARX, K. "El Capital..", Tomo I, Cap. III, pág. 125/6.

Si, en virtud de su forma equivalencial excluyente, el oro y la plata son la "encarnación directa" del valor mercantil, esta forma no los convierte en encarnación directa de todo trabajo humano. Y no única ni principalmente por la incesante discrepancia cuantitativa entre el valor de las mercancías y el valor mercantil representado en sus precios (como nombres de cantidades de Au o Ag), sino porque, aunque el dinero fuera la medida general directa del valor, ni siquiera el valor mismo es la representación de todo trabajo humano (como lo es, en todo caso, cada trabajo humano singular y particular). Pues si todo trabajo representado en el valor es trabajo humano, obviamente no se sigue que el valor es la representación de todo trabajo humano, etc. En toda sociedad, en el marco de cualquier organización social del trabajo, no obstante la múltiple variedad de las labores, las tareas y los productos mismos, siempre es "de alguna manera" relevante (dice Marx v. gr. en el apartado sobre El Fetichismo..) la representación de los productos **reproducibles** (interpretamos) como otras tantas objetivaciones del trabajo y como las cantidades determinadas (absolutas, ordinales o relativas, transparentes o reificadas, directas u objetivamente mercantiles) de trabajo social necesarias para su reproducción. Recordemos que en Smith, desde un concepto subjetivista y rudimentario del valor, se pretendía que las mercancías se intercambien directamente en proporción a su "medida universal", por una suerte de regateo ilustrado. Pero, a fortiori, si la forma material del equivalente no es la encarnación **directa** del valor, **ni** es -tampoco- «la encarnación directa de todo trabajo humano», es, para el sujeto individual homo mercator, la proyección en una cosa material abstracta de su propia capacidad productiva.

*

"Para una sociedad de productores de mercancías. ..., la forma de religión más adecuada es el cristianismo, con su culto del hombre abstracto...". MARX, K. "El Capital..", Tomo I, pág. 96.

La unilateralidad del punto de vista objetivista en Ricardo y Marx no consiste en que se ignore el momento subjetivo sino en que queda apartado del concepto de valor. Marx da el paso mayor hacia la superación de este punto de vista al revelar que la consciencia ingenuamente mercantil es atrapada en

las mallas del "fetichismo" de la mercancía. Pero la metáfora del fetichismo no es tan adecuada a la mercancía de Karl Marx, como lo es al don de Marcel Mauss; más acorde con el concepto marxiano es la "hipóstasis", una figura auténticamente teológica. Así, pues -en "el misticismo del mundo de las mercancías"-, la mercancía es propiamente la encarnación hipostática del logos del capital, el precio es la mixtificación de la sustancia del valor, etc. La naturaleza esencial del valor, por un lado, y su vida empírica, por otro, no son existencias mutuamente indiferentes ni extrínsecamente yuxtapuestas sino que, en unión hipostática, conforman propiamente una sustancia social que es, ella misma, hipóstasis objetiva.

La consciencia expulsada como capacidad cognitiva por la visión unilateralmente objetivista reaparece en este mismo punto de vista como consciencia volitiva:

"Para vincular esas cosas entre sí como mercancías, los custodios de las mismas deben relacionarse mutuamente como personas cuya voluntad reside en dichos objetos, de tal suerte que el uno, sólo con acuerdo de la voluntad del otro, o sea mediante un acto voluntario común a ambos, va a apropiarse de la mercancía ajena al enajenar la propia. Los dos, por consiguiente, deben reconocerse uno al otro como propietarios privados. Esta relación jurídica, cuya forma es el contrato -legalmente formulado o no- es una relación entre voluntades en la que se refleja la relación económica. El contenido de tal relación jurídica entre voluntades queda dado por la relación económica misma". MARX, K. "El Capital..", Tomo I, pág. 103.

"Para que esta enajenación sea recíproca, los hombres no necesitan más que enfrentarse implícitamente como propietarios privados de esas cosas enajenables, enfrentándose, precisamente por eso, como personas independientes entre sí. Tal relación de ajenidad recíproca, sin embargo, no existe para los miembros de una entidad comunitaria de origen natural... El intercambio de mercancías comienza donde terminan las entidades comunitarias, en sus puntos de contacto...". MARX, K. "El Capital..", Tomo I, pág. 107.

La mercancía es un producto para el intercambio, pero su cambiabilidad es aleatoria y condicional. Para que se lleve a efecto el cambio de una mercancía es necesario que concurren las voluntades de dos dueños de mercancías, la de su oferente y la de su demandante, decididos a actuar como vendedor y comprador, respectivamente. Ambas voluntades, "autónomas", "libres" e "iguales", se concretan en un contrato (informal o escrito) y se cierra la transacción. Pero una de las dos decisiones está puesta en la naturaleza misma de la mercancía, la cual nace como mercancía por la voluntad de su dueño de desprenderse de ella a cambio de otra, y manifiesta esta decisión lanzándola al mercado.

Es, pues, una tautología decir que una mercancía está en oferta o en circulación, porque de otro modo no sería una mercancía. (Y es absurdo hablar de una mercancía en elaboración o de una vendida, porque en un caso no es aún mercancía, en el otro no lo es ya). En la mercancía común o relativa no es necesaria la conjunción de dos voluntades sino que basta el pronunciamiento de una, pero esto no contradice la propiedad de la mercancía de ser sólo condicionalmente cambiante, porque la condición es la voluntad del propietario de su equivalente; éste, sin embargo, posee el poder absoluto de cambiar su mercancía. Que se cambie o no, depende únicamente de él, de su voluntad despótica. El equivalente mercantil o la cambiabilidad **incondicional** es entonces la negación del carácter mercantil de la mercancía, negación que, sin embargo, proviene necesaria y exclusivamente de la cambiabilidad **condicional** de la mercancía relativa, y por tanto de su naturaleza mercantil. La mercancía es desde el comienzo un ser contradictorio, su sistema se refuerza y desarrolla por medio de su negación.

En el límite al que tiende el sistema con arreglo a su ley se anulan las instancias mediadoras y cabe preguntar si no se pudo prescindir de ellas desde el comienzo, dejándolo todo como estaba (es decir, cual se encuentra en el Das Kapital). La diferencia cuantitativa entre valor mercantil y valor ha desaparecido, y el equivalente, según fuera singular o común, simple o múltiple, particular o general,

local o dinerario, es la medida -correspondientemente singular o común, etc.- del valor mercantil. En consecuencia, el dinero es (sin mediación) la medida general de los valores de las mercancías. No se ignoran las articulaciones contingentes y fortuitas, pero la atención se centra en las esenciales y necesarias. El valor de cambio coincide con la relación de valor; el precio, nombre dinerario del valor de la mercancía, es acorde con su medida universal e inmanente; los precios relativos y los valores relativos de las mercancías son equiproporcionales. La expresión mercantil del valor no es meramente expresión del valor mercantil sino que la expresión del valor mercantil es **inmediatamente** expresión del valor. En definitiva, ¿para qué añadir nuevas categorías, nuevos nombres, nuevos calificativos? ¿Para qué una crítica que confirma los fundamentos?

Pero los fundamentos no se conservaron meramente sino que únicamente se pusieron **como** fundamentos, al determinar su mediación. Se pudo haber prescindido desde el comienzo del valor mercantil si el comienzo coincidiera con el principio, o no hubiera tal comienzo. Si el problema de la teoría del valor fuera el equilibrio del sistema, y no su estabilidad, ni, principalmente, su génesis y su historicidad. Si el de la forma del valor se suscitara cuando el valor de cambio coincide con la igualdad de valor y no cuando discrepan. O si la discrepancia se tuviera por accidental y coyuntural, y no, como en Marx, por sistemática y estructural. Si la expresión mercantil del valor fuera una expresión necesaria de la igualdad de valor; si en suma, la mercancía no fuera mercancía, ni conllevara "su desdoblamiento en mercancía y mercancía dineraria".

Se trata, en definitiva, del capital. Por lo demás, en tanto la articulación del sistema capitalista está mediada por el dinero, la estructura dineraria se apoya en la unidad de las funciones dinerarias, y ésta a su vez reposa en la función básica, la de ser medida general del valor **mercantil**, función primaria que proviene directamente de la génesis del dinero.

*

Resumamos: si la primera mercancía no sabe distinguir entre valor de cambio y valor, ni la segunda entre valor de cambio y forma mercantil del valor, la versión que ofrece Marx de la tercera es defectuosa porque no mantiene firme la distinción entre valor de cambio y forma relativa del valor mercantil. Se confunde, y considera el "valor de cambio como modo de expresión o forma de manifestación necesaria del valor". La solución que nosotros exploramos es hasta aquí únicamente un "desenvolvimiento necesario" del aporte de Marx, quien descubre que la estructura específica del dinero no debe buscarse en el dinero mismo, sino en su figura precursora, la forma más elemental y "simple" en que se expresa el carácter de valor de una mercancía como una cierta cantidad de otra mercancía. En efecto, la forma desarrollada y consagrada del valor mercantil borra las huellas del proceso genético y oculta la naturaleza específica de la estructura mercantil. Culminado el desarrollo de la forma del valor, se configura un mercado en el que toda mercancía tiene precio; entonces la exclusividad del equivalente dinerario torna irrelevante la diferencia entre la expresión del valor mercantil y el valor mercantil como relación extrínseca, de carácter transitivo, en la que la estructura polar que encierra la negación parcial de la mercancía se recoge en las funciones secundarias del dinero en cuanto medio de circulación y medio de pago. La mediación se sumerge y desaparece del campo teórico, y quedan por un lado la doctrina exotérica, por el otro la esotérica.

*

Tal lo acontecido con la Economía Política después de la crítica marxiana. La consciencia científica, invadida por la ideología, permaneció largamente en estado larval, elaborando los elementos de una nueva síntesis. Entretanto, el capital, que es su objeto, vino experimentando la transformación más profunda.

[1] Con esto queda resuelto el acertijo: ¿forma mercantil del valor o forma del valor mercantil? El valor en su forma mercantil es la forma mercantil del valor porque y sólo porque es la forma del valor mercantil.

[2] O bien, el presunto equivalente total o desarrollado carece de la propiedad específica del equivalente mercantil, cual es, su cambiabilidad absoluta.

[3] Marx, en este punto, sostiene lo contrario. "La más simple relación de valor es, obviamente (sic), la que existe entre una mercancía y otra mercancía determinada de especie diferente, sea cual fuere. La relación de valor entre dos mercancías, pues, proporciona la expresión más simple del valor de una mercancía". MARX, Karl "El Capital..", Tomo I, pág. 59.

[4] Encontramos el argumento expuesto aún más vigorosamente en la "Contribución.." que en "El Capital..". Suzanne de Brunhoff, uno de los pocos autores que advirtieron la importancia y la originalidad de la teoría dineraria de la "Contribución.." y "El Capital..", se empeña en adscribir a Marx a una posición anticuantitativa. En nuestra opinión, los pasajes relevantes de la "Contribución..": MARX, Karl "A Contribution..", versión revisada por Maurice Dobb, Progress Publishers, Moscow, 1970, International Publishers, New York, 1976. Págs. 118/22, demuestran que la dicotomía entre dos posiciones, una doctrina que, dado el valor de las mercancías y el dinero, toma los precios como una variable independiente y la cantidad de dinero en circulación como dependiente, y otra doctrina que toma la "oferta" de signos monetarios como parámetro al que se ajusta el nivel general de precios, se encuentra perfectamente diferenciada, remitida a estructuras dinerarias particulares, y, en definitiva, superada en 1859.

[5] La primera figura del capital se ofrece al análisis detallado de la cronoestructura empírica (afectada por la configuración de los precios y las tasas de interés y su evolución en el tiempo considerado, los lapsos de transformación material y formal, las condiciones pactadas en las operaciones de compraventa, los créditos activos y pasivos, comercial y financiero, las economías en el compromiso de capital mediante la aplicación de provisiones para amortización y de ganancias no distribuidas, las obligaciones tributarias fiscales según monto y fecha de vencimiento, etc.).

[6] Sustancia puramente social, "sin un átomo de materialidad" aunque necesariamente mediada por su momento material. ¿Puede éste ser a la vez mediación, condición y fundamento? "La realidad concebida procesualmente avanza en la relación sujeto-objeto, mediada por la actividad material, entendida según la interpretación materialista que Marx hace de la categoría central hegeliana del trabajo". Gimbernat, José A. "Ernst Bloch. Utopía y esperanza. Claves para una interpretación filosófica", Ediciones Cátedra, Madrid, 1983, pág. 115/6.

[7] "Como los productores no entran en contacto social hasta que intercambian los productos de su trabajo, los atributos específicamente sociales de esos trabajos privados no se manifiestan sino en el marco de dicho intercambio. O en otras palabras: de hecho, los trabajos privados no alcanzan realidad como partes del trabajo social en su conjunto, sino por medio de las relaciones que el intercambio establece entre los productos del trabajo y, a través de los mismos, entre los productores. A éstos, por ende, las relaciones sociales entre sus trabajos privados se les ponen de manifiesto como lo que son, vale decir, no como relaciones directamente sociales trabadas entre las personas mismas, en sus trabajos, sino por el contrario, como relaciones propias de cosas entre las personas y relaciones sociales entre las cosas". MARX, Karl "El Capital..", pág. 89.

[8] "Dicho con otras palabras: el valor de cambio era originariamente, por su contenido, una cantidad objetivada de trabajo o de tiempo de trabajo; como tal, a través de la circulación proseguía su objetivación hasta existir como dinero, como dinero tangible". "Grundrisse..", pág. 203.

[9] Las tres esferas eran (en Hegel) la familia, o el ámbito del altruismo particular, la sociedad civil, o el egoísmo universal, y el Estado (moderno), altruismo universal. Cfr. AVINERI, Shlomo "The social and political thought of Karl Marx", Cambridge University Press, London 1968, y especialmente: AVINERI, Shlomo "Hegel's Theory of the Modern State" Cambridge University Press, London 1972.

[10] El problema que presenta el Estado moderno no es, pues, el de su contenido (genérico), sino el de su forma (específica). Pero aquél merece, al menos, una nota al pie de página, y por eso transcribimos la siguiente: "El espíritu universal de las leyes de todo país, dice Rousseau, es siempre auxiliar al fuerte contra el débil y al que tiene contra el que no tiene, inconveniente que es inevitable y no admite excepción" («Emilio..», ed cit. pág. 249). Sirva esta cita, para abreviar la discusión sobre teorías abstractas del Estado, atribuidas a autores más recientes; en el caso de Marx, desvíen la atención sobre sus verdaderos aportes, que versan sobre la forma específicamente capitalista del Estado.

[11] Lo mismo que Smith mixtifica la mercancía al no reconocer la especificidad de la producción capitalista, Rousseau mixtifica el Estado al idealizar al ciudadano, ciudadano ilusorio, como "miembro del poder soberano". Y, así como para ambos el dinero es una invención conveniente -y su forma particular una cuestión técnica-

también lo es para el segundo la forma del Estado. Vgr.: "Ciudadano de un estado libre [¿?] miembro del poder soberano, por débil que sea la influencia que mi voz pueda ejercer en los negocios públicos, el derecho que tengo a votar me impone el deber de instruirme. ¡Me consideraré feliz tantas veces cuanto el hecho de meditar sobre las distintas formas de gobierno me procure encontrar siempre en mis investigaciones nuevas razones para amar al de mi país". "Contrato social" pág. 39.

[12] En otras palabras, la esfera privada se escinde, a su vez, en dos subesferas, la del trabajo y la del consumo; ésta es la del disfrute, el ocio. Por lo demás, nos atenemos a la representación, que ya la crítica puso en su estadio fenomenológico, de un hombre mercantil no capitalista. Pero la persona del capital se repliega también en el ámbito privado, para allí entregarse a las transformaciones materiales en las que se nutre del trabajo humano vivo que, más tarde, regresando a la esfera de la circulación, en la que detenta el poder de conferir "ex post"- al trabajo social materialmente objetivado su forma mercantil objetiva, transmutará en sustancia incremental. Por su parte el trabajador capitalista es para el capital, y lo es en las tres esferas de su vida: en el trabajo, donde la acción y el efecto de su obra es inmediatamente acción, efecto y obra del capital; en el consumo (goce y reposo), donde repone y multiplica su capacidad de trabajar para el capital; en la circulación mercantil, donde ofrece esa capacidad, confiriéndole forma de mercancía, poniéndola a disposición del capital. En suma, la vida privada del hombre mercantil es, por el lado negativo, la mera abstracción de su vida social; por el lado positivo, no se contrapone al capital sino que le pertenece, y por ambos lados su finalidad está enteramente subsumida por la finalidad universal del capital.

[13] Afirmación en contrario: "El cuerpo mismo de la mercancía... es... un valor de uso o un bien. Este carácter suyo no depende de que la apropiación de sus cualidades útiles cueste al hombre mucho o poco trabajo". MARX, K. "El Capital..", Tomo I, pág. 44 (sub. nos). Esta afirmación está en desacuerdo con la noción praxiológica de valor: es más útil (para devorarla de inmediato, aunque no para su conservación) una nuez desconchada que una con cáscara, un pájaro en mano que mil volando. Tiene sentido la afirmación de Marx si por "trabajo" entendemos "mercantil", entonces la frase es una afirmación de la diferencia y la contraposición entre el trabajo mercantil, sustancia del valor por medio de sus objetivaciones en el valor mercantil, y trabajo consuntivo, que no entra para nada en la determinación de ese valor. Pero el contexto sugiere que la intención del autor es anticipar su explicación del apartado siguiente: "Dualidad del trabajo representado en la mercancía". Entonces lo que determina el valor de uso de una mercancía es el trabajo que la produjo, considerado exclusivamente en su determinación técnico material, y no en su cantidad, medida en tiempo y con abstracción de esa cualidad.

[14] No se sigue que, a la inversa, sólo el hombre elabora sus enseres, utensillos, armas. Cfr. SUSMAN, R. L., MC GRAW, W. S. "Qui a fabriqué les premiers outils?" La Recherche 276, Mai 1995.

[15] "La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un «enorme cúmulo de mercancías», y la mercancía individual como la forma elemental de esa riqueza. Nuestra investigación, por consiguiente, se inicia con el análisis de la mercancía". Tal es el pasaje inicial de "El Capital.."; en nota al pie, cita el pasaje inicial de la "Crítica.." de 1859.

[16] Usamos "genérico" en el sentido de "no específicamente mercantil". En rigor, es menos que eso, porque no es un valor de uso: ni para su dueño, ni para otros. En esta abstracción puede, sí, decirse, con Marx: "es un objeto externo, trivial".

[17] La contradicción inherente a la mercancía es la antítesis entre su valor y su valor mercantil, entre la creación de valor y su producción.

partetercera

DEL CAPITAL DIFERENCIADO

"In the summer of 1945 I began to write a sequel to «And Keep your Powder Dry»... But when the atomic bombs exploded over Hiroshima and Nagasaki, I tore up the manuscript... And no sentence written with that knowledge of man's new capacity could be meshed into any sentence written the week before". Margaret Mead.

3.0.0. Hipótesis marco. La forma del plusvalor diferencial.

¿Cambió el capitalismo después de la primera publicación del "Das Kapital"? ¿De qué naturaleza es ese cambio, cuál es la diferencia inédita en la estructura productiva que domina este siglo? ¿Qué nueva luz arroja la forma del capital sobre los conceptos fundamentales de la Economía Política? ¿O, al revés, qué comprensión original ofrecen los conceptos transformados, sobre el pasado del capital? ¿Qué pistas surgen sobre las nuevas condiciones económicas y políticas del cambio social? ¿Cómo debe razonarse hoy el destino de la civilización capitalista y la perspectiva del socialismo? En particular, si el "socialismo real", criatura del desarrollo capitalista indiferenciado, sucumbió subsumido por el capital, ¿qué potencialidades de cambio histórico encierra el capital tecnológico?

*

Hasta aquí hemos argumentado que el carácter histórico específico de la mercancía **no se circunscribe a la forma del valor sino que compromete también el valor mismo**. Y, más aún, que la forma mercancía imprime su sello en todas las categorías económicas de la era del capital.

Hemos desarrollado el concepto de mercancía más allá de las distinciones recibidas: valor de uso y valor de cambio (Smith), valor de cambio y valor (Ricardo), **relación** de valor y **expresión** de valor (Marx). El resultado al que arribamos es que el momento genérico y el específico de la mercancía, que determinan su historicidad, se reparten entre el valor de uso en general y el **valor de uso mercantil**; y entre el valor de la mercancía y su **valor mercantil**.^[1]

Ahora nos proponemos identificar las nuevas estructuras del capital, y sus renovadas exigencias sobre los conceptos elementales del valor mercantil.

Y, puesto que la mercancía es, dice Marx, la forma más general del capital, de esto se sigue, primero, que el capital participa del carácter históricamente determinado de la mercancía; segundo, que ésta, por ser una categoría más abstracta, es insensible a las modalidades singulares del capital y a las estructuras características particulares de una u otra fase de su evolución. La primera consecuencia es necesaria, y la segunda **sólo es verdadera si la forma mercancía fue abstraída de la figura más desarrollada del capital**. Ahora bien, Marx investiga el capital ante la perspectiva de una época particular de las configuraciones del capitalismo. Incuestionablemente, la transformación del sistema ha proseguido hasta nuestros días. ¿Es relevante ese cambio en la determinación del carácter mercantil del capital? ¿Hasta qué punto conmueve los conceptos elementales de la Economía Política? En otras palabras, en tanto forma general de un capital más determinado, ¿es también la mercancía una configuración más concreta, aún más marcadamente específica?

Para responder a la pregunta, incluso para formularla, debemos caracterizar los cambios significativos en la estructura del capital. Con ese propósito bosquejamos una interpretación que, a manera de hipótesis, proporcione ese marco.

Nuestra respuesta será que, en tanto forma general de un capital más determinado, también la mercancía es una configuración más concreta.

Se perfila -rudimentariamente- una nueva síntesis de la Economía Política, desde un ángulo nuevo: el reclamado por las transformaciones que sufrió el capitalismo desde la muerte de Karl Marx, ^[2]las cuales indudablemente ponen en tensión los fundamentos de la teoría del capital.

[1] La mercancía no posee, por un lado el valor (efectivo) del producto en cuanto mercancía, y por otro el valor (virtual) de la mercancía en cuanto producto, ni tiene, en modo alguno, dos valores, sino que su valor mercantil, en lo tocante a su cualidad o naturaleza, es idéntico a su valor inmanente, y éste, en cuanto a su cantidad, es la causa (quod influit in aliud) de aquél: en otras palabras, valor específico y valor genérico guardan una relación en la que el concepto se remite a sí mismo como su contraconcepto. Esta proposición: el valor mercantil tiende al valor, o el "valor de cambio" es gobernado por el valor relativo, es la ley del valor; con más propiedad, la ley del valor mercantil.

[2] Está fuera del alcance del presente trabajo la investigación de estas mudanzas, incluso la reseña crítica de la literatura más relevante.

3.1.0. La diferenciación del capital.

-

Consideremos el lado específicamente formal del desarrollo capitalista y comprobaremos que, **en esta determinación, tal desarrollo consiste en el proceso de diferenciación del capital.**

Las formas empíricas del capital son múltiples y diversas, pero se adscriben a las tres categorías básicas: industrial, comercial, bancario (o "a préstamo"). [1] Nos ocupará la diferenciación del capital **industrial**, a partir de la etapa del desarrollo caracterizada por el capital industrial que llamaremos **no diferenciado**.

Diremos que el capital **real** es la unidad de las tres formas. El capital industrial, entrelazado y mediado por el capital formal, fundamenta esa unidad. Y comprenderemos en la designación de capital **formal** a los capitales comercial y financiero, debido a que su ciclo se encierra en la esfera de la circulación, vale decir, de los cambios puramente formales (mercancía común, activos líquidos; dinero, mercancía). La mercancía es siempre (en su tercera figura) la forma general del capital. El capital comercial tiene sucesivamente la forma de mercancía común y mercancía dineraria; el proceso completo de este capital queda encerrado en el ciclo de las metamorfosis de la mercancía, en el cual únicamente pone la nota escatológica, la diferencia de finalidad, entre la circulación M-D-M, y la circulación D-M-D: en el primero, señala Marx, la diferencia entre los extremos es cualitativa, en el segundo, únicamente cuantitativa, y esta diferencia entre dos valores mercantiles es propiamente el fruto del capital realizado, el plusvalor. En el capital a préstamo, el capital presenta sucesivamente distintos grados de liquidez (p. ej., dinero en efectivo, promesa de dinero), sin abandonar nunca la forma general dineraria, de modo que está excluido de la figura de mercancía común, pero en su forma de derecho (documentado) a dinero futuro es una mercancía, que tiene como valor de uso el poder de devengar un interés para su titular, y como valor mercantil su valor actual. [2] El capital comercial se convierte en mercancía cuando abandona la forma dinero, en tanto el capital financiero no reviste nunca la forma de mercancía pero cobra carácter de mercancía en tanto es dinero (futuro). En suma, el capital comercial, cuando no es dinero, es capital-mercancía, y el capital financiero, cuando es dinero, es mercancía-capital.

Por su parte, el ciclo del capital industrial comprende mutaciones tanto formales cuanto técnico-materiales. Estas últimas revelan que se ha consumado la "subsunción real del trabajo por el capital": el triunfo del capital industrial es la **conformación** de la relación laboral y del proceso mismo de trabajo productivo al concepto general de capital. Pero más determinadamente, es la consumación del capital real y, por tanto, la subsunción **del capital** por el capital.

El capital comercial y el financiero, figuras "arcaicas" (mediadoras, extrínsecas) del capital precapitalista, que durante siglos y siglos contribuyeron a preparar el escenario para el alumbramiento del capitalismo (el nexo mercantil es el único adecuado al primer sistema de la producción abstracta objetivamente universal), componen la estructura moderna del capital formal. Lejos de perder su autonomía y extinguirse, estas figuras del capital reaparecen en escala inédita y con vigor inusitado, y participan de la nueva y grandiosa configuración de la relación productiva; ahora como instancias necesarias y figuras funcionales del capital reproductivo o real. Pero lo son "para nosotros" -que elaboramos las enseñanzas recibidas de la Economía Política (clásica) y de su crítica transformativa (marxiana)-; **en su existencia aparente**, los tres tipos de capital representan papeles opuestos a las funciones que desempeñan en la intimidad del proceso de producción de plusvalor: no hay tal producción de plusvalor, ni son la ganancia industrial y comercial, la renta capitalista de la tierra, el

interés, etc., sus formas transfiguradas, sino que las formas del plusvalor aparecen místicamente transpuestas como otras tantas categorías irreflexivas de retribución "factorial". Y el fruto del mero transcurso del tiempo, que brota naturalmente de la esencia misma del capital, es el interés, y por eso el "capital que devenga interés" se presenta como la figura antonomástica del capital, es inmediatamente esencia objetivada, sustancia social general, hipostática.

Y lo cierto es que este primer capital, primero en la fenomenología de la consciencia social, y primero también en la cronología histórica, constituye la forma incipiente o potencial o en sí del capital, y contiene la génesis del capital industrial.

*

En el primer sentido (el de la teodicea de la razón crítica que parte de las categorías fetichizadas de la empiria mercantil), el capital comercial se presenta en la figura del compraventero, el capital bancario en la del prestamista: ambos se circunscriben a las metamorfosis **sociales** del capital. [3] Y también tiene aquí esa figura el capital en general. (La empresa industrial no se distingue de la comercial: compra insumos y vende productos). Así, precisamente, debemos tomarla: en el análisis del capital formal hacemos abstracción de la actividad "productiva" que lleva a cabo, por ejemplo, la casa de comercio que, para poner en venta su mercadería, debe extender y completar el proceso técnico que la conforma en tanto valor de uso (transporte, seguros, conservación, protección, fraccionamiento, publicidad).

Por su parte, las determinaciones técnicas del capital industrial abarcan la totalidad de la "división social del trabajo". (Comprende la "producción": las industrias extractivas, las agrarias en el sentido más amplio, las de elaboración industrial propiamente dicha, las de servicios sin distinguir si el carácter útil de los mismos es de naturaleza específica o genérica, y, en definitiva, la producción de plusvalor en sí en todas sus modalidades técnicas). El capital industrial debe tomarse de modo igualmente abstracto, en oposición al capital formal, el cual participa en la (hipotética) igualación de las tasas de ganancia sin salir de la circulación, sin existir de otro modo que como mercancía y mercancía realizada, o dinero. A su vez, el capital de compraventa y el capital a interés tienen su realidad -como necesariamente todo capital- en la producción, pero, en contraste con el capital industrial, operan sin "producir", encerrados en el momento puramente social de la producción que llamamos circulación y es la mutación formal de los productos mercantiles. De ello no se sigue, ni mucho menos, que el capital industrial, por contraponerse como capital real al capital formal, rota enteramente en el otro polo, el de la "producción" de valor de uso y plusvalor en sí, pues este proceso genérico del que está excluido el capital formal sólo puede llevarse a cabo como función del capital si es precedido, sucedido -y, en definitiva, presidido- por esos mismos cambios formales: el capital industrial desempeña tanto sus funciones exclusivas como las propias del capital formal. Esto explica en qué sentido la conformación del capital real está fundamentada en el capital industrial: su realización es el "en sí" del capital formal; aclara, asimismo, que la diferenciación formal del capital no es una división social del trabajo productivo, y tampoco una escisión de los dos procesos polarmente contrapuestos en la estructura del capital: la producción de plusvalor en sus momentos genéricos (materiales y sociales), y la circulación mercantil, sino única y exclusivamente una determinación funcional en esta última.

*

En este apartado se discuten someramente aspectos de la diferenciación **formal** del capital, [4] para luego abordar su diferenciación **real**.

Al igualarse -tendencialmente- las tasas medias de ganancia empresarial, la cuantía de la ganancia de cada empresa es proporcional a su compromiso de capital, sin que cuente en ello el carácter real o formal del capital, ni la suma del capital adelantado (que es el producto del capital comprometido por su velocidad de rotación). Cada capital (industrial o formal) se apropia de una parte, proporcional a su tamaño, del agregado social de la ganancia, sin que en ello intervenga su contribución al plusvalor. La alícuota conjunta de los capitales industriales, los cuales encierran y explotan la totalidad del trabajo creador de plusvalía, es independiente de este aporte.

El capital formal encuentra su lugar en la estructura del capital real cuando su apropiación de una parte de la plusvalía, que reduce por tanto -y **pro tanto**- la **masa** de la ganancia industrial, contribuye, sin embargo, a aumentar significativamente la **tasa** de ganancia de la empresa industrial mediante el aumento en la velocidad de rotación y la consiguiente economía de capital. Ella compensa, en general, el margen de comercio "c" que se deduce del plusvalor y reduce la masa agregada de los beneficios industriales. Además de adelantar capital con los retornos del capital circulante y con las amortizaciones del capital fijo, la empresa industrial obtiene economías adicionales al diferir el retiro de ganancias, y realiza operaciones financieras activas con los saldos ociosos. Dadas la tasa de interés "r" y la **cronoestructura** de las operaciones de compraventa, mediante una combinación óptima de operaciones de crédito comercial y financiero, activas y pasivas ("leverage", "palanca") aumenta la velocidad de rotación del capital, y -por ende-, a expensas de una porción de sus beneficios, "maximiza" su tasa de ganancia industrial.

Con la igualación del beneficio de cada unidad de capital, o de la unidad promedial en cada rama, se consuma el divorcio entre las porciones aportada y apropiada. Divorcio que es absoluto entre capital industrial y capital formal, y relativo, o de grado, entre los propios capitales industriales: cada uno pesa significativamente menos, o más, por su monto que por su aporte al plusvalor global. Los **precios-capital** [5] que igualan las tasas de ganancia de las empresas de capital no son proporcionales a los valores de las mercancías respectivas. La transubstanciación de los valores en precios-capital (por efectos cualitativamente determinados, v. gr. alta "composición orgánica del capital" y prolongado período de rotación, o por efectos discrepantes que se concilian en cronoestructuras particulares), tienen a su cargo la articulación del sistema productivo (como unidad procesual de una totalidad diferenciada mediada por el valor mercantil y) fundada en el valor.

Cuando el capitalista lanza al mercado su capital mercancía y obtiene por él el precio-capital, se ha consagrado el capital como capital, se ha realizado como medio de apropiación de plusvalor-mercantil mediante la producción de plusvalor; en suma, ha funcionado como capital industrial. La nivelación de las tasas de ganancia desplazó el centro gravitatorio del sistema, desde la equiproporcionalidad entre precios relativos y los correspondientes valores relativos y, por ende, la igualación de valores y valores mercantiles, hasta la determinación de los precios-capital que igualan las tasas de ganancia. Pero, en la empresa industrial, el obrero trabaja para su patrón y produce un plusvalor y merced a la relación salarial el capitalista ha convertido su patrimonio en valor mercantil expansivo, o en capital. El divorcio entre la producción de plusvalor y la apropiación de plusvalor es completo para el capital promedial de la rama industrial, pero no lo es para cada capital singular, porque cada fabricante capitalista se apropia del plusvalor que la unidad de su capital produce por encima del producto de plusvalor promedio de la rama, de modo que la discrepancia cuantitativa entre los valores promediales producidos y apropiados, lejos de atenuar la condición de que todo capital sólo es medio de apropiación de plusvalor en la medida en que es un medio de explotación del trabajo productivo, y, por ende, lejos de aliviarle de la imperiosa necesidad que le compele a "optimizar" la explotación, su quintaesencia, es un nuevo acicate que le compele a trasponer todo límite.

*

Elimínese el capital y no la mercancía, y de la mercancía resurgirá, inevitablemente, el capital. Tal es, en síntesis, la verdad del capital **no diferenciado**. [6]

La mercancía es la figura histórica precursora del capital y encierra la génesis del capital entendido como concepto, pero el capital, al reproducirse necesariamente como mercancía, reproduce la mercancía, capital incipiente. Pero ahora la mercancía es la abstracción del capital: la estructura social de clases del régimen capitalista de producción queda como una configuración interna de la mercancía, y esta abstracción es la primera forma fenomenológica del concepto.

La contraposición entre el trabajador y el capital pertenece a la estructura misma de la mercancía (antes de ser una existencia exterior). Es otro desdoblamiento más del hombre mercantil; él es, por un lado trabajador, por otro vendedor y comprador. En tanto trabajador se comporta en unidad con sus expectativas de mercader, especializándose con arreglo a sus ventajas comparativas; en tanto capitalista, tiene mando directo sobre un trabajo subjetivamente indiferente, subordinado como un puro medio a una finalidad abstracta. En esa unidad escindida el productor de mercancía simple prefigura -por cierto que de modo germinal- la doble transición, de la (tercera) mercancía al capital formal (comercial, o a compraventa; financiero, o a préstamo) y de éste al capital industrial. La primera transición no es más que la proyección del desdoblamiento esencial del homo mercator individual en una relación social externa entre el trabajador y el comerciante (como sistema domiciliario, "putting-out system", "trabajo para afuera"). Empero, precisamente porque esa relación es exterior, el capital comercial precapitalista no retorna a la unidad primordial de la mercancía simple, no es, por ende, del todo acorde con el concepto mismo de la mercancía -ni, a fortiori, con el suyo propio-, que sólo se realizará (desarrollándose hasta su límite) en el capital industrial.

*

Ahora la mercancía es capital; el hombre mercantil es, como antes, dueño de mercancías, y éstas, también como antes, son su atributo social individual, pero él ha dejado de ser sujeto de su predicado, y sus apetencias múltiples (saciables) se han reducido a una apetencia abstracta (insaciable); y el capital mismo, animado por una vida social autónoma, se ha constituido como una persona jurídica distinta de su dueño. El individuo autónomo es propiamente la empresa de capital que, conforme a su concepto, se entregará a una actividad incesante, y nos ofrece la versión verdadera del falso "cálculo felicitarario" benthamita: la finalidad suprema de la gestión del capital no es la "utilidad" del consumidor sino las "utilidades" de la empresa.

Pero, si la mercancía es capital en sí y el capital mercancía para sí, es únicamente debido a su común dimensión **genérica** que tanto en la reproducción del capital abstracto que es la mercancía, como en la reproducción de la mercancía concreta que es el capital, el valor del producto es el producto de valor más el valor conservado de los medios de producción. Solamente porque la función de conservar valor es propia del trabajo que produce valor **en** general, lo es también del trabajo que produce valor **general** o valor social mediado por el valor mercantil. Marx analiza esta función del trabajo al explicar el proceso de valorización del capital (aunque la menciona sólo indirectamente al exponer la forma del valor). El trabajo conserva valor a la vez que lo crea: la reducción de los trabajos individuales diferentes a trabajo social indistinto representado en el valor no reconoce las secuencias de los trabajos individuales ni, de suyo, el grado de integración ("vertical") del último productor; los productos valen porque -en tanto y en cuanto- son reproducibles. La capacidad humana de crear valor es genérica, y en el trabajo que crea valor se pueden distinguir las tres funciones que analiza Marx: la

de dar forma material al producto, la de crear valor, y la de conservarlo. Ninguna de ellas es específicamente mercantil, sino que lo propio y específico de la estructura mercantil es que la doble transformación: del producto individual en producto social, del trabajo individual en trabajo social, está **mediada por el valor mercantil**. Los diversos trabajos se representan como valor porque cobran materialidad en el producto en la forma de valores mercantiles, aunque la cuantía del valor mercantil no coincide inmediatamente con el valor del producto en el que se encarna. Hasta aquí el capital no introduce ninguna nueva determinación en la mercancía. Pero la diferencia -explica Marx- entre la producción de mercancías en general y la producción de capital-mercancía, es que en la mercancía simple el valor mercantil y su forma de cambiabilidad absoluta es un medio de cambio, mientras en el capital es (también y principalmente, sin que esto de suyo afecte su naturaleza dineraria) un medio de valorización.

El capitalista, prosigue, compra la mercancía "fuerza de trabajo" y adquiere el derecho a disponer de su valor de uso; lo que es lo mismo, a dirigir y supervisar al trabajador durante las jornadas de trabajo comprendidas en el lapso pactado. Debe hacerse hincapie, arguye, en que no ha comprado **trabajo** ni, ciertamente, la persona del trabajador, sino que éste, como todo vendedor, no transfiere al comprador la mercancía como tal, sino su valor de uso; puesto que ha vendido su propia capacidad de trabajo, sólo puede entregarla efectivamente a su comprador separándola de su persona; pero esto no es todo: [7]debe trabajo a su patrón, obediencia a sus órdenes, acatamiento a su autoridad. Vióse en la necesidad de entrar en este trato porque carece de las condiciones materiales y sociales de su propio trabajo, de modo que someterse a la explotación de un capitalista a cambio de un salario es la condición de su supervivencia. El capitalista paga con una parte del fruto de valor de este trabajo el salario del hombre o la mujer que lo lleva a cabo.

Sus apólogos le atribuyen una noble vocación de "sacrificio", ya que, dicen, debe posponer el disfrute de su patrimonio para invertirlo productivamente y así dar ocupación a hombres y mujeres que no han cultivado como él el ahorro, suprema virtud. La forma objetiva de la tasa de ganancia empresaria, resultado del ejercicio anual y expresión de la finalidad empresaria suprema, presenta las "utilidades" como la cuantía del valor apropiado por unidad de capital comprometido. La ficción de una tasa de ganancia finita le brinda un aspecto "natural". Esconde una verdad, y es que el capitalista (incluso si es dueño del capital) nada sacrifica, ya que todo su capital proviene del plusvalor: su tasa de valorización (sobre cualquier patrimonio inicial) es tan grande como se quiera con sólo tomar un plazo suficientemente prolongado. Pero esa razón infinita posee una expresión práctica, objetiva y **universal** al referirse a un lapso finito, el período de registro convencional, v. gr. el año calendario. La forma (tasa de) ganancia, expresión del valor capital por unidad de valor mercantil, es, pues, la medida del capital en tanto éste es lo que es: sustancia social incremental. La igualdad tendencial de las tasas de ganancia en las diversas ramas en las que se reproduce formalmente el capital es a la vez la tendencia hacia una estructura proporcional determinada en la totalidad concreta de la producción. Todas las generalizaciones sintéticas y universales de la Economía Política, que tratan de la articulación del sistema como un todo ("proportionate production"), se basan en esta premisa. Empero, suele considerarse un avance hacia un mayor realismo el análisis de los obstáculos que se interponen a la igualdad de la tasa de ganancia; es decir, de las transgresiones a la ley.

La "nivelación" se refiere al sistema como totalidad. Es compatible con la diferencia estable en las tasas de ganancia dentro de los **subsistemas de capital no diferenciado** dominados por relaciones directas de acumulación. [8]Las empresas dotadas de una "fuerza de acumulación" superior se apropian de una porción del plusvalor mercantil producido por el subsistema, significativamente mayor que su aporte proporcional al capital del mismo subsistema; tales empresas controlan (dado su mayor poder para fijar los precios o, si el gobierno fija precios mínimos, la calificación del producto, los plazos de entrega y cancelación y otras condiciones del crédito comercial, el suministro de insumos críticos) las circunstancias de operación y por ende la tasa de acumulación de las restantes empresas; en el límite, una porción significativa del capital rota en el subsistema pero **no es capital**

para sus propietarios. Ahora bien: en un subsistema de esta naturaleza la tasa media de beneficio empresarial es un promedio **extrínseco**. No ha cobrado objetividad una tasa de ganancia media en el subsistema; las relaciones directas de acumulación entre empresas de capital no diferenciado prefiguran (únicamente prefiguran) la estructura del capital diferenciado.

La diferenciación del capital levanta nuevas trabas a la entrada de competidores en ramas de alta rentabilidad, barreras específicamente discriminativas con respecto al tipo de empresa involucrada. Tales impedimentos, *pari passu* con el desarrollo de la producción capitalista, se vuelven cada día más formidables, pero es una tautología decir que los obstáculos a la competencia se deben a la concentración y centralización del capital; incluso autores críticos se confunden y atribuyen las nuevas estructuras a las formas de mercado ("monopoly capital", expresión acuñada por Baran y Sweezy) en lugar de, por el contrario, comprender las formas de oligopolio en función de las estructuras de la acumulación.

La distinción entre tipos de obstáculos a la entrada de capitales en una rama o subsistema territorial según tales impedimentos sean de orden político, social o económico, corresponde a la estructura específica del capital. Cuando Smith refuta la identidad, sostenida por Hobbes, entre Poder y Riqueza, contraponiéndole una negación igualmente unilateral, anticipa la doctrina del materialismo histórico vulgar que consiste en desconocer el carácter histórico de la escisión de la sociedad en sociedad civil y Estado (moderno). En los "monopolios políticos" (contra los cuales razona la Economía Política clásica) el poder político es una finalidad de la riqueza, y no, todavía, una mediación del capital. El capital mismo es, según su naturaleza, un sistema de exclusividad social, pues tiene como premisa su propio dominio sobre los obreros y excluye el control de la empresa por sus trabajadores (Marglin) y, en principio, su posesión de capital.

Un propietario de capital puede no ser un capitalista substantivo, y un capitalista substantivo puede no ser propietario de capital. [9] No es aquí la propiedad del capital, ni tampoco su personificación, el rasgo definitorio del capitalista substantivo, sino que su persona es aquella **para quien** el capital es capital. En la época (ya fenecida) del capital industrial indiferenciado, el burgués es el arquetipo del capitalista substantivo (al punto que Marx usa todavía indistintamente las locuciones "régimen burgués" y "sistema capitalista" de producción); se aprecia hasta qué punto ha sido dramática la transformación ocurrida desde entonces en la estructura de la clase capitalista si se observa que la figura del burgués fue reemplazada, donde verdaderamente importa: en los puestos de alta dirección y de mando superior, por la cúpula jerárquica de un capitalista colectivo complejo. No menos profunda es la transformación de la clase obrera, el resultado sin duda más trascendente de la diferenciación real del capital.

La diferenciación del capital real tiene como antecedente y premisa la diferencia de grados verificada en la estructura del capital industrial no diferenciado; una ilustración de esta diferencia, precursora de la diferenciación real, es la necesidad de una escala mínima de inversión para el ingreso en ciertas ramas de la producción, inalcanzable para ciertas empresas. La naturaleza de este obstáculo discriminatorio cambia con las fases del desarrollo de la producción capitalista. Cuando, con el desarrollo del sistema dinerario basado en el crédito, y, correlativamente, del capital accionario, la concentración de activos capitalizables es absorbida por la centralización del capital, se acentúa la jerarquización del capitalista colectivo, [10] y se institucionaliza el disciplinamiento de las sociedades de capital subordinadas, el viejo poder del "capital financiero" (en el sentido de Rudolf Hilferding, que subrayaba el poder de los bancos sobre la industria) se reproduce en la nueva estructura del capital diferenciado; por más que el capital, en un todo de acuerdo con su concepto, se relanza iterativamente donde su "alta gerencia" espera una tasa de beneficio extraordinaria, este comportamiento universal de todo capitalista no asegura ya la "tendencia a la igualdad de las tasas de ganancia".

Si la nivelación de las tasas de ganancia de las empresas está impedida en determinadas ocasiones por obstáculos (distintos de barreras friccionales o circunstanciales) a la entrada de unas empresas en ramas de alta rentabilidad ya dominadas por otras empresas, esto no quiere decir que, al revés, la barrera a la entrada sea por sí misma, y necesariamente, una traba a la nivelación de las tasas de ganancia, sino que el valor mercantil de las empresas protegidas de la competencia está igualmente protegido de la acción reguladora del valor (transformado); de hecho, si las empresas utilizan su poder monopólico para elevar los precios mediante la restricción de la oferta, el valor mercantil de estas mercancías queda divorciado de su valor. A la par de este divorcio, se produce otro entre el valor del capital y su valor-capital, ya que éste se incrementa con un valor mercantil que proviene de la capitalización del beneficio extraordinario esperado, el cual se incorpora al patrimonio de la empresa individual y, por ende, al denominador de su tasa de ganancia. [11] Se habilita asimismo un círculo virtuoso para el capital; la posibilidad cierta de un beneficio extraordinario ofrece posibilidades aún mayores de aumentar la tasa de ganancia sobre el capital propio por medio de la incorporación de capitales ajenos con limitado poder de reclamo sobre una parte alícuota de los beneficios totales del grupo empresario, que se constituye, así, como una empinada jerarquía de socios desiguales.

Puede ocurrir que "nuevas" empresas de capital se vean impedidas de entrar en ramas donde otras empresas dominan **una condición de trabajo no reproducible**, o no "multiplicable", como por ejemplo yacimientos minerales, pesquerías, campos de cultivo. El valor ficticio de este capital cobrará forma mercantil como precio de una porción de tierra; no sólo se consumará el divorcio cuantitativo entre el valor y el valor mercantil de mercancías que no son reproducibles **en la escala en que las demandaría el mercado si sus precios fueran acordes con sus respectivos valores** (y en el plazo requerido para el ajuste de la cantidad ofrecida), sino que habrá un divorcio cualitativo absoluto: por un lado, el valor mercantil de estos recursos carentes de valor quedará determinado (con arreglo a la doctrina clásica) por la cuantía absoluta de la ganancia extraordinaria esperada, actualizada a la tasa de interés relevante y modificada circunstancialmente, en más o en menos, por las condiciones globales y locales del mercado de derechos sobre tierras, minas, pesquerías, etc. Por otro lado, en la medida en que no se utilicen insumos reproducibles, los frutos de estos yacimientos tendrán un valor mercantil puro, como el de una ración de agua del manantial de Cournot. [12] Lo mismo ocurre con el valor mercantil de una mercancía producida por un capitalista que posee el dominio exclusivo de una condición de trabajo no reproducible.

*

También las empresas dominantes en la estructura del capital no diferenciado procuran poner "obstáculos a la entrada de competidores", para proteger cotos exclusivos donde sólo ellas se apropian de ganancias extraordinarias. Debido a que en los respectivos subsistemas de capital no diferenciado estas empresas son las que poseen mayor tamaño y poder sobre los mercados, es fácil engañarse y creer que su mayor "fuerza de acumulación" proviene originalmente de su mayor disponibilidad de capital y su consiguiente poder monopsónico y/o monopólico, cuando, por el contrario, la disparidad de tamaño y la forma de mercado son expresiones de la estructura del capital. El subsistema de capital indiferenciado no contiene la transición al capital diferenciado, aunque en él se consuma tempranamente la subsunción del capital industrial por el capital industrial, configurándose una estructura polar en la que el capital (en sí) de la empresa subyugada es capital para la empresa subyugadora, preparándose así las condiciones secundarias y las señales manifiestas del capital diferenciado. El cambio, empero, no adviene de las relaciones directas de acumulación, sino que la mutación intrínseca parece imponérsele al subsistema de capital indiferenciado de modo extrínseco [13] e incluso catastrófico, muchas veces luego de una decadencia agónica. Lo cierto es

que la disolución de los subsistemas del capital indiferenciado es a la par premisa y resultado de la diferenciación del capital.

*

La innovación es una condición de trabajo no reproducible; no de trabajo en general, sino de un trabajo que deviene fuente de ganancias extraordinarias para el capital que participa del privilegio del innovador. El beneficio extraordinario es el mismo aunque varíe la naturaleza de la innovación, [14] ya se trate de un nuevo proceso o de un nuevo producto; en el primer caso el valor unitario individual del producto es inferior a su valor y permanece así por más que el valor mercantil se comporte con arreglo a la ley, y, en el segundo, el valor mercantil se mantiene elevado por encima del valor mediante el monopolio. Mientras el innovador domina con exclusividad la condición privilegiada y únicamente mientras logre impedir que la ley del valor opere plenamente a través de la competencia, su capital se torna **extraordinariamente** potente como medio de apropiación de plusvalor mercantil. Su poder sobre otros capitales no brota de características sobrenaturales de la fuerza de trabajo que adquiere sino que este capital, por su relación con otros capitales, moviliza trabajo dotándolo de una capacidad extraordinaria basada en el primer caso en la elevación de la tasa **de plusvalía** individual por encima de la social, y en ambos en la obtención de una tasa de plusvalor **mercantil** extraordinaria. El pago de bajos salarios relativos es compatible con el pago de salarios relativamente altos. En un caso, la tasa de ganancia extraordinaria tiene su fundamento en la tasa de plusvalía incrementada, en el otro, la tasa extraordinaria de plusvalor mercantil es consecuencia de la alta tasa de ganancia. En el primero, este proceso laboral produce más valor por unidad de tiempo que el trabajo social promedial; en el segundo, es un medio por el que el capital puede apropiarse de una porción de valor mercantil significativamente mayor que su aporte a la creación de valor.

No importa al propósito capitalista de la innovación que ésta consista en la aplicación original de una nueva técnica para abaratar una mercancía, mejorarla, u ofrecer otra cualitativamente novedosa: debe brindarle una fuente privilegiada de "fuerza de acumulación", una capacidad extraordinaria de competir. El privilegio mismo del innovador depende de las dificultades que encuentren los potenciales imitadores, o las que él mismo pueda imponerles, y, llegado el caso, de su capacidad de controlar las adopciones, beneficiándose del proceso de difusión de su técnica. A medida que la competencia capitalista pone al rojo vivo la competencia innovativa, [15] la principal amenaza contra el privilegio del innovador no proviene tanto de posibles imitadores como de innovadores rivales. Cabe que, anticipándose a este peligro, el innovador pueda potenciar su carácter de innovador, sacar ventaja de la ventaja lograda, conservar la delantera. Si, presentándosele esta oportunidad, procura denodadamente hacerla efectiva, y no cesa en su esfuerzo innovativo, que deviene permanente, contribuirá sin saberlo y sin proponérselo a un cambio irreversible en la naturaleza del capital.

La interpretación que proponemos es que la estructura del capital que estudia Marx corresponde a la etapa del desarrollo capitalista caracterizada por el predominio del capital industrial que llamamos **no diferenciado**. [16] En esta estructura particular, la naturaleza del capital se pone de manifiesto en el despliegue impetuoso del desarrollo tecnológico y la innovación técnica. Por un lado, Marx pone el progreso técnico decididamente en el centro del escenario capitalista; su magistral análisis de las tendencias que operan sobre la tasa media de ganancia es una demostración por demás elocuente de que el capitalismo gira en torno de la innovación técnica, desde su modo de funcionamiento hasta su misión histórica; la "ley general de la acumulación capitalista", por la que la tasa de ganancia tiende a caer debido al aumento secular de la composición orgánica del capital, expresión a su vez de los cambios en su composición técnica y, más esencialmente, de su composición de valor, se contraponen a

tendencias que la contrarrestan -y eventualmente, hay que añadir, prevalecen sobre ella-, como la reducción en el valor de los elementos del capital constante, el abaratamiento de los "wage goods" -que torna compatible un menor valor de la fuerza de trabajo con un mayor salario real-, y el aumento en la velocidad de rotación del capital.

Pero, por otro lado, el mismo proceso de innovación que está en el centro de su atención cuando analiza la tendencia de la tasa media de ganancia (y consiguientemente, en general, de la tasa de acumulación), y, por ende, cuando investiga las grandes transformaciones que acompañan el aumento en la escala de reproducción del capital, [17] es soslayado cuando se trata de la formación y objetivación de la misma tasa media de ganancia. Y, precisamente, nuestro interés se centra ahora en el comportamiento de ciertas diferencias en las tasas de ganancia.

La innovación es, de suyo, un obstáculo para la igualación de las tasas de ganancia asequibles a las empresas de capital. Pero en el marco del capital no diferenciado este impedimento es accidental y temporario. Es aleatorio, ya que cada empresa de capital tiene en abstracto la misma probabilidad de adquirir el privilegio de la innovación. Y es temporario, pues el innovador, tarde o temprano, deberá resignarse a perder su privilegio, sea porque no pudo impedir la entrada de imitadores u oferentes de sucedáneos próximos, sea porque él mismo organizó el negocio de la difusión controlada y pudo resarcirse cobrándoles un peaje a las empresas adoptadoras, un cánon por derechos cedidos, una tarifa por servicios de apoyo, jugando él el papel de licenciador, y los adoptadores el de clientes y licenciarios de contratos de "tecnología".

La primera valla que procura interponer el innovador ante sus competidores es -como siempre- el celosísimo ocultamiento de los detalles medulares de su invento. Si alguna vez cada artesano debió ser fiel custodio de los secretos del oficio, la amenaza no provenía de sus compañeros, sino de rivales no vinculados, extraños a la hermandad, mientras la corporación misma estaba resguardada por el juramento solemne de los cofrades, los ritos de iniciación, los severos reglamentos gremiales, temibles penalidades; el capitalista moderno no está menos ansioso que sus antecesores corporativos por ocultar al mundo el misterio de su poder, pero la ajenidad para él comprende antes que nada a sus propios colegas, y la defección de sus socios, la traición de sus colaboradores, los artilugios de sus competidores y las asechanzas de enemigos ocultos son otras tantas pesadillas siempre vigentes. Empero, mientras logre conjurarlas, cualquier posible imitador enfrenta dificultades considerables; si no logra la posesión del ansiado secreto por la fuerza o el engaño, debería reproducir la técnica (que no es igual que "reproducir" la innovación). Por eso, en la época del capital no diferenciado, la difusión por imitación es muy lenta y azarosa, y ocurre por la migración de gentes con oficio. Marx describe la transformación de la manufactura en gran industria; ésta se apodera de la rama que produce medios de trabajo y revoluciona el sistema de innovación, acelerando colosalmente la difusión de nuevas técnicas y extendiéndola velozmente a los confines del mundo. La difusión por imitación no ha de desaparecer por completo, pero las olas de adopción cobran un ritmo vertiginoso y un alcance ecuménico al incorporarse técnicas de trabajo avanzadas a nuevas máquinas e instalaciones fabriles mediante las características de diseño de los equipos de último modelo. Es lógico entonces que la Economía Política, así como disecó la coyuntura del mercado apartándola analíticamente para formular la ley universal del valor, prescindiera igualmente del obstáculo que la innovación pone a la nivelación de las tasas de ganancia, cuando formula las leyes generales del sistema, incluso cuando expone críticamente la retransformación de la ley del valor mercantil en el medio más determinado del capital. **La unidad de la teoría se sostiene sobre esta abstracción.**[18]

Por el contrario, no se justifica dejar fuera de la escena el privilegio del innovador si este privilegio se renueva sin cesar. Ciertamente es que -felizmente- ningún individuo puede privar para siempre a sus semejantes de un secreto decisivo para el avance del proceso técnico del trabajo, sus condiciones y

sus frutos. Si así lo lograran los innovadores, el sistema de producción de mercancías se parecería más a un cuadro de Antoine Augustin Cournot que a uno de David Ricardo, más a un Patinkin que a un Marx.

La labor de desarrollo de nuevas técnicas es completamente estéril en cuanto trabajo creador de valor y -a fortiori- de plusvalor, porque su fruto es irreproducible. Empero, constituye una condición que confiere al trabajo directamente mediado por ella, y al capital que se apropia de él, una capacidad extraordinaria, privativa y excluyente, de producir valor diferencial (por la que le es dada, en otras palabras, la producción relativa de plusvalor), y, por ese arbitrio y otros, como la elevación monopólica temporaria del valor mercantil sobre el valor-capital de las mercancías producidas, en un medio extraordinariamente poderoso de valorización del capital individual. Esto último es lo que interesa a la firma propietaria. Puesto que cada innovación es singular e irreproducible, el privilegio del innovador sólo puede reproducirse mediante nuevas innovaciones. Cada innovación, tarde o temprano, ineluctablemente, se desvanece. Mas quédale al innovador la posibilidad lógica de renovar la ventaja que su innovación le brinda, mediante su reemplazo intermitente y oportuno; precisamente este comportamiento es el que transformará las estructuras del capital. El innovador puede prolongar su privilegio y reproducir el poder de valorización relativa de su capital dedicando una parte de éste a producir un nuevo bien de la misma naturaleza; un producto, sin embargo, no reproducible, e igualmente perecedero... Que deberá, por tanto, al cabo de un tiempo, reemplazar por otro. A diferencia de cualquier otro bien reproducible, que sólo puede reponerse por la repetición del mismo proceso de trabajo y la obtención de un producto cualitativamente idéntico al anterior, el privilegio del innovador sólo puede reproducirse por medio de un trabajo original que arroja un fruto inédito. [19] Esta parte de su patrimonio y actividad que las empresas innovadoras dedicarán a reproducir sistemáticamente otras tantas capacidades productivas extraordinarias, cobrará gradualmente autonomía como un nuevo tipo de capital, destinado a transformar el sistema capitalista tanto o más profundamente que, en su momento, hacia fines del siglo XVIII, el capital industrial indiferenciado.

[1] Podemos caracterizarlas según la descripción de sus ciclos característicos:

d - ... - D1,

m - M1...M1 - D2, y

k - M0...M1 - D3,

donde designamos "d", "m" y "k", respectivamente, al capital prestado por el prestamista, al adelantado por el comerciante, y al comprometido por el capitalista industrial;

llamando, asimismo, "i", "c", y "g", en este orden, a la tasa de interés, al margen de comercio, y a la tasa de beneficio industrial, considerando que esta última es igual a la tasa anual de ganancia empresarial, resultan, por definición (en la que no figura el crédito comercial: recibido de proveedores, otorgado a clientes):

$$D1 = d (1 + i),$$

$$D2 = m (1 + c),$$

$$D3 = d (1 + i) + m (1 + c) + k (1 + g) = D1 + D2 + k (1 + g).$$

Estas fórmulas simplificadas omiten la estructura temporal del capital, a la que aludiremos luego; las tasas "i", "c" y "g", están definidas para plazos, en principio, diferentes: "i" se refiere al lapso promedial de los préstamos netos tomados por los capitalistas en sus operaciones activas y pasivas con intermediarios financieros, y en sus operaciones de crédito comercial, con proveedores, clientes e intermediarios comerciales; "g" se define para el período de registro contable, coincidente con el ejercicio de la empresa industrial, y "c" se determina como un recargo comercial ("mark-up", sobreviviente del precapitalista "profit upon alienation") atemporal, sobre insumos y productos industriales. Correspondientemente, "d" y "m" corresponden a las sumas adelantadas, respectivamente, por el capitalista dinerario y por el capitalista comercial (con prescindencia de su propiedad), en tanto "k" simboliza el capital propio comprometido por la empresa industrial. Adviértase que "d-D1" y "m-D2" se subsumen en "k-D3".

Hemos seguido a Marx en la caracterización cualitativa de los tres ciclos, pero nos limitamos a describir otras tantas secuencias en las que se suceden sus existencias aparienciales, configurando un proceso de rotación del capital: poniéndose de manifiesto, cualitativamente, su cambio formal, y cuantitativamente las variaciones del valor mercantil.

[2] "El Capital..", Tomo III, Sección V. Paradójicamente, en correspondencia con la extrema especificidad de esta mercancía, su atributo útil carece de las determinaciones específicas del valor de uso mercantil; esto es así, porque carece también de la dimensión genérica del producto útil.

[3] Por ejemplo, operaciones de compraventa, crédito comercial y préstamos a interés. Usamos "sociales" o "formales" en oposición y contraposición a "materiales" o "naturales".

[4] Las categorías pertinentes como tasa de ganancia, velocidad de rotación del capital, etc., se definen todas para el mismo período de registro, v. gr., el año calendario. Asimismo: la suma de las ventas facturadas y cobradas, las variaciones en las existencias, el compromiso de capital.

El total de ingresos brutos es igual al capital original multiplicado por la suma: velocidad de rotación más tasa de ganancia. Es decir:

$$PQ = K (r+g), \text{ donde}$$

"PQ" es la facturación anual, "K" el capital comprometido, "r" la velocidad de rotación del capital, y "g" la tasa de ganancia.

Ver: LEVÍN, Pablo E. "Diseño de Subsistemas", mimeo, Consejo Federal de Inversiones, 1972. Reimpreso en "Modelos de rotación del capital. Diagnóstico de subsistemas económicos", Boletín Geográfico N 8, Universidad Nacional del Comahue, Río Negro, 1981. También: LEVÍN Pablo E., ALVAREZ, Marisa, BEZCHINSKY, Gabriel, "Simulador de impacto ganancial. Un nuevo instrumento para el gobierno de la empresa", Investigación y Desarrollo (I+D), Programa de CyT para el Desarrollo, Secretaría de CyT de la Nación, Bs. As., abril 1995; y BEZCHINSKY, Gabriel, "Modelo de rotación de capital", Ceplad, mimeo, dic. 1995.

[5] Llamamos así a la forma fenoménica, empírica, de los "precios de producción" de Marx.

[6] LEVÍN, Pablo E. "Socialist Planning. In Defence from Defence", mimeo, Buenos Aires, 1988.

[7] En efecto: aunque su trabajo debe concretarse en una forma útil, ésta no fue determinada y pactada en el acto de compraventa, ni en su forma técnico material (como contrato de servicio), ni en la forma y circunstancia de su resultado (como contrato de obra); por eso, el pago atrasado del salario, vale decir, el hecho de que el dinero no funcione ante la mercancía fuerza de trabajo como un medio de compra sino como un instrumento de pago, es sal ludida en la madadura del trabajador explotado, pero armoniza con el carácter mercantil de su relación productiva.

[8] Levín, P. "Notas sobre el capital tecnológico", mimeo, Cendes, Caracas, 1980. Levín, P. "Encubrimiento-descubrimiento en la planificación del desarrollo tecnológico", mimeo, Cendes-Clacso, Caracas, 1981.

[9] El predicado "capitalista" le cabe tanto al capitalista propiamente dicho como al proletario que trabaja para él. El trabajador capitalista es, en general, un trabajador asalariado; pero la relación "trabajo asalariado-capital" no es la estructura histórica necesaria de la relación laboral capitalista; ni siquiera en la época del capital industrial no diferenciado, caracterizada por el predominio de la forma mercantil de la fuerza de trabajo, es la del trabajo asalariado la única forma en la que se consume la subsunción del trabajo por el capital. (Una forma de la relación trabajo-capital no asalariada y, en verdad, no proletaria, característica en esa época, que persiste tenazmente en el marco de los subsistemas de capital industrial no diferenciado, es la representada por el agricultor "farmer").

[10] Como todos los términos que designan categorías económicas, "corporación" connota dimensiones genéricas y específicas, y, además, está afectada por variaciones históricas en los usos del lenguaje. Los carteles mafiosos que acompañan como sombra al movimiento del capital en sus formas modernas ilustran el momento de la continuidad en la constitución primitiva de la sociedad de capital, lo mismo que la renovación de las fuentes de acumulación igualmente primitiva. La verificación de indudables semejanzas entre -por un lado- las corporaciones precapitalistas de artesanos y, especialmente, de comerciantes (ligas, gildas, hansas), destinadas a ser definitivamente desarticuladas y disueltas o marginadas como consecuencia y condición del nacimiento de la sociedad moderna y el desarrollo capitalista, y -por otro- las figuras corporativas atribuibles a ese mismo desarrollo, deben ser matizadas con la transformación en las formas jurídicas de las empresas capitalistas en tanto sociedades de capital. Pero la diferencia sustancial proviene del propio desarrollo del sistema financiero. Aquí debe apreciarse en todo su alcance la intuición de Marx apoyada en la comprobación de que el capital como capital deviene mercancía. Lo mismo que el capital mercancía, la mercancía capital adviene como relación social objetiva y universal.

[11] Por este segundo divorcio, el primero no compromete la igualación de las tasas de ganancia, ya que éstas se determinan sobre el capital propio de la empresa, que comprende un componente "ficticio", compuesto por derechos negociables sobre la plusvalía futura. El capital accionario, lo mismo que, en general, los títulos de deuda privada, tan antiguos como el capital y mucho más que el capitalismo, forman la base de las estructuras dinerarias basadas en el crédito, en las cuales se prepara largamente el terreno para el advenimiento de la nueva estructura del capitalismo y, con ella, desbordan de los límites nacionales en los que estaban contenidas en la etapa caracterizada por el capital no diferenciado.

[12] Al explicar cómo y porqué, si el precio es la expresión del valor, una mercancía carente de valor tiene precio, Marx hace la distinción entre una discrepancia relativa o de cantidad y una absoluta o de cualidad. La adoptamos, pero sin aceptar que se trata de una diferencia entre valor y precio, ni que sólo carecen de valor los bienes no mediados por el trabajo humano. Porque a) en toda mercancía hay necesariamente y siempre una discrepancia cualitativa entre valor y precio, y nunca una cuantitativa, puesto que el valor y el precio de una mercancía son inconmensurables; b) el valor de una mercancía no representa trabajo pretérito alguno, y c) los bienes no producidos son una abstracción.

[13] Los economistas profesionales suelen ser adictos a la adopción tempranísima de la última moda terminológica; el juego consiste en renovar a tiempo el léxico, cuando, por haberse puesto la jerga en boga fuera de los círculos más prestigiosos, las gastadas palabrejas pierden el aura prestigiosa de la locución científica. Así como se acuñan tecnicismos para aludir a fenómenos genéricos, también se comprende lo original e incluso lo insólito en nociones genéricas, como si sólo se tratara de "más de lo mismo". Hoy se usan "globalización", "apertura económica", "internacionalización del capital": las dos últimas señalan de manera insulsa rasgos generales, propios de la producción de capital en todas y cada una de sus fases de desarrollo, y la primera es arrancada arbitrariamente de su denotación precisa en el marco analítico del cortísimo plazo, donde las variables económicas se toman como agregados abstractos, carentes de estructura. Una trampa ideológica persistente en la profesión es la versión irreflexiva de la dicotomía fetichista entre análisis económico "macro" y "micro". Pero el economista suspira por liberarse del hechizo. Por ejemplo,

"There is... a pressing need for methods of linking together the micro and macro level analyses of technical change and of economic phenomena in general". COOMBS, Rod; SAVIOTTI, Paolo; WALSH, Vivien "Economics and Technological Change" (1987), MacMillan 1994, con una presentación de Christopher Freeman.

[14] En este contexto mantenemos la distinción, tanto más relevante cuanto **menos** desarrollado está el sistema de producción capitalista, entre el innovador, a quien nos estamos refiriendo, y el inventor. Frecuentemente este último es víctima de fracasos desastrosos o al menos de tropiezos y pérdidas. Esto puede ser debido a "los costos mucho mayores con los que se maneja un establecimiento basado en inventos nuevos {sic}, comparados con los establecimientos posteriores que surgen sobre sus ruinas, **ex sui ossibus** {de sus huesos}". MARX, K., "El Capital..", Tomo III. Libro III, Vol. 6, pág. 128. Más recientemente, la miopía del Hubble, que nos impide ver los orígenes del universo, nos permite admirar la maraña de confusión, rapiña, dilapidación e irresponsabilidad en la que se administran mega proyectos de investigación científica. Cfr. La Recherche, 268, Septembre 1994.

[15] La ideología de la explotación social explota la confusión entre los momentos genéricos y específicos de la competencia capitalista, y procura perpetuarla. Pero ciertos autores que, en buena hora, quieren tomar partido en contra de la apologética capitalista, arrojan al bebé con los pañales descartables: en cada etólogo creen ver un Herbert Spencer, traducen siempre "race" como "raza", y rechazan bárbaramente la ciencia. Pero al reducir la competencia capitalista a un fenómeno natural se reduce también, de un modo ingenuo, la competencia tecnológica a la competencia mercantil, y se pierde de vista que aquélla versa sobre la obtención y renovación de la ventaja técnica como el instrumento supremo de explotación capitalista. Para comprender la especificidad capitalista de la carrera armamentista, es menester que se comprenda también su momento natural: una adaptación ventajosa abre un "período de gracia" que termina con una contraadaptación. "The fact is that in primeval struggle in the jungle, as in the refinements of civilized {¿¡!?!} warfare, we see in progress a great evolutionary armament race...". DAWKINS, R.; KREBS, J. R. "Arms races between and within species", Proc. R. Soc. Lond. B 205, 489-511 (1979). Mutatis mutandi, las mejoras relevantes son relativas, y móviles: "Eocene predators chasing modern prey might be in the same position as a Spitfire chasing a jet". Ibidem.

[16] Si se admite que las locuciones marxianas "modo de producción capitalista" y "relaciones de producción capitalistas" denotan, respectivamente, la sociedad capitalista en tanto totalidad diferenciada y la sociedad civil como una parte distinta de esa totalidad, entonces podemos anticipar nuestra tesis diciendo que la diferenciación de las "relaciones de producción capitalista" tiene como consecuencia la indiferenciación esencial del modo de producción capitalista, debido a la erosión del carácter moderno del Estado capitalista. Ello no implica, ni mucho menos, extinción del Estado, ni atenuación de su carácter capitalista: el dilema histórico dramáticamente señalado por Trotsky: socialismo o barbarie, cobra actualidad acuciante. El propio Marx expuso insistentemente y con vigor la fuerza de autotransformación del capital, que "revolucionara" incesantemente las condiciones de su reproducción. Pero no parece haber dirigido su atención, ni, acaso, previsto, transformaciones en la propia estructura del modo de producción capitalista: en sus leyes y tendencias. Dice así en el "Prólogo" a la primera edición alemana del primer tomo, publicada en 1867: "En sí y para sí, no se trata del mayor o menor grado alcanzado, en su desarrollo, por los antagonismos sociales que resultan de las leyes naturales de la producción capitalista. Se trata de **estas leyes mismas**, de estas **tendencias** que operan y se imponen con férrea necesidad."

[17] Los economistas "neoclásicos", cronológicamente postmarxianos, muestran hasta qué punto son conceptualmente premarxianos e incluso preclásicos y cuando -con aires de profundidad- reclaman la "endogeneización" de la tecnología. El Das Kapital es, de punta a punta, un mentís a los portadores de esta "inquietud", para quienes hasta el subterfugio de citar a Schumpeter y no a Marx es embarazoso.

[18] Porque la articulación del todo está explicada por sus predecesores, la crítica marxiana puede "dejarla tranquila". Acaso también por esta razón Marx puede expresarse con un dejo de frivolidad tan incongruente con su estilo cuando, en el Epílogo de la Segunda Edición de "El Capital..", reconoce su deuda con Hegel. A la sazón la obra estaba compuesta con lo que luego sería el Tomo Primero, pero es significativo que aluda solamente a la Primera Sección: "Me declaré abiertamente, pues, discípulo de aquel gran pensador, y llegué incluso a coquetear, aquí y allá, en el capítulo acerca de la teoría del valor, con el modo de expresión que le es tan peculiar...".

[19] La distinción entre innovaciones en los procesos y en los productos se torna borrosa cuando las empresas industriales utilizan su capacidad tecnológica para lanzar renovada y sistemáticamente al mercado productos novedosos asociados con técnicas, procesos y "detalles de calidad" de su dominio exclusivo. Esta exclusividad cualitativa se presta a la evocación, cuando ocasionalmente conviene a una estrategia publicitaria, de la figura anacrónica, mitológica y convenientemente mistificada, del antiguo maestro artesano. Pero incluso este toque reminiscente en el acabado de las mercancías industriales es una manifestación inequívoca de la diferenciación del capital.

3.1.1. Capital potenciado, capital tecnológico.

-

Bosquejaremos a grandes rasgos las consecuencias de esta transición en la estructura económica, para luego retomar el análisis de la mercancía en la perspectiva del capital tecnológico.

El capital industrial ahora se ha diferenciado escindiéndose en capital reducido simple y capital tecnológicamente potenciado, o relativo. Son idénticos en su carácter de capital, pues son otros tantos instrumentos de apropiación de plusvalor; valor procesual autónomo, valor que se valoriza. También son idénticos en cuanto capital industrial: en ambos la apropiación de las capacidades productivas de sus trabajadores -proletarios y no proletarios- es la base para realizarse como capital. Son empero dos formas contrapuestas, recíprocamente mediadas: cada una es porque y en tanto la otra es.

También en la época del capital industrial indiferenciado se presentó por doquier y con harta frecuencia la escisión del capital en capital potenciado y capital reducido. Pero, la configuración de subsistemas de capital no diferenciado era allí una circunstancia extrínseca, accidental, contradictoria con la equipotencialidad inmanente al capital, y francamente transgresiva de la premisa jurídica de igualdad de las partes, esencial al contrato mercantil. Ahora, la diferenciación del capital ha puesto la dualidad como inmanente a la producción, confiriéndole a ésta una estructura polarizada. El privilegio del innovador ha perdido su carácter de circunstancia contingente, fortuita y temporaria, con la aparición y el creciente predominio de empresas especializadas en explotar sus ventajas y renovarlas sistemáticamente, con un horizonte de planeamiento iterativo. En un polo, el capital tecnológicamente potenciado ha creado una nueva fuente de potenciación y tiende gradualmente a neutralizar o a subsimir las fuentes **primitivas** de potenciación del capital, con exclusividad.

La potenciación tecnológica del capital de unas empresas reduce masivamente el capital de todas las restantes, determinándolas como empresas de capital simple. Los privilegios que eventualmente favorecen a ciertos capitales a expensas de otros son gradualmente eliminados, encerrados en ciertos bolsones de resistencia, en nichos desdeñados o tolerados por inversores más poderosos, o, finalmente, son subsumidos en la nueva estructura jerárquica del capital. Las empresas de capital reducido que todavía conservan los caracteres arcaicos del capital no diferenciado, sobreviven, en ocasiones con asombrosa tenacidad, al borde de la extinción. En cambio, las empresas adaptadas al papel de complemento específico y especializado del capital dominante, operan en nichos definidos comprendidos en subsistemas capital diferenciado, regulados por empresas dominantes, de capital tecnológicamente potenciado. El proceso secular de reducción del capital se consuma en la empresa productiva especializada que ha perdido por completo la capacidad de innovar y, en virtud de esa pérdida, ha cobrado la forma específica del capital diferenciado simple.

La diferenciación del capital no ha eliminado, ni mucho menos, la competencia entre empresas de capital; el frente decisivo de rivalidad, en ambos polos, es el duelo en el que unas empresas disputan a otras los mayores grados de potenciación, y procuran la reducción de sus competidores. Pero en el polo del capital potenciado esta competencia es de carácter tecnológico y se concreta en la configuración y reconfiguración de subsistemas dominados. En el extremo del capital diferenciado simple, el tuétano de la estrategia competitiva de la empresa individual es la adopción oportuna y, en general, temprana, de técnicas avanzadas.

Ahora el capital alcanzó su forma conceptual madura, y remite a sí mismo como contraconcepto. Se comprenderá mejor esta estructura esencialmente **polar** con una representación más concreta de sus principales diferenciaciones secundarias. Distinguimos cuatro tipos de empresa de capital industrial, que designamos con números romanos y llamamos:

I. Empresas de capital industrial indiferenciado.

II. Empresas de capital diferenciado reducido, o simple.

III. Empresa de capital tecnológicamente potenciado, o complejo, o relativo.

IV. Empresa de capital tecnológico.

Los tipos II y III representan, respectivamente, el capital reducido y el capital potenciado. Pero, esencialmente, la estructura del capital diferenciado -abstracción hecha de sus mediaciones intrincadas y mutantes, a cargo principalmente de la empresa de tipo III- consta de firmas de tipo II y de tipo IV.

I. Empresas de capital industrial indiferenciado.

Es la sobreviviente de la estructura indiferenciada del capitalismo decimonónico. Su estructura interna funcional es igualmente indiferenciada: al frente de la firma permanece el padre o abuelo fundador, auténtico descendiente por vía directa del burgués; está a cargo de todo, es la personificación **personalizada** del capital en todas sus relaciones: los nexos de "affectio societatis", teñidos de paternalismo o nepotismo, el ejercicio de autoridad sobre los "dependientes", los vínculos de clientela con compradores y proveedores, los derechos contra deudores y las responsabilidades y obligaciones ante acreedores, las negociaciones, las transacciones de compraventa, el mando y el control sobre empleados y operarios (con quienes acaso comparte algunas tareas). La empresa industrial arcaica conserva la capacidad latente de innovar e intermitentemente adapta y readapta con procedimientos empíricos sus prácticas y rutinas técnicas.

II. Empresas de capital diferenciado reducido, o simple.

Se ha "tecnificado" y se mantiene actualizada en una malla de relaciones tecnológicas, al ritmo que le impone la competencia, y ha perdido la autonomía técnica empírica característica de la empresa tipo I. Tiene, sin embargo, por encima de ésta, una capacidad competitiva superior, y tiende a desplazar a sus competidores no diferenciados. El abuelo fundador ha desaparecido (o refunfuña en un rincón); sus funciones ejecutivas son desempeñadas por un "staff" de gerentes y técnicos profesionales, y hay un organigrama formal. La firma es -característicamente- licenciataria de "tecnología".

La metamorfosis del tipo I al II es posible, pero extremadamente difícil; la transformación exitosa es rara, y cuando se logra está casi siempre asociada al cambio generacional o al "take over".

La pérdida de autonomía técnica de la empresa por la que su capital se reduce y deviene capital diferenciado simple, es la prolongación del mismo desarrollo por el que primero el capital no diferenciado subsumió el trabajo del trabajador carente de medios materiales, le despojó de su oficio, **se apoderó de su mismísimo vínculo productivo**, y secuestró las capacidades esenciales de la sociedad humana: la de mantener y adaptar las técnicas productivas y -principalmente- la de crear otras nuevas. Pero el desenlace de ese proceso en el desarrollo del capital es que unas pocas empresas centralizan un subsistema porque dominan con exclusividad el poder de innovación a expensas de miríadas de empresas de capital simple, que han perdido la autonomía técnica. Es una negación parcial de su naturaleza capitalista e incluso mercantil -se desvanece el momento esencial de la independencia de los "productores privados e independientes"-, pero tal menoscabo no atenúa el carácter brutalmente compulsivo de la producción de plusvalor por la empresa de capital de tipo II sino que,

bien lejos de ello, lo exacerba hasta romper una tras otra las barreras que, erigidas en la fase del capitalismo no diferenciado, parecían conquistas definitivas de la civilización.

Las doctrinas y tradiciones del socialismo se formaron en la perspectiva del capital no diferenciado, y plasmaron en fórmulas económicas marcadas por una fase particular del desarrollo de esa estructura, la caracterizada por el surgimiento de la gran industria en la producción de máquinas herramientas. En visión retrospectiva, esas fórmulas que, centradas en la propiedad de los medios de producción, culminan en la consigna de la apropiación por los obreros de los medios materiales de trabajo, permanecen atadas a la identidad ilusoria, distintiva de esa fase particular del desarrollo capitalista, entre la materialidad de los instrumentos de trabajo y las capacidades productivas sociales.

Esa ilusión se disipa como consecuencia de la diferenciación del capital. La evolución de las armas de guerra ilustra convenientemente lo que ocurre con el desarrollo de las máquinas y equipamientos industriales de producción civil: a diferencia de un fusil de las guerras mundiales, un avión de combate de última generación no puede ser utilizado sin redes de mantenimiento y soporte logístico, sin renovación frecuente de materiales y equipos, sin transformación permanente de diseño y concepción, sin estrategia de investigación y desarrollo. El ritmo vertiginoso de la innovación técnica impone la renovación de los equipos por obsolescencia y no por desgaste. En consecuencia, el diseño industrial deja de ser la síntesis práctica de la capacidad productiva ya no es el diseño consumado sino que lo es el poder de rediseño. Mas por ese desplazamiento la máquina no deja de ser el lecho de Procusto del trabajador. Incluso cuando ha dejado de imponerle -como otrora en la planta fabril de "Tiempos Modernos"- la forma, la intensidad y el ritmo de trabajo, el despotismo del capital sobre el trabajador no es menos totalitario.

La lucha social no se centrará más en el objeto físico inerte, sino que la clase trabajadora formada por el desarrollo del capital y transformada en su estructura y perspectivas por la diferenciación del capital, no tendrá más remedio que ser contemporánea de sí misma, retomar la batalla por el control de su proceso inmediato de trabajo y la guerra por la apropiación de sus propias, ínsitas, capacidades productivas. Tomará en cuenta las estructuras productivas desarrolladas por el capital y encontrará en ellas los resortes del cambio.

III. Empresa de capital tecnológicamente potenciado, o complejo, o relativo.

La empresa de tipo III ha secuestrado la habilidad esencial de la humanidad; la capacidad, genérica y milenaria, de recrear y modificar las técnicas productivas. Y la ha convertido en un medio de apropiación de plusvalor; en capital, sí, pero en capital dotado del elemento que diferencia el capital e inaugura una nueva época en el desarrollo del capitalismo.

En la vieja estructura del capital **no diferenciado**, el capital es capital porque la empresa es una entre muchas, y la tasa media de ganancia cobra objetividad porque es la expresión fenoménica de una tasa de plusvalía uniforme; [1]el valor capital es una transformación del valor, el cual, a su vez, tiene su fundamento en que el producto que toma la forma de mercancía con las determinaciones del capital es reproducible, **y en que lo es por otros**; el capitalista industrial tiene en su capital un medio para apropiarse de plusvalor produciéndolo, y lo realiza a una tasa normal porque también sus rivales tienen el mismo medio de producción y apropiación de plusvalor.

En contraste, el capital tecnológicamente potenciado, o relativo, que predomina en la nueva estructura, no es para la empresa propietaria meramente capital, en tanto medio de apropiación de plusvalor a una tasa normal. Es capital **potenciado**. Pero sólo puede serlo porque -y en tanto- **no lo son** los capitales de sus competidores en ciernes, sea porque carecen de la capacidad de ofrecer el mismo producto, sea porque no pueden obtenerlo al mismo costo. No es tampoco capital potenciado por una circunstancia extrínseca (como un monopolio político), sino que la fuente de su potencia

extraordinaria de apropiación de plusvalor a una tasa superior a la media se renueva de modo permanente mediante innovaciones en procesos o en productos. En el primer caso un monopolio temporario le permite apropiarse de más plusvalor que el que produce; en el segundo, al conferir -además- una productividad extraordinaria al trabajo que explota y un valor capital ficticio a los elementos de capital simple en los que plasma y realiza el paradigma técnico novedoso, produce (y "reproduce") el milagro de la tasa de plusvalía extraordinaria. En ambos, el elemento de diferenciación y el medio por el cual obtiene una tasa sistemática de ganancia extraordinaria, es la capacidad de re-innovar.

La empresa de capital relativo concentra la capacidad tecnológica de la sociedad en grandes áreas sectoriales y disciplinarias, y centraliza el poder de innovar. La escisión de la mercancía en mercancía y dinero (donde a la hora de acuñar la moneda, imponer el poder legal cancelatorio del medio de pago, sostener el medio de circulación simbólico con disposiciones sobre curso forzoso, asomaba oportunamente el Estado) apuntaba más allá de la existencia separada de la sociedad civil. El capital no diferenciado trascendía la separación de la sociedad civil. Por un lado, virtualmente, al ejercer sobre el trabajador su poder, circunscripto, empero, a la planta industrial; y, por otro, de un modo todavía extrínseco, cuando el mismo capitalista o su corporación mantenía la ambigüedad del Estado moderno, beneficiándose al mismo tiempo de su universalismo y su particularismo. Por fin, la diferenciación del capital en capital simple y capital tecnológico compuesto niega por necesidad inmanente la universalidad del Estado. Como consecuencia, todos los viejos fantasmas son convocados aún una vez más, sin que su carácter anacrónico los dispense de su ferocidad: la acumulación primitiva, el despojo colonial, la política gran imperialista.

*

La empresa tipo III tiene las necesidades que también son propias de la gran empresa de capital no diferenciado (en sentido real): dominar poblaciones, territorios, recursos naturales, rutas y mercados, influir en la vida política, llevar a cabo maniobras financieras, controlar los poderes públicos -ejecutivo, legislativo, judicial-, la prensa, la educación. El uso de la fuerza es tan eficiente como su efecto demostrativo, el secreto de la extorsión ("arm twisting") es la delicada apreciación de la oportunidad y la circunstancia. No ha menester más que una semilla de recursos propios, potenciados por agencias de prestigio y "funding agencies" nobilísimas, para que sus lobbies y emisarios de ocasión operen con eficacia contundente, como otros tantos eslabones de la cadena de extorsión [2] que extiende la autoridad interior de la empresa de capital, trasciende su esfera de administración directa, para devenir el centro de poder ignoto que conforma el interés social a su interés privado: poder de, inter alia, captar, evaluar, seleccionar y procesar la gigantesca masa de datos que circula públicamente, convertirlos en información relevante; poder para imprimir el curso general deseado a la opinión y los recursos. Podrá también concentrarse en obras puntuales en campos acotadísimos cuyo significado y potencial práctico únicamente se tiene desde la perspectiva de la gran planta conceptual del capital tecnológico, ensambladora de planes, programas y proyectos innovativos.

La administración en gran escala, exitosa y sostenida en el tiempo, de la investigación tecnológica, se fundamenta en la acción y estimulación recíprocas entre investigación aplicada e investigación fundamental. Este nexo esencial mantiene vigentes los subsistemas capitalistas nacionales de los países con iniciativa en el campo de la investigación fundamental; la asignación de reconocimiento y recursos a instituciones científicas de exelencia y relieve las convierte deliberada y explícitamente en otros tantos instrumentos de liderazgo y predominio, [3] mientras su abandono sella el destino de las naciones. La disolución de subsistemas económicos nacionales de capital indiferenciado ("apertura", formación de bloques económicos), la fusión de los mercados bursátiles mediante el arbitraje instantáneo, la transnacionalización del sistema innovativo de la empresa de tipo III

("internacionalización del capital"), etc., erosionan el carácter moderno (burgués) del Estado, jerarquizan ("enfeudan") los estados nacionales, privatizan la ciencia y vacían los sistemas de representación democrática, mutatis mutandi, en toda la escala jerárquica de la sociedad política mundial. Tal vaciamiento, la amputación del concepto de soberanía popular, es el quid del culto oficial al principio de la democracia, el secreto de su prescripción imperial.

*

En plena época del capital tecnológico, ¿es concebible una revolución que no levante un programa de reforma de la ciencia? Tal reforma tuvo expresión anticipada en los 60 con el reclamo generalizado de democracia en la educación. El espíritu de la época pudo creer, con alegría, que esa lucha comenzaba por fin. Pero fue un falso comienzo porque, por de pronto, no se desplegó en un cuestionamiento generalizado del despotismo totalitario del capital en la jerarquía burocrática financiera de la ciencia institucionalizada. Tampoco se comprometió con el contenido y la vida misma del saber institucionalizado en el elemento de esa vida: la enseñanza y la investigación. Ignoró por completo el carácter específico del trabajo subsumido por el capital, y mixtificó el ansia de creación menoscabándola como el reclamo no mediado de una necesidad abstracta. Con todo su gozoso anuncio de cambios profundos y definitivos, mayo del 68 convalidó, en definitiva, las estructuras del poder, y favoreció otra reforma, la diferenciación del capital. Acaso un nuevo talante en la producción intelectual, señalado por la recuperación del elemento activo de la filosofía propiamente dicha en el interior de la ciencia, y más aún, en las aplicaciones y desarrollos propiamente tecnológicos, será próximamente la señal sutil pero inequívoca de una nueva perspectiva: si el ideal de la filosofía en la época del capital no diferenciado era devenir científica, el ideal de la ciencia en la época del capital diferenciado es elevarse a su propia altura, **filosóficamente**.

*

Toda técnica tiene su sentido en una cultura particular; la tecnología es la forma histórica específica de la cultura técnica del capital. En este marco el progreso de las fuerzas productivas se apoya en la organización social de la ciencia institucionalizada por medio del "sistema de innovación técnica", el cual se transforma pari passu con las fases del desarrollo capitalista. En la época del capital diferenciado la escena de la innovación está dominada por la competencia entre empresas de capital tecnológicamente potenciado. Es una lucha de gigantes: la empresa característica de tipo III es la corporación transnacional. De los grandes choques tectónicos emergen y sumérgense continentes enteros y se remodela el orbe todo del capital. Lo novedoso no es tanto la complejidad y el dinamismo de las barreras a la entrada de competidores en toda la gama sectorial de actividades de los subsistemas transnacionales centralizados por las empresas de tipo III, como las vallas móviles que interponen a la mutación de las empresas de tipo II. El enorme crédito de aquéllas les permite movilizar recursos desproporcionados a su capital comprometido (desembolso y garantía), de suyo descomunal.

Tres economías de escala, [4]características, crecen geométricamente ilustrando la naturaleza del capital potenciado: el tamaño de los proyectos de R&D, que ha cambiado de orden de magnitud en plazos comprendidos entre un lustro y una década, hasta sobrepasar los "billions" (miles de millones de dólares); el tamaño de las macrocarteras de macroproyectos de R&D que, debido a su alto riesgo, tienen que ser numerosos y variados; la escala mínima de recursos, que es aún mayor en los frentes de inversión secundaria, acoplados al lanzamiento de una innovación mayor ("breakthrough"), la cual involucra el rediseño y la reconstrucción de subsistemas económicos completos (con efectos que se

propagan aún más por eslabonamientos como los descriptos por Perroux), y la consiguiente transformación de la geografía económica.

El carácter variado de los proyectos involucrados en cada innovación atañe asimismo a sus secuencias (en serie, en paralelo) y a su grado de madurez: mientras unos proyectos son óvulos dinerarios fecundados por ideas, otros están en estudio, en experimentación a nivel de laboratorio o planta piloto, algunos más ya hacen cola en el "pipeline" de los próximos lanzamientos al mercado, otros, en fin, alcanzaron la fase de realización del capital relativo, devengando ganancias extraordinarias por administración (en plantas industriales propias, p. ej. en el primer estadio del ciclo que Vernon llama "del producto" [5] y preferimos llamar de la re-producción), y todavía otros, ya próximos a agotar el contenido de innovación que portaban, entran en la fase de difusión controlada. Esta última etapa del negocio -antes de su renovación- convierte a la firma de tipo III en licenciadora de "tecnología" a firmas del tipo II e incesantemente re-configura subsistemas capitalistas y crea otros nuevos en los que también predominan las relaciones directas de acumulación, fuente adicional de ganancias extraordinarias. Estas tres economías de escala son recíprocamente sinérgicas: ¡la altura, elevándose, clama por la cumbre, **abyssus abyssum invocat!**

*

El cuadro todo de la sociedad capitalista cambia como consecuencia de la escisión del capital industrial en capital simple y capital compuesto. En la vieja estructura del capital no diferenciado, el vaivén cíclico de los períodos de inversión presentaba regularidades que, habida cuenta de diferencias significativas entre ciclos consecutivos, admitían una descripción general; la fase de animación de los negocios desembocaba en un proceso de rápido crecimiento de la escala de la reproducción capitalista global, subía la ocupación, mermaba el "ejército industrial de reserva", el crédito animábase orgiásticamente, el salario subía hasta sobrepasar el valor reflejo [6] de la fuerza de trabajo; y oleadas de alivio transitorio a la miseria y andanadas de efectivo progreso y bienestar corrían raudas hasta que, intempestivamente, la abrupta caída de la tasa de ganancia y el empinamiento perverso de la tasa de interés desencadenaban las quiebras, provocaban el pánico financiero, y sobrevenía la crisis.

La estructura del capital diferenciado tiene otro movimiento. La fase de animación exacerbada no se transmite al todo social articulado, interactivo, sino que se limita a focos restringidos de encadenamientos intensos, en subsistemas circunscriptos. La expansión de éstos no disminuye significativamente la desocupación; el salario medio no sube, acaso ni siquiera en términos reales, pese al incremento sin precedentes de la productividad en calidad y cantidad, sino que la estructura social del salario sufre una diferenciación profunda que amenaza la identidad de clase de los asalariados del capital. Por un lado, multitudes de colonos industriales revistan en las filas de los trabajadores del capital, aportando filantrópicamente al capital social sus patrimonios que se realizan como cuasi-capital: son, si se quiere, capital propio, pero no propiamente capital; capital de ellos mas no para ellos. Por otro lado, el ejército industrial de reserva cobra otro carácter: una masa de población es **expulsada** de la producción en cada fase de **expansión** de los negocios, con la apertura de cada nueva gran frontera de inversión, sumándose a la porción creciente de la humanidad para la cual el sistema se ha vuelto incompatible con la supervivencia y por cierto con la vida civilizada.

¿Qué perspectiva histórica surge de la escisión del capital en capital simple y capital compuesto? ¿Es acaso el anuncio de la emancipación de los trabajadores o, por el contrario, la prueba de que la alienación de sus fuerzas productivas se ha tornado irreversible? La clave de la respuesta ha de

buscarse en la diferenciación del capital: la maduración de este proceso deja en claro cuál es la causa primera, la finalidad última, **¡la presa mayor!**, de la lucha de clases.

IV. Empresa de capital tecnológico.

Los extremos se tocan. La empresa de tipo IV es notablemente semejante a la empresa de tipo I. Relativamente pequeña, organización informal, dirección personalizada. En la época del capital diferenciado, una representa el pasado, la otra el futuro, y ambas viven una existencia individual azarosa y precaria. Hay, empero, no obstante las semejanzas, un mundo de diferencia. La empresa I crea plusvalor, la empresa IV produce un bien irreproducible (carente de valor), [7] una condición para cierto trabajo superproductivo que sólo puede realizar otra empresa, de tipo III, dotada de poderes superiores y recursos de otro orden de magnitud. Es rara, casi imposible (como, mutatis mutandi, la metamorfosis de la firma tipo II), su transformación en una corporación tipo III, centrada en la explotación innovativa de investigaciones e invenciones. El desenlace más probable del esfuerzo de una empresa tipo IV (llamadas a veces cerebro-intensivas) por emprender un desarrollo de este tipo es sucumbir en la competencia, o depender de una empresa tipo III, sea como proveedor externo esporádico o permanente de tecnología con contrato de locación de obras tales como investigaciones y desarrollos ad hoc o con régimen de servicios externos de consultoría y asesoramiento tecnológico, o bien ser fagocitada por la empresa de tipo III y formar parte de ella como una unidad jerárquicamente subordinada por administración.

En el mundo de nuestros días predomina el capital tecnológicamente potenciado. La empresa de tipo III -con sus proezas tecnológicas que sobrepasan toda posibilidad y extienden las virtualidades humanas-resplandece en el centro del escenario y en la penumbra transcurre la frustración de los explotados, su ansiedad angustiosa por el carácter precario de su ocupación, y el sufrimiento inenarrable de los condenados al exilio social masivo.

[1] Siglos antes que el naciente predominio del capital industrial diera vida y figura a la sociedad capitalista, ya el capital comercial, sin que nadie lo supiera ni lo quisiera, al universalizar la mercancía, había dirimido y liquidado la controversia medioeval sobre la realidad de los universales. "¡Universalis sunt realia!", exclama la mercancía que se vende, a la par que aniquila su forma mercancía en la que todos sus atributos de cosa social, su carácter de producto, eran todo lo contrario: espejismos, universales irreales, "flatus vocis". Este lenguaje escolástico que identifica la especificidad de la mercancía permaneció indescifrado hasta que Marx supo captarlo y explicarlo, usando adecuadas expresiones de corte teológico, preñadas de concepto, como "transmigración de las almas", "substancia social", "objetivación del trabajo", "abstracción real". Pero, debido a que Marx mismo no mantuvo firme la distinción entre valor y valor mercantil, su dilucidación del mensaje cifrado de la mercancía no fue completo, y permaneció en el olvido todavía por más de un siglo.

[2] La novedad que ofrece la estructura del capital diferenciado es la institucionalización supranacional del sistema de extorsión dineraria. "La **coacción** se verifica del modo siguiente. En el lado de la existencia del hombre se liga una cosa cualquiera como condición de ella, de manera que si él quiere conservar esa existencia él tiene que tolerar lo otro." (HEGEL, op. cit., pág. 34). La tragicomedia acompaña, como una

sombra, la consumación del nuevo sistema: las denuncias de corrupción administrativa no son más que otros tantos episodios de la institucionalización del sistema de corrupción universal. El problema teórico que plantea no es el de cómo y porqué *pari passu* con la diferenciación del capital, la coacción dineraria disuelve las formas propiamente modernas del Estado, y, con ellas, la legitimidad de una soberanía popular ilusoria pero verosímil, sino el de cómo y porqué esa disolución dejó de ser escándalo.

[3] Es una verdad evidente que el avance de la ciencia amplía los horizontes de sus aplicaciones tecnológicas. Mas, paradójicamente, no es verdad que un país que cultiva una ciencia descolante tenga asegurada *eo ipso* una decisiva ventaja capitalista, un lugar superior en la escala de la potenciación del capital. Pues en la competencia tecnológica internacional la ciencia local no es el fundamento de la investigación tecnológica aunque sí, ocasionalmente, el instrumento propicio para la depredación *intélope* (R&P, research and piracy).

"Or le propre de la recherche de base est précisément de produire de la compétence nécessaire pour comprendre, traduire et exploiter le potentiel scientifique humain, qu' il soit produit localement ou à l' autre bout de la planète". DURAND, Thomas "Prix Nobel et développement économique", *La Recherche* 249, Decembre 1992.

[4] Más precisamente, nos referimos a tres escalas mínimas de inversión rentable en I+D, que crecen en el tiempo, *pari passu* con la transformación del horizonte tecnológico.

Una cuestión distinta es la de si se verifican "economías de escala", en el sentido, aquí, de rendimientos crecientes, a medida que los proyectos sobrepasan esos niveles mínimos. "Empirical studies tend to reveal the absence of economies of scale in the research and development process beyond a minimum scale". KAMIEN, Morton I, SCHWARTZ, Nancy L. "Market structure and innovation" (1982), Cambridge University Press, 1989. Pág 217.

[5] Es oportuno señalar que el ciclo de Vernon (producto nuevo, producto en fase de maduración, producto tipificado o "standardized") son características del capital no diferenciado. *Mutatis mutandi*, el ciclo de reproducción que al que aludimos está comprendido en la tercera fase del producto de Vernon, en tanto que las dos primeras tenderían a perder relevancia, al quedar subsumidas en el proceso de I+D. Empero, los estudios de este autor contienen estimulantes reflexiones que permiten comprender el proceso de diferenciación del capital en estado naciente; esto es así, en particular, en el caso de su discusión sobre la variación de los patrones internacionales de localización industrial de acuerdo con la fase del ciclo del producto. Cuando en parte infiere y en parte deduce el patrón de localización propio de la tercera fase, y especula sobre su posible tendencia en los llamados países subdesarrollados, anticipa desde hace tres décadas el escenario de hoy. Cfr. VERNON, Raymond "International Investment and International Trade in the Product Cycle" (1966), in: ROSENBERG, Nathan (Ed.) "The economics of technological change", Penguin Books, 1971.

[6] Argumentaremos que la mercancía "fuerza de trabajo" carece de valor immanente.

[7] Las empresas tipo I y II producen plusvalor absoluto, la empresa tipo III produce plusvalor diferencial, la empresa de tipo IV produce las condiciones (diferenciadoras) del capital tipo III por las que éste produce plusvalor diferencial. Este aserto, empero, considera esquemáticamente el capital industrial, y su estructura diferenciada, de manera abstracta, sin tomar en cuenta la diferenciación formal ni (por lo tanto) la diferenciación del capital real. Tampoco da cuenta de las secuencias en el proceso de adopción por parte de las empresas tipo II: los adoptadores tempranos recogen remanentes del privilegio del innovador; de allí el apremio crónico del usuario de equipos industriales, que el proveedor explota con el argumento de venta favorito: "domani, troppo tardi". El análisis unilateral de la cronoestructura del capital -en tanto sólo se atiende a la diferenciación formal- es igualmente incompleto. Para observar el capital relativo en plena acción, y comprender cómo las empresas tipo III y las tipo II de avanzada utilizan la producción de plusvalor diferencial como método de obtención de ganancias extraordinarias, no es imprescindible ni, en general, posible, abarcar el sistema del capital diferenciado como la totalidad concreta a la que el concepto remite, sino que basta investigar el proceso de trabajo en el marco de la cronoestructura del capital empresario.

3.2.0. El trabajo que produce valor diferencial. Sus determinaciones simples.

El capital tipo II conforma una estructura en la que se acentúa la división capitalista del trabajo, pero esta estructura es, ahora, heterónoma, y al trabajo mismo comprendido en ella le ha sido amputada la función esencial (muchas veces milenaria) de versar sobre su propia forma técnica; ahora la conformación **cuantitativa** de la estructura de la producción pasa a ser controlada por las empresas de capital tecnológico, de tipo III. Mientras la empresa tipo II, productora de plusvalor absoluto, tiende a especializarse en una rama, incluso en un proceso u operación, la empresa de tipo III, productora de plusvalor diferencial, [1]recombina actividades especializadas en un espectro sectorial y geográfico diversificado.

El trabajo que se lleva a cabo en la totalidad de las empresas del tipo IV involucra directamente una porción minúscula -infinitesimal- de la fuerza de trabajo social. Para comprender hasta qué punto representa, empero, la transformación más trascendente en la historia económica desde la génesis de la mercancía y su transición al capital, y es a la par la culminación lógica de este desarrollo, es necesario retornar a la contraposición entre caracteres genéricos y específicos del trabajo que produce mercancías. Así como el capital industrial no diferenciado es la conformación de la relación laboral y del proceso mismo de trabajo productivo al concepto general de capital, la diferenciación del capital completa la subsunción del trabajo por el capital mediante la explotación de un trabajo que es productivo pero no reproductivo.[2]

Marx analiza en el Tomo I de "El Capital" tres funciones del trabajo: la de conformar valores de uso, la de crear valor, [3]y la de conservar el valor de las condiciones de trabajo. Analiza las dos primeras al estudiar el valor (Capítulo I) y la tercera en el marco del plusvalor (Capítulo VI). El que estas funciones del trabajo productivo puedan y deban exponerse con abstracción de las formas mercancía y capital es -hemos subrayado- señal elocuente de su dimensión genérica, aunque nuestra exposición del valor mercantil puso de relieve en el valor de la mercancía, e incluso en su valor de uso, la impronta específicamente mercantil. El reconocimiento de esta reversión sobre el momento genérico de las categorías económicas mostró que en ella la abstracción de la forma mercantil es determinada; que, en primer lugar, las diferencias latentes en el concepto abstracto se ponen de manifiesto en la estructura más específica (más desarrollada) y, en segundo lugar, que la dimensión genérica tiene su realidad comprometida en su determinación formal.

El trabajo humano que el capital industrial devora vivo y convierte en su propio proceso interior, sirve a todas las empresas de capital tecnológicamente potenciado (tipo III), y a algunas adoptadoras tempranas o circunstanciales de capital simple (tipo II), como el medio necesario para apropiarse de una tasa de ganancia extraordinaria, ya sea porque ese trabajo -y, por ende, el capital mismo- produce valor relativo o diferencial, y, si es así, porque (caeteris paribus) [4]el valor individual de su producto es menor que su valor; ya porque el valor **mercantil** de ese producto supera su valor, el cual, en el límite, es nulo. En ambos casos, al realizarse en la forma adecuada de valor mercantil, el capital relativo **comanda** más valor que el valor-capital de su producto, y, en general, **comanda** más plusvalor que el contenido en su producto de valor. También en ambos casos, es su capacidad **relativa** de crear valor o, lo que es lo mismo, su capacidad de crear valor diferencial, lo que convierte al trabajo vivo en un medio específico de apropiación de ganancia extraordinaria para el capital

relativo.

*

La creación de valor relativo es el fundamento de la diferenciación del capital. El fundamento mismo es genérico, propio de la producción de valor en general; pero en las estructuras mercantiles y de capital no diferenciado, la creación de valor relativo (y la consiguiente creación relativa de plusvalor), en la medida en que coincide con el privilegio del innovador, es episódica y temporaria. En contraste con ese margen eventual, lo propio y específico del capital tecnológicamente potenciado -con su cartera de proyectos de innovación siempre renovada- es reproducir permanentemente el privilegio del innovador, idéntico, esencialmente, al de producir valor diferencial -y, en consecuencia, plusvalor diferencial-. La distinción entre innovaciones de proceso y de producto es cada vez menos relevante, pero, contra el nominalismo del hipotético usuario omnisciente y racional, el encantamiento de la gran marca impone el maná exclusivamente ofrecido por la empresa providencial que posee a la par el privilegio del innovador y el poder monopólico. La diferenciación de productos [5] invade rápidamente el espectro completo de los valores de uso mercantiles. En tanto la mercancía del capital diferenciado es una mercancía diferenciada, lo propio del capital relativo no es el poder de diferenciar su producto, sino que ese poder en el caso de la empresa tipo III se basa principalmente en el dominio directo o indirecto de las fuentes de renovación tecnológica de sus técnicas productivas.

El valor de uso del producto-mercancía del capital diferenciado, en consecuencia, ya no será meramente un valor de uso mercantil, sino que la promesa de felicidad que antes se ofrecía y renovaba en la figura del Estado moderno, la "promesse de bonheur", pasa al producto diferenciado. Lo que antes era proyección, ahora es espejismo: el citoyen se ha confundido con el bourgeois. El cielo y el paraíso secularizados se reparten entre los winners y los losers, entre los indigentes y los solventes. El comprador, siempre ansioso por adquirir a tiempo la diferencia, soñará en vano con apropiarse de las cualidades útiles evanescentes de su mercancía, y hará la experiencia de que la promesa incumplida está otra vez, invitante y seductora, en el mercado. Así como la mercancía del capital tecnológicamente potenciado es portadora de las nuevas determinaciones de la estructura productiva, así también la innovación técnica es ahora específicamente un proceso de diferenciación del capital.[6]

Pero la transformación más profunda se verifica en la estructura de una mercancía peculiarísima. Es la mercancía "fuerza de trabajo".

*

El trabajo crea valor pero, explica Marx (de acuerdo con Ricardo y ambos contra Smith) carece de valor. ¿Cómo conciliar este concepto del trabajo con el de la forma-mercancía del "trabajo"? Marx subraya repetidamente que en la relación trabajo asalariado-capital lo que reviste la forma de mercancía no es el trabajo mismo sino la "fuerza" o capacidad laboral que el proletario pone a disposición de un capitalista en un lapso estipulado por contrato. Esta mercancía, como todas, posee

valor de uso y valor mercantil, y éste está determinado tendencialmente por el precio-capital de la canasta de bienes salariales ("wage goods") necesarios para que el obrero lleve una vida convencionalmente digna, incluido el componente "histórico cultural" que añade Marx al concepto ricardiano. Marx sostiene que esta determinación del precio de la mercancía fuerza de trabajo (el cual tiende a coincidir con la suma de los precios-capital de los bienes salariales componentes de esa canasta) es la determinación del valor de la fuerza de trabajo.

Pero: los obreros asalariados lo son, precisamente, porque no les es dado crear valor fuera de la jornada de trabajo que cumplen bajo la supervisión directa del capitalista, **ni, pueden, por ende, conservar valor.** Esto es así porque, en general, el trabajo que realizan fuera de esa jornada está al margen de la relación productiva. Todo hombre mercantil -y el obrero lo es- lleva a cabo algún trabajo directamente consuntivo, y este trabajo, como cualquier otro, participa de la función genérica de crear valor de uso, pero éste es un valor de uso directo, no mercantil, y el valor individual de los productos del trabajo consuntivo permanece encerrado en su singularidad por la misma condición del proletario del capital por la que su trabajo productivo sólo puede ser mercantil y su trabajo mercantil sólo puede ser asalariado. El trabajador adquiere la canasta de bienes salariales. Supongamos que la compra en su valor y admitamos que el valor mercantil de la fuerza de trabajo coincide con ese valor. ¿Cuál es -entonces- el valor de la fuerza de trabajo?

El trabajador consume, y al consumir repone o recrea su propia fuerza de trabajo, pero no la produce. Creó un valor de uso para el capital mediante la transformación de la canasta salarial en capacidad renovada de trabajo, pero este trabajo -consuntivo- que transformó un valor de uso en otro no ha creado un nuevo valor ni ha conservado valor alguno. La transformación del valor de uso de las mercancías salariales en el valor de uso de la mercancía fuerza de trabajo es realizada por el trabajador y su familia, y le cuesta trabajos y sacrificios sin fin; lo hace por necesidad, para sobrevivir, y, al mismo tiempo, lo hace para el capital, y vive para el capital; por su parte, la transformación cualitativa de los "wage goods" en capacidad laboral, *conditio sine qua non* del capital, es realizada por el trabajador de modo absolutamente gratuito e incondicional, sin que le cueste la más mínima fracción de centavo al comprador de la mercancía fuerza de trabajo; ésta tiene valor mercantil, pero no posee valor. Nada puede ser más acorde con el espíritu de Marx, quien, sin embargo, debido a que sólo distingue de un modo incompleto entre valor y valor mercantil, sostiene lo contrario.

*

Nuestra atención está centrada en las funciones del trabajo y, en particular, en el valor de uso de la mercancía que ofrece y vende el trabajador asalariado. Identificamos cualquier mercancía por su valor de uso, y si 20 varas de lienzo son un objeto de naturaleza tal que la realización de su utilidad requiere todavía, después de su cambio de forma social, una transformación material ulterior (teñido, corte, costura, confección), no es preciso puntualizar que el soporte material de la mercancía misma no se convertirá con su solo traspaso en un valor de uso inmediato para su nuevo dueño. Pero en el caso de la mercancía fuerza de trabajo, enseña Marx, el valor de uso no se transfiere por el simple cambio de titularidad en el acto de compraventa; el obrero vende la mercancía y el comprador no puede apropiarse de su valor de uso sin poner a trabajar a su vendedor. Pues lo que ofrece y vende el trabajador -explica- es la disponibilidad de su capacidad laboral durante el lapso estipulado. El capitalista compró esta mercancía y al tomar posesión de ella se dedica a apropiarse de su valor de uso. Y bajo su mirada vigilante se ponen en juego sus funciones: conformar el valor de uso, producir valor que contiene plusvalor, conservar el valor de sus objetos e instrumentos. En el proceso de producción la función del trabajo de conservar valor inherente al proceso de creación de valor, e inseparable de él.

Estas tres funciones genéricas constituyen una unidad necesaria, pero lo propio de la estructura

mercantil es que en ella esa unidad no es inmediata. El trabajo individual es, en cuanto eslabón de una secuencia convergente ("downstream") de trabajos individuales en paralelo y en serie, que suman sus aportes a la creación de un producto de valor social, una unidad de las tres funciones. Desde el punto de vista del proceso de valorización (sin tomar en cuenta la fragmentación de la propiedad del capital), tomándose esa secuencia como un continuo, no se distingue el último "valor añadido", de modo que el valor del producto coincide con el producto de valor y el valor mismo tiene su cuerpo en un producto material útil reproducible. El grado de integración vertical del proceso de trabajo no influye, de suyo, en el valor del producto (aunque sí en el producto de valor).^[7]

Consideremos, primero, la reproducción del capital no diferenciado, con omisión de la diferencia cuantitativa entre valor y valor mercantil; con abstracción, asimismo, del valor diferencial producido por trabajadores singulares merced a la variabilidad de los rasgos individuales en la población trabajadora, y del privilegio de innovación fortuito y temporario de las empresas no diferenciadas. La distinción marxiana entre plusvalía absoluta y plusvalía relativa, se refiere a las variaciones de la tasa de plusvalía; en otras palabras, a las variaciones de la cuantía de plusvalor producido por unidad de "valor" (mercantil, según nuestro argumento) de la fuerza de trabajo que, en este marco, debe suponerse idéntico al valor de la canasta salarial. La variación en la tasa de plusvalía -caeteris paribus- proviene ya de una prolongación de la jornada de trabajo ("absoluta"), ya de una disminución en el valor mercantil ("valor") de la fuerza de trabajo ("relativa"), o de una combinación de ambas. Mas obsérvese que estas variaciones no afectan la uniforme igualdad sectorial de las tasas de plusvalor: la fuerza de trabajo se paga en su "valor", éste es uniforme, la jornada de trabajo promedial en cualquier rama produce la misma cantidad de valor.

Esa estructura es transformada por la diferenciación del capital. El capital tecnológicamente potenciado utiliza una fuerza de trabajo extraordinariamente productiva: en igual lapso, crea más valor que el capital medio por unidad de capital variable, y, en consecuencia, a igual "valor" de la fuerza de trabajo, más plusvalor. La tasa de plusvalía superior, y la plusvalía extraordinaria, son compatibles -obviamente- con un "valor" elevado de su fuerza de trabajo (superior al promedio en igual o menor proporción que su productividad de valor); cabe que la empresa de capital relativo (tipo III) escoja en el mercado de fuerza de trabajo las personas portadoras de la capacidad laboral mayor, pero en general no es ésta la fuente de su productividad superior sino que, al revés, su tasa de plusvalía superior se incrementa aún más debido a que su consiguiente poder "monopsónico" le permite emplear fuerza de trabajo selecta. Ahora bien: el capital tecnológicamente potenciado (tipo III y primeros adoptadores tipo II) explota su propia fuerza de trabajo, que dirige en general por administración, pero explota también en parte toda la masa de trabajo social movilizadada por las empresas de capital diferenciado reducido (adoptadores tardíos tipo II). Esta explotación relativa le brinda un radio de acción que desborda todos los límites del capital no diferenciado y del capital simple.

Por efecto de la diferenciación del capital una masa ingente de trabajadores capitalistas no asalariados se incorpora al proceso productivo. Estos trabajadores (comprendidos, entre ellos, profesionales incompletamente proletarizados y gentes con oficio) presentan el aspecto social propio de burgueses, incluso de patrones empleadores, y lo son en verdad, porque contratan trabajadores asalariados y son propietarios de instrumentos de producción, y sus capitales son capital, incluso capital real, sin ser realmente capital para sus dueños. (Los cuales, empero, debido a que son extraordinariamente dependientes, y vulnerables a la extorsión económica, y dado que tienden a identificarse con la imagen y los intereses del gran capital, tanto más exaltadamente cuanto más ilusorio y precario es su carácter burgués, son virtual y ocasionalmente carne de cañón para los proyectos políticos de la derecha). Pero no hay que confundir estas empresas de cuasi-capital o, en verdad, de hemi-capital, producto a la vez de las estrategias de desintegración ("tercerización", "out-sourcing") de las empresas de capital diferenciado (tipos II y III), de sus sistemas de explotación del trabajo y de sus estrategias para eludir impuestos, obligaciones previsionales y, principalmente, con la esperanza de atenuar o

trasladar los rigores de la lucha de clases, con las empresas de capital de tipo I o II. Esta relación, por un lado, permite a las empresas tipos II y III arrojar lastre del denominador de su tasa de ganancia (con una merma proporcionalmente más pequeña en el numerador), y, por otro, brinda sustento social y económico a la nueva estructura del poder civil que literalmente penetra en el Estado, transformándolo en Estado **post**moderno, [8]acorde con el sistema supranacional del capital diferenciado.

*

Las tres funciones del trabajo productivo son genéricas, pero su cristalización en categorías económicas autónomas, en las que se pone de manifiesto a la par su carácter complementario y su diferencia, pertenece específicamente a la estructura del capital. Ahora bien, la diferenciación del capital pone de manifiesto retrospectivamente que había aún otra función productiva del trabajo, igualmente genérica, complementaria y distinta. Toda cultura histórica produce y reproduce sus técnicas de trabajo; la condición primordial de todo trabajo humano es una interacción, como ocurre p. ej. en el lenguaje, por la que el individuo, a la par que lleva a cabo cada tarea singular, participa en una estructura productiva en la que las formas materiales o técnicas de trabajo se recrean, se enseñan y se aprenden, se fijan, ya simbólicamente (por ritos o ceremonias institucionalizadas, invocaciones, cantos, dibujos o diseños, manuales de operación y mantenimiento), ya en la materialidad -no carente de simbolismo- de los medios y condiciones de trabajo: como muy principalmente en el germoplasma de animales, plantas y microorganismos "mejorados", domésticos, que son objeto de permanente selección e intercambio, y otras de enumeración interminable: obras de riego, de defensa militar, funerarias y ceremoniales, navíos, herramientas, silos, bretes y corrales, máquinas, armas, enseres, implementos...

La **producción de técnicas productivas** es el fundamento de todo trabajo humano; es, por eso, el momento primordial de la soberanía, de la libertad política, y de la emancipación social de los trabajadores del capital. El desarrollo acumulativo de esta producción primordial, antropogenética, acompañó siempre todo proceso laboral durante la evolución histórica de la organización social del trabajo, prosiguió en la transformación mercantil de la división social del trabajo, devino universal con el desarrollo capitalista de la producción mercantil, y alcanzó esta encrucijada con la escisión entre capital simple y capital tecnológico. En el primero se consuma la reducción del trabajo a trabajo reproductivo; en el segundo, la **producción de técnicas productivas**, inextricablemente unida a la producción humana, es secuestrada por un poder extraño, que la convierte en un medio de apropiación de plusvalor diferencial.

La abstracción de esta función genérica del trabajo en la exposición clásica la daba por sentada como condición natural de todo trabajo, al punto que su mención sería redundante, pero al mismo tiempo esa omisión anticipaba inconscientemente la diferenciación del capital.

-

[1] La producción de plusvalor diferencial, o producción relativa de plusvalor, no debe confundirse con el "plusvalor relativo", vis à vis "plusvalor absoluto", en el sentido de Marx, quien -según interpretamos- llama plusvalía absoluta al incremento en la producción de plusvalor proveniente, caeteris paribus, de una extensión de la jornada de trabajo, y plusvalía relativa al incremento en la cuantía del plusvalor que logra el capital mediante la reducción del tiempo de trabajo necesario para reponer el "valor" de la fuerza de trabajo. Ahora bien, cuando la empresa de capital tecnológicamente potenciado disminuya el valor individual de su capital mercancía, manteniéndose el valor del mismo, puede disminuir el trabajo "necesario" incluso si paga la fuerza de trabajo por encima de su "valor". Bajo este supuesto la empresa tipo III produce plusvalor diferencial porque produce valor diferencial.

[2] Obviamente, no es "productivo" en el sentido de Marx, quien sostiene que el trabajo productivo en un marco capitalista tiene que crear plusvalor. Su perspectiva es la del capital no diferenciado.

[3] Subraya también, repetidamente, que el trabajo productivo reproduce la relación productiva. Pero esta función está implícita en el concepto mismo del valor y sus formas mercancía y capital. Esto es así, a fortiori, en el capital industrial diferenciado: la relación productiva reproduce la escisión entre el trabajo que produce plusvalor y el que produce las condiciones para la potenciación del capital.

[4] En el presente apartado hacemos abstracción de la diferencia en más o en menos entre valor y valor-capital debida a las "transformaciones" marxianas de valor en "precios de producción", es decir, a las discrepancias entre el valor del producto capital y su valor-capital provenientes (inter alia) de diferencias sectoriales en las composiciones temporal y orgánica del capital. Bajo este supuesto, y con tasa de plusvalor uniforme, si el valor mercantil se comporta con arreglo a la ley del valor, satisface también la ley general del plusvalor (las mercancías se cambian en sus valores y simultáneamente se igualan las tasas de ganancia).

Por lo demás, la distinción entre diferenciación por producto o por proceso es meramente analítica. No sólo porque es un supuesto incongruo que los competidores tienen acceso a los procesos técnicos pero no pueden valerse de ellos para obtener el mismo producto; también porque la explotación de una ventaja innovativa en la estructura del capital diferenciado se realiza de hecho mediante la configuración de subsistemas complejos donde las innovaciones de proceso se orientan hacia la diferenciación de productos, y la diferenciación de productos exige desarrollos especiales de procesos, y materiales ad hoc.

[5] O, más propiamente, rediferenciación, para distinguirla del producto personalizado del artesano de aldea, y de ese vino especialísimo, elaborado con la uva exclusiva de un nicho ambiental particular, en el recordado ejemplo de Ricardo.

[6] También llevan el cuño del capital diferenciado mercancías que no son, ellas mismas, productos diferenciados, provenientes principalmente de subsistemas en los que el capital productivo es del tipo diferenciado reducido. Suelen recibir el nombre inadecuado y bastante cómico de "commodities".

[7] Este análisis debe hacer abstracción -también- de los valores retransformados como asimismo de toda otra diferencia entre valores mercantiles y valores de las mercancías, pero **con la destacada excepción del valor**

mercantil de la fuerza de trabajo y su papel en la determinación de la tasa de plusvalía.

[8] El uso común de la palabra "postmoderno" encierra la intuición de que los atributos esenciales de la modernidad se tornan extremadamente volátiles. La civilización del capital no diferenciado fue, a grandes rasgos, la modernidad misma, como promesa siempre renovada y nunca cumplida, con formas, sin embargo, objetivas, que fueron la oposición entre la sociedad civil y el Estado (moderno), la separación de los poderes públicos, la vida privada. El falso dilema de la época del capital diferenciado tiene un término en el compromiso con la idealización apologética de la modernidad, el otro en la complicidad con su denigración y su abandono.

3.3.0. Breve interludio fenomenológico.[1]

Nuestra crítica de aspectos fundamentales de "El Capital.." sigue las enseñanzas y la dirección principal de la obra pero alcanza resultados propios.

Trabajamos en una perspectiva programática: la teoría actualizada del capital debe ser una fenomenología de la consciencia social que, al reconocerse en su objeto: las nuevas estructuras del capital, descubre que sus contenidos dados, inmediatos, son otros tantos momentos de su concepto. En su estado de mayor alienación esa conciencia, invertida y fragmentada, "sabe algo", tiene un comienzo, y desde ese comienzo la clase trabajadora se conoce a sí misma en las nuevas estructuras del capital. En la particularidad de las mismas descubre la universalidad de sus tareas concretas, aprende a convivir cotidianamente con su dimensión histórica. El camino de su libertad no es el de la esperanza, pero sí (como, mutatis mutandi, el de la Fenomenología del Espíritu) "propriadamente el camino de la desesperación".

*

Los resultados de la "crítica transformativa" (Feuerbach) se obtuvieron a partir de las transiciones fenomenológicas de la mercancía (que hemos llamado Primera, Segunda, Tercera): la especificidad de la mercancía no recae unilateralmente en su forma sino que compromete al propio "valor regulador" (Smith), desdoblándolo en valor "positivo" (Ricardo) o "inmanente", "sans phrase", "en sí y para sí" (Marx), y valor **mercantil**. Esta distinción exige que el concepto clásico y marxiano de valor se despoje de ambigüedad y expulse todo contenido que no esté puesto por la re-producción. Ahora bien, las transiciones fenomenológicas de la mercancía permiten superar a la vez la abstracción neoclásica y las dos visiones unilaterales que en la Economía Política clásica coexisten sin distinguirse, sin oponerse y sin superarse, a las cuales deberíamos llamar "subjetivista" y "objetivista"; [2] cabe reprochar a Marx su adopción unilateral de una de esas posiciones, cerrando el camino para comprender cabalmente la forma del valor que él mismo es el primero en exponer en cuanto "forma necesaria" del valor.

Esa crítica nos condujo a la tesis de que la forma mercantil del valor es la forma del valor mercantil; o bien, que la forma mercantil del valor es necesariamente mediada por el valor mercantil.[3]

Luego hemos discutido la autonomía local de las transiciones formales del capital en el marco de subsistemas económicos de capital no diferenciado dominados por relaciones directas de acumulación; en particular, la relevancia práctica de las determinaciones que brotan en el proceso de la rotación del capital, con arreglo a la estructura temporal del capital o cronoestructura. El problema de su autonomía local se aclara con el de su lugar en la exposición: la opción está entre la segunda sección del Tomo I del "Das Kapital..", como un desarrollo de la fórmula general del capital D-M-D, o el lugar que ocupa de hecho en el Tomo II, después de la reproducción del capital. Los términos de la opción no son, empero, dilemáticos, y su carácter complementario ilustra la necesidad de un método que es a la vez "sistema" y "monografía", e, incluso, "aforismo" (Adorno). La opción entre un enfoque "exotérico" y uno "esotérico" no es extrínseca, ni excluyente, sino que el enfoque fenomenológico, que sabe de la totalidad y el contenido, debe reconocer la falsa inmediatez de las formas mercantiles como el ámbito primordial de la experiencia y la consciencia "natural", o inicial, del proletariado.

Junto con el reconocimiento de la autonomía objetiva (heteronomía subjetiva) de las formas empíricas de la relación mercantil, surge también el de la necesidad de su concepto por el que son, precisamente, formas, y por el que su desarrollo se recoge en su fundamento, sin darle tregua ni reposo. El principio, al que se llega, es -ahora en su conquistada inmediatez- un nuevo comienzo. Cada ampliación de la perspectiva impone nuevas exigencias a los conceptos elementales. Tal ocurre con la diferenciación del capital, culminación de la división capitalista del trabajo social: al materializarlo como una producción especializada, revela (incluso en retrospectiva) un momento necesario y genérico de todo trabajo humano. Y enfoca en el término de la historia la presa final de la lucha de clases: la apropiación de las fuerzas productivas.

Tal es, en última instancia, el contenido de la libertad.

[1] Corresponde al Epílogo del texto original.

[2] Hemos cuestionado el uso habitual que caracteriza como "teoría subjetiva del valor" el enfoque neoclásico, y como "teoría objetiva del valor" las doctrinas clásica y marxista. Puesto que para estas últimas es esencial la distinción entre valor y valor de cambio, una teoría que ignora la distinción, circunscribiéndose al valor de cambio, no debería llamarse, como pretende, "teoría del valor". En cuanto mera "teoría del valor de cambio" (con prescindencia de su verdad), no es incompatible con la teoría del valor ni puede refutarla, sino que su objeto está comprendido en el objeto de la teoría del valor y es sólo una parte (de suyo ininteligible, en su abstracción indeterminada) de él. Además, la mercancía neoclásica no es acorde con su propio concepto y en su análisis hemos encontrado la transición necesaria a la mercancía clásica: comportándose neoclásicamente, el hombre mercantil se especializa como lo quiere la teoría clásica. Por medio de esta transición, la propia mercancía clásica resulta enriquecida: la oposición entre los momentos subjetivo y objetivo en la determinación del valor queda superada.

Por su parte, las versiones unilateralmente objetivistas o subjetivistas de la teoría del valor son incapaces de superar esa oposición. En la terminología que proponemos, la calificación de "subjetivista" u "objetivista" alude a tales enfoques parciales de la teoría del valor (o también "valor-trabajo", aunque esta nota es redundante). Es debido a su adhesión unilateral a la versión subjetiva de la teoría del valor que Smith no puede conciliar esta teoría con su concepto de división social del trabajo: dado que el valor gobierna el movimiento de los precios, y el trabajo es el principio invariable y universal del valor, para que dos personas puedan intercambiar sus mercancías con arreglo a sus valores relativos deben poder comparar las cantidades de trabajo que ambas representan. Pero este conocimiento mutuo personal implica frecuentación y proximidad, y en cambio la división social del trabajo articula el sistema productivo en escala ecuménica. La visión unilateralmente objetivista es igualmente incapaz de captar la naturaleza del valor específicamente mercantil.

[3] La distinción entre valor y valor mercantil finiquita (o pone al desnudo) la inveterada confusión de los economistas entre:

a) la doctrina del valor de cambio (que hace abstracción de la re-producción);

b) la noción ingenua que conjuga el principio del valor-trabajo con el reconocimiento del trabajo humano como mediación general del producto social;

c) el propio principio del valor trabajo, que pertenece a la praxiología o a la etología y es únicamente un aspecto elemental en la economía política;

d) la falsa noción de que el valor es la representación del trabajo pretérito;

d) la teoría abstracta del valor trabajo que "aplica" el principio sin mediarlo con la forma del valor, y

e) la teoría del valor que comprende el valor mercantil como una transformación específica del principio del valor trabajo.

Esta última es la que acabamos de exponer.

3.4.0. La mercancía del capital diferenciado.[1]

"Si nos fijamos en la materia al principio es horrible y fétida, ya que es el infierno; al final próspera, deseable y agradable, porque es el paraíso".

Dante Alighieri, en una carta, refiriéndose a "La Divina".

[La "ciencia de la sociedad civil"]

"Les politiques grecs... ne reconnoissoient d' autre force qui pût les soutenir que celle de la vertue. Ceux d' aujourd'hui ne nous parlent que de manufactures, de commerce, de finances, de richesses et de luxe même".

Montesquieu. Cit. BLOM, Hans W. "Morality and Causality in Politics", Rotterdam, 1995.

La economía política nació con su objeto, el sistema capitalista. Esta ciencia, criatura de la Ilustración, soñó con ser semejante a sus hermanas mayores, las ciencias naturales, hijas del Renacimiento. Pero las ciencias naturales consideran que su objeto satisface el postulado de uniformidad; [2]y, en verdad, tomado como un todo, el objeto de la economía política no se presta a ese supuesto. La aspiración a ser ciencia exacta y "dura", que la obnubiló por más de dos siglos, correspondió en un comienzo a la

exigencia de precisión, confundida con la de rigor y cientificidad, pero, a medida que el desarrollo del capitalismo tornaba esa confusión más anacrónica, la convertía en una estratagema eficaz para la mixtificación ideológica, avalada por la seriedad y la objetividad del "more geometrico". De hecho, siempre fue mentira la validez del postulado para el objeto de la economía política. Pero en la época en que las leyes del capital indiferenciado dominaban el movimiento del sistema, el proceso esencialmente repetitivo característico de la "segunda naturaleza" era semejante en su forma general a los procesos supuestos en la naturaleza natural. En efecto, la producción de capital no diferenciado (lo mismo que la producción de capital simple o reducido en la estructura del capital diferenciado) es, esencialmente, reproducción. Pero el carácter no "natural" de la "segunda naturaleza" y, por ende, la nota distintiva de la ciencia de la sociedad (y, en venganza, también la cualidad social de las ciencias naturales, cuestión que no nos ocupa aquí), se va tornando patente y progresivamente insoslayable con el proceso de diferenciación del capital: el objeto de la teoría del capital muda de modo incesante, irreversible, sin retorno: es histórico. La ciencia se divorcia de sí misma; en tanto disciplina institucionalizada que sólo procura la aprobación **solvente**, debe cumplir -y demostrar cumplimiento, ex ante y ex post- con la exigencia de resultados que de modo mediato "sirvan" en aplicaciones "útiles" para extender la esfera del capital, y de hecho para profundizar la diferenciación; en cuanto ciencia, su cometido no se limita a las leyes abstractas del sistema, sino que -principalmente- debe dar cuenta de la transformación de tales leyes.

La economía política no puede quedarse en la crítica de las doctrinas, ni permanecer en la fenomenología de la consciencia mercantil, sino que una y otra le brindan ocasión y motivo para elevarse según su propia exigencia científica y ser fiel, sólo entonces, a su vocación liberadora. Por de pronto, para comprender el encantamiento objetivo de la mercancía empírica, las condiciones de su necesidad, y de su superación. En la mercancía anida su propio límite, al que tiende por medio de su desarrollo capitalista y, más determinadamente, de la diferenciación del capital. Pero no es el agotamiento del carácter mercantil y por ende propiamente capitalista del capital en un sentido moderno, lo que se dirime en la lucha de clases. Está en juego el desenlace histórico de las transformaciones del capital, el destino de la humanidad. [3] En la segunda guerra mundial la nueva configuración del capital en el escenario histórico ya se acusa en el inédito protagonismo de la aviación militar; y nada sintetiza más dramáticamente su ambivalencia que la inconmensurabilidad de las luces y las sombras que arrojó sobre el mundo. Por un lado, en conjunción providencial con los avances tecnológicos en las aplicaciones del radar, realizó las mayores proezas contra el nazismo, y los más elevados servicios a la civilización, al echar literalmente a tierra el dominio estratégico del aire construido clandestinamente por Hitler. Por el otro, en conjunción nefasta con las novísimas aplicaciones científicas de la energía atómica, fue utilizada en el crimen más horrendo contra la humanidad: Hiroshima y Nagasaki.

Antes de exponer las determinaciones que imprime en la mercancía la diferenciación del capital, debemos reunir las conclusiones pertinentes del análisis de la mercancía del capital no diferenciado, o del capital en general.

Así como todo capital es (formalmente) mercancía, toda mercancía es (acorde con su concepto) capital: la mercancía es capital abstracto, y la estructura del capital es una exteriorización de su naturaleza necesaria y esencialmente mercantil. El capital es el desarrollo y la negación intrínseca de la mercancía.

[Carácter inherentemente antitético de la mercancía]

La mercancía es un cúmulo de contradicciones. La contraposición entre sus momentos puramente genéricos, si la hubiere, únicamente atañe a la mercancía -y solamente interesa a nuestra discusión- en tanto y por cuanto esa contraposición es de carácter mercantil. Tal es el caso entre el valor y el valor

de uso, entre los trabajos consuntivo y productivo. Las contradicciones inmanentes a la mercancía remiten a sus dimensiones genéricas o abstractas; pero no se reducen a ellas, ni -por cierto- de ellas se deducen; de suerte que "la antítesis entre valor de uso y valor", lejos de estar "latente en la naturaleza de la mercancía", es ajena a ella.[4]

Por de pronto, la mercancía se opone a la sociedad no mercantil, en la que tendrá que socavar todos los lazos comunitarios y de sometimiento que mantienen desde antaño la unidad orgánica de la producción directa. La premisa histórico social de la producción mercantil es la disolución de toda sociedad inmediata particular y su reemplazo por una sociedad objetiva (Gesellschaft, en oposición a Gemeinschaft).[5]

Nada podía ser más repugnante a la concepción medioeval cristiana. Ella ofrece criterios y prescripciones sobre todos los asuntos importantes de la vida y el más allá, pero se resiste a la escisión entre lo político, lo económico, lo moral, lo familiar, lo social; entre lo celestial y lo mundano, ya que "cuanto atares en la tierra será atado en los cielos, y cuanto desatares en en la tierra será desatado en los cielos" (Mateo, XVI). Su mundo es una totalidad fuertemente jerarquizada pero sin escisiones, donde cada hombre (que recibió el bautizo) participa del carácter de lo divino. Consagró como doctrina la incompatibilidad entre el comercio y la virtud (recuérsese, con Santo Tomás, que Jesucristo expulsó a los mercaderes del templo de Dios). Pero la denuncia del dinero como portador de la perversión universal (o como "el gran corruptor de las costumbres", según Lutero) quedó comprometida con el romanticismo conservador, mientras la Ilustración triunfante, en los albores del capitalismo industrial, hace la apología del principio económico que sustenta la conciliación de los ideales de libertad y progreso (y eventualmente los de igualdad y fraternidad). El Estado moderno encarna siempre necesariamente la promesa de justicia y equidad (aunque invariablemente la traicione), pero el progreso mismo, fuente de todos los milagros de multiplicación prometidos, no brotará de la misma encarnación institucional del altruísmo supremo, sino del ámbito universal que -polarmente- se le contrapone, donde únicamente rige el egoísmo del individuo abstracto. La época tenía que ser vulnerable a la eficacia ideológica del discurso de Smith, que conjuga la seriedad de la razón científica con la metafísica naturalista, cuando, a la par que invoca la naturaleza humana como fundamento del comercio, aboga en favor de la división social del trabajo, y demuestra con argumentos concluyentes la necesaria correspondencia entre ese progreso, pródigo en indudables beneficios [6] para la humanidad, y el desarrollo del mercado.

El quid de su argumento, que funda la moderna Economía Política, es que la producción mercantil puede y debe prescindir de la Benevolencia: "For it is not from the benevolence of the butcher, the brewer, or the baker, that we expect our dinner, but from their regard to their own interest". Smith no distingue del todo en la división social del trabajo sus aspectos genéricos de los específicamente mercantiles, pero al comprender que la división del trabajo se profundiza con la extensión del mercado, sabe que la mercancía, despliegue objetivo de la universalidad humana, libera al hombre del círculo estrecho de la Benevolencia particular.[7]

Smith invirtió la visión del mundo social heredado de la edad media y brindó a la modernidad la imagen científica de sí misma. Pero el concepto de la sociedad civil gobernada por una providencia impersonal y automática (que reasigna los recursos y mueve la rueda de la fortuna) origina nuevas ilusiones sobre el carácter histórico de las categorías económicas: que carecen de historicidad, [8] que son esencialmente subjetivas, que son unilateralmente objetivas. Se sabe que Marx superó la primera mixtificación al hacer la crítica inmanente de la economía política; es indudable que el mismo Marx rechazó la segunda al hacer la crítica del socialismo utópico. Esas dos primeras críticas fueron agotadas, en lo esencial, por Marx, pero no completadas, porque debían rematar en la tercera. A su

vez, la crítica del determinismo histórico debió basarse en la investigación sobre las condiciones objetivas de la superación del capitalismo, que no podían generarse sino en el propio desarrollo capitalista. La investigación inconclusa dejó subsistir las sombras. El halo de fatalismo determinista que el argumento científico de la necesidad histórica proyecta en un medio iluminísticamente desencantado, es un apagado resplandor de residuos culturales perdidos. Las invocaciones mágicas dejaron de pronunciarse, los ritos arcaicos de purificación y sacrificio fueron olvidados, pero la representación quimérica de un agente providencial se ve corroborada por la existencia efectiva de una providencia que opera sobre la sociedad y "a espaldas" de ella.

El mismo Smith conoce, y denuncia severamente, el empobrecimiento espiritual y la espantosa mutilación corporal, intelectual y moral, que sufre el obrero condenado a la monotonía maníaca de una operación brutalmente simple. Este antagonismo contrapone la unidad natural entre producción y consumo a su compartimentación mercantil. Con un siglo de antelación, pone un concepto que ya estaba por encima de la "ciencia" que dos siglos después atribuye al individuo una estructura de gustos extrínseca, independiente de su capacidad creativa y de su posición social en la producción.^[9]

Nadie denunció los males del capital con más vigor que Marx. Nadie expuso con más claridad que él el carácter histórico de este sistema, ni comprendió más profundamente su potencia liberadora. Ningún autor expresó mayor admiración por las proezas técnicas y civilizatorias del capitalismo, ni celebró con más alborozo la misión de este sistema en la historia, consistente en multiplicar las capacidades productivas del hombre, ni expresó una fe más racional en la potencia transformadora del régimen capitalista, cuyo desarrollo crearía las condiciones necesarias de su propia superación. Los crímenes inhumanos del capitalismo en todas las épocas, desde la "acumulación primitiva" y el colonialismo, esa historia de rapiñas, despojos y genocidio en escalas continentales; hasta los horrores y las miserias del capitalismo industrial, la bestial voracidad del sistema de explotación implacable, podían adquirir en ese marco grandioso la trascendencia de los trabajos de parto de una historia verdadera. Después de la muerte de Marx, el espanto de las dos guerras mundiales que marcaron la transición a la época del capital tecnológico fueron la antepuerta de la revolución. El socialismo, empero, la superación del capital, no pudo nacer directamente de las entrañas del capital no diferenciado. Hoy debemos escudriñar en las nuevas condiciones engendradas por la diferenciación del capital, que es también la diferenciación de la clase obrera. Las figuras unilaterales de la mercancía puestas en el nuevo marco nos ofrecen la clave para encontrar las preguntas relevantes, las consignas conducentes.

[Las figuras unilaterales de la mercancía. Primera figura.]

Un límite al desarrollo capitalista aparece en el marco de la primera mercancía. Es puesto por las relaciones sociales que, sistemática y prolongadamente adaptadas a la forma mercantil y conformadas a la compulsión acumulativa del capital, son llevadas en su cualidad genérica a una tensión extrema por la exigencia competitiva de la propia ley del capital y se revelan en los propios términos de esa exigencia como radicalmente no reducibles.

La mercancía en tanto objeto útil tiene que conformarse a su determinación mercantil, su lecho de Procusto. Esto no acontece sin fricciones y contradicciones, que se desarrollan pari passu con la diferenciación del capital. ^[10] Pues el primer antagonismo ínsito en la mercancía que la opone consigo misma es el que se presenta entre la naturaleza mercantil del valor y la expresión del valor mercantil.

He aquí -entonces-, nuevamente, la primera figura de la mercancía, que había sido aniquilada por la revelación de su contenido genérico; pero ya no es, como era en el comienzo, la figuración irreflexiva de una consciencia que la tiene por un ser no mediado. Han sido develadas y explicadas las diferencias

ocultas en la primera forma y la necesidad de ese ocultamiento. Ahora la mercancía ha remitido más allá de su figura inmediata; ha **devenido**, y, sabiéndose concebida, sale de la intuición ingenua de la cosa-en-el-mercado, útil y cambiante, tal como "aparece".[\[11\]](#)

En la entidad resurrecta (la primera figura, enriquecida por la crítica que, sin embargo, en primera instancia, la había aniquilado) subsiste la naturaleza mercantil del bien material producido como mercancía: en verdad, sólo ahora tórnase patente su cualidad específica. Si ésta, todavía, concuerda con la omisión de sus determinaciones en cuanto producto, la ceguera no es, como antes, **alucinación providencial**; [\[12\]](#) ni es -sólo- la cortedad del entendimiento vulgar e impregnado de ideología lo que (aún) dificulta el progreso de la consciencia común más allá de la figura que, considerada ya retrospectivamente, resultó incompleta, sino que en la primera mercancía la falsa negación de su carácter de producto es abstracción determinada y, a la par, objetiva, necesaria, conforme a la naturaleza específica de la mercancía. Pues su valor de uso y su valor de cambio ("factores" de la mercancía) vienen dados de modo externo. La primera mercancía está reclusa en el único compartimento donde la mercancía reviste su forma específica (la circulación, el mercado), y, tomada unilateralmente en esta determinación, es en todos sus atributos y todas sus propiedades un bien no reproducible. Tal era la verdad de la primera mercancía en el comienzo, y ahora, que se sabe un momento de una estructura más completa, lo es también.

En lo atinente al valor de uso mercantil, esa verdad será corroborada por el concepto; porque la mercancía individual en su figura más desarrollada encuentra su determinación cuantitativa en el mercado. También quedará incontestada en lo tocante al valor mercantil, el cual, en la expresión objetiva que constituye su modo de existencia, participa de la substancia del valor, que presupone, pero es inmediatamente indiferente a la determinación cuantitativa del valor. En suma, la misma abstracción objetiva por la que cada mercancía se reviste de su forma necesaria, torna independiente su valor de uso mercantil de su condición de valor de uso reproducible, y su valor mercantil de su carácter de producto general social reproducible. **Solamente en su primera figura se consume la hipóstasis de la mercancía.**

La mercancía se desdobra, como enseña y expone originalmente Marx, en mercancía común y mercancía dineraria, pero la "substancia social" que allí cobra forma objetiva no es el valor (como él afirma), sino el valor mercantil, que hace abstracción de las determinaciones cuantitativas del valor; no es la expresión del valor de una mercancía (como sostiene), sino la expresión de su valor **mercantil**, lo que confiere a otra el carácter de equivalente y, con él, la propiedad (que Marx atribuye al equivalente de valor) de ser absoluta e incondicionalmente cambiante. Comprobamos, al reconsiderar la primera mercancía en el marco de la tercera, que no es ésta sino aquella la que se desdobra en mercancía común y mercancía equivalencial (medida del valor mercantil, particular simple, o general desarrollada). El dinero mismo es el extremo polar de la tercera mercancía: la mercancía equivalencial deviene propiamente dinero porque únicamente por medio de la expresión del valor mercantil, la medida general del valor mercantil tiende a desempeñarse como medida general del valor. La tercera mercancía, o la mercancía en la plenitud de sus determinaciones genéricas y específicas, es un producto reproducible en forma de mercancía.[\[13\]](#)

Ahora puede comprenderse que la tercera mercancía no es meramente la integración de ambas figuras incompletas, sino la superación (unidad de la diferencia, diferencia en la unidad) de dos transiciones por las que la mercancía se reduce a producto genérico y el producto se transforma en mercancía. La autonomía de este doble proceso constituye la sociedad civil y se proyecta en el Estado, imprimiéndole a éste su carácter moderno.[\[14\]](#)

*

Smith critica la interpretación unilateralmente axiológica del valor económico (recibida de la teología cristiana medieval aunque en las versiones secularizadas por Hutchingson y Hume), liberando el concepto de connotaciones normativas, aunque sólo a medias. Por medio de esa crítica concibe la mercancía como producto, y sienta los fundamentos de la economía política, la ciencia que toma por objeto la sociedad moderna. La razón mercantil se concilia con la Razón, el valor praxiológico con el axiológico; pero el valor de cambio, que debía mediar esa relación, permanece como algo extrínseco. Marx (un siglo más tarde) reprocha a los "clásicos" no haber solucionado tal divorcio entre el valor y su forma específicamente mercantil, pero él mismo no llega a completar el concepto de valor mercantil, porque no descubre la transición a la segunda mercancía inmanente en la primera (hoy facilitada y, en verdad, exigida, por más de un siglo de análisis neoclásico), sino que se limita a reducir el valor de cambio mercantil a su contenido de valor; esa reducción únicamente deja subsistir en la mercancía un valor abstractamente genérico, común a todas las mercancías y fundamento último de su commensurabilidad, encarnado en un valor de uso igualmente abstracto; en consecuencia, para "volver" a la forma tiene que recurrir a una operación extrínseca. Su tercera mercancía (que se desdobra en mercancía y dinero) carece de la mediación del valor mercantil, y este defecto entorpece los mayores aportes teóricos de su obra de madurez, la génesis del dinero, la transición de la mercancía al capital, el concepto desarrollado de capital.

A despecho de Rubin (quien, en su "History of Economic Thought", op. cit., hace hincapie en este logro de Smith), es necesario subrayar que Smith no logra eliminar totalmente la "normatividad", que acosa todavía las obras de sus principales sucesores, Ricardo y Marx. Hacía falta descubrir la transición de la primera a la segunda mercancía para comprender que si una determinada cuantía de valor representa una determinada cantidad de trabajo, de ello no se sigue que el trabajo es directamente la medida del valor. Nos importa el valor mediado por el valor mercantil; en esta estructura, el trabajo individual es directamente la medida del valor individual, y este valor pasa a ser objetivamente valor social mediante su confrontación con el valor mercantil. [15] En el proceso de objetivación del trabajo social como substancia del valor, no es el trabajo la medida del valor, sino, en primera instancia, al revés, el valor (mercantil) la medida del trabajo. Si el valor es la representación del trabajo, afirmar que el trabajo es la medida del valor es tautológico si se refiere al valor en general, y falso si alude al valor que constituye una substancia objetiva y toma la forma del valor mercantil. Es verdadero si se refiere al valor individual, y verdadero también si se refiere al valor tal como se expresa en la tendencia del valor mercantil. En este caso, la medida general del valor mercantil es el dinero; en él cobra objetividad el trabajo social, medida (externa, muerta) del valor. No se trata de una mera definición (A es B, la medida de B es la medida de A), tampoco de una proposición sobre el principio etológico; sino de la "substancia social" que constituye el valor mercantil y el plusvalor capitalista.

El valor mercantil (inseparable de su expresión dineraria) se mueve en el campo gravitacional del valor, con arreglo a la ley fundamental de la economía política. Pero si la serie de las sucesivas configuraciones del valor mercantil satisface la ley del valor, es porque en cada una de tales configuraciones (p. ej. en los "precios de equilibrio"), el valor mercantil, objetivado en la figura hipostática de la primera mercancía, se fija en el mercado, con independencia de la determinación cuantitativa del valor. Solamente en virtud de esa absoluta autonomía del valor mercantil puede su cuantía ser igual, mayor o menor que la del valor correspondiente, y si la reproducción "gobierna" la tendencia de los precios que despejan los mercados, ello es así porque aquella discrepancia, a su vez, **gobierna** -incesante y repetidamente- la reproducción. Y si la mercancía imprime su estructura específica en el valor de uso del producto y en la expresión de su valor, determinándolos respectiva y específicamente como valor de uso mercantil y valor mercantil, también ello es obra de la primera mercancía y es consecuencia de que esta mercancía, circunscripta en esta figura necesaria, es, de suyo,

irreproducible. El concepto progresó de una figura determinada a otra más concreta, y responderá preguntas que antes no podía formular. Su primera verdad fue trascendida, no eliminada.

*

Ahora bien: si la mercancía contiene la génesis del capital, tal virtualidad incumbe a la entidad más desarrollada y concreta de la mercancía, la superación de todas sus unilateralizaciones. No se circunscribe a la primera mercancía, pero tampoco la excluye, sino que la mercancía determinada como bien que se intercambia contiene la transición de la mercancía al capital porque -y sólo porque- conlleva la transición a la mercancía determinada como producto. Marx, en cambio, centra el pasaje de la mercancía al capital en la "transformación del dinero en capital". Nuevamente, el procedimiento es defectuoso debido a que es extrínseco: tiene como premisa la existencia del capital industrial y la fuerza de trabajo en su forma mercantil, y pasa por alto el germen de la transición al capital contenido en la mercancía. Abandona su propio concepto original de forma del valor, justo en el punto en que debe rendirle su fruto principal. Por su parte, la economía política "marxista", incapaz de retomar el trabajo del concepto (que torna real lo sensible, y el discurso, verdadero), quedó atascada por más de un siglo en la regresión ricardiana y corrió la suerte de la escuela clásica que creyó haber superado. Una consecuencia de la noción abstracta de capital es que se caracteriza unilateralmente el capital industrial como si éste necesariamente se basara en el trabajo del proletario asalariado. En esta visión se obnubila la naturaleza y la perspectiva de la lucha de clases incluso donde y cuando esta forma del capital es, efectivamente, predominante, y se borran las estructuras más determinadamente específicas del capital diferenciado. También queda oscurecido el papel del comercio en la formación del capitalismo industrial, y se desencamina la comprensión del origen histórico del capitalismo industrial.[\[16\]](#)

En correspondencia con la primera mercancía, hay un primer capital; así como aquélla se circunscribe al ámbito de la circulación, éste agota su existencia en el proceso de las metamorfosis o transfiguraciones formales o rotación del capital. [\[17\]](#) En esta figura no se distingue aún el capital industrial del capital comercial, y, teniendo en cuenta las diferencias entre el ciclo de la simple mercancía y el ciclo o "fórmula general del capital" (indicados en la notación marxiana, respectivamente, como M-D-M y D-M-D{1+g}), el proceso puramente formal del capital es una secuencia de metamorfosis mercantiles, procesos, por ende, de la primera mercancía. El mercado ya existía, dice Marx, en los "poros" del mundo antiguo, "como los dioses de Epicuro". La producción capitalista extiende la relación mercantil hasta abarcar la totalidad del mundo humano, brindándole su primera existencia objetiva. El capitalismo industrial, a la par que se entregó con ímpetu sin igual durante dos siglos a completar la unificación de los mercados locales (obra iniciada en era del capital comercial), erosionó y disolvió todas las estructuras de producción directa, y pujó con tenacidad siempre renovada hasta convertir todo producto social en mercancía y, en consecuencia, todo producto en producto (virtualmente) social general. La señales de la tensión y los límites del sistema capitalista están siempre presentes en la primera mercancía, aún cuando tales síntomas tienen un significado cambiante *pari passu* con el desarrollo histórico de las estructuras del capital. De allí que, tomadas aisladamente, son siempre ambiguas (virtuosas y pecaminosas). A las voces acusadoras dirigidas en distintas épocas contra la mercancía (más precisamente, contra sus formas desarrolladas: el dinero, la usura, el capital) respondieron otras, defendiendo el progreso económico, social, político, espiritual, ya que el desarrollo de la mercancía pudo, con razón, identificarse con esos elevados bienes, y no solamente con los bienes materiales en los que necesariamente toma cuerpo.

*

¿Cuál es el sello que el capital diferenciado imprime en la primera forma de la mercancía? Habiendo comprendido la figura directamente sensible de la mercancía en la nueva estructura marco del capital, ¿estamos preparados para identificar en ella señales significativas de agotamiento del sistema? Admitiendo la posible ambigüedad de tales signos, ¿hasta dónde el carácter y la forma mercantil del capital son necesarios y acordes con su concepto? Y, al revés, puesto que la mercancía contiene la génesis del capital, ¿es necesaria la anulación de la mercancía para la eliminación del capital?

La ambigüedad está siempre presente y proviene de la naturaleza misma de la mercancía, la cual, como ya comprobamos en el análisis de la expresión del valor mercantil, conlleva en ella misma su propia negación: brota necesariamente del proceso por el cual el valor genérico cobra en la mercancía una forma social específica como una cosa objetiva. [18] Las mediaciones principales de esta objetivación procesual que es idéntica a la transformación del producto mercantil individual en producto social, y de su valor individual en valor, se descubren y describen cuando se analiza la transición de la primera mercancía a la segunda. Se comprueba entonces que el valor de uso directo recorre el mismo camino de transformaciones, pero en dirección opuesta: antes de ser un valor de uso individual directo, debió presentar la forma adecuada y la convalidación consagratoria del valor de uso social. Para devenir efectivamente un valor de uso, la mercancía debe desprenderse de su forma, de modo que la mercancía es la negación del valor de uso y el valor de uso es la negación de la mercancía, todo ello con prescindencia del grado de desarrollo del capital.

Pero en este punto interesa distinguir en los límites y contradicciones de la mercancía, intrínsecos a su naturaleza, el modo en que se presentan en la mercancía del capital; y, en particular, distinguir los que provienen del desarrollo capitalista de los que resultan de la falta de tal desarrollo. La certeza de que las virtudes y los sentimientos más elevados (el amor, el valor viril, la poesía, la espiritualidad) no son reducibles a la mercancía del capital, es propia de épocas anteriores. La era del capital tecnológico percibe más agudamente el agotamiento de la forma mercantil en la degradación de ciertas **relaciones sociales**, particularmente reacias a reposar en el lecho de Procusto, como la salud, la educación, la ciencia, el arte, y, en fin, la naturaleza: la curación no enseña salud, la educación virtud, la ciencia sabiduría, el arte emancipación, ni la naturaleza dignidad. Pero el límite general del sistema no está puesto por este o aquel valor de uso particular, sino porque, de suyo, el valor de uso en tanto relación social no es nunca totalmente reducible a valor de uso mercantil. Hay que destacar que **el valor de uso** de la mercancía es el valor de uso **de la mercancía**: un intercambio social en el que se ha extirpado la sociabilidad. En un sentido muy amplio, se suprime el cortejo, y se procede de la manera más expeditiva. El valor de uso reducido a su estructura mercantil (no solamente a su forma) es el valor de uso genérico descompuesto en resultado abstracto. Por el contrario, en otras formas de intercambio de productos, como el Don, la relación se constituye y subsiste por medio del diferimiento de la contraprestación. Solamente una sociedad en la que la relación mercantil ha vaciado esa sociabilidad, puede concebir el valor de uso, unilateralmente, como la utilidad de un bien.

La contradicción entre el carácter específico de la riqueza y su sentido genérico se torna patente pari passu con el agotamiento del avance secular de la esfera de la producción a expensas del trabajo consuntivo. Esta expansión procede, por un lado, convirtiendo en trabajo productivo operaciones que otrora pertenecían al consumo, y, por otro, transformando las condiciones del consumo de tal manera que pocos trabajos consuntivos pueden llevarse a cabo sin medios (herramientas, máquinas, productos químicos, energía) adquiridos, provistos por el capital industrial. ¡En el límite al que se llega asintóticamente, conforme avanza la diferenciación del capital, ninguno!

Incluso en el marco de la primera mercancía y del primer capital, ambos "factores" de la mercancía (el valor de uso y el valor de cambio) se tornan problemáticos. En tanto valor de uso genérico, la mercancía del capital no diferenciado es útil porque es un **objeto** de tal naturaleza para un sujeto que

se lo representa como una cosa apta para "satisfacer una necesidad suya". No viene al caso que esa necesidad, "del estómago o de la fantasía", sea ilusoria o verdadera, ni que la aptitud de satisfacerla, atribuida al objeto, en la que el sujeto proyecta la representación de **sus propias** aptitudes, sea de carácter directo, o indirecto, instrumental (como medio de cambio o de trabajo). En este último caso el valor de uso, en cuanto objeto, sufre un desdoblamiento múltiple, ya que la cosa determinada que se supone portadora de propiedades útiles, es, por un lado, objeto de deseo, por otro lado, objeto de disfrute, y sólo el trabajo (técnicamente) concreto, por el que el sujeto se apropia de las cualidades útiles concebidas en la cosa, realiza la unidad (genérica, cultural) de este doble objeto. Pero la confusión entre deseo y disfrute en el lenguaje utilizado por la doctrina ingenuamente teleológica de la "utilidad", denunciada por Dobb, testimonia la expulsión sufrida por el disfrute del ámbito de la producción mercantil. El desarrollo del capitalismo que (convirtiendo operaciones de la vida doméstica en nuevas ramas productivas, una tras otra, siglo tras siglo, desde la confección de ropa hasta la peluquería de "pets") expande la frontera del trabajo productivo con menoscabo del trabajo del hogar, tornándose éste elemental y huero al paso que crece y se diversifica la riqueza mercantil, hasta el límite de su eliminación virtual.

La aventura, el humor, la emulación gratuita, el espíritu lúdico, las alegrías de la creación artística, las emociones del reconocimiento humano y, en fin, el goce, extirpado de la actividad laboral cuando ésta se estructuró y delimitó con arreglo a la producción mercantil, se relega a la esfera del consumo donde se reduce a una secuencia que va del deseo a la saciedad. Las **necesidades** del individuo, que deben atenderse con una porción de la riqueza material producida, se degradan con el empobrecimiento de las **capacidades** creativas multilaterales del mismo individuo. Si es capitalista (regular o aspirante), debe "bien estar", con arreglo a patrones convencionales incesantemente actualizados, acordes a su posición en la jerarquía del capital; y el sentido ostentativo de su consumo denuncia que su vida privada se ha comprometido con la voracidad compulsiva, voraginosa, insaciable, del capital. Si es un trabajador, ("a man who lives by labour", en la expresión de Smith), sus necesidades "básicas" son las de supervivencia, que los economistas definen con una jerga significativamente semejante a la usada por los veterinarios.[\[19\]](#)

[Las figuras unilaterales de la mercancía. Segunda figura.]

El burgués personifica la mercancía en la sociedad moderna, dominada por el capital industrial no diferenciado. Desempeña ese papel en el subámbito de la producción, comprendido a su vez en la sociedad civil. Recibe allí una porción de la riqueza social (por el valor, en términos generales, de su compromiso de capital), pero no le es dado disfrutar de ella en este compartimento de la sociedad. En otro subámbito de la sociedad civil, el del consumo abstractamente individual, se recoge en su singularidad abstracta y se entrega al goce unilateralmente privado. La tercera dimensión de la vida del individuo moderno transcurre en el polo opuesto al de la sociedad civil, donde deja de ser bourgeois; allí, devenido ciudadano participa (en el papel de agonista de su otro yo burgués) de la vida pública, y goza del bien común, y de las leyes. Sus afanes y desvelos se reparten en tres vidas que son tres modos de ser excluyentes y sin embargo recíprocamente necesarios del mismo individuo fragmentado, que vive en cada uno con intermitencia y en todos de manera sucesiva y esencialmente desespiritualizada.[\[20\]](#)

Si el ámbito de la producción es, como el plano íntimo de la familia, privado, y, lo mismo que el Estado, social, no puede ser solamente privado y al mismo tiempo directamente social; de suerte que el bourgeois, en tanto productor, en virtud de la naturaleza mercantil de su relación productiva, sufre aún otra escisión, que desgarrar ese vínculo. El productor mercantil se pone en oposición consigo mismo pues su actividad laboral y su nexos social caen en subesferas distintas de la producción. En una se desenvuelve el proceso de transformación material que les da su forma útil, en la otra tiene lugar la metamorfosis o transfiguración social necesaria por la cual la mercancía singular deviene producto

social. Ambas particiones de la subesfera de la producción mercantil, la de la forma social y la de la forma material, la del mercado y la del trabajo, la de la expresión y realización del valor mercantil y la de la creación de valor, etc., son contrapuestas -separadas y articuladas- por la estructura específica de la producción mercantil, tienen en ella su diferencia y su unidad. Esta alternancia singularmente específica del homo mercator se le presenta a éste como si sólo fuera la secuencia de la vida natural entre la vigilia y el reposo.

En su pura dimensión genérica, la producción mercantil es una relación social entre productores, una "relación de producción"; lo distintivo de esta forma histórica particular de la producción es que en ella la realización del producto es un acto social separado del trabajo, y el trabajo se lleva a cabo como un acto privado, al margen del vínculo social directo. De este divorcio resulta, y por él persiste, la unilateralidad de las figuras primera y segunda de la mercancía, las cuales caen en subesferas contrapuestas (separadas y articuladas) de la sociedad civil: el mercado y el lugar de trabajo. El individuo que encarna esta relación peculiar -la producción en su forma específicamente mercantil- es, él, una encrucijada de desgarramientos. En tanto **bourgeois**, criatura de la sociedad a la par universal y escindida, separado de sí mismo al desgajarse de su espíritu el alma mercantil y los manes de su ser político, la vida de su fragmento económico se agota en una esfera particular determinada de la sociedad capitalista (la sociedad civil), donde sufre aún otra escisión, inevitable y radical: es el mercado, donde "ata y desata" su vínculo productivo. Allí, tan pronto como la conexión evanescente se establece, rómpese nuevamente. Su relación laboral queda nuevamente disecada de su relación productiva. La producción mercantil es la unidad de dos procesos, la transformación material y la transfiguración social, separados material y formalmente, y por eso separables también en el espacio y en el tiempo, **e incluso susceptibles de ser desempeñados por individuos distintos.**

Cuando esta posibilidad se consuma, ya el bourgeois no es más, de modo sucesivo: homo mercator - homo laborans, sino que esta escisión (connatural a la mercancía), que deja el trabajo efectivo fuera de la subesfera donde la producción se concreta en tanto y en cuanto vínculo social, toma la forma de un desdoblamiento social y contiene el germen de la explotación capitalista y la consiguiente constitución de las clases sociales fundamentales de la sociedad moderna. La separación entre la actividad laboral y la compraventa persiste, y la segunda sigue siendo la instancia en que el producto se realiza como producto social y como producción, pero ahora en ambos polos del proceso productivo se desarrollan nuevas relaciones. El trabajador unilateralmente determinado como productor de plusvalía, no es directamente un productor de mercancías sino que trabaja para un capitalista, quien se habrá reservado la potestad de dar al producto la forma social necesaria instituida en esta peculiar estructura productiva. El trabajador queda excomulgado del todo orgánico social y sólo puede "religarse" a través del mediador capitalista. También la relación laboral se desarrolla en dos direcciones opuestas: por un lado, entre el obrero asalariado, individual o colectivo, y el capitalista, es la del subordinado con el superior, con el amo o patrón; por otro lado, en el interior de la recua, se incuba la solidaridad entre los unidos. Allí, "¿qué sucede?".[21]

Marx hizo hincapie en que los polos de esta relación están determinados por la propiedad de los medios de producción: a la vez que el dueño de las condiciones materiales del trabajo, o del dinero requerido para adquirirlas, se convierte en capitalista, el productor carente de esos medios deviene, correlativamente, obrero asalariado. Pero, más esencialmente, puesto que la producción de capital y, a fortiori, la relación entre capitalista y trabajador, tiene como premisa la estructura mercantil de la producción, el capitalista es el patrón **porque únicamente él tiene el poder de realizar como mercancía el producto del trabajo del obrero.**[22]

Esa exteriorización de la estructura interna de la mercancía deja intacta la condición contingente del producto; su forma mercantil, con prescindencia de su determinación como capital, lo somete a la ordalía. El poder del capitalista para conferir al producto del obrero la forma mercantil necesaria para

realizar su valor y, por ende, el consiguiente secuestro del nexo productivo del trabajador, está siempre condicionado y limitado por la naturaleza necesariamente mercantil del capital valorizado. Pero la incertidumbre esencial del capitalista no debilita su poder sobre el trabajador, ni dulcifica su afán de usufructuar toda la capacidad laboral que adquirió para su capital. Por el contrario, refuerza el poder de extorsión del secuestrador del nexo productivo, y lo acucia irresistiblemente a aplicar su autoridad del modo más despótico para apropiarse totalmente de las capacidades laborales incorporadas a su capital. Los obreros del capital, hombres jurídicamente libres en general, quedan sometidos a un régimen de explotación más totalitario que la esclavitud porque no se funda en la satisfacción personal del amo ni en la imposición extrínseca de su voluntad, sino en la necesidad del explotado.

Los modos y artilugios a los que el capitalista apela con el fin de forzar al trabajador [23] compeliéndole a producir más y más plusvalía, recortan girones de la tasa de ganancia, contrariando la finalidad suprema del capital. Únicamente allí donde las circunstancias se los imponen apelará a tales artificios, y renunciará a ellos tan pronto pueda asegurar la valorización de su capital sin incurrir en los "faux frais" de la explotación capitalista. Por ejemplo, en el sistema de plantaciones coloniales el capitalista sometía a sus trabajadores por medio de la servidumbre, la esclavitud, el trabajo forzado; pero estas modalidades de explotación precapitalistas subsumidas por el capital son más ineficientes para la producción de plusvalor capitalista que el trabajo asalariado. Por eso, el desarrollo capitalista puede y debe (con arreglo a su finalidad) desprenderse del estigma de la esclavitud, de los lazos de dependencia o sujeción personal, del trabajo forzado involuntario, cuando tiene asegurada la explotación de trabajadores forzados **voluntarios**; es decir, cuando las condiciones histórico-sociales, conformadas por el propio desarrollo de este régimen, pongan mano de obra emancipada a disposición del capitalista, y a su merced. Pero, si bien la proletarización es un arbitrio poderoso para imponer la relación de explotación al productor de plusvalía, así como el plantador esclavista inmovilizaba una inversión en esclavos, el capitalista industrial que compra fuerza de trabajo debe hacer (por lo general) un adelanto de capital variable y de capital constante; el sueño ideal del capitalista sería que el obrero hiciera, al menos en parte, estos adelantos, y produjera plusvalor sin apropiarse de éste en proporción a sus aportes al capital, o, en esta medida, sin que el capital adelantado por él sea verdaderamente capital para él, pero sí y sólo para el capitalista. Esta autoexplotación, que prolonga y acentúa los efectos de la necesidad que arrastra al proletario a subordinarse al capitalista en condición de asalariado, añadiéndole el acicate de un espejismo de emancipación, poder, riqueza, puede desbordar todos los límites de la forma salario de la explotación capitalista.

Debido a que la autoexplotación puede desbordar todos los límites de la explotación capitalista, sería asequible una tasa de plusvalor más elevada, pero incluso una tasa de plusvalor más reducida sería compatible con una tasa de beneficio más elevada, etc. Para que gradualmente y hasta cierto punto se imponga una tendencia semejante, es necesario que se conjuguen las necesidades del capital con la ocasión de implementar esta estrategia. La necesidad misma está presente desde los orígenes de la empresa de capital; su élan instintivo y ancestral siempre la impulsó a elevar al máximo posible la ganancia por unidad de capital, y la ocasión de lograrlo madura con el proceso de diferenciación del capital. que, en el caso de la empresa del tercer tipo que tiene naturalmente en

La empresa de tercer tipo es acosada por una avidez insaciable de mayores recursos propios como los que pueden provenir del capital desafectado en las plantas industriales de la misma empresa o grupo. Así se lo impone su necesidad rápidamente creciente de financiar los proyectos estratégicos de I+D y las gigantescas y arriesgadas inversiones complementarias de sus programas de innovación. Esta presión imprime una dirección particular a las líneas de investigación tecnológica, favoreciendo en general el desarrollo de ingenierías y técnicas productivas que tornan progresivamente viable en gran escala un modo de explotación compatible con un significativo descompromiso (centralización **cum** desconcentración) de capital.

\[

En suma, si el obrero no es propietario a) de los medios materiales (condiciones, objetos, instrumentos) adecuados a «su» trabajo productivo, b) de «su» capacidad ni, por ende, de «su» trabajo, en el transcurso de la jornada laboral, ni c) de «su» producto en cuanto éste es efecto inmediato de «su» trabajo, y si, además, no es vendedor de su producto ni puede mandarlo a vender por su cuenta, es decir, d) no realiza su producto, entonces las primeras tres condiciones, que pueden llamarse el ABC del capital industrial, son, siempre, poderosos coadyuvantes del capitalismo, [24] porque aseguran al capitalista la facultad exclusiva de formalizar el vínculo productivo, pero únicamente esta última, la condición d), es estrictamente esencial, necesaria y suficiente. Si circunstancias distintas de las ABC permiten al capital industrial consumir la apropiación de plusvalor, ellas pueden ser una fuente de polarización del capital en capital potenciado y capital reducido, de modo que las empresas de capital potenciado producirán más valor por unidad de capital comprometido, más plusvalor a una misma tasa de plusvalor, una mayor tasa de plusvalor (incluso pagando salarios más elevados) y, en general, accederán a tasas de ganancia extraordinarias (incluso sin utilizar poderes monopólicos ni monopsónicos).

Por su parte, las empresas tipo II de capital simple forman un subconjunto heterogéneo, donde la incapacidad generalizada de innovar ha puesto en el centro de las estrategias competitivas de algunas empresas la acertada adopción de técnicas productivas, de modo que el privilegio del adoptador temprano desempeña un rol comparable al privilegio del innovador en la época del capital no diferenciado. Asimismo, la tasa de ganancia "normal" se torna idiosincrática de determinados estratos de capital reducido, de modo que entre ellos no se verifica la tendencia a la igualación de las tasas de ganancia. En otras palabras, la tasa media de ganancia es un promedio meramente extrínseco, estadístico. En el extremo de esta estructura jerárquica, caracterizada por la dispersión estable y acaso creciente entre las tasas de ganancia de las empresas de capital, se encuentra el estrato para el cual la tasa de ganancia es nula. Se confunden en este extremo, formalmente, los productores simples de mercancía, con los productores mercantiles de plusvalor. Lo mismo que el capital tecnológicamente potenciado, el capital reducido que logra grados de potenciación más o menos circunstancial, podrá alcanzar una tasa de ganancia más elevada (*mutatis mutandi*, *caeteris paribus*, etcétera) si la empresa logra que trabajen para ella productores de plusvalor propietarios de sus medios de trabajo e incluso de su producto inmediato, sin que, claro está, estos trabajadores sin patrón participen en el reparto del plusvalor en proporción a su aporte de capital; sin que, en definitiva, el capital aportado por el productor sea cabalmente «su» capital. (Lo mismo que en el párrafo anterior, las comillas sugieren que el apócope del pronombre posesivo de tercera persona denota alienación y despojo esencial, y no, como en el uso normal, posesión o propiedad, en este caso, propiedad del capital en tanto que capital.)

Los principios morales y éticos, la angustia por la infancia desprotegida, la preocupación angustiosa por la conservación del ambiente y la preservación de la vida en el planeta, la supervivencia de la humanidad, en fin, son cuestiones que pueden interesar a una empresa de capital cuando, invocándolas, posa como la encarnación de las virtudes, y, naturalmente, espera, con "chances" bien evaluados, ganar posición y definida ventaja a expensas de sus rivales. Al acentuarse la diferenciación del capital, se distingue cada vez más nítidamente la empresa de capital tecnológicamente potenciado de otras empresas que en alguna coyuntura dejaron de apostar con éxito a la tecnología, y cifraron su destino en la explotación unilateral, no meramente complementaria y circunstancial, de otras fuentes de potenciación. Otras formas de extorsión se tornan superfluas, y son duramente combatidas por los gobiernos que representan empresas de capital tecnológicamente potenciado para cerrarles el paso a rivales que compensan su debilidad esencial valiéndose **únicamente** de fuentes "tradicionales" de potenciación. [25]

*

El comprador de la mercancía del capital diferenciado no sale del mercado para quedar en una relación natural y aislada con el valor de uso de una mercancía formalmente extinguida, sino que su compra lo introduce en un subsistema particular dominado por una empresa de capital relativo, o en una interfase determinada de un conjunto de tales subsistemas (v. gr. en la confluencia de sus cadenas de distribución). Esto es así para los bienes de consumo en general (bienes salariales, bienes suntuarios), pero más definidamente aún para los componentes, físicos o inmateriales, del capital constante, circulante o fijo (insumos productivos, maquinarias, planta y equipamiento fabril, servicios, marcas).

En el sistema del capital industrial no diferenciado, el fabricante ofrecía su mercancía proclamándola como el dechado de las virtudes que corresponden al concepto de valor de uso. La empresa de capital tecnológicamente potenciado hace lo mismo (*mutatis mutandi*), pero no se limita a pregonar las ventajas terrenales de su mercancía sino que su proclama es el anuncio de las virtudes celestiales de la empresa misma.

Nada puede resultarle más ajeno ni más indiferente a la empresa de capital que el interés común, la paz, el bienestar general, los derechos humanos, la conservación del ambiente, los principios éticos, la democracia, la felicidad de los niños. Pero los intereses particulares de las empresas de capital relativo coinciden circunstancialmente con el interés general cuando en una plaza particular esos grupos económicos apoyan oportunísticamente exigencias de calidad y seguridad, normas bromatológicas rigurosas, controles sobre el impacto ambiental, condiciones, en fin, que arrasan con las empresas de capital no diferenciado, eliminándolas masivamente, en tanto que brindan al capital compuesto el mayor poder extorsivo sobre el capital simple, y le dejan el campo libre para configurar y reconfigurar sus subsistemas de acumulación capitalista. Las nobles pero tardías campañas contra la corrupción administrativa **no institucionalizada** apuntan a cortar de cuajo el control secular ejercido sobre el Estado nacional en todos sus niveles por las mafias locales y las burguesías inferiores. Las empresas de tipo III adhieren a esas campañas que abren espacios reservados para ellas, aunque corren el peligro de ser atrapadas in fraganti, con las manos en la masa (casos Lockheed, IBM...).

La subsunción del Estado nacional (reducto, otrora, de la clase burguesa) en la soberanía **eminente** del Estado supranacional, se acelera y remata con maniobras de alta finanza institucionalizada que completan la demolición de los Estados nacionales más débiles, por una conjunción de circunstancias que comprende el crecimiento descomunal de la deuda externa nacional, su consiguiente estatización, la esquilación y el saqueo de los patrimonios públicos, la imposición de condiciones onerosas de refinanciamiento y del reconocimiento y trato de la banca internacional como acreedora privilegiada, el condicionamiento -de allí en más- del crédito internacional (que hubiera sido escándalo en la época del Estado burgués), el financiamiento descentralizado de los proyectos y programas de interés público, la presión desembozada sobre el quehacer legislativo e incluso judicial, la supervisión ("monitoreo") de las políticas clave de los países destinatarios de "ayuda" y "cooperación" (aspecto destacado de la corrupción institucionalizada), la desvinculación formal del Estado respecto del mandato popular. Los Estados nacionales, subsumidos en el Estado supranacional, subsisten formalmente, pero su realidad corre pareja con sus respectivos órdenes jerárquicos en una escala concomitante a la estructura del capital diferenciado. A todos ellos les toca participar en la guerra del "ajuste", que consiste en el desmantelamiento de la figura civilizada del Estado "benefactor", para mejorar la posición competitiva de la masa de capital de segundo tipo que opera en su territorio, y atraer más inversiones. La estratagema ideológica cobra una eficacia inusitada porque el mensaje, que llega al mundo entero, ¡brota de los hechos mismos! Apenas necesita ser proferido: la salvación social está en complacer en un todo a los inversores. Por lo demás, obviadas con mayor o menor delicadeza las formalidades que mantenían la ficción de un derecho internacional que amparaba la igualdad de los Estados soberanos, la nación que ocupa el puesto superior entre las regidas por el Estado

supranacional, fija unilateralmente los criterios políticos y las normas comerciales del mundo, y mantiene a raya, con advertencias cargadas de presagios, amonestaciones, amenazas, castigos tarifarios y comerciales -eventualmente prolongados con el bloqueo económico, sin excluir la amenaza militar y la invasión-, a países transgresores o insuficientemente celosos en su aplicación.

*

A los capitalismos comercial, industrial indiferenciado e industrial diferenciado, corresponden respectivamente el Estado nacional absolutista, el moderno, el supranacional.[\[26\]](#)

La soberanía del Estado nacional nace encarnada en la persona del rey, y es la gran creación política del capitalismo comercial (capitalismo en ciernes); más particularmente, de las burguesías comerciales aliadas a la monarquía contra la nobleza terrateniente. El Estado que se prepara para adquirir carácter moderno contiene ya la contradicción del Estado capitalista entre la soberanía formal y la soberanía real; aquí se presenta como la ambigüedad inmanente a la figura del monarca, que lo es por gracia de Dios, pero a condición de que conserve el apoyo de sus aliados burgueses. En el Estado moderno la contradicción del Estado capitalista se conserva, diluyéndose de modo aparente en la división de poderes y desarrollándose bajo la forma de mandatos y representaciones. Si, antes, la ficción de la representación divina (generalmente limitada a los asuntos terrenos y consagrada en la ceremonia de la coronación), se aceptaba sin más prueba que la voluntad del Rey, ahora la figura de la representación popular y la ficción de que el gobernante es el mandatario de la voluntad del pueblo, tiene que validarse periódicamente a través del sufragio universal en el que se expresaría la voluntad del mandante.

El principio burgués de la libertad política es una conquista imperecedera de la humanidad: el ciudadano no debe obediencia a un gobierno en el que no está representado, ni acatamiento a sus leyes. Sus derechos, empero, se circunscriben al territorio de su Nación. Cuando un Estado moderno comprende en su jurisdicción a otro Estado, o bien lo subyuga como colonia o protectorado, cargando con los costos de enfrentar una resistencia que invoca su propio principio, y con el riesgo de tentar a sus colonizados a establecer alianzas con potencias rivales, o bien acoge a los súbditos del Estado subordinado en calidad de ciudadanos con plenos derechos. Esto mismo ocurre cuando varios Estados se integran como entidades federales en un Estado moderno, del que constituirán las futuras provincias.

No es así en la época del capital diferenciado: la subsunción de un Estado subordinado por el Estado supranacional es una sucesión procesual de situaciones de hecho, que no se ciñen a una formalidad jurídica definida, ni acata, por lo general, las existentes; por el contrario, la representación política, vacía de todo mandato original, se prolonga diluyéndose en sucesivas delegaciones y, de hecho, al penetrar en los organismos internacionales que, poco a poco, se convierten en otras tantas agencias ad hoc del Estado supranacional... ¡La representación se invierte!

*

A la empresa de capital relativo no le basta para su finalidad alcanzar una ventaja tecnológica -siempre costosa y efímera-, ni, de hecho, puede sostenerla y renovarla, si no se vale de ella y de cualquier otra circunstancia para prevalecer del modo más contundente sobre sus rivales y establecer su hegemonía sobre la sociedad. Nada puede ser tan favorable a sus designios como arrogarse con éxito y reconocimiento generalizado la representación del interés general, alzándose con los restos del Estado moderno, incluido algún fragmento del halo que otrora resplandecía sobre él.

*

La figura del trabajador no proletario que produce para un capitalista está presente, mutatis mutandi, en todas las etapas del desarrollo capitalista.

Proletario es (en el marco del capital) "el trabajador productivo desposeído -que nada posee sino esa capacidad-", capacidad que debe vender por jornadas al capitalista. Por su parte, el trabajador no proletario (en el mismo marco), trabaja también para el capital, pero, además de su fuerza de trabajo, en algunos casos, o el fruto inmediato de su trabajo (incluidos los "servicios"), aporta capital sin obtener una ganancia proporcional. Este trabajador pseudocapitalista es explotado por «su» capital. Puede tratarse de un trabajador individual (autoempleado, "cuentapropista") o colectivo (cooperativa de trabajo), o la figura, adaptada a la estructura del capital diferenciado, del patrón de tipo I. Pero, el obrero que produce capital, lo mismo si es propietario que si es proletario, carece de la condición que le permite repetidamente realizar (el carácter social de) su producto. En una sociedad donde el nexo económico esencial es la mercancía, esto significa que le ha sido amputada el alma social.

Hay que distinguir los momentos genéricos y específicos (en distintos grados) de esta relación pues, por de pronto, sólo es posible o, en verdad, relevante, la producción individual de plusvalor capitalista cuando es para otro. Lo pertinente no es que el obrero produce para otro, puesto que producir es siempre para otro (o trabajar repetidamente para otro es la esencia genérica de toda producción). Tampoco, que el capitalista explota al obrero, porque la explotación de trabajadores voluntarios o forzados es igualmente genérica, en tanto producción no recíproca entre individuos no emparentados (que no "invierten" biológicamente en un patrimonio genético común). No es la ausencia de una contraprestación del explotador lo que distingue la explotación productiva (de la cual el plusvalor mercantil es la forma específicamente capitalista); la naturaleza específica de la explotación capitalista no reside ni siquiera en la identidad entre la explotación y la producción de plusvalor, ya que aquí se trata de plusvalor capitalista; éste debe cobrar necesariamente la forma social de plusvalor mercantil que sólo el capitalista puede conferirle, ya como comprador, ya como vendedor. El poder de conferir al producto la forma adecuada a su realización, esencial a todo capitalista, que el capitalista potenciado detenta en un subsistema de relaciones directas de acumulación, pierde su carácter extrínseco y contingente en la estructura del capital potenciado tecnológicamente, y tiende a desbordar definitivamente de la sociedad civil, extinguiéndola.

Las modalidades no asalariadas de la producción de capital comprenden (en épocas pretéritas) relaciones de dependencia personal no disueltas por el capital sino subsumidas por éste, como, -inter alia- la producción de plusvalor capitalista por campesinos serviles en Europa oriental y Rusia, donde la imposición patronal exprime prerrogativas patriarcales, usufructuándolas unilateralmente, la "segunda servidumbre" (Engels), cuyas manifestaciones se extienden hasta bien entrado el siglo XIX; los sistemas coloniales de trabajo forzado basado en instituciones indígenas ("asiáticas") precapitalistas; el trabajo de esclavos en las colonias americanas españolas, portuguesas, holandesas, francesas, inglesas. Asimismo, el sometimiento mercantil de trabajadores semiserviles en el sistema doméstico rural que rompe las barreras interpuestas por las gildas y gremios urbanos en la baja edad media, en el que asoma el capital industrial incipiente. Se juntan en esta enumeración las formas de trabajo capitalista no asalariado debidas al exigüo desarrollo del capital, como las anteriores, y las que acompañan a las formas desarrolladas e, incluso, maduras, del capital, como las siguientes, en las que ya el trabajador aparece libre de lazos serviles: el agricultor cuasi-capitalista en la base de los subsistemas de capital no diferenciado (farmer, colono); el productor propietario atrapado en los subsistemas de capital diferenciado donde la empresa tipo II produce por administración y/o por contrato; y diversas modalidades que provienen de las estrategias de desintegración vertical y descompromiso de capital de las empresas tipo II y tipo III.

Esos subsistemas, en los que la tecnología remata y subordina las fuentes y circunstancias de potenciación del capital, tienen mucho de semejante a sus antecesores en la época del capital no diferenciado: la empresa dominante obtiene una fuente de ganancia extraordinaria por la vía de la desafectación de capital. En ambos casos la empresa dominante descompromete capital en un doble sentido, en cantidad y grado: economiza capital y translada a otros los mayores riesgos de la inversión y discontinuidades en la rotación del capital. Por otro lado, en la configuración de subsistemas de capital diferenciado se torna patente la contradicción entre centralización y concentración de capital. Debemos la distinción a Marx, quien, sin embargo, no llega a aclarar la relación entre ambos procesos, como lo atestiguan incluso sus dubitaciones terminológicas. Decimos que una empresa concentró o concentra capital, en el primer caso si sobrepasa significativamente a sus competidores en escala de acumulación, en el segundo, si los supera en cuanto a su tasa de acumulación. Y decimos que una empresa centraliza capital si ejerce un poder unilateral y sistemático sobre la gestión del capital en otras empresas. Si, así definidas, la primera se refiere al mayor tamaño relativo de la empresa (vis à vis "fragmentación"), la segunda atañe al mayor poder de una firma sobre otras, también guardan relación, porque una empresa que dispone de una mayor cuantía de capital posee en consecuencia mayor "poder de acumulación", y una empresa que tiene poder sobre otras empresas lo aprovechará para apropiarse de más capital.

Por este lado, ambos procesos son sinérgicos, o concurrentes, y esta relación es característica (pero de ningún modo exclusiva ni necesaria) del capital no diferenciado. La concentración (vgr. asociada a economías técnicas de escala) favorece la centralización, en tanto que la centralización desemboca en la fusión de empresas y por consiguiente en una mayor concentración. "Es una centralización de capitales ya formados, la abolición de su autonomía individual, la expropiación del capitalista por el capitalista, la transformación de muchos capitales menores en pocos capitales mayores". [27] Y, en efecto, en tanto la acumulación del capital (como Pedro en la misión de atar o desatar) labora en dos sentidos opuestos: fragmenta y une, los procesos de concentración y centralización tienden a conjugar muchos capitales sometidos a un mismo comando. La diferencia entre ambos está, por de pronto, en la forma en que ese sometimiento constituye, o bien una "sociedad", una empresa, por y para la cual hay "within and without", un adentro y un afuera, en cuyo caso los capitales están "atados" directamente o "por administración", o bien una relación entre empresas tal que unas imponen a otras, de modo unilateral, por extorsión (que puede formalizarse en contratos de obra o servicio con cláusulas de "adhesión"), condiciones clave que favorecen sistemáticamente a la empresa centralizadora. Se configura así un subsistema de acumulación capitalista.

Ahora bien, si la circunstancia que permite a la empresa centralizadora poner e imponer sus condiciones extorsivas a otras empresas fuera independiente del grado de concentración dado en el subsistema relevante, y si, además, la primera tuviera la opción de invertir capital fuera de tal subsistema en proyectos de alta rentabilidad, entonces, su estrategia para alcanzar la mayor tasa de ganancia le exigiría procurar la desconcentración del subsistema capitalista particular. De este modo -caeteris paribus- las empresas subordinadas aportan una masa de capital que obtendrá proporcionalmente menores beneficios; el éxito de esta estrategia se puede medir comparando la tasa de ganancia entre empresas subordinantes y empresas subordinadas. En este caso, la empresa centralizadora alcanzó la tasa máxima de ganancia por el camino opuesto a la concentración, reduciendo su compromiso de capital. Estas condiciones se dan, en parte, en la estructura del capital diferenciado. Sólo en parte. Ahora la esfera de la producción presenta una nueva dualidad, puesto que se ha separado la innovación (más precisamente, la etapa de I&D) de la reproducción. En ésta operan las empresas de tipo II y tipo III (omitimos, aquí, las de tipo I y IV), y tienden a contraponerse la centralización y la concentración. No ocurre lo mismo en la esfera de la producción sistemática de nuevas técnicas, de la que las empresas tipo II están excomulgadas, y donde todavía la centralización y la concentración son concomitantes. [28] También pueden contraponerse, aunque no de modo sistemático, la concentración y la centralización en el ámbito más restringido de las empresas de tipo II, el cual presenta en su interior una réplica de la estructura total del capital diferenciado. Tanto la

semejanza (superficial) cuando la diferencia (sustancial) entre esta parte y ese todo proviene de que la competencia entre empresas de tipo II tiende a dirimirse con la adopción temprana de nuevas técnicas, la cual desempeña localmente y en el subsistema un papel comparable al desarrollo tecnológico propiamente dicho, incluso sin tener en cuenta que la adopción precoz, que suele requerir algún grado de adaptación (progresiva o regresiva, en este último caso cuando se eliminan del diseño original ciertos detalles de calidad, para entrar con menores precios y/o mayores ganancias en un mercado local menos exigente), y, por ende, algún desarrollo tecnológico de detalle.

En términos generales, pues, y con arreglo al concepto, en los subsistemas de capital diferenciado la división de trabajo sufre un cambio cualitativo. Quedan separadas la creación de dos riquezas, una reproducible, otra no reproducible. La primera consiste en la producción y reproducción de capital mercancía; la segunda es la producción sistemática de nuevas técnicas productivas (mediante proyectos de I&D), actividad, también ella, productiva que, lo mismo que la anterior, es propia del capital industrial en todas las etapas históricas de su desarrollo. La única novedad, cargada, empero, de consecuencias, es su separación. Una de estas consecuencias es que una masa creciente de capital se aplica a la producción de un bien que carece, de suyo, de valor, pero que es necesario para la producción de plusvalor relativo. Otra consecuencia es la posibilidad de una centralización de capital compatible con una desconcentración de capital; de este modo hay, en un polo, una doble potenciación del capital, ya que la empresa del tercer tipo posee una capacidad privilegiada de obtener una tasa de ganancia doblemente extraordinaria, primero porque se fundamenta en una tasa de plusvalor extraordinaria y, por añadidura, porque dispone de un poder de extorsión que le permite a la vez centralizar y descomprometer una masa significativa de capital. Hay que puntualizar que, en los subsistemas de capital diferenciado, la centralización del capital no es la causa sino la consecuencia de la reducción de una masa de capital a la condición de capital carente de capacidad de innovar.

*

El capitalista secuestró el nexo humano esencial del productor, lo sometió por medio de una extorsión irresistible, lo encerró en la condición de trabajador abstraído del vínculo productivo; lo redujo de productor a trabajador, y de trabajador a operario unilateralmente determinado; lo forzó a valorizar el capital para vivir, y a vivir para valorizar el capital. No fueron menester para ponerlo al remo ni grillos ni cadenas, porque el obrero, náufrago social, impotente para realizar socialmente él mismo el producto de su trabajo, incapaz de entrar en comunión con su ser social alienado sin la mediación del sacerdote del capital, nada ansía tanto como ser galeote. (Aludíamos más arriba a los "forzados voluntarios").

Si el obrero carece de medios de vida y de trabajo, entonces esta carencia determina por sí misma su incapacidad de conferir a su producto la forma social necesaria para realizarlo, sencillamente porque no puede tampoco confeccionar su forma materialmente útil, y queda eo ipso entregado, inerme, a la voracidad del capitalista. Por eso Marx ha creído que el proletario asalariado presenta la forma paradigmática del obrero que produce plusvalor capitalista. Aunque reconoce claramente, en contextos históricos particulares, que la relación entre el obrero asalariado y el capitalista no es la única forma que presenta el capital industrial, la expone como la forma más adecuada a su concepto. Este énfasis desencaminado, de nefastas consecuencias en la "escuela" marxista, se explica por dos circunstancias. Es una cuestión de hecho, incontrovertible, el predominio de la forma asalariada del capital en la era del capitalismo industrial; su peso abrumador, su dinamismo en la configuración histórica de todo el sistema. Por otra parte, la elaboración inacabada del concepto de mercancía en las dos primeras secciones del "Das Kapital..", donde valor y expresión del valor se contraponen sin la mediación necesaria del valor mercantil, limita el desarrollo del concepto en el resto del Primer Tomo, centrándolo unilateralmente en la única forma del todo consistente con el supuesto de que el conjunto

del capital es homogéneo en el sentido de la igualación de las tasas de ganancia. La ausencia de señales empíricas inequívocas y concluyentes del proceso de diferenciación del capital, a la sazón todavía incipiente, y por ende del carácter irreversible de ese proceso, puede acaso haber desalentado su interés en las modalidades del capital que él tenía por no conformes al concepto. Pero, luego de desarrollar más allá del "Das Kapital.." el concepto de la tercera mercancía -de linaje indudablemente marxiano-, y, consecuentemente, luego de analizar la cronoestructura del proceso de rotación del capital en términos de valor mercantil, incluso circunscribiéndonos al capital **no diferenciado**, comprobamos que la forma salarial no es, ni siquiera en principio, la que permite a la empresa de capital industrial alcanzar la tasa de ganancia más elevada.

*

Smith identifica abstractamente mercancía con producto; y, cuando dice que una mercancía confiere a su dueño el "comando" del trabajo de otros, casi siempre confunde mercancía común con mercancía dineraria, sin tomar en cuenta que sólo la mercancía equivalencial, puesta como tal por la mercancía relativa, "comanda" a ésta. A la vez, al entreverar la forma condicional de la mercancía con la forma directa y absolutamente cambiante, mezcla valor con valor mercantil, sin tomar en cuenta que la cantidad de trabajo social representado en el valor de la mercancía difiere, en principio, de la cantidad representada en su valor mercantil. Otras veces, confunde capital con mercancía, ya que el dueño de la mercancía realizada puede, por medio de la compra de otras mercancías, "comandar" indirectamente el trabajo social representado en éstas, o detentar el comando de trabajo vivo, si, como explica Marx, la mercancía adquirida es la "fuerza de trabajo". Aquí el "comando", para aumentar la ambigüedad del vocablo, se presenta por partida triple; el dueño de la mercancía, convertida ahora en dinero que, a su vez, se transforma en capital, "comanda" a) el trabajo representado en el valor mercantil de la "fuerza de trabajo" que adquiere en forma de mercancía, b) el trabajo vivo que constituye, explica Marx, el valor de uso de dicha mercancía, y c) el trabajo representado en el valor acrecido de su capital.

Confunde, en fin, o engloba sin distinguir, el comando sobre valor mercantil en general, que convierte a la mercancía en dinero, con el comando sobre plusvalor, que la convierte en capital, y con el comando sobre trabajo productivo de capital, que la convierte en capital industrial. A esta pluralidad de significados hay que añadir el siguiente, que retiene y organiza los anteriores: el comando de unos capitales sobre otros, que convierte a los primeros en capitales potenciados. Cuando el carácter potenciado de un capital es la expresión circunstancial y temporaria de una innovación exitosa, su capacidad de entablar relaciones de acumulación ventajosas, tiende a extinguirse con la difusión de la técnica; pero cuando cobra firmeza la figura taxonómica de cierto tipo de empresa que por medio de una cartera siempre renovada de proyectos de I&D logra recuperar sistemáticamente el privilegio del innovador, decimos que su capital reviste el carácter de capital tecnológicamente potenciado, o relativo, y posee el comando tecnológico de uno o varios subsistemas de capital diferenciado.

En ausencia de circunstancias o estructuras, inmanentes al capital, que, sistemática y progresivamente, potencien la fuerza de acumulación de unos capitales a expensas de otros -el poder del capital sobre el capital-, que, en fin, conviertan al capital en capital potenciado, el comando directo de -sobre- trabajo vivo de obreros asalariados es el medio más acorde con la naturaleza y a la necesidad del capital para comandar plusvalor. Esto es así cuando la proletarianización del productor es condición económica sine qua non para someterlo, impidiéndole elaborar por sí mismo valores de uso susceptibles de revestir forma mercantil, reduciéndole a la impotencia social, sin dejarle otra opción individual que la de trabajar en "relación de dependencia", a las órdenes del capitalista. Pero el trabajo asalariado no es, en general, la forma de capital que permite a la empresa capitalista apropiarse de la mayor cuantía de plusvalor por unidad de capital comprometido. En las condiciones de presión competitiva extrema propias del capital diferenciado maduro, la empresa de capital de tipo II o III, que debe explotar la mayor masa de trabajo productivo de plusvalor con el menor compromiso de capital, acude a

modalidades de explotación indirecta del trabajo productivo de plusvalor, a modos de subsunción del trabajo mediante la subsunción del capital por el capital, configurándose así los subsistemas capitalistas jerarquizados.

Además, la estrategia de descomprometer capital en una aplicación industrial determinada está reforzada por otras circunstancias características de este tipo de empresa: domina oportunidades de inversión alternativa en un amplio espectro sectorial, y, asimismo, tiene necesidades insaciables de recursos propios para financiar parte de sus carteras de I+D, y, en general, para palanquear la totalidad sus inversiones. Las funciones de gestión interna de la empresa, particularmente el ejercicio de la autoridad directa del capital sobre los trabajadores por medio de toda una jerarquía de supervisores, capataces, jefes de personal, etc., en parte se reducen o eliminan, en parte se llevan a cabo por medio registros automáticos, en parte son transferidas a empresas de menor rango jerárquico en la escala del capital diferenciado, y, en general, tienden a devenir propiamente lo que no eran antes: los faux frais de la explotación capitalista.

La desconcentración unida a la centralización del capital, al incorporar circunstancialmente capital por cuenta y riesgo de terceros, permite también a la empresa de capital potenciado la oportuna afectación y desafectación de ese capital. Es el caso de negocios extraordinarios, que se realizan una única vez, tienen comienzo y fin definidos y no se repiten: la empresa de capital potenciado logra p. ej. una adjudicación importante para la prestación de un servicio singular, o la realización de relevamientos, prospecciones geológicas, instalaciones u obras civiles, y subcontrata a terceras empresas o forma asociaciones ad hoc para llevarlos a cabo. De esta suerte, existe a disposición de la empresa tipo III y de la empresa dominante tipo II, una gigantesca masa de recursos de terceros a la que puede recurrir oportunamente cuando tiene un negocio asegurado. Se presentan aquí semejanzas y diferencias significativas entre el capital tecnológicamente diferenciado y otras estructuras más abstractas y generales de capital. Así como la mercancía se desdoblaba en mercancía común y mercancía dineraria, el capital se ha desdoblado en capital común y capital potenciado; pero este desdoblamiento se consolida cuando el capital común es capital subordinado o, específicamente, simple, y el capital potenciado es capital tecnológico; así como allí la cambiabilidad era en una parte condicional y en la otra incondicionada, aquí la relación de acumulación es, en un polo, incondicional, porque la realización del capital está asegurada o incluso consumada antes de establecerse el subcontrato, y, en el otro polo, condicional y precaria.

El grado de precariedad, por un lado, y la capacidad de iniciativa en la configuración y reconfiguración de subsistemas de acumulación capitalista, miden y vuelven a medir en cada encuentro los grados de jerarquía del capital diferenciado. Pero, a la vez que la diferenciación del capital, como el capital mismo, tiene su génesis en la mercancía, la forma jurídica **característica** del capital diferenciado, el contrato de adhesión, está conceptualmente en desacuerdo con su carácter mercantil. Otras semejanzas y diferencias exteriores subrayan mejor aún la originalidad histórica de esta estructura; en particular, los altibajos cíclicos en la escala de la acumulación del capital no diferenciado desembocan en una paralización brusca y generalizada de la producción, que reconstituye el "ejército industrial de reserva", formado por una inmensa masa de desocupados, que se había reducido o eliminado en el tramo del ciclo ascendente, precipitando la caída de la tasa general de ganancia. Es el momento de la purificación destructora del capital y del reemplazo de un gran parque de planta y equipo; es entonces cuando fructifican innovaciones que venían madurando y se difunden las nuevas técnicas, se realizan nuevas inversiones y la acumulación de capital va cobrando una animación que se acercará al delirio y a una nueva crisis. En el "puchero humano" del capital diferenciado hierven permanentemente "hombres y mujeres, unos hacia arriba, y otros hacia abajo, y otros de través": el ejército industrial de reserva se mantiene indefinidamente, y se forma también un capital industrial de reserva, un gigantesco arsenal de capital fijo semiocioso que, lindante con la obsolescencia, es todavía un instrumento eventual de explotación; al ciclo diacrónico se sobrepone una diferencia sincrónica creciente entre la prosperidad sin límites y la miseria abismal, y una porción mayoritaria de la humanidad conoce el horror de la guerra en tiempos de paz, cuando no las

atrocidades de la guerra misma, que, paralelamente a la nueva estructura de la crisis, cobra la forma infinitamente cruenta de la guerra propia del capital diferenciado, irónicamente calificada como de "baja intensidad".

[Producción de valor diferencial, o reproducción relativa. El trabajo que crea valor diferencial]

Las determinaciones simples (genéricas) de un trabajo que crea valor diferencial están comprendidas en la segunda mercancía; en el concepto clásico más abstracto del valor, que prescinde de las determinaciones específicas del valor mercantil: si un obrero es **más** hábil que sus colegas, **más** diestro, o **más** empeñoso, entonces en un tiempo igual de trabajo dado creará **más** valor que el obrero promedial. Su capacidad individual de producción es mayor que la capacidad social promedial de reproducción. Lo contrario ocurre con el trabajador **menos** productivo. Uno y otro programan sus trabajos con arreglo a sus ventajas "comparativas" respectivas y, al obrar de tal suerte, el primero tiene además una ventaja "absoluta" (entre las opciones que configuran su dominio técnico, la mayor), y el segundo una des-ventaja "absoluta" (entre las suyas, la menor). Cada uno, al hacer lo mejor que puede y lo que puede mejor (ventaja comparativa), aventaja al promedio de los demás (ventaja absoluta) o es aventajado por ese promedio (desventaja absoluta).[\[29\]](#)

Los hombres mercantiles, "productores privados independientes", toman posiciones en la división social del trabajo comportándose con arreglo a la ley del valor, hasta que tales posiciones -la ocupación o el oficio de cada uno- coinciden con sus ventajas "comparativas". La dispersión de los grados y perfiles de ventajas comparativas en la población de productores, junto con los costos "friccionales" de reasignación y relocalización, atempera la sobre-reacción del sistema ante una discrepancia supraliminar entre valor y valor mercantil. Estas ventajas pueden representarse (en dos dimensiones) por el punto en que la línea anual individual de transformación, cuya pendiente define los valores individuales relativos para una mezcla de productos, alcanza la recta de balance más alta entre las asequibles para este productor. (Si se supone el caso particular de productividades marginalmente declinantes en un dominio técnico continuo, la línea de producción máxima es una curva cóncava al origen; en el punto que representa la ventaja comparativa se igualan los valores relativos individuales y los valores mercantiles relativos o valores de cambio y, tendencialmente, los valores relativos individuales y los sociales).

La existencia de productores mercantiles carentes de ventajas comparativas, tales que, para un período dado, su línea individual de transformación (donde un punto cualquiera indica una mezcla de productos obtenible y la pendiente en ese punto los valores relativos individuales de los componentes de esa mezcla) sigue el contorno de la línea de los valores relativos ("curva **social** de transformación"), es tanto más improbable cuanto mayor es el desarrollo y la complejidad de la cultura técnica. En verdad, el ideal universal "renacentista" [\[30\]](#) del individuo cultivado en las ciencias y las artes, y, de ese modo, plena y propiamente contemporáneo de sí mismo, luce ingenuo y anacrónico en la era del capital tecnológico. Y es, de hecho, imposible, no sólo ni principalmente por el desarrollo colosal y vertiginoso de la ciencia y la tecnología, sino debido a la estructura capitalista específica de la ciencia institucionalizada, que, entre otras cosas, se expresa en su separación de la filosofía, en el consiguiente empobrecimiento de ésta, en la progresiva subsunción de la ciencia por la tecnología y, finalmente, de ambas por el capital.

El burgués, hombre de mundo al fin, se aviene bien a abandonar ese ideal, que tiene por inalcanzable y, por añadidura, inútil para aumentar la tasa de ganancia. Por su parte, el trabajador sabe que, él, individuo abstracto, no puede aspirar a la producción libre, ni siquiera a la autonomía de la hoja en el viento. Radicalmente determinado como productor, no es, empero, en la producción real, más que instrumento de una potencia ajena, de una voluntad ajena, de un derecho ajeno, de una riqueza ajena,

de un saber ajeno. Adán fue condenado por Dios porque probó el fruto prohibido, el obrero moderno porque el capital ha tomado infinitos cuidados para evitar que lo deguste.

*

La producción sistemática de plusvalor relativo (compatible en general con salarios sobrenormales), se funda en la producción de valor relativo y éste en ventajas absolutas debidas a la producción tecnológica. Con prescindencia de las determinaciones formales de la producción de valor, la proporción en que la productividad material de un individuo difiere de la promedial de su oficio o rama determina su tasa de creación de valor diferencial o relativo. A la ventaja absoluta de un productor (que sobrepasa el producto promedial) corresponde la desventaja absoluta de otro (que, en el mismo tiempo, no lo alcanza); al valor creado en condiciones diferenciales, corresponde otro igual de signo contrario; la suma algebraica de los frutos de valor fundados en las ventajas individuales es nula. La crítica moderna reprochó a los mercantilistas la noción de un juego de suma cero, pero el enfoque unilateralmente circulatorio de neoclásicos y keynesianos, recae en ella sin salvación, y el mismo supuesto se oculta tras los aderezos de la definición patinkiniana de "demanda neta". ¡"On dit que personne ne perd jamais sans qu' un autre gagne"!

La firma del tercer tipo actúa complementariamente en dos campos de actividad del capital, la innovación, y la reproducción. El producto que obtiene en el primer campo no posee valor alguno, pero el producto tiene la virtud de potenciar el capital de la misma empresa en el plano de la reproducción, o el de otra empresa, generalmente de tipo II, a la que puede potenciar transfiriéndole tecnología o más generalmente técnicas productivas, a través de diversos arreglos comerciales (desde la venta de equipos avanzados y servicios hasta contratos de tecnología). El capital tecnológicamente potenciado tiene ventajas comparativas y absolutas, y estas últimas pueden ser de orden cuantitativo o cualitativo. Comparativas, porque, con la salvedad que se hará en seguida, la empresa de capital potenciado se comporta con arreglo a la ley del valor; absolutas, porque se mantiene en la delantera del progreso técnico, sin más rivales que otras empresas de capital potenciado. En el capital no diferenciado, el reposicionamiento de las empresas según sus ventajas comparativas era -en principio- suficiente para asegurar la vigencia de la ley del valor capital. No es así en la estructura del capital diferenciado, donde no se verifica la igualación tendencial de las tasas de ganancia. Las ventajas absolutas de las empresas de capital tecnológicamente potenciado pueden ser cuantitativas o cualitativas. A grandes rasgos, las primeras corresponden a innovaciones de proceso y las segundas a innovaciones de productos. Admitiendo que no hay una dicotomía estricta entre ambas clases de innovación, subsiste, empero, la siguiente diferencia: la empresa que goza de una ventaja absoluta cuantitativa aventaja a otras en su capacidad de reproducir sus productos con un costo unitario (en capital comprometido) menor, en tanto que la empresa que posee una ventaja absoluta cualitativa puede producir y eventualmente reproducir productos que otras firmas no pueden producir. [31] En estos productos, paradójicamente (ésta es la salvedad), esta empresa, puesto que su valor individual es idéntico su valor, no tiene ventaja comparativa.

Ambas ventajas absolutas confieren al producto particular de un trabajo individual la virtud mercantil más "**preciada**": la de representar más valor que el inmanente; la de comandar -en mercados despejados, y agotado el efecto del ajuste clásico- más valor social que el suyo individual, o, más precisamente, por representar más trabajo social que el representado en su valor-capital. (El caso límite de la ventaja absoluta de orden cualitativo es el de un producto que carece de valor, de modo que cualquier valor mercantil positivo cumple esta condición). No obstante su naturaleza diversa, ambas clases consisten en lo mismo, ya que con menos trabajo se "comanda" más; una cantidad dada de trabajo se convierte en un instrumento con el que su dueño capta la objetivación mercantil de una cantidad mayor de trabajo. En el caso de la ventaja cuantitativa, esto es así porque este capital potenciado utiliza un trabajo extraordinariamente **productivo**, dotándolo de las condiciones

necesarias para la creación de (plus)valor diferencial. En consecuencia, produce más valor y en general más plusvalor por unidad de capital, sin excluir que posea poder para elevar el valor mercantil de sus productos por encima de su valor capital. En el caso de la ventaja cualitativa, es únicamente por esta última circunstancia; este capital potenciado es capital monopólico. En ambos, una circunstancia privilegiada convierte a un trabajo particular en un instrumento para la apropiación de una cuantía extraordinaria de ganancia por unidad de capital comprometido, confiriéndole, en general (caso de ventaja cuantitativa), una productividad superior, pero sin que necesariamente sea así (ventaja cualitativa). [32] Mientras la ventaja absoluta cuantitativa es, por su lado, una diferencia entre las productividades de dos trabajadores que coinciden en tener la misma ventaja comparativa (sólo que en el mismo tiempo de trabajo producen porciones distintas del mismo valor de uso mercantil y crean, por consiguiente, valores diferentes en lo único en que pueden diferir dos valores simultáneos, en su cantidad), la ventaja cualitativa absoluta es, por el suyo, una capacidad exclusiva de reproducción. En una, hay competidores, pero son menos productivos; en otra, la "entrada" de productores rivales está vedada.

Un producto reproducible puede no ser multiplicable en escala creciente por el mismo productor, y cabe también que no sea reproducible por otros. Para que una mercancía producida sea no reproducible, debe ser no repetible, ni siquiera por su mismo **autor**; como vimos al reseñar y comentar el argumento ricardiano, así acontece con mercancías de carácter singular, como ciertas obras de arte originales, que no son reproducibles ni multiplicables. Finalmente, cabe que una mercancía sea a la par multiplicable y no reproducible, como ocurre con la mercancía "fuerza de trabajo" que, como lo explica Marx, aunque de un modo no satisfactorio, constituye el secreto del capital industrial.

Desde que el capital industrial se apoderó de la producción, viene imprimiendo a las "fuerzas productivas" un avance impetuoso e incesante. Mientras cada empresa capitalista se afana en la valorización de su capital, contribuye a la desvalorización masiva del capital de todas. Tan pronto una de ellas conquista el privilegio del innovador (o lo reconquista, en el caso del capital tecnológico), en su sordo lenguaje imparte a los economistas una clase de repaso del concepto elemental, recordándoles que el valor de los productos está determinado por las condiciones cambiantes de su reproducción. Al tiempo que imparte esta lección, la empresa innovadora gana una ventaja absoluta, y decreta pérdidas generalizadas de capital en el renglón de su competencia: desvalorización del capital constante si la ventaja absoluta es de orden cuantitativo, obsolescencia del capital fijo si es de orden cualitativo, e incluso la defunción del negocio, si la innovación descalabra o reestructura a su favor subsistemas de acumulación preexistentes. La desvalorización, que puede afectar a la empresa innovadora y no solamente a sus rivales, es para éstos una pérdida desastrosa y para aquélla un costo de reposicionamiento competitivo y, en definitiva, la inversión más rentable. En la segunda mitad del presente siglo, los procesos de ajuste espontáneo característicos de la estructura del capital no diferenciado (el cambio en las proporciones sectoriales de la producción, gobernado por la tendencia a la igualación de las tasas de ganancia esperables en distintas ramas, y los derrumbes periódicos en la escala de la reproducción, seguidos de un vigoroso repunte), son progresivamente subsumidos por el ajuste regulado, presidido por las empresas del tercer tipo. Se eliminan irreversiblemente las empresas de tipo I que fracasaron en su intento de conversión a tipo II, y las de tipo II desechadas por subsistemas en transformación o arrastradas por el naufragio de subsistemas perdedores. Ahora bien, incluso si el capital de tercer tipo, que basa su estrategia en la recreación continua de ventajas absolutas, cuantitativas y cualitativas, queda a salvo de la eliminación masiva de empresas de capital, esa destrucción contrae el espacio de las ventajas absolutas de orden cuantitativo. [33] Prevalece entonces la ventaja absoluta cualitativa: la producción capitalista se torna **virtualmente imposible** fuera de los subsistemas dominados por el capital tecnológicamente potenciado. La masa de capital tercerizado en reserva, a la que ya se aludió, sobrevive precariamente, en estado latente, al borde de la catástrofe, esperando la reactivación quimérica: la oportunidad providencial, la orden de compra, el contrato, el vuelco de la coyuntura, la ordalía que decida su salvación o su condena, o bien la

posibilidad de reciclarse bajo el ala de una empresa de capital tecnológicamente potenciado (del tipo III), adecuándose en un todo a las exigencias procustianas del subsistema particular.

El capital industrial se ha vuelto contra sí mismo. Cuando empezaron a tornarse patentes las manifestaciones y las consecuencias de la diferenciación del capital, ya el capitalismo había expropiado a los obreros, despojándolos de sus medios de vida y de producción, que el conjunto de los capitalistas acaparó en su totalidad. Los obreros habían perdido la capacidad esencial de entablar por su cuenta, sin la mediación del capitalista, su vínculo social. En cada escalón del progreso ascendente del capital, quedaron más despojados del oficio, del saber técnico, del trabajo; el trabajo mismo dejó de ser creación, cultivo de las potencias del individuo. El capital no eliminó la función educativa del trabajo, pero, al doblegar al productor, se cuidó siempre de asegurarse una doble reducción: de la educación del trabajador a un proceso de aprendizaje y entrenamiento, y de este proceso a un instrumento de subordinación y disciplina. El "saber hacer" se entiende, sobre todo, como "saber obedecer". El fino instinto de clase del capitalista le hace pujar consecuentemente y sin pausa para extender las mismas precauciones al ámbito donde educación institucionalizada se "dicta" o se "imparte", y allí libra la batalla mortal contra el poder emancipador del intelecto.

Pero el capital es el peor enemigo del capital. Lo que al comienzo era una sistemática subsunción -que vale aquí como deglución y digestión- del trabajo, se continúa naturalmente como la absorción del capital por el capital. La diferenciación procesual es la consecuencia inevitable del choque agonístico entre las empresas conforme a su naturaleza capitalista, y el dominio del capital tecnológico es su desenlace necesario. Se presenta una homología formal entre la tercera mercancía y el tercer capital, entre el desarrollo de la forma del valor y el desarrollo de la forma del plusvalor. En ambos se produce el desdoblamiento de una figura simple en una estructura polarizada; allí la mercancía se escinde en mercancía común y mercancía dineraria, aquí el capital industrial se diferencia en capital reducido simple y capital tecnológicamente potenciado. En consecuencia (haciendo abstracción de las empresas de tipo I y de las empresas de tipo IV), la empresa de capital se escinde en empresa de capital tecnológicamente potenciado y empresa de capital reducido simple.

Así como el dinero, cambiabilidad incondicional y universal, es la negación de un atributo esencial de la mercancía y sin embargo la consumación de la esencia específica de la mercancía, y, precisamente, la eliminación de un rasgo de la mercancía, su condicionalidad como producto social, para la expresión más completa y el desarrollo sin trabas de ese mismo rasgo, también la diferenciación del capital es, a la par que la negación parcial del capital en el polo donde la empresa está desprovista de autonomía, es su exacerbación extrema en el pináculo del conjunto de los subsistemas de capital tecnológico.

Más aún, así como el desarrollo de la mercancía no afecta unilateralmente a su forma de valor, sino que compromete todos los atributos del producto que se configura como mercancía, así también el desarrollo de la forma del plusvalor conlleva una transformación de toda la estructura del capital, lleva a su límite la naturaleza mercantil del producto, desdibuja la figura moderna del Estado, pone en jaque las conquistas de la civilización capitalista, crea simultáneamente paisajes de prosperidad inédita y de miseria y destrucción apocalíptica, y prepara el teatro del cambio histórico.

A la luz de las presentes transformaciones del capital, ¿se mantiene el postulado científico del socialismo, que el desarrollo capitalista hace posible una nueva civilización a la altura de todos los logros y las promesas de la modernidad y, a la vez, la eliminación del capital mismo como fuerza ciega, insensible y agonística? Hoy sabemos que el desarrollo del capital no diferenciado no creó directamente tales bases para la superación del capital, o no alcanzó a completar esos fundamentos. ¿Qué alternativas ofrece la diferenciación del capital y, en particular, el imperio del capital

tecnológico?

En la época del capital no diferenciado fue patente, y lo es todavía, la diferenciación geográfica de la sociedad capitalista; las condiciones políticas de la revolución socialista se presentaron en forma concluyente y contundente en países donde el capitalismo no llegó nunca a desarrollar una sociedad moderna. El triunfo de la revolución en esas condiciones no pudo establecer sino breve y precariamente instituciones políticas socialistas, mientras la producción económica sufrió crisis y marasmos catastróficos. Particularmente en la Unión Soviética, la industrialización a paso forzado, acuciada por imperiosa necesidad militar, cobró gradual e ineluctablemente el carácter de acumulación capitalista, optó por la estrategia de la convivencia pacífica sazónada con la competencia económica con Occidente (XX Congreso del PCURSS), y sucumbió formalmente en 1991, incapaz de adaptarse al proceso de diferenciación del capital.

¿Es favorable la nueva estructura a la transformación social? La diferenciación del capital es -de hecho- una transformación radical y vertiginosa de la estructura social en todos sus aspectos. De la teoría del capital tecnológico no se deducen los nuevos paradigmas políticos, que requieren, además, de la praxis. Pero el concepto encuentra su quehacer en la experiencia misma, iluminada por la crítica. Al revelar de qué trata el presente, vuelve lo contingente, necesario; lo inmediato, relevante; la vocación, compromiso. La teoría no es "guía para la acción", es más bien concepto que es acción, acción que es concepto. ¿Qué concibe el concepto? La contemporaneidad, las claves programáticas de lo concreto histórico, las mediaciones de la revolución, que únicamente pueden constituirse sobre las estructuras creadas por el desarrollo del capital. Sin ellas, el trabajador individual es abstracto, el trabajador colectivo es abstracto, la clase trabajadora es una abstracción, son otras tantas existencias en la irrealidad abisal de la globalidad igualmente abstracta, dominada por el proceso ciego del capital.

Así como la diferenciación del capital determinó una nueva estructura del capital, dominando la producción de nuevas técnicas productivas en la órbita de la planificación centralizada por las empresas de capital tecnológicamente potenciado, así también rompió la homogeneidad abstracta de la clase obrera, imponiéndole su propia configuración. A la vez que el capital ha perdido la homogeneidad esencial del capital no diferenciado, también perdió la clase obrera su homogeneidad, y, de hecho, los estratos de la clase obrera que conservan mayor semejanza con el proletariado industrial de la época del capital no diferenciado representa una porción relativamente reducida de la población; precisamente esta transformación dió pábulo a la peregrina ilusión de que la clase obrera ha poco menos que desaparecido cuando, por el contrario, en virtud de la diferenciación del capital, abarca la abrumadora mayoría de la humanidad.

¿Qué transformación sufre la sociedad capitalista en su conjunto como consecuencia de la diferenciación del capital? Aunque es temprano para dar una respuesta, el aspecto más saliente es que mientras la producción de plusvalor se transforma en una estructura transnacional, el Estado capitalista deviene supranacional, a la vez que se extingue en él la forma del Estado nacional moderno. Esta transformación abre nuevas perspectivas al cambio social, imponiéndole una concepción esencialmente internacional, y condenando por abstractas tanto la visión estrechamente nacional cuanto la universal no mediada. El lado vulnerable del Estado capitalista supranacional se acusa en su necesidad de recrear, contra la más cruda evidencia, la vieja ilusión que proyecta en él el interés general. Su posibilidad de lograrlo se cifra en la futilidad de la concepción que se le opone, contra la que esgrime con éxito contundente la pretensión desafiante: ¡no hay "proyecto alternativo"! La repetida eficacia de tan pueril estratagema ideológica, revela características específicas de la nueva estructura de poder en la sociedad dominada por el capital relativo.

*

También los antecesores burgueses de los nuevos capitalistas rechazaron de cuajo la dialéctica y discriminaron el discurso según fueran sus intenciones o efectos, críticos, apologéticos, rebeldes o serviles; también ellos silenciaron ocasionalmente el discurso libre, como lo es por esencia todo discurso animado por el concepto; también pujaron tenazmente para que se le negara reconocimiento académico, lo desterraron de las instituciones y, llegado el caso, de los mass media. Pero el poder del capital relativo no se conforma con esos retaceos mezquinos. La cultura del capital tecnológicamente potenciado ha infundido en toda la sociedad el horror al concepto. La extrema centralización de los recursos financieros permite a la clase capitalista gobernar o regular los criterios de asignación de recursos para la producción intelectual, tendiendo sobre el mundo jerarquizado por la diferenciación del capital una densa malla de cepos y maromas consistente en la fijación de prioridades temáticas y la prescripción de modalidades de trabajo, en la manipulación condicionada y extorsiva de presupuestos, créditos, subsidios, asignaciones ad hoc, complementada con la administración autoritaria de todo un alambicado complejo de referatos, evaluaciones, acreditaciones y reconocimientos.

Allí donde el espíritu sufre la fragmentación implacable de su medio necesario: el discurso, y el bárbaro menoscabo de su movimiento: la dialéctica, [34] las empresas de capital tecnológicamente potenciado complementan sus laboratorios y plantas piloto con proveedores de servicios especializados para completar determinados eslabones de sus programas de innovación. Su abrevadero de tecnología no termina en el mercado mismo; también comprende universidades públicas y privadas y organismos técnicos estatales que, ávidos de financiamiento, se muestran prontos a adecuar oportunísticamente normas y modalidades de gestión, incluso en desmedro de sus finalidades científicas y educativas. La posición de las empresas de capital relativo les permite y exige escoger en el mundo la excelencia suprema, de la que pueden disponer de modo gratuito u oneroso con un compromiso mínimo de capital. Lo mismo en la producción capitalista de nuevas técnicas que en la explotación del renovado privilegio del innovador, la "tercerización" complementaria o el descompromiso de capital es la estrategia favorita del capital tecnológicamente potenciado. El capital diferenciado completa la tarea histórica del desarrollo capitalista, y concluye rápidamente la preparación de los fundamentos materiales de una nueva civilización. El ámbito de la producción esencial y específica de la nueva sociedad: la producción científica de nuevas técnicas, es una actividad que la gran empresa de capital relativo planifica en gran escala, mostrando, por una parte, que el principio de la planificación es insoslayable incluso para la empresa de capital, y, por otra, que la eficacia de la planificación capitalista entra en contradicción profunda e inconciliable con su propio carácter esencialmente totalitario.

*

La forma democrática de gobierno es una condición técnicamente necesaria para la reproducción más económica de la estructura social del capitalismo diferenciado. El Estado supranacional debe representar en el mundo el papel de cruzado de las formas democráticas de gobierno, y, al mismo tiempo, reducir esas formas a huera formalidades. Lo lograría quebrando la mediación entre el contenido que corresponde al concepto de democracia: la soberanía popular, y las formas democráticas de gobierno que constituyen mediaciones necesarias para la expresión de ese contenido: la representación popular con mandatos revocables y vinculantes. También en la época del capitalismo no diferenciado la sociedad de clases se mantenía por el efecto combinado del fetichismo de las formas mercantiles del capital, la hegemonía cultural de la burguesía, el retaceo de las formas democráticas de gobierno republicano, la perversa introyección del poder ajeno en el alma servil de los explotados y, en fin, la represión cruda y nuda. El nuevo Estado capitalista, que constituye una jerarquía de Estados nacionales dominantes y subordinados, no desdeña esos arbitrios. El Estado nacional dominante se arroga la potestad de calificar las transgresiones a los principios de la libertad en cualquier lugar del mundo, y la de condenarlas o justificarlas unilateralmente. Acude él mismo a

invasiones, bloqueos y amenazas contra otras naciones, o lo hace convocando y encabezando alianzas circunstanciales, o tolera, comprende e incluso apoya activamente a Estados subordinados adictos en la comisión de crímenes militares contra poblaciones campesinas y civiles; finalmente, valiéndose de los nuevos recursos técnicos, desarrolla y perfecciona todos los arbitrios de la represión. La represión misma, empero, es una función que la eliminación del discurso ha tornado excepcional e incluso superflua, especialmente desde que la lógica de su propia legitimación obligó al Estado nacional dominante en el Estado supranacional a estatuir la transgresión de las normas de la civilización capitalista por parte de un estado nacional subordinado como el elemento infaltable en la figura del "casus belli".

\=-

*

La exigencia de mantener las formas democráticas, que obliga circunstancialmente a la gran potencia, es ineludible para todos los partidos desde que el objeto de la lucha de clases es el dominio de las fuentes tecnológicas del cambio técnico. Solamente puede aspirar a ese dominio la fuerza social que gane y conserve la iniciativa política, el reconocimiento de la representación legítima, la hegemonía cultural. El obstáculo más formidable que enfrenta la clase trabajadora reside en las condiciones que impone la nueva estructura del capital para la constitución de su "para sí". La diferenciación del capital condenó a la obsolescencia y tornó irrelevantes los ámbitos de autorreferencia y organización que brindaron otrora sostenes de mediación concretos -territoriales, sectoriales- para la acción sindical y política. Sin embargo, la organización más desarrollada de la estructura productiva brinda a la clase diversa y dispersa puntos de apoyo, escalones, objetivos y metas concebibles y asequibles para la conquista de sus propias capacidades de producción.

Los "movimientos sociales" y partidos "políticos" de propósitos circunscriptos encontraron puntos vulnerables en el nuevo sistema, pero no comprendieron del todo cómo y por qué sus legítimos reclamos arbitran de hecho en favor del capital tecnológicamente potenciado; cómo y por qué su acción unilateral, abstracta, contribuye sin saberlo ni desearlo a encumbrar el poder despótico del capital tecnológico, ayudándole ora a eliminar, ora a reducir, los capitales potencialmente rivales, suprimiendo o subsumiendo otras fuentes de potenciación del capital, distintas del monopolio tecnológico. Su fracaso pone de manifiesto que la política de la época no es sólo una lucha por la legitimidad y la iniciativa en la negociación social, sino principalmente por concebir y expresar la lógica de conjunto de todas las reivindicaciones sociales. Cuando la ciencia descubre el camino de lo abstracto a lo concreto da con la clave del saber. Es también la clave de la experiencia:

"Si nos fijamos en la materia al principio es horrible y fétida, ya que es el infierno; al final próspera, deseable y agradable, porque es el paraíso".

[Aforismos]

I. La forma mercantil del valor es la forma del valor mercantil. (La expresión del valor de la mercancía está mediada por la expresión de su valor mercantil).

II. Utilidad y valor son momentos genéricos de la mercancía en tanto ésta es, en general, un producto reproducible. Dadas la cualidad y la cantidad inmediata de un producto, ambos momentos genéricos son otras tantas proyecciones de la capacidad productiva del sujeto. La ley del valor específicamente mercantil expresa la vigencia del principio etológico o praxiológico del valor relativo en la sociedad capitalista.

III. La dialéctica del valor mercantil pertenece a la fenomenología de la consciencia del homo mercator, aunque las formas aparentes de la mercancía son categorías objetivas. Las doctrinas económicas captan esas figuras incompletas pero no distinguen sus momentos específicamente mercantiles ni -por ende- sobrepasan su abstracción.

IV. El trabajador del capital crea plusvalía porque no es poseedor de sus propios productos, de los medios adecuados para obtenerlos, ni de su propia fuerza de trabajo al hacerla efectiva, y porque la mercancía en la que toma cuerpo su trabajo sólo recibe esa forma adecuada a su realización por disposición del capitalista. La última condición es necesaria, las anteriores, contingentes. Lo es también, en consecuencia, la forma asalariada del trabajo que crea plusvalor capitalista.

V. El capital industrial configura subsistemas dominados por firmas con poder para regular el proceso de acumulación de otras empresas, sus proveedores y/o clientes. Son estructuras de orden jerárquico. En un extremo está el capital potenciado, en el otro, el capital reducido, subordinado, que no es capital para su propietario. Los subsistemas de capital se transforman **pari passu** con las etapas históricas del capital.

VI. El desarrollo capitalista, en tanto desarrollo formal del capital industrial, consiste esencialmente en un proceso de diferenciación del capital. De él resultan dos figuras básicas del capital industrial, contrapuestas en una estructura polarizada: el capital simple y el capital compuesto o tecnológicamente potenciado.

VII. Como consecuencia de la diferenciación del capital, la ley económica general del sistema capitalista se modifica profundamente. El capital tecnológico tiene su fundamento en la producción de plusvalor relativo. Su premisa es el dominio universal absoluto de la innovación técnica, el secuestro de las capacidades productivas de la humanidad.

VIII. En el subsistema capitalista diferenciado las metamorfosis del capital expresan el poder extorsivo y la administración despótica del capital tecnológicamente potenciado. En ausencia de crisis generalizada, la cambiabilidad de la mercancía común no es ya meramente virtual; el contrato de adhesión se impone como la forma jurídica característica de la relación mercantil. Correlativamente, la unidad de las funciones del dinero (por ende, el dinero mismo) permanece en suspenso: una profusión de obligaciones e instrumentos basados en el crédito público y privado, desempeñan funciones dinerarias.

IX. La competencia entre empresas de capital potenciado se centra en la configuración y reconfiguración de subsistemas de acumulación de capital. La producción de plusvalor relativo por empresas de capital compuesto, como medio para alcanzar tasas extraordinarias de ganancia, implica la producción por empresas de capital simple de plusvalor absoluto, para obtener tasas de ganancia entre ordinarias y nulas, y la imposibilidad de toda producción fuera de tales subsistemas. Grandes porciones de la humanidad son condenadas a la desocupación permanente; la amenaza de este infierno social impone la disciplina y la sumisión en el purgatorio del empleo.

X. Como consecuencia de la diferenciación del capital, el Estado capitalista pierde su carácter moderno; la sociedad civil se desvanece, ya que tanto la forma mercancía (económica y jurídica), cuanto las formalidades institucionalizadas del derecho público, son ahora otras tantas mediaciones unilaterales del capital. La tiranía del capital extiéndese inmediatamente a toda la sociedad, desde la empresa de capital donde, antaño -en la época del capital industrial no diferenciado-, su jurisdicción terminaba en la oficina o la planta industrial.

XI. La diferenciación del capital es también la diferenciación de la clase trabajadora. El subsistema de capital tecnológico brinda un escalón natural hacia la unidad de la clase diversa (como antes la empresa o la rama).

XII. La estructura del capital diferenciado le muestra a la clase trabajadora cuál es la clave económica de los valores políticos como la democracia, la libertad; cuál el criterio para medir el valor estratégico de sus objetivos inmediatos; cuál, en definitiva, el camino de la emancipación: ¡apropiarse de sus propias capacidades productivas!

BIBLIOGRAFIA

ADORNO, Theodor W. "La ideología como lenguaje" (1962/4) Taurus, Segunda Ed., Madrid, 1982.

ADORNO, Theodor W., HORKHEIMER, Max "Dialectic of enlightenment" (1944), Verso Editions, Londres, 1979.

ADORNO, Theodor W., "Dialéctica negativa" (1966), Taurus, Madrid, 1975.

ADORNO, Theodor W., "Teoría estética", Taurus, Madrid, 1971.

ADORNO, Theodor W. "Terminología filosófica" (1973) 2 Tomos Taurus Ediciones, Madrid 1976.

ADORNO, Theodor W. "Minima moralia" (1951), Verso, London, 1978.

- ADORNO, Theodor W. "Filosofía y superstición" (1962), Alianza Editorial, Madrid, 1972.
- ADORNO, Theodor, EISLER, Hans "El cine y la música", Editorial Fundamentos, Madrid, 1976.
- ADORNO, Theodor W. "Mahler", Ediciones Península, Barcelona, 1987.
- ADORNO, Theodor W. "Crítica cultural y sociedad", Ariel, 3a. Ed. Barcelona, 1973.
- ADORNO, Theodor W. "Sobre la metacrítica de la teoría del conocimiento", Monte Avila Editores, Caracas, 1970.
- AGLIETTA, Michel "El fin de las divisas clave. Ensayo sobre la moneda internacional" (1986), Siglo XXI Editores, México, 1987.
- AGLIETTA, Michel, et. al. "Rupturas de un sistema económico", Blume Ediciones, Madrid, 1978.
- AGLIETTA, Michel "World Capitalism in the Eighties", New Left Review, 136, 1982.
- ALCOCK, John "Animal Behavior. An Evolutionary Approach", Sinauer Associates Inc. Pub., Sunderland Mass., 1979.
- ALTHUSSER, Louis, BALIBAR, Etienne "Para leer el Capital" (1967), Siglo XXI, México 1969.
- ANDERSON, Perry "Arguments within english marxism", Verso Editions, London, 1980.
- ANDERSON, Perry "Trotsky's Interpretation os Stalinism", New Left Review 139, 1983.
- ANDERSON, Perry "The figures of descent", New Left Review, 161, 1987.
- ANDERSON, Perry "El estado absolutista" (1974), XXI, 2a. Ed, España, 1980.
- ANDERSON, Perry "Transiciones de la antigüedad al feudalismo" (1974), XXI, 1987.
- ANDREIS, Daniel de "Trabajo y capital", Granica, Buenos Aires, 1974.
- ARNAUD, Pascal "La dette du tiers monde", Editions La Découverte, Paris, 1988.
- ARON, Raymond "Paz y guerra entre las naciones", "Paix et guerre entre les nations", Calmann-Lévy 1962, Paris. Revista de Occidente SA, 1963, Alianza, Madrid, 1985.
- ARTHUR, Ch. "Hegel's Master/Slave Dialectic and a Myth of Marxology" New Left Review, 142, 1983.
- ASTRADA, Carlos "Trabajo y alienación. En la «Fenomenología/ y en los «Manuscritos»", Ediciones Siglo XX, Buenos Aires, 1965.
- ASTRADA, Carlos "Nietzsche", Editorial La Universidad, Buenos Aires, 1945.
- ASTRADA, Carlos "Fenomenología y praxis", Ediciones Siglo X, Buenos Aires, s/d.
- ASTRADA, Carlos "Dialéctica y positivismo lógico", Cuadernos de Humanitas, Tucumán, 1961.
- AVINERI, Shlomo "The social and political thought of Karl Marx", Cambridge University Press, London 1968.
- AVINERI, Shlomo "Hegel's Theory of the Modern State" Cambridge University Press, London 1972.
- AXELOS, Kostas "Marx, pensador de la técnica", Ed. Fontanella, Barcelona, 1969.
- BACKHAUS, Hans Georg "Dialéctica de la forma de valor", en "Contributions a la theorie

- marxiste de la connaissance", Alfred Schmidt editor, Surcamp Verlag, Frankfurt, 1969.
- BANFI, Rodolfo "Un pseudo-problema: la teoría del valor-trabajo como base de los precios de equilibrio", en ARICO, Jos (compilador) "Estudios sobre El Capital ", Ediciones Signos, Buenos Aires 1970.
- BANFI, Rodolfo et. al. "Teoría marxista del imperialismo", Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba 1969.
- BANFI, Rodolfo, CASSANO, Franco, PANZIERI, Raniero "Análisis del pensamiento económico de Marx", Universidad Autónoma de Puebla, México, 1980.
- BARAN, Paul "La economía política del crecimiento" (1957), Fondo de Cultura Económica, 1959.
- BARANSON, Jack "Technology and the multinationals", Lexington Books, Massachusetts, 1978.
- BARBER, William J. "Storia del pensiero economico" ("A History of Economic Thought", Penguin, Eng., 1967), Feltrinelli Editore, Milano, 1993.
- BARRAT BROWN, Michael "Away with all the Great Arches: Anderson's History of British Capitalism", New Left Review, 167, 1988.
- BARTRA, Roger "El modo de producción asiático", Ediciones Era, México, 1969.
- BAUDRILLARD, J. "L' échange symbolique et la mort", NRF, Gallimard, 1976.
- BAUER, Otto, MARCUSE, Herbert, ROSENBERG, Arthur "Fascismo y capitalismo. Teorías sobre los orígenes sociales y la función del fascismo", Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1972.
- BENEDITO, Manuel, SEGURA, Julio "Capitalismo y sistema monetario internacional", Guadiana de publicaciones, Madrid, 1968.
- BENJAMIN, Walter "Para una crítica de la violencia", Premi Editora, México 1982.
- BENJAMIN, Walter "Imaginación y Sociedad. Iluminaciones I" (1969), Taurus, Madrid, 1980.
- BENJAMIN, Walter "Baudelaire. Iluminaciones II" Taurus, Madrid, 1972.
- BENJAMIN, Walter "Haschisch", Taurus, Madrid, 1980.
- BENJAMIN, Walter "Goethe, the reluctant bourgeois", New Left Review, 133, 1982.
- BETTELHEIM, Charles et. al. "Problemas del desarrollo", Instituto de Investigaciones Económicas, México, 1969.
- BERNSTEIN, Eduardo "Socialismo teórico y socialismo práctico. Las premisas del socialismo y la misión de la social democracia" (1899), Editorial Claridad, Buenos Aires, 1966.
- BETTELHEIM, Charles "Problemas teóricos y prácticos de la planificación", Editorial Tecnos, Madrid, 1965.
- BLANQUI, Jérôme Adolphe "Histoire de l'économie politique en Europe depuis les anciens jusqu' nos jours, suivie d' une bibliographie raisonnée des principales ouvrages d' économie politique", Bruselas. 1839.
- BLAUG, Mark "Economic Theory in Retrospect" (1962), Cambridge University Press, 1985. BLAUG, Mark "Teoría económica en retrospectiva" (1962), FCE, Méx., 1985.
- BLOCH, Ernst "Sujeto -Objeto. El pensamiento de Hegel" (1949), Fondo de Cultura Económica, 1985.
- BLOCH, Ernst "El ateísmo en el cristianismo" (1968), Taurus, Madrid, 1983.

- BLOCH, Ernst "Entremundos en la historia de la filosofía" (1951/6), Taurus, Madrid, 1984.
- BLOCH, Ernst "El pensamiento de Hegel", Fondo de Cultura Económica, 1949.
- BLOCH, Marc "La sociedad feudal. Las clases y el gobierno de los hombres", Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, Méx., 1958.
- BLOCH, Marc "La sociedad feudal. La formación de los vínculos de dependencia", Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, Méx., 1958.
- BLOM, Hans W. "Morality and Causality in Politics. The Rise of Naturalism in Dutch Seventeenth-Century Political Thought", Rotterdam, 1995.
- BOBBIO, Luigi "Lotta continua. Storia di una organizzazione rivoluzionaria", Savelli, Roma, 1979.
- BOHM-BAWERK, Eugen von, HILFERDING, Rudolf, CIAFARDINI, Horacio (Introd.) "Valor y precio de producción", Editorial Tiempo Contemporáneo, 1975.
- BORÓN, Atilio "State Forms in Latin America. Between Hobbes and Friedman" *New Left Review*, 130, 1981.
- BOURGIN, Georges "La comuna", Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1962.
- BRAUN, OSCAR (compilador), Monza, Alfredo, ROBINSON, Joan, KALDOR, Nicholas, PASINETTI, Luigi, MEEK, Ronald, SAMUELSON, Paul, SOLOW, Robert. M, BHADURI, Amit, HARCOURT, G. C., NUTI, Domenico Mario, DOBB, Maurice "Teoría del capital y la distribución", Editorial Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires 1973.
- BRAVERMAN, Harry, SWEEZY, Paul (Foreword) "Labor and monopoly capital", Monthly Review Press, New York-London, , 1974.
- BRIGGS, A. et. al. "Technology and economic development", Pelican-Penguin Books, London, 1965.
- BRUNHOFF, Suzanne de "Estado y capital" (1976), Villalar, Madrid, 1978.
- BRUNHOFF, Suzanne de "La monnaie chez Marx", Editions Sociales, Paris, 1976.
- BRUNHOFF, Suzanne de "L' offre de monnaie. Critique d' un concept", Editions Maspero, 1971.
- BRUNHOFF, Suzanne de "La concepción monetaria de Marx" (1967), Ediciones del Siglo, Buenos Aires, 1973.
- BUCK - MORSS, Susan "Walter Benjamin, Revolutionary writer" *New Left Review*, 129, 1981.
- BUJARIN, Nicolai "Teoría económica del período de transición" (1920), PYP, Córdoba 1972.
- BUJARIN, Nicolai "El imperialismo y la economía mundial", Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba 1971.
- CALVEZ, Jean-Yves "El pensamiento de Carlos Marx" (1956), Taurus, Madrid, 1962.
- CARLING, Allan "Rational choice marxism", *New Left Review*, 160, 1986.
- CENCINI, Alvaro, SCHMITT, Bernard "La pensée de Karl Marx. Critique et synthese". Vol. I La valeur. Vol. II La Plus-value, Editions Castella, Albeuve, Suisse, 1976.
- CERRONI, Umberto "Teoría política y socialismo" (1973), Ediciones Era, México 1976.
- CERRONI, Umberto et. al. "Scienza e potere", Feltrinelli Editori, Milano, 1975.
- CERRONI, Umberto, et. al. "La revolución científico-técnica", El Cid Editor, Caracas, 1977.

- CERRONI, Umberto, "Marx y el derecho moderno", Grijalbo, México, 1975.
- CLAUSEVITZ, Claus, Von "Arte y ciencia de la guerra", Grijalbo, México, 1972.
- CLIFF, Tony "Rosa Luxemburg", IS, London, 1959.
- COATES, David "Labourism and the transition to Socialism" New Left Review, 129, 1981.
- COATES, David "Space and Agency in the Transition to Socialism" New Left Review, 135, 1982.
- COLE, G.D.H. "La organización política" (1934), FCE, México, 1959.
- COLE, G.D.H. "Historia del pensamiento socialista" (1953), Fondo de Cultura Económica, México, 1957.
- COLLETTI, Lucio "Marxismo, ciencia o revolución?", en Robin Blackburn, compilador: "Ideología y ciencias sociales", Grijalbo 1977.
- COLLETTI, Lucio "Marxism and Hegel", Verso, London, 1973. "El marxismo y Hegel" (1969), trad. F. Fernandez Buey, Grijalbo, Mex., 1977.
- COLLETTI, Lucio "De Rousseau a Lenine", L' Esprit des Lois, Gordon & Breach, Paris, 1972.
- COLLETTI, Lucio "La dialéctica de la materia en Hegel y el materialismo dialéctico" (1969), trad. F. Fernandez Buey, Grijalbo, Mex 1969.
- COLLETTI, Lucio "Ideología y sociedad", Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca, Caracas, 1974
- COLLETTI, Lucio, ANDERSON, Perry "A political and philosophical interview", en "Western Marxism, a Critical Reader", editado por New Left Review, London 1977.
- COLLETTI, Lucio, FERNANDEZ BUEY, Francisco (Introd.) "La cuestión de Stalin. El marxismo y la «filosofía de la historia/ de Hegel. Marx, Hegel y la escuela de Frankfurt, Introducción a los primeros escritos de Marx. Marxismo y dialéctica" (1974), Anagrama, Barcelona, 1977.
- COLOMBO, Furio et. al. "La nueva edad media", Alianza Editorial, 2a. Ed., Madrid, 1984.
- COOMBS, Rod, SAVIOTTI, Paolo, WALSH, Vivien "Economics and Technological Change" (1987), FREEMAN, Christopher (Foreword), MacMillan 1994.
- CORIAT, Benjamín "El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa" (1979), Editorial Siglo XXI, México 1982.
- CORIAT, Benjamín "Ciencia, técnica y capital", Blume Ediciones, Madrid, 1976.
- CREEDY, John (Univ. Melbourne) "Edgeworth and the Development of Neoclassical Economics" (1986), Gregg Revivals, Blackwell, Great Britain, 1992.
- CREMASCHI, Sergio "Il sistema della Ricchezza. Economia Política e problema del metodo in Adam Smith", Franco Angelli, Milano, 1984.
- CRONK, LEE "Strings Attached", The Sciences, New York Academy of Sciences, May/June 1989.
- CHÂTELET, Francois "El nacimiento de la historia", Siglo XXI, México, 1979.
- CHILDE, Gordon "What happened in history" (1942), Pellican, London, 1965.
- CHOMSKY, Noam "Problemes du savoir et de la liberté" (1971), Hachette, Paris, 1973.
- DAIRE, Louis-François-Eugène "Physiocrates", Paris, 1846.

- DALLEMAGNE, Jean-Luc "La inflación capitalista", A. Redondo Editor, Barcelona 1972.
- D' ARCY, Philippe "El dinero y el poder", Presses Universitaires de France, Colección EDAF, Madrid, 1977.
- DAVIS, Mike "The AFL-CIO's Second Century" *New Left Review*, 136, 1982.
- DAVIS, Mike "The Political Economy of Late- Imperial America" *New Left Review*, 143, 1984.
- DE BEAUNE, Sophie A., and WHITE, Randall "Ice Age Lamps" *Scientific American*, Vol 266, Number 3, March 1993.
- DE BEAUVOIR, Simone "El pensamiento político de la derecha", Ediciones Leviatán, Buenos Aires 1956.
- DE LA CRUZ, Rafael "Tecnología y poder", Cendes-Siglo XXI, México 1987.
- de JONG, Gerardo M., TISCORNIA, Luis M., BANDIERI, Susana O., et al., "El minifundio en el Alto Valle del Río Negro", Universidad Nacional del Comahue, Neuquén, 1994.
- DELEUZE, Gilles "Spinoza y el problema de la expresión" (1968), Muchnik Editores, Barcelona, 1975.
- DELEUZE, Gilles "Foucault", Paidós, Buenos Aires, 1987.
- DELLA VOLPE, Galvano "Rousseau y Marx", Ediciones Martínez Roca, 1972.
- DENIS, Henri "L' «Economie/ de Marx. Histoire d' un échec", Presses Universitaires de France, 1980.
- DENNELL, Robin W. "El origen de la agricultura en Europa", *Mundo Científico*, versión en español de *La Recherche*, Vol. 6 No. 59.
- DENTON, Geoffrey, et. al. "Planeación y política económica en la Gran Bretaña, Francia y Alemania" (1968), Siglo XXI Editores, México, 1970.
- DERRIDA, Jacques "Posiciones" (1972), Carcagente, Valencia, 1977.
- DEUTSCHER, Isaac "The great contest", Oxford University Press, London, 1960.
- DEUTSCHER, Isaak "The Prophet Armed", Oxford University Press, 2nd. Ed., Lon. 1963.
- DEUTSCHER, Isaac et. al. "La revolución cultural china", Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, 1973.
- DEUTSCHER, Isaac "La década de Jrushov", Alianza Editorial, Madrid, 1971.
- DEUTSCHER, Isaac "Soviet Trade Unions", Royal Institute of International Affairs, Oxford University Press, London, 1950.
- DEUTSCHER, Isaac, HALLET CARR, Edward (Introd.) "Herejes y renegados" (1955/69), Ediciones Ariel, Barcelona, 1970.
- DEWS, Peter "Adorno versus Post-structuralism", *New Left Review*, 156, 1986.
- DOBB, Maurice "Economía política y capitalismo" (1937), FCE, Méx., 1973.
- DOBB, Maurice "Teoría del valor y de la distribución desde Adam Smith" (1973) Trad. al español de Rosa Cusminsky, Siglo XXI, Buenos Aires 1975.
- DOBB, Maurice "Marx as an Economist", International Publishers, New York, 1945.
- DOBB, Maurice "Studies in the development of capitalism" (1946), Routledge & Kegan,

- London, 1959. "Estudios sobre el desarrollo del capitalismo", Instituto del Libro, La Habana, 1969.
- DOBB, Maurice "Economía política y capitalismo" (1937), Fondo de Cultura Económica, 1961.
- DOBB, Maurice, PIETRANERA, Julio, POULANTZAS, Nico, RIESER, Vittorio, BANFI, Rodolfo "Estudios sobre «El Capital»", Biblioteca El Pensamiento Crítico, Ediciones Signos, Buenos Aires, 1970.
- DOBB, Maurice "Capitalism Yesterday and Today", MR Press, N. Y. 1962.
- DOBB, Maurice; SWEEZY, Paul; TAKAHASHI, Kohachiro; HILTON, Rodney; HILL, Christopher; LEFEBVRE, Georges; "La transición del feudalismo al capitalismo", 3a. Ed., Artiach Editorial, Madrid, 1972.
- DOLLÉANS, Edouard "Historia del movimiento obrero", 2 Tomos, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1961.
- DOSTALER, Gilles "Valor y precio" (1978), Terra Nova, México, 1980.
- DRANCOURT, Michel "Les clés du pouvoir", Librairie Artheme Fayard, Paris, 1964.
- DUCASSE, P. "Historia de las técnicas", Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1960.
- DRI, Ruben R. "Los modos del saber y su periodización", Ediciones Letrabuena, Bs. As. 1993.
- DURAND, Thomas "Prix Nobel et développement économique", La Recherche 249, Decembre 1992.
- DURKHEIM, Emile "De la division du travail social" (1930), Presses Universitaires de France, Paris, 1994.
- EAGLETON, Terry "Capitalism, Modernism and Post-Modernism", New Left Review, 152, 1985.
- EFIMOV, A. y FREIBERG. N "Historia del Capitalismo Industrial", Editorial Claridad, Buenos Aires 1941.
- ELLIOTT, David & Ruth "El control popular de la tecnología" (1976), Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1980.
- ENGELS, Friedrich "Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana" (1888), La Rosa Blindada, Bs. As., 1975.
- ENGELS, Federick "Anti-Duhring", Editorial Hemisferio, Buenos Aires 1956; Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo 1960.
- ENGELS, Federick "Ludwig Feuerbach, and the outcome of classical german philosophy" (1886), with appendices, inter alia: "Marx's theses on Feuerbach", International Publishers, New York, 1941.
- ENGELS, Federick "The british labor movement" (1881), IP, NY, 1940.
- ENGELS, Federick "La situación de la clase obrera en Inglaterra" (1892) , Editorial Futuro, Buenos Aires, 1965.
- ERLER, F., et. al. "La revolución de los robots" (1956), Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires 1961.
- ERNST, Dieter (compilador), GEZE, Francois, KRIEGER MYTELKA, Lynn, KAPLINSKI, Raphael, O BRIEN, Peter "Industrial redeployment and international transfer of technology: trends and policy issues", Viertel Jahres Berichte, Forchungsinstitut der Friedrich-Ebert-Stiftung, 83, Marz 1981.

- ESTEVEZ, Jaime, LICHTENSZTEJN, Samuel (compiladores) "Nueva fase del capital financiero. Elementos teóricos y experiencias en América", Ilet, Ceestem, Editorial Nueva Imagen, México, 1981.
- EVERS, T. "El estado en la periferia capitalista" (1977), Siglo XXI, 3a. Ed., México, 1985.
- FAJNZYLBER, Fernando et. al. "Corporaciones multinacionales en América latina", Ediciones Periferia, Buenos Aires, 1973.
- FAJNZYLBER, Fernando "La industrialización trunca de América latina", Editorial Nueva Imagen, México, 1983.
- FALS BORDA, Orlando "Las revoluciones inconclusas en América latina 1809-1988" (1968), Fondo de Cultura Económica, México, 1971.
- FANON, Frantz et. al. "Argelia socialista", Jorge Alvarez Editor, 1964.
- FARJOUN, Emmanuel, MACHOVER, Mosh "Probability, Economics and the Labour Theory of Value", New Left Review, 152, 1985.
- FEA-USP, Varios Autores, "Administração do processo de inovação tecnológica", Editora Atlas, Sao Paulo, 1980.
- FEUERBACH, Ludwig "La esencia del cristianismo. Crítica filosófica de la religión", Claridad, Buenos Aires, 1963.
- FIORITO, Riccardo "División del trabajo y teoría del valor" (1971), Fellmar, Madrid, s/fecha.
- FLORES OLEA, Víctor "Marxismo y democracia socialista", Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1969.
- FLORES OLEA, Víctor "Ensayo sobre la soberanía del Estado", Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1969.
- FLOYD, W.F., WELFORD A.T. (compiladores) "Fatiga y trabajo" (1953) EUDEBA, Buenos Aires 1964.
- FORMENTI, Carlo "La fine del valor d' uso. Riproduzione. informazione, controllo", Giangiacomo Feltrinelli Editore, 1980.
- FOUCAULT, Michel "Les mots et les choses", Gallimard, 1966.
- FOUCAULT, Michel "Surveiller et punir", Gallimard, 1975.
- FOUCAULT, Michel "Historia de la locura en la época clásica"(1964), Fondo de Cultura Económica, México 1982.
- FOUCAULT, Michel "Un diálogo sobre el poder", Alianza Editorial, Madrid, 1985.
- FOURASTIE, Jean "La productividad", Francisco Casanovas Editor, 2a. Ed., Barcelona 1956.
- FOURIER, Carlos "El falansterio", Intermundo, Buenos Aires, 1946.
- FREERKHUISEN, E. Alvaer, SALAMA, Pierre, ANDROCHE, Robert, GOUGH, Ian, VALENZUELA, Jos et. al. "Trabajo productivo e improductivo" en "Críticas de la Economía Política" Edición Latinoamericana N.8 , Ediciones El Caballito, México, 1978.
- FREEMAN, Christopher "La teoría económica de la innovación industrial" (1974), Alianza Editorial, Madrid 1975.
- FRIEDEN, Jeff "The Dollar and Its Rivals", New Left Review, 136, 1982.
- FROBEL, F., HEINRICH, J., KREYE, O. "La nueva división internacional del trabajo"(1987), Siglo XXI, México, 1971.

- FROMM, Erich "Marx y su concepto del hombre", Breviarios FCE, 1962.
- FRONDIZI, Silvio "Interpretación materialista dialéctica de nuestra época", Edición del autor, Buenos Aires, 1960.
- FRONDIZI, Silvio "El Estado moderno", Depalma Editor, Buenos Aires, 1954.
- FURTADO, Celso "Desarrollo y subdesarrollo" (1961), Eudeba, Buenos Aires, 1964.
- FURTADO, Celso "La nueva dependencia. Deuda externa y monetarismo" (1982), Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1985.
- FURTADO, Celso "Dialética do desenvolvimento", 2a. Edicao, Editôra Fundo de Cultura, Rio de Janeiro, 1964.
- FURTADO, Celso "La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la revolución cubana" (1969), Siglo XXI Editores, México, 1975.
- FURTADO, Celso, PREBISCH, Raúl, FERRER, Aldo "Deuda y soberanía", Fundación para la democracia en la Argentina, El Cid Editor, Buenos Aires, 1984.
- FURTADO, Celso "La economía latinoamericana. Formación histórica y problemas contemporáneos" (1969), Siglo XXI Editores, 15a. Ed., México, 1980.
- GABAS, Raúl, MUGUERZA, Javier (Introd.) "J. Habermas: dominio técnico y comunidad lingüística" Editorial Ariel, Barcelona-Caracas-México, 1980.
- GALBRAITH, John K. "The new industrial state", The New American Library, New York, 1968.
- GALBRAITH, John K. "The affluent society" (1978), Pelican, 2nd. Ed., Bungay, Suffolk, 1870.
- GALBRAITH, John K. "La hora liberal", Ediciones Ariel, Barcelona, 1961.
- GALEANO, Eduardo "Las venas abiertas de América latina" 28a Ed., Siglo XXI Editores, México, 1980.
- GARCIA MARQUEZ, Gabriel "Our own brand of socialism" New Left Review, 138, 1983.
- GAREGNANI, Pierangelo, BOLAFFI, Angelo, NAPOLEONI, Claudio, VIANELLO, Fernando, COLLETTI, Lucio, LIPPI, Marco, et. al. "Debate sobre la teoría marxista del valor" Cuadernos Pasado y Presente 82, Siglo XXI Ed. Mex., 1979.
- GARMENDIA DE CAMUSSO, Guillermina, "Rodolfo Mondolfo", Asociación Dante Alighieri, Buenos Aires, 1992.
- GERAS, Norman "A critique of Laclau and Mouffe", New Left Review, 163, 1987.
- GERAS, Norman "Marx y la crítica de la economía política" en Robin Blackburn, compilador: "Ideología y ciencias sociales", Grijalbo, 1977.
- GERBET, Pierre "Les organisations internationales", Presses Universitaires de France, Paris, 1966.
- GERMER, Claus Magno "Dinheiro, capital e dinheiro de crédito. O dinheiro segundo Marx", Tese de Doutorado apresentada ao Instituto de Economia de UNICAMP sob a orientação do Prof. Dr. Waldir Jos de Quadros, UNICAMP, Campinas, 1995.
- GERSCHENCRON, Alexander "El atraso económico en su perspectiva histórica" (1962), Ediciones Ariel, Barcelona, 1968.
- GEYMONAT, Ludovico "El pensamiento científico", Eudeba, Buenos Aires, 1977.
- GEYMONAT, Ludovico "Ciencia y realismo científico", Ediciones Periferia, Barcelona, 1980.

- GEYMONAT, Ludovico QUARANTA, Mario (introd) "Contro il moderatismo", Giangiacomo Feltrinelli Editore, Milano, 1979.
- GIANNOTTI, J.A. "Orígenes de la dialéctica del trabajo" (1971), Alberto Corazón Editor, Madrid, 1973.
- GILBERT, Isidoro "La ilusión del progreso apolítico" (1986), Editorial Legasa, Buenos Aires, 1989.
- GILSON, Etienne "La filosofía en la edad media. Desde los orígenes patrísticos hasta el fin del siglo XIV" (1922), Gredos, Madrid, 1989.
- GIMPEL, Jean "Contra el arte y los artistas", Gedisa, Barcelona, 1979.
- GIMPEL, Jean "La revolución industrial en la Edad media", Taurus, Madrid, 1981.
- GIMBERNAT, Jos A. "Ernst Bloch. Utopía y esperanza. Claves para una interpretación filosófica", Ediciones Cátedra, Madrid, 1983.
- GIOVANNI, Biagio de "La teoria politica delle classi nel «Capitale»", De Donato Editore, Bari, 1976.
- GIRARD, Ren "La violence et le sacré", Grasset, 1972.
- GIRARD, Ren "Des choses cacheés depuis la fondation du monde", Grasset, 1978.
- GLUCKSMANN, Andr "El viejo y el nuevo fascismo" (1972), Ediciones Era, México, 1975.
- GODELIER, Maurice et. al. "Problemas del estructuralismo", Siglo XXI, México, 1967.
- GOMEZ PIN, Víctor "Ciencia de la lógica y lógica del sueño", Taurus, Madrid, 1978.
- GOMEZ CALCAGNO, Luis (compilador), LANDER, Edgardo, et. al. "Crisis y movimientos sociales en Venezuela", Editorial Tropykos, Caracas, 1987.
- GOODMAN, David, SORJ, Bernardo, WILKINSON, John "From farming to biotechnology. A theory of agroindustrial development", Blackwell, Oxford, 1987.
- GORZ, Andr (compilador.) "Critique de la division du travail" Avec textes de MARX, K., MARGLIN, S., GORZ, A., PIGNON, D., QUERZOLA, J., MACCIO, M., LETTIERI, A., Editions du seuil, Paris 1973.
- GORZ, Andr (compilador), DE PALMA, Armando, PANZIERI, Raniero, SALVATI, Michele, BECCALLI, Bianca, LETTIERI, Antonio "La división capitalista del trabajo" Cuadernos PYP, Córdoba, 1972.
- GORZ, Andr "Stratégie ouvriere et néocapitalisme", Editions du Seuil, Paris, 1964.
- GORZ, Andr "Sartre y Marx", Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, 1969.
- GOUYON, Pierre-Henry, et. al. "Le sexe, pour qoui faire?", La Recherche 250, Vol 24, Janvier 1993.
- GOWAN, Peter "The origins of the administrative elite", New Left Review, 162, 1987.
- GRAHAM M., Edwards, WELLS, L., BUCKLEY, P.J., CASSON, M., MAGEE, S., "Empresas multinacionales. Teoría de las inversiones extranjerias", Conicit, Caracas, 1980.
- GRAMSCI, Antonio, SACRISTÁN, Manuel (Introd.) "Antología", Siglo XXI Editores, México, 1970.
- GRAMSCI, Antonio, MAGRI, Lucio, SALVATORE, Massimo L., BOURDET, Ivonne, FERRI, Franco, LISA, Foa, COLLOTTI, Enzo, GARAVINI, Sergio "Consejos obreros y democracia socialista", CYP, Córdoba 1972.

- GRAMSCI, Antonio "Concepción del partido proletario", Ediciones de Cultura Popular, México 1972.
- GRAMSCI, Antonio "The modern prince", International Publishers, New York, 1959.
- GRAMSCI, Antonio, GRUPPI, Luciano (Introd.) "Il materialismo storico. Gli intellettuali. Il risorgimento. Letteratura e vita nazionale. Passato e presente", 5 Tomos, Editore Riuniti, Instituto Gramsci, Torino, 1975.
- GRAMSCI, Antonio "Lettere dal carcere", Einaudi, 1977.
- GRAMSCI, Antonio "Notas sobre Maquiavello, sobre política y sobre el estado moderno", Lautaro, Buenos Aires, 1962.
- GRIFFITH, SAMUEL B., LIDDEL HART, B. H. (Introd.) "Sun Tzu: The Art of War", Oxford University Press, 1963.
- GRIMSLEY, Ronald "La filosofía de Rousseau" (1973), Alianza Editorial, Madrid, 1977.
- GRUBEL, Herbert (compilador) "World monetary reform. Plans and issues", Stanford University Press, Stanford, 1963.
- GUERIN, Daniel "Fascisme et grand capital", Francois Maspero, Paris, 1971.
- GUERIN, Daniel "Colonialismos sobre las Antillas", Editorial Palestra, Buenos Aires, s/d.
- GUNDER FRANK, Andre, COCKROFT, James D., JOHNSON, Dale L. "Economía política del subdesarrollo en América latina", Ediciones Signos, Buenos Aires, 1970.
- GUTELMAN, Michel "La agricultura itinerante en chamiceras", Mundo Científico, versión en español de La Recherche, Vol. 10 No. 99.
- HABERMAS, Jurgen "Teoría y praxis. Estudios de filosofía social" (1963), Tecnos, Madrid, 1987.
- HABERMAS, Jurgen "La crisi della razionalità nel capitalismo maturo", Editore Laterza, Roma, 1982.
- HALLETT CARR, Edward "Socialism in one country", 2 Tomos, MacMillan & Co, London, 1958.
- HALLETT CARR, Edward "Los exilados románticos. Bakunin, Herzen, Ogarev", Editorial Anagrama, Barcelona, 1969.
- HEGEL, G.W.F. "Fenomenología del espíritu"(1807), FCE, México, 1978.
- HEGEL, G.W.F. "Ciencia de la Lógica", 2 Tomos, Librería Hachette, Buenos Aires, 1956.
- HEGEL, G.W.F., TERRÓN, Eloy (Introd) "Introducción a la historia de la filosofía", Aguilar, Buenos Aires, 1961, 1977.
- HEGEL, G.W.F. VÁSQUEZ, Eduardo (Introd.) "Propedéutica filosófica", Universidad Simón Bolívar, Editorial Equinoccio, Caracas, 1979.
- HEGEL, G.W.F., RIPALDA, Jos M. (Introd.) "Escritos de juventud", Fondo de Cultura Económica, México, 1978.
- HELLER, Agnes "El hombre del Renacimiento" (1978), Ed. Península, Barcelona, 1984.
- HELLER, Agnes "Teoría de las necesidades en Marx" (1974), Ediciones Periferia, Barcelona, 1986.
- HELLER, Agnes et. al. "Dialéctica de las formas. El pensamiento estético de la escuela de Budapest", Ediciones Península, Barcelona, 1987.
- HELLER, Agnes "Historia y vida cotidiana" (1970), Grijalbo, México, 1985.

- HELLER, Agnes "Crítica de la ilustración. Las antinomias morales de la razón", Ediciones Periferia, Barcelona, 1984.
- HERBIG, Jost "El final de la civilización burguesa. El futuro económico, técnico, social" (1974), Grijalbo, Barcelona, 1983.
- HERMAN, Edward S., PETRAS, James "«Resurgent democracy»: rhetoric and reality", *New Left Review*, 154, 1985.
- HICKS, Sir John "Valor y capital", FCE.
- HICKS, Sir John "Economic Perspectives. Further Essays on Money and Growth", Oxford University Press, 1977.
- HILFERDING, Rudolf "El capital financiero" (1909), Tecnos, Madrid, 1973.
- HILL, Christopher, SWEEZY, Paul, DOBB, Maurice, TAKAHASHI, H. K., HILTON, Rodney (Symposium) "The transition from feudalism to capitalism", *Science and Society*, New York 1963.
- HILL, Christopher, "La revolución rusa", Ediciones Ariel, Barcelona, 1969.
- HILL, Christopher "De la Reforma a la revolución industrial. 1530-1780" (Peng. 1980), Ed. Ariel, Barcelona, 2a. Ed. 1991.
- HILTON, Rodney (Comp.); DOBB, Maurice; SWEEZY, Paul; TAKAHASHI, Kohachiro; HILTON, Rodney; HILL, Christopher; LEFEBVRE, Georges; PROCACCI, Giuliano; HOBBSAWM, Eric; MERRINGTON, John "La transición del feudalismo al capitalismo" (1976), Ed. Crítica, Grijalbo, Barcelona, 5a ed., 1987.
- HILTON, Rodney "Feudalism in Europe: problems for Historical Materialists", *New Left Review*, 147, 1984.
- HOBBS, Thomas "Leviatán, o la invención moderna de la razón", Editora Nacional, Madrid, 1980.
- HOBBSAWM, Eric "En torno a los orígenes de la revolución industrial", (1954, 1960, 1961), XXI, Méx., 4a. Ed., 1975.
- HOBBSAWM, Eric "Las revoluciones burguesas (1) y (2)" (1964), Punto Omega, Guadarrama, Ed. Labor, 1978.
- HOBBSAWM, Eric "La era del capitalismo" ("The age of capitalism. 1848-1875"), Labor, Barcelona, 1977.
- HOBBSAWM, Eric "Industria e imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750", (Peng. 1977), Editorial Ariel, Barcelona, 1982.
- HOBBSAWM, Eric "En torno a los orígenes de la revolución industrial", Siglo XXI Argentina, Buenos Aires, 1973.
- HOBBSAWM, Eric "Las revoluciones burguesas. Europa 1789-1848", Volumen I, 5a. Ed., Guadarrama, Barcelona, 1978.
- HOBBSAWM, Eric "Marx and History", *New Left Review*, 143, 1984. 145, 1984.
- HOBSON, J.A., SIEGELMAN, Philippe (Introd.) "Imperialism", Ann Arbor, Michigan University Press, 1965.
- HODGSON, Geoff "On the political economy of socialist transformation", *New Left Review*, 133, 1982.
- HOLLANDER, Samuel "Marx and Malthusianism: Marx's Secular Path to Wages", *The*

American Economic Review, March 1984.

HOROWICZ, Alejandro "La historicidad de la teoría política: la construcción de la Ley", AGORA, en prensa.

HOROWITZ, Irving Louis "The idea of war and peace in contemporary philosophy", Paine Whitman Publishers, New York, 1957. "La idea de la guerra y la paz en la filosofía contemporánea", Galatea, Nueva Visión, Buenos Aires, 1960.

HOROWITZ, Irving Louis et. al. "Problemas metodológicos del funcionalismo en las ciencias sociales", Cuadernos del Instituto de Sociología, Buenos Aires, 1959.

HOROWITZ, Daniel "Historia del movimiento obrero italiano. Del anarco sindicalismo al neofascismo" (1963), Ediciones Marymar, Buenos Aires, 1967.

HORKHEIMER, Max "Ocaso" (1974), Anthropos, Barcelona, 1976.

HORKHEIMER, Max "Les débuts de la philosophie bourgeoise de l'histoire. Hegel et le probleme de la métaphysique", Petite Bibliotheque Payot, Paris, 1980.

HORKHEIMER, Max "Sociedad en transición. Estudios de filosofía social" (1972), Ediciones Península, Barcelona, 1976.

HORRABIN, J.F. "Manual de geografía económica. Los factores geográficos en la historia de la civilización", Editorial Claridad, Buenos Aires.

HOWELL, John M. "Los comienzos de la agricultura en el noroeste de Europa", Investigación y Ciencia, versión en español de Scientific American No. 136, Ene. 1988.

HUBERMAN, Leo, SWEEZY, Paul "Cuba. Anatomy of a revolution", Monthly Rev. Press, 2nd. Ed, Ney York, 1962.

HUBERMAN, Leo, SWEEZY, Paul "The theory of U.S. foreign policy, MR Press, New York, 1960.

HU JICHUANG "Chinese Economic Thought before the Seventeenth Century", Foreign Languages Press, Beijing, 1984.

HUME, David "A Treatise of Human Nature" (1739), Oxford University Press, 1978.

HUTCHINSON, Sir Joseph "The Challenge of the Third World. The Eddington Memorial Lectures Delivered at the CAmbridge University in Nov. 1974", Cambridge Univ. Press, Lon. 1974.

HYMAN, Richard "Relaciones industriales. Una introducción marxista" (1975), Blume Ediciones, Madrid, 1981.

HYMER, Stephen "La compañía multinacional. Un enfoque radical" (1979), Blume Ediciones, Madrid 1982.

HYPPOLITE, Jean "Génesis y estructura de la «Fenomenología del Espíritu/ de Hegel", traducido por Francisco Fernandez Buey de "Genèse et structure de la «Phenomenologie de l' Esprit/ de Hegel", E' ditions Montaigne, Paris, 1946, Ediciones Península, Barcelona, 1974.

HYPPOLITE, Jean "Lógica y existencia. Ensayo sobre la lógica de Hegel", Universidad Autónoma de Puebla" (1961), Méx, 1987.

IAKOVLEV, N. "Historia contemporánea de los Estados Unidos", 2 Tomos, Editorial Futuro, Buenos Aires, 1965.

IONESCU, Ghita "El pensamiento político de Saint-Simon" (1973), Fondo de Cultura Económica, México, 1983.

ISRAEL, Joachim "Teoría de la alienación. Desde Marx hasta la sociología contemporánea. Estudio macrosociológico", Ediciones Península, Barcelona, 1977.

- ITOH, Makoto "Value and crisis. Essays on marxian economics in Japan", Pluto Press, London, 1980.
- JABLONSKI, Nina G, CHAPLIN, George "Avant les premiers pas: l'origine de la bipédie", La Recherche 261, Vol 25, Janvier 1994.
- JAEGER, Werner "Paideia", Fondo de Cultura Económica, 1993.
- JALEE, Pierre, "El imperialismo en 1970", Siglo XXI, México, 1970.
- JAMES, Emile "Historia del pensamiento económico en el siglo XX", FCE, México, 1957.
- JAMESON, Fredric "Postmodernism, or the cultural logic of late capitalism", New Left Review, 146, 1984.
- JAY, Martin "La imaginación dialéctica. Historia de la escuela de Frankfurt y el Instituto de Investigación Social (1923-1950)", Taurus Ediciones, Madrid, 1974.
- JESSOP, Bob, BONNETT, Kevin, BROMLEY, Simon, LING, Tom "Authoritarian Populism, two Nations and Thatcherism", New Left Review, 147, 1984.
- JULIEN, Claude "El imperio americano", Grijalbo, Barcelona-México, 1969.
- JUSTO, Juan B. "Socialismo" (1902), Claridad, Buenos Aires 1920.
- JVOSTOV, V., ZUBOK, L. I., "Historia contemporánea", Ed. Futuro, Bs. As., 1958.
- KAMENKA, Eugene et. al. "La burocracia. Trayectoria de un concepto" (1979), Fondo de Cultura Económica, México, 1981.
- KAMIEN, Morton I, SCHWARTZ, Nancy L. "Market structure and innovation" (1982), Cambridge University Press, 1989.
- KAPLAN, Marcos "El Estado en el desarrollo y la integración de América latina", Monte Avila Editores, Caracas, 1969.
- KARDINER, Abraham et. al. "Fronteras psicológicas de la sociedad", Fondo de Cultura Económica, México, 1955.
- KATOUZIAN, H. "Ideología y método en economía", Blume Ediciones, Madrid, 1982.
- KAUTSKY, Karl "La doctrina económica de Karl Marx", Lautaro, Buenos Aires, 1946.
- KAUTSKY, Karl, PROCACCI, Giuliano (Introd.) "La cuestión agraria" (1899), Siglo XXI, Buenos Aires, 1974.
- KAUFMANN, Walter "Hegel" (1965), Alianza Editorial, Madrid, 1962.
- KLIMOVSKY, Edith Alicia "La rente dans la théorie de la valeur et des prix", Thèse de Doctorat d'Etat sous la direction de Carlo Benetti, Univ. de Paris X, Nanterre, 1981.
- KLOPPENBURG, Jack R. "Seeds and sovereignty. The use and control of plant genetic resources", American Association for the Advancement of Science, Duke University Press, Durham and London, 1988.
- KOCK, M.H. "Banca central", FCE, México, 1946.
- KOFLER, Leo et. al. "Conversaciones con Lukács", Alianza Editorial, Madrid, 1971.
- KOFLER, Leo "La racionalidad tecnológica en el capitalismo tardío" (1971), Aguilar, Madrid, 1981.
- KOJEVE, Alexandre "Introduction a` la lecture de Hegel", Leçons sur la Phénoménologie de l'

- Esprit professées de 1933 à 1939 à l' Ecole des Hautes Etudes, Editions Gallimard (1947), Paris, 1968.
- KOHN, Hans "El nacionalismo. Su significado, su historia", Paidós, Buenos Aires, 1966.
- KORSCH, Karl "Filosofía y marxismo", Ediciones Era, México, 1971.
- KOYRE, Alexandre "Del mundo cerrado al universo infinito" (1957), Siglo XXI Editores, México, 1979.
- KOTARBINSKI, Tadeusz "Praxiología y economía" (1926), UNAM, México, 1967.
- KRAUSE, Ulrich "Money & abstract labour. On the analytical foundations of political economy" (1979), Verso, London, 1982.
- LABRIOLA, Antonio "Socialismo y filosofía" (1899), Alianza Editorial, Madrid, 1969.
- LABRIOLA, Antonio "Le concezione materialistica della storia", Bari, 1938.
- LABROUSSE, Roger "Rousseau y su tiempo", Editorial Yerba Buena, Tucumán 1945.
- LABROUSSE, Roger "Del mago al burócrata", Editorial Raigal, Buenos Aires, 1955.
- LACALLE, Daniel "Técnicos, científicos y clases sociales", Guadarrama, Barcelona, 1976.
- LACLAU, Ernesto, MOUFE, Chantal "A reply to Norman Geras", New Left Review, 166, 1987.
- LA GRASSA, Gianfranco "L' «inactualité/ de Marx", Centro Studi di Materialismo Storico, Franco Angeli, Milano, 1989.
- LA GRASSA, Gianfranco BONZIO, Marco "Il capitalismo lavorativo e la sua ri-mondializzazione", Centro Studi di Materialismo Storico, Franco Angeli, Milano, 1990.
- LAITMAN, Jeffrey T. "El origen del lenguaje articulado", Mundo Científico, versión en español de La Recherche, Vol. 6 No. 64.
- LAMBERT, D.C., MARTIN, J.M. "América latina: economías y sociedades" (1971), Fondo de Cultura Económica, México, 1976.
- LANGE, Oscar "Economic development, planning, and international cooperation", Three Lectures, Monthly Review Press, New York 1963.
- LANGE, Oscar "Introducción a la economía cibernética" (1965), Siglo XXI Editores, Madrid, 1969.
- LANGE, Oscar, TAYLOR, Fred. M. "On the economic theory of socialism" (1938), McGraw-Hill, New York, 1965. LIPPINCOTT, Benjamin E. (Introd.) "Sobre la teoría económica del socialismo", Editorial Bosch, Barcelona, 1967.
- LANTZ, Pierre "Valeur et richesse", Anthropos, Paris, 1977.
- LANZMANN, Claude "El hombre de izquierda", Siglo X, Buenos Aires, s/d.
- LAPIDUS & OSTROVITIANOV "Manual de economía política", Fragmentos escogidos y comentados por HARNECKER, Marta "«El capital»: conceptos fundamentales", Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1973.
- LASKI, Harold "El gobierno parlamentario en Inglaterra", Editorial Abril, Buenos Aires, 1947.
- LATIMER, Dan "Jameson and post-modernism", New Left Review, 147, 1984.
- LATOUCHE, R. "Orígenes de la economía occidental (siglos IV - XI)", Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, Méx., 1957.

- LAURAT, Lucien "La acumulación del capital según Rosa Luxemburgo", Editorial Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1969.g
- LE DUC, Jean-Marc "Les Etats industriels et la crise. Quelles réponses syndicales?", Le Sycomore, Paris, 1982.
- LEGGE, Anthony J., ROWLEY-CONWY, Peter A. "Caza de gacelas en la Siria de la edad de piedra", Investigación y Ciencia, versión en español de Scientific American No. 133, Oct. 1987.
- LEON, Abraham, ETKIN, Carlos (Introd.) "Concepción marxista de la cuestión judía" (1946), Editorial Indoamericana, 1965.
- LEONTIEF, Wassily "La elección de tecnología", Investigación y Ciencia, versión en español de Scientific American, Ago. 1985.
- Levín, Pablo E. "La estructura temporal del capital en la configuración del espacio económico", mimeo, Seminario de Planificación ILPES-CEPAL, Buenos Aires, 1972.
- Levín, Pablo E. "Modelo de rotación de capital. Subsistema lechero de la cuenca de Buenos Aires", mimeo, Facultad de Ciencias Económicas (UBA)-Consejo Federal de Inversiones, Buenos Aires, 1973.
- Levín, Pablo E. "Diseño de Subsistemas", mimeo, Consejo Federal de Inversiones, 1972. Reimpreso en "Modelos de rotación del capital. Diagnóstico de subsistemas económicos", Boletín Geográfico N 8, Universidad Nacional del Comahue, Río Negro, 1981.
- Levín, Pablo E. "Los circuitos de innovación como ámbito de planeamiento de la ciencia y la tecnología", Conicit, Caracas, 1977.
- Levín, Pablo E. "Papel de la pequeña y mediana industria de implementos agrícolas en el proceso de innovación". Aproximación a la teoría del capital tecnológico", mimeo, Cendes-Conicit, Caracas, 1979.
- Levín, P. "Notas sobre el capital tecnologico", mimeo, Cendes, 1980.
- Levín, Pablo, GUTMAN, Graciela "El silogismo de Bill Warren", monografía presentada en el seminario dictado por Perry Anderson: "Transformación del Estado en el surgimiento del capitalismo", Cendes, Caracas, 1980.
- Levín, Pablo E. "Encubrimiento-descubrimiento en la planificación del desarrollo tecnológico", mimeo, Cendes-Clacso, Caracas, 1981.
- Levín, Pablo E. "Socialist Planning. In Defence from Defence", mimeo, Buenos Aires, 1988.
- Levín, Pablo E. "Latin America Industrializing. An Inquiry into Prospects and Real Choices", mimeo, UNIDO/IS, Vienna, 1983.
- Levín, Pablo E. "Circuitos de innovación. Planificación de la Ciencia y la Tecnología en países subdesarrollados" Venezuela Metalúrgica y Minera, AIMM, N 21, Caracas, 1977.
- Levín, Pablo E. "Circuitos de innovación técnica. Bases para la planificación del desarrollo tecnológico", Revista Interamericana de Planificación, Vol. 11, N 44, México, dic. 1977.
- Levín, Pablo E., ALVAREZ, Marisa, BEZCHINSKY, Gabriel, "Simulador de impacto ganancial. Un nuevo instrumento para el gobierno de la empresa", Investigación y Desarrollo (I+D), Programa de CyT para el Desarrollo, Secretaría de CyT de la Nación, Año 1, N 1, abril 1995.
- Levín, Pablo E. "Para qu «sirve/ la Historia del pensamiento económico", OIKOS, Año II, N# 5, set. 1994.
- LEVINE, Andrew et. al. "Marxism and methodological individualism", New Left Review, 162, 1987.
- LICHTHEIM, George "Breve historia del socialismo", Alianza Editorial, 1979.

- LICHTHEIM, George "Los orígenes del socialismo" (1968), Editorial Anagrama, 1970.
- LIPPI, Marco "Marx. El valor como coste social real" (1976). Ediciones Pirámide, Madrid 1979.
- LIPPI, Marco "Value and naturalism in Marx", New Left Review Editions.
- LIPIETZ, Alain "How monetarism choked third world industrialization", New Left Review, 145, 1984.
- LIPIETZ, Gerard et. al. "La formation des prix dans la pensée non classique", en Cahiers d'économie politique 7, Presses Universitaires de France.
- LIVINGSTONE, Ken "Monetarism in London", New Left Review, 137, 1982.
- LEFEBVRE, Henri "Le Marxisme" Presses Universitaires de France, Paris 1954. "El marxismo" (1948), Eudeba, Buenos Aires, 1961.
- LEFEBVRE, Henri "Los marxistas y la noción de Estado", Carlos Perez Editor, Buenos Aires, 1968.
- LEWINSOHN, Richard "Trusts y carteles. Sus orígenes e influencia en la economía mundial", Buenos Aires, Claridad, 1948.
- LICHTHEIM, George "El imperialismo", Alianza Editorial, Madrid, 1972.
- LOCKE, John, RODRIGUEZ ARANDA, Luis (Introd.) "Ensayo sobre el gobierno civil" (1690), Aguilar, Madrid, 1969.
- LOWY, Michael "Revolution against "Progress": Walter Benjamin's romantic anarchism", New Left Review, 152, 1985.
- LUKACS, Georges "La crisis de la filosofía burguesa", Siglo Veinte, Buenos Aires, 1958.
- LUKACS, Georges "Estética", 4 Tomos, Gijalbo, Barcelona, 1965.
- LUKACS, Georges "El joven Hegel y los problemas de la sociedad capitalista" (1954), Grijalbo, México, 1963.
- LUKACS, Georges "Il marxismo e la critica letteraria", Einaudi Editore, Torino, 1957.
- LUKACS, Georges "Teoría de la novela", Ediciones Siglo X, Buenos Aires, 1966.
- LUKACS, Georges, AXELOS, Kostas (Introd.) "Histoire et conscience de classe", Les Editions de Minuit, 1960. "Historia y conciencia de clase", Grijalbo, México, 1969.
- LUNACHARSKI, Anatoli "Semblanzas de revolucionarios" (1923), Biblioteca de Marcha, Montevideo, 1970.
- LUXEMBURG, Rosa "Introducción a la economía política" (1916?), Pyp, Córdoba, 1972.
- LUXEMBURG, Rosa "La revolución rusa", Anagrama, Barcelona, 1975.
- LUXEMBURG, Rosa, ROBINSON, Joan (Introd.) "The accumulation of capital" (1913), Routledge & Kegan, London, 1963.
- LUXEMBURG, Rosa, LIEBKNECHT, Karl "La comuna de Berlín", Grijalbo, México, 1971.
- LYOTARD, Jean-François "La condición postmoderna. Informe sobre el saber" (1979), Planeta-Agostini, Barcelona, 1993.
- MAC KENZIE, Donald "Nuclear War planning and strategies of coercion", New Left Review, 147, 1984.

- MACCIOCCHI, María Antonietta "Gramsci y la revolución de occidente" (1974), Siglo XXI Editores, México, 1975.
- MACHIAVELLI, Nicolo (Testo critico con introduzione e note a cura di LISIO, Giuseppe) "Il principe" (MDXXXII), Sansoni Editori, Firenze, 1899.
- MAHDANNI, Mahmood "Peasants and Democracy in Africa", *New Left Review*, 156, 1986.
- MALAV MATA, Héctor "Formación del Anti-desarrollo de Venezuela", Contexto Editores, Caracas, 1981.
- MALAV MATA, Héctor "Dialéctica de la inflación", Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad, Caracas, 1973.
- MALAV MATA, Héctor "Los extravíos del poder. Euforia y crisis del populismo en Venezuela", Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad, Caracas, 1987
- MANDEL, Ernest "Trait d'économie marxiste", 2 T, Juillard, Paris, 1962.
- MANDEL, Ernest "In defence of Socialist Planning", *New Left Review*, 159, 1986.
- MANDEL, Ernest "Introducción a la teoría económica marxista", Carlos Perez Editor, Buenos Aires, 1969.
- MANDEL, Ernest "Europe versus America? Contradictions of Imperialism", NLB, London, 1970.
- MANDEL, Ernest "The individual in World War Two", *New Left Review*, 156, 1986.
- MANDEL, Ernest "Control obrero. Consejos obreros. Autogestión. (Antología)", Ediciones La Ciudad Futura, Buenos Aires, 1973.
- MANDEL, Ernest et. al. "Reforma de la empresa o control obrero", Carlos Perez Editor, Buenos Aires, 1968.
- MANDEL, Ernest "La formación del pensamiento económico de Karl Marx. De 1843 a la redacción de «El Capital»: Estudio genético" (1967), Siglo XXI Editores, 2a. Ed., México, 1969.
- MANDELA, Nelson "No es fácil el camino de la libertad", Siglo XXI, México, 1966.
- MANN, Michael "The roots and contradictions of modern militarism", *New Left Review*, 162, 1987.
- MARCUSE, Herbert "Ontología de Hegel y teoría de la historicidad" (1968), Ediciones Martinez Roca, Barcelona, 1970.
- MARCHAL, Jean "Le systeme monetaire international", Cujas 7e Edition, Paris, 1979.
- MARRIS, Robin, GALBRAITH, John Kenneth, (Introd.) "The economic theory of "managerial" capitalism", Basic Book Publishers, New York, 1964.
- MARTÍNEZ MARZOA, Felipe "La filosofía de "El Capital" [de Marx]", Taurus, Madrid, 1983.
- MARX, K. "Capital y tecnología. Manuscritos inéditos" (1861/3), BOLCHINI, P. "Marx y la historia de la técnica" (1980), Terra Nova, Mex., 1980.
- MARX, Karl "Tesis sobre Feuerbach", en ENGELS, Friedrich "Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana" (1888), La Rosa Blindada, Bs. As., 1975.
- MARX, Karl "Salario, precio y ganancia" (1865), Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, sf.
- MARX, Karl "Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850" (1850,1895), Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, sf.

- MARX, Karl "Diferencia de la filosofía de la naturaleza en Demócrito y en Epicuro" (1841), Tesis Doctoral, Andes Editorial, Buenos Aires, 1970.
- MARX, Karl "Revelaciones sobre los procesos de Colonia", Lautaro, Bs. As., 1946.
- MARX, Karl "Historia crítica de la teoría de la plusvalía" (1862/3), en MARX, Karl "El Capital. Crítica de la Economía Política", FCE, Siglo XXI, Cartago, etc.
- MARX, Karl, ENGELS, Federico "La sagrada familia. Y otros escritos" (1843/4), Grijalbo, México, 1960.
- MARX, Karl, ENGELS, Federico "Escritos económico varios", Grijalbo, México, 1962.
- MARX, Karl "Critique de la philosophie de l'Etat, de Hegel", en OEuvres philosophiques, Tome IV, Alfred Costes Editeur, Paris, 1948.
- MARX, Karl, STRUIK, Dirk J. (Introd.) "The economic & philosophic manuscripts of 1844", International Publishers, New York, 1964.
- MARX, Karl, COLLETTI, Lucio (Introd.) "Early writings. Critique of Hegel's doctrine of the state. Letters from the Franco-German yearbooks. On the Jewish question. Excerpts from James Mill. Elements of political economy. Economic and philosophical manuscripts. Concerning Feuerbach. And other writings", Vintage Books, New York, 1975.
- MARX, Karl "Trabajo asalariado y capital" (1849), Ediciones Lenguas Extranjeras, Moscú.
- MARX, Karl "Miseria de la filosofía" (1847), Ediciones Lenguas Extranjeras, Moscú; Signos, Buenos Aires 1970. "Misere de la philosophie", Editions Sociales, Paris, 1977.
- MARX, Karl "Critique de la Philosophie de l'Etat, de Hegel" (1841/2), Alfred Costes Editeur, Paris, 1948. MARX, Karl, O' MALLEY, Joseph (Introd.) "Critique of Hegel's philosophy of right", Cambridge University Press, 1977.
- MARX, Karl, RUBIO LLORENTE, Francisco (Introd.) "Manuscritos históricos y filosóficos", Alianza Editorial, Madrid, 1969.
- MARX, Karl, ENGELS, Friedrich "Manifiesto Comunista" (1848), Ediciones Lenguas Extranjeras, Moscú, s/d.
- MARX, Karl "Revolución y contrarrevolución" (1851/2), Editorial Calomino, La Plata, 1946.
- MARX, Karl "Critique of the Gotha programme" (1875), IP, New York 1938.
- MARX, Karl "El dieciocho brumario de Luis Bonaparte" (1869), Anteo, Buenos Aires, 1959.
- MARX, Karl, ENGELS, Federico, SCARON, Pedro (Introd.) "Materiales para la historia de América latina", Cuadernos de Pasado y Presente 30, Córdoba, 1972.
- MARX, Karl, ENGELS, Federico, "On Britain", Foreign Languages Publishing House, Moscow, 1953.
- MARX, Karl, HOBBSAWM, Eric (Introd.) "Formas que preceden a la producción capitalista" (1857/8), PYP, Córdoba 1971.
- MARX, Karl "A Contribution to the Critique of Political Economy" (1859), Charles Kerr and Co., Chicago 1904. MARX, Karl DOBB, Maurice, (Introd.) "A Contribution to the Critique of Political Economy" (1859), IP, New York, 1976. MARX, Karl "Crítica de la economía política", Granada Editores, Barcelona s/fecha. MARX, Karl "Contribución a la crítica de la economía política", Editora Política, La Habana, 1976.
- MARX, Karl "Fondements de la critique de l'économie politique" (1857/8), En Anexe: Travaux des années 1950/59, 2 Vol., Editions Anthropos, Paris, 1967. MARX, Karl "Elementos

- fundamentales para la crítica de la economía política. (Borrador) 1857/8", 2 Vol., Siglo XXI Editores, 4a. Ed., Buenos Aires, 1973.
- MARX, Karl, LENIN, V. I. (Introd.) "Letters to Kugelmann" (1862/74), IP, New York, 1934.
- MARX, Karl, ENGELS, Federico, "Cartas sobre «El Capital»", Editorial Laia, Barcelona, 1974.
- MARX, Karl, ENGELS, Federico, "Correspondencia", Seleccionada y comentada por el Instituto Marx Engels Lenin, Leningrado, Editorial Problemas, Buenos Aires, 1947.
- MARX, Karl "El capital. Capítulo VI «Inédito». Resultados del proceso inmediato de producción", Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1971.
- MARX, Karl "El capital. Crítica de la economía política" (T. I 1867, T. II 1885, T. III 1894), Versión del Alemán por WENCESLAO ROCES, Fondo de Cultura Económica, México, 1946. Traducción y notas de Pedro Scarón, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1975. "Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie" Im Zusammenhang ausgewählt und eingeleitet von Benedikt Kautsky, Alfred Kroener Verlag Stuttgart, 1957.
- MATTICK, Paul "Marx and Keynes" (1969) Ediciones Era, Mex., 1975.
- MAUSS, Marcel "Sociologie et anthropologie", Presses Universitaires de France, Paris, 1966. MAUSS, Marcel "Sociología y Antropología", presentación de LEVI-STRAUSS, Claude, Editorial Tecnos, Madrid, 1979.
- MAUSS, Marcel "Oeuvres. Les fonctions sociales du sacré", présentation de KARADY, Victor, Les éditions Minuit, Paris, 1968.
- MAYER, G. "Engels", Editorial Intermundo, Buenos Aires, 1946.
- MC LELLAN, David "Marx y los jóvenes hegelianos", Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1971.
- MEDIO, Alfredo, GUILLEN-ROMO, Héctor, CASTAINGTS, Juan, SALAMA, Pierre "La ley del valor", en "Críticas de la Economía Política" Edición Latinoamericana N.6 , Ediciones El Caballito, México, 1978.
- MEEK, Ronald "Studies in the labour theory of value" (1956), Segunda Ed. Lawrence & Wishart, London 1973.
- MEEK, Ronald "Los orígenes de la ciencia social. El desarrollo de la teoría de los cuatro estadios" (1976), Siglo XXI de España, Madrid, 1981.
- MEHRING, Karl "Carlos Marx", Claridad, Buenos Aires, 1943.
- MEHRING, Karl "Carlos Marx y los primeros tiempos de la Internacional", Grijalbo, México, 1968.
- MEJÍA FERNANDEZ, Miguel "El problema del trabajo forzado en América latina", Universidad Nacional de México, s/d.
- MELLO BELLUZZO, Luis Gonzaga de, "Valor e capitalismo. Um ensaio sobre a Economia Política", Editora Bienal, Sao Paulo, Brasil.
- MERLEAU-PONTY, Maurice "Existencialismo y marxismo" Ed. Aeucalion, Buenos Aires 1954.
- MICHOD, Richard. E. "What's Love Got to Do With It? The Solution of One of Evolution's Greatest Riddles" The Sciences, New York Academy of Sciences, May/June 1989.
- MILL, John Stuart "Autobiografía", Espasa Calpe, Buenos Aires, 1939.
- MILLS, C. Wright "El fin de las ideologías", Ed. Escarabajo de Oro, Buenos Aires, 1962.
- MILLS, C. Wright "La imaginación sociológica" (1959), Fondo de Cultura Económica, México, 1961.

- MOBASSER, Nilou "Marx and Self-Realization", New Left Review, 161, 1987.
- MOLNAR, Thomas "El modelo desfigurado. Los Estados Unidos de Tocqueville a nuestros días", Fondo de Cultura Económica, México, 1980.
- MONTGOMERY, David "Marxism and Utopianism in the USA", New Left Review, 164, 1987.
- MOORE, Barrington "Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia. El señor y el campesino en la formación del mundo moderno", Ediciones Península, Barcelona, 1976.
- MOORE, Stanley W. "The critique of capitalist democracy", Paine-Whitman Publishers, NYork, 1957.
- MOORE, Stanley W. "Three tactics. The background in Marx", Monthly Review Press, New York, 1963.
- MORENO FELIU, Paz "El dinero?", Cuadernos de Antropología Nro. 11, Junio 1991.
- MORRIS - SUZUKI, Tessa "Robots and capitalism", New Left Review, 147, 1984.
- MORRIS-SUZUKI, Tessa "Capitalism in the computer age" New Left Review, 160, 1986.
- MORTON, A. L. "The life and ideas of Robert Owen", MR Press, New York, 1963.
- MOSCA, Gaetano, BOBBIO, Norberto (compilador) "La clase política" (1896), Fondo de Cultura Económica, México, 1984.
- MOSIN, I.N. "Fondo Monetario Internacional", Ediciones Sudamérica, Bogotá, 1965.
- MOUZELIS, Nicos "Marxism or post-Marxism?", New Left Review, 167, 1988.
- MURRAY, Robin "Ownership, control and the market", New Left Review, 164, 1987.
- NAVILLE, Pierre "Le nouveau léviathan. De l aliénation a la jouissance. La genése de la sociologie du travail chez Marx et Engels", Anthropos, Paris, 1967.
- NAVILLE, Pierre et. al. "Marxismo y sociología", Jorge Alvarez Editor, Buenos Aires 1964.
- NEARING, Scott "La democracia no es todo", Editorial Ayacucho, Buenos Aires, 1945.
- NIEHANS, Jurg "A History of Economic Theory. Classic Contributions 1720 - 1980", The Johns Hopkins University Press, Baltimore and London, 1990.
- NIEL, Henri "De la mediation dans la philosophie de Hegel", Aubier, Editions Montagne, Paris, 1945.
- NORTH, Dudley "Discourses Upon Trade; Principally Directed to the Cases of the Interest, Coynage, Clipping, Increase of Money", London, Printed fot Tho. Basset, at the George in Fleet Street, 1691.
- NOVE, Alec "The Soviet economy", Praeger University Series, 1961.
- NOVE, Alec "Mandel on Planning", New Left Review, 161, 1987.
- NOVOA MONREAL, Eduardo "Derecho, política, democracia", Temis, Bogotá, 1983.
- NOVOA MONREAL, Eduardo "Instrumentos jurídicos para una política económica avanzada. El derecho como factor de cambio social?", Depalma Editores, Buenos Aires, 1987.
- NUTTI, Domenico Mario "Poland: Economic collapse and socialism renewal" New Left Review, 130, 1981.
- OLIVERA, Julio H. G. "Cyclical economic growth under collectivism", KYKLOS VOL XIII 60 Fasc

2

- OLIVERA, Julio H. G. "La reforma monetaria internacional. Aspectos analíticos", Academia Nacional de Ciencias Económicas, Buenos Aires, 1968.
- OLIVERA, Julio H. G. "Economía clásica actual", Ediciones Macchi, 1977.
- OLIVERA, Julio H. G. "Crecimiento, desarrollo, progreso, evolución", El Trimestre Económico, Vol XXVI (3), Jul-set 1959.
- OLLMAN, Bertell "Alienation. Marx's conception of man in capitalist society (1971), Cambridge University Press, 2da. Ed., 1976.
- OLLMAN, Bertell "Social and sexual revolution. Essays on Marx and Reich", South End Press, Boston, 1979.
- ORTLOF, Charles R. "Canal Builders of Pre-Inca Peru" Scientific American December 1988.
- ORTIZ, Ricardo M "El ferrocarril en la Argentina", Editorial Cátedra Lisandro de la Torre, Buenos Aires, 1958.
- OUGAARD, Morten "The origins of the Second Cold War", New Left Review, 147, 1984.
- OWEN LOVEJOY, C. "Evolución de la marcha humana", Investigación y Ciencia, versión en español de Scientific American No. 148, Ene. 1989.
- PACI, Enzo "La filosofía contemporánea" (1957), Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1961.
- PACI, Enzo "Función de las ciencias y significado del Hombre" (1963), Fondo de Cultura Económica, México, 1968.
- PADILLA ARAGÓN, Enrique "México: desarrollo con pobreza", Siglo XXI, México, 1969.
- PALACIOS, Alfredo "La justicia social", Claridad, Buenos Aires, 1954.
- PANETTIERI, Jos "Los trabajadores en tiempos de la inmigración masiva en Argentina. 1870-1910", Tesis Doctoral, Universidad Nacional de La Plata, 1965.
- PAPAIOANNOU, Kostas "Hegel" (1962), Edaf, Madrid, 1975.
- PAPAIOANNOU, Kostas "Du Marx et du marxisme", Préface du Raymond Aron, Editions Gallimard, Paris, 1983.
- PARBONI, Ricardo "The dollar and its rivals. Recession, inflation and international finance" (1980), NLB and Verso Editions, London, 1981.
- PARBONI, Ricardo "Capital and the Nation State - A reply to Frieden" New Left Review, 137, 1982.
- PATINKIN, Don "Money, Interest and Prices. An integration of Monetary and Value Theory", Second Edition, Harper and Row, Publishers, New York, 1965.
- PERLINI, Tito "La escuela de Francfort. Historia del pensamiento negativo", Monte Avila Editores, Caracas, 1976.
- PETRAS, James, ZEITLIN, Maurice (compiladores) "América latina: reforma o revolución?", 2 Tomos, Editorial Tiempo Contemporáneo, 1970.
- PETRAS, James "Quién manda en América latina?", Realidad Económica, 81, 1988.
- PETRAS, J. et. al. "Peru; Capitalist Democracy in transition" New Left Review, 142, 1983.
- PETRAS, James "Argentina: dos caras de la pequeña y mediana burguesía", Realidad

Económica, 83/4, 1988.

PETTY, Sir William, HULL, Charles Henry (editor) "The economic writings of Sir William Petty ...", 2 Tomos, Cornell University, New York, 1963.

PIANA, Giovanni, MACCIO, Marco, DAGHINI, Giairo "El joven Lukács", Cuadernos de PyP, Córdoba, 1970.

PINKNEY, Tony "Understanding Modernism: a Response to Franco Moretti", New Left Review, 167, 1988.

PIRENNE, Henri "Historia económica y social de la Edad Media" (1933), Editorial FCE, Méx., 1987.

PIZZORNO, Alessandro, GALLINO, Luciano "Gramsci y las ciencias sociales", Cuadernos de PyP, Córdoba, 1970.

PLAMENATZ, John "La ideología" (1970), Fondo de Cultura Económica, México, 1983.

PLEJANOV, Jorge "El papel del individuo en la historia" (1946) Ed. Intermundo, Buenos Aires 1959.

POLANYI, Karl "La gran transformación", Editorial Claridad, Buenos Aires, 1947.

POST, Charles "The American road to capitalism", New Left Review, 133, 1982.

POUILLON, Jean (compilador), BARBUT, Marc, GREIMAS, A. J., GODELIER, Maurice, BOURDIEU, Pierre, MACHEREY, Pierre "Problemas de estructuralismo", Siglo XXI, México 1967.

POULANTZAS, Nicos "Poder político y clases sociales en el estado capitalista" (1968) XXI, Mex., 1969.

POULANTZAS, Nicos "Fascismo y dictadura" XXI, México, 1971.

POULANTZAS, Nicos "Hegemonía y dominación en el estado moderno", Ediciones Pasado y Presente PYP, Córdoba, 1969.

PREIS, Art "Labors giant step", Pioneer Publishers, New York, 1964.

PREOBRAZHENSKY, E., NOVE, Alec (Introd.) "The new economics", Oxford University Press, 1965.

QUARANTA, Mario, MAIORCA, B. "L' arma della critica di Ludovico Geymonat", Garzani, Milano, 1977.

RADDATZ, Fritz J. Georg Lukács", Alianza Editorial, Madrid, 1975.

RAMOS OLIVEIRA "Historia social y política de Alemania", Fondo de Cultura Económica, México, 1952.

RANCIERE, Jacques "El concepto de crítica y la crítica de la economía política. De los Manuscritos de 1844 a «El Capital»", Ediciones Noe, Buenos Aires, 1984.

RAPOPORT, Mario (compilador) "Economía e historia. Contribuciones a la historia económica argentina", Editorial Tesis, Buenos Aires 1988.

RIBEIRO, Darcy "Fronteras indígenas de la civilización", Siglo XXI. México, 1971.

RIBEIRO, Darcy "Los pueblos transplantados. Civilización y desarrollo", Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1969.

RICARDO, David, FOGARTY, Michael (Introd.) "The principles of political economy and taxation" (1817), Dent & Sons, London, 1911.

- RIUS, Merc "T.W. Adorno. Del sufrimiento a la verdad", Editorial Laia, BARCELONA, 1984.
- RIVANO, Juan "Desde la religión al humanismo", Univ. de Chile, Santiago, 1965.
- RODRÍGUEZ, Octavio "La teoría del subdesarrollo de la Cepal", Siglo XXI Editores, México, 1980.
- ROJAS GONZALEZ, Raúl "Era Marx un monetarista?", Investigación Económica 179, ene-mar 1987.
- ROMERO, Francisco "Filosofía de la persona", Losada, Buenos Aires, 1951.
- ROMERO, Jos Luis "La historia y la vida", Editorial Yerba Buena, La Plata, 1945.
- ROMERO, Jos Luis "Crisis y orden en el mundo feudoburgués", Siglo XXI, México, 1980.
- ROMERO, Jos Luis "Breve historia de la Argentina", Editorial Abril, 1984.
- ROMERO, Jos Luis "La cultura occidental", Editorial Legasa, Buenos Aires, 1984.
- ROMERO, Luis Alberto et. al. "El radicalismo", Carlos Perez Editor, Buenos Aires, 1968.
- ROSDOLSKY, Roman "El problema de los pueblos «sin historia»", Editorial Fontamara, Barcelona, 1981.
- ROSDOLSKY, Roman "Génesis y Estructura de «El Capital/ de Marx. Estudios sobre los Grundrisse", 1a. ed. alem. 1968, 1a. ed. esp. 1978, Siglo XIX Editores, 5a. ed. esp. México 1986.
- ROSE, Hilary, ROSE, Steven (Comp.), GORZ, André, CICCOTTI, Giovanni, CINI, Marcello, MICHELANGELO DE, Maria, COOLEY, Mike, ENZENSBURGER, Hans Magnus "The political economy of science", Macmillan, London, 1976.
- ROSENBERG, Nathan "Tecnología y economía" (1976), Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1979.
- ROSENBERG, Nathan (Ed.) "The economics of technological change" (1971), Penguin Books, 1971.
- ROUSSEAU, Jean Jacques "Obras Selectas", El Ateneo, Bs. As. 1966.
- ROUSSEAU, Jean Jacques "Del Contrato Social. Discursos" (1756/8), Alianza Editorial, Madrid 1980. EDAF, Madrid, 1981.
- ROUSSEAU, Jean Jacques "Discurso sobre las ciencias y las artes" (1749), Ediciones Alba, Madrid, 1987.
- ROUSSEAU, Jean Jacques "Emilio", Editorial Universo, Lima, 1977.
- ROZITCHNER, León "La cosa y la cruz. Cristianismo y capitalismo. En torno a las confesiones de San Agustín", Losada, Marzo 1997.
- RUBEL, Maximilien "Crónica de Marx", Ediciones Anagrama, Barcelona 1963.
- RUBIN, Isaak Ilich "Ensayos sobre teoría marxista del valor" (aprox 1920), Ediciones Pasado y Presente, 2da. Ed. en español, Mex. 1977.
- RUBIN, Isaac Ilyich "A History of Economic Thought"(?)/(2nd. ed. russ. 1929), Colliot-Thélène, Catherine (1979), Pluto Press, N.Y. 1989.
- RUMIANTSEV, Alexei "La estructura de la clase obrera de los países capitalistas", Editorial Anteo, Buenos Aires, 1964.
- RUSCONI, G.E. "Teoría crítica de la sociedad", Ediciones Martinez Roca, Barcelona, 1969.

- SABATO, Jorge "Transferencia de tecnología. Selección bibliográfica", Centro de estudios económicos y sociales del tercer mundo, México, 1978.
- SABATO, Jorge "SEGBA, cogestión y Banco Mundial", Juarez Editor, Buenos Aires s/d.
- SALAMA, Pierre "Sur la valeur", Maspero, Paris, 1975.
- SAHLINS, Marshall "Economía de la Edad de Piedra" (1972), Akal Editor, Madrid, 1983.
"Stone Age Economics", Aldine de Gruyter, New York, 1972.
- SANCHEZ VAZQUEZ, Adolfo "Las ideas estéticas de Marx", Biblioteca Era, México 1986.
- SANTOS, Theotonio dos "Las contradicciones del imperialismo", Zero, Madrid, 1974.
- SANTOS, Theotonio dos "La crisis norteamericana y América latina", Colección Estados Unidos y América Latina, Editorial Periferia, Buenos Aires, 1972.
- SANTOS, Theotonio dos "Socialismo o fascismo. Dilema latinoamericano", Ediciones Prensa Latinoamericana, Santiago, 1969.
- SARTRE, Jean-Paul "Materialismo y revolución", Editorial Deucalión, Buenos Aires 1954.
- SBARRA, Noel H. "Historia del alambrado en la Argentina", Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1964.
- SHAMSAVARI, Ali "Dialectics and Social Theory. The Logic of Capital", Merlin Books, Devon, 1990.
- SCHMIDT, Alfred "Historia y estructura. Crítica del estructuralismo marxista", Alberto Corazón Editor, Madrid, 1973.
- SCHMIDT, Alfred "El concepto de naturaleza en Marx" (1962), Siglo XXI Editores, México, 1976.
- SCHUMPETER, Joseph A. "Diez grandes economistas: de Marx a Keynes", Alianza Editorial, Madrid 1969.
- SCHUMPETER, Joseph A: "The Sociology of Imperialism" (1919), Meridian Books, 3rd. Pr. N. Y., 1958.
- ABRAHAM-FROIS, Gilbert, BERREBI, Edmond "Théorie de la valeur, des prix et de l'accumulation", Ed. Economica, Paris, 1976.
- SEBAG, Lucien "Marxismo y estructuralismo" (1967), Siglo XXI de España, Madrid, 1969.
- SEBRELI, J. J., "El vacilar de las cosas", Sudamericana, 3a. Ed., Bs. As., 1994.
- SECCOMBE, Wally "Marxism and demography", New Left Review, 137, 1982.
- SERREAU, Ren "Hegel y el hegelianismo" (1962), Editorial Eudeba, Buenos Aires, 1964.
- SICHIROLLO, Livio "Dialéctica"(1973), Editorial Labor, Barcelona, 1976.
- SILVA, Ludovico "El estilo literario de Carlos Marx", Caracas, 1974.
- SIMON, Josef "El problema del lenguaje en Hegel" (1966), Taurus, Madrid, 1982.
- SIMMEL, Georg "The Philosophy of Money" (1900, revised edition 1907), FRISBY, David, Editor, Roudledge & Kegan Paul, London, 1990.
- SKINNER, Andrew S., WILSON, Thomas (Eds.) "Essays on Smith", Clarendon Press, Oxford.
- SMITH, Adam, SELIGMAN, Edwin (Introd.) "An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations" (1776), Dent & Sons, London, 1960.

- SMITH, Adam, "The Theory of Moral Sentiments" (1759,1790), RAPHAEL, D. D. & MACFIE, A. L., Eds., Introd., Clarendon Press, Oxford, 1976.
- SMITH, Adam, "Teoría de los sentimientos morales" (1759), NICOL, Eduardo, "Introducción", FCE, Mex., 1978.
- SMITH, Malcolm T, LAYTON, Robert "Still Human After All These Years", The Sciences, New York Academy of Sciences, Jan/Feb 1989.
- SOBOUL, Albert "La revolución francesa", Editorial Tecnos, Madrid, 1979.
- SOLOMON, Robert C. "In the Spirit of Hegel", Oxford University Press, New York, 1983.
- SOLLERS, Philippe "Sobre el materialismo. Del atomismo a la dialéctica revolucionaria" (1974), Carcagente, Valencia, 1978.
- SOMBART, Werner "Lujo y capitalismo" (1912), Alianza Editorial, Madrid,1979.
- SOPER, Kate "Marxism and morality", New Left Review, 163, 1987.
- SOULE, G. "Introducción a la economía contemporánea", FCE, México, 1955.
- SRAFFA, Piero "Production of commodities by means of commodities. Prelude to a critique of economic theory", Cambridge University Press, London, 1960.
- STAWAR, Andr "Libres essais marxistes" (1960), Editions du Seuil, Paris, 1963.
- STAROBINSKI, Jean "La posesión demoníaca. Tres Estudios", Taurus, Madrid, 1975.
- STAROBINSKI, Jean "Jean -Jacques Rousseau. La transparencia y el obstáculo", Taurus, Madrid, 1983.
- STE. CROIX, Geoffrey de "Class in Marx's conception of History, Ancient and Modern", New Left Review, 146, 1984.
- STEDMAN JONES, Gareth, LOWY, Michael, THERBON, Goran, MERRINGTON, John, GORZ, André, ARONSON, Ronald, GERAS, Norman, GLUCKSMANN, André, COLLETTI, Lucio "Western Marxism. A critical review" Verso Editions, London, 1978.
- SAY, J. -B., "Trait d' économie politique, ou simple exposition de la maniere dont se forment, se distribuent et se consomment les richesses" (1803), CLEMENT, N. A. "Notice biographique sur l' auteur", 7ème ed., Guillaume et Cie., Libraires, Paris, 1861.
- STEEDMAN, Ian "Marx after Sraffa", NLB.
- STRUIK, Dirk, J. "La matemática, sus orígenes y su desarrollo", Siglo XX, Buenos Aires, 1960.
- SUBIRATS, Eduardo "Utopía y subversión", Editorial Anagrama, Barcelona 1975.
- SUBIRATS, Eduardo "La ilustración insuficiente", Taurus, Madrid, 1981.
- SUSMAN, R. L., MC GRAW, W. S. "Qui a fabriqué les premiers outils?" La Recherche 276, Mai 1995.
- SWEEZY, Paul, STEEDMAN, Ian, OLIN WRIGHT, Erik, HODGSON, Geoff, BANDYOPADHYAY, Pradeep, ITOH, Makoto, DE VROEY, Michel, COHEN, G.A., HIMMELWEIT, Susan, MOHUM, Simon, SHAIK, Anwar "The value controversy", Verso, London, 1981.
- SWEEZY, Paul (compilador), DOS SANTOS, Teotonio, WOLFF, Richard, MAGDOFF, Harry "Economía política del imperialismo", Ediciones Periferia, Buenos Aires, 1971.
- SWEEZY, Paul "Teoría del desarrollo capitalista", Fondo de Cultura Económica, México, 1945.

- SWEEZY, Paul "The present as history. Essays and reviews on capitalism and socialism", MR Press, New York, 1962.
- SWEEZY, Paul, GALBRAITH, John K., BOULDING, Kenneth E., O' CONNOR, James, EDWARDS, Richard C., MAC EWAN, Arthur "Crítica de la ciencia económica" (1969/70), Ediciones Peroferia, Buenos Aires, 1972.
- THOMPSON, Eduard, DAVIS, Mike, WILLIAMS, Raymond, BAHRO, Rudolf, MAGRI, Lucio, BALIBAR, Etienne, MEDVEDEV, Roy and Zhores, COX, John, KUGAI, Saburo, RASKIN, Marcus, CHOMSKY, Noam, WOLFE, Alan, KALDOR, Mary, HALLIDAY, Fred "Exterminism and cold war", Verso Editions, London, 1982.
- TINBERGEN, N. "Hombre biológico vs hombre cultural" (1972), trad. O. L. de L., Editorial Signo Contemporáneo, Caracas, 1978.
- TRAN-DUC-THAO "Fenomenología y materialismo dialéctico", Lautaro, Buenos Aires, 1959.
- TRINKAUS, Erik, HOWELLS, William W. "Neandertales" Investigación y Ciencia, versión en español de Scientific American No. 41, feb. 1980.
- TRINKAUS, Erik "Los Neandertales", Mundo Científico, versión en español de La Recherche, Vol. 6 No. 63.
- TROTSKY, Leon "El pensamiento vivo de Karl Marx", Losada, 4a. Ed., 1962.
- TSURU, Shigeto (Comp.); STRACHEY, John; SWEEZY, Paul; BETTLEHEIM, Charles O.; KRONROD, Yakov A.; DOBB, Maurice; BARAN, Paul A.; GALBRAITH, John Kenneth; "Has Capitalism Changed? An International Symposium on the Nature of Contemporary Capitalism", Iwanami Shoten, Publishers, Tokyo, 1961.
- TUGEDHAT, Christopher "Las empresas multinacionales", Alianza Editorial, Madrid 1973.
- VAN NOTEL, Francis, RAYMAEKERS, Jan "Metalurgia temprana de hierro en Africa Central", Investigación y Ciencia, versión en español de Scientific American No. 143, ago. 1988.
- VASQUEZ, Eduardo "Ensayos sobre Dialéctica. Estudios sobre la dialéctica en Hegel y Marx", Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1982.
- VASQUEZ, Eduardo "Qu es la dialéctica", Equinoccio, Editorial de la Universidad Simón Bolívar, Valle de Sartenejas, Baruta, 1986.
- VASQUEZ, Eduardo "Libertad y enajenación", Monte Avila Editores, Caracas, 1987.
- VEREKER, Charles "El desarrollo de la teoría política" (1957), Eudeba, Buenos Aires 1961.
- VERNON, Raymond "International Investment and International Trade in the Product Cycle" (1966), in: ROSENBERG, Nathan (Ed.) "The economics of technological change", Penguin Books, 1971.
- VERZARIU, P. "Comercio recíproco, trueque y compensaciones", Editorial Norma, Bogotá, 1985.
- VUILLEMIN, Jules "El ser y el trabajo. Las condiciones dialécticas de la psicología y de la sociología" (1949), Eudeba, Buenos Aires, 1961.
- ULLMANN, Walter "Historia del pensamiento político en la Edad Media" (1965), Ariel, Barcelona, 1983
- WALLERSTEIN, Immanuel "The Bourgeois(ie) as Concept and Reality", New Left Review, 167, 1988.
- WALLERSTEIN, Immanuel "El capitalismo histórico", Editores Siglo XXI, México, 1988.
- WEIL, Eric "Hegel y el estado" (1950), Ediciones Nagelkop, Buenos Aires, 1970.

- WELLMER, Albrecht "Sobre la dialéctica de modernidad y postmodernidad. La crítica de la razón después de Adorno" (1985), Visor, Madrid, 1986.
- WERDEN, Eugenio "El materialismo dialéctico según H Lefebvre", Praxis, Buenos Aires, 1952.
- WHITE, Randall "Dark Caves, Bright Visions: Life in Ice Age Europe", American Museum of Natural History - Norton & Co., 1986.
- WHITE, Randall "Toward a Contextual Understanding of the Earliest Body Ornaments", en TRINKAUS, Erik "Patterns and Processes in Later Pleistocene Human Emergence", Cambridge University Press, 1990.
- WILLOUGHBY, John, DI LEONARDI, Micaela "Marxism and Demography. A response" New Left Review, 141, 1983.
- WITTFOGEL, Karl A. "Despotismo oriental. Estudio comparativo del poder totalitario", Ediciones Guadarrama, Madrid, 1966.
- WILLIAMS, Raymond "Problems of the Coming Period" New Left Review, 140, 1983.
- WOHLFORTH, T. "Transition to the transition" New Left Review, 130, 1981.
- WORSLEY, Peter "El tercer mundo" (1964), Siglo XXI Editores, México, 1971.
- ZELENY, Jindrich "La estructura lógica de «El Capital»" (1968), Grijalbo, Barcelona, 1978.

[1] Este apartado no figura en el texto original. Fue preparado para la Pre-edición realizada en 1995/6 por la Secretaría de Cultura del Centro de Estudiantes de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires.

[2] Horkheimer cita a John Stuart Mill (MILL, John Stuart "A System of Logic Rationative & Inductive") cuando ofrece la siguiente explicación del postulado:

"La idea de la uniformidad se encuentra en la base de la formulación de la física y de la química, de la introducción de métodos matemáticos en las ciencias, de la aparición de una antropología y de una medicina científicas. Pero esta idea de base no es ella misma científicamente demostrable: es una hipótesis proyectada sobre el futuro. El positivismo del siglo XIX se esforzó en demostrar que se trata de un simple hecho de la experiencia, recurriendo al siguiente razonamiento: no sólo podemos observar por doquier la reproducción de tales regularidades, sino que podemos constatar, en cualquier punto del tiempo, que un proceso que **antes** de ese instante aconteció de determinada manera, sucederá de la misma manera **después**. Así hemos demostrado, de manera inductiva, la tesis de la uniformidad". HORKHEIMER, Max "Les Débuts de la Philosophie Bourgeoise de L' Histoire", trad. nos.

[3] La consigna: "civilización o barbarie", sintetizó la visión finisecular de Domingo Faustino Sarmiento, ilustrada-tardía, liberal. Unas décadas más tarde Leon Trotsky resumió la suya, vibrantemente revolucionaria: "¡socialismo o barbarie!"

El capitalismo, portador de la civilización moderna, conlleva la barbarie. Las dos verdades contrapuestas se vuelven a poner a prueba en cada época del desarrollo capitalista. Mientras Trotsky escribía sus obras de exilio, culminaba la era del capitalismo no diferenciado y se acentuaba la transformación del sistema. A la sazón, con financiamiento norteamericano y la "astuta" anuencia de las potencias occidentales aliadas triunfantes en la Primera Guerra mundial, Hitler armaba su ejército.

[4] Marx sostiene lo contrario:

"La expansión y profundización históricas del intercambio desarrollan la antítesis, latente en la naturaleza de la mercancía, entre valor de uso y valor. La necesidad de dar una expresión exterior a esa antítesis, con vistas al intercambio, contribuye a que se establezca una forma autónoma del valor mercantil, y no reposa ni cesa hasta que se alcanza definitivamente la misma mediante el desdoblamiento de la mercancía en mercancía y dinero". MARX, K., "El Capital...", p. 106.

Sin embargo, nada más acorde con la idea de Marx que la comprobación de que la cualidad antagónica de la mercancía no la contrapone consigo misma como producto en general sino como producto mercantil.

[5] Hay que tener en cuenta, empero, que en la obra de Smith el sujeto individual participa de la objetividad social, ya que tiene un momento de "imparcialidad", portador de una eticidad objetiva. El propio Kant (a quien Hegel acusa de encerrarse en una moralidad abstracta que niega unilateralmente la eticidad) hace alusión a **der Unpartheysche Zuschauer**, el Espectador Imparcial. Elogia por ese concepto a Smith, y dice de él que es "el hombre que va a la raíz de las cosas", porque encara cada problema "desde el punto de vista de la comunidad y no solamente desde el propio". KANT, Immanuel, "Reflexiones sobre Antropología", citado por RAPHAEL, D. D., MACFIE A. L., op. cit. Un siglo más tarde, en "El fetichismo de la mercancía y su secreto" Marx prosigue la obra de Smith, pasando (en este aspecto esencial) por sobre la cabeza de Ricardo. En ambos, la eticidad supera la moral burguesa; es, en un caso, el eco conservador reaccionario que debe conciliarse con el surgimiento del capital, y en el otro, el principio revolucionario constitutivo de una clase social que es criatura del desarrollo capitalista. La vieja ética que exigía, contra la mercancía, el reemplazo de la moral burguesa, es superada ella misma en la perspectiva revolucionaria que resulta del desarrollo de la misma mercancía.

[6] El "beneficium" ha perdido el encantamiento teológico en "beneficio" del encantamiento objetivo del fruto del capital. No siempre fue así. Dice Walter Ullman sobre la "teología del ungimiento", administrada por el obispo durante la coronación del monarca, en el siglo XI, que "su finalidad estribaba en «colocar al rey» que recibía el óleo «por encima del pueblo que Dios te entrega, para que gocen del **beneficio** de que los mandes y gobiermes". ULLMAN, Walter "Historia del pensamiento político en la Edad Media" (1965), Ariel, Barcelona, 1983, pág. 84.

[7] Hume, el filósofo amigo y maestro de Smith, expresa con nitidez que no cabe esperar que un hombre sea útil más allá de un "estrecho círculo":

"When experience has once given us a competent knowledge of human affairs..., we perceive, that the generosity of men is very limited, and that it seldom extends beyond their friends and family, or, at most, beyond their native country". HUME, David "A Treatise of Human Nature" (1739), Oxford University Press, 1978. Pág. 602.

[8] Apenas había transcurrido una década desde la aparición de la "Riqueza de las naciones.." cuando Malthus imprimía a la economía política neonata la burda orientación reaccionaria que perduraría durante dos siglos en el vaivén y la mudanza del mainstream, como el modo imperecedero de la moda cambiante. Bien entendido, (y conforme a su propio testimonio) Malthus no trató nunca de demostrar las llamadas leyes de Malthus (según las cuales el crecimiento descontrolado de la población es insostenible), que él tenía por evidentes para cualquiera, sino que se limitó a considerarlas como un hecho natural, y a analizar sus consecuencias. Nadie puede mostrar mejor que él y con más crudeza la moraleja de la ciencia ahistórica. "That the principal and most permanent cause of poverty has little or no **direct** relation to forms of government, or the unequal division of property; and that, as the rich do not in reality possess the **power** of finding employment and maintenance for the poor, the poor cannot, in the nature of things, possess the **right** to demand them; are important truths flowing from the principle of population, which, when properly explained, would by no means be above the ordinary comprehensions. And it is evident that every man in the lower classes of society, who became acquainted with these truths, would be disposed to bear the distresses in which he might be involved with more patience; would feel less discontent and irritation at the government and the higher classes of society, on account of his poverty; would be on all occasions less disposed to insubordination and turbulence; and if he received assistance, either from any public institution of from the hand of private charity, he would receive it with more thankfulness, and more justly appreciate its value". MALTHUS, "Essay on the Principle of Population", cit por Rubin, op. cit., pág. 296.

[9] "In the progress of the division of labour, the employment of the far greater part of those who live by labour, that is, of the great body of the people, comes to be confined to a very few simple operations, frequently to one or two. But the understandings of the greater part of men are necessarily formed by their ordinary employments. The man whose whole life is spent in performing a few simple operations, of which the effects are perhaps always the same, or very nearly the same, has no occasion to exert his understandig or to exercise his invention in finding out expedients for removing difficulties which never occur. He naturally loses, therefore, the habit of such exertion, an generally becomes as stupid and ignorant as it is possible for a human creature to become. The torpor of his mind renders him not only incapable of relishing or bearing a part in any rational conversation, but of conceiving any generous, noble or tender sentiment, and consequently of forming any just judgment

concerning many even of the ordinary duties of private life. Of the great an extensive interests of his country he is altogether incapable of judging, and unless very particular pains have been taken to render him otherwise, he is equally incapable of defending his country in war. The uniformity of his stationary life naturally corrupts the courage of the mind, and makes him regard with abhorrence the irregular, uncertain, and adventurous life of a soldier. It corrupts even the activity of his body, and renders him incapable of exerting his strength with vigour and perseverance in any other employment than that to which he has been bred. His dexterity at his own particular trade seems, in this manner, to be acquired at the expense of his intellectual, social and martial virtues". SMITH, Adam, SELIGMAN, Edwin (Introd.) "The wealth of nations {An inquiry into the nature and causes of}" (1776), Dent & Sons, London, 1960. 2nd Vol p. 263/4.

[10] No se trata aquí ni de las oposiciones extrínsecas, como la incompatibilidad o la tensión percibida en la edad media entre el valor mercantil y los valores en sentido axiológico, ni de las dificultades puramente técnicas que debe resolver la producción para adecuarse a la mercancía. De suyo, el valor de uso mercantil está sometido a condiciones excluyentes: la mercancía individual es un espécimen singular de una clase homogénea, pero no pueden encontrarse en general dos valores de uso idénticamente iguales (Sraffa); de modo que lo que exige su concepto es, en general, una imposibilidad empírica. Debido a este problema elementalmente técnico de la mercancía, solía requerirse la presencia sensible del objeto para ser examinado por el comprador antes de cerrar la transacción. El problema se resuelve cuando merced al progreso tecnológico el producto material se somete a especificaciones técnicas tan precisas como lo requiera el uso y el comercio (estandarización).

[11] La "ley de la oferta y la demanda" (compendio de toda la "ciencia" grotescamente anacrónica que v. gr. Böhm Bawerk cree espetarle a Marx) es indudablemente pre-clásica. Las nociones ingenuas de valor genérico y de valor mercantil (en tanto nociones, y, por ende, desvinculadas o confundidas) son anteriores a la ley del valor, la cual, al desarrollar el concepto que comprende su diferencia y su identidad, pone el fundamento de la economía política. "But the Market is the best Judge of Value; for by the Concourse of Buyers and Sellers, the Quantity of Wares, and the Occasion for them are Best known: Things are just Worth so much, as they can be sold for, according to the Old Rule, Valet Quantum Vendi Potest". BARBON, Nicholas "A Discourse of Trade", London, Printed by Tho. Milbourn for the Author, London, 1690.

[12] El encantamiento mágico ("fetichismo") que hace presa de las figuraciones del homo mercator, acosa a su víctima en la cueva del egoísmo subjetivo (que es propiamente, dice Goethe, el infierno). Por eso su despiste no alcanza nunca la grandeza del héroe trágico, cogido por el **error fatal** en plena exaltación de las pasiones virtuosas, la valentía, el amor. (Edipo no reconoce en su rival al padre, ni en su amante a la madre; Ajax, el guerrero intrépido, acomete con ira terrible contra una partida de fieros enemigos, que no es tal, sino apenas una majada de animales inofensivos y estúpidos). También por eso, cuando el propio desarrollo capitalista vuelve anacrónica una forma particular suya, la pertinacia de sus representaciones en un mundo que ha cambiado nunca ennoblece, como al Quijote la suya, al burgués.

[13] Invitada a considerar la proposición según la cual la cantidad de **valor mercantil** que una mercancía "comanda" depende de la cantidad de trabajo aplicada en su producción, la consciencia acítica, que reflexiona sobre la experiencia de la primera mercancía sin sobrepasar su horizonte, debe conjeturar que, en efecto, si se hubiera aplicado más trabajo a la producción de una mercancía, el valor de cambio obtenido por ella sería **menor**, y recíprocamente, si se hubiera asignado menos trabajo, el valor mercantil sería mayor. Es la ley del valor, sólo que **invertida**, y tomada en su **versión falsa**. La primera entidad de la mercancía no se dejó llevar por las narices mediante una operación extrínseca, que desemboca en el absurdo. Pero, para nosotros (que expusimos la transición de la primera mercancía a la segunda), el concepto salió para siempre de su primitiva, cerril, unilateralidad. No alcanzó la verdad de la segunda mercancía porque transgredió su propio principio, sino porque le fue fiel. Por su parte, la ley del valor, que es la idea de la segunda mercancía, debió salir también ella de su abstracción genérica o praxiológica, y tuvo que acoger la objetividad de la primera mercancía. Recién al cumplirse esta última condición (también la mercancía reducida a producto debió ser superada), alcanzaron todo su sentido las distinciones elementales en el concepto: valor y valor mercantil, relación de valor y expresión de valor, valor relativo y valor de cambio, dinero y moneda (en Marx, "Contribución..": **Geld und Münze**).

[14] En los orígenes del capital industrial, la contracara de los rasgos acusadamente modernos que cobra desde el siglo XVIII la sociedad capitalista de Europa occidental, es la sociedad capitalista de Europa oriental, y Rusia, donde la producción de plusvalor capitalista es, en un principio, todavía servil, y donde a fines del siglo XIX el Estado no es cabalmente moderno.

[15] El argumento de Smith se desbarajusta precisamente cuando aborda la transición de la primera mercancía a la segunda. Pero intuye la verdad cuando cree, equivocadamente, que para intercambiar las mercancías en sus valores, es menester que los productores apliquen el patrón universal del valor a sus respectivos productos. Se equivoca al pretender que la medida del valor sea directamente la medida del valor social. Podría serlo en una economía de aldea, pero precisamente Smith sabe muy bien que el mercado es una aldea ecuménica.

[16] La excepción es -también aquí- Isaak Rubin, uno de los poquísimos marxistas que supo acoger (aunque

no desarrollar) el concepto marxiano de la forma mercantil del valor.

Rubin comenta los testimonios de Daniel Defoe, quien, además de relatar las aventuras inolvidables del solitario habitante de una isla desolada, supo también rendir las cuentas más lúcidas y veraces de lo que ocurría en otras islas que, en contraste con aquélla, estaban animadas por una vida social inusualmente intensa: la Gran Bretaña de comienzos del siglo XVIII. A la sazón, la era del capital comercial llegaba a su madurez, y la inminente transición al capitalismo industrial sellaba la suerte de los pañeros de Halifax. Los artesanos conservaban su independencia gracias a que ellos mismos, explica Rubin, llevaban sus productos al mercado. "However, once at this market the craftsmen had to sell their commodities not directly to the consumer, but to a **middleman**... Under this set-up the masters, though still maintaining their independence, were already selling their commodities to the merchant...". RUBIN, Isaac Ilyich "A History of Economic Thought" (?) (2nd. russ. ed. 1929), (1979), Pluto Press, N.Y. 1989, p. 154.

(Tres siglos más tarde nosotros tuvimos ocasión de observar la misma separación social naciente en las entrañas de la relación mercancía, esta vez entre los horticultores del hinterland próximo a la ciudad de Buenos Aires: el "quintero consignatario" prosperaba a expensas del "quintero consignador". Ver LEVIN, Pablo, BUJAN, Elisa de, FERNANDEZ, Roberto, PEREZ, Raúl: "Diagnóstico del Desarrollo Tecnológico del Cinturón Verde de Buenos Aires", Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria y Consejo Federal de Inversiones (INTA/CFI), Buenos Aires, 1985).

[17] En la brusca transición por la que Marx pasa del dinero al capital en la Sección II del Tomo I ("Das Kapital..", op. cit.), la rotación del capital aparece fugazmente como la "fórmula general del capital". Recién vuelve a las transfiguraciones del capital en el Tomo II, pero sin distinguir esta primera figura del capital del proceso de creación de plusvalor.

[18] La mercancía tiene siempre (se presupone la producción capitalista) su negación inmediata en su propia forma equivalencial, su límite en la función del dinero como medio de pago, su condición necesaria en la perfección de su figura jurídica; el contrato de adhesión pone de manifiesto una dominación bajo la forma de mercancía (que presupone la no dominación); señal, de suyo, equívoca.

[19] Como en el manejo del "feed-lot" ganadero, los estudios oficiales establecen las "necesidades" de la población humana con criterios técnicos. La sociedad capitalista reconoce como derechos los derivados de la necesidad intrínseca del capital. El criterio para establecer cuáles son las necesidades sociales que el Estado debe atender y, por consiguiente, quiénes son necesitados legítimos, cambia con las etapas de desarrollo del capital. Cuanto mayor es la capacidad social de creación de riqueza, más mezquinos son esos criterios; cuanto más universal es la "apertura global" del sistema, más retaceada es la contención pública de los insolventes legítimos (ancianos, desocupados recientes) y más explícita la discriminación contra los menesterosos "ilegítimos" (inmigrantes, desocupados crónicos o de larga data). La civilización capitalista se deteriora cuando el capitalismo está a punto de completar las condiciones fundantes de la civilización.

[20] Teniendo en cuenta esta dicotomía cobra sentido la enigmática primera frase del Das Kapital. Sólo una porción de la riqueza de la sociedad tiene la forma de mercancía, y, sin embargo, la mercancía es la forma de la riqueza social y es la forma social de la riqueza. No es, pues, la "riqueza de las sociedades" capitalistas la que reviste esa forma, sino la riqueza de la sociedad, o social, «der Gesellschaft». Roces y Scaron traducen: ". La sentencia, en ambas versiones españolas, es, literalmente, falsa.

[21] "... y cuando, en mutuo enigma eterno,

no pueden comprenderse el uno al otro

aquellos que habitaron un día juntos

en la memoria... was is dies?"

HÖLDERLIN (Fragmento del epígrafe de: BENJAMIN, Walter, "Sonetos" (1915/25), Ed. Península, Barcelona, 1993.

[22] En la época del capital no diferenciado, si un hombre reunía las virtudes burguesas, si era trabajador tesonero y estaba siempre pronto a coger al vuelo la oportunidad roza una vez a cada uno; prudente, pero dispuesto a correr riesgos; honesto, pero capaz de zafar de todo escrúpulo; y, especialmente, si dominaba a fondo el arte de explotar indirectamente al prójimo, podía soñar el sueño americano, ponerse "por su cuenta" en alguna nebulosa del brillante firmamento ("twinkle, twinkle, little upstart"), y figurarse, en ese limbo, como un capitalista de verdad.

[23] "El esfuerzo constante de eso que llamamos sociedad consiste en inducir al trabajador productivo, por el engaño o la persuasión, el terror o la coerción, a trabajar por la parte más pequeña posible del producto de su

propio trabajo", THOMPSON, William, "An Inquiry into the Principles of the Distribution of Wealth, most Conductive to Human Happiness" (1822), citado por ENGELS, Federico, en su "Prólogo" al Tomo II del "Das Kapital..", como uno de los precursores de la crítica de la economía política, que, "en el decenio de 1820, vuelve contra la producción capitalista, en interés del proletariado, la teoría ricardiana del valor y del plusvalor, combatiendo a la burguesía con sus propias armas".

[24] Prosigue el mismo William Thomson, citado por Engels: "Esta compensación que los capitalistas expolían al trabajador productivo, bajo el nombre de renta o ganancia, se la reclaman por el uso de la tierra o de otros objetos... Como todos los materiales físicos con los cuales o por medio de los cuales puede ejercer su capacidad productiva el trabajador productivo desposeído -que nada posee sino esa capacidad-, como todos esos materiales están en manos de otros cuyos intereses se contraponen a los de él y cuya anuencia es una condición previa para la actividad del mismo, ¿no depende acaso y no debe depender necesariamente, de la merced de esos capitalistas el fijar cuál ha de ser la parte de los frutos del trabajo del obrero que le quieran asignar como compensación por dicho trabajo?".

A la luz de las enseñanzas de Marx hay que acotar que no se trata, en rigor, de "compensar" el trabajo, sino que el capitalista compra la "fuerza de trabajo". Pero la extorsión no se limita a forzar al obrero a que voluntariamente se someta a la autoridad del capital; son testimonio de ello los premios o estímulos pagados a asalariados con una parte del plusvalor relativo que se les extrae, para acicate de la rivalidad entre trabajadores, así como también, para inducir una identificación del trabajador explotado con un "nosotros" ilusorio, los intereses y/o dividendos que recibe el "personal" asalariado por la propiedad de una porción del capital ficticio de la empresa en la que trabaja (en ocasiones originado como pago de salarios atrasados con capital accionario, vale decir, con una promesa de participación en una parte del fruto de su propio trabajo futuro).

[25] La "Ley de Prácticas Corruptas en el Extranjero" fue promulgada por los Estados Unidos de Norteamérica en 1977. Diez años más tarde, en vísperas de la Conferencia Internacional sobre Corrupción y Crimen Organizado, próxima a realizarse en San Pablo en Junio de 1996, la delegación de ese país anunció de antemano el tuétano del contenido que habrán de tener sus resoluciones. "Según una entrevista que difundió el Servicio Cultural de la Embajada de los Estados Unidos {de Norteamérica} en Buenos Aires {a un integrante de la delegación de ese país} ... el **mensaje central** de esta lucha se sintetiza en el hecho de que la democracia «es un garante importante de la honradez de los gobiernos». Sostiene que en América latina el electorado **ya no tolera** la corrupción y esto es un «**ejemplo al mundo.**». Buenos Aires, Clarín, 23/06/96. En la misma declaración, según la reseña citada, se señala el mal ejemplo de Colombia, donde Ernesto Samper "logró **zafar** de un juicio político" con el apoyo infamante de los carteles de la droga. "Afirma que allí hay un gobierno capturado por un grupo de interés mediante el financiamiento de la campaña electoral del mandatario". Las preguntas que esto suscita son retóricas, porque se contestan solas. Entre los gobiernos representados en la Conferencia, ¿El de Colombia es el único gobierno que recibió financiamiento de ese origen en su campaña electoral? ¿Ningún gobierno recibió financiamiento condicionado para realizar políticas contrarias a las que figuraban en sus campañas electorales? ¿Ninguno aceptó o impuso a otras medidas de legislación o política mediante la extorsión financiera y comercial? ¿Ninguno está "capturado por un grupo de interés" particular?

[26] Omitimos las formas de transición. Por lo demás, nunca el Estado moderno puede ser cabalmente acorde con su concepto. La complejidad de la Gran Revolución francesa radica en que la burguesía, a medida que su sistema económico se fortalece, se desprende sucesivamente de sus aliados sociales. Primero se opone a la nobleza terrateniente que resiste el poder real, luego a los cuerpos intermediarios, estados provinciales, parlamentos, etc., que lo limitan; más tarde, al propio poder real y, junto con él, a los sectores monárquicos de la misma burguesía, que prosperaron con el Ancien Régime y quedaron atados a su suerte. Finalmente, a la masa de desposeídos, al pueblo plebeyo que la apoyó con valentía y abnegación sin límites contra todos los enemigos y fué carne de cañón contra las potencias extranjeras. Desde muy temprano, el Estado moderno dejó ver lo que debía ocultar: en todas las etapas del desarrollo capitalista la verdadera esencia de la clase dominante es ¡el Thermidor!

[27] MARX, "Das Kapital..", SXXI, TI, pág. 778.

[28] Hay una diferencia entre la contratación a la industria tipo II de partes o procesos en la esfera de la reproducción, y la contratación a terceros de proyectos aislados que sólo poseen sentido como etapas de programas de innovación. En efecto, en el primer caso puede haber un descompromiso de capital y hay, en general, una desconcentración, y no así en el segundo, donde los contratistas pueden ser p. ej. laboratorios universitarios, que o bien no pertenecen a empresas de capital particulares, o no participan repetidamente en la reproducción de un subsistema dado.

[29] Puede igualarlo, pero este supuesto implica que sus rendimientos laborales (curva de transformación) están por debajo del promedio social en otros tramos de su dominio técnico. Suponer rendimientos individuales coincidentes (o equiproporcionales) en todas las opciones con los rendimientos promediales, es hacer

abstracción de la división social del trabajo, de la condición humana, de la civilización. Sin embargo el trabajador del capital tiene la singularidad de carecer de singularidad, o padecerla como una anomalía (su diagnóstico precoz se denomina "selección de personal").

[30] Si el Renacimiento (principalmente "italiano") prepara y anticipa la Ilustración, es todavía fiel al mundo antiguo en su concepción unitaria del mundo intelectual: religioso, teológico, jurídico, cosmográfico, poético. Por eso, cuando decimos "ideal" renacentista, lo mismo que cuando decimos "italiano", esta manera de expresarnos nos hace incurrir en un anacronismo, porque Italia (unificada) era todavía un ideal, y el cultivo del individuo polivalente, era, a la sazón, si no un hecho consumado, la premisa del emprendimiento espiritual. Hoy, en la época del capital diferenciado, se completan a la par, bajo el imperio del capital tecnológico, la unificación objetiva del mundo económico y la fragmentación extrema de la ciencia. Rebota la añoranza de un saber verdadero; no simplemente un saber acerca de la verdad, sino la verdad misma y la vida de la verdad como sabiduría. Pero la reivindicación de la unidad da pábulo y oportunidad a la nueva estafa y la nueva mixtificación cuando la consigna de no perderse en las distinciones no va acompañado del compromiso de no perderlas. El recurso al sincretismo interdisciplinario acrítico y extrínseco (como acontece en las doctrinas económicas regulacionistas todavía en boga) ofrece un consuelo vicario a la reivindicación legítima, proponiendo una conciliación a la vez oportunista y demagógica ("servir a dos señores"), que elude la seriedad y el compromiso de la crítica. El antídoto contra la abstracción letal es el trabajo del concepto, que no puede renunciar a las distinciones pero reconoce las diferenciaciones propias de la sociedad moderna como tales, y, por ende, la historicidad de las categorías económicas (en un sentido amplio), más precisamente, la identidad y la diferencia entre sus momentos específicos y genéricos. ¿Tiene otra misión científica la Economía Política?

[31] No acaban con esto la serie de diferencias y distinciones relevantes. Nos limitamos a sugerir que la ventaja cualitativa puede ser «pura», «de escala», «de exclusividad» o «de productividad»; que un trabajo (técnicamente) concreto, posea una u otra ventaja, ello depende de las condiciones de reproducción del valor de uso mercantil en el que toma cuerpo. Para expresarnos de modo preciso, diremos que la ventaja absoluta cualitativa es:

«pura», si el bien cualitativamente determinado (valor de uso genérico en su cantidad inmediata) es irrepetible;

«de escala», si el producto es multiplicable, pero no en la escala del valor de uso mercantil; y

«de exclusividad», si el producto es reproducible, pero no por otros, y

«de productividad», si el producto es producido por competidores.

Pero en este último la ventaja cualitativa se concreta en una ventaja cuantitativa, y la llamamos así. (Si se quiere buscar, al revés, el salto de lo cuantitativo a lo cualitativo, él se verifica cuando la diferencia es significativa y se reproduce de modo sistemático. El resultado es la diferenciación del capital).

[32] El obrero que crea valor diferencial es tal vez un arquetipo del último paradigma técnico, acaso un portaestandarte del progreso (ora como creador, ora como ejecutor pasivo); campeón, cómplice o víctima de la disciplina laboral, etc. Pero esta parte de su producto, el valor diferencial, se la aporta únicamente a su patrón si es un obrero capitalista, y a nadie más; no se suma al valor social, ni al producto neto, ni al plusvalor agregado; sólo al capital individual particular que subsume y explota su trabajo.

[33] En términos más generales: si (en un "experimento" conjetural) los trabajadores infrapromediales son excluidos de la (re)producción, cesando de pesar en la determinación del valor, el valor del mismo producto desciende al promedio determinado por la productividad de los que antes eran suprapromediales; éstos, en conjunto, dejan de crear valor diferencial, y se reduce el espacio de la producción de valor y plusvalor relativos.

[34] Lord Keynes, economista del capital no diferenciado, todavía escribía libros y creía (como lo manifestó en una carta a Roy Harrod) que la ciencia de pensar en el lenguaje de los modelos matemáticos debe aunarse al arte de escoger entre esos modelos los relevantes para comprender los problemas contemporáneos. En cambio, los economistas que aportan a la Economía Política del capitalismo diferenciado (saturada de ideología) consideran el cometido de la profesión de un modo más unilateral, como el de una ciencia sin "arte" ni parte. Un testimonio del poder fetichístico de las nuevas formas del capital sobre el pensamiento profesional es su vehículo de comunicación científica: no es más el libro (que se relega al texto propedéutico o a la reseña general para el lector general), sino el artículo breve o "paper". Como si innumerables "footnotes" y apéndices matemáticos se hubieran rebelado contra los textos y, obviando el trabajo del concepto, se refirieran unos a otros por sus nombres propios, reuniéndose en sus propios aquelarres. Después de los progresos de la ciencia en los siglos precedentes, todo sucede como si una pléyade de astrónomos o astrólogos partidarios de Ptolomeo hubiera logrado borrar las huellas de Copérnico. Su triunfo será efímero, especialmente porque ellos

mismos han aportado a la ciencia, aunque sin saber porqué, cómo, en qué. ¡En este sentido -más que en ningún otro- son auténticas criaturas del capital diferenciado!